.3
164972
M. 65329

EL MILAGRO.

NOVELA HISTÓRICA,

FANTÁSTICA, RELIGIOSA Y FILOSÓFICA

POR ***

La modestia es la púrpura de las virtudes.

SÉNECA.

Que vuestra modestia sea visible y conocida de todos los hombres.

(San Pablo á los Philipenses.)

Si tu libro es bueno, oculta tu nombre á la envidia; si es malo, á todos los hombres.

Yo.

TOMO II.

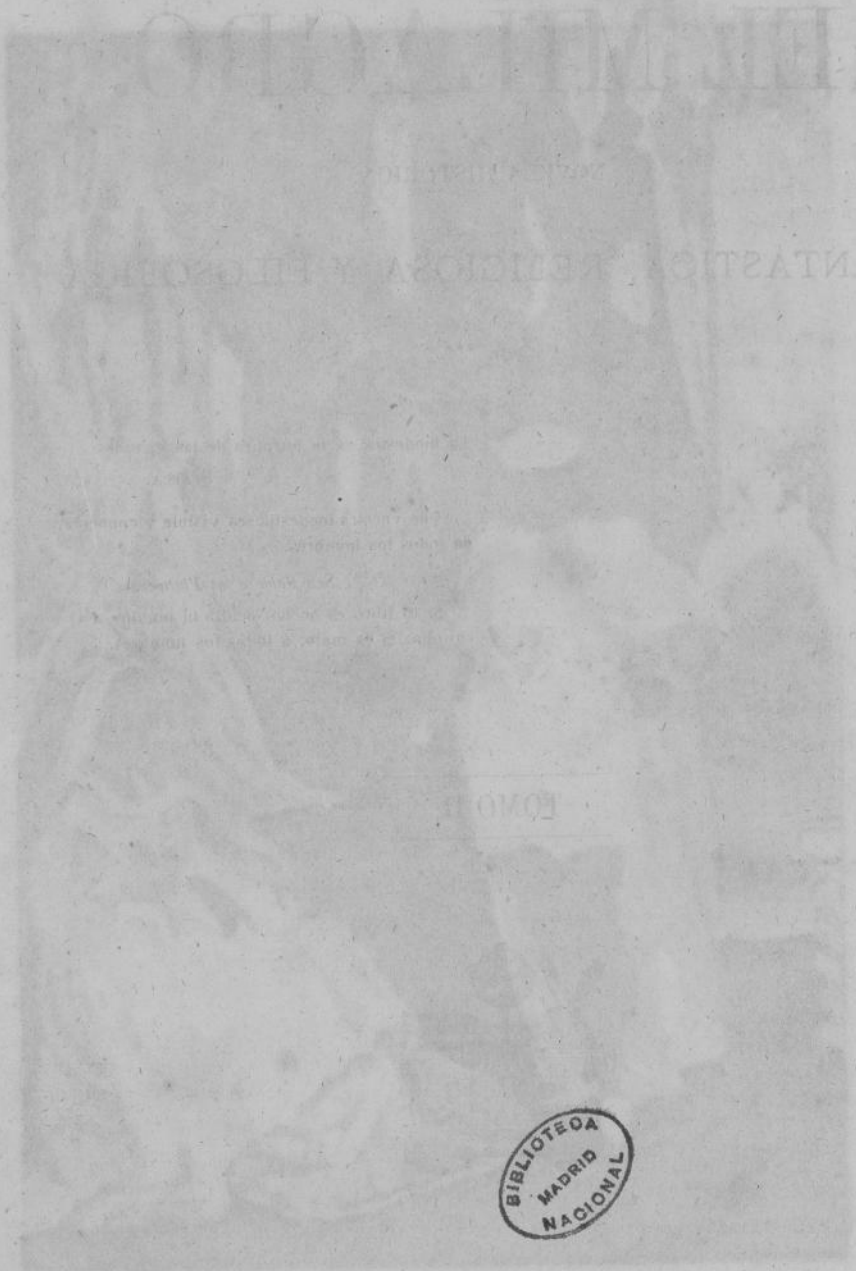


MADRID:

OFICINAS, FUENCARRAL, 74 Y 76, SEGUNDO. || IMPRENTA DEL HOSPICIO, FUENCARRAL, 84.

1871.

© Biblioteca Nacional de España



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

R. 165026

© Biblioteca Nacional de España



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

© Biblioteca Nacional de España

Lámina 6.



Los reyes D. Enrique IV. y su esposa Dª Juana de Portugal

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO PRIMERO.

El viaje.—Accidente.—Los nobles de pergamino.—Lucha desesperada.—Triunfo completo.—A Maqueda.—El embajador y su embajada.—A Avila.

Siguen nuestros amigos caminando; piensan hacerlo sólo de noche y andar en cada una de ellas dos jornadas de cinco leguas, para que resulten las diez que Abiabar puede resistir, segun expresó.

Este viaje lo emprenden los cinco en fines de Agosto. Abiabar va alegre, demuestra gran satisfaccion, cuya causa conoce él sólo; Hernando le acompaña ensimismado, y los restantes van indiferentes.

Las mulas son fuertes, están descansadas, y violentándolas un poco pueden dejar atrás en catorce horas las diez leguas que se proponen andar diariamente.

Entre Garrapinillos y La Muela echan pié á tierra los tres montados, disponiendo Alvarez de Toledo un pienso y dos horas de descanso para las bestias, tomando ellos al aire libre y al pié de los árboles algunas viandas de los muchos fiambres que llevan, agua y vino.

A las dos horas vuelven á emprender su interrumpida marcha, sin detenerse ya hasta llegar á una venta que dista diez leguas de Zaragoza.

© Biblioteca Nacional de España

Allí descansan todo el dia, comen dos veces, tornando á caminar en la forma que la noche ántes.

Durante la tercer jornada deben atravesar Ariza, último pueblo del reino de Aragon.

La noche se les presenta oscura; ocultan el disco de la luna densas nubes, que van poco á poco juntándose y enrareciendo hasta presentarse en su mayor opacidad.

El aire flojo, concentrado y caliente hace molesta la atmósfera, inspirándole el conjunto á Abiabar las siguientes frases:

—Garci-Gomez, se prepara una tormenta.

—Ya lo veo, amigo mio, y por esta causa vamos obligando á las mulas, pues está cerca Alhama, donde podremos guarecernos.

—Al contrario, te lo he dicho con el placer del que se dispone á estudiar en medio del campo ese gran fenómeno de la naturaleza.

—A tu edad puede no ser conveniente la mucha electricidad que tenemos sobre nuestras cabezas y el torrente de agua que va á desprenderse.

—Me alegro y deseo que así suceda, pues hace cuarenta años que estudio desde mi torre, que se halla descubierta, como sabes, cuantas tormentas han tenido lugar.

—No te cuides de mi prisa, ántes eres tú.

—Te repito que si vosotros os entrais bajo cubierta, yo me salgo al campo.

Los dos siguieron hablando sobre el fenómeno que empezaba á presentárseles.

El caballero y dos criados iban detrás, santiguándose á cada relámpago que veian.

A las cinco leguas dieron el descanso ordinario, pero en vez de permanecer dos horas tuvieron que estar cuatro.

La tormenta se desarrolló por completo, y abiertas las cataratas del cielo caia el agua á torrentes.

Nuestros amigos se guarecieron bajo unos árboles que se elevaban en un monte al pié del cual gemia el rio Jalon, y allí continuaron estudiando Hernando y Abiabar, encomendándo-

© Biblioteca Nacional de España

se á Dios los otros y comiendo las mulas su primero y segundo pienso.

La oscuridad era inmensa, los truenos retumbaban en los montes con estrépito horrísono y las corrientes del Jalon aumentaban en cantidad y fuerza de un modo inusitado.

Por fin cede el agua y nuestros viajeros continúan su marcha calados y sobre un piso que va empeorando notablemente.

Tienen por lo tanto que acortar dos leguas aquella jornada, y aun así deben llegar hora y media más tarde de lo que se proponian

El sabio dice á su discípulo:

—Mal nos despide Aragon, Garci-Gomez.

—¿Te refieres á la tormenta?

—Sí.

—Esa la ha motivado una revolucion atmosférica, en la cual no ha tomado parte alguna el pueblo aragonés. ¡Haga el cielo que no nos reciba peor Castilla!

—¿Temes algo?

—Todo se puede esperar del estado en que se halla mi patria, Abiabar.

—Tienes razon.

A la tormenta sigue un dia sereno y apacible como pocos.

A las cinco aparece la aurora clara y diáfana. El cielo está despejado y una brisa agradable besa el rostro de nuestros viajeros.

Han salido de Ariza y una hora despues entran en Castilla, dando vista á Moncayo, que divide los dos reinos, y á Oriente contemplan una preciosa vega bañada por el Jalon. Y no tardan en distinguir un pueblo pequeño llamado Huerta de Ariza; pero á los pocos instantes notan un resplandor siniestro, despues ven llamas y últimamente el fuego que devora varias casas del lugar.

Avanzan, y ya cerca de la pequeña poblacion, por junto á la que deben cruzar, oyen voces, gritos, lamentos y choque de armas.

© Biblioteca Nacional de España

Pronto se aperciben de que algunos nobles, seguidos de sus sirvientes, han atacado el lugar y lo están robando.

No todas las víctimas se amilanan; algunas se defienden, miéntras varios de los bandoleres prenden fuego á las casas.

Van delante Hernando, el caballero que le acompaña y en pos los criados; Abiabar se ha quedado algo atrás por órden del primero.

De pronto se detiene Alvarez de Toledo; no debe ni quiere exponer la vida de su sabio amigo y el éxito de la causa que defiende, é iba á decidirse por huir del sitio de la refriega, dirigiéndose á la derecha para cruzar por medio de los sembrados y alejarse del pueblo, cuando ve venir hácia él multitud de hombres y mujeres que abrazados á grandes líos de ropa huyen de la poblacion llevándose lo mejor que tienen.

La indignacion aparece en el rostro de Hernando.

—Cobardes,—les dice, parando la carrera que aquellos llevan,—veis perecer á vuestros hermanos, ardiendo sus casas, desoladas vuestras madres y huís miserablemente. Vuestro egoismo es indigno de pechos castellanos.

—Señor, no tenemos armas.

—Se cogen palos, muebles, piedras y se defiende uno hasta perecer. ¿Quereis armas?

Sólo tres contestaron que sí.

—Fuera las moharras,—gritó Alvarez de Toledo, descubriendo la de su bordon.—Villanos, ó correis todos en defensa de vuestros hermanos, ú os entregamos á esos foragidos.

—Preferimos lo primero.

—Pues tomad nuestras picas. Vosotros cuatro estas espadas y los restantes que se armen de palos; cerca teneis árboles y ¡á ellos, castellanos! No debeis tolerar que treinta ó cuarenta malhechores os roben y maten. ¡Atacad con brio, que detrás vamos nosotros! Vosotras, pobres mujeres, ocultaos entre aquella arboleda con este anciano; llevaos mis dos mu-

© Biblioteca Nacional de España

las y estos trajes que no nos permitirian movernos bien. Imitadme vosotros.

Dijo Toledo á sus tres compañeros, arrojando los cuatro sus hábitos y túnicas.

Los doce ó trece á quienes habia arengado iban ya delante con brio suficiente para defenderse y hasta para atacar.

Poco despues que ellos entraron en la pequeña poblacion Hernando y sus compañeros.

Lo primero que se presentó á la vista de Alvarez fué un bandido, con traje de noble, que sacaba de una casa alhajas, ropas, y lo que más horrorizó á nuestro hidalgo mancebo, esto es, un niño de cuatro meses ensartado en la punta de su lanza.

Ante espectáculo tan nefando y repugnante no habia prudencia posible; Hernando cayó sobre él, con fuerzas de leon le arrancó el arma, y levantándolo en alto lo arrojó de cabeza á una acequia que tenía al lado.

Ve que el niño está muerto, y dando la lanza al caballero amigo, le dice:

—Defended con ella á esos infelices. Vosotros seguidme.

Y acompañado de los criados entra en una casa, saliendo al poco tiempo por el balcon los cinco bandoleros que encuentra en ella.

Ya tienen armas los sirvientes.

Hernando reflexiona poco, desaparece casi del todo su proverbial prudencia y llama en su ayuda las fuerzas hercúleas y agilidad de gimnasta, todo el arte del maestro de esgrima, todo el enojo del caballero indignado, y con esas armas y una buena lanza entra en las casas, corre por las calles, llega á la plaza, y por doquier infunde terror en unos y la esperanza y alegría en otros.

Han desaparecido de él la diplomacia, la sabiduría y la ciencia. Corre ahora sin sombrero, con la melena encrespada, rígida la musculatura, los ojos despidiendo fuego y el rostro encendido.

A ninguno hiere con su lanza; sólo hace uso de ella para

© Biblioteca Nacional de España

defenderse, dar golpes con el regaton y aterrar; en cambio tira á unos por los balcones ó ventanas y á otros á las acequias que rodean y cruzan la poblacion.

Sus tres compañeros no le imitan; aquellos hieren y matan sin tregua ni compasion.

Toledo ha trasmitido á los ocho paisanos que armó y á una veintena más que se defendian, su bélico ardor. Ya no aguardan al enemigo parapetados en sus casas; ahora le buscan, lo atacan y destruyen.

Veinte minutos despues de haber llegado Alvarez no queda un malhechor dentro de la poblacion; quince han confiado las vidas á la ligereza de sus piernas y los veinticinco restantes están en tierra muertos ó heridos. Cerca de ellos hay tres niños, dos mujeres y siete hombres de la Vega en tierra tambien.

Hernando les dirige unas cuantas frases; los cuatro compañeros recobran sus armas y desaparecen, evitando de este modo los aplausos de la multitud.

Los de la poblacion apagan unos el fuego, otros socorren á los heridos, dando sepultura á los muertos.

Han cogido cuarenta caballos de los bandoleros, sus armas y un triunfo que no se explican, pues al llegar Toledo los pocos que se defendian iban ya á rendirse.

Ignoraran siempre que fueron dirigidos y ayudados poderosamente por el hombre más valeroso y entendido de Castilla.

El heroismo que se atribuyó despues á los habitantes de Huerta de Ariza, no sólo los libró en parte de la presente catástrofe, sino tambien de futuras acometidas.

Lo último era debido á la prevision de Hernando, el cual les encargó en su corta arenga que á nadie dijesen haber sido ayudados por cuatro forasteros.

De este modo la fama divulgó el arrojo y valor de los naturales de Huerta de Ariza, y su renombre impuso en adelante hasta á los habitantes de los pueblos inmediatos.

Alvarez y sus compañeros no dieron tiempo ni ocasion á

© Biblioteca Nacional de España

los malvados que quedaron con vida para que pudieran distinguir su calidad ni vió ninguno la espesa cota de malla que los cuatro llevaban, y la que les libró ahora de recibir algunas heridas.

Esta fué otra accion heróica, humanitaria y sublime de Hernando que debieran conocer muy pocos hombres.

La posteridad, sin embargo, hace ya completa justicia á este gigante de la Edad Media.

Alvarez de Toledo halló al sabio Abiabar estudiando plantas debajo de los árboles.

—Muy bien, amigo mio,—le dijo;—miéntras yo estaba expuesto á morir, tú te entretenias agradablemente en examinar esos tallos.

—Me impidió ayudarte, hijo mio, el hielo de la vejez.

—Es verdad, mas no he merecido un recuerdo tuyo, segun veo, en tanto que me batia yo sólo contra cinco ó seis hombres.

—Tu caritativa y magnífica accion fué muy de mi agrado; si te hubiesen herido yo te curaria ahora con el zumo de estas plantas.

—¿Y si muriera?

—Lloraria tu amistad, perdida por un poco de tiempo.

—¿Nada más?

—¿Querias que le hubiera rogado á Dios viniese en favor tuyo para ayudarte á matar bandoleros? Mi súplica sería algo más estéril para ti y para la humanidad que el estudio que acabo de hacer de las plantas que me rodean.

—¿No temistes por mí?

—Por ti no, que ganabas si te hubieran muerto; por mí sí, que estuve cerca de quedarme sin mi único y querido discípulo.

—Esas van siendo ya mis ideas; por Dios que las has grabado en mi alma con caracteres indelebles. Da á esas pobres mujeres las plantas que cogiste para nosotros y diles cómo las han de usar en pró de los heridos que hay en el pueblo. Vosotros, limpiad la sangre de las espadas y moharras; ocultemos

© Biblioteca Nacional de España

las primeras, cubramos las segundas, y con nuestros respectivos trajes talares, en marcha.

Quince minutos despues iban los tres frailes y dos peregrinos en direccion de Arcos, donde pensaban pernoctar, hablando el maestro y el discípulo de lo ocurrido en Huerta de Ariza, y con actitud los cinco que nadie hubiera podido reconocer entre ellos á los cuatro valientes guerreros, que acababan de salvar las vidas y haciendas de los ciento veinte vecinos de Ariza.

Llegaron á las nueve á Arcos, donde se alimentaron dos veces y durmieron hasta las siete, volviendo á emprender su interrumpida marcha.

En la presente noche anduvieron las diez leguas de la jornada impuesta, y á la siguiente las restantes, dando vista á Alcalá á las diez de la mañana.

Abiabar dió su traje de fraile á uno de los criados y se despidió de los cuatro, los cuales quedaban en una casa de labor á quinientas varas de la ciudad.

No existe ya peligro alguno para el sabio y puede entrar solo en Alcalá, donde no le conviene acercarse mucho á Alvarez.

El discípulo quiere ayudar á su maestro á subir á la mula, cuando este le dice:

—Aguarda, que deseo darte un abrazo y este legajo.

—¿Qué es, amigo mio?

—Un regalo que te hacen los reyes de Aragon, y el que no puedes desairar porque yo te lo prohibo y por otra causa más poderosa que hallarás cuando leas lo que ahí va escrito.

—Mucho temo, Abiabar...

—Mal hecho. Acepté yo la dádiva, ya has visto el viaje que he realizado á mi edad, la operacion practicada, y sólo admití esa indispensable mula que regalaré ántes de una hora al arriero más pobre de tu pueblo, y un hábito que me igualaba á tus criados y que arrojé, porque para nada me sirve ya. Si tú crees que soy capaz de permitir una humillacion á mi amado discípulo...

© Biblioteca Nacional de España

—Tienes razon; perdona...

—Un abrazo y ayúdame á subir á la mula.

—¡El cielo conserve esa privilegiada cabeza!

—¡Adios, hijo, y procura que te vea á menudo!

Poco despues entraba en Alcalá nuestro sabio, con el pesar retratado en su semblante por la separacion de Hernando y la esperanza en el alma porque iba á entregarse de nuevo á sus estudios de ciencia y de filosofía.

Alvarez de Toledo continuó mirando á su maestro hasta perderlo de vista. Luégo se volvió, notando que sus compañeros y mulas estaban ya dentro de la casa donde habian pedido hospitalidad.

Por el camino se fija en el legajo que acababa de entregarle Abiabar; lo abre y comienza á leer, siendo sorprendido agradablemente.

Segun va recorriendo su vista aquellas páginas escritas de un modo admirable y en las que hay varias firmas y sellos del rey de Aragon, va aumentando su alegría, que llega al entusiasmo.

Una idea sin embargo viene á empañar por un momento el brillo de su gran satisfaccion.

—Abiabar,—exclama,—ha dicho á los reyes de Aragon que soy Hernando Alvarez de Toledo; acaso les habrá referido mi vida, que conoce en su mayoría, y esto puede comprometer la causa que defiendo y hasta mi existencia... ¡Qué veo! ¡Este pergamino me lo dirige el sabio!

Y lee:

«Mi querido hijo y discípulo: La necesidad me ha obligado á descubrir tu incógnito á SS. AA. los reyes de Aragon y al príncipe D. Fernando. Los tres han jurado no decir á nadie el secreto, y estoy segurísimo que no faltarán. Pensar lo contrario sería una horrible calumnia lanzada injustamente contra tres personas que te estiman ya tanto como yo. Ten confianza absoluta en ellos y no olvides lo mucho que te quiere tu maestro,

ABIABAR.»

© Biblioteca Nacional de España

—Tiene razon,—exclama Hernando, despejada ya su frente y alegre como nunca.—No puedo ni debo dudar de aquellos tres séres tan elevados que me estiman más aún de lo mucho que necesitan de mí.

Concluye su lectura, en la que emplea bastante tiempo, y guarda luégo con el mayor cuidado entre sus ropas y junto al pecho aquellos preciosos pergaminos.

Su compañero habia salido dos veces á buscarle, mas hallándolo tan abismado en su lectura no osó interrumpirle.

Cuando entra Alvarez de Toledo en la casa ya tienen puesta la mesa y se sienta con el caballero á almorzar.

Duerme luégo hasta las cuatro y media que come, y una hora despues parten en direccion de Madrid.

Hernando va á pié, un poco agitado su corazon y como molestado por las ideas que llegan á su mente.

Cruza por los parajes donde corrió su infancia llena de ilusiones; no hay punto de vista, árbol, sitio, piedra ni paraje que él no haya saludado una ó más veces con sonrisa infantil.

Llega á su cerebro el recuerdo de los juegos, diversiones, carreras á caballo y á pié de que son testigos mudos cuantos objetos ve en torno. Su alma rebosa placentera, pero ha mirado á la izquierda, ve el altanero palacio del Arzobispo de Toledo y sonríe de un modo tétrico, sombrío, casi lúgubre. Tiene ya dominado al altanero dueño de aquel opulento edificio y le parece leer en el porvenir. Pronto temblará ante él Acuña, como hizo temblar á su padre, como no logró nunca que temblara Hernando.

Vuelve á variar su semblante; ahora se retrata en él ternura, amor.

Ha contemplado el castillo de Melania, su espíritu la ve hermosa como una deidad, pura como los ángeles, y á su siniestra sonrisa dedicada al Arzobispo, ha reemplazado otra dulce, placentera, deliciosa para el alma que la siente.

El amor lo llama, le atrae, le grita, pero se interpone el deber, y Hernando baja la cabeza, contiene los latidos de su

© Biblioteca Nacional de España

corazon con la voluntad y aligera el paso, diciendo á sus compañeros:

—Avancemos más, que quiero perder pronto de vista estos sitios y llegar lo ántes posible á Madrid.

Entrada la noche montaron en las mulas el caballero y él, continuando á buen paso hasta que distinguieron las luces de Madrid y tornaron á subir á los cuadrúpedos los dos frailes.

A las nueve entraba en el ancho zaguan de la casa habitada por su padre y su tio.

Un soldado les detuvo, pero Hernando se hizo anunciar con el supuesto nombre de Garci-Gomez, y la contestacion fué hallarse con los brazos de los dos ancianos, á los cuales dijo nuestro jóven al oido:

—Disimulad, que nos ve gente extraña.

Al caballero y su criado les destinaron la parte baja del edificio, y Hernando subió á la principal entre su padre y tio, que lo llevaban cogido de las manos y le miraban con el interés y amor que ambos le profesaron siempre.

El jóven cambia de traje, y luégo se sienta á la mesa con el caballero que le acompañó y los dueños de la casa.

Al terminar, no obstante lo avanzado de la noche, se retiran á un saloncito Hernando, D. Juan y D. Alvaro, dando principio á una animada conversacion.

Garci-Gomez, despues de referir á su padre y tio parte de lo que habia realizado y accidentes que le ocurrieron en el tiempo que estaba separado de ellos, pregunta á D. Alvaro:

—¿Teneis mucha aficion á la mayordomía que desempeñais en palacio?

—Aficion, ninguna.

—¿Por qué continuais há tanto tiempo cerca de Enrique IV?

—Me obligan, Hernando, la costumbre y la necesidad.

—¿Solo eso? Sed franco.

—Nada más; y me extraña tu interrogatorio.

—Es muy importante, señor. Tened la bondad de expli-

© Biblioteca Nacional de España

carme los puntos que abraza eso que llamais necesidad de servir á S. A.

—El sueldo, las consideraciones y jerarquía social.

—Lo primero se comprende, lo segundo no, porque indica vanidad, y creo que vos no la teneis.

—Mis rentas, sobrino, son cortas, y sin auxilio del sueldo tendria necesidad de vivir más modestamente que mi padre, mayordomo tambien de D. Juan II, como sabes, y es lo peor que me veria obligado á marchar á mis estados, donde apénas conozco á nadie, pues nací y me he criado en la corte.

—¿Y esos hábitos cortesanos, esa inveterada costumbre os violentarian mucho si una causa justificada os obligase á abandonar para siempre á Enrique IV?

—Si á la vez me separaban de tu padre, lo tendria por la mayor desgracia.

—Y si os fuéseis con vuestro primo á un castillo donde tuviérais vasallos, riqueza y explendor, ¿os pesaria dejar á Don Enrique?

—No.

—¿Aun cuando no fuera en Castilla?

—Explícate, Hernando.

—Tio, S. A. el rey de Aragon ha elevado á mi padre á grande del reino, dándole estados, castillos y señoríos; va á partir inmediatamente á Moncayo, que está en la raya, tiene allí alcázar, castillos, y yo creo que no lo abandonareis.

—¡Qué dices, Hernando!

—Ya lo habeis oido. Devolví la vista al soberano aragonés, es posible que regale un imperio á su heredero, y agradecido el bondadoso monarca, te ha nombrado, padre mio, señor de Moncayo, de la Almunia... Aquí tienes todos los títulos, y segun me dice en la carta que les precede, fué lo primero que autorizó al recobrar la vista, lo que concedió con más gusto desde que es rey, desea conocerte y espera que vayas para darte posesion de cuanto ya te pertenece.

—Pero eso, hijo mio, debe ser para ti.

—Es claro; y para mis hijos, si Dios me los concede; mas

© Biblioteca Nacional de España

eso ocurrirá despues que tú mueras, por ser yo tu único heredero.

—Yo nada gané, Hernando.

—No siempre el padre adquiere para los hijos, alguna vez varía la regla.

—¿Y cómo acepto yo y disfruto esa grandeza, estados y señoríos, miéntras tú recorres Castilla como mísero peregrino, á pié unas veces, en malas caballerías otras, durmiendo mal, comiendo peor y expuesta á cada instante tu preciosa vida?

—Por todo eso seguramente, señor; ya que yo duerma poco, trabaje mucho y el insomnio y las privaciones sean mi patrimonio, no debo vivir con la mortal angustia que me produce la incertidumbre de si tú y mi tio estareis bien guardados y libres ó no de tanto peligro como os rodea en Castilla. Cuando os halleis en Aragon, en vuestro alcázar y castillos, defendidos por valientes mesnadas, teniendo vasallos sin cuento y la proteccion y cariño de los reyes y del príncipe D. Fernando, entónces, aun cuando mi materia siga padeciendo sobre el lecho de paja, en los caminos y entre azares y privaciones, mi espíritu se hallará alegre, satisfecho, y de los dos males que me abrumaban habrá desaparecido el mayor.

—Pero léjos de Castilla te veremos ménos, te lloraremos más.

—Quién sabe, padre mio, si sucederá lo contrario. En la vida errante y aventurera, primer caudillo ya de un partido que cada dia crece y se extiende por Castilla, Aragon y Navarra, tendré que estar por todas partes, y donde ménos creais allí puede ser que permanezca más. Vais á vivir en la raya, mis carnes son ya de hierro, los caballos que yo monto vuelan y mis visitas serán tan continuas como me lo permitan los grandes acontecimientos que pronto tendrán lugar en Castilla. Posible es que me hagan falta un dia no lejano tus vasallos, tus riquezas y poder, y en último caso tu alcázar para ocultar en él la derrota, salvar mi vida y neutralizar con vuestro cariño y frases las desgracias y humillacion del vencido.

© Biblioteca Nacional de España

—Es verdad. De todo dispones porque lo has ganado y porque es mio; y cuenta que al frente de nuestras mesnadas iremos tu tio y yo.

—En el caso de llegar ese extremo no serán dos jefes más lo que yo necesite, sino muchos soldados y dinero.

—Pero nosotros te seguiremos.

—Mas yo no lo consentiré miéntras sea el jefe superior de la causa que defendemos. Y no insistais, porque entónces nada os pediré.

—Muy bien, sobrino,—dijo D. Alvaro.—Me despediré del rey y de la corte, y despues que hayamos vendido cuanto tenemos en Madrid, iremos á Zaragoza, quedándome despues en el alcázar de Moncayo, que ya es de tu padre. Allí tendrás siempre todos los jefes y soldados que podamos sostener á tu completa disposicion. Nuestra hacienda y dinero te pertenecen, y nosotros nos quedaremos para gozar con los triunfos del héroe. Hombres como tú para nada necesitan en la guerra de dos pobres viejos que sólo lograrian estorbarle.

—¿No os violentais?

—¿Qué te dice mi sembrante? ¿No voy á ser yo tan dueño como tu padre de esa opulencia y señoríos?

—Lo mismo.

—Pues entónces añade, que nos has hecho felices y que no hay mayor honra y dicha en Castilla y Leon que la de tener por hijo y sobrino á Hernando Alvarez de Toledo.

—¿Esa es tambien la opinion de mi padre?

—Sí, Hernando.

—Perfectamente. Os voy á dar un encargo á vos, tio, que vais á tomar con gran interés. Antes de abandonar Madrid, y cueste lo que quiera, comprais el edificio en que yo estuve preso.

—¿Para qué lo quieres?

—Todavía no lo sé, mas presiento que me ha de hacer falta, y puesto que somos ricos quiero poseerle.

—Lo haré.

—Dejais en él una persona de vuestra confianza, á cuyo

© Biblioteca Nacional de España

nombre lo comprais, encargándole que introduzca en él las reformas que se marcan en este escrito. Tomad.

Los tres siguen hablando hasta muy cerca de la madrugada

Al dia siguiente, despues que hubo anochecido, partieron para Maqueda Hernando y sus tres acompañantes. Iban ya con traje de guerra y sobre los cuatro mejores caballos que encontraron en las cuadras de su tio.

Y seis dias despues, al frente de una escolta de ochenta hombres entre soldados y sirvientes, salieron para Zaragoza D. Juan y D. Alvaro de Toledo.

Los reyes y príncipe de Aragon los recibieron con bondad y cariño, los colmaron de presentes, dando despues posesion al padre de Hernando de todas las concesiones que le habian hecho.

Y á los pocos dias estaban los dos primos en su alcázar de Moncayo, disfrutando de la régia explendidez de un grande de Aragon.

Alvarez de Toledo y sus tres acompañantes salieron de Madrid al anochecer, segun hemos dicho, y se encaminaron á Maqueda, que, como saben nuestros lectores, dista de la corte doce leguas, las cuales pensaba cruzar Hernando en toda aquella noche y las ménos horas posibles de la mañana siguiente.

Precisas eran la robustez, carnes de hierro y fuerzas adquiridas en la infancia con la gimnasia por nuestro mancebo, para poder resistir tan continuadas, rápidas y violentas marchas.

Los que le acompañaban solian pedirle algun descanso, y esto lo verificaron siempre cuando estaban rendidos y no les era posible continuar adelante.

Por punto general eran excelentes los cuadrúpedos de que se servian, y con el mucho oro que tiraba Hernando hallaban lo indispensable, cuando no tambien lo supérfluo en las casas y mesones en que se detenian; mas eran tan malos los caminos en aquella época, que algunas veces los atravesaban con

© Biblioteca Nacional de España

dificultades dignas de ser vencidas por el indomable valor de Alvarez de Toledo.

Nuestro jóven comprendió desde el principio que la rapidez en todas sus marchas favoreceria grandemente la causa sustentada por él, y no perdonaba sacrificio alguno para atravesar las distancias como el águila los espacios.

Salieron á las siete de Madrid, y á las ocho de la mañana abrian las puertas de Maqueda al infatigable Garci-Gomez.

Los cuatro dejaron sus caballos en los patios de palacio, inútiles por algunos dias para todo ejercicio.

Un gentil-hombre se acercó á Hernando cuando acababa de echar pié á tierra, y le dijo:

—Seguidme, caballero. Mi ama y señora la infanta Doña Isabel os ha visto llegar cubierto vuestro potro de espuma, á vos de polvo y sudor, y me encarga ponga á vuestra disposicion los dos mejores salones del piso bajo y cuanto necesiteis.

—Gracias; con agua y un criado que limpie mi ropa tengo bastante.

—¿Quereis otro traje?

—Lo trae mi sirviente y haré uso de él más tarde.

Todo lo cual verifica nuestro jóven, acepta luégo un expléndido almuerzo que le sirven en sus habitaciones, y por órden de la infanta duerme cinco horas sin interrupcion.

Come despues, y al concluir se le presenta un gentil-hombre, diciéndole:

—La señora infanta os espera, en el caso de que hayais descansado lo suficiente...

—Ya os sigo. Id delante.

—Poco despues se hallaba Hernando en un salon retirado del palacio, frente á Doña Isabel y á Doña Beatriz.

Las dos le dirigieron profunda mirada, contestando á su saludo con una reverencia y dos sonrisas que le explicaron lo satisfechas que estaban de él.

La infanta le dijo:

—Sentaos, Garci-Gomez, frente á nosotras, aproximando

© Biblioteca Nacional de España

un poco más ese sillon. Tengo mucho gusto en que mi primer caudillo esté cerca de mí, ya que tan pocas veces lo consigo.

—Gracias, señora infanta; jamás podré pagaros la bondad con que me tratais.

—No son esas mis noticias; os debo tanto, Garci-Gomez, que á pesar de ser infanta y muy rica, tardaré mucho en poderos recompensar cuanto haceis por mí.

—Me olvido, señora, de la prision en que estuve encerrado, de la suerte que hubiera sufrido en ella y de lo mucho que me habeis distinguido despues, para no contradeciros.

—Haceis bien, no recordeis nada de eso, que ya pasó; en cambio, si nos traeis hoy á Beatriz y á mí la noticia que aguardamos con impaciencia, habreis levantado los cimientos de un imperio que ha de admirar al mundo, y hecho tan grande no puede recompensarse, por más que lo aplaudan hasta las generaciones venideras.

—Siento, señora infanta, destruir vuestras esperanzas; mas en este momento no tengo noticia alguna que poderos participar.

—¡Qué decís!

Exclamaron las dos á la vez sorprendidas.

—La verdad, señora; mi padre es grande de Aragon, señor de Moncayo y de la Almunia, y yo, su hijo, me presento á vos esta tarde como embajador de S. A. el rey de Aragon y Cataluña.

—Explicaos más, señor Garci-Gomez.

—Ante todo aquí están mis credenciales, que os ruego reconozcais.

—Examínalas, Beatriz.

—Están bien, señora; Garci-Gomez representa á Don Juan II de Aragon.

—¿Y qué desea el señor embajador?

—Pediros solemnemente, á nombre de mi señor, vuestra deliciosa mano para el príncipe D. Fernando, su hijo y sucesor. Aquí están los poderes que me autorizan, y en ellos se os

© Biblioteca Nacional de España

ruega veais en mí á S. A. D. Juan II, y tengais como dicho por él cuanto yo expresara. Dignaos examinarlos.

—Gracias; están bien, bastando para ello el que vos lo digais. Únelos, Beatriz, á la credencial. Y puesto que hablo con S. A. el rey de Aragon, puede decirme D. Juan II cuanto tenga á bien, en la seguridad de que me honra y favorece.

—Vuelvo, señora infanta, á pediros la mano para el príncipe D. Fernando, nuestro sucesor.

—¿Os basta con mi asentimiento?

—Sí, señora, con él y con el mio, que de antemano dí.

—No es poco el último; con él puede que baste para realizar esa union. ¿Qué condiciones me impone vuestro representado?

—No sería propio de nosotros tal afrenta. Una dama tan elevada, entendida, bella y poderosa manda siempre y nosotros la obedecemos.

—Mucho agradezco á D. Juan II la eleccion que hace de mí, y le he de llamar padre con más orgullo que ningun otro hijo. ¡Oh, si yo pudiera devolverle la vista!

—Ya lo habeis hecho, señora.

—¡Otra nueva extraña y agradable! ¿Qué quereis decir, Garci-Gomez?

—Digo, señora, que un representante vuestro se la devolvió, y ve ya hace más de ocho dias como nosotros tres.

—¿Luego el príncipe está ya en libertad?..

—Permitidme que os interrumpa. El príncipe queda en Zaragoza y no irá á Cataluña, aun cuando vuelva á prender la tea de la discordia: allí aguarda vuestra órden para entrar en Castilla de incógnito y para unirse á vos pública ó privadamente, como mejor convenga á su encantadora y futura esposa.

—¡Cuidado si son galantes los embajadores de Aragon!

—El que ahora os mandan dice siempre la verdad.

—Grande habrá sido la alegría de D. Juan II al recobrar la vista.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, mas no completa, porque hasta ahora le fué imposible admirar vuestra hermosura.

—Van tres, Garci-Gomez. Gracias. ¿Tambien entendeis de medicina?

—Más que de guerra y de intrigas de corte. Pero no juzgueis por eso que hice yo solo el milagro; batió las cataratas que el rey sufria, mi maestro Abiabar; yo solo hice el resto.

—¿Qué recompensa le merecísteis?

—No quisimos aceptar ninguna; mas al llegar á Alcalá fuí sorprendido con la nueva de que mi padre era grande de Aragon y disponia de estados y señoríos.

—Hábil estuvo mi futuro padre.

—Tanto, que de haber yo sabido algo con la anticipacion debida, D. Juan Alvarez de Toledo no sería grande de Aragon.

—¿Influyó en vuestra venida de embajador la admirable cura que hicísteis al rey?

—Nada absolutamente. Antes de que pensáramos ninguno de ambos en que podria sanar, estaba ya acordado el enlace.

—¿Y la reina?

—S. A. pertenece al partido de que soy jefe, desde ántes que yo hablara con su augusto esposo é hijo.

—¿Quién les enteró de vuestro verdadero nombre?

—El sabio Abiabar, mi maestro.

—¿Guardarán el secreto?

—Como vos.

—Admirable, Garci-Gomez; solo elogios merece vuestra conducta.

—Algo temerario estuvo en Huerta de Ariza, mas por ser la primera se la perdonaremos.

Dijo Doña Beatriz con sorpresa de Hernando, que le contestó:

—¡Ya lo sabeis!

—Sí, como la mayor parte de cuanto acabais de relatar, como en su dia me dijeron lo que hicísteis con los bandidos de Guadarrama. Y es preciso, señora infanta, que impongais

© Biblioteca Nacional de España

á vuestro primer caudillo un poco más de prudencia. Se debe á vos, á su patria, y ambas son ántes que unos pobres huertanos.

—Perdonad, Doña Beatriz; el primer caudillo de la señora infanta lo es ya el príncipe D. Fernando de Aragon.

—En ese caso sereis el segundo, representante además del primero, y queda en pié mi aserto.

—¿Más prudencia deseais, y aun no he vertido con mi acero una sola gota de sangre humana?

—Seguramente por eso, señor Garci-Gomez. Es preciso que defendais mejor vuestra vida. ¿Ignorais acaso que en Castilla pululan los bandoleros y asesinos? Pues si lo sabeis huid de ellos, y en último caso dadles el oro que lleveis.

—Solo podria yo lograr eso dejándome el corazon y la caridad cristiana en Maqueda, y esto no puede ser.

—Tiene razon Garci-Gomez, Beatriz. ¿Quién puede ver impasible á esos miserables que se llaman nobles caer sobre el pueblo indefenso como bandada de buitres sobre su presa? Bien obrásteis, amigo mio; vuestra hidalguía estuvo admirable unida al valor y abnegacion que habeis demostrado en Ariza.

—Pudieron, señora, cogerlo por la espalda cuando él arrojaba á los malhechores por el balcon y haber dado fin de su vida. Entró además en el pueblo sin armas.

—¿No me decias hace poco con febril entusiasmo que atacaba y se defendia como el leon más potente? ¿Que en las casas, calles y plazas se revolvia como el rey de la selva y que aterraba tanto á sus contrarios como valor infundia á los hijos de la vega? ¿No añadiste que era invencible? Pues si eso es cierto, yo aplaudo el acto de humanidad que lo entró en Ariza, porque lo hacen pocos hombres, sin que por eso deje de ser la obligacion de todo buen caballero. Defended la virtud siempre, Garci-Gomez, la inocencia, al débil contra el fuerte, la razon contra la injusticia, y si en el camino os sorprende la muerte, acordaos de nosotros cuando os sonría el labio divino.

© Biblioteca Nacional de España

—En adelante, señora, dejaré de recomendaros á Garci-Gomez.

—Harás bien, ya lo conozco.

—Yo creí que por lo ménos le encargaríais que no fuese tan temerario con quienes le dirigen al corazon las puntas de los aceros y él les contesta con el regaton de la pica ó el canto grueso de la espada.

—Si obrando así los vence, se convertiria en asesino al hacer uso del corte afilado de su acero.

—¿Y si un dia?..

—Basta, Beatriz; no me aconsejes nunca que aminore la nobleza y generosidad de los hombres, aun cuando ellas conduzcan á la muerte. Vale más perecer pronto y bien, que tarde y mal. Y hé aquí, señor embajador, que hemos involucrado las cuestiones sin razon alguna que lo justifique. Por eso me apresuro á pediros perdon ántes de que me reprendais con justicia.

—Tan grande sois, tan elevadas vuestras ideas, que os he escuchado con delicioso éxtasis.

—¿No son las vuestras?

—Sí, pero no por desgracia las de los reyes.

—Pues si es preciso cambiar de opinion para que yo ocupe un trono, prefiero morir infanta entre los muros de Maqueda.

—La Providencia, señora, se ha condolido al fin del mísero estado de Castilla y vos sereis reina porque pensais de ese modo.

—Cúmplase la voluntad de Dios. Y reanudando nuestra primera conversacion, os ruego digais por escrito á S. A. el rey de Aragon lo grata que me ha sido la honra con que me distingue y el placer con que la acepto. Al príncipe, que espere. Y con esto puede terminar, si lo teneis á bien, vuestra embajada.

—Falta un poco, si me lo permitís. Mañana escribiré á SS. AA. y al príncipe; ántes debo entregaros esta carta de los reyes de Aragon, en la cual os dan ya el nombre de hija.

© Biblioteca Nacional de España

Esta otra del príncipe vuestro futuro, en la que os ofrece su retrato de gran mérito artístico, de un príncipe bien parecido, pero que dista de vos mucho en belleza. Hasta la reina lo dijo contemplando vuestro retrato.

—¡Mi retrato! ¿Quién se lo ha dado?

—Yo.

—¿Y á vos?

—Doña Beatriz.

—¡Siempre Doña Beatriz!

—De ese modo, señora, tendrá D. Fernando cada dia más empeño...

—No prosigais, que van ya muchas y os he concedido el título de galante. Mañana contestaré á los tres y con mis escritos puede ir el vuestro. ¿Teníais algo más que participarme?

—A vos, no, señora.

—Pero sí á Beatriz; lo supongo. Dadle el brazo y dejaos dirigir por ella, Garci-Gomez, que no os faltarán víctimas señaladas por su dedo ni intrigas de todos géneros.

—¿Tan mala soy, señora?

—Para mí fuiste siempre un ángel, para tus enemigos un demonio.

—No he de parar hasta dar fin de todos.

—¡Qué cristiana y qué caritativa!

—Cuando seais reina variaré.

—Entónces por fuerza. El dia que yo mande, Beatriz, si es que esto sucede, sólo escucharé consejos en pró de la humanidad. Hasta luégo. Adios, Garci-Gomez: mucho agradezco al embajador su admirable conducta, y más obligada le estoy aún al caballero que tanto hace por mí. Si yo no puedo recompensaros un dia, Dios os premie el bien que me haceis.

Y se retiró; saliendo por otra puerta, cogidos del brazo, Doña Beatriz y Hernando.

Encerrados ambos en una de las habitaciones que ocupaba Doña Beatriz, sólos y sin que nadie pudiera oirlos, dijo aquella á Alvarez de Toledo:

© Biblioteca Nacional de España

—Sé, amigo mio, que habeis procurado abreviar en lo posible; pero entre Segovia, Aragon, Madrid, Maqueda y marchas, habeis perdido cerca de cuarenta dias, y en ese tiempo nuestros enemigos han logrado mucho más de lo que nos conviene.

—Podeis creer, señora, que no perdí minutos.

—Estoy convencida y me consta que no hay en el mundo quien camine como vos; bien lo atestiguan los que os acompañan. Se quejan únicamente de lo mucho que les habeis hecho correr á pié y á caballo por parajes detestables. No os he hablado del tiempo trascurrido desde que abandonásteis Avila como reconvencion, pues no hay hombre que se os iguale en Castilla; quise significaros únicamente que es preciso vuestro regreso al momento, con el fin de evitar el que nos sorprendan graves acontecimientos que pongan en peligro el triunfo de nuestra causa.

—Partiré ántes de una hora, si es preciso.

—No es necesaria tanta brevedad: descansad esta noche, y al amanecer volveis á Avila.

—Lo haré así; pero ántes decidme qué ocurre en Castilla; mi ausencia por tanto tiempo me tiene en completa ignorancia de lo que han hecho nuestros enemigos.

—Conviene, Garci-Gomez, que yo sepa primero lo ocurrido en Zaragoza al embajador de los conjurados.

—Teneis razon. Como os dije por escrito, hice indispensable esa embajada para que me la diesen á mí; mas D. Alonso de Acuña se opuso, yendo en mi lugar el Conde de Plasencia. Este salió acompañado de numerosa y lucida escolta; tardó en llegar el doble que yo, alojándose en Zaragoza en espléndido palacio. Dos dias despues fué recibido por la reina, nuestra aliada, ofreció mucho, logrando únicamente algo de benevolencia por parte de su alteza. Se le contestó con palabras de doble sentido, que el conde hubo de interpretar favorables á su intento, y tres dias despues regresó, creyendo llevar seguridades, cuando realmente son torpes ilusiones. Eso es todo. Los reyes y príncipe de Aragon están

© Biblioteca Nacional de España

decididamente de parte nuestra, no os quede la menor duda.

—Por la misma razon conviene ahora más que nunca que entretengan á los conspiradores y les hagan creer que están de su parte.

—Dejé á la reina instrucciones tan claras y terminantes, y es tan activa, enérgica é inteligente, que en lo relativo á ese extremo nada dejará por hacer.

—En ese caso oid ahora lo que han hecho los conspiradores en el tiempo que faltais, ó mejor dicho, lo que realizó el Marqués de Villena, único verdaderamente que ha trabajado con celo incansable y sin reparar en los medios, que en esta ocasion fueron los de hombre sin conciencia alguna. Desde Avila fué á Madrid, donde se hallaba el rey, al cual engañó, diciéndole que regresaba en aquel momento de Soria, donde estuvo ocupado con el casamiento de su hijo. Acto continuo llevó á cabo una iniquidad, cuyo relato os dará idea exacta de las idénticas que ha cometido despues. Participó á Enrique IV que habia en Castilla efectivamente una gran conjuracion contra él, citándole luégo los nombres de algunos poderosos que supuso eran los autores de la rebelion, siendo por el contrario de los que permanecian leales. Fué uno de ellos Don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla. A la vez aconsejó al monarca la prision del prelado sevillano, la cual juzgó fácil, á pesar del gran poder é influencia de Fonseca, por lo ignorante que estaba de aquel terrible acontecimiento. Enrique IV se negó al principio temiendo las consecuencias de un atentado de resultados tan funestos; pero Villena lo asustó con la idea de preponderancia y prosélitos que el Arzobispo de Sevilla podia llevar con su persona á los conspiradores, y en uno de esos momentos de debilidad tan comunes en el monarca castellano, decretó la prision de Fonseca y en el acto partieron dos régios emisarios á cumplimentar la órden de su señor. Uno de estos estaba vendido al Marqués, y al llegar á Sevilla visitó al Arzobispo, sin que su compañero lo supiese. Dijo lo que al dia siguiente iban á hacer con él y que no tenía otro medio de evitar la gran desgracia que ya tenía sobre sí, que el

© Biblioteca Nacional de España

de partir aquella noche seguido de cuantos le obedecian á la ciudad de Avila, donde le aguardaban con los brazos abiertos el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo. Le enseñó la órden del monarca, describiendo con colores tan negros la supuesta cólera del rey y el ódio que le demostraba desde hacía mucho tiempo, que indignado Don Alonso de Fonseca por conducta tan injustificable, desapareció de Sevilla con todos sus vasallos, deudos y amigos horas ántes de que los régios emisarios fueran á prenderle. Hoy está en Avila y es uno de los partidarios más ardientes que tiene el infante Don Alonso, ó mejor dicho, de la causa que improvisaron y defienden el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo.

—¡Qué maldad!

Exclamó Hernando con indignacion.

—De ese modo, amigo mio, llevó á Avila el Marqués de Villena á todos los grandes que vacilaban y no se habian declarado aún en favor del rey ó de los conspiradores.

—¡Qué medios tan arteros y miserables!

—Eso nos obliga, Hernando, á tener un poquito elástica la conciencia en todo lo que á los conjurados se refiera.

—Por desgracia va siendo la mia muy parecida á la de ellos.

—Pero la justificais, porque obrando de otra manera, Castilla y Leon serian pronto pasto sabroso de esas poderosas aves de rapiña.

—¡Y qué rey, Doña Beatriz, tan débil, ignorante y torpe!

—Así nos conviene para que pueda reemplazarle Doña Isabel.

—¿Ocurre algo más?

—Sí, pero ignoro lo que es. Se trata de un futuro acontecimiento que desconozco y el que está haciendo indispensable vuestra presencia en Avila.

—¿En qué os fundais, señora?

—Hace tres dias marchó á Avila el Marqués de Villena; por consejo de este, parte D. Enrique IV á Segovia hoy, y

© Biblioteca Nacional de España

esta tarde han recibido órden terminante los infantes Isabel y Alonso de unirse á su hermano en dicha ciudad. Hasta les previene que han de abandonar mañana á Maqueda y la hora en que deben presentarse en el alcázar real.

—Teneis razon; eso obedece á una nueva intriga, á un plan de Villena, y conviene penetrar el secreto inmediatamente. Supongo que en circunstancias tan críticas no abandonareis á Doña Isabel.

—Claro está; por ahora no puedo separarme de su lado.

—¿Llevareis buena escolta?

—Todos los caballeros y quinientos ginetes.

—¿Os sorprenderán en el camino?

—No; de eso estoy segura, y ya en Segovia nos basta con esa fuerza, la que tiene mi esposo y todos nuestros partidarios.

—¿Quereis que yo os acompañe?

—Haceis más falta en Avila.

—Entónces ocupémonos de otra cosa. ¿Cómo desempeñan el abad de San Benito y su lego la mision que encargué al último?

—Admirablemente, mas procurad que de esto no tenga conocimiento nunca la infanta.

—Comprendo, sus grandes talento y sabiduría no le quitan ciertos escrúpulos ni algunas puerilidades en materias religiosas.

—Tambien yo los tengo, Hernando, y me violento bastante al consentir muchas cosas.

—Ya lo sé, y lo deploro.

—Haceis mal. Pero es inútil dar consejos sobre ese tema al discípulo de un judío.

—De un sabio, señora, que acaba de devolver la vista á un ciego con arte y ciencia sublimes.

—Un sabio, sí, mas un sabio ateo.

—¡Ateo!.. No hay en el mundo un hombre que comprenda y adore á Dios como Abiabar.

—Pero sólo á Dios, Hernando.

© Biblioteca Nacional de España

—Hace bien, los hombres de su elevacion desdeñan las mitologías y se burlan del paganismo.

—¿Somos acaso nosotros paganos?

—Eso dice él, y es lo peor que en mi concepto lo prueba.

—Insensato, ¿en dónde están nuestros ídolos?

—En el calendario.

—¡Qué error!

—No es pequeño el vuestro, aunque conveniente; y me fundo, en que á la mayor parte de las inteligencias no les es permitido comprender las ideas si no les entran primero por los ojos de la cara.

—Entónces no hay mal alguno en que suceda así.

—Pero se abusa tanto, señora.

—¿De qué poder no se abusa, Hernando?

—Es verdad, mas debieran respetarse las cosas sagradas.

—¿No aconsejásteis eso á vuestro hermano de leche, Sion?

—Cumplí la órden que me dísteis.

—Con indecible placer, sin duda alguna, ¿es cierto?

—No sentí pesar ni alegría; juzgué, que de profanar lo más digno de respeto y admiracion, debia hacerse en favor de una causa justa, y por esta razon acepté vuestra idea, y supongo que se estará realizando.

—Mas vais á saber cómo: En Segovia desapareció la Vírgen de un altar, quedando en su puesto el retrato de una hermosa jóven que luégo se dijo ser la infanta Isabel, modelo de virtud y castidad. En un pueblo pequeño voló San Benito á presencia del público, dejando la atmósfera perfumada y varios trozos de pergamino que fueron cayendo poco á poco; en ellos se leia: Sólo Isabel puede hacer la dicha de Castilla; temed al nuevo D. Oppas. En otra villa populosa brotaron las llamas del suelo, y entre ellas se pudo leer: El rey es malo, el infante no es bueno, huid de los hombres; sólo una mujer puede haceros dichosos. Y por este estilo desde tiempo atrás se suceden los milagros en Castilla y Leon con prodigiosa rapidez.

—¿Nada más?

© Biblioteca Nacional de España

—El púlpito saca partido, tambien el confesonario, y nuestra causa gana, pero mi conciencia empieza á molestarme, Hernando.

—¿Nada más, señora?

—¿Os parece poco?

—Creo que os olvidais de algo muy importante.

—Ignoro á qué os referís.

—Por mi cuenta, deben haberse repartido entre los más pobres y desgraciados muchas limosnas; es posible que pasen de tres mil ducados el importe de los socorros hechos á infelizes ancianos, pobres viudas, mendigos y personas inútiles para el trabajo corporal.

—Es cierto.

—¿Y no creeis como yo que se le puede perdonar á Sion toda la farsa de que hace uso en gracia al bien moral y material que esparce. Antes engañaban al público y lo estafaban; ahora podrán no decirle la verdad, pero sí cosas buenas mezcladas con actos de caridad que Dios ha de agradecer al que de ese modo favorece á sus hijos. Pues esto sucede únicamente desde que un ateo, como vos me llamais, imprimió sus ideas y dió su dinero á los milagreros de Alcalá, beatísima y timorata amiga mia.

—¿Quereis que hablemos de otra cosa que más nos importe, Hernando?

—Desearia me dijérais ántes si estais ó no satisfecha de mi hermano Sion.

—Veo en él un instrumento vuestro y nada más; en cuanto á vos, amigo mio, ya es otra cosa; á pesar de vuestras extrañas y filosóficas ideas, que yo ignorante mujer no puedo ni quiero combatir, os presentais ante mí cada dia más admirable. Vuestra conducta en Zaragoza asegura el triunfo de nuestra causa, y merecia el hombre que tan hábilmente se mostró allí uno...

—Hablemos de otra cosa, Doña Beatriz.

—Vuestro heróico valor luégo patentizado en la Vega de Ariza...

© Biblioteca Nacional de España

—Disponemos de poco tiempo, señora, y lo estais malgastando; permitidme que os lo diga.

—¡Qué bien os juzgué al abandonar todos mis asuntos por salvar vuestra existencia!

—Pues si la vida os debo, claro es que nunca podré ser acreedor...

—Concluyamos, que es ya de noche y me aguarda la Infanta. Tomad estas instrucciones y estudiadlas detenidamente. Añado de mi parte esta sortija con una piedra rara por su tamaño y calidad, que quiero useis como un recuerdo de gratitud á vuestra incomparable conducta.

—Gracias; la conservaré miéntras viva, no por lo que vale, que es mucho, sino por lo bello, noble, casto y magnífico de la dama que me la regala.

—Y falta un segundo obsequio de mucho más mérito que esa sortija, pero que no me atrevo á ofrecéroslo.

—¿Por qué?

—Por que os vais á reir de nosotras.

—No comprendo.

—Es un talisman precioso que ha bordado para vos vuestra agradecida amiga Doña Isabel.

—¿Un escapulario acaso?

—Sí, de la Vírgen del Cármen. Hasta el cordon de hilillo de oro está hecho por ella. Ved qué imágen tan preciosa, qué bordado tan perfecto.

—Admirable, lo acepto y lo llevaré junto al pecho miéntras viva; decídselo de mi parte.

—Lo ha bendecido el Sr. Obispo de...

—Doña Beatriz, es una joya inapreciable por lo que honra y halaga. Honra, porque la ha hecho la elevada y virtuosa infanta de Castilla, y halaga, porque no hay sér alguno que tenga su razon cabal, conozca el sublime tipo que representa María y sea incapaz de amar ese conjunto de pureza, de amor, de dulzura, de encantos virginales. Me quedo, pues, con el obsequio generoso de Doña Isabel, y con María; guardad vos, si os hace falta, la bendicion del obispo.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Qué lástima!... Pero ya se vé, no puede haber un hombre completo, y por eso sois medio ateo.

—¡Qué lástima!... No puede haber mujer completa, y por eso no lo sois vos, beatísima y pagana amiga mia.

Todavía hablaron quince minutos.

A las nueve de la noche se despidió Hernando de la infanta y de Doña Beatriz, durmió seis horas y á las cuatro de la madrugada partió en direccion de Avila, seguido de los tres acompañantes que ya conocemos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II.

Los conjurados.—Dos sagacidades en lucha.—Garci-Gomez empieza á modificar el cuadro.

Hernando, dos criados y su compañero salieron de Maqueda á escape tendido, continuando así todo el dia y la noche, á excepcion de las paradas y descansos indispensables, que eran lo más cortos posible.

Delante de ellos habia salido un andarin mandado por Doña Beatriz con seis horas de anticipacion.

A esto era debido, sin duda, el que hallase Toledo caballos descansados, jóvenes y poderosos, de cuatro en cuatro leguas, comidas dispuestas para ellos y hasta las camas en un pueblo en que durmieron tres horas.

De este modo consiguió Hernando entrar en el palacio de Avila á las ocho de la mañana del siguiente dia.

No hizo nunca marcha más rápida, ni el mismo rey en esta época hubiera conseguido mayor celeridad.

Los tres que seguian á nuestro jóven sintieron fiebre al apearse; Toledo les mandó que hicieran cama, miéntras él mudaba de traje y se aseaba, en tanto que el Arzobispo dejó el lecho, enterado de la llegada de Garci-Gomez.

© Biblioteca Nacional de España

Minutos despues recibia el prelado en su lujosa cámara de escribir al supuesto amigo y servidor que le mandó Don Ruiz-Gomez.

—Gracias á Dios que os veo.

Fué el saludo que le hizo el Arzobispo, expresando en él impaciencia y disgusto.

—¿He tardado mucho?

—Treinta y nueve dias.

—¿Tanto hace que regresásteis vos?

—Diez y nueve.

—¿Sólo veinte pudísteis permanecer al lado de aquel ángel?

—Toda la vida estaria junto á ella, pero esta conspiracion me va robando el tiempo y la paciencia.

—¿Cómo hallásteis á la encantadora Melania?

—Hechicera. ¡Qué talento tiene; qué hermosa es; que pura, angelical y deliciosa! A su lado es la brisa más juguetona y agradable; en la mesa, saturados los manjares con su celestial aliento, están más sabrosos, y cuando ella habla, Garci-Gomez, parece un ángel que juega á su antojo con las potencias de mi alma, con las fibras de mi corazon; pero lo hace arrobando el espíritu con éxtasis embriagador.

—Siento oiros expresar de ese modo.

—¿Os entusiasmais, es cierto? Pues, amigo mio, no es para vos, que está ya prometida á otro.

—Sea lo que Dios quiera. Noto que me habeis negado vuestra mano.

—Hoy os la doy con disgusto, Garci-Gomez.

—En ese caso me contraigo á estampar un beso en el anillo episcopal.

—Estrechadla.

—Gracias. ¿Se ha perdido algo?

—Tiempo.

—¿Llegué tarde?

—No.

—Pues entónces ocupad ese sillon y hablemos.

© Biblioteca Nacional de España

—Sea. Grandes cosas me dispongo á oir de vuestro labio, porque en treinta y nueve dias vuestro gran ingenio y travesura han tenido tiempo de sobra para revolver el mundo.

—Mal hareis en suponer en mí, cualidades que sólo debo á vuestra excesiva bondad.

—Creo lo que he visto, lo que existe.

—¡Cruel va á ser el desengaño!

—¿Pensais, como de costumbre, sorprenderme agradablemente? Dispuesto estoy á escucharos.

—Eminente señor, en los muchos dias que permanecí separado de vos no hice nada en pró de la causa que os retiene en Avila.

—¿Lo decís de veras?

—Os lo juro.

—¿Dónde estuvísteis, mísero andaluz?

—En Segovia, en Maqueda y en Madrid.

—A los tres puntos mandé emisario en busca vuestra y nadie dió razon de vos.

—Viajaba de incógnito.

—¿Para lograr todo eso?

—Echad la culpa á vuestro íntimo amigo el señor Marqués de Villena.

—¿Os impidió ese realizar vuestra obra?

—Sí, señor.

—Me lo habia figurado. Mas pronto llegará el dia de la expiacion. Tiene celos, me envidia y le basta saber que estais á mis órdenes para servirme de rémora y llevarse él el todo de la gloria. Le pagaré en la misma moneda, y en cuanto hayamos triunfado...

—No es eso, señor Arzobispo; lo que hizo ahora no fué por contrariaros, sino porque carece de conciencia, y un noble no puede ver impasible ciertas cosas.

—Explicaos; cada vez os entiendo ménos, y en verdad que pareceis otro de como yo os conocí.

—Tenía ya casi terminados los preleminares para sorprender al infante D. Alonso y traérmelo, cuando averigüé el se-

© Biblioteca Nacional de España

creto de una intriga nefanda, dí al traste con todos mis proyectos y me fuí á visitar á mi tio lleno de indignacion.

—¿Qué intriga es esa, Garci-Gomez?

—¿No acaban de llegar á Avila el Arzobispo de Sevilla y otros grandes?

—Sí.

—Pero vos ignorais los medios de que se ha valido Pacheco para atraerlos.

—Al contrario, los conozco perfectamente.

—¿Sabeis que primero los denunció al rey, influyendo para que los mandase prender, y luégo avisó á ellos para que se vinieran aquí, esquivando de este modo la órden del monarca?

—Está aprobada su conducta en pleno consejo.

—¡Pero señor, eso es inícuo! ¡Tales artes é intrigas solo se emplean en Marruecos!

—Por lo visto es esta la primera vez que conspirais.

—Claro está.

—Por eso desconoceis que los conjurados se valen de toda clase de medios para el logro de su santo fin.

—Yo ignoraba eso.

—Cuidado con la candidez que habeis traido al regresar. Además de lo expuesto, hay otra razon no ménos poderosa: cuando convenga se les dice lo que el Marqués hizo con ellos, é indispuestos con él quedan á nuestra disposicion para todo lo que nos convenga.

—Ahora me habeis convencido.

—De toda accion indigna debe uno sacar partido en provecho suyo: este es un axioma antiguo, Garci-Gomez.

—Hé aquí lo que yo estoy diciendo siempre y vos lo negais; esto es, que vuestro gran talento no tiene rival en Castilla.

—Podrá ser eso cierto, mas en cambio carezco de vuestra brillante imaginacion, de esas improvisaciones tan oportunas, y por eso os estimo tanto, porque unido á mí formamos una potencia.

Ya sabemos que Hernando se valió del pretexto de que iba

© Biblioteca Nacional de España

á facilitar á los conjurados la persona del infante Don Alonso para poder marchar á Segovia, Aragon y Maqueda. Y no siendo conveniente lo último, segun expresaba Doña Beatriz en las instrucciones que le dió, se disculpaba ahora con el Arzobispo, pretextando que descompuso sus planes la fatal conducta de Villena, haciendo uso al efecto de una candidez que aunque disgustaba á D. Alonso, no le era posible reconocer como artificial.

Completamente engañado Acuña, añadió con verdadera candidez:

—Buen chasco me habeis dado, Garci-Gomez; yo que me reia dias atrás á mis solas de la prision del rey y del infante que proyecta Villena, porque pensaba presentar el último ántes de que el Marqués saliera de Avila, tendré ahora que sucumbir y concretarme á apoyar su plan.

—La verdad es que era muy difícil traerse al infante, pues lo guardan la madre y la hermana entre muchos y aguerridos caballeros y soldados, jamás le pierden de vista, y si Villena tiene un plan de éxito seguro, vale más dejarle que lo realice: de ese modo, si le sale mal, él solo cargará con el fiasco.

—La idea que se propone llevar á cabo es buena, pues no le falta talento y es posible que la corone la victoria.

—Entónces dejadlo.

—¡Treinta y nueve dias perdidos, Garci-Gomez!

—Del todo no; hice una visita á mi tio, me echó su bendicion por segunda vez, y aquí me teneis ahora dispuesto á complaceros en todo.

—Esa puede que haya sido la causa verdadera; el calor de vuestro tio que os acercó á él; pero, en fin, ya no tiene remedio, y en obsequio á los veinte dias deliciosos que me proporcionásteis junto á Melania os perdono esa calaverada impropia de vuestro talento, por más que sea hija de la edad y de razones análogas.

—Os repito que el motivo principal fué, no las muchas dificultades con que tenía que luchar ni el calor de mi tio, que amo como merece, sino el creer yo que era indigna de un ca-

© Biblioteca Nacional de España

ballero la conducta observada por D. Juan Pacheco. Sin embargo, me perdonásteis y á qué hablar más de esto.

—Es verdad.

—¿Con que tan seguro es el plan de Villena?

—Sí.

—¿Podré saberlo?

—Oidlo: ha logrado, pretextando los fuertes calores y la inseguridad que ofrece Madrid, comparado con otras plazas fuertes, que el rey marche á Segovia. A este seguirán sus hermanos, y cuando estén todos en el alcázar, valiéndose Villena de los muchos parciales que tenemos en la córte y de las fuerzas que le acompañen, sorprenderá á la familia real y se vendrá con todos á Avila.

—¿Y si no lo logra?

—Tambien se tuvo en cuenta esa idea; pero nos contestó Pacheco que si ese medio le sale mal, tiene otro infalible.

—Bueno será que yo le acompañe, para que el dia del triunfo pueda hacer públicos los malos medios de que se vale para todo.

—Creo acertado el pensamiento.

—¿Será pronto?

—Es lúnes, y el sábado proyectamos que se hallen en nuestro poder el monarca y sus dos hermanos.

—¿Qué dia saldremos?

—El juéves.

—¿En qué me voy á ocupar entre tanto?

—Hoy descansais; desde mañana empezaré á enteraros de la idea que pienso realizar en lo porvenir. Se acordó en uno de los primeros consejos que la regencia sería votada por los grandes, y aun cuando Pacheco y yo hemos convenido privadamente en que lo seremos ambos, me temo que él aspire á ocupar sólo ese puesto, y por lo tanto es preciso trabajar ya para que no lo sea ni aun á medias.

—Tenemos bastante con la mitad más uno de los que voten.

—Sí, pero no olvideis que en más de una cuestion en que

© Biblioteca Nacional de España

estábamos de frente tuvo mayoría. Debemos persuadirnos de que la generalidad de los grandes le comprende á él mejor que á nosotros.

—Ahora adivino la causa de tanto como trabaja estos dias y de querer ser el único encargado de realizar la prision del monarca y los infantes.

—Dísteis con la clave; siendo el que más haga y ocupando el primer puesto ante el peligro, claro es que ha de ser tambien el primero al recoger el triunfo.

—Y acaso lo lograra si yo no estuviese por medio.

—¿Acabó ya la candidez que tragísteis de Andalucía?

—Junto á vos, D. Alonso, é inspirado con vuestras ideas, es indudable que discurro mucho mejor.

—¿Teneis ya plan?

—Sí, señor.

—No hay nada que nos importe tanto como eso.

—Así lo creo, y por lo mismo merece de mi parte toda clase de sacrificios.

—Veamos qué pensamiento es el vuestro.

—Voy á tantear uno por uno á todos los grandes, y lo haré con la habilidad que me concedeis. A la vez expondré con indignacion alguno de los repugnantes medios que emplea Villena, los cuales, si conducen al objeto y son tolerables en un amigo, no así en el regente.

—Muy bien. Adelante.

—Cuento, además, con decir en el momento dado, en los instantes que precedan á la votacion de regencia, al Arzobispo de Sevilla y á los que han venido aquí como él, la fatal intriga que usó el Marqués con ellos.

—Admirable.

—Y en último caso, si no soy yo el que sorprendo y me traigo prisionera á la familia real, positivamente no es él. Antes que tolerarle una victoria que lo elevaria sobre vos, inutilizo ese acto avisando con tiempo á los amigos del rey, Beltran de la Cueva, Cabrera y otros.

—Sublime.

© Biblioteca Nacional de España

—Pero necesito tiempo y libertad, D. Alonso; es indispensable que pueda salir y entrar cuando quiera, y si no me veis en un dia ó dos, que no os extrañe.

—Os lo concedo con tal de que la regencia sea para mí.

—Eso no puedo yo asegurarlo, pero sí el que no lo será ninguno de ellos, y ménos que todos el Marqués de Villena.

—Con eso me basta. Prefiero Enrique IV á D. Juan Pacheco.

—Ya lo creo; si él fuera regente, su primera determinacion sería desterraros, por lo ménos, de la corte.

—Y quitarme todos los mandos que tenga, y á ser posible algunos de mis estados.

—Es al único hombre que temo en el mundo.

—Hace bien; si yo llego á mandar solo, positivamente no acaba sus dias en Castilla el Marqués.

—¿Averiguásteis cómo realizó la boda de su hijo con la Condesa de Santistéban?

—Me ha dicho que no tomó parte en tal acontecimiento; que fué sorprendido con ese hecho indigno de su hijo.

—¿Lo creísteis?

—¿Por qué nó?

—Ahora no soy yo el cándido, señor Arzobispo. Villena arrancó al rey las órdenes necesarias; fué á Soria, hizo encerrar en una prision á D. Juan de Luna, obligando á su sobrina á que se casara con su hijo.

—Pues si dice que estaban enamorados...

—Os repito que la condesa accedió por salvar la vida de su tio, que creyó amenazada.

—¿Quién os ha dicho todo eso?

—Qué importa la persona. Os juro que es verdad cuanto acabo de referir.

—Lo creo; por eso el malvado decia que la muerte de Don Alvaro de Luna fué un asesinato, lo disculpaba, elogiando la virtud, belleza é inmensa fortuna de su hija política. Me engañó, despreciando á la vez la mano de la bellísima vírgen Melania. ¡Oh, yo me vengaré; se lo juro!

© Biblioteca Nacional de España

De este modo mina el hábil Hernando la armonía indispensable entre los jefes conjurados, en pró de la causa que encubiertamente defiende.

Debe la vida á Doña Beatriz; consideracion, gratitud y respeto á la poderosa infanta que le ha nombrado su primer caudillo, tiene amor al pensamiento moral que ha de destruir lo presente para entrar en un mañana próspero, bonancible y en el que imperen la justicia, la verdad, y nuestro jóven esprime su entendimiento, tortura su materia, y en medio de sus enemigos trabaja dia y noche sin descanso para vencerlos, aniquilar sus pretensiones, hundiendo á la vez el poder é influencia de Enrique IV en el desprestigio que merece.

Tiene que saldar su cuenta con el Arzobispo; vive en la Edad Media y no puede perdonar lo que hizo sufrir á su anciano padre ni lo mucho que con él se ensañó: desea además unirse lo más pronto posible á la deliciosa mujer que adora, á Melania, que tanto ha padecido por él; pero antepone el porvenir de su patria y el cumplimiento de los deberes de gratitud á su conveniencia y asuntos propios, diciendo á cada instante á su corazon: calla, sufre y espera, primero es Doña Isabel, ántes que tú es mi patria, el dia del triunfo te pagará Don Alonso de Acuña y Melania te envolverá en una atmósfera embriagadora de amores y dicha.

No obstante lo expuesto, cuando á Toledo le sobra tiempo y halla ocasion, prepara acontecimientos que han de facilitarle en adelante su union con Melania y su ajuste de cuentas con el Arzobispo.

Le ha dado Acuña completa libertad, le va á sobrar tiempo, los dias corren, comprende que un año trascurre pronto, y se dispone á inutilizar lo ántes posible á su poderoso rival Don Enrique Giron, hermano del maestre de Calatrava.

Descansa el primer dia, pasando el segundo una hora encerrado con D. Lope de Padilla, jefe durante sus ausencias de los quinientos hombres que tiene en Avila.

El resto del dia lo ocupa en devolver las visitas que le han hecho los principales conjurados. Habla con ellos: apa-

© Biblioteca Nacional de España

rentando favorecer las pretensiones de D. Alonso, realiza las suyas, y con calma, talento y habilidad suma descompone la armonía que aquellos grandes dan al cuadro de su presente, para llevarlos al porvenir, donde les prepara el más espantoso caos.

Todos sucumben ante su penetracion; ha previsto hasta lo más pueril, y poco á poco va tejiendo la admirable red en que ha de envolverlos.

A excepcion del Marqués de Villena, el cual ve en Garci-Gomez el apoyo de D. Alonso de Acuña, todos los demás grandes le estiman y consideran por su elocuencia y sabiduría, y el arma que esta preponderancia le ofrece, la esgrime nuestro jóven con incomparable destreza.

Ocupado con lo que llevamos expuesto, le sorprende la noche del mártes, dia siguiente al en que llegó de Maqueda. El vulgo, y con él los jefes conjurados, creen que los mártes son aciagos, y esta circunstancia le parece á Hernando que ha de contribuir al logro de lo que se propone realizar aquella noche. Nada tiene que hacer en pró de su causa y la va á emplear en conocer la vida privada de su rival Giron, para ir cogiendo armas con que poder inutilizarlo ántes del plazo que él mismo ha impuesto para la realizacion de la boda entre Don Enrique y Melania.

Pero no ha previsto, no ha podido prever las consecuencias de presentarse en un sitio á que jamás concurre el hombre que profesa sus ideas, y va á sorprenderle un conflicto con el cual no habia contado.

Iba en busca de preliminares y debia encontrarse con hechos extraordinarios. Buscaba el árbol é iba á hallarse hasta con el fruto.

Pero no adelantemos el discurso.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III.

El silo.—La orgía.—Depravacion.—Las consecuencias.

A las nueve en punto del mártes por la noche se presentó en las habitaciones de Hernando su segundo D. Lope de Padilla.

Iba cubierto con borceguíes de terciopelo, calzas y ropilla de seda, con gorra y pluma, llevando al cinto escarcela y espada. Es decir, que iba con traje propio para el sarao.

Del mismo modo le aguardaba Hernando, sin otra diferencia en el traje que la de llevar el último algunos bordados de oro que indicaban la superior calidad del indivíduo.

Era costumbre distinguirse hasta en las ropas, y nuestro jóven, sin vanidad alguna, aceptaba lo que la imperiosa costumbre le imponia.

Despues de saludar á D. Lope, le pregunta:

—¿Es hora ya?

—Sí, señor,

—Entónces vamos al silo.

—Cuando gusteis.

—Jamás se me hubiera ocurrido,—añade Hernando,—entrar en esos centros de vicio y molicie; pero la necesidad obliga al hombre, y en la ocasion presente habré de perdonarme una accion indigna en obsequio al motivo que la ocasiona.

© Biblioteca Nacional de España

—Terribles cosas vais á presenciar.

—Lo supongo, Padilla. ¿Estais seguro de que no faltará Don Enrique Giron?

—Por mandato vuestro fuí dos noches y allí estaba; pregunté luégo si concurria á menudo, y me contestaron que no faltaba á ninguna de las dos reuniones que hay los mártes y sábados de todas las semanas.

—¿Quiénes más asisten, D. Lope?

—Casi todos los nobles conjurados y muchos grandes. Con dificultad habrá alguno que haya dejado de estar, al ménos una sola vez.

—¿Incluís al Marqués de Villena y al Arzobispo de Toledo?

—Sí, señor.

—¡Qué iniquidad!

—Casi todos los grandes usan la mascarilla.

—Pues póngome la mia y vamos al silo.

Hernando cubrió una pequeña parte de su rostro con diminuta careta que le cubria sólo de sien á sien y desde el labio superior hasta las cejas, pero que era lo bastante para que lo desconocieran, y cogido al brazo de D. Lope, salieron del palacio de Acuña.

Padilla tenía el rostro descubierto.

Habia plenilunio y esto les evitaba la necesidad de un criado que les llevase la linterna.

Anduvieron varias calles de Avila, hasta detenerse á la puerta de una casa de buen aspecto, situada en un extremo de la ciudad.

Entraron, y Garci-Gomez echa dos monedas de oro en la bandeja que le alarga un judío.

El zaguan está alumbrado y en él hay varios sirvientes con librea.

Sin volverse á detener nuestros dos amigos, atraviesan un ancho pasillo, bajan una escalera húmeda y fria, pero construida con esmero, hasta llegar á una puerta grande que se halla cerrada.

Da tres golpes Padilla, le abre un lacayo, y entran en

© Biblioteca Nacional de España

una habitacion decorada con lujo. Despues atraviesan otra más elegante aún, en la que otro sirviente de librea les pide las espadas que ambos llevan al cinto.

Están en un subterráneo á seis varas del nivel de la calle; el aire que allí se respira es denso y húmedo; pero la profusion de luces, alfombras, colgaduras, muebles y decorado quitan á aquellas estancias el aspecto lúgubre y feo de las habitaciones subterráneas. Sólo la atmósfera y la escalera indican que están debajo de tierra.

Desde que les abrieron la puerta han empezado á oir nuestros amigos, risas, voces, ruido y algazara.

Entran por último en un salon inmenso, en cuyo centro se ve una mesa que coge de extremo á extremo, cubierta de manjares exquisitos, de vinos y licores; en torno se hallan sentados treinta y seis hombres, teniendo cada uno á su lado una mujer.

Al llegar Hernando y Padilla los saludan con un aplauso, exclamando varios:

—¡Bien por D. Lope!

—Y por el incógnito que le acompaña.

—¿Le conoceis?

—Algo se deja traslucir.

—¡Bien por el compañero de Padilla!

—¡Bravo! ¡A la mesa!

—¡A la mesa!

De una habitacion contigua salieron varias mujeres; Hernando señaló con el índice á la que tenía más cerca, lo mismo hizo D. Lope, las restantes se retiraron, sentándose ellos con sus parejas en los huecos que aún quedaban en la mesa.

La cena continuó, siendo interrumpida varias veces por la llegada de nuevos huéspedes, los cuales elegian detenidamente la dama que les habia de acompañar, sentándose luégo entre aplausos que les prodigaban los restantes.

La mesa daba cabida á cien personas, y llegaron á reunirse en la presente noche cuarenta y tres caballeros y otras

© Biblioteca Nacional de España

tantas mujeres, formando un total de ochenta y seis, servidos por diez ó doce lacayos.

Los caballeros usaban todos el mismo traje con corta diferencia que hemos visto en Padilla y Toledo; y las damas calzaban todas borceguíes de raso blanco, les cubrian vestidos de terciopelo negro muy escotados, con encajes, llevando el pelo rizado y adornos en la cabeza que á algunas les favorecia bastante. En los brazos y la mayor parte del pecho presentaban sólo la epidermis.

En los extremos de la estancia tenian colocados peveteros que, á la usanza árabe, perfumaban el salon. Pero entre los vapores que estos exhalaban y el oxígeno gastado por los séres y las luces iba quedando un aire enrarecido, viciado y nocivo á la vida.

Pero la casi totalidad de los reunidos allí no conocia las propiedades de la atmósfera, ni aun cuando hubieran estudiado ciencia podrian ahora sus cerebros comprender nuestra observacion, perturbados como estaban por los vapores de los ricos vinos que ya fermentaban en sus estómagos.

Aquello era una terrible orgía, una inmunda bacanal á que se entregaban de continuo los conjurados de Avila.

Solian por lo comun asistir durante la mañana á una gran funcion religiosa, en la que pedian á Dios se convirtiera en agente de ellos, en protector de la maldad inspirada por pasiones bastardas y cálculos egoistas, y por la noche se encerraban en el silo, pues así llamaban á aquel subterráneo donde tenian lugar los cuadros más obscenos y las más repugnantes escenas.

Vamos á describir algunas de ellas, para que nuestros lectores puedan comprender todo lo que eran y valian aquellos nobles del período más funesto de la Edad Media.

En estos instantes cenan la mayor parte con exceso, beben mucho y galantean á sus parejas con frases que no nos es permitido estampar.

Ellas les contestan de igual modo, con raras excepciones, y sólo se aplaude en la mesa lo más cínico y hasta lo grose-

© Biblioteca Nacional de España

ro que puede expresar el cerebro perturbado por la bebida y el desarrollo de torpe pasion.

Suelen hablar muchos á la vez, esfuerzan sus pulmones, y es plausible el pensamiento de haber construido aquellos salones debajo de tierra, para que de este modo no pueda oirse en Avila lo que se grita, habla y dice en aquel nefando silo.

Antes de continuar diremos cuatro frases sobre el orígen de tales reuniones y la localidad en que ahora tienen efecto.

Venian de tiempo atrás los judíos siendo los explotadores de los grandes, nobleza y aun de la parte acomodada del pueblo.

Eran los hebreos los únicos prestamistas que se conocian en España, los únicos girantes, y no paraba aquí su sed insaciable de oro. Extendidos por casi toda Europa y en relaciones comerciales unos con otros, hacian traer los ricos perfumes y sedas de Asia, las lanas y aceros de Inglaterra, y así sucesivamente hacian venir todo aquello de que carecia España, ó era mejor que lo fabricado aquí, lo vendian caro y su loca ambicion los cegaba hasta el extremo de ofrecer á los grandes señores sus mujeres y sus hijas. No habia degenerado aún el bello tipo hebreo, y aquellas mujeres de ojos negros y rasgados, pobladas cejas, larga y hermosa cabellera de color de azabache, con blanca epidermis, rostro perfecto y delicado, con un tinte de melancolía que lo presentaba más bello, solian ser pagadas con exceso por los grandes y nobles, en quienes todo era capricho y pura materia.

Y los que vendian ó alquilaban á sus mujeres ó hijas por sólo el goce de explotacion, ó de otro modo, por saciar la inagotable sed de dinero, claro es que no faltándoles ingenio ni práctica, se les habia de ocurrir un medio seguro de vaciar los bolsillos de aquellos grandes y nobles reunidos en Avila con el sólo fin de satisfacer pasiones bastardas.

Así ocurrió efectivamente: cuatro de los judios más ricos é ingeniosos de Avila se pusieron de acuerdo, y adoptado el plan, mandaron construir en un sitio retirado y en casa que les ofrecia la proporcion deseada, aquellos salones que no há

© Biblioteca Nacional de España

mucho cruzó Hernando y los que adornaron con los mejores tapices, telas y muebles que hallaron; más adentro existian habitaciones pequeñas con divanes de seda, y las paredes de todas se veian adornadas con espejos.

Dispuesto el local, lo bautizaron con el nombre de silo, para indicar que era subterráneo.

Luégo fueron poco á poco reuniendo judías de bellas formas, buen rostro, y aun algunas castellanas de mal vivir.

Empezaron con veinticinco mujeres, pero la reunion fué creciendo y tuvieron que doblar el número.

Más tarde y divulgada la noticia de lo que allí acontecia, hubo solteras y casadas de bellos rostros que se ofrecieron á asistir á las orgías gratis, y aun algunas dando dinero, con tal de que se les permitiera usar una mascarilla que sólo les cubria los ojos y la nariz.

La entrada era únicamente para los grandes y nobles, y pagaba cada uno diez y seis ducados por noche, cena, etc.

Estas repugnantes escenas no sólo eran toleradas por las autoridades, sino que hasta concurrian á ellas provistas de careta, y ya hemos oido á Padilla que dijo haber asistido Don Alonso de Acuña, el cual tenía la tenencia de Avila por concesion real, siendo por lo tanto el representante del monarca en poder y atribuciones en la ciudad.

Tan viciados estaban aquellos grandes y nobles, que con cinismo asqueroso se presentaban allí sin careta, haciendo alarde de una lubricidad tan nefanda como deleznable. La mascarilla era usada únicamente por hombres que pasaban de cincuenta años y tenian á la vez gran posicion, como Acuña y el marqués de Villena, si bien estos no asistian de continuo.

La inmoralidad habia cundido por todas las clases, y ninguna dejaba de tener en el silo su digno representante.

Concretémonos ahora en lo poco que nos va á ser posible á la funcion de esta noche, lo que hacemos no sólo por dar á conocer las costumbres de la época, sino tambien por ser uno de los acontecimientos importantes en la historia de Her-

© Biblioteca Nacional de España

nando Alvarez de Toledo, que es el principal personaje de este libro.

Garci-Gomez y Padilla comieron algo, y apénas probaron el vino. Los dos se hallaban violentados al escuchar sus castos oidos tanta frase lúbrica y grosera como herian sus tímpanos, pudor y vergüenza.

Enfrente de ambos estaba D. Enrique Giron, jóven de veinticinco años, bajo de estatura, de facciones medianas, velludo y una antítesis completa de su ignorado rival Alvarez de Toledo.

Giron se hallaba ahora abusando de su intelectualidad, de todo su ingenio, y hasta de la gran excitacion producida por el mucho vino que bebia.

Más que coloquios amorosos, hablaba con su pareja de inmundos actos, se dirigia de continuo á las restantes, y no le faltaban epígramas contra los enmascarados.

Tres le habia dirigido ya á Garci-Gomez; pero el noble mancebo los recibió con el silencio y calma que el caso requeria y una sonrisa desdeñosa é imponente á la vez.

Llegaron á los postres, el licor comenzó á producir sus naturales efectos, y de las palabras pasaron á los hechos. La lengua se movió ménos y los brazos más.

Hernando fijó su vista en un pedazo de pastel de dulce que tenía en el plato, no atreviéndose á alzarla por no mirar los feos y lúbricos cuadros que tenía delante, ni á nosotros nos es dable describir lo que allí pasó.

A lo inmoral, torpe y nefando acompañaba lo grosero.

Toledo no miraba y hasta quiso ensordecer: esto le era imposible, y sufria ya infinitamente más que en su negra y horrible prision de Madrid.

En tales momentos recuerda la faz angelical de su amada, su semblante pudoroso, sus finos modales, sus delicados movimientos, su voz dulce y argentina, su virginal pureza, y principia á fatigarle la carbonizada atmósfera que concluye de envenenar una asquerosa saturacion de vicio y material placer.

Sigue su vista fija en el pastel que no come; se mueve so-

© Biblioteca Nacional de España

bre la silla en que está sentado, y con el asco que emponzoña su alma adquieren sus carnes un escalofrío que le atormenta sin cesar.

Oye el crujido de la seda que se arrastra por el suelo, y á su pesar exclama:

—¡Qué lástima de borceguíes de raso y de medias de Milan en esos piés y piernas inmundos! ¡Qué lástima de terciopelo, ménos ajado aún, á pesar de sus arrugas, que la carne que cubren!

Juegan, gritan, se atropellan, la voz de Giron es la que más se oye, y como Hernando, por lo mismo que nada ve, escucha cuanto se dice y tiene por fuerza que deducir de las frases los hechos que están teniendo lugar á su alrededor, comprende todo lo horrible de la conducta que observa Giron, y añade para sí:

—¡Y he podido yo hablar á Melania de ese hombre, he adoptado, aunque con fingimiento, su union á aquel ángel! ¡Oh, la idea destroza mi alma; ni aun de palabra se pueden unir la podredumbre y el firmamento sin profanar el cielo, el demonio y un ángel, sin mancharse la lengua que pronuncia tal blasfemia! Si ese hombre me diera un motivo que justificara mi conducta, ahora mismo quedaba inútil para siempre. Cuenta á todo el mundo su próximo enlace con la casta Melania, y cuantos lo vean aquí ó sepan que entra y lo que hace, compadecerán á aquel querube, cuando no le dediquen desdeñosa sonrisa. Jamás me sucedió lo que ahora; por primera vez de mi vida me acometen deseos de verter sangre humana, de matar á un hombre. E influyen en que me vea acosado de tan cruel é inhumana idea la atmósfera que respiro, el aliento de esos miserables y las escenas que estoy presenciando. El conjunto ha perturbado mi razon indudablemente.

La severa y admirable educacion que Hernando habia recibido, los consejos y ejemplo de su noble padre, el roce con los amigos de este, sabio Abiabar, Melania, Beatriz, Isabel, su gran talento y elevada inteligencia, conservaban puros su alma, pensamientos, ideas y acciones.

© Biblioteca Nacional de España

Desde el manantial del agua más pura y cristalina fué lanzado al inmundo cieno donde ahora se estremecia, horripilaba, vacilante é inclinado á realizar ideas que jamás llegaron á su cerebro, no respecto del vicio y la corrupcion, sino de verter la sangre toda del que le habia obligado á entrar allí, del que se llamaba futuro esposo de Melania, del hombre inícuo que pretendia manchar con su asquerosa baba la tersa y brillante epidermis de un ángel.

Y era natural la insostenible situacion de nuestro mancebo; él era todo espíritu, y un espíritu puro y elevado, que sólo contemplaba materia, instinto animal, deseos brutales, cínica ansiedad y actos cuya publicidad condenaron siempre hasta el bandolero y asesino.

Separan á todo sér humano de los animales más brutos y torpes la reflexion, el juicio, el goce moral, síntesis del espíritu elevado.

Cuanto ménos inteligencia tiene el hombre, ménos sabiduría, ménos reflexion, es ménos hombre, es más animal, y nada tan irreflexivo, tan material, tan ignorante como el dejarse el espíritu arrastrar por la materia, hacer del alma un miserable instrumento que sólo filtra por él pasion nefanda y entregarse en brazos de ella á ciertos actos que igualan al hombre con el animal.

Por eso comprende todo sér inteligente y moral la diferencia que hay entre el cariño, la docilidad, el pudor y el inocente abandono de la casta esposa, á lo brutal de otro acto que nosotros no podemos explicarnos bien cuando no va precedido de la ternura, el pudor y la sensibilidad: lo uno es el goce inefable donde toman parte el espíritu y la materia; lo otro es la satisfaccion del cerdo hambriento ó no hambriento, pero ansioso. Lo primero es la recompensa del amor, del acendrado cariño, de la simpatía, de la pureza, de la virtud; lo otro es el castigo de la degradacion y del embrutecimiento que debilita, aniquila, entorpece y mata.

Nada establece de un modo más terminante la línea divisoria entre el espíritu elevado y el grosero, entre el hombre

© Biblioteca Nacional de España

y la bestia, entre lo espiritual y lo bruto, entre el rey de la creacion y los instrumentos que le miran con asombro.

Más pudorosa, más casta, más delicada y fina la mujer que el hombre, el dia que se le dé la educacion que merece, llegará indudablemente á ser el ideal de la humanidad.

Este mísero ser, débil, impresionable y delicado, empezó su historia en el mundo entre los vivientes primitivos, siendo una fruta que el hombre encontraba á su paso, probaba, arrojando luégo á su espalda lo que ya no le era necesario, para volver á encontrar otra más adelante y hacer lo mismo que con aquella.

Ese sér tan despreciado en su orígen por el que se juzgaba rey de la creacion, por el que no lo conceptuaba perteneciente al reino animal, puesto que lo comia y lo arrojaba léjos de sí en tanto que llamaba y atraia al perro, su compañero inseparable en la infancia de la humanidad; ese sér arrojado como la manzana mordida; ese sér que empezó siendo tan poco, es el que progresó más hasta ahora, y consiste en que camina á lo más elevado de la creacion, en que ha de llegar dia que el hombre comprenda lo que es, le dé lo mucho que merece y que está llamado á poseer por lo que vale, y el hombre rey se convertirá entónces en súbdito atento y amoroso de esos ángeles reyes de otra cosa mayor que la creacion, reyes de la moral del hombre, de lo sublime de la creacion.

Eso ha de ser un dia, por más que hoy os haga reir mi aserto, hombres materiales, lepra de la humanidad, la tierna, la dulce, sensible y amorosa mujer que todavía arrastrais al cieno inmundo que crea y fomenta vuestra pasion brutal; eso y más ha de ser ese tipo de ángel, de consuelo en todos las edades, de amparo, de incansable proteccion, de eternos sacrificios. Eso ha de ser la tierna madre que os echa al mundo entre crueles dolores, que llora con vosotros, que rie con vuestros labios, que siente con vuestras penas y alegrías, que os mira como dueños de su corazon, y que en su delirio amoroso, en su ternura divinizada ni aun le repugnan vuestras inmundicias.

© Biblioteca Nacional de España

Eso ha de ser la dulce esposa, vuestra elevada mitad que os anima, consuela, cuida, aconseja, guía, que nunca manda, que siempre pide y que tiene en su pecho constantemente dispuesto en vuestro favor un mundo de amor, de halagos, de dones que no sabeis apreciar, que no mereceis.

Es precisa, indispensable, toda vuestra horrible ignorancia, vuestra ingratitud, vuestra carencia completa de todo lo sublime para que cojais á esos ángeles de la mano y los sepulteis con vosotros en el asqueroso muladar del vicio y la corrupcion.

La ley constante de progreso universal me dará algun dia la razon, convertirá en hecho práctico la teoría, y entónces sólo aparecereis en el teatro para inspirar á la sociedad el horror que hoy sentimos contra los verdugos de las vírgenes, contra los sayones de Jesus.

De lo sublime que desconoceis, de lo que más vale, de lo que más necesita el espíritu haceis una bestia feroz, y aún os extrañará que os muerda, aún os quejareis de vuestra desgracia, aún maldecireis vuestro sino; pues no es perro, ni desgracia, ni sino: es vuestra tontería, vuestra ignorancia, vuestra insensatez.

Si convertís el delicioso manjar en acíbar, ¿cómo no os ha de amargar?

Y basta de síntesis, que para el año en que estamos no es poco lo expuesto.

Hemos dicho que la razon de Hernando estaba algo perturbada por efecto del inmundo lodazal donde el destino le colocó; hemos expuesto las causas, y ahora vamos á presenciar las consecuencias.

Poco á poco fueron marchándose hombres y mujeres á las habitaciones de atrás, hasta quedar en el salon Hernando Alvarez de Toledo, D. Lope de Padilla y dos bellas mujeres que respectivamente tenía cada uno á la derecha, humildes las última, resignadas y supliendo el vicio con una abnegacion digna de mejor suerte.

Para nada necesitaban la última en la ocasion presente,

© Biblioteca Nacional de España

pues los dos caballeros que las habian elegido no pensaron tocar ni aun la tela de sus vestidos, de lo cual se estaban ellas ya alegrando.

Lo malo allí en mujeres no eran las judías, cuyos padres y maridos les obligaban á pertenecer al silo; lo eran las casadas y solteras que voluntariamente iban, cubiertas ó no con careta. Estas eran dignas de los torpes y miserables que las acompañaban en aquel subterráneo.

Hernando no se fijó en la mujer que elegía, pero al señalar una le tocó la hebrea de rostro más perfecto de cuantas quedaban, y esto fué orígen del siguiente grave acontecimiento.

Habia podido al fin nuestro jóven levantar la cabeza y recorrer con la vista el ámbito del ahora casi desierto y silencioso salon, acabando por fijarse en la judía que estaba á su derecha.

Ella bajó la vista, y aquella accion, unida al aspecto general de la jóven, interesó á Hernando hasta el extremo de inspirarle compasion y las siguientes frases:

—No retires la vista, hija mia, ni temas nada miéntras estés á mi lado; yo vine aquí á cosa muy diferente, y por lo tanto, si te encuentras mal junto á mí, puedes retirarte, que no me haces falta.

—Al contrario, señor, debo complaceros, porque de lo contrario me castigarian.

—¡Bárbaros!.. En fin, quédate entónces, que de ese modo no te molestarán esta noche.

Acababa Hernando de pronunciar su última frase, cuando se presentó cogido al quicio de una de las puertas del salon, ébrio é inclinado hácia delante, D. Enrique.

Iba á medio vestir, caida parte de la ropa y en un estado que sólo podia inspirar desprecio y repugnancia.

Alza la cabeza de pronto, se fija luégo en la judía que acompañaba á Hernando, despues en este, y exclama:

—Esa es la que yo necesito; la otra se me ha escapado. Es guapa; me conviene.

© Biblioteca Nacional de España

Y anda bamboleándose hasta que, cogido á la mesa, llega ya más derecho y de prisa al lado de la judía, cuya muñeca derecha oprime, y tira de ella diciendo:

—Ven, hermosa; te necesito, ese máscara estará borracho, no te hace caso y yo quiero ser tu galan.

Hernando la ha sujetado á la vez por la otra muñeca, exclamando:

—Quieta; no te muevas de ahí.

—¿Cómo que no, mascarilla de los diablos?—le dice Giron acercándose á él.—Se viene conmigo, porque ella y yo lo queremos.

—¡Mientes! Ella desea lo contrario.

—¿A un Giron le dices que miente?

—Sí, á un Giron.

—Vamos, tú no sabes lo que hablas; de seguro estás borracho.

Un tercer personaje se presentó en el salon. Era el Conde de Alba que iba en busca de un primo suyo á quien supuso encontrar allí, y al ver el estado en que se hallaba Giron y la actitud amenazante de Garci-Gomez, quedó parado diez pasos ántes de llegar á ellos.

Por primera vez pisaba el conde los salones del silo y no le llevaba por cierto el vicio ni ninguna otra causa análoga.

Este grande fué el único de los conjurados que logró inspirar simpatías á Toledo, entre otras cosas por ser el ménos malo y retenerlo en Avila una ofensa personal que habia recibido de Enrique IV.

El cuadro que tenía ahora delante le repugnaba; pero era amigo de Giron, supuso con fundamento que el enmascarado Hernando sería otro de sus compañeros, y no quiso avanzar hasta ver el desenlace del diálogo que estaba oyendo.

Hernando sintió hervir la sangre que circulaba por sus venas al escuchar la frase *borracho* repetida, con que le calificaba Giron, y sin poderse contener le contesta:

—¡Miserable! Sólo hallándome en este inmundo lodazal,

© Biblioteca Nacional de España

donde me trajo cosa muy distinta de lo que tú haces, podia yo tolerar ese insulto. Deja á esta mujer ó de lo contrario...

—Me llamas miserable, me amenazas... No ves, necio, que puedo confundirte.

Giron suelta á la judía, y acercándose á Hernando, añade:

—Aquí todo es permitido ménos la amenaza, has faltado y voy á confundirte con los villanos.

Y sin comprender lo que hacía por el estado de su embriaguez, dió un golpe fuerte en el hombro á Hernando.

Era la primera vez que á nuestro jóven le ponia otro hombre la mano encima. Y esto, unido á la perturbacion que sufria Toledo por efecto de la escena que concluia de presenciar y del ódio que ya le inspiraba Giron, agotaron su calma y sangre fria, y no bien acaba de recibir el golpe en el hombro, cuando con pasmosa rapidez y la hercúlea fuerza del primer gimnasta de Castilla, coge á Giron por la cintura, lo levanta en alto y lo arroja por encima de la mesa hasta la pared de enfrente.

Alba y Padilla, comprendiendo la intencion de Alvarez, quisieron detenerlo; pero llegaron tarde. A Toledo le bastó un instante para lanzar á su rival como el mosquete la bala

La cabeza de Giron habia chocado con un espejo que rompió, cayendo luégo al suelo sin sentido, efecto de la conmocion cerebral que el terrible golpe le produjo. Sólo un ¡ay! lastimero pudo exhalar, y este, seguido del estrépito que produjeron su caida y el espejo hecho pedazos, atrajeron á una gran parte de los concurrentes.

Alvarez de Toledo, de pié y en actitud arrogante, miraba con desprecio á su rival y con insultante desden á los que iban saliendo.

—¡Qué es esto!

Decian unos. Otros gritaban:

—¡Venganza contra el miserable que ha perturbado nuestra reunion!

—¡Han muerto á D. Enrique!

—¡Vive, pero está sin sentido!

© Biblioteca Nacional de España

—¡Esto es inícuo!

—¡Muera el que castigó á nuestro compañero!

—¡Ese de la máscara ha sido!

—¡A ese todos!

Estas voces y otras análogas se oyeron en el salon, lleno ya de conjurados, lacayos y judíos que acudieron al escuchar los gritos, cuando Alvarez de Toledo se arranca de pronto su mascarilla y sella el labio de los conspiradores con las siguientes frases:

—Basta de escándalo, de ridículas amenazas y de alharacas que tan mal sientan en boca de un caballero. Yo, Garci-Gomez, tan noble como cualquiera de vosotros, pero que no teme á hombre alguno, he levantado en alto á Enrique Giron y lo arrojé al suelo con toda la indignacion que puede inspirar un miserable. Lo hecho, hecho está, y aquí y en todas partes está bien hecho y lo sostengo con mi espada y vida. La causa que tuve para obrar de ese modo, la saben el digno Conde de Alba y D. Lope de Padilla; ellos os la dirán si quieren, y en mi casa espero. A nadie reto, pero de todos acepto el combate. No aguardo en el palacio de D. Alonso de Acuña, que ofrece seguridades innecesarias á hombres como yo; espero en la casa de Padilla.

Y les vuelve la espalda, saliendo con arrogancia por entre los lacayos y judíos que estaban á la entrada del salon.

Se ciñe luégo su espada, y sin apresurar el paso se dirige á la casa donde están los quinientos hombres y veinte caballeros que le obedecen con ciega sumision.

Despierta á los que duermen, se arman, é intenta con ellos atravesar, si es preciso, por medio de los diez y seis mil hombres de que disponen en Avila el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo.

La hora que ha trascurrido le devuelve sus perdidas calma y reflexion. Comprende que ha comprometido su causa, la venganza que le inspiran los hechos de D. Alonso de Acuña, y hasta su boda con Melania; pero vive en una época en que no le es permitido pedir perdon de la ofensa inferida ni

© Biblioteca Nacional de España

lavar con frases la mancha que ha estampado en el blason de los Girones, no puede retroceder, y por lo tanto está dispuesto á rechazar la fuerza con la fuerza individual ó colectivamente si le van á buscar.

Es más, ha meditado detenida y maduramente, y concluye por convencerse que, ya dentro del silo, obró como debia; todo, dice, ménos tolerar que un villano como Giron pueda llamarse, sin que nadie le desmienta, futuro esposo del ángel á quien él ama.

Estas ideas le devuelven por completo la tranquilidad, y entre sus veinte caballeros permanece mucho tiempo, sin que moleste su cerebro la idea de los futuros acontecimientos que prevé.

Entremos de nuevo en el silo.

El rostro descubierto de Garci-Gomez contuvo á todos los presentes, pues lo juzgaban incapaz de cometer una accion indigna; con su aplomo y altanería les probó que no estaba bebido, que aquel lance no argüia traicion, y dudando unos, vacilando otros y en suspenso la indignacion de todos, dejaron á Toledo que marchase sin haber uno sólo que osara detener su paso.

El cuadro que presentaba el salon momentos despues de marchar Garci-Gomez tenía algo patético, trágico, grave, y mucho de ridículo y risible.

Formaban un solo grupo el Conde de Alba y D. Lope de Padilla: permanecian con semblante severo y actitud digna.

Giron proseguia arrojado al suelo, el carrillo derecho empezaba á inflamársele y continúa sin sentido, y entre los pedazos del espejo que rompió con su cara.

Alrededor del contuso se hallaban treinta caballeros, cuyo número aumentaba por momentos; salian vestidos unos, á medio vestir otros y en completo desórden sus cabelleras y trajes.

Detrás y mirando por entre los huecos que aquellos hacian, veinte mujeres con el pelo desgreñado y lleno de arrugas el vestido, contemplaban con estupor la inerte figura de

© Biblioteca Nacional de España

Don Enrique. Aquellas damas tan compuestas y sonrosadas ánte, sólo inspiran desprecio ahora que presentan tan ajadas su epidermis como el terciopelo que las cubre.

¡Qué metamórfosis tan completa! Una hora ántes parecian deliciosas, y sesenta minutos despues, qué diferencia tan grande! Con el rostro descolorido, el ribete oscuro en el párpado inferior, el cabello desrizado, rotos los encajes y en completo desórden el resto, presentan la verdadera edad de cada una, lo marchitado de sus semblantes, y hasta el olor de sus perfumes mezclado con el del sudor que ha filtrado el cútis, y el de sus alientos corrompidos por el vino y licores, las trasforma, envilece, denigra y afea.

¡El sér más bello, delicado y sublime de la creacion se ha convertido en una bestia, que sólo puede excitar pasiones en el hombre que carezca por completo de sensibilidad y amor á lo bello!

He ahí las consecuencias del vicio y de la embriaguez; con ambas cosas perturba el hombre su razon y pierde la racionalidad que le distingue profundamente de los animales.

No es la mujer la que tiene la culpa de que llegue á haber entre el género humano séres tan nocivos á la moral como á la materia; tan antitéticos al racionalismo como al amor y la belleza. Si las consideramos débiles é ignorantes, sólo el hombre que se juzga fuerte y entendido es el promovedor y responsable de esas bacanales y todo acto que á ellas se asemeje.

Pero sigamos nuestra historia.

Detrás de los caballeros y damas y á la entrada del salon habia un grupo de judíos y sirvientes con los brazos cruzados y retratada en su semblante la desconfianza y pena.

A pesar de hallarse entre ellos los amos del silo, no osaban desplegar sus labios porque les estaba prohibido hablar á los caballeros sin tomarles ántes la vénia, ni les era dado otra cosa que estafar y enriquecerse aprovechando el libertinaje, capricho y debilidades de los señores.

Quedó el salon en completo silencio al abandonarlo Garci-Gomez.

© Biblioteca Nacional de España

Luégo se acabaron de vestir, los que no lo estaban por completo, y arregladas algo sus cabelleras, empezaron por echar del salon á todas las mujeres, lacayos y judíos, quedando solos los cuarenta y tres, puesto que Hernando habia sido reemplazado por el Conde de Alba, y resultó igual número que ántes del trágico fin de la fiesta.

Dieron por terminada la funcion en el mismo instante en que D. Enrique empezó á moverse.

Le ayudaron á levantarse, lo visten, ordenan algo su melena, le obligan á que beba agua, y despues le lavan el carrillo derecho, el cual va adquiriendo mayor inflamacion.

Giron ha vuelto en sí, pero siente crueles dolores en el cuerpo, tiene el brazo derecho inútil, y le molesta bastante la tirantez del carrillo hinchado.

No puede reanudar ideas, y pregunta confuso qué le ha sucedido, por qué concluyó la fiesta y por qué le miran todos con lástima.

El tiempo ha trascurrido y la tragedia que presencian ha devuelto á todos la razon, perturbada ántes por los excesos que hemos visto. Hasta D. Enrique empieza á recordar algo.

Varios quieren hablar á la vez; pero se adelanta el Conde de Alba, dice que lo llevaba allí la imperiosa necesidad de buscar á su primo, que está presente, para tratar un asunto de la mayor importancia, que como testigo imparcial presenció la escena, y la refiere minuciosamente, procurando herir lo ménos posible la susceptibilidad y amor propio de Giron.

Concluye y le reemplaza D. Lope de Padilla, el cual afirma haber llevado allí á Garci-Gomez, el que dice que apénas probó las bebidas, y que indiferente á los excesos cometidos, sólo demostró hallarse estudiando lo que pasaba en la primera orgía que contempla durante su vida. Añade, sin rebajar nada el estado en que salió Giron, la oferta que de antemano tenía hecha Garci-Gomez á la hebrea que le acompañaba, la obstinacion de D. Enrique, los insultos que fué el primero en dirigirle; confirma luégo lo dicho por Alba, y

© Biblioteca Nacional de España

dando la razon á su jefe, justifica su conducta y se declara su intransigente paladin.

Sigue á estos dos discursos un debate acalorado; Giron ha visto al espejo la deformidad que presenta su carrillo derecho, siente crueles dolores, se irrita, la cólera le ciega, y pide venganza á sus deudos y amigos presentes. Antes ha procurado defender su conducta con la tolerancia que debe haber en el silo y entre compañeros. No ha logrado convencer á nadie, pero su estado excita la compasion de todos sus parientes y de algunos amigos íntimos, se dividen los pareceres, y al debate siguen los gritos, la confusion y el desórden.

Veintisiete se han declarado en favor de Garci-Gomez y proponen que se condene al olvido acontecimiento tan ruboroso por el sitio y circunstancias que le han precedido, y que Garci-Gomez estreche la mano de Giron, sin que ninguno de ambos vuelva á hablar de aquel asunto.

Los quince restantes, con D. Enrique á la cabeza, con ménos talento, más parcialidad y bélico ardor, sostienen que estando ébrio Giron no puede ser responsable de nada de lo que hizo durante su embriaguez; y que hallándose en su estado normal Garci-Gomez, cometió con él un atropello indigno, le hizo una ofensa que sólo puede borrar la muerte de uno de los dos.

Siguen voceando, hablan muchos á la vez y concluyen por no entenderse.

El conde de Alba, que es el más cuerdo de todos, presiente las funestas consecuencias que puede tener el gran desarrollo de amor propio que nota, y ruega, suplica que le escuchen hasta que logra el silencio que juzga indispensable, el cual aprovecha oportunamente para decirles:

—Calma, amigos mios, reflexion, prudencia. Si nos ofuscamos, sólo disparates podremos hacer, y en verdad que nos hemos reunido en Avila para cosa bien distinta. Todos somos hombres de honor, compañeros, nos unen los lazos de la amistad, y prescindiendo del hecho, que yo soy el primero en deplorar, no hay uno aquí que no estime á Giron, que no quie-

© Biblioteca Nacional de España

ra y considere á Garci-Gomez. Se trata además de una cuestion puramente personal que sólo afecta á la honra de Enrique y de Garci-Gomez, y cuando los demás nos hemos dividido en pareceres tan diversos, es indudable que la verdad no se presenta clara, porque de lo contrario sólo habria aquí una opinion. Esta circunstancia y la de hallarnos todos juramentados en pró de una causa á cuyos jefes tenemos imperiosa obligacion de obedecer, me obliga, por ser lo justo, lo conveniente, lo lógico, á proponeros que nos declaremos todos paladines del que tenga razon, sometiéndola al juicio de nuestros caudillos D. Alonso de Acuña y el Marqués de Villena. Ahora mismo, sin pérdida de más tiempo, llevemos á su casa á Giron, que le curen, pues esto es por el pronto lo más importante, y acto continuo reunamos á nuestros dos jefes y que decidan. No olvideis, señores, el sitio en que nos hallamos, lo grotesca que empezó la escena y lo indigno que sería en grandes y nobles de Castilla destruirnos mútuamente por un acontecimiento del que á nadie podríamos dar explicaciones ni aun decir el paraje en que tuvo orígen.

Calla el conde, y á sus sentidas frases sigue un murmullo de general aprobacion que interrumpe D. Enrique: viendo que se quedaba sólo, dice:

—Sea lo que propone mi amigo Alba, pero con una condicion: que en vez de dos sean tres los que decidan, y que este último sea mi hermano Pedro.

—Entónces, añadió Padilla, puede haber parcialidad, ofuscacion, y para evitar ambas cosas propongo que sean cuatro; los tres citados y el Conde de Alba.

—Aprobado.

Exclamaron todos, y despues de convenir en la forma de presentar la cuestion y en algunos otros preliminares, se retiran en direccion de la casa de D. Enrique, al cual lleva apoyado en su brazo el Conde de Alba.

Al contuso le han fijado un pañuelo húmedo en la cara, pero continúa sintiendo dolores y anda con dificultad por la

© Biblioteca Nacional de España

contraccion muscular y magullamiento que experimenta en todo el lado derecho.

Vive Giron con su hermano Pedro, maestre de Calatrava, en un semi-palacio próximo al silo. Llegan, á D. Enrique lo esperaban sus criados, y miéntras unos lo desnudan y meten en cama, otros van por el médico.

El enfermo ha sentido gran frio al ocultarse entre las sábanas, señal inequívoca de que ha aparecido la fiebre.

Ya en poder de sus sirvientes desaparecen sus compañeros, divididos en tres grupos, uno que está encargado de despertar, prevenir y llevarse á D. Pedro Giron, otro al Marqués de Villena, y el último pasa á enterar al Arzobispo, pues debe tener efecto en su palacio la reunion de los cuatro.

Logrado lo último, todos los que habian asistido al silo, ménos el Conde de Alba, se retiran á sus casas, para no influir ni aun con su presencia en el arbitraje, y esperar ausentes el resultado del juicio.

Ya están sentados los cuatro, saben lo ocurrido y demuestran sus semblantes: indiferencia el Marqués de Villena, que no tiene grandes simpatías por ninguno de ambos á pesar del parentesco que le liga á D. Enrique; ira y enojo mal disimulados D. Pedro Giron; sentimiento el conde de Alba, y despecho el irascible D. Alonso de Acuña.

El Conde es el primero que hace uso de la palabra para detallar minuciosamente el acontecimiento, que los restantes conocen en extracto. Procura revestir sus ideas y palabras de la mayor imparcialidad; pero bien porque así resultase de los hechos ó por sus profundas simpatías respecto de Garci-Gomez, es lo cierto que de su relato aparece Giron digno de sufrir la suerte que le habia cabido.

El Conde termina proponiendo que se olvide cuanto ha pasado, obligando á los dos ofendidos á que se den mútua satisfaccion y continúen dignos de la amistad y compañerismo que debe unirlos.

La frente de D. Alonso empieza á despejarse.

Pero Giron, que estima lo que llama el lustre de sus blaso-

© Biblioteca Nacional de España

nes más que la vida de su hermano, pide la palabra y hace uso de ella para ocuparse únicamente de su afrenta, de la mancha que quiere lavar con sangre á costa de todo.

Don Alonso, que ve en la familia de Giron tres votos en el consejo que le son indispensables y uno en Garci-Gomez, que vale para él tanto como los otros tres, le interrumpe como presidente, diciendole:

—Perdonad, maestre; veo con sentimiento que el hecho deplorado por todos os ha irritado más de lo conveniente, y ántes de que formuleis una opinion concreta, decidida, quiero daros el fundamento verdadero para evitar que, más interesado que nosotros, abrais la puerta de la exageracion y entremos por ella los cuatro, poniendo en peligro la preciosa vida de vuestro noble hermano. No perdais de vista un solo instante lo conveniente que es á vuestro nombre la ignorancia completa de que D. Enrique asiste al silo, se embriaga, entregándose despues á toda clase de excesos. Basta y sobra con los muchos que ya lo saben; y si á la publicidad que tiene se añade la consiguiente á un duelo, entónces, D. Pedro, será peor el remedio que la enfermedad. Soy de parecer, en consecuencia, que hagamos comparecer ante nosotros á Garci-Gomez, oigamos sus descargos, los propósitos que hace, y acaso logremos modificar nuestra opinion.

—Lo apruebo.

Contestó Alba.

—Bien.

Replicó Villena con indolencia.

—¿Y he de ver y oir á ese hombre yo?—preguntó con ira Giron.—No sé si podré contenerme, D. Alonso.

—Dominaos, amigo mio, que para estos casos os otorgó el cielo la grandeza de alma que teneis. Garci-Gomez demuestra gran talento, es prudente, comedido, y quién sabe si alguna causa que nos es desconocida...

—¿Y el hecho, señor Arzobispo? ¿Y el estado en que se halla mi hermano? ¿Y el sordo rumor que inspiran las sonrisas que pueden dirigir á mi escudo de armas? ¿Cómo sigo yo

© Biblioteca Nacional de España

al frente de los nobles y pundonorosos caballeros de Calatrava, deshonrado y tolerante como el marido sin vista ni honra?

—No os digo yo que le perdoneis si ha faltado; os ruego únicamente que os concreteis ahora al desempeño de vuestro papel de juez imparcial, que luégo se hará cuanto sea necesario. ¿Creeis, por ventura, que os interesa más que á mí el que Don Enrique quede bien? ¿Habeis olvidado su próxima union con mi protegida y lo que yo amo á ese ángel?

—¡Terrible trance, D. Alonso! Vacilo, la duda destroza mi alma...

—Sed ahora juez, D. Pedro; despues nos constituiremos, vos en hermano y yo en padre.

—¿Me lo jurais?

—Sí.

—Entónces que venga Garci-Gomez, y os aseguro que teniendo ya vuestra palabra, lo voy á oir con tanta calma como vos.

—¿Dónde se halla, Conde de Alba?

—En la casa de Padilla, D. Alonso. Dijo que allí esperaba la resolucion que tomásemos con objeto de evitar que creyeran se guarecia en vuestro palacio, en el cual hay más de dos mil combatientes y os hallais vos, al que no pretende cohibir.

D. Alonso mueve una campanilla, diciendo al gentil-hombre que se presenta:

—Id á casa de Padilla y que venga al momento Garci-Gomez; participadle que le aguardamos los cuatro reunidos en consejo.

Sale el enviado, y por primera vez hace uso de la palabra el Marqués de Villena, para exclamar:

—Veo, señores, con sentimiento, que os acabais de unir Acuña y Giron con ánimo resuelto de lavar lo que suponeis una afrenta á costa de todo, y si en vosotros no impera la justicia, os advierto que me tendrá Garci-Gomez decididamente de su parte, y espero que haga lo mismo mi digno aliado y noble amigo el Conde de Alba.

© Biblioteca Nacional de España

—Positivamente, Marqués.

—¿Lo veis, D. Pedro? —añadió Acuña. —Serenaos, por Cristo; juzguemos sin pasion, y luégo...

—¡Ah, sí, luégo!..

—Bueno,—exclamó el Marqués. —Si luégo hay quien se oponga al cumplimiento exacto de la sentencia, puede que luégo el Conde y yo...

—Luégo vos y yo, señor Marqués, sostendremos fuera lo que aquí haya acordado la mayoría.

—Luégo será otra cosa, Conde y Marqués.

—Otra cosa, Marqués y Conde.

Giron, dispuesto á sacrificar hasta la vida de su hermano por el lustre de sus blasones, claro está que de poder, mejor arrancaria á Garci-Gomez la suya.

Así lo comprende por fin el Arzobispo, vacila, optando por último sacrificar á Garci-Gomez en un caso extremo por preferir esto á perder los tres votos que le daban los Girones y el novio de Melania que queria tener asegurado.

Villena tambien lo comprende así, y como nada expone en aquella cuestion, se decide en favor de Garci-Gomez, para ganar de este modo su voto y hasta los brazos de un privilegiado sér que levanta y arroja á los hombres como un muchacho las naranjas.

En cuanto al Conde de Alba, único que anhela la justicia, está tambien de parte de Alvarez de Toledo, por creer que le sobró razon para estrellar á D. Enrique.

Siguen los cuatro hablando con frases de doble sentido, amenazas encubiertas y preparándose á desempeñar cualquier papel, ménos el de juez recto y justiciero, á excepcion de Alba.

Corta los diálogos el gentil-hombre, diciéndoles que Garci-Gomez se presentará inmediatamente; mas trascurren cinco minutos, aquel no llega y empiezan á impacientarse los cuatro, cuando por fin aparece en el salon Alvarez de Toledo, grave, mesurado y más altivo que nunca.

Ha cambiado sus calzas de Milan y ropilla de seda por tupida cota de malla, una sobrevesta de terciopelo con pieles,

© Biblioteca Nacional de España

larga y bien templada tizona por su espada de corte, y la gorra con pluma, por una borgoñota de plata y oro, con la cual cubre ahora su hermosa cabeza.

Lanza mirada profunda á cada uno de los cuatro que tiene delante, irresistible para D. Alonso y D. Pedro, que bajan la vista, y contestada con imperceptible sonrisa por Villena y Alba.

Esto sólo ha bastado á nuestro jóven para leer en el corazon de los cuatro.

Entra, les saluda, y viendo que nada le preguntan, interroga al Arzobispo, diciéndole:

—Me habeis mandado llamar y aquí estoy. ¿Qué deseais de mí?

—Nos hemos reunido, Garci-Gomez, para oir vuestros descargos en el grave acontecimiento que provocásteis al principio de la noche.

—Siento deciros, D. Alonso, que no he cometido delito alguno, que yo no provoqué el acontecimiento á que os referís, que no tengo por lo tanto ningun descargo que exponer y que no hay juez en Castilla con bastante autoridad para mezclarse en mis asuntos privados.

—¿Qué altanería es esa, Garci-Gomez?

—La que debe tener un hombre de honor.

—¿Ignorais por ventura que estais á mi servicio y que puedo hasta mandar que os ahorquen de una almena?

—No lo imagineis siquiera, porque puede costaros la vida, Acuña

—¡A mí!

—A vos. ¿Ya olvidásteis que entre vosotros soy grande en representacion de mi tio y que no hay ninguno superior á mí? Pues recordadlo, como tambien la prevision que reconoceis en mí.

—¿No os mandó vuestro tio á mi servicio?

—No, á vuestras órdenes para defender la causa del infante D. Alonso, como uno de los principales jefes de la sublevacion. Por esta razon no os acepté un maravedí, léjos de

© Biblioteca Nacional de España

eso gasté el oro de mi tio hasta en vuestros asuntos particulares. Tengo además órden que llevo encima, la cual me faculta á variar de jefe cuando lo crea indispensable; y si os cambio, por ejemplo, con el señor Marqués de Villena, mi tio se dará por muy satisfecho.

Carrillo empieza á ver claro que no ha meditado bien al decidirse con tanta facilidad en favor de los Girones; recuerda el gran ingenio de Garci-Gomez, ve que bastó una mirada para entenderse con el Marqués, y variando de tono, le dice:

—No empecé bien, Garci-Gomez; la indignacion que me produjo un hecho impropio entre amigos y compañeros, me ha ofuscado un momento, obligándome á que origine amenazas que no debísteis proferir. Olvidemos, pues, las frases cruzadas y oidme: los grandes y nobles reunidos esta noche en el silo, despues de deliberar detenidamete, han acordado evitar á todo trance la colision que habia empezado á motivar vuestra escena con Giron. Pensando maduramente, comprendieron lo funesta que pudiera ser para nuestra causa la menor disidencia entre nosotros, y los mismos que os defendian nos nombraron árbitros para que decidiésemos lo más justo, despues de oir con calma la verdad. Yo invoco, por lo tanto, vuestra nobleza é hidalguía; disculpaos, despues fallaremos, y ayudadnos en cuanto podais á que desaparezca por completo toda perturbacion en nuestras filas.

—Vuestras últimas y dignas frases me obligan, D. Alonso; la invocacion que habeis hecho á mi nobleza é hidalguía me ponen á vuestra disposicion; y ahora os voy á complacer en cuanto me sea dable. No quiero colision alguna entre nosotros, ni debe haberla, porque el asunto es personal y sería absurdo hacerlo colectivo. No os puedo aceptar por jueces, porque yo no he delinquido, pero sí por árbitros, reservándome el derecho de aceptar ó no la decision de la mayoría, que acataré si es justa, rechazándola si no lo es, porque yo no os he nombrado y hay entre vosotros parte interesada.

—Bien, seremos árbitros solamente, y no dudo que la más estricta justicia sellará nuestra decision.

© Biblioteca Nacional de España

—Siendo así, me entrego á vosotros.

—Deseamos, Garci-Gomez, oir la causa verdadera que os llevó al silo, dónde apénas hicísteis otra cosa que contemplar lo que allí pasaba, y la oculta que pueda haber para que vos, tan comedido é inteligente, os hayais precipitado del modo que lo hicísteis.

—¿Me permitís que use de toda la franqueza y lealtad posibles?

—Lo deseamos.

—¿Ninguno os ofendereis porque diga la verdad?

—Ninguno.

—Pues oid: ya que el hecho os es conocido en sus detalles, escuso repetirlo y me concretaré por lo tanto á añadir lo nuevo que ignorais. Hace ya algun tiempo acepté la honrosa mision que, en calidad de amigo, se dignó confiarme Don Alonso Carrillo de Acuña, de convencer á su protegida Melania para que diese á D. Enrique Giron su mano y la inmensa fortuna de que es dueña. No hace al caso que yo os diga lo que tuve que torturar mi ingenio para convencer á aquella dama, la cual tiene mucho talento y más fuerza de voluntad. Al fin logré mi objeto; pero se me impuso una condicion que no pude ménos de aceptar por lo justa que era. Melania, señores, se puede afirmar sin adularla que es un ángel puro, elevado, sublime. No hay positivamente en la tierra mujer de más encantos físicos y morales. ¡Qué perfeccion en sus facciones, qué epidermis tan blanca y tersa, qué talle tan esbelto, qué voz tan grata, qué ideas tan elevadas, qué imaginacion tan fecunda, qué sabiduría á los diez y seis años! Posee dos idiomas, historia, algo de ciencia y discurre mejor que nosotros. Sus señoríos, opulencia y dinero no tienen rivales en Castilla. Pues bien, esa poderosa hembra que nadie puede admirar lo bastante, accedió, en vista de mis ruegos, á casarse con D. Enrique Giron siempre que no resultase en el plazo del año pedido por ella, que su futuro era vicioso en la bebida, en el juego ó con las mujeres. ¿Qué ménos puede pedir ese ángel?

© Biblioteca Nacional de España

Don Alonso, que estaba oyendo con entusiasmo los merecidos elogios de su protegida, palideció de pronto; D. Pedro se mordió el labio inferior, miéntras Villena y Alba dirigian una mirada satisfactoria al ingenioso é inteligente Hernando. Este habia empezado ya á destruir el compromiso de Melania, aprovechando la magnífica ocasion que el destino le ofrecia, y continuó:

—Juré cumplir su condicion, y aquí principia la historia de lo ocurrido esta noche. Pedí noticias de D. Enrique Giron, y, con dolor lo digo, más de tres me dijeron que jugaba mucho, que bebia y que era *mocero*. No lo creí; pero ¡ay! dudé, y víctima de mi compromiso con Melania, exigí una reparacion á los que yo llamaba calumniadores de mi amigo D. Enrique, obligándoles á que probaran su dicho ó se batieran conmigo. El primero á quien tal cosa exigí, me dijo sin vacilar:—Si quereis verlo jugar cuanto oro tiene, id al palacio del Conde de Plasencia; si deseais contemplarlo bebedor y dado á la prostitucion, acudid al silo. Si miento, no debeis cruzar vuestro noble acero con el mio; yo os faculto para que arranqueis mi lengua. Pregunté qué era el silo, me lo dijeron, y no en balde temblé á la sola idea de entrar en él. Yo, señores, no me excedí jamás en la mesa, nunca jugué é ignoro lo que es mancebía. Por esta causa rogué á D. Lope de Padilla que fuera al silo y se enterara, y confirmó las frases del que yo creia calumniador de D. Enrique; volví á mandarlo, suponiendo que pudo equivocarse, y frase á frase repitió lo mismo. Nadie tiene derecho á dudar de lo que afirma el cumplido caballero D. Lope de Padilla, y yo, sin embargo, dudé. ¿Hubiera podido pensar mejor de su hijo el padre de D. Enrique Giron? ¿Cabe mayor prueba de amistad y cariño? Muerto de vergüenza, señores, ruborizado como una vírgen de quince años, cubrí mi rostro con una careta, y cogido al brazo de Padilla fuí en mal hora á ese inmundo lodazal de vicio, degradacion é inmoralidad. Allí el hombre es una bestia; allí la bestia abusa hasta de lo más bello y sublime de la creacion.

Don Alonso, Villena y Giron bajaron la cabeza avergon-

© Biblioteca Nacional de España

zados; los tres estuvieron en el silo enmascarados, pero la conciencia lo sabía, y en estos instantes, haciendo de las ideas y frases de Hernando afilado puñal, lo clavaba hasta el pomo.

Alvarez de Toledo, más intencionado que nunca, se gozaba ahora con su triunfo; D. Alonso sufria en estos instantes más que Toledo en su prision.

El Conde de Alba miraba á Garci-Gomez y sonreia con noble orgullo.

Hernando prosigue:

—Entré, señores, en aquel fatal subterráneo; me dan á elegir una entre varias mujeres, señalo la que estaba más cerca y me siento con ella á la mesa; pruebo los manjares y el vino como autómata, aspiro con trabajo aquella atmósfera ponzoñosa, y fijos mi oido y vista en el hombre que yo habia propuesto á la purísima vírgen para esposo, lo oigo y veo hablar y beber más y peor que todos. ¡Qué lubricidad, señores; qué degradacion; qué cuadro tan horrendo contemplaba! En mucho tiempo no osé alzar la vista del plato que tenía delante; pero oí el choque de los labios, las frases obscenas, el crujir de la seda, y mi razon se perturbó. Cuando vuelvo en mí veo á la izquierda á Padilla con el rostro enrojecido de vergüenza como yo; miro despues á la derecha y contemplo una infeliz judía, blanca como la azucena, bella aun cuando algo ajada, que no se atreve á dirigirme su vista porque aún le quedan restos de rubor. Comprendo que la han sacrificado, que la han vendido como el amo al caballo, me inspira compasion, y la ofrezco que nadie abusará de ella miéntras esté á mi lado. Al poco tiempo aparece á la puerta del salon un hombre ébrio; brota su piel vino y licor, sus pupilas sangre; apénas puede sostenerse en dos piés; la bestialidad le conduce á buscar un equilibrio que el hombre no necesita; se llega á mí, me insulta, quiere manchar con su baba la epidermis de la desgraciada que yo defiendo; me llama borracho y me da un golpe en el hombro. Es el primer hombre que ha fijado su mano en mí; huye mi razon, la reemplaza la fuerza bruta, y ciego como él lo cojo por la cintura y lo estrello contra el espejo que

© Biblioteca Nacional de España

tenía enfrente. ¡Si mi hermanó hubiera sido, estrellado quedaría como él! Contribuyó poderosamente á que mi cerebro funcionase mal en tan crítico instante, la idea elevadísima que tengo de Melania, idea que nunca se separa de mi mente. Yo le habia presentado á Giron como un caballero cumplido, como un noble de esos que jamás cometen accion indigna, que nunca se envilecen, que, como mi padre, legan á sus hijos un nombre sin mancilla. Y al verlo en aquel fango hediondo y repugnante, me pareció más indigno aún de la casta doncella que por causa mia se iba á unir á él. Y no sólo tenía necesidad de vengar los insultos que me hizo, el golpe que me dió, sino tambien la afrenta de haberlo yo presentado ante una virgen al contrario de como es. Ahora podeis con completo conocimiento de causa desempeñar acertadamente vuestro arbitraje. Dios os inspire, y sed justos, porque de lo contrario correrán torrentes de sangre humana. No temais hacer la cuestion personal, yo la acepto así, y si de ella saliera bien, no sustentaria rencor alguno contra los parientes y amigos de Don Enrique; pero guardaos bien de hacerla colectiva: á fuer de noble os declaro que tengo en mi favor la mayoría de los grandes reunidos en Avila, y que al desnudar mi espada saldrán al aire millares de ellas.

Calla Hernando, y quedan con la cabeza inclinada y como ensimismados D. Alonso y D. Pedro.

El Marqués de Villena y el Conde de Alba miran á Garci-Gomez con satisfaccion.

Las frases de Hernando han sido dirigidas una tras otra al corazon de Carrillo, destrozándolo primero para demostrarle luégo lo infortunada que Melania sería unida al hombre cínico y asqueroso que concluia de bosquejar con tan vivos colores.

Acuña comprendia con facilidad y no le era dado equivocarse en la ocasion presente; así es que cuando hubo meditado lo bastante, alzó la cabeza para decir á sus compañeros:

—Señores, yo ya he formado opinion: en mi concepto, debemos condenar al olvido el acontecimiento fatal de esta no-

© Biblioteca Nacional de España

che, ó todo lo más, consentir en un duelo privado, puramente personal entre Garci-Gomez y Giron. Esto deseo y lo sostendré con toda mi influencia y poder.

—Digo lo propio, y me adhiero completamente á la opinion del señor Arzobispo.

Exclamó el Conde de Alba, añadiendo el Marqués de Villena:

—Yo tambien, y lo hago en virtud de que Garci-Gomez, léjos de rehuir el combate con Giron, lo desea. Con gusto seré su padrino, y desde luégo puede contar con todo mi poder é influencia.

—En ese caso,—replicó Carrillo,—queda aislado D. Pedro, y debemos por lo tanto darle, como hermano mayor de Don Enrique y jefe de la familia, la eleccion de una de las dos cosas acordadas.

—Parece justo, señores,—exclamó D. Pedro,—se oiga á mi hermano, ya que los cuatro hemos escuchado á Garci-Gomez. Al efecto, puede este quedar preso ínterin Enrique se cura y expone lo que tenga por conveniente. No debemos olvidar la tolerancia impuesta en el silo á unos cuantos compañeros que se reunen para sólo divertirse, ni que Garci-Gomez lo sorprendió, yendo con un fin muy distinto.

—¿Y quién me iba á prender, D. Pedro?

Le preguntó Alvarez de Toledo. Giron le contesta:

—Una órden del consejo que cumplimentarán en el acto los soldados del señor Arzobispo.

—Ya os he dicho que no os acepto como jueces, á lo sumo como árbitros, y á estos no les es permitido prender á nadie. Tampoco desean mi arresto vuestros tres compañeros, ménos parciales que vos; mas aun cuando lo quisieran, aunque prescindiendo de jueces y arbitrajes decretaran mi prision en su calidad de jefes, no lo lograrian, porque yo si falto entrego mi espada sin vacilar por el pomo, pero no faltando doy la punta. Soy previsor, porque me dijeron que estábais aquí, y conservo como veis en la mano izquierda este silbato, que en el acto de oir su sonido Padilla y cuatro caba-

© Biblioteca Nacional de España

lleros más que he dejado en el salon contiguo, trasmitirán la señal á quince que tomaron posesion del zaguan de este palacio, y como á veinte varas se hallan esperando con el acero al aire mis quinientos leones; calculad lo que iba á suceder si yo llevase á mis labios este pito. Los hombres que me obedecen, D. Pedro, son hijos de mi tio, son mis hermanos menores, y al ver que sólo tocan al pelo de mi sobrevesta, cada uno se convierte en fiera, que educada en la montaña ó la selva, valen para destruir y aniquilar lo que no podeis comprender. Prendedme, que lo sepan ellos, y á las dos horas Avila será un monton de ruinas y cenizas. Por eso traje únicamente quinientos, elegidos uno á uno, eso sí, pues con ellos me sobra para abrirme paso lo mismo en la ciudad que por entre las filas de un ejército. Obré en el silo con sobrada razon y justicia; á pesar de eso no rehuyo un duelo, dos, tres ni seis, pero no atenteis contra mí, porque entónces esta ciudad será un lago de sangre.

—Ya lo habeis oido, señores, estamos sitiados.

Dijo D. Pedro.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

—Y yo.

—Y yo.

El último, que fué el Conde de Alba, añade:

—Giron, lo previsor de Garci-Gomez, contraido á su propia defensa, no puede ofendernos, por más que haya sido inútil, pues ya ve que la mayoría está de su parte. No os queda, por lo tanto, más recurso que aceptar una de las dos cosas que hemos decidido, y de un modo ó de otro seguir á nuestro lado, porque de lo contrario, nadie ignorará en Castilla lo que ha hecho vuestro hermano, la humillacion que sufrió y la conducta que, afectado vos, estais siguiendo ahora, lo cual sería orígen de eterna deshonra. Las razones que expusísteis en pró de D. Enrique no son aceptables porque yo presencié el hecho, y os aseguro que Garci-Gomez no ha faltado á la verdad ni exageró. Pudo ir con el objeto que tuviera por conveniente al silo, aquello es un establecimiento público, no es dable ne-

© Biblioteca Nacional de España

gar la entrada á ningun noble, tampoco tiene reglamento, y el convenio que particularmente hubieran podido hacer algunos compañeros no obliga á los restantes, y ménos á Garci-Gomez que lo ignoraba. Siento decíroslo, D. Pedro, porque os estimo mucho y os va á lastimar la idea; vos sabeis como yo que el noble, el caballero puede entrar en todas partes con tal que su conducta sea mesurada y digna. Por eso fué Garci-Gomez á sitio tan inmundo en busca de una averiguacion que le era indispensable, por eso entré yo en busca de mi primo Osorio, que por desgracia se hallaba allí en tan mal estado como D. Enrique. Tomad mi consejo, D. Pedro; es imparcial y muy conveniente á vos, como del amigo que os quiere: echemos tierra á ese acontecimiento, que se olvide, y que vuelvan á ser amigos Garci-Gomez y Enrique. Si yo estuviera en vuestro lugar intentaria lograr esto aun á costa de mi sangre.

El maestre de Calatrava, despues de meditar, preguntó á D. Alonso:

—¿Y aquel luégo que me ofrecísteis, D. Alonso?

—Don Pedro, tomad el consejo del Conde, de lo contrario, vos y yo vamos á perder mucho. Garci-Gomez, amigo mio, cada dia descubre un poco más ese ingenio que ya empieza á asustarme, y notad que une al talento la prevision, el arrojo, la lealtad, el valor y la fuerza como yo no he visto en ningun hombre. Séres así deben tenerse siempre por amigos, nunca por contrarios. ¿Qué derecho tengo yo ni aun á reprenderle, si cuanto hizo fué en obsequio de la criatura que más amo en la tierra; por velar por ella, por cumplirle, noble y generoso, lo que le habia ofrecido; por llenar con hidalguía asombrosa la mision privada que yo le encargué? Ya sabeis que no soy cobarde, D. Pedro, que mi voluntad es de bronce, y cuando cedo, cuando me pongo de parte de Garci-Gomez con perjuicio de vuestra amistad, que es para mí imprescindible, debe obligarme una causa harto poderosa. Tampoco os es dado, señor Maestre, dudar del Marqués de Villena ni de la noble y grata imparcialidad del Conde de Alba, que tantos elogios os mereció siempre.

© Biblioteca Nacional de España

—Veamos, señores,—exclamó Giron empezando á transigir,—si todo se puede conciliar. El hecho ha sido público, mi honor está manchado, y yo necesito una reparacion, pero esta puede ser sólo de pura fórmula. Garci-Gomez y Enrique se batirán á primera sangre, quedando luégo amigos y compañeros. ¿Qué decís á esto, Garci-Gomez?

—Lo acepto y os ofrezco lo siguiente: en los cinco primeros minutos de la lucha permaneceré á la defensiva, quedando facultado Enrique para matarme, si puede; al terminar ese plazo le haré yo una herida leve y en el sitio que vos designeis. Si aceptais, juro cumplir mi palabra.

—¡Que temeridad!

Exclamaron los cuatro: D. Pedro añadió:

—Os puede costar la vida, Garci-Gomez.

—Me estorba ya hace tiempo, Giron.

—Mi hermano pelea con destreza suma.

—Quiere decir que si le venciera con esas condiciones tan favorables, hasta vos me aplaudiríais.

—Pero ese rasgo de amor propio me parece insensato.

—No podeis juzgar lo que es hasta verlo realizado; retirad vuestra opinion guardándola para despues, que vos no os hallásteis esta noche en el silo, y no sois acreedor por lo tanto á sufrir derrota en frases ni en hechos. Sostengo lo jurado, y al que se oponga le digo de antemano que es ignorante y torpe.

—Ya lo oís, señores; acepto. Y ahora me dirijo á vos, amigo D. Alonso. La leccion que esta noche dieron á mi hermano debe pararlo, hacerlo reflexionar, cambiando por completo su sistema de vida. Es muy jóven y creo que pueden perdonársele sus extravíos, siempre que sean reemplazados por una vida contraria. Dando por hecho que sucederá lo último, creo que su boda con Melania debe realizarse al terminar el plazo convenido.

—Por mi parte, y en cumplimiento de lo jurado,—se apresuró á replicar Hernando,—dejo hoy libre de su compromiso á Doña Melania. En cuanto á su protector, y aun pudie-

© Biblioteca Nacional de España

ra llamársele padre adoptivo, él determinará lo que tenga por conveniente.

—Yo opino, amigo Giron, que no hablemos más de esa boda hasta que se aproxime el plazo, y entónces, teniendo en cuenta la conducta de D. Enrique, realizaremos la boda, tomaremos más tiempo ó romperemos el convenio. Esto parece lo natural despues de lo ocurrido.

—Nada hallo que replicar á vuestras frases. Cuando gusteis nombrad padrinos, Garci-Gomez.

—Tengo ya uno que se me ha ofrecido, con honra mia, y el otro lo será, si acepta, el Sr. Conde de Alba.

—Con gusto y pesar á la vez por las terribles condiciones que os habeis impuesto.

—Pronto os alegrareis en mi concepto.

No podia ya Hernando desistir de su juramento, y fué preciso que aceptaran todos las terribles condiciones impuestas por él.

Media hora más tarde mandó retirar Hernando á Padilla y toda la fuerza que tenía sobre las armas, y los cinco se fueron á descansar.

Eran las cuatro de la madrugada cuando buscaron el lecho.

Alvarez de Toledo quedaba en el palacio de D. Alonso, con harto sentimiento del Marqués de Villena, que trató inútilmente de atraerlo al suyo.

El Arzobispo debia empezar á respetarlo desde esta noche por lo ménos como á igual.

La boda de Melania y Giron quedaba herida de muerte, pues ante el retrato que Hernando habia hecho de Enrique, era difícil que el Arzobispo se aviniera á castigar á la que tanto queria con esposo tan indigno.

En cambio, cada vez le parecia más eminente, noble y caballero el suspuesto andaluz Garci-Gomez.

Al despedirse ambos para retirarse á sus respectivas habitaciones, sólo se atrevió el Arzobispo á decir á Toledo:

—Soy vuestro amigo íntimo; si os desconocí en parte rec-

© Biblioteca Nacional de España

tifiqué el error y anhelo que llegue el dia en que ambos tengamos un sólo pensamiento, una sola idea.

—Gracias, D. Alonso, de vos depende; ya veis que con vos me quedo, que á vos me entrego.

—No os ha de pesar. Dormid bien, diablo andaluz.

—Descansad mejor, sabio prelado.

Y con la sonrisa en los labios, irónica la del uno, cariñosa la del otro, se fueron á sus respectivas habitaciones.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV.

El Marqués de Villena y Garci-Gomez.—Los preparativos.—El duelo.

Estaba citado Hernando con sus padrinos, y á la hora convenida se reunieron los tres en el palacio de Villena.

Las primeras frases de Toledo despues de saludarles, fueron las siguientes:

—¿Cómo sigue D. Enrique Giron?

—Continúa con el carrillo hinchado,—le contestó Alba,—pero disminuyen los dolores y el médico opina que podrá levantarse mañana.

—Me alegro. ¿Aceptó el duelo?

—Con disgusto; lo deseaba más extenso, lo queria colectivo y juró mataros. Despues se ha reido de la herida que ofreceis hacerle en el sitio y con la gravedad que su hermano señale.

—Esa risa podrá costarle una humillacion peor mil veces que la muerte.

—¿Si vos lográseis?...

—Ello dirá, señor Conde, ¿eligió padrinos?

—Al Almirante de Castilla y Conde de Plasencia.

—¿En qué habeis convenido?

—En que el duelo se verificará veinticuatro horas despues de haberse restablecido por completo...

© Biblioteca Nacional de España

—Hola, quiere ensayarse ántes; me alegro.

—Se efectuará á un cuarto de legua de Avila, en la quinta del Arzobispo, y lo presenciarán todos los que estuvieron en el silo, con más el Marqués de Villena y D. Alonso de Acuña; no podreis llevar armadura ni cota; los primeros cinco minutos será el duelo á muerte y los restantes á primera sangre. Os es imposible hacer otra cosa que defenderos en los citados cinco minutos primeros, y luégo, de herirlo vos, deberá ser levemente en la cabeza.

—Muy bien; mas por cabeza se entiende de cuello arriba.

—Se habló de eso y convinimos de cejas arriba.

—Me basta. ¿Se conocen ya las condiciones entre nuestros amigos?

—La mayoría las sabe ya.

—¿Y qué dicen?

—Que es temeridad ofrecerlas y humillante aceptarlas.

—Opinan como yo queria, porque fio en Dios que lo que juzgan temeridad ha de convertirse en lo más generoso y natural del mundo.

—Es un gran tirador vuestro enemigo, Garci-Gomez.

—Por Cristo, que no oigo decir otra cosa en todo el dia, con lo cual lograis todos provocar mi risa en vez de un temor que sólo abriga el que ama la vida mucho y poco su honra, y ya debiérais haber comprendido que á mí me sucede lo contrario. Pero hablemos de otra cosa, puesto que me hallo conforme con todo lo que habeis acordado y me encuentro á vuestra completa disposicion. Siendo probable que D. Enrique no esté enteramente restablecido hasta que los maestros de esgrima le digan que puede herir hasta con los ojos vendados, preveo, señor Marqués, que nos van á retrasar nuestro viaje á Segovia.

—Ya he dado la órden y no vuelvo á pensar en él hasta que termine vuestro difícil lance.

Aun siguieron hablando los tres. Por la tarde escribió Garci-Gomez á Melania participándola que su compromiso con Giron quedaba roto y la causa que lo motivaba. Tam-

© Biblioteca Nacional de España

bien escribió á Doña Beatriz, mandando ambos pliegos con persona de su completa confianza, y continúa luégo preparando lo indispensable para los acontecimientos revolucionarios de Segovia y otros puntos, sin cuidarse ni aun pensar en el duelo pendiente.

El Marqués de Villena ha suspendido su partida á la corte y por lo tanto el plan temerario que intenta realizar, pero unido á D. Alonso y á los principales jefes conspiradores trabajan activamente en pró de la rebelion.

Al cuarto dia siguiente el del aplazamiento del duelo, se encierra misteriosamente el Arzobispo con Hernando y le dice:

—Os traigo aquí para participaros que D. Enrique Giron lleva 48 horas en pié adiestrándose dia y noche en el manejo de las armas.

—Lo supuse, despues me lo han confirmado dos amigos, y vuestra declaracion de ahora no me deja duda alguna.

—Va desapareciendo la inflamacion del rostro, está bien del resto, y me han asegurado que adquiere agilidad y destreza suma.

—Mucho me teme á pesar de las grandes ventajas que le he dado, D. Alonso.

—Expone en el duelo su fama y algo más, por lo que justifica su conducta.

—No digo yo que haga mal.

—¿Por qué no le imitais?

—Por que lo creo inútil

—¡Inútil! ¿En concepto de qué?

—No me obligueis, señor Arzobispo, á que sea inmodesto.

—Garci-Gomez, el mucho interés que me inspirais me obliga á daros un consejo hijo de la experiencia y de la prevision. Ya que con audacia increible, y sin que nadie os obligara, concedísteis á Giron ventajas que ni los primeros maestros en esgrima darian á sus discípulos aun con sables de madera, practicad como D. Enrique, ensayaos y no deis con vuestra indolencia y desden una nueva ventaja á vuestro contrario, que os va á costar la vida.

© Biblioteca Nacional de España

—Con qué seguridad lo decís, D. Alonso; mas os lo perdono, porque al fin sois prelado, y vuestra santa mision en la tierra os impide entender de estas cosas.

—Mal me conoceis entónces, Garci-Gomez; la clase á que pertenezco, por efecto de la época que atravesamos, no fué causa bastante para obligarme á que desconociera lo que tan necesario es en Castilla á todo hombre que estima en algo su existencia.

—Pues si conoceis el arte de pelear, no olvideis entónces lo que hice en Guadarrama con los bandoleros ni con Giron há cinco dias.

—Es que D. Enrique, Garci-Gomez, tiraba muy bien, y el dia que os llame al campo será un maestro consumado. Dicen que le están enseñando estocadas prodigiosas, juegos admirables, y con tal aficion lo ha tomado, que no sólo aprende lo que otros le demuestran, sino que á la vez inventa y perfecciona lo que sabe.

—No os molesteis más, D. Alonso: estimo en lo que vale vuestro consejo; pero despues de haber admitido los cuatro árbitros la proposicion que yo hice, con lo cual me probásteis que no tenía un verdadero amigo entre vosotros, el duelo se llevará á cabo como yo propuse, sin que en el intermedio se me ocurra coger la espada para otra cosa que para ceñirla al cinto.

—¿Qué podíamos hacer nosotros despues de vuestro solemne juramento?

—No admitirle; vosotros á nada os habíais comprometido aún.

—Pero si vos lo queríais.

—Cierto; para inutilizar por completo y con una nueva humillacion al futuro de Melania, y para saber al mismo tiempo todo lo que yo podia esperar de los cuatro árbitros. Estad seguro que si no hubiérais admitido mi oferta, os rogara hasta conseguir de vosotros el postrer medio de evitar que el ángel á quien habeis prohijado se uniera á ese monstruo; mas ya vísteis la facilidad con que los árbitros ac-

© Biblioteca Nacional de España

cedieron á mi deseo, y esta fué otra segunda ventaja que ya me ofrece mi proposicion para poder medir por líneas toda la gratitud que os debo.

—Tal es la alta idea que tengo de vos, Garci-Gomez, que en aquel instante creí vuestra proposicion digna de vos y tan realizable como el salto de pelota que dísteis á D. Enrique en el silo.

—Si esa opinion teneis, yo os ruego, señor Arzobispo, no me volvais á hablar del combate hasta despues que haya terminado.

—¿Y si os matan?

—Un conspirador más ó ménos poco ó nada puede influir en la suerte de nuestra causa.

—Si se tratase de un hombre vulgar, tendriais razon, Garci-Gomez, pero vuestro talento y espada pueden en un momento dado inclinar la balanza en favor nuestro.

—Si lo creeis así, estad tranquilo que ni el acero de Giron ni el mio se inutilizarán en ese duelo.

—¡Con qué pasmosa seguridad lo decís!

—No pienso equivocarme.

—Terrible será lo contrario. Por última vez...

—Señor, no humilleis al que sólo se ha propuesto defender la dicha y porvenir del sér que más quereis en la tierra. Todos me dicen lo que vos y todos lastiman mi alma con su necio interés.

—No os volveré á molestar, amigo mio; teneis vírgen la voluntad, y ya que no logre convenceros, os evitaré los pocos dias acaso que os queden de vida el disgusto que acabais de demostrar.

—Os lo agradezco mucho.

—Pero jamás me llameis ingrato ni escaso de interés y cariño hácia vos.

Y continuaron hablando de asuntos que no se relacionaban con el duelo y sí con la conspiracion y sorpresa de Segovia.

Tres dias despues participan á Hernando el Marqués de Villena y el Conde de Alba que el duelo debe verificarse á las

© Biblioteca Nacional de España

ocho de la mañana siguiente por peticion terminante de su contrario y padrinos.

Alvarez de Toledo acepta, luégo hablan de las condiciones, traje y sitio, recordando todo lo pactado, y se despiden hasta las siete del próximo dia en que los padrinos deben ir por su ahijado.

A las seis y media de la mañana despierta á Hernando su criado y lo cubre con borceguíes de terciopelo, calzas y ropilla de seda, con gorra y pluma.

A las siete se presentan sus padrinos, y despues de hablar algunos minutos montan á caballo los tres, seguidos únicamente de sus respectivos criados.

Llevan á Hernando en medio, dando este la derecha á Villena. No lleva espada ni escarcela: ambas cosas se ven en la mano de su sirviente.

Poco despues sale el Arzobispo, acompañado solamente de un criado.

Casi á la vez llegan al sitio del combate los dos contrarios y sus respectivos padrinos. Los seis se estrechan las manos; Toledo se la da á Giron con naturalidad é indiferencia; aquel se la estrecha, procurando inútilmente disimular la violencia que experimenta.

Entran en la casa de la quinta, se encierran en diferentes habitaciones, empezando por reconocer Villena y Alba el traje de D. Enrique y *vice-versa*, luégo hacen lo mismo con seis espadas toledanas que ha mandado el Arzobispo de su armería.

Poco á poco van llegando todos los que deben presenciar el duelo; dejan los caballos y los sirvientes á la entrada de la quinta, y suben á la casa.

Llenan los padrinos las fórmulas de rogar á los duelistas desistan de su empeño, se den mútua satisfaccion, etc.

Y no produciendo resultado van los cuatro á marcar el sitio donde ha de tener efecto el combate, dejando á sus ahijados en habitaciones distintas y junto á sus respectivos amigos.

© Biblioteca Nacional de España

Regresan luégo, y á las ocho en punto salen todos de la casa, yendo en medio de sus padrinos cada combatiente.

Se detienen en una extensa alameda, cuyos árboles jigantescos cubren el sol.

El piso está igual, endurecido y muy bien dispuesto para que no pueda ofrecer impedimento á los dos contrarios.

Los concurrentes forman dos filas todo lo anchas que los álamos les permiten, y en el centro se colocan Giron y Hernando, teniendo cada uno á los lados un padrino suyo y otro contrario. Despues reciben las espadas, conservando desnudas y en las manos los padrinos las cuatro restantes para sustituir la que pudiera romperse ó inutilizarse y para evitar á viva fuerza todo acto contrario á las severas leyes del honor.

Se encuentran allí cuantos asistieron al silo la noche en que estuvo Hernando con D. Alonso de Acuña y el Marqués de Villena.

Falta sólo D. Pedro Giron, que como hermano de uno de los combatientes no puede presenciar la lucha.

Garci-Gomez y D. Enrique se saludan cruzando luégo las espadas.

El primero está sereno, frio, y su mirada, ardiente por lo comun, se dirige ahora á los hombres ú objetos con increible naturalidad.

El segundo dejó ya de fingir, presentando, desde que cruzó la espada, contraido el rostro, vaga y sombría la vista, algo agitados sus nervios y pálido el semblante.

Los padrinos, fijos en las espadas, sólo demuestran el interés que les inspira un combate de que son responsables si llegasen á consentir la menor infraccion.

Y los restantes, quietos, inmóviles en sus filas, miran unos con asombro á Toledo, otros con lástima, y todos se fijan despues en D. Enrique con desprecio. A pesar de sus extravíos, comprenden que Giron se deshonraba aceptando las ventajas que le ofreció su contrario, y al contemplarlo ahora dispuesto á valerse de ellas para matar á su generoso enemi-

© Biblioteca Nacional de España

go, lo cual demostraba claramente su rostro y actitud, lo ven tan pequeño y miserable como realmente era.

Los duelistas siguen con los aceros cruzados hasta que el Marqués de Villena da una palmada, y desde aquel instante comienza la pelea.

Hernando parece clavado en el suelo; sólo funciona su brazo derecho.

Giron, desde el primer momento se agita, mueve las piernas, y declara con su actitud la superioridad que tiene sobre él Alvarez de Toledo. Es más bajo, de complexion más delicada, dispone de mucha menor fuerza, y es lo peor que una mirada fria y serena de Hernando lo ha descompuesto; digámoslo de una vez, lo ha intimidado. Pero como no puede matarlo físicamente, y en tan supremo instante no piensa en la muerte moral, en la horrible y espantosa humillacion á que está expuesto, se juzga incontrastable y ataca á su contrario con brio y saña terribles.

Tres veces se ha echado á fondo, en la primera y segunda buscó con la punta de su espada el corazon de Toledo, en la tercera el vientre.

Se ha valido de tres recursos hábiles, diestros y que parecian de éxito seguro, sin lograr otra cosa que tres admirables paradas, en las cuales se movieron sólo el brazo derecho y espada de Hernando.

Al llegar aquí, el rostro de Giron está encendido, sus ojos inyectados de sangre y trémula su musculatura.

En los labios de Garci-Gomez ha brillado una desdeñosa sonrisa; continúa frio, severo, impávido; rígida la musculatura, parecen de hierro sus carnes de gimnasta. El peso de su busto descansa sobre las caderas, contrajo los músculos de las piernas, y enrarecidos, presentan sus muslos una dureza tan sólida como el mármol. Lo mismo sucede á su brazo derecho, dividido por el hombro y sangría hasta el extremo de parecer que se mueve por ejes que le prestan una ligereza y facilidad grandes.

El color rojo de la cara y pupilas del uno y la sonrisa del

© Biblioteca Nacional de España

otro han llevado todas las simpatías hácia Hernando. El matiz de audacia de que aparecia cubierto al empezar, habia ido desapareciendo impelido por la seguridad, valor y destreza que ya patentizaba con su semblante y brazo derecho.

Iban trascurridos dos minutos de los cinco.

Don Enrique queda en guardia, da oxígeno á sus pulmones y cae sobre su enemigo con furor satánico.

Ahora no son estocadas lo que tira, son cuchilladas que dirige á los hombros, á la cabeza, á los brazos y á las piernas.

Su acero forma un remolino indescriptible.

El juego es tan rápido como hábil y debe producir alguna herida, contusion ó rasguño.

Todos los espectadores se han extremecido al ver aquel aspa de molino movida por el más fuerte huracan. Ahora temen por Garci-Gomez, pues parece imposible que permaneciendo sólo á la defensiva pueda salir ileso, y con la más leve herida queda ya inutilizado para poder tocar á su contrario aun cuando pasen los cinco minutos.

Don Enrique ha podido hacer de resultado seguro aquel juego, porque como no pueden atacarle, es indiferente que se descubra ó no, y no le importa presentar su pecho á Hernando sin defensa alguna, puesto que el acero de aquel continúa sin punta ni corte.

Sólo se tenía noticia de que hubiera podido librarse de aquel juego diabólico, Hernando Alvarez de Toledo, en un célebre asalto que tuvo lugar en Alcalá de Henares entre el maestro más afamado de esgrima de Castilla, que atacaba, y el jóven Toledo, que se defendia. Pero como Hernando habia muerto, segun la creencia general, y no es lo mismo, por otra parte, defenderse de una espada de madera que de acero, es lo cierto que los concurentes, sin excepcion, esperaban de un instante á otro ver rodar hasta el suelo las gotas de sangre del temerario Garci-Gomez.

Don Alonso y el Conde de Alba estaban descoloridos, los demás agitados, pesarosos é inmóviles, interrumpiendo el si-

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

lencio del campo el solo choque de tanta cuchillada y quite como se cruzaban entre los combatientes.

La epidermis del rostro de Giron ha ascendido á cárdena, tiene los labios negros y los ojos de color de grana. Suda á mares, y á los esfuerzos que hace estalla por bajo del brazo derecho la seda de su ropilla.

Ahora se echa atrás, adelante, á los costados, salta, golpea con cuanta fuerza tiene, sin lograr otra cosa que romper su espada contra la de Hernando.

Instantáneamente le dan otra, quitan del suelo los dos pedazos de la anterior, van más de cuatro minutos, pierde veinte segundos en el cambio de acero, y vuelve á caer sobre su rival con más furia que nunca.

Las miradas del público saltan ahora desde los combatientes al reloj que tiene en la mano derecha el Arzobispo de Toledo.

Con un instante basta para que corra la sangre de Garci-Gomez, le miran, y la pronunciada sonrisa que ahora tiene en sus labios hiela en parte la cruel ansiedad de todos sus amigos.

¡Con qué prodigiosa habilidad se está defendiendo! Sigue sin mover otra cosa que su brazo derecho, pero realiza los quites matemáticamente, y más que lidiador, parece un artista engolfado en la realizacion de una obra que comprende, domina y lleva á cabo con maestría portentosa.

Tanto golpe de arriba á abajo, de derecha á izquierda y de todos lados, no han conseguido tocar á su ropa ni aun que mueva el hombro izquierdo.

Parece una estátua de bronce, fija en la tierra, de la cual sale un brazo que se mueve tanto como inmóvil está el cuerpo.

Sonríe ahora con satisfaccion, porque más sereno y entendido que los espectadores, contempla á su enemigo desde el cuarto minuto, ciego, irreflexivo y hasta torpe.

Ya no abriga el más leve temor, porque hasta se halla Don Enrique fatigado y con las fuerzas casi agotadas.

Pero hace un esfuerzo Giron y le tira cinco tajos tremendos.

© Biblioteca Nacional de España

Al acabar, se oye una robusta voz que grita:

—¡Van cinco minutos de combate!

A este acento atronador se oye un:

—¡Basta!

Que expresa Hernando; una gota de sangre aparece en la frente de Giron, saltando su espada despues por entre las ramas de los álamos.

Garci Gomez lo habia herido primero y casi á la vez desarmado.

Un aplauso imprudente de casi todos los espectadores saludó á la gota de sangre que corria por la cara de Giron.

Ni la lástima que debia inspirarles la víctima fué bastante á contener la admiracion, entusiasmo y alegría de los espectadores al contemplar el difícil é increible triunfo de Garci-Gomez.

No tuvieron necesidad los padrinos de pronunciar el soberano *basta* que en tales casos se acostumbra; lo expresó por ellos Hernando, el cual bajó su espada, apoyando la punta en el extremo de uno de sus borceguíes.

Don Enrique quedó con la cabeza inclinada, sufriendo una humillacion peor mil veces que la muerte.

Alvarez de Toledo tiró el arma, alargando su mano á Don Enrique. Este vacila, pero al fin la estrecha con su diestra, murmurando:

—Gracias, me habeis regalado la vida para que sufra el resto de ella sin tregua ni descanso.

Los espectadores rodearon á Giron, reconociendo varios su herida; era un pequeño rasguño que sólo produjo tres gotas de sangre.

Le aplicaron un poco de agua, porque nada más necesitaba, y dos parientes suyos se apresuraron á arrancarlo de aquel sitio donde sólo brotaron para él humillacion y vergüenza.

Todos los restantes miraban ahora á Garci-Gomez como á un fenómeno de la naturaleza, como á un jigante de la edad media, ante el cual, no obstante su desmedido amor propio, se juzgaban pígmeos.

© Biblioteca Nacional de España

Aquellos hombres, á excepcion del Arzobispo, Villena y algun otro, eran ignorantes en todo lo que no fuese guerra ó intrigas de corte, pues escasamente sabian leer y escribir. Por esta causa, al oir á Hernando en los consejos, lo juzgaron un sabio muy entendido en ciencias, filosofía é historia, mas completamente lego en asuntos de honor, como entónces se llamaba á todos los lances á que se contrae el arte de la guerra. Así es que cuando tuvieron conocimiento de las ventajas que ofreció á Giron, le juzgaron un temerario tan ignorante, que hubo quienes aseguraban debia morir un segundo despues de cruzar su espada con el hábil D. Enrique. Esta opinion era tan general, que hasta el Marqués de Villena, D. Alonso y el Conde de Alba temieron por su vida ántes y durante el duelo que concluia de terminar.

Pero al verlo tan fuerte, varonil, sereno, frio, inteligente y diestro, quedaron asombrados hasta el extremo de mirarle con respeto no exento de temor.

Su naturalidad ántes, en la lucha, y despues, les demostró la gran práctica que tenía y un desmedido valor que ya le envidiaban los más audaces.

Otra de las cosas que se habia propuesto Hernando con su desafio era imponer á aquellos belicosos grandes y nobles, para que no volviesen á molestarle con desafios que repugnaban á sus creencias y carácter humanitarios.

Y tan por completo lo habia conseguido, que en este instante era rodeado por D. Alonso, el Marqués de Villena, el Conde de Alba, el de Plasencia y los restantes grandes y noble que quedaron, que eran casi todos, los cuales, sin excepcion, se juzgaban honrados al estrechar su mano para darle la enhorabuena, y un aplauso á su valor, talento, generosidad y destreza.

Diez batallas seguidas ganadas por un hábil caudillo no valian ni con mucho lo que el triunfo que acababa de arrancar á la suerte el venturoso Garci-Gomez.

En estos momentos recibia la recompensa á los catorce años que llevaba desarrollando sus fuerzas y adquiriendo una

© Biblioteca Nacional de España

maestría en el uso de las armas que sobrepujaba á la del primer tirador de Castilla.

En medio del Arzobispo y de Villena se dirigió á su casa, yendo en pos los demás nobles y grandes, los cuales oian de labios de Padilla la descripcion de lo que llevó á cabo Garci-Gomez en Huerta de Ariza contra los nobles bandoleros que intentaron robar el pueblo.

Y los criados que iban detrás, enterados de lo ocurrido en el duelo de Hernando y Giron, escuchaban ahora con asombro al sirviente del primero, que tambien describió lo sucedido en Ariza, añadiendo lo acontecido en Guadarrama.

Y de este modo comenzó á extenderse la fama de las heroicidades de Garci-Gomez, desde los palacios más opulentos hasta la ruin cabaña. Hombres, mujeres, ricos, pobres, jefes y soldados, todos comentaban la gloria alcanzada por el caudillo, constituyéndole una ovacion que rara vez consigue algun hombre.

¿Podrán originarle consecuencias funestas sus aplaudidos hechos?

Es lo probable, teniendo en cuenta el orgullo, amor propio y envidia desarrollados en cuantos rodeaban á Alvarez de Toledo.

Nuestro jóven, sin embargo, habia logrado hacerse indispensable á los jefes de aquella gran conspiracion hasta para resolver los asuntos más triviales.

Ese era ya su presente, y aun cuando el porvenir aparecia algo oscuro á su gran talento y elevada penetracion, estaba satisfecho, confiado en su buena estrella é ingenio y en Doña Beatriz y parciales, para continuar su triunfo hasta que viera sentado en el trono de Castilla á su ídolo Doña Isabel.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V.

Pergamino importante.—A Segovia.—Garci-Gomez, el Marqués de Villena y el Rey.—Triunfa el más hábil.

A la puerta del palacio se despidió nuestro jóven de la orgullosa comitiva que le acompañaba, y despues que hubo cruzado algunas frases con el Marqués de Villena, subió á los salones, yendo cogido á su brazo el poderoso Arzobispo de Toledo.

Se dirigian al comedor, pero á la mitad del camino y en una solitaria cámara se detiene de pronto D. Alonso, y frente á frente de Hernando le dice:

—Quiero, exijo y deseo de vos un juramento, Garci-Gomez. Sin el, viveré intranquilo el resto de mi vida.

—Hablad, señor, que como pueda os complaceré en cuanto me pidais.

—Antes quiero que me perdoneis si en algo pude faltar á lo que se merece un hombre como vos durante el arbitraje que recuerdo con dolor. Estudiad mis frases, y no olvideis que Alonso Carrillo jamás rogó á reyes, ménos á vasallos. Mi cerviz no se ha inclinado todavía, Garci-Gomez; no la bajo ahora; mas, con cariño y respeto al hombre que tanto vale, os pido arranqueis de mi pecho el dardo que lo martiriza.

—Os perdono, señor Arzobispo, vuestras intenciones de esa

© Biblioteca Nacional de España

noche funesta, las dudas que abrigásteis despues sobre mi actitud en el duelo y hasta que me obligáseis á arrancar un sí á Melania en pró del hombre más indigno de ella de cuantos existen en Castilla. Así os pudiera perdonar como yo lo hago, en el caso de que viviera, el infeliz Alvarez de Toledo.

—¡Qué recuerdo tan inoportuno traeis á mi mente! Concretémonos á vos. ¿Me perdonais cualquier otra falta en que hubiera podido incurrir respecto de vos?

—Todo os lo perdona Garci-Gomez.

—Ahora, amigo mio, juradme no seguir nunca la bandera del Marqués de Villena; defender siempre la mia.

—Mucho me pedís, D. Alonso.

—La recompensa estará en porporcion del sacrificio.

—¡Ah! ¿Y qué podria darme el eminente señor que pudiera halagarme lo bastante?

—Ahora nada, luégo mucho; tanto, que os voy á sorprender agradablemente.

—Ya os escucho, generoso señor.

—Garci-Gomez, sólo se puede hablar de una mujer, describirla y elogiarla como vos lo haceis de Melania, estando enamorado de ella. Sólo se hace lo que vos concluís de realizar en la quinta, teniendo un talento y valor incomprensibles y hallándose ansioso el hombre de defender, de ganar el corazon de una dama.

—No niego lo último, D. Alonso.

—Leal sois, bien lo veo; incapaz de cometer una villanía, ni aun cegado por esa pasion amorosa que precipita á los hombres; arde en vuestro pecho un volcan, pero sois tan fuerte que conteneis su torrente de fuego y lava con la jacerina, formada por el honor, el deber y la conveniencia. Aun cuando lo habeis disimulado, todo eso leí en vos, con temor al principio, con placer hoy.

—Eso prueba que no aprendí á disimular bien.

—¡Lo confesais!

—¡Qué he de hacer!

—Nos vamos entendiendo, noble y franco Garci-Gomez.

© Biblioteca Nacional de España

—Me alegro.

—Vuestro tio D. Rui-Gomez, aun cuando mucho os estime, no puede dejaros su grandeza y señoríos porque habrá de heredarle necesariamente su hijo primógenito.

—Es verdad.

—Pues bien, en cuanto yo sea regente, os dare señoríos y grandeza, y luégo la mano de Melania.

—Mucho es.

—Lo decís sin entusiasmo, Garci-Gomez.

—¡Está tan léjos todavía! Pero acepto, porque de ese modo no podreis sacrificarla.

—No me parece que se halla tan léjos, mas es condicion precisa el que seais grande para poderos unir á ella.

—Y miéntras no llegue ese caso, continuará soltera é imposibilitado vos de ofrecer su mano.

—Claro está. Entretendré, sí, al Maestre y á su hermano Don Enrique con alguna esperanza que á nada me comprometa realmente, para que nos ayuden, y cuando hayamos triunfado será de vos.

—¿Y si algun otro grande os la pidiera con circunstancias aceptables?

—Se la negaré.

—¿Me lo jurais?

—Vamos por partes, Garci-Gomez; primero os toca á vos y luégo á mi.

—Os voy á ser franco, D. Alonso; bien conoceis mi lealtad, lo imposible que me es faltar á un juramento, y estas cualidades constituyen algunos escrúpulos que no pueden ser en manera alguna rechazados por vos. Puedo jurar no defender nunca la bandera de Villena en contra de la de vos, y hasta sacrificar mi vida en pró de la vuestra; pero no así defender siempre vuestra bandera.

—¿Por qué?

—Quién sabe si algun dia la puedo yo tener propia, y entónces me obligariais á que la rasgara al enseñarme la vuestra, aun cuando fuese peor que la mia.

© Biblioteca Nacional de España

—Unido á Melania, ¿qué intereses podrán ser los vuestros que no sean los mios?

—Es lo probable, lo seguro acaso; mas quiero quedarme con esa pequeña libertad. Es un escrúpulo que os ruego no intenteis destruir.

—Bien, lo acepto así: jurad.

—¡Juro ante el Dios que nos oye, no defender jamás la bandera de Villena si es contraria á la vuestra, anteponeros á él en todo y defender vuestra vida miéntras yo exista á costa de la mia!

—Pues yo juro á mi vez nombraros grande en cuanto me sea posible, concediéndoos la mano inmediatamente de mi protegida Doña Melania.

—Falta lo principal, señor Arzobispo.

—Decid.

—Que no podreis ofrecer á nadie la mano de ese ángel.

—Lo juro.

—Pues que Dios confunda y trague la tierra al que falte á su juramento.

—Así sea.

—Futuro ya de Melania, dejaos guiar por mí, D. Alonso, en aquello en que yo lo crea necesario; porque si bien os reconozco mucho talento y sabiduría, os devora la ambicion y os podeis precipitar sin notarlo.

—Ved ya la prueba del gran influjo que ejerceis sobre mí. ¿A quién si no á vos podria yo tolerar esas frases?

—No os echo toda la culpa, señor; la tiene en mucha parte la desgraciada época en que vivis, la atmósfera que respirais, los grandes y pequeños que os rodean.

—¿Vivís acaso en otra época vos, respirais diferente atmósfera, tratais otra clase de gente? ¡Dichoso mancebo, y qué ideas se le ocurren á los veinticinco años de edad!

—¿Me he equivocado por ventura?

—Creo que no, pero me humilla el que seais vos quien me lo diga. ¿En dónde os habeis educado, Garci-Gomez?

—Señor, yo, aun cuando noble, no nací rico ni poderoso;

© Biblioteca Nacional de España

tuve la suerte de que mi padre y un sabio maestro, que el acaso me proporcionó, me educasen para ellos, no para la época, y así es que cuando pude entrar en la corte y aun en las capitales, mi corazon estaba formado y no han podido por lo tanto modificarlo la podredumbre que vi luégo, la cual me ha sido tan antipática que la he rechazado con indignacion. Por eso la ciencia, filosofía y grandes conocimientos que inocularon en mi cerebro mi padre y maestro, me obligan á discurrir como viejo, á aconsejar como anciano. Vos, señor, estudiásteis mucho, vuestra inteligencia se desarrolló bastante, pero lo hicísteis en la corte y grandes poblaciones, donde á la vez de elevar vuestro ingenio empozoñásteis el corazon con lo que veiais y escuchábais. Para qué os lo he de ocultar: vuestra conducta como hombre es muy reprensible, é indigna como prelado. Obrásteis mal con Melania, peor con D. Juan Alvarez de Toledo y de un modo inícuo con su hijo Hernando. A esos necios que sólo manejan bien la espada y la intriga, que todo lo demás lo ignoran, les disculpa su fatal educacion, el ejemplo de sus padres, deudos, amigos y la época en que viven; pero á vos no, D. Alonso; el eminente hombre que sabe y estudió lo que vos, que ha llegado á ocupar el primer puesto de la teocracia por su gran sabiduría, ese debiera estar sobre su época, sobre los acontecimientos y sobre los hombres que le rodean.

—Como vos.

—Como yo.

—¡Qué cosas me decís, Garci-Gomez!

—Son verdades que sólo oirá de mi labio, que sólo puedo expresar al hombre de talento.

—Más de una vez, amigo mio, llegan á mi cerebro esas ideas; pero ¡ay! tended la vista sobre esos Villenas, Almirantes y Girones, fijaos en Enrique IV y decidme si viviendo entre ellos se puede obrar de otro modo.

—Ya lo he dicho; se puede, D. Alonso.

—¿Eso decís?

—Os lo voy á probar. En Alcalá, al frente de vuestro sa-

© Biblioteca Nacional de España

grado ministerio, podreis con vuestro talento y riquezas hacer la felicidad de millones de feligreses cuyos bolsillos están tan vacíos como sus pobres cerebros. ¡Cuántos aplausos y bendiciones podíais arrancar á ese infeliz pueblo que llora, que nace y muere llorando por un bien que nadie le enseña ni le ofrece! ¡Qué mayor dicha para el pontífice de Castilla que recorrer su diócesis en modesta mula, llevando por único acompañamiento la multitud que hace dichosa y lo ensalza, venera y aplaude! ¡Qué mayor ventura para el pastor que ver robusto su ganado y que le lame las calzas miéntras él lo conduce alegre y satisfecho ante el trono de Dios! Esa era vuestra gran mision, vuestro oficio, el único gérmen de vuestra felicidad en la tierra. Entónces, desde el rey hasta el verdugo todos nos inclinaríamos hasta besar la pantufla del pontífice con respeto y veneracion; vuestro anatema sería más temido que el poder de cien ejércitos; vuestra bendicion sería más anhelada que la felicidad. Pero de no hacer eso, de profanar vuestra clase y condicion, de haceros guerrero, intrigante y conspirador, debiérais con vuestro buen talento ahogar el corazon, desechar toda pasion bastarda, y entre los hombres, sobre los hombres y valiendo más que todos los hombres, encauzar una revolucion cuyo punto de partida fuese el bien, cuyo término la dicha y ventura de vuestra patria.

—Eso está muy bien para dicho, Garci-Gomez; pero ¿cómo se hace?

—¿No se os alcanza?

—No por Dios.

—Entónces os contestaré con hechos.

—¿Con hechos?

—Sí, cuando veais á mis plantas á todos los partidarios de Enrique IV, de ese miserable conjunto de debilidades, impotencia y maldad, y con ellos á los Villenas, Girones, Almirantes, Plasencias etc.

—¿A vuestras plantas ó á las mias, Garci-Gomez? Sed franco.

© Biblioteca Nacional de España

—Es igual, vos quereis lo mismo que yo, y seremos idéntica cosa.

—Pero miéntras yo viva me dejareis siempre un poco adelante.

—Todo lo que querais, D. Alonso: mi ambicion es tan poca, que empieza en el triunfo de mi causa y concluye en Melania.

—¿Nada más?

—Os lo juro; únicamente ese ángel puede hacerme feliz: por poseerlo os daria, no el trono de Enrique IV, vale ella más que eso, el trono del mundo, y desde mi castillo, casa ó cabaña, en brazos de esa deidad sublime, libando dicha y placer á todas horas, compadeceria á mi atribulado é infeliz rey.

—¡Ay, Garci-Gomez, qué verdad concluís de decir! Si á mí me hubiera sido posible entregarme á esa noble pasion ante la faz del mundo, tener una compañera de la belleza y elevacion de Melania, es posible que entónces no me hubiera dejado dominar por la ambicion y otras pasiones. Cada vez os voy comprendiendo mejor, Garci-Gomez, cada dia os voy admirando más. Dadme vuestro brazo, y al comedor, que si bien estuvísteis en el duelo, mejor acabais de presentaros ante mí.

Y se sentaron á almorzar. El Arzobispo de Toledo, no obstante sus innegables sabiduría y talento, era ya una débil tabla que apénas podia sostenerse ante los rudos embates del génio que empezaba á brillar en la frente del héroe Garci-Gomez.

No se sienta nuestro jóven frente al poderoso Arzobispo ni lo lleva de su brazo con vanidad, orgullo ó satisfaccion siquiera de sí propio; modesto como el sabio, ensimismado como el pensador profundo, nada le envanece y engríe: siempre derecho al objeto que se propone realizar, parece su materia fria, inerte, porque siempre se presenta sucumbiendo ante la incontrastable potencia de su elevado espíritu.

Concluyen de almorzar, y D. Alonso sigue hablando con él, no se cansa nunca de oirle, y aun cuando la mayor parte de sus ideas son aventuradas, indiscretas, atrevidas y de difícil comprension, acaba el Arzobispo por aceptarlas y rendirse

© Biblioteca Nacional de España

ante ellas como el ignorante bajo el peso del axioma que se le cae al sabio de la boca.

¡Qué cambio tan radical! Hace ménos de un año lo persigue, encarcela, sentencia á muerte, y se hubiera creido deshonrado con que Hernando Alvarez de Toledo se uniera á su protegida, y hoy le ofrece con honra y satisfaccion la misma mujer al mismo Hernando, sin otra diferencia que la del cambio de un apellido, lo cual no influye para nada en la decision del prelado.

Motiva esta gran metamórfosis la influencia y poder de la inteligencia sobre otra inteligencia ménos robusta y elevada. El poder de un alma noble, leal, generosa, sublime, sobre otra más pequeña y mecida por los rudos vaivenes de miserables pasiones.

Esto ha sucedido y sucederá siempre: la mayor inteligencia hará sucumbir á la menor; la moralidad se presentará como brillante diáfano y luciente para enseñar con su luz lo asqueroso y nefando de la inmoralidad.

Y hay todavía en el último tercio del siglo XIX ignorantes que prefieren la escopeta de caza, el fusil ó la espada á la pluma; el juego, la diversion, los entretenimientos pueriles y la holganza, á los libros; la ignorancia, al talento y sabiduría; el vicio, á la satisfaccion de sí propio; las impresiones del caballo y del burro, á los encantos de la vida intelectual.

Hoy no se puede alegar razon alguna en contra de nuestro aserto: el pobre tiene cátedras donde le es dado de noche aprender gratis lo que de dia le niega el tiempo que emplea en ganar su subsistencia: así aprendimos nosotros lo que sabemos: despues de diez horas de trabajo nos poníamos á estudiar, hasta que desarrollada algo nuestra inteligencia, ella nos proporcionó lo necesario para la vida y aun lo supérfluo que ganamos aprendiendo y más de una vez enseñando; ella, torpe y ruin como la que más, se alzó lo bastante para ver y apreciar los encantos morales, aborrecer y desechar de sí los gustos animales; ver en el bien la felicidad, y en el mal la desgracia.

Hay muchos y mejores ejemplos: el yankee entra en una

© Biblioteca Nacional de España

fábrica de aprendiz, llega á oficial, asciende á maestro y concluye por ser ingeniero. Desde niño asiste por el dia al taller y por la noche á la academia; empieza su vida cubierto de andrajos y concluye de capitalista y sabio, cuando no ministro ó presidente de una república más fuerte y poderosa que las dos primeras monarquías juntas de Europa.

Esos míseros aprendices, ya ingenieros, no hallan nunca un capataz ni maestro de obras que pueda darles una leccion; conocen la teoría y la práctica, y jamás el rubor saluda á su rostro al aceptar una idea del ayudante, maestro ó capataz ménos ignorante que el ingeniero.

Tampoco se puede admitir hoy la torpe idea de «no puedo trabajar de noche porque estoy cansado de mi laboriosidad del dia:» el espíritu es incansable; la memoria, entendimiento y voluntad están siempre en constante actividad, no duermen ni reposan, porque jamás las hiere el cansancio.

Pero está cansada la materia del trabajo material del dia, se nos dirá; cierto: mas á la materia le basta para descansar la silla, la butaca y en último caso la postura horizontal en la cama, y en el asiento ó en el lecho se estudia perfectamente.

Se nos cierran los ojos, el bostezo anuncia el sueño que no podemos dominar. ¿Quién dice eso? Nos espanta la idea; el que así exclama pretende tener una materia superior á su espíritu; supone que el barro inmundo es más poderoso que la inteligencia, verdadera reina de la creacion.

No podria aducir de otra manera un burro, el buey ó un cerdo si tuvieran el don de la palabra. ¿Quereis ser hombres? ¿Quereis elevaros? Pues desarrollad vuestra inteligencia; todo ménos gastar bota ó zapato y que os tire el amo del ronzal ú os marque las carnes con el látigo de la verdadera esclavitud, que es el antiguo signo de la degradacion humana.

No hay clases, no hay jerarquías, no hay privilegios, grita ya un pueblo ignorante montando el fusil. ¡Bárbaros! No comprenden que ántes de concluir los privilegios y las clases tienen que desaparecer los fusiles.

© Biblioteca Nacional de España

Hay sólo un arma poderosa que puede y debe destruir, sabe Dios cuándo, las clases, los privilegios y las jerarquías.

Ese arma se llama inteligencia; disparad con ella, y á la primera descarga convertireis en ruinas el edificio del pasado para edificar el suntuoso y espléndido del porvenir.

¿Cuánto tardareis en hacerlo? Mucho, es incalculable. Los que digan lo contrario os mienten, engañan ó adulan; esos son vuestros más bajos y crueles tiranos; quieren haceros escabel para desde lo alto pisotearos, escupiros y escarneceros. Son tan tiranos como el peor monarca disfrazado de egida para daros á beber el acíbar cuando ménos lo imagineis.

Nuestro único sentimiento es no haber nacido grandes ó reyes, porque teníamos para nosotros, para nuestros hijos y nietos.

El tiempo os convencerá de que no nos hemos equivocado por desgracia.

En Hernando Alvarez de Toledo, tipo histórico y digno de ser estudiado, podeis ver los efectos de la inteligencia, en los que obedecen á Villena y Acuña lo contrario.

Prosigue la historia.

En la noche del dia en que tuvo lugar el duelo, hubo consejo entre los jefes conspiradores para enterarles de todos los medios que iba á emplear Villena en la sorpresa de la corte del rey y los infantes, y en realidad para endulzar con frases amistosas la humillacion de los Girones.

Todos hablan en aquella reunion ménos Garci-Gomez, el cual se presenta más modesto que nunca.

Ensimismado y triste, parece la víctima ante su orgulloso vencedor.

Despues de discutir sobre el acontecimiento que los reune, toma la palabra D. Alonso, y en un discurso muy meditado y de buena forma expone el sentimiento general que ha causado el duelo de por la mañana; elogia la destreza y valor de Giron, concluyendo por decir que si su conducta no tuvo la suerte de ser coronada por el éxito, en cambio hizo Don Enrique cuanto pudo porque sucediera lo contrario, y debe estar muy

© Biblioteca Nacional de España

satisfecho, pues ha lavado su honra, dejando bien puesto el nombre. Si Garci-Gomez fué más afortunado ó más hábil, añade, no es razon esta para enemistad ni resentimiento: del mismo modo que hoy triunfó uno del otro, mañana el vencedor será vencido por un nuevo maestro más dichoso ó diestro. Y termina rogándoles que se estrechen las manos por segunda vez.

A pesar de tener gran mérito el discurso de Acuña, á nadie ha convencido en el fondo; abultan demasiado el talento, valor y habilidad de Hernando para que pueda cubrírseles ni por un instante con el manto de la elocuencia. Pero ha llenado la forma, todos aplauden sus frases, que abundan en concordia y sabiduría, los dos Girones estrechan la mano de Alvarez de Toledo y quedan muy amigos al parecer.

Villena, Alba y Garci-Gomez se despiden de los indivíduos del consejo, por partir al dia siguiente á Segovia, y se disuelve la reunion.

Minutos ántes de salir la noche inmediata para Segovia, Garci-Gomez recibió á Padilla, el cual le dijo reservadamente:

—Acaba de llegar un andarin que viene de la corte ganando horas, el que os trae este pergamino sellado con el escudo de Doña Isabel.

—¡De la infanta! ¡Qué ocurrirá! Dadme al momento.

Y Hernando leyó lo siguiente:

«Del mismo modo que Hernando Alvarez de Toledo fué sentenciado á muerte por el Arzobispo de Toledo, lo ha sido por los Girones Garci-Gomez. Guárdese Hernando del primero; esté muy alerta Garci-Gomez con los segundos, que me hace falta un héroe, y no hay en Castilla otro que pueda reemplazarle.

ISABEL.»

Nuestro jóven besó la firma, y guardándolo en su escarcela, dijo:

—Ya sé, sublime infanta, que estoy rodeado de traidores;

© Biblioteca Nacional de España

bien comprendo, futura reina de Castilla, lo mucho que estimas al caudillo, el afecto que profesas al hombre; mas no seré ingrato contigo. Por Dios que te sentarás en el trono ó yo dejaré de existir.

—A mí me encarga Doña Beatriz que os pierda de vista lo ménos posible, y que si preciso fuera hunda mi puñal en el pecho de los asesinos. Advertencia inútil; somos más de tres mil en Avila, y todos defenderemos al héroe hasta con nuestras propias vidas.

—¿Habita alguno de esos, Padilla, con los Girones?

—Cuando yo entro con mi pañuelo blanco en la mano se mueven tres.

—¡Ah! pues entónces no me vuelvo á acordar de ellos.

—Mal haceis, que todo es poco contra los asesinos, señor.

—Estoy tan ocupado, Lope, que si vosotros no os cuidais de ellos, lo voy á pasar mal.

—Nos cuidaremos.

—¡Con qué prodigiosa celeridad saben Doña Isabel y Doña Beatriz las noticias, Padilla!

—Están muy bien servidas, señor.

—¡Y con qué rapidez las trasmiten!

—Os repito que su servicio es inmejorable. ¡Como es tan rica la infanta!..

—No, Padilla; tan buena, tan generosa, tan digna de ser obedecida. Pero abreviemos, que ya es la hora. ¿Estais los diez dispuestos?

—Sólo yo falto; voy á dar una órden respecto de vos y de los Girones, y en seguida montaré á caballo.

—¿Qué órden es esa, Lope; puedo saberla?

—Pena de la vida á los tres criados y diez amigos de los Girones que están afiliados á nosotros, si os hieren ó asesinan los sicarios de aquellos sin avisarnos con anticipacion; y el doble de la recompensa ofrecida á los que descubran cualquier criminal intento.

—Partid y no tardeis, que voy á despedirme del Arzobispo, é inmediatamente montaré á caballo.

© Biblioteca Nacional de España

Garci-Gomez alarga la mano á D. Alonso, pero este le abre los brazos y lo estrecha, acompañándole luégo hasta la escalera.

A las ocho de la noche salen de Avila el Marqués de Villena, el Conde de Alba y Garci-Gomez.

Los dos últimos llevan una escolta de diez caballeros y sus respectivos criados cada cual. Los veintiuno que obedecen á Hernando valen por ciento.

Al Marqués obedecen doscientos caballeros y quinientos soldados; poca fuerza es para realizar plan tan difícil como el que intentan llevar á cabo; pero tiene Pacheco en la corte muchos amigos que le aguardan dispuestos á ayudarle y hasta cinco mil hombres más que han ido entrando disfrazados y ya ocupan el punto que se les ha señalado.

Andan toda la noche sin otros intervalos que los indispensables para dar pienso, y á la mañana siguiente entran en Segovia.

En Avila recibieron la órden terminante de no separarse ninguno ni salir del palacio del Marqués sin mandato expreso de este, para evitar toda delacion ó debilidad.

En la primer calle de Segovia se le espanta á Garci-Gomez el caballo; salta, cocea y quiere huir del pilon de una fuente que hay á la derecha. El ginete intenta obligarle á que toque la piedra con los morros; pero le es difícil, y en el tiempo que ha perdido se le adelantó cien pasos el todo de la fuerza.

Los curiosos han huido ante los botes de la fiera, mas Hernando lleva un pañuelo blanco en la mano, de pronto se detiene su potro, y un valiente caballero, transeunte al parecer, con su pañuelo blanco tambien en la mano, sujeta al caballo por la brida.

Garci-Gomez desliza un pergamino sellado en la diestra del que supone prestarle auxilio, diciéndole muy quedo:

—A Doña Beatriz, en propia mano, al momento.

Y fuerte añade:

—Gracias, señor.

© Biblioteca Nacional de España

Y el caballo sale á escape tendido para contener su carrera junto al de Villena.

Poco despues entran todos en el palacio que tiene allí el Marqués, recibiendo la órden de dormir cada cual lo que quiera.

Villena se entra en la cámara de escribir, y dirige al rey la siguiente carta:

«Señor: Llego en este instante, pero tan cansado, que me es imposible ponerme á los reales piés de V. A., como desearia, si me hallase en actitud de poderlo hacer. Me trae á Segovia un asunto de la mayor importancia para V. A., por cuya vida, dicha, prosperidad y ventura me desvelo sin tregua ni descanso. Os amenaza, señor, un gran peligro, pero felizmente llego á tiempo de conjurarlo. Conviene mucha reserva y ruego á V. A. se digne esperarme á las ocho de la noche acompañado únicamente de los infantes D. Alonso y Doña Isabel. Vuestra alteza comprenderá al verme el gran servicio que está prestándole, el que besa humildemente sus reales piés,

JUAN PACHECO, MARQUÉS DE VILLENA.»

Hizo que al momento llevasen el anterior escrito al rey.

Despues mandó á varios gentiles-hombres con recados á sus amigos y parciales de la corte.

Y seguidamente busca el lecho, en el cual descansa siete horas.

Más tarde se sentó á la mesa con el Conde de Alba y Garci-Gomez. Al concluir da algunas órdenes, pasando luégo al estrado, donde hace tiempo le aguardan algunos cortesanos y varios jefes de los cinco mil hombres que ha mandado disfrazados y se hallan repartidos en varios puntos de Segovia.

Va recibiéndolos uno á uno, participa á cada cual lo que debe hacer, les da hora, santo y seña, y de este modo ocupa hasta las siete y media de la noche, en que sale el último.

Más de seis mil hombres le obedecen en Segovia, vienen

© Biblioteca Nacional de España

ya de Avila fuerzas considerables que se van apostando en el camino, hay gran movimiento, y todo obedece á un plan bien concebido, maduramente meditado, puesto luégo á discusion y empezado á desarrollar ahora matemáticamente.

Ninguno duda de su buen éxito; es una sorpresa que ofrece resultado inmediato, seguro, y sólo tiene en contra las cuatro líneas que Hernando ha dirigido á Doña Beatriz por conducto del caballero que se le acercó junto al pilon de la fuente, cuando su caballo quedó atrás.

Al terminar Villena con los de fuera, recorre varios salones y otras estancias del palacio, hallando á cada cual en su puesto con estricta sujecion á las instrucciones que les habia dado.

Satisfecho de su reconocimiento se hace vestir con un traje de malla que lo cubren luégo con rica seda, y sale en medio de Alba y Garci-Gomez.

En pos van veinte caballeros.

Despues abandona el palacio el resto, y seguidamente salen tambien los soldados, llevando todos la misma direccion.

Alrededor de la plaza del alcázar se ven muchos grupos, tambien hay gente armada guarecida en los zaguanes y casas circunvecinas, y puede asegurarse que desde la morada real hasta Avila están escalonados más de doce mil hombres.

La noche empieza oscura, pero los conjurados, segun van marchando, hacen con sus linternas señales de inteligencia, que son contestadas por grupos de los que se encuentran en las calles, plazas y zaguanes.

Ya entró el Marqués de Villena en el real alcázar y nada encuentra en él, nada le dicen contrario á sus tenebrosas aspiraciones.

Avanza y llega hasta la cámara real, siempre en medio de Garci-Gomez y de Alba y sin que nadie le ofrezca la más leve oposicion. Antes al contrario, los palaciegos, con quienes cruza algunas frases, le dan la enhorabuena al oido.

En vez de encontrar al rey en la cámara, se halla en me- de ella á D. Ramon Cabrera, que le dice:

© Biblioteca Nacional de España

—Adelante, señor Marqués; su alteza me encargó hace tiempo le reciba en su nombre y le ruegue lo espere, si es que desea hablarle.

—Yo creí que me estaria aguardando en este salon.

—Puede que ese fuera su deseo, mas llegaron ántes que vos el señor Obispo de Cuenca, otros prelados y grandes, y acaso esté ocupado con ellos.

—¿Quiénes son esos grandes?

—Lo ignoro; el rey me dió ese recado para vos, y luégo un gentil-hombre me enteró de lo que acabo de deciros.

—¡Es extraño! Advertidle que he llegado.

—Me es imposible, señor Marqués; dió órden para que no se le molestase.

—Es la primera vez que se me hace esperar en palacio, señor Cabrera.

—Yo no puedo evitarlo, señor Marqués; si no fiais de mí, preguntad á los gentiles-hombres y mayordomo que vísteis en la cámara inmediata.

—Es inútil; me consta vuestra lealtad, que sois incapaz de mentir, y por esta causa crece mi asombro. ¿Esos grandes han venido solos?

—Acaso no, pero lo ignoro: me hallaba en las habitaciones interiores conversando con mi esposa Beatriz, á la que hace tiempo no veia, cuando fuí llamado por S. A., me dió el recado que habeis oido y aquí me dejó. No he visto á nadie más, con la sola excepcion de un gentil-hombre que salió despues y cruzó conmigo unas cuantas frases.

—¿En qué habitacion está el rey?

—Tambien lo ignoro: salió por esa puerta y no me dijo dónde iba.

—Cuidado si estais ignorante esta noche, D. Ramon.

—Como siempre, señor Marqués; ya sabeis que no fuí curioso nunca y que me concreto al extricto cumplimiento de mi deber.

—Verdad es; de vos no puedo pensar otra cosa.

—Ya que os he enterado del único encargo que se me dió,

© Biblioteca Nacional de España

me retiro, con vuestro permiso, cerca de Beatriz, que está aguardándome há más de una hora.

Y haciéndoles una reverencia salió de allí por el mismo lado que entró el Marqués.

Villena paseaba ahora por el salon con el rostro contraido y como violentado por cruel impaciencia.

Alba y Garci-Gomez, de pié y en un extremo, hablaban de los Girones.

Media hora ocupó el Marqués en pasear, acrecentando en su pecho el encono y rabia que la ausencia del monarca fomentaba en su pecho.

No habia escuchado señal alguna de contratiempo, de lo cual deducia que sus parciales ocupaban el puesto señalado por él; pero el rey no se presentaba, habia en palacio un silencio sepulcral y la impaciencia de Villena llegó á su colmo.

De pronto se detuvo frente á Garci-Gomez, preguntándole:

—¿Qué opinais de la conducta que el rey está siguiendo conmigo esta noche?

—Teniendo en cuenta, señor Marqués, vuestra calidad y la influencia que siempre ejercísteis con S. A., creo que han avisado al rey, y este no se halla en el alcazar ó no quiere recibiros.

—Y vos, Conde, ¿qué opinais?

—Lo mismo que mi amigo Garci-Gomez.

—Voy empezando á creer lo que vosotros; pero os advierto que tengo seguridad absoluta de que el monarca se encuentra cerca de aquí.

—Eso es más grave, pues arguye un desaire ó temor que indica claramente estar avisado.

—No me extrañaria; ¡hay tantos traidores!

—Y luégo, somos tantos millares de hombres.

—Verdad es, pero Enrique es muy débil, y en último caso lo que no logremos del modo fácil y sin violencia que nos propusimos, lo intentaremos por la fuerza.

—Creo que habrá necesidad de recurrir á ese extremo.

—Sepamos ántes.

© Biblioteca Nacional de España

Y salió para hacer varias preguntas á los individuos de la servidumbre que se hallaban en los salones que dejó atrás.

Parciales é indiferentes, todos le dijeron que el rey se hallaba en el alcázar entre varios prelados y grandes, pero habiendo sido mudada la guardia interior al anochecer, ignoroban si habia fuerza ó no cerca del soberano.

Villena recorrió parte del edificio estando todo él á su disposicion, ménos siete habitaciones y una torre cuyas puertas se hallaban cerradas por dentro.

Habia trascurrido otra media hora, la soberbia y desesperacion del Marqués subieron de punto, y en aquel mismo instante dió la órden para que entrasen en el alcázar mil hombres entre jefes y soldados. Delante iban todos los caballeros que llevó de Avila.

Con parte de aquella fuerza mandó rodear las habitaciones que estaban cerradas, y con la mayoría regresó á la cámara, donde le aguardaban Garci-Gomez y el Conde de Alba.

—Amigos mios,—les dijo,—para humillacion basta; es preciso recurrir á la fuerza.

Y alzando la voz, añadió:

—¡Soldados, forzad esa puerta!

Y señaló la que le habia indicado Cabrera al participarle que el rey habia salido por aquel lado.

Cuatro robustos castellanos fijaron sus hombros en la puerta, y á un esfuerzo grande cedieron los pasadores, quedando aquella abierta de par en par.

Terrible cuadro se presentó á la vista del Marqués. En el gran salon cuya entrada le dejó el paso libre, habia doscientos hombres armados, veinte caballeros, y al frente de todos, cubierto de acero, D. Beltran de la Cueva, enemigo eterno de los Pachecos y supuesto padre de la única hija de la reina llamada la *Beltraneja*.

Estaban formados en buen órden, con tremendas picas los soldados y la espada desnuda los jefes.

Villena avanza con resolucion, y frente á D. Beltran le pregunta con ira:

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué haceis aquí?

—Sólo al rey nuestro señor doy yo explicaciones, Marqués.

—Necesito ver á S. A. al momento.

—No puede ser.

—¿Quién lo impide?

—La voluntad de S. A., defendida por todos sus leales servidores.

—¿Os ha mandado él que os situeis en este salon con esa actitud amenazante?

—¿A quién otro puedo yo obedecer, Pacheco?

—¿No se lo habeis aconsejado vos?

—De mis acciones daré cuenta á Dios cuando me las pida, Marqués; mis secretos á nadie se los confio, ni os he facultado para que me interrogueis de ese modo.

—Don Beltran, dispongo en Segovia de seis mil hombres, que ya están dentro ó en los alrededores del alcázar, tengo imperiosa necesidad de ver al rey, y si vos no me abrís paso, cruzaré con ellos por encima de vuestros cadáveres.

—Terrible resolucion, señor Marqués.

—Pues es invariable, Beltran.

—Puede que la varieis sabiendo que en el salon contiguo á este hay doscientos cuarenta hombres en la misma actitud que nosotros. Sigue un número igual, despues otro, y así continúan hasta la torre, donde se halla S. A., en la cual hay ochocientos. Sería preciso, para que vos pudiéseis llegar allí, un ejército muy numeroso y aguerrido, tardariais algunos dias, si ántes el pueblo de Segovia no os atacaba por la espalda, lo cual es muy probable. Al efecto, ved la culebrina que tiene aquel soldado que está en el balcon; en cuanto se cruze la primera espada le aplicará la mecha, contestando en el acto todas las campanas de Segovia en un toque de rebato, que será la señal con que al pueblo daremos á entender que la vida del rey peligra. En nombre de S. A. os hago responsable de la sangre inocente que se vierta. Y os aconsejo, señor Marqués, que nada intenteis por esta noche; el monarca os estima, fuisteis muchos años su amigo y consejero, y

© Biblioteca Nacional de España

si necesitais verle, volved mañana solo y os recibirá con la bondad de costumbre.

—Me trae, Beltran, ahora un asunto de la mayor importancia, y no puedo retirarme sin hablar con él y con los dos infantes.

—Los tres están reunidos, pero es el caso que, como os dije, no pueden ó no quieren recibiros hoy.

—Sois vosotros que se lo impedís.

—El resultado será el mismo, señor Marqués.

—Y estais faltando á la verdad suponiendo que detrás de aquella puerta hay una fuerza imaginaria.

—Quiero evitar un derramamiento de sangre inútil, y os voy á convencer de que ni aun he exagerado. Paso al Marqués. Avanzad, señor; mirad por el agujero de la cerradura y ved si me he equivocado.

El Marqués le obedeció, exclamando al concluir:

—Es cierto, Beltran, mas no me explico nada de lo que está pasando. ¿Cuándo han entrado esas fuerzas en el alcázar?

—Hoy.

—¿Quién las trajo?

—Los grandes y prelados que en este momento rodean á su alteza.

—¿Cuántos sois?

—Pasamos de tres mil.

—¿Quereis decirme la causa de esa acumulacion y actitud?

—Obedece á las vuestras.

—¿Cómo á las mias?

—¿No acabais de decir que están dentro y rodean palacio cinco mil hombres?

—¿Adivinásteis que iba á venir con ellos?

—No, señor, se lo dijeron á S. A.

—¿Quién?

—Lo ignoro.

—Beltran, dejadme pasar adelante y ganareis honra y provecho.

—Gracias, estoy bien sin ellos.

© Biblioteca Nacional de España

—Jugais la vida.

—No pueden intimidarme amenazas cuando me hallo en el cumplimiento de mi deber; cuando sirvo al señor que amo y respeto.

—Que engañais miserablemente.

—Eso lo decís vos, que venís por él para llevarlo preso á Avila y destronarlo. Juzgad quién es de los dos el que miserablemente le engaña. Apelo á vuestra conciencia.

Alvarez de Toledo comprendió que de aquel diálogo iba á resultar una lucha inconveniente á la causa de Doña Isabel, y se apresuró á cortarlo con las siguientes frases:

—Señor Marqués,—le dijo,—yo os ruego no descendais al extremo de cuestionar con el favorito de la reina; oid la opinion del Conde de Alba y la mia, vuestros amigos leales, y dad la espalda al que no merece otra cosa.

—Antes quiero que sepa únicamente que ha excitado mi ódio y desprecio, para que al sorprenderle las funestas consecuencias recuerde quién es y lo que vale el Marqués de Villena.

Y se retiró con Hernando y Alba á un extremo de la cámara, en la cual le dijo Garci-Gomez:

—Nos han descubierto, señor Marqués, y estamos vendidos.

—Qué decís.

—Dentro del alcázar tendremos mil hombres, ellos más de tres mil, y si cierran de pronto las puertas pueden dar fin de todos nosotros, ínterin el pueblo de Segovia se reune al toque de rebato, viene y espanta á los que nos aguardan fuera.

—Es verdad.

—Descubierto nuestro plan, ni esta noche, ni mañana ni despues podremos lograr nada en el alcázar; debemos por lo tanto retirarnos y discurrir otro medio que ofrezca mejor resultado.

—Opino lo mismo, dijo el Conde de Alba.

Pacheco duda, desea luégo meter en el alcázar toda la fuerza de que dispone y atacar á los que defienden al rey.

Hernando se esfuerza en convencerle de lo temerario é in-

© Biblioteca Nacional de España

seguro de su idea, le apoya poderosamente Alba, y al fin logran hacerle desistir, retirándose acto continuo los tres y cuantos llegaron al alcázar.

Salen con grandes precauciones para no ser cortados, pero todas son inútiles: nadie les impide el paso, y se marchan sin haber logrado otra cosa que perder más de dos horas.

El rey pudo muy bien interceptarlos con la gente que tenian fuera y haberlos muerto ó preso á todos; pero Enrique IV tuvo siempre miedo á Villena, y es tan débil é impotente, que á las poderosas razones que le dan el enérgico y valiente obispo de Cuenca y otros grandes, contesta solamente:

—No quiero reñir con Villena, puesto que aquí estoy seguro: él y los suyos se marcharán cuando se hayan convencido de que nada han de conseguir.

Su hermana Doña Isabel, que está á su lado, apoya esta idea, porque así conviene á su causa, segun ha leido en un escrito de Garci-Gomez, y su hermano D. Alfonso sostiene la misma opinion por miedo.

Y Villena y los suyos se han retirado en tanto tranquilamente, llegando al palacio del primero.

Va el Marqués fuera de sí; oprime de continuo los puños, y siente, más que el aborto de su plan, la humillacion que supone haber recibido en aquel alcázar, donde no hubo hasta ahora para él puerta cerrada ni voluntad capaz de imponérsele.

Al llegar á su palacio da la órden, lo mismo á los que fueron de incógnito que á los que le acompañaron, de partir á Avila, y con toda reserva y sin detenerse entra en su despacho y dirige al rey el siguiente escrito:

«Señor: Anoche estuve dos horas en vuestro palacio como el mísero pretendiente que espera con ansia la dádiva del amo. Nunca creí que V. A. me obligaria á sufrir semejante humillacion. Fuí con amigos y vasallos armados, porque peligra la vida de V. A. y deseaba rodearlo de gente leal y adicta por completo á V. A., y me hallé de frente con Beltran de la Cue-

© Biblioteca Nacional de España

va, hombre al que todo el mundo acusa de ser el peor enemigo de vuestro honor y fama. Siempre os quise, mil pruebas os dí de ello, y no juzgué merecer que se me recibiera en vuestro alcázar con puntas de picas, picas que he podido deshacer llegando por encima de los que las blandian hasta V. A.; pero tal es mi respeto y afecto á D. Enrique IV, que incliné la frente ante mis enemigos, saliendo de allí corrido de vergüenza. Abandono Segovia: el aire de este pueblo envenena mi sangre; mas no lo haré sin repetir: la vida de V. A. peligra, quiero salvarla, y lo haré si se presenta en su palacio de Villacastin de hoy en ocho dias. Yo iré con solos veinte caballeros y algunos criados. Con dos frases convenceré á V. A. del inminente peligro en que se halla, y unido á mi rey le ayudaré á conjurarlo. B. L. R. P. de V. A.,

JUAN PACHECO, MARQUÉS DE VILLENA.»

Cuando hubo sellado el escrito hizo llamar á un mayordomo del rey que le era adicto, al cual encarga que á la mañana siguiente ponga en manos del monarca aquel pliego.

Sin perder más tiempo monta á caballo y sale de Segovia del mismo modo que habia entrado, regresando á Avila sin otro descanso que los dos indispensables para dar pienso.

Doña Isabel tenía razon: los Girones habian sentenciado á muerte á Hernando, y los asesinos iban muy cerca de él; formaban parte de los vasallos de Villena.

No se descuidaron; un soldado se ganaba en aquella época con poco dinero, y D. Enrique Giron compró cuatro puñales, alguno de los que hubiera atravesado el pecho de nuestro hidalgo jóven de haber permanecido en Segovia uno ó dos dias más.

De este modo hallaban los Girones una verdadera impunidad, siendo así que el atentado lo cometian hombres asalariados por el Marqués, por más que este no tuviera conocimiento de crimen tan nefando.

La actividad y reserva desplegadas por D. Enrique ocul-

© Biblioteca Nacional de España

taron á los encubiertos parciales de Garci-Gomez el intento de aquel; comprendieron, sí, por alguna frase que le arrancaron con habilidad suma, que pensaba matarlo, pero se calló lo de los cuatro asesinos que ya tenía comprados.

Y la rapidez y energía de Villena salvaron á Alvarez de Toledo por el pronto de una muerte segura.

¿Cómo habia de adivinar el valiente mancebo que entre sus amigos y criados, los de Villena y los del Conde de Alba, iban los encargados de matarle?

¿Cómo sospechar, si no habia entre aquella gente un sólo deudo, amigo ó persona que tuviera simpatías por los Girones?

Con una sola noche que durmieran en Segovia probablemente habria bastado para realizar el crímen, pues D. Enrique ofreció á cada uno de los cuatro encargados de perpetrarle, quinientos ducados y una colocacion, si lo deseaban, en sus estados de Andalucía. Tan enorme recompensa en aquellos tiempos excitó la avaricia de los asesinos, y ya los cuatro anhelaban el instante en que les fuera dado clavar el homicida acero en el pecho más varonil y noble que tenía Castilla.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI.

Villacastin.—Inspiracion de Hernando.—Su ángel bueno.—Actitud de los conjurados.

El Marqués de Villena ocultó cuidadosamente á todo el mundo la carta que habia dirigido á Enrique IV y el pensamiento que deseaba realizar en Villacastin.

Estaba convencido que alguno de los suyos de Avila ó Segovia advirtió al rey que lo iban á sorprender, y no quiso que descubrieran su segundo plan.

Era uno de los que conocian mejor la torpeza, debilidad y miedo de D. Enrique IV, y adivinaba que al leer su carta vacilaria, concluyendo como siempre por darle la razon y entregarse á él.

Durmió de dia, citando para consejo extraordinario por la noche.

Reunido aquel, y expuesto el resultado negativo de su marcha á Segovia, dijo que era indispensable levantar el campo, partir á Búrgos y desde allí, arrancada la máscara, declararse en rebelion y pelear de todos modos, lo mismo en el campo de batalla que en intrigas de corte.

Esto dió lugar á un acalorado debate, pero la mayoría opinó como él, y acto continuo se dieron las órdenes de pasar á Búrgos, dejando en Avila la guarnicion indispensable para defender aquella plaza.

© Biblioteca Nacional de España

Y no era eso sólo; el Maestre de Calatrava, que tenía gran influencia en Andalucía, debe partir allí con objeto de levantar en armas las provincias de Córdoba y Sevilla.

Otro grande va á Leon con el mismo objeto, varios nobles se dirigen á Castilla, y sin tregua ni descanso pretenden extender la revolucion por todo el reino.

Garci-Gomez lo aprueba, el Arzobispo se inclina, y como les sobran dinero y gente, de todo se conceptúan capaces.

Alvarez de Toledo ha comprendido que Villena oculta un pensamiento, y se lo confirma la entrevista secreta que celebran el Marqués y el Arzobispo, terminado el consejo.

Nada le dice Acuña ni él le pregunta; pero discurre, tortura su entendimiento, deduce consecuencias y al fin adivina que Pacheco quiere sorprender al rey de un modo más hábil y reservado que el anterior, y desde ese instante vigila al Marqués de continuo.

Dos dias despues salen D. Pedro Giron para Andalucía, varios nobles para el interior de Castilla, y el ejército, dividido en columnas, para Búrgos.

El Marqués de Villena pretexta hallarse enfermo y se queda en Avila hasta restablecerse.

Hernando va con el Arzobispo y á ambos siguen unos cien caballeros y mil soldados nada más.

De este modo llegan á Olmedo, donde se detienen sólo tres horas.

Al tiempo de partir avisan al Arzobispo que Garci-Gomez se queda por haber enfermado de pronto. Entra Don Alonso en su habitacion, lo halla en cama, y aun cuando Alvarez de Toledo le dice que su mal no ofrece cuidado, Acuña quiere permanecer con él. Pero Hernando rehusa, pretextando la necesidad de que el jefe supremo de la revolucion llegue á Búrgos con la brevedad posible; y tanto insiste, que D. Alonso parte, dejándolo al cuidado de Padilla y de sus respectivos criados.

Apénas ha montado á caballo el Arzobispo, manda llamar Garci-Gomez á D. Lope, y le pregunta:

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué ocurre, Padilla?

—No sé nada grave, á excepcion de vuestra enfermedad, que no es poco.

—Estoy tan sano como vos; mi mal es un pretexto.

—Me alegro. ¿Qué causa motiva?..

—No puedo daros explicaciones, porque yo mismo no las tengo para mí; pero estoy seguro que la dolencia de Villena es idéntica á la mia; ese hombre se propone algo respecto del rey y de los infantes, y es preciso evitarlo á todo trance.

—Muy reservado debe andar el Marqués cuando nada nos dicen de Segovia.

—Ese silencio le asegura el triunfo.

—¿Y qué hacemos, señor?

—¿Partió ya el Arzobispo?

—En este momento sale del pueblo.

—Interin yo me visto, ved á nuestros parciales de Olmedo y preguntad hasta coger algun indicio; que se examine á los arrieros, á cuantos hayan llegado ayer y hoy, y si algo extraordinario ha llamado la atencion de alguno, venid á participármelo al momento.

Sale Padilla, regresando tres horas despues.

Hernando está ya vestido y demuestra en su semblante incertidumbre y ansiedad. D. Lope le dice:

—Señor, algo he averiguado, aún cuando sea poco. Los forasteros y gente del pueblo llegados ayer y hoy han visto mucha tropa correr en varias direcciones; esto nada tiene de extraño pues son los de Avila que se dirigen á diferentes puntos en pequeñas columnas. Mas uno que acaba de llegar de Villacastin dice haber llamado su atencion muchos hombres disfrazados al parecer, que van entrando en la poblacion y quedan ocultos en las casas. Es natural de ese pueblo y añade que no conoce á ninguno, que ya han llegado más de ochenta, y es indudable que se proponen un plan siniestro. El paisano que eso refiere es muy avisado, discurre bien, y segun afirman nuestros amigos, es tan verídico que se puede dar crédito á lo que dice.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Cómo van esos hombres, Padilla?

—En grupos de cuatro ó seis, y entran por distintos caminos y á diferentes horas.

—Dejadme meditar. Villacastin se halla situado á la misma distancia de Segovia que de Avila; el rey está en la primera ciudad, Villena en la segunda... ¡Ah, comprendo! Valiéndose el Marqués de sus amigos habrá logrado engañar al débil D. Enrique, lo ha citado á Villacastin, indudablemente irá, lo sorprende con la gente que tiene preparada y se lo lleva á Avila ó Búrgos. Padilla, es indispensable impedir á todo trance que se efectúe esa cita é infamia de D. Juan Pacheco. La última es contraria á nuestro plan y no debemos consentirla.

—Si no os habeis equivocado, como parece lo probable, es posible que, engañado el rey, pretexte otra cosa y lleve consigo á los infantes, lo cual es peor para nosotros que la prision del rey. Puesto que os hallais bueno, montemos á caballo y partamos, señor.

—¿A dónde, D. Lope?

—A Segovia.

—No; el asunto es demasiado grave para entregarnos al azar ó resolverlo en vista sólo de un cálculo probable. Nos vamos á Villacastin.

—¿Y si miéntras se efectúa la cita y prision?

—Estando más lejos Segovia que Villacastin, podremos impedirlo mejor yendo al primer punto y saliendo luégo al encuentro de los que pudieran dirigirse allí.

—Teneis razon. ¿Doy la órden de marcha?

—Sí, pero á la vez que nos traigan dos disfraces. Bastará con trajes de nuestros sirvientes.

Así lo hicieron, saliendo al anochecer de Olmedo.

Distaban doce leguas de Villacastin, pero el camino era de los ménos malos de Castilla, y les fué posible llegar á dicha villa á las seis de la mañana siguiente, si bien á la mitad del camino tuvieron que cambiar de caballos, en cuya operacion perdieron dos horas.

© Biblioteca Nacional de España

Una hora ántes de entrar en el pueblo se adelantó Padilla, y sin temor de ser reconocido por el disfraz que llevaba, entró en la casa de uno de sus parciales de Villacastin, con ayuda del cual se enteró de cuanto necesitaba.

Era el sétimo dia de aquel en que Villena citó al rey, y de acceder este á su deseo, ya debia estar en marcha ó próximo á realizarla.

Garci Gomez, con los dos criados y sin entrar en Villacastin, aguardó media hora á Padilla en el camino de Segovia.

Por fin se presentó aquel y le dijo:

—Señor, no os equivocásteis en vuestro acertado cálculo; en Villacastin hay ya más de mil hombres repartidos entre todos los edificios del pueblo y caseríos inmediatos. He visto varios y son vasallos del Marqués de Villena.

—¿Os habrán reconocido?

—Imposible; la mañana está fresca é iba cubierto con esta grosera capa hasta los ojos.

—¿Hay movimiento en el palacio real?

—Ninguno, pero acaba de llegar un mayordomo del rey, y no puede ir á otra cosa que á prepararle habitaciones y comida.

—Es indudable, como tambien que lleguemos á tiempo de impedir la prision del monarca y probablemente de sus augustos hermanos. A Segovia, Padilla.

—¿Habrá otro camino?..

—No, senderos, por los cuales jamás caminan los reyes.

—¿Habeis reparado la situacion en que se hallan nuestros cuadrúpedos?

—Sí, pero no hay más remedio que llegar con ellos á Segovia, y lo más pronto posible.

—¿Creeis que resistirán?

—No lo sé, probemos.

Y continuaron su marcha, corriendo algunas veces, trotando otras, y al paso, pues á la mitad del camino no podian más aquellos animales.

Trataron de cambiarlos en un pueblo pequeño, y sólo ha-

© Biblioteca Nacional de España

llaron uno jóven y de buena sangre, en el cual montó Alvarez de Toledo, adelantándose á los otros con la rapidez del rayo.

Anduvo las dos leguas y media que le separaban de Segovia en una hora y minutos, cayendo reventado su caballo en la primer calle de la ciudad que empezó á atravesar.

Sin cuidarse para nada del caballo ni arreos, se dirige al palacio á pié, llevando en la mano un pañuelo blanco que agita repetidas veces.

De pronto le detiene un caballero, preguntándole:

—¿A quien servís?

—A la infanta Doña Isabel.

—¡Ah! por los continuos movimientos de vuestro pañuelo infiero que ocurre algo grave.

—Muy grave.

—¿Quién sois, por qué pedís auxilio?

—¿Quién me interroga?

—Perez de Guzman, primo de D. Ramon Cabrera.

—¡Dios os envia! Soy Garci-Gomez.

—¡Con esa capa grosera, con ese traje! Bajad el embozo.

—No perdamos tiempo, Guzman.

—Señor, ahora que os he reconocido, comprendo la gravedad de que ántes me habeis hablado. Debo obedecer á nuestro primer caudillo hasta perder la vida, y aquí me teneis á vuestra completa disposicion.

—Decidme. ¿Ha partido el rey?

—No, señor, son las once y debe marchar á las doce.

—¿Adónde va?

—Nadie lo sabe.

—¿Quiénes le acompañan?

—Los dos infantes, treinta caballeros y cien ginetes.

—Es preciso, indispensable, que yo vea á Doña Beatriz al momento. Adelantaos y junto al alcázar os espero. No me dejarán entrar con este traje, y no puedo dar mi nombre; hablad con ella é introducirme luégo á su presencia, pero ganad los instantes, Guzman.

El caballero marcha al alcázar con gran prontitud, y Her-

© Biblioteca Nacional de España

nando le sigue con más calma y embozado siempre hasta los ojos.

Llega el último á la plaza, y se acerca cuanto puede á la puerta del alcázar.

Al poco tiempo ve llegar á varios caballeros con traje de camino, y no tarda en sentir el piafar de muchos caballos en los patios del palacio.

La impaciencia de Hernando aumenta, los minutos le parecen horas.

Por fin ve á Perez de Guzman, que cruza por delante de él y sin detenerse le dice:

—Seguidme.

Dan la vuelta al alcázar, entrando en él por una puerta pequeña que se halla entornada.

Despues atraviesan varios pasillos, hasta llegar á un saloncito aislado.

Hernando pasa adelante; Guzman cierra la puerta, quedando á la parte afuera.

Alvarez de Toledo se halla por último frente á Doña Beatriz, á la cual dice con aparente calma:

—Van á salir el rey y los infantes para Villacastin, donde les aguarda el Marqués de Villena con más de mil hombres, para sorprenderlo y llevárselo á Avila ó á Búrgos en union de sus dos hermanos.

—¡Estais seguro!

—Como de que hablo con vos.

Y Hernando le refiere en breves frases cuanto sabía y calculaba sobre aquel grave acontecimiento.

—Me lo temia,—exclamó Doña Beatriz con ira;—el empeño que ha demostrado D. Enrique en ese viaje, que llama de recreo, su completa reserva y sus trémulas frases, confirman vuestras noticias, y acabais de prestar á la infanta, Garci-Gomez, el más señalado servicio.

—Id, Doña Beatriz, á la cámara, evitando á toda costa esa marcha. Si el rey se empeñase, dejadlo que parta con su hermano, pero de ningun modo Doña Isabel. Que se niegue,

© Biblioteca Nacional de España

que finja un desmayo y busque el lecho, y en último caso, recordad que estoy yo aquí, y al frente de nuestros parciales...

—Comprendo, amigo mio. ¡Oh, qué servicio acabais de prestarnos, qué admirable sois!

—No perdais tiempo, señora.

—Parto; reclamar á Perez de Guzman cuanto necesiteis, que aquí os lo servirán y esperadme, que tardaré en volver lo ménos posible.

Salió Doña Beatriz, siendo reemplazada por Guzman, el cual, despues de cerrada la puerta, pregunta á Hernando:

—¿Qué deseais de mí, señor Garci-Gomez? Os puedo mandar traer cuanto necesiteis.

—Gracias, Perez, sólo me hace falta en este instante descansar: he llevado muchas horas seguidas á caballo, corrí diez y siete leguas, y aun cuando mis carnes se van haciendo de hierro, bien sabeis, amigo mio, que hasta el bronce se quiebra si se le golpea lo bastante: sentémonos, que este sillon es para mí delicioso.

—Tomad algun alimento.

—Falta me hace, mas ignoro si tendré que desnudar la espada, y bueno es estar ligero por si llega ese caso. Prefiero vuestra agradable conversacion.

Y los dos continuaron hablando más de una hora que tardó en regresar Doña Beatriz; iba cogida al brazo de su noble esposo D. Ramon Cabrera, y ambos ostentan ricos trajes que contrastan notablemente con el grosero de Hernando.

Al verle D. Ramon le abre los brazos, estrechándole con efusion.

—Muy bien,—dice Doña Beatriz,—me encanta ese cariño, hijo de dos almas nobles que á la primera vez que se ven se comprenden y ya las une la simpatía y el afecto. Retírate, Guzman; Doña Isabel te agradece mucho la proteccion que dispensastes á Garci-Gomez y tus primos nos felicitamos nuevamente al contar en nuestra familia un indivíduo tan digno.

Perez se despide de los tres y sale, entrando acto continuo

© Biblioteca Nacional de España

varios criados de Cabrera, los cuales depositan sobre un gran velador, platos con viandas y se retiran.

Doña Beatriz dice á Hernando:

—Sentaos, amigo mio, y comed. Doy por hecho que vuestro estómago lo necesitará, pues cuando se revientan caballos no hay tiempo para alimentarse, y me consta que el vuestro quedó en una calle de Segovia.

—¿Ya os trajeron el cuento?

—Sí.

—Tan buenos agentes, pudieron haberos participado lo que ocurria en Villacastin.

—Ya lo ha hecho uno de ellos.

—¿Quien?

—Vos.

—Teneis una mujer deliciosa, mi querido Cabrera; lo mismo me desciende de primer caudillo á simple agente que *viceversa*.

—Siempre el gran general, el experto caudillo da el ejemplo de abnegacion al soldado.

—¿En qué ejércitos ocurre eso, Doña Beatriz?

—En todos los que se parezcan al nuestro.

—Insisto, Cabrera, en que vuestra esposa podrá no tener razon, pero lo que es talento, le sobra. ¿Partió S. A?

—No va ya á Villacastin.

—¿Le convencísteis?

—A medias y entre muchos.

—¿Cómo accedió entónces?

—Tanto le dijimos, tal pavura le entró y son tan eficaces en él los efectos del miedo, que logramos hacerle desistir.

—Y la señora infanta Doña Isabel, ¿qué dice?

—Que sigue admirándoos cada vez más.

—¿Su privilegiado ingenio nada le anunciaba?

—Bastante; pero se vió en la imprescindible necesidad de obedecer á su hermano y señor, el cual le dijo que queria llevarla con él y que no admitia réplica.

—¡Qué energía tan desusada en S. R. A!

© Biblioteca Nacional de España

—Es tan infortunado, que sólo la aplica en perjuicio suyo. Buen apetito teneis, Garci-Gomez.

—Almorcé ayer en Olmedo y no he vuelto á comer nada hasta ahora.

—¿Cómo venís sólo?

—Me acompañan Padilla y nuestros criados, que dejé atrás porque sólo pudimos cambiar un caballo. Pero ya estarán cerca de Segovia y luégo se alojarán en el meson del Aguila.

Y continuaron hablando, miéntras Garci-Gomez devoraba sus viandas.

El matrimonio hizo que les refiriera su desafio con Giron, sin omitir detalle alguno. Y nuestro mancebo añadió despues el resultado del último consejo con todo el plan y combinaciones acordadas en él.

Luégo le enteró Doña Beatriz de algunas cosas que ignoraba Alvarez de Toledo, relativas al rey y á la corte, empleando en tan larga conferencia cuatro horas.

Al acabar se levantó Hernando, preguntando á Doña Beatriz:

—¿Quereis decirme algo más?

—No. Pero qué, ¿os vais?

—Sí, que me aguardará ya Padilla.

—¿En el meson?

—Sí, señora.

—Le mandaré recado y ambos podeis permanecer en nuestras habitaciones el tiempo que esteis en Segovia.

—Gracias, venimos de incógnito y nos conviene que nadie nos reconozca.

—¡Pero en un meson!

—La mayor parte de mi vida la paso en ellos, Doña Beatriz, y ojalá fueran todos como el del Aguila de Segovia.

—Cuándo querrá Dios que recibais el premio á tantos afanes, vigilias y molestias.

—Ofrecen las hospederías de España un contraste muy agradable, Doña Beatriz; son tan malas hasta las mejores,

© Biblioteca Nacional de España

que al trasladarse despues el infeliz que vivió en ellas á su cama y mesa, recibe impresiones tan gratas que no podeis formar una idea de ellas.

—Se cumplió el adagio, Garci-Gomez: el que no se consuela es porque no quiere.

—Pues os habeis fijado en lo ménos malo, amiga mia: el pan negro y duro, cuando lo hay; el arroz mezclado con ceniza y magras, cuando los hay tambien, y la antiquísima pepitoria ahumada y desabrida, pero plato aristocrático para el caminante, son mucho mejores que esas veredas desiguales y sinuosas que llaman caminos...

—Las conozco.

—Y que los bandoleros que pululan por todas partes. ¿Me dais vuestro permiso?

—¿No saludais á la infanta Isabel?

—Si es indispensable, sí, de lo contrario, reparad en mi traje é incógnito.

—Estrechad mi mano, y que Dios os acompañe y proteja.

Hernando oprime la mano de la esposa, abraza al marido, y acompañado de este hasta la puerta del alcázar, sale por donde habia entrado, dirigiéndose sólo y alto el embozo á la posada del Aguila, donde ya le aguardan Padilla y criados.

Una hora despues les manda Cabrera cuatro potros andaluces tan jóvenes como fuertes, llevándose los portadores los tres que tenian los viajeros.

Duermen aquella noche, y al amanecer salen para Olmedo por senderos y veredas extraviados que conoce bien el criado de Padilla y que acortan las jornadas en una tercera parte.

Siguen usando su disfraz los dos caballeros, están ya en Setiembre y pueden andar parte del dia sin sufrir gran calor.

Al siguiente por la noche llegan á Olmedo, deteniéndose en la misma casa donde estuvieron ántes. Van á pasar la noche y á cambiar sus groseros trajes con los verdaderos que dejaron allí.

El dueño de aquella vivienda está asociado á la causa que defienden y le conoce há mucho tiempo Padilla.

© Biblioteca Nacional de España

Alvarez de Toledo pide la cena y descansa ínterin se disponen á servirla.

Pero trascurre una hora, las viandas no aparecen ni Don Lope se presenta.

Le manda recado y le contesta que tenga á bien esperar un poco.

Entra despues con semblante contraido y mirada inquieta.

—¿Qué ocurre?

Le pregunta Garci-Gomez notando su estado.

—Un acontecimiento grave. Oidme: salimos hace cuatro dias por la noche, y á las tres de la madrugada se presentan veinte hombres en esta casa, la rodean, fuerzan la puerta y se precipitan dentro, llegando diez hasta la alcoba principal. No hallándoos, recorren aceleradamente la casa, concluyendo por preguntar por nosotros, amenazando al patron con la muerte si no decia dónde nos hallábamos. Aquel se concreta á manifestarles que abandonamos la casa al anochecer, sin decir dónde íbamos ni si volveríamos ó no. Quieren saber la direccion que llevábamos; el patron supone ignorarla, pero su hijo, que es más avisado que el padre, les indica que regresábamos á Avila, y vuelven á montar á caballo, corriendo, al parecer, en busca nuestra.

—¿Qué opinais, D. Lope?

—Que son veinte asesinos asalariados por los Girones.

—¿De dónde suponeis que vinieron?

—Del camino de Búrgos; iban entre los soldados de Don Alonso.

—Es posible.

—Creo que desde Avila se introdujeron en las filas nuestras.

—No lograron su intento y debemos por lo tanto cenar, durmiendo tranquilos el resto de la noche.

—Ahora sí, pues vigilan ya la casa varios cuadrilleros de la Santa Hermandad, otros irán delante y algunos á la espalda.

—¿Para qué tanta precaucion, D. Lope?

© Biblioteca Nacional de España

—Para salvar vuestra vida, que la estimo mucho y soy además responsable ante Doña Isabel de todo accidente desagradable que os pueda acontecer.

—Haced lo que os plazca, pero que nos traigan pronto la cena.

Nada les ocurre aquella noche, saliendo al amanecer en direccion de Búrgos.

Iban vigilados por cuadrilleros, y bien por esta causa ó porque los asesinos no tuvieron tiempo de alcanzarlos, es lo cierto que llegaron á Búrgos sin que les aconteciese accidente alguno.

La ciudad estaba en armas y reconocido como jefe el Arzobispo de Toledo.

Hernando acababa por segunda vez de librar su vida, gracias á la rapidez de dos marchas casuales; pero es indudable que los sicarios no desistirán, y nuestro jóven continúa sentenciado á muerte y levantada sobre su cabeza la segur del asesino.

Fué recibido por D. Alonso con alegría é interés; queda á su lado, y á las seis horas de llegar le llama con misterio, para decirle:

—Me ha dicho Padilla que os quisieron asesinar veinte hombres en Olmedo, y que lo evitaron los cuadrilleros de la Santa Hermandad por haberlo descubierto á tiempo.

—No os cuideis de eso, D. Alonso: ¿quién no tiene enemigos ó se halla libre de la maldad de algunos hombres?

—Añade que iban entre vuestros soldados y los mios, y esto es muy grave.

—¿Quién puede evitar que en las filas formadas por más de mil hombres, cuya mitad desconocemos, se introduzcan veinte malvados?

—¡Esos miserables los han mandado los Giroues!

—Es posible.

—¿No vísteis el empeño de D. Enrique en venir á Búrgos en vez de seguir á su hermano á Andalucía?

—No se puede prescindir de esos dos hombres, señor Ar-

© Biblioteca Nacional de España

zobispo, y es inútil que nos ocupemos de lo que no tiene remedio.

—Sed más prudente, Garci-Gomez, que vale mucho vuestra vida, y esa audacia la compromete. Desde hoy en adelante no os separareis de mi lado; en mi casa habrá gran vigilancia y además yo hablaré con D. Enrique, que llegó ayer, de un modo que le haga desistir, en el caso de que abrigue su pecho accion tan criminal.

—Con eso último sólo lograreis hacerlo más precavido, no obstante lo cual os digo lo que á Padilla: haced lo que os agrade con tal de que yo quede en completa libertad; amo á esta más que mi existencia.

—Sois temerario, amigo mio, y yo no puedo consentir...

—Don Alonso, fiado siempre en Dios y en la justicia de la causa que defiendo, á nadie puedo temer, noble ni asesino, y toda molestia es inútil, por lo cual os ruego no me volvais á hablar de eso.

No hubo medio de convencerlo. Hernando Alvarez de Toledo, incontrastable ante sus más poderosos enemigos, era el hombre más descuidado é indolente del mundo respecto á sus asesinos.

Don Alonso tomó algunas precauciones, luégo habla con Don Enrique de un modo indirecto, pero amenazante, comprende que son ciertas las sospechas de Padilla, mas el otro lo niega todo, concluyendo por decirle que sólo al prelado y jefe podria él tolerarle las indirectas que le dirigia. Con esto logró únicamente lo que dijo Hernando; hacerlo más precavido.

Padilla por su parte perdia de vista á Garci-Gomez lo ménos posible, y en union de sus compañeros y soldados vigilaban la casa del Arzobispo y los sitios frecuentados por nuestro jóven.

Esto no le libró, sin embargo, de que los sicarios cayeran sobre él como bandada de buitres sedientos de su presa.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII.

Acto de caridad que puede costar la vida.—Indiscrecion de un valiente.—Garci-Gomez en poder de Giron.—Veintiun asesinos.

Llevaba Hernando siete dias en Búrgos sin que nada le aconteciera.

El Marqués de Villena habia regresado de Avila y Villacastin, contrariado por segunda vez, pero sin que á su juicio lo supiera nadie en Búrgos, y su ira se acrecentaba cuando empezaron á recibir noticias de armamentos, nuevos prosélitos y de muchas é importantes poblaciones dispuestas á declararse en rebelion en el instante que lo dispusieran el Marqués de Villena y D. Alonso.

Esta era la situacion de los conjurados en Búrgos; sólo esperaban la nueva de poder contar con Valladolid, para sublevarse públicamente contra el rey y la corte.

Hoy que todo se sabe al instante, que las noticias se trasmiten por segundos y que los ejércitos se trasladan en horas á grandes distancias, parece imposible que esta vasta conspiracion permaneciese cerca de un año ignorada de casi todos aquellos á quienes convenia que no lo supieran los conjurados de Avila y Búrgos.

Y sin embargo sucedió segun lo vamos describiendo, aun cuando parezca inverisímil. La publicidad que se da hoy á

© Biblioteca Nacional de España

todo acontecimiento político y los progresos del vapor y la electricidad, forman la verdadera antítesis de aquellas costumbres que hoy no puede comprender el que no haya estudiado á fondo la época aquella.

Hernando Alvarez de Toledo tenía poco que hacer, pues su mision se contraia á tolerarlo todo para el mayor desprestigio del rey, el infante y la *Beltraneja*, y llevaba ya tres tardes de salir á caballo despues de comer.

Contra la opinion de D. Alonso y D. Lope iba solo, y solia perderse entre cercanas arboledas, entregado á profundas meditaciones.

La causa de Doña Isabel y los encantos de su amada formaban el manantial inagotable de sus pensamientos.

Salió la cuarta tarde en un jóven y brioso alazan tostado; corre cinco minutos y luégo deja al cuadrúpedo que marche al paso que quiera.

Va á entregarse á sus continuas ideas, cuando hiere sus oidos una voz dulce é infantil que le dice:

—Señor caballero, socorred á esta infeliz.

Mira el noble Toledo hácia el sitio de donde salia aquel acento, y ve á una niña de diez años cubierta de harapos en actitud suplicante.

Detiene el caballo y va á sacar una moneda de su escarcela para ofrecérsela; pero la criatura comprende la intencion y añade:

—No, señor caballero, eso no; venid por caridad y vereis á mis cuatro hermanitos desnudos, á mi madre enferma y á mi padre que ha caido al suelo desfallecido de hambre. Yo soy la única que puedo andar, y sólo he comido hoy raices de plantas. Si sois noble, llegad á aquella casita; la miseria os saldrá á recibir; entrad, destruidla y que Dios os dé su santa gloria.

Hernando vacila; le ha seducido aquel timbre de voz suave, y léjos de repugnarle los harapos de que la niña está cubierta, lo negro de sus carnes, lo tostado de su faz predisponen su corazon en favor del infortunio.

Mira el edificio que le ha indicado la niña, pero comprende

© Biblioteca Nacional de España

que lo que allí hace falta es oro y no visitas, y va á vaciar la escarcela para dar á la criatura cuanto lleva, siendo otra vez contenido por el acento de la infantil mendiga, que le dice:

—¡Oh, rehusais! ¡Todos son lo mismo! Los nobles, señor, se asustan de la miseria; tan valientes, y temen ver al desgraciado...

—Bien te expresas, niña,—le interrumpe Hernando cautivado por las ideas de la chicuela.—Si tienes empeño en que vea á tus padres y hermanitos, iré contigo, que la voz del pobre es la del cielo y á mí nada me asusta en el mundo.

—¿Seríais capaz? ¡Ah, qué dicha! Si entrais, sereis noble, y siendo noble, la desgracia huirá de mi familia. Venid, atreveos.

—Ve delante.

—Corriendo.

Y la niña deja el camino para entrar en un sendero que conduce á lo que llama su morada. Tanto corre que apénas puede seguirla á un trote largo el caballo de Garci-Gomez.

Se detiene á la puerta de una casa que presenta sólo piso bajo; pero no es pequeña, si bien aparece deteriorada por el rigor de la intemperie y el abandono de sus dueños.

Hernando no se fija en el edificio: herido su corazon por la desgracia de una infortunada familia, sólo caben en su admirable cerebro ideas de caridad.

En este instante se halla completamente dominado por la compasion y el deseo de hacer bien á sus semejantes desgraciados.

—Un padre que cae desfallecido por el hambre,—va exclamando para sí,—una madre enferma y en medio de ambos cuatro niños desnudos que se revuelcan en el suelo impulsados por la falta de alimento, es un cuadro horrible que voy á modificar en el acto. Pronto tendrán pan, aves, dulces, cuanto quieran. Llevo encima trescientos ducados en oro y se los voy á dejar.

Son tan nobles sus ideas á pesar de la época en que vive, tan caritativa su alma y tan blando á la desgracia su corazon,

© Biblioteca Nacional de España

que lo ha cegado por completo la caridad; es lo único que puede perturbar á aquel entendimiento privilegiado, á aquel cerebro admirable.

Se detiene su potro; está á la puerta de una casa de labor.

La niña le dice:

—Bajad; dadme la rienda que yo tendré el caballo.

Alvarez de Toledo echa pié á tierra y entrega la brida á la niña, que añade:

—Entrad, señor; está todo á oscuras porque á mi madre la incomoda la luz; seguid de frente que yo abriré desde aquí fuera la ventana.

Hernando empuja la puerta y avanza tres pasos.

En el mismo instante se oye el ruido que produce la caida de un cuerpo humano y casi á la vez aparece un hombre vestido groseramente, de rostro antipático, en el cual se retrata la ferocidad, monta en el caballo de Garci-Gomez, y cogiendo la mano que le alarga la niña, la sube de un tiron, sin importarle lastimarla. La sienta luégo sobre el arzon de la silla, diciéndole con voz ronca y destemplada:

—Inclina el cuerpo, agárrate adelante si no quieres que te estrelle.

Y mete espuelas, desapareciendo por un sendero estrecho y tortuoso que lo lleva á los cercanos montes.

Son padre é hija, malvado el uno é instrumento ciego el otro, el cual aprendió admirablemente y á fuerza de crueles castigos la leccion que acaba de practicar.

Hernando entra, sin notar que pisa sobre madera, ansiando ver á los hijos de la desgracia; pero al tercer paso que da, vacila el piso que lo sostiene con el peso de su cuerpo, las tablas preparadas se inclinan hácia abajo, y Alvarez de Toledo cae á un sótano grande que fué por mucho tiempo bodega y que está á siete metros próximamente de la superficie del suelo.

Su descenso fué instantáneo, y el hueco que se abrió tan grande, que no pudo agarrarse á ningun lado. Bien es verdad que cuando él quiso comprender la infamia de que era víctí-

© Biblioteca Nacional de España

ma ya estaba en el aire y sólo pudo, efecto de ser un gran gimnasta, guardar el equilibrio y contraer su musculatura para que el golpe lo recibieran las plantas de los piés.

Habia levantado la espada, con sus hercúleas fuerzas contuvo en parte la violencia de su descenso, quedando en actitud de poderse defender si era atacado

En los primeros instantes no se explica lo que le acontece; pero bien pronto se despeja su razon, mira á todos lados y nada ve.

Se halla en un subterráneo completamente oscuro, húmedo, el piso es grosero, desigual, y la atmósfera que respira saturada de los miasmas que se desprendieron del vino encerrado allí tiempo atrás.

Hernando camina con cuidado y á tientas, va palpando las paredes, hallando sólo humedad, telarañas y el reciente yeso con que ha sido tapiada la puerta de aquella bodega.

Cuando ya su vista se ha acostumbrado á la oscuridad, distingue una pequeña ventana que cruzan dos hierros gruesos, la cual comunica con otra bodega. Por aquel hueco, que tendria escasamente una tercia cuadrada, se renueva el aire y entra un rayo de luz tan pálido y escaso, que es preciso estar allí algunos minutos para distinguirlo.

Ha escuchado muchas pisadas por encima de la trampa que lo arrojó al sótano; aquella se cerró en cuanto él desciende por ella, y al fin comprende nuestro jóven que es víctima de la más negra de las infamias.

En un silo humilla y castiga á Enrique Giron, y en otro lo encierra aquel para matarlo con la sed y el hambre.

El hombre más fuerte de Castilla está sentenciado á morir de la más espantosa debilidad.

Hernando adivina todo esto y empiezan á parecerle bueno Don Alonso de Acuña, valientes y leales los sicarios que le prendieron en Madrid y deliciosa la prision á que allí le condenaron; porque como todo es relativo, resulta eso de la comparacion que hace entre la maldad de Madrid y la que ahora lo encierra en la bodega.

© Biblioteca Nacional de España

Trae á su memoria las frases de la niña que encontró en el camino, lo bien que la adiestraron, y el hecho de excitar su caridad, la nobleza de su alma, para atraerlo á la trampa que se lo traga, lo considera el mayor de los crímenes.

—¿Qué hombres son estos,—se pregunta horrorizado,—que viéndome solo en un camino y disponiendo de fuerzas considerables, no me atacan y hieren mi corazon? Me han cazado con trampa más inícua que el cepo en que aprisionan al lobo. Y no es extraño: me juzgan leon, y han necesitado toda la nobleza de mi alma puesta en favor de ellos para poderme asesinar. ¡Ah, D. Enrique, mal te juzgué, torpe estuve cuando al ver en el silo la corrupcion que fermentaba en tu pecho, no comprendí de todo lo que eras capaz, y en vez de decidirme luégo á verter unas cuantas gotas de sangre de tu frente, no se las arranqué á tu corazon, como pude y debia hacerlo! ¡Me repugna tanto cortar la vida de un hombre! Ya sé á lo que me ha sentenciado Giron, y en verdad que lo ejecuta con más suerte y acierto aún que D. Alonso. Ignorantes todos de lo que me acontece, me buscarán en las calles y casas de Búrgos, en los caminos, en las veredas, pero á ninguno se le ocurrirá entrar en esta casa, y ménos, en el caso de que una inspiracion lo trajera aquí, pensar en la trampa que tiene bajo sus piés ni en la bodega que me conceden de asilo los miserables sicarios. Padilla podrá matar de una estocada á Enrique Giron, lo cual no me consuela; es un crímen más, que me repugna y rechazo con indignacion. En Madrid tenía la luz, el sol, un lecho de paja, mesa, silla y el torno por donde me entraron muchas veces sabrosas viandas. Allí estaban mi tio y Doña Beatriz dispuestos á sacrificarse por mi libertad, y en Búrgos me hallo sólo, completamente sólo, me rodea una oscuridad profunda, el aire es nocivo á la vida, y sólo cuento con la horrible fosa que ha de servir de panteon á mis restos mortales. Pero en Madrid fué preso tambien mi padre, mi anciano padre, al que tanto amo, y al sepultarme en el calabozo llevaba herida el alma por la suerte desgraciada del noble autor de mis dias. Ahora está mi padre en Aragon, es grande

© Biblioteca Nacional de España

de aquel reino, un poderoso respetado y querido del noble pueblo aragonés, nada le falta, mucho le sobra, me lo debe á mí todo, y la satisfaccion que esto me causa, ahoga mis males. Venga la muerte cuando quiera, mi padre es feliz, Melania manda y gobierna sus estados, nadie sabrá qué ha sido de mí, y puedo dejar esta vida sin temor de llevar el luto y la desolacion á ninguna familia. Algun dia se convencerán de que fuí asesinado, pero la larga ausencia los habrá acostumbrado á vivir sin mí, y el duelo no podrá ser tan grande como si estuviera al lado de ellos, ocurriera de pronto y pudieran apreciar la maldad de que estoy siendo víctima. Me es dado morir con tranquilidad, y por Dios que lo he de hacer.

Hernando anduvo casi á tientas por la bodega, y notando que no habia pozo ni estorbo alguno, á excepcion de lo sinuoso del suelo, que le impidiese andar, pasea ahora con objeto de dar á su musculatura la elasticidad que le quitó al contraerla en su caida.

No vuelve á pensar más en D. Enrique y cómplices; se entrega por completo á la filosofía, halla la vida como una carga pesada para un verdadero noble entre aquellos hidalgos, sin más hidalguía que la escrita en un viejo pergamino, y va de esta manera preparándose á morir sin remordimientos, afliccion, penas ni sobresalto.

Conserva su espada, y le es fácil el suicidio, pero lo rechaza con indignacion, prefiriendo una larga y penosa agonía al crímen de atentar él contra su propia existencia.

De continuo oye pisadas por encima de la trampa, prolongados murmullos, el eco fúnebre de la carcajada sangrienta, y es tan grande su alma, tan noble, tan elevada, que sólo siente compasion por los que supone con razon asesinos. Su claro ingenio, su profunda penetracion distingue en el fondo de aquellos pobres cerebros una masa encefálica sumergida en la calavera de la ignorancia. Y él sabe muy bien que los crímenes, el vicio y todo lo que ataca á la sana moral y á la elevacion de sentimientos, es producto lógico, natural, consiguiente á la estúpida ignorancia.

© Biblioteca Nacional de España

Pasea cerca de dos horas; su musculatura entró en el período normal, no se resiente nada de su gran caida; era muy poca aquella distancia para el gimnasta que endureció sus carnes y desarrolla sus fuerzas con toda clase de ejercicios. Respecto de su moral, se ha sublimado; es más hombre, se está elevando más intelectualmente en aquella negra mazmorra que venciendo á D. Enrique, subyugando en los consejos y recogiendo el triunfo de las intrigas que le prepara la hábil Doña Beatriz de Bobadilla.

Y esto nos prueba un axioma indiscutible; helo aquí: el espíritu elevado, el hombre de gran inteligencia, vence siempre; hasta en la desgracia, en la muerte, se sobrepone á sus enemigos.

Hernando comió ántes de montar en su potro, no siente por lo tanto hambre, pero su carrera á caballo y lo mucho que pasea despues en la bodega empiezan á producirle sueño.

Cayó en la trampa á las cinco y media de la tarde, y á las ocho se quita la sobrevesta de paño y pieles con que cubre un precioso traje de seda, la tiende en el húmedo suelo, se echa sobre ella y á los pocos minutos queda profundamente dormido.

¡Qué predominio tan grande ejerce su espíritu sobre la materia! Quiero, dice el alma, y el cuerpo obedece instantáneamente.

¡Qué digno es de imitacion; quién pudiera igualarse á él en elevacion de espíritu, aun cuando fuera preciso para lograrlo mendigar de puerta en puerta el sustento de la vida!

Y sin embargo, con mucho ménos puede conseguirlo el hombre; con sólo estudiar, ahogar las pasiones, entregarse á la meditacion y distinguir lo despreciable de la materia, lo sublime del alma, basta para acercarse á Hernando.

Y despreciando la vida y los goces materiales y todo lo que no sea favorable á la elevacion del espíritu, se llega hasta Hernando.

Pero ¡qué pocos lo hacemos! ¡Es tan difícil hasta acostumbrarse!...

© Biblioteca Nacional de España

El profundo sueño de Alvarez de Toledo le impidió oir el ruido que produjo la trampa al abrirse ni ver la luz de una linterna que desde el hueco de arriba se extendió por la bodega, ni á D. Enrique Giron que lo buscó con la vista hasta hallarlo tendido en la sobrevesta. Tampoco pudo escuchar las siguientes frases que aquel pronunció:

—Parece muerto,—dijo.—Sí, no se mueve. ¿Pero cómo fué tan léjos? Comprendo, al caer se hirió de muerte, y revolcándose por el suelo, fué á parar en la agonía á aquel lado.

Giron estaba de rodillas, un sicario á su lado dirigia la luz de la linterna, y dudando el primero de una muerte tan rápida, golpea en la madera de la trampa, gritando:

—¿Garci-Gomez? ¿Garci-Gomez?

Y aplicó el oido fijando despues la vista.

—No contesta ni se mueve,—exclama.—Está muerto; me alegro, aun cuando mejor hubiera sido que el hambre y la sed le proporcionasen una agonía de media semana. En un silo terrible me volteó hácia arriba, en otro peor lo volteé yo hácia bajo. Estamos en paz, Garci-Gomez. Mañana cavarán tu sepultura á cuatro varas de profundidad del suelo que sostiene tus restos y en ella quedarás para siempre. Hasta la eternidad, amigo mio.

No pudo escucharse más; la trampa se cierra, desapareciendo Giron con una sonrisa fatídica en sus inmundos labios.

Hernando Alvarez de Toledo sigue durmiendo y no puede oir tampoco las voces que se escuchan momentos despues, ni la carrera de muchos caballos, ni el choque de armas, ni los roncos suspiros de varias víctimas que caen inmoladas á los golpes de afilado acero, ni el estruendo, en fin, de un combate largo, encarnizado, que riega el suelo con abundante sangre humana.

Sigue el relincho y piafar de los caballos, despues se escuchan voces de mando; y al poco tiempo reemplaza á aquel estrépito un profundo silencio que ha llegado á la bodega confuso pero grande, el cual se prolonga media hora.

Vuelven á percibirse carreras de caballos que van y vienen

© Biblioteca Nacional de España

y que acaban tambien por apagarse, imperando de nuevo el silencio.

Todo esto ha podido oirlo Garci-Gomez, pero aquel gigante continúa en su sobrevesta tendido y entregado al más profundo sueño.

A media noche vuelve á alumbrarse la bodega, pero ahora no penetra la luz por la trampa, llega allí por la pequeña ventana que comunica con el sótano contiguo, y se oye el rumor de algunas personas que hablan cerca de allí.

Al poco tiempo se sienten golpes, cae una puerta, y luégo el pico golpea sobre la pared que cubria la mencionada puerta.

Instantes despues se alumbra mucho más la bodega en que duerme Toledo: ya no es solo por la pequeña ventana por donde entra la claridad, es tambien por un agujero que van abriendo los picos en el trozo que ocupa el hueco tapiado. Este ensancha cada vez más, hasta presentar un círculo imperfecto de cincuenta centímetros cuadrados.

—¡Basta!

Dice una voz varonil, y el que así se ha expresado entra por el ancho agujero con ansiedad é impaciencia.

Desde la parte de adentro añade:

—Vosotros retirad esos picos y arriba aguardais mis órdenes. Que entren los dos que tienen linterna.

Y quedan los tres contemplando á Garci-Gomez.

Llevan cota de malla y casco, sobrevesta y espada al cinto; el que entró ántes parece un noble en sus atavíos y actitud, los otros son soldados.

El primero coge la muñeca de Hernando, la oprime y dice sonriendo:

—Vive; la caida no le produjo enfermedad alguna, y embotado su sér en un desmedido valor que asombra, duerme con tranquilidad envidiable. ¡Qué hombre tan grande y qué prevision tan pequeña!

Le mueve y grita:

—¡Señor, ya es hora de prepararse á morir!

A las sacudidas y voz abre los ojos Hernando, se sienta,

© Biblioteca Nacional de España

y turbia todavía su vista por el aliento del sueño, contesta separando del rostro sus rizados cabellos:

—¿Me vais á asesinar, miserables sicarios? Sois pocos tres... Pero qué miro: ¡Padilla!

Y de un salto se pone en pié, continuando:

—¡Vos aquí, amigo mio! ¡Ah! comprendo: sois más previsor que yo; Doña Beatriz me salva por segunda vez la vida haciendo uso del instrumento más noble y valiente que tiene Castilla.

—Os equivocais, Garci-Gomez, ahora os salva Doña Isabel, cuyas órdenes concluyo de obedecer, y os lo digo para que al espantaros, contemplando los efectos de vuestra imprevision, recordeis que fuisteis vos la causa y nuestra futura reina la que me facultó para obrar del modo que lo he hecho.

—No os comprendo, amigo mio.

—Seguidme y prácticamente lo vereis.

Los cuatro pasan por el agujero, entran en la segunda bodega, comenzando á subir una rampa que tiene los mismos siete metros de ascenso que hay desde el suelo del sótano á su techo.

Llegan arriba y atraviesan dos habitaciones.

Van á pasar á la tercera y Hernando retrocede sorprendido, confuso, casi aturdido.

A la luz de las linternas ha visto el suelo cubierto de cadáveres y de sangre coagulada que ennegrece todo el pavimento.

—No os detengais,—le dice D. Lope, cogiendo una linterna y avanzando;—seguidme, Garci Gomez. En esta habitacion hay once cadáveres, eran los más cobardes: se replegaron aquí, y no retrocedieron más por impedírselo esa puerta que estaba cerrada. En esta otra habitacion hay seis. Proseguid. Entramos en la última: aquí quedan cuatro, pero notad que uno de ellos vale por los veinte restantes.

Y fijó sobre su rostro la luz de la linterna.

—¡Don Enrique Giron!

Exclama Toledo mirándole con lástima.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo habeis reconocido bien. A este le maté yo de una estocada que á pesar de su maestría no supo quitarse y le rompió el corazon.

—¡Qué cuadro tan espantoso, Padilla! Salgamos de aquí al momento.

—Imposible. Mando en vos todavía y tengo que deciros muchas cosas ántes de que abandonemos este sangriento lugar. Oid la órden que me faculta para obrar así.

Y D. Lope saca un pergamino, leyendo en él:

«Don Lope de Padilla obedecerá con sumision á mi primer caudillo Garci-Gomez. Pero si alguna imprevision de este ó asechanza de sus enemigos pusiera en peligro su vida, lo salvará á costa de la suya D. Lope, ocupando su puesto, y anteponiéndosele en todo hasta que haya cesado por completo el peligro.

ISABEL.»

—Ved la firma.

—Es la suya; mas, ¿existe todavía ese peligro?

—Claro está, le quedan todavía á D. Enrique más de mil hombres entre deudos, amigos y vasallos.

—¿Y va á durar mucho el tiempo de vuestra jefatura?

—Lo que permanezcamos en esta casa, y soy tan ambicioso, que pienso prolongar nuestra estancia cuanto me sea posible.

—Os debo la vida, D. Lope, mucho á Doña Isabel, y me resigno, no obstante lo que me hacen sufrir esos cadáveres, la sangre que pisan mis piés.

—Ya os ireis acostumbrando poco á poco, como yo. Ved á D. Enrique sobre la misma trampa que mandó construir para cazaros como á fiera dañina. ¿Os parece como á mí providencial?

—No os ensañeis, amigo mio, que sois noble y caballero. Dejemos en paz á los muertos, y abreviad en lo posible, yo os lo ruego.

—Eso último es algo difícil. Sentaos en esta mala silla, yo ocuparé su hermana, y hablemos.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué murmullo es ese que se escucha en el campo?

—Nuestros soldados que hablan.

—¿Están todos?

—No, sólo hay cincuenta á pié y otros tantos á caballo en el camino próximo. Verdaderamente son ochenta, pues los veinte restantes son jefes.

—¡Con cien hombres atacásteis á veintiuno!

—¿Os admira el poco número, no es cierto? Teneis razon: para vos se reunieron veinte, haciendo uso de una trampa, que vale por mil, así es que no guarda proporcion mi ataque con el de ellos.

—Pero eran asesinos y vosotros no.

—Haceis bien en defenderlos, Garci-Gemez; de ese modo dais á cada uno lo que le pertenece.

—No es eso, amigo mio; consiste en que os estimo mucho y deseo que todas vuestras acciones sean dignas del caballero más cumplido.

—Pues oidme y luégo juzgareis. Horas despues que nosotros, llegaron á Búrgos los veinte asesinos que os mandó Don Enrique. Supe la noticia por un cuadrillero que nos es adicto. Mas vista vuestra obstinacion en no tomar precaucion alguna, que era igual á entregaros en cuerpo y alma á los sicarios, procuré, en virtud de la órden que tengo, obrar por mi cuenta y con absoluta independencia en lo relativo á ese extremo. Al efecto quise ponerme de acuerdo con Don Alonso y que me ayudase en lo que de él dependiera; pero no fué posible, porque el señor Arzobispo todo el interés que demuestra por vos en presencia vuestra, lo pierde cuando no estais delante. Dió evasivas, fundándose en que érais incorregible, y no me ofreció un maravedí ni un soldado.

—Me alegro mucho, D. Lope.

—Y yo tambien, señor Garci-Gomez. Más que poder le pedí una prueba de cariño hácia vos; me la negó, y bueno es que lo sepais para usos ulteriores.

—Nada suyo nos hace falta por ahora; más adelante será otra cosa.

© Biblioteca Nacional de España

—Á las seis horas ya tenía yo ganado uno de los sicarios, el más importante de los veinte; aquel que cayó sobre la pared; vedlo, parece que está se ntado.

—¿Tambien habeis muerto al que se os vendió?

—Tambien.

—¿A ese por qué?

—¿Me permitís que prosiga?

—Sí, continuad.

—Don Enrique quiso sorprenderos con esos veinte; pero la verdad es que os temió, manda espiaros y averigua que llevábais tres dias de salir por el mismo camino. Esto ocurrió ayer. En el resto de la tarde alquilaron esta casa por una semana, dando á sus moradores, que son un matrimonio y un criado labriegos, lo que ellos tardan un año en ganar. En el acto salieron los tres con las bestias que tenian, lo demás lo dejaron todo; ya habeis visto su completo ajuar. Horas más tarde trabajaban aquí bajo su direccion los veinte asesinos: unos construian la trampa, otros limpiaban la bodega que os habia de servir de tumba, y los últimos tapiaron la comunicacion que tenía con la primer bodega, haciéndolo por dentro para que no pudiérais golpear en la madera y promover ruido. Para subir los operarios, hicieron uso de una escalera de cuerda. ¡Qué actividad y energía demostró D. Enrique! Para lo malo era un génio. Al primer golpe de vista concibió el pensamiento y su realizacion fué casi instantánea. La trampa es grosera, aun cuando muy hábil. Vedla; un cuadrado de dos varas cubierto con esa tabla que gira en un extremo, y la que se inclina al interior en el momento que quitan esas aldabillas y se fija en el extremo que está á ménos de tres pasos de la puerta un peso cualquiera; bastan seis libras. Se halla sostenida por solo el lado donde gira; los otros tres, quitando las aldabillas, la dejan casi al aire.

—Ahora me explico la rapidez de mi caida.

—Durante la noche construyeron cuanto habeis visto, y á la vez un malvado que huyó con vuestro caballo, ensayaba á su hija para echárosla de reclamo.

© Biblioteca Nacional de España

—Bien amaestrada la dejó. ¡Qué candor, qué inocencia, qué sentimiento demostraba!

—No hizo su padre otra cosa hasta las cuatro de la tarde que la colocó en el camino, que enseñarle la leccion, haciéndosela repetir trescientas veces.

—¿De quién fué la idea?

—Tambien de D. Enrique.

—¿De dónde salieron ese padre é hija llegados aquí con tan funesta oportunidad?

—Es hermano del sicario que yo gané, viudo, con solo esa criatura, el cual vino á Búrgos en busca del otro, porque estaba segun decia pereciendo. Le ofrecieron quinientos ducados, y con ellos y vuestro caballo huirá no sé dónde. A las tres de la tarde abandonó hoy D. Enrique esta casa despues de haber ensayado la trampa con un perro. Aquí quedaron los veinte asesinos, que al veros entornaron la puerta, cerrando á la vez todas las ventanas y comunicaciones para dejar completamente á oscuras esta habitacion. Diez y nueve se escondieron en la estancia contigua, y uno sólo detrás de la puerta de entrada, de modo que al abrirse aquella quedase él detrás. D. Enrique esperaba á media legua de aquí, entre los árboles del monte. Supongo que recibiria la primera noticia por el padre de la niña á cambio de los quinientos ducados que le tenía ofrecidos. Consumado el acto, salió un asesino en su busca, y ambos regresaron á pié y de noche. Los restantes los aguardaban celebrando la cacería con jarros de vino que apuraban sin tregua. Pero es el caso que yo tambien tenía alquilada una casita que hay á quinientas varas de esta, y en ella metí cincuenta de á pié, con otros tantos á caballo, que embosqué á poca mayor distancia. Disfrazado yo con traje de un sirviente y favorecido por el que se me vendió, pasé casi toda la tarde entre varios haces de leña que hay en el corral de esta casa. Por una ventana interior fuí sabiendo todo lo que ocurria, pues me lo participaban desde adentro cada quince minutos, y cuando llegó el momento de obrar desliceme por ella, y con mi gente, que estaba próxima,

© Biblioteca Nacional de España

llegué sin hacer ruido hasta la puerta de la casa. D. Enrique cerró al entrar; pero hubo uno que al primer descuido la abrió, y por ella nos precipitamos cincuenta, espada en mano. No hay cuartel, dije, y arremetimos con tal furia, con ímpetu tan grande, que aun cuando nuestros contrarios empezaron á defenderse con el valor de la desesperacion, pronto los dominamos. Al entrar silbó uno de nuestros soldados y pronto rodearon la casa cincuenta ginetes dispuestos á atravesar el pecho del que intentase salir. D. Enrique me reconoció á pesar de mi disfraz y me hizo frente, sin embargo de su aturdimiento y confusion. No lo toqueis, grito á los soldados, quiero matar yo solo á este miserable! Y así sucedió, durando el combate entre ambos cuatro ó seis minutos. Quise ayudar luégo á mi gente, pero se me interpuso una masa de ellos tan espesa, que cuando logré atravesarla no quedaba en pié un solo asesino. La lucha terminó algo más tarde porque nuestros soldados tenian órden de herir únicamente en el corazon.

—¡Qué encarnizamiento, Padilla, qué saña, qué crueldad!

—Aun no podeis formar juicio, porque no os lo he dicho todo.

—¿Cómo no me avisásteis hoy, seguro de que no hubiera vuelto á salir á paseo á caballo en la forma que lo venía haciendo? Por el pronto se habrian evitado veintiuna víctimas.

—Me fué imposible.

—¿Cuántos heridos tuvimos?

—Dos leves con unos cuantos rasguños que nada valen. Todos llevamos espesa cota y casco; ellos iban cubiertos con traje de lana y D. Enrique de seda.

—¡Eso más!

—Garci-Gomez, al formar esos juicios sólo teneis en cuenta vuestra individualidad, y aun cuando es bastante, hay otra causa muy poderosa que me obligó á obrar del modo que lo hice. Con uno sólo que quedara de esos hombres bastaba para contar lo ocurrido, y en cuanto los conjurados lo supieran, vuestra posicion entre ellos era muy difícil, acaso imposible. La

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

influencia de los Girones es grande y hoy necesita nuestra causa que permanezcamos entre ellos si hemos de asegurar nuestro triunfo. Desde el momento que vi lo expuesto que estabais á perecer y vuestra incalificable indolencia, vuestro cruel abandono, me propuse dar fin de todos ellos salvando de este modo vuestra existencia, sin dejar rastro alguno del hecho entre los conjurados, para que nuestra posicion sea la misma que anteriormente. Hay una sola excepcion, que la forma el Arzobispo de Toledo, el cual con buena ó mala gana nos va á ayudar á oscurecer la verdad del hecho, por convenir así á sus intereses. Y aquí empieza la segunda parte de mi trágica historia. En cuanto vi muertos á los veintiuno y que entre los mios no habia nada grave, partí á Búrgos con veinticinco ginetes, cambié de traje y me presenté al Arzobispo. Le referí la escena que os ocurrió con la niña, añadiendo que os habian asesinado.

—¿Para qué esa mentira?

—Quise saber lo que os quiere D. Alonso, y se puede apreciar en las siguientes frases que me dió por única contestacion:—Estaba seguro de que sucederia así; él tiene la culpa por temerario é indolente.—Y añadió:—Es desgracia la mia respecto de Melania, pero á bien que si D. Enrique se enmienda los uniré y de este modo quedo tranquilo.—Yo entónces lo saqué del error suponiendo que os mataron en la bodega momentos ántes de llegar yo en vuestro auxilio, por haber sabido con certeza, pero algo tarde, lo que intentaban. Le describí el enojo, la rabia que me inspiró accion tan inícua, y que impelido por la desesperacion caí sobre ellos y no paré hasta dar fin de todos.—¡Habeis muerto á D. Enrique, me dijo furioso, y no os espanta la cólera de su hermano, la mia y la de todos los grandes reunidos en Búrgos! ¡Horror; á los veintiuno! Os van á descuartizar, y es lo peor que tambien me he quedado sin ese.—No os apureis tanto, le repliqué, por que en el momento que Alba sepa lo ocurrido á su amigo Garci-Gomez y entere á sus compañeros, la mayoría estará de mi parte, y el que quiera pelear contra nosotros besará el

© Biblioteca Nacional de España

polvo como Giron y los suyos.—Pero eso, añadió espantado, va á promover una colision en la cual nos vamos á destruir unos á otros.—Podeis evitarlo vos, respondí. Y queriendo saber el remedio le dije que yo pegaria fuego esta noche á la casa y cadáveres, hasta no dejar huella alguna de lo acontecido. Luégo podia él disculpar la desaparicion de D. Enrique, diciendo que en uso de sus facultades lo habia mandado á desempeñar una mision secreta é importante y que fué muerto á manos de los partidarios del rey; que lo mismo podia decir de vos, evitando de este modo la excision y lucha entre los grandes.

—¿Qué contestó?

—Despues de un largo y acalorado debate accedió, en vista de dos cartas que le enseñé, ante las cuales no tuvo otro remedio que inclinarse y sucumbir.

—¿Qué escritos son esos?

—Los que llevaba encima Giron firmados por su hermano, hallados por mí en su ropilla despues de muerto.

—¿Puedo saber lo que dicen?

—Sí, señor. D. Pedro encarga en el primero á su hermano D. Enrique que no deje de asesinaros, y en el segundo le da instrucciones sobre los medios que debe emplear para realizar su pensamiento.

—¡Qué malvados!

—Son un talisman precioso contra todo el que no quiera la colision entre las filas de los conjurados.

—¿Cómo disculpásteis luégo mi resurreccion, Padilla?

—Pensaba decirle que yo habia partido del lugar de la catástrofe en el momento de terminar la lucha para enterarle de todo, y que en ese intermedio os habian hallado mis soldados en una bodega que era la capilla que os destinaron como reo sentenciado á muerte; mas al volver por segunda vez se hallaba tranquilamente dormido, segun dijeron sus servidores, negándose todos á despertarlo.

—¡Con que no sabe que vivo!

—No, señor.

© Biblioteca Nacional de España

—Me alegro; y mi dicha sería más grande si no hubiérais obrado con la saña que lo hicísteis.

—Cumplí con mi deber. Juego la vida, señor Garci-Gomez, como todos los que nos obedecen, y defiendo á los mios con el mismo anhelo y entusiasmo que combato á los contrarios. No es posible, señor, tener á los últimos la piedad y consideraciones que vos les concedeis. Recordad vuestro duelo, vuestra admirable conducta con Giron y el pago que ha merecido de esos villanos. ¡Qué hubiera sido de vos y acaso de todos nosotros si yo dejara esta noche á esas veintiuna víboras en disposicion de podernos morder! La causa que defendemos es santa, conveniente, indispensable á este infeliz reino tan necesitado de justicia, de órden, de concierto; y está en un gravísimo error el que piense que se puede curar el mal de su patria sin amputarle miembros. ¡Cuántas víctimas ha costado el planteamiento de las grandes ideas que hoy acata el mundo! ¡Fijaos en la mayor, en la que es conocida de todos, en la que brotó de los sublimes labios de Jesús! Pues bien, Garci-Gomez; yo, que soy el primero en obedeceros, que os admiro como la impotencia al héroe, que no hallo en la tierra hombre más digno de acaudillar nuestra santa causa, que hace algunas horas defendí vuestra vida con entusiasmo, con amor, yo os aconsejo desecheis vuestros escrúpulos, relativos á nuestros contrarios, ú os vayais hoy al reino de Aragon para vivir entre aquellos dos ancianos que sólo piensan en hacer el bien de sus vasallos y en vivir tranquilos é ignorados.

—No os falta en parte razon, D. Lope; pero ¡es tan inhumano, tan salvaje herir y matar del modo que se hace en Castilla!

—Interin salimos de aquí soy vuestro jefe y todo puedo y debo decíroslo: es más salvaje aún, más inhumano comprometer la causa de Doña Isabel, perderla acaso y dejar á Castilla que continúe víctima de la más negra iniquidad, que el estirpar nosotros los miembros gangrenados que tiene la sociedad.

—Eso en teoría seduce; pero ¿quién puede luégo destruir á sus semejantes como si fueran manadas de cerdos?

© Biblioteca Nacional de España

—Cualquiera. ¿Qué hicieron todos los grandes y pequeños generales, desde Adan hasta Enrique IV? ¿Qué teneis delante? Yo herí y mandé matar á los veintiuno, y nadie ha podido todavía ruborizar mi rostro recordándome acciones indignas de un caballero.

—Fatal es la época en que vivimos, Padilla, grandes nuestros deberes, terrible el compromiso que arrostramos, y pesándolo todo en la balanza de la justicia, haré cuanto pueda, aun cuando tenga que violentarme.

—Así os queremos, que no olvideis nunca la clase de tigres que nos rodea, pues para llegar al puerto de salvacion tendremos que arrostrar negras tormentas y destruir grandes inconvenientes para que nuestro bajel se haga paso por entre las ondas de un océano no azules siempre, algunas veces rojas.

—Bien. ¿Nos vamos de aquí?

—Ya podemos realizarlo; me propuse solamente que os vayais acostumbrando á ver estos espectáculos de muerte y destruccion.

—Nada puede admirarme en el mundo, D. Lope, nada logra imponerme; en cambio, siempre que vea la muerte cebándose en mis hermanos la miraré con horror, contemplaré á las víctimas con lástima.

—Montemos á caballo y tomad nuevamente el mando.

—¿No dais sepultura á esos cadáveres?

—Sería un tiempo perdido, que no pienso malgastar. Murieron en funcion de guerra y van á ser quemados.

Salen ambos, da Padilla algunas órdenes, é inmediatamente diez soldados rocían con aguarrás todas las puertas, ventanas, trampa, muebles y cuantos objetos combustibles hay en aquella casa. Despues la prenden por varios lados y no tardan en elevarse las llamas devastadoras, arrojando columnas de humo que se elevan y extienden hasta desaparecer en el espacio.

Todo lo ha previsto Padilla; más hábil aún que el desgraciado D. Enrique, sitió á sus contrarios presentándose invencible ante ellos.

© Biblioteca Nacional de España

No hay en las pocas casas que rodean las llamas un sólo habitante que pueda dar cuenta al siguiente dia de lo ocurrido durante la noche. El oro de los conspiradores los ha espantado; miéntras D. Enrique echaba tres indivíduos, Don Lope hacía retirar treinta.

Con anticipacion mandó llevar el líquido alcohólico que ahora precipita las llamas, las fomenta, convirtiendo la casa, el corral, las cuadras y bodegas en un monton de ruinas tan negras como la noche que preside aquel acto.

A la izquierda de Garci-Gomez, á poco más de doscientos pasos y delante de la fuerza que tienen allí, contempla el fuego D. Lope con la fria indiferencia del que dirige la realizacion de una puerilidad.

Garci-Gomez tiene la cabeza inclinada, y ante aquel espectáculo devastador medita.

Siente repugnancia, considera todos los crímenes y fatal conducta del hombre, hijos naturales de su ignorancia, eleva sus ideas y compadece tanto á la víctima como á su verdugo.

De pronto se plega de arrugas su frente, y pregunta á Padilla:

—¿Qué va á ser, D. Lope, de los tres infelices dueños de ese edificio devorado ya por las llamas?

—Pienso, Garci-Gomez, que levanten otro mejor en el sitio que ese se alzaba y que aún les sobren algunos cientos de ducados.

—¿Sabeis dónde habitan?

—Sí, señor; fué de lo primero que me enteré.

—¡Gracias á Dios que encuentro algo plausible esta noche!

—¿No os ha satisfecho mi conducta de esta tarde metido entre los haces de leña que veis arder, la oportunidad con que caí sobre mis enemigos, mi conducta con Don Alonso, la calma que tuve respecto de vos, el coraje de la tropa y la alegría que se retrató en los semblantes de los caballeros y de los soldados al veros entre ellos sano y salvo?

—Me hubiera complacido en extremo todo eso, D. Lope, si no se presentara á mis ojos tan ensangrentado.

© Biblioteca Nacional de España

—Paciencia, ya os ireis acostumbrando.

—Y es lo peor que no vais á lograr la anhelada reserva que motivó tanta víctima.

—¿Por qué?

—De los contrarios nada podemos temer, gracias á vuestra horrible falta de caridad; pero y los cien que tenemos á la espalda, ¿callarán todos?

—Mal los conoce su primer jefe; os aman como yo no puedo expresar, son leales hasta el infinito, y discurren tan bien aun los más ignorantes, que primero se dejarian hacer mil pedazos que comprometer la justa causa que defienden. Mandamos en Búrgos quinientos únicamente, pero no hay entre ellos un sólo mercenario, uno que hiera y mate por el diario que recibe. Sin excepcion, todos saben lo que hacen, y han jurado espontáneamente sentar á Doña Isabel en el trono, ó perecer. El dia de prueba, que no tardará, vereis lo que son todos ellos.

—Concluye el fuego y debemos retirarnos.

—Mandadlo, que habeis vuelto á ser el primer caudillo.

—Gracias, Padilla, por la vida que me regalásteis esta noche; no olvidaré nunca vuestro interés por mí, estoy á la recíproca, y si hallo ocasion quedaremos en paz de la deuda contraida hoy. ¡En marcha!

Gritó; ginetes y peones se pusieron en movimiento, dirigiéndose á Búrgos, que distaba media legua de allí.

A las tres y media de la madrugada dejaron á Hernando en casa del Arzobispo y algo despues reposaban todos.

Garci-Gomez entra en su alcoba como si viniera de dar un paseo y busca el lecho, encargando que al levantarse Don Alonso le participasen su llegada.

Y queda luégo profundamente dormido.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII.

Diálogo importante.—Desaparicion de D. Enrique.—Estalla la revolucion.

El Arzobispo de Toledo iba á dirigirse á su cámara de escribir, cuando un gentil-hombre al levantarle la cortina le dice:

—Eminente señor, el caballero Garci-Gomez mandó esta madrugada á los que le abrieron la puerta que os partlcipásemos su llegada.

—¡Qué estais diciendo, insensato!

Exclamó D. Alonso retrocediendo un paso.

—La verdad, señor.

—¿Lo has visto tú?

—No, señor, pero sí los que me dieron el recado para vos.

—¡Eso no puede ser! ¿Dónde dicen que está?

—En su alcoba descansando: llegó cerca de las cuatro.

—Veamos si es cierto.

Y Carrillo no se detuvo hasta reconocer á Garci-Gomez, el cual seguia dormido; mas al retirarse el Arzobispo abrió los ojos, preguntando:

—¿Deseais algo de mí, D. Alonso?

—Sí, Garci-Gomez. Si habeis descansado bastante, levantaos y en mi cámara de escribir os aguardo.

© Biblioteca Nacional de España

Alvarez de Toledo se vistió con calma, y cuando hubo terminado por completo su aseo entró en la estancia en que lo esperaba Acuña.

Don Alonso tenía mucho que trabajar, pero no se habia sentado. Impaciente y con el rostro contraido aguardaba á Hernando, al cual preguntó con viveza, viéndole delante:

—¿Quién es ese Padilla que sirve á vuestro tio y me engañó anoche de un modo que debe costarle la vida?

—Don Lope es, señor Arzobispo, un noble honrado, leal y cumplido caballero. Cuanto os dijo es cierto, á excepcion de mi muerte. Los asesinos hicieron uso para cazarme de una mendicidad que jamás desoye el hidalgo, y luégo de una trampa hábil que me arrojó al fondo de ignorada mazmorra. Don Lope dió fin de todos mis asesinos, y no hallándome entre ellos, juzgó con algun fundamento que me habian ya muerto y enterrado, pues os repito que el sitio donde caí no podia ser adivinado por los que desconocian el edificio. Vino despues á daros cuenta de lo acontecido, como era su obligacion; miéntras, descubre la gente que mandaba mi paradero, se lo dicen al regresar y vuelve con objeto de participaros el descubrimiento: pero estábais dormido, nadie quiso despertaros, y tornó junto á mí, llevando el sentimiento natural de no haber podido deciros la grata nueva que él acogió con entusiasmo indecible.

—No se explica eso, Garci-Gomez; Padilla reconoceria bien la casa; vos, advertido de lo que pasaba por el estruendo de la pelea, gritariais...

—Permitid que os interrumpa: D. Lope pasó efectivamente un escrupuloso reconocimiento en el interior de la casa, mas estaba tapiada la puerta de mi calabozo, y en aquellos momentos no se hallaba en disposicion de distinguir el yeso nuevo del viejo, y nada adivinó. En cuanto á mí, á pesar de las ocho varas que me hicieron descender de pronto, caí como buen gimnasta y poco ó ningun daño recibí. Algo más tarde puse mi sobrevesta en el suelo humedo de la mazmorra y me quedé tan profundamente dormido como vos al poco tiempo de

© Biblioteca Nacional de España

saber que me habian asesinado. No escuché por lo tanto la pelea ni hubiera gritado aun cuando la escuchara, siendo así que jamás pido auxilio; ó me lo doy yo, ó dejo á la Providencia que haga de mí lo que quiera.

—¡Caeis en horrible emboscada, os sentencian á muerte, y cuando os condenan á vivir algunas horas solamente en lóbrega y sombría capilla, os quedais dormido!

—Sí, señor. Pensé primero en lo pesado de la carga que ofrece la existencia humana, en lo corto del plazo que permanecemos en la tierra, y luégo, con la sonrisa en los labios y la compasion en el alma para mis asesinos, me entregué al reposo.

—¡Sin reparar en la humedad y dureza del suelo!

—Vaya si reparé, mas era la única habitacion de que se componia mi espléndido palacio.

—A pesar de lo sincero que os juzgo, de lo incapaz de mentir, dudo de todo eso, Garci-Gomez.

—Lo mismo me sucede á mí, D. Alonso, respecto de vos; á pesar de asegurarlo Padilla, que no es embustero; de haberlo confirmado despues testigos oculares, dudo que os hubiérais dormido tranquilamente minutos despues de escuchar la noticia del horrible crímen cometido, que dió por resultado mi muerte. Y sin embargo, ambas cosas son ciertas, verdades terribles que, grabadas en el alma, nunca podremos olvidar.

—¡Dormido durante el acontecimiento más grave de la vida!

—Puede hacer eso y más el que se batió con Giron del modo que vísteis. Y no vayais á creer, noble señor, que hay originalidad en el hecho; hubo por lo ménos otro que realizó lo mismo, con alguna anterioridad á mí.

—Ignoro quién es, y dudo...

—No, señor Arzobispo; le tratásteis, y gracias á vos pudo él presentarse ante sus sicarios del mismo modo que yo ante los mios si vivieran.

—¡Gracias á mí! No os comprendo.

—¿Os olvidásteis de Hernando Alvarez de Toledo?

—¡Qué recuerdo tan inoportuno!

© Biblioteca Nacional de España

—Vos teneis la culpa por dudar de una evidencia que nada tiene de nueva ni de imposible.

—¿Cuándo hizo eso Toledo?

—La noche que lo sorprendieron y maniatado lo arrojaron sobre un monton de paja que habia de servirle luégo de lecho en un calabozo construido muchos años atrás para no sé qué mora, mujer del alcaide musulman de Madrid.

—Muy enterado estais de esa prision.

—Me refirió la historia un vasallo vuestro que tomó parte en la sorpresa de Hernando y luégo lo custodió hasta la noche del suicidio.

—¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo, D. Alonso.

—¿Qué señas tiene?

—Tambien me he olvidado de ellas.

—Con mandarlos ahorcar á todos morirá el miserable charlatan.

—¡Bah! eso sería una injusticia indigna de vos, y que por lo tanto no llegará á realizarse; lo oí además por casualidad, ó mejor dicho, por sorpresa, siendo así que un soldado hablaba de eso con otro: ambos custodiaron á Toledo é ignoran todavía que yo los escuchaba.

—No deis crédito á cuentos de plebe indigna; si en vos es difícil la realizacion de ese sueño en tales circunstancias, en Alvarez imposible. Distaba aquel coplero de vos un mundo, Garci-Gomez.

—Contaba un soldado al otro que entraron varios á quitarle las esposas y lo juzgaron muerto; mas pronto se convencieron de que únicamente se hallaba dormido, y tan profundamente, que no sintió cuando le arrancaron las ligaduras que oprimian sus muñecas ni la entrada y salida de ellos. Habia en las frases del que eso relataba una verdad tan grande, que oyéndolo es imposible dudar de su exactitud. Y como yo hice lo mismo...

—En vos, pase, pero aquel miserable era incapaz de accion tan plausible.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Tan villano era, D. Alonso?

—El hombre más odioso de la tierra.

—¿Tanto daño os hizo?

—No hablemos de él, porque me irrita su memoria. Cantor baladí, torpe coplero, intrigante audaz y sin talento alguno, ambicioso, sin pasado, presente ni porvenir, el solo recuerdo de su nombre me produce náuseas.

—Entónces bien muerto está.

—Mil vidas que tuviese mereció perderlas.

—Lo creo; pero voy á rectificar respecto de una idea que os he escuchado y no quiero consentir la equivocacion que envuelve. Pudo Alvarez de Toledo no tener pasado ni presente, pero niego lo de porvenir, porque su padre D. Juan es grande de Aragon y dispone hoy de muchos castillos y señoríos.

—¿Quién os ha dicho eso?

—El, que me escribe desde su alcázar de Moncayo, donde tiene su residencia.

—¡A vos!

—Claro está; pone á mi disposicion sus inmensas riquezas y poderío.

—¡A vos se ofrece!..

—¿Ignorais que fuí quien le puso en libertad y lo mucho que estima y respeta á mi tio?

—No lo recordaba. ¡Con que D. Juan es ricohombre de Aragon!

—Sin que os quede la menor duda.

—Sería herencia, porque yo sé que algunos de sus parientes eran poderosos.

—Entre otros D. García de Toledo, Conde de Alba, nuestro amigo y pariente, que es sobrino suyo. Mas no me ha dicho cómo adquirió su grandeza de Aragon.

—Si yo lo hubiera podido adivinar.

—¡Qué lástima! Entónces lo casais con Melania...

—No quiero decir tanto.

—Más segura era esa grandeza que la mia, D. Alonso; por eso, sin duda, os promovió sueño la noticia de mi muerte.

© Biblioteca Nacional de España

—Es la tercera vez que me lo decís y estais faltando á la verdad, porque si bien busqué el reposo no logré dormir.

—¿En toda la noche?

—Sí, señor.

—Como las frases que dirigísteis á Padilla...

—Ese hombre estaba aturdido y no recuerda ahora mis ideas.

—Es posible, y os lo agradezco mucho, señor Arzobispo.

—Olvidad eso y pensemos en la manera de ocultar el hecho atroz de D. Lope. ¡Qué fiereza, matar á los veintiuno!

—Obró con alguna exageracion, pero ya no tiene remedio.

—Si lo supiera Giron... ¡Ah! me vais á hacer un favor.

—¿Qué deseais?

—Dadme las dos cartas que escribió D. Pedro á D. Enrique.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Padilla, señor Arzobispo, llena dos misiones á la vez; una es la de obedecerme en cuanto se refiera á la conjuracion, y en ese terreno es un súbdito mio, leal, obediente y sumiso como pocos; y la otra es la de velar por mí, defenderme de todos mis enemigos, y como responde su vida de la mia, obra con entera independencia y en virtud de órdenes especiales contra las que yo no puedo hacer nada. Esas cartas fué el único botin que cogió defendiendo mi existencia á costa de la suya, le pertenecen, no me las quiere dar ni yo puedo exigírselas.

—Si desea venderlas daré por ellas cuanto me pida.

—Don Lope, señor Arzobispo, es sóbrio, carece de ambicion, y como es el único justificativo que posee de su hábil y valeroso atentado de anoche, por nada en el mundo lo daria, siendo así que piensa con él defenderse de toda malévola inculpacion si en adelante se descubriera la causa que motivó el trágico fin de los veintiun sicarios. Supongo que tendrá algunos otros comprobantes de la verdad, pero es inútil pensar en arrancarle ninguno, porque Padilla discurre muy bien, es

© Biblioteca Nacional de España

el hombre más precavido que conozco, tenaz, vive en medio de leones, y entiendo que no hay fuerza, oro ni talento bastantes para arrancar de sus manos lo que él no quiere dar.

—¿Y si yo denuncio ante el consejo lo que hizo anoche y lo sentencian á muerte?

—Si le llamais á que declare, no se presentará; nos tendrá á muchos de su parte durante el juicio, y al concluir rechazará la fuerza con la fuerza, ayudado poderosamente por todos los que creemos que está la razon de su parte.

—Que vos os conteis en ese número, no me extraña; pero creo aventurado el asegurar que sereis muchos en el consejo.

—Puede que le bastase conmigo; mas tomada su defensa por mí, positivamente arrastro la mitad de los indivíduos del consejo, lo mismo en la votacion que en las calles y en el campo. Cada vez, D. Alonso, vais justificando más vuestro tranquilo sueño despues de la noticia de mi muerte. Me complace saberlo, y la gratitud que crea y aumenta en mi pecho será eterna.

—Me lo decís por cuarta vez y ya empieza á ofenderme.

—Comprendo, amigo mio, que debo retirarme á Andalucía ó ponerme de parte de otra causa diferente de la vuestra, puesto que no nos es dado entendernos.

—Habeis jurado lo contrario.

—No, á fé mia; me contraje al Marqués de Villena, y aun cuando así no fuera, me estais dando el ejemplo.

—Es muy triste, señor Garci-Gomez, que por causa vuestra tenga yo que mentir y hasta tomar sobre mí la muerte de Don Enrique.

—Es muy triste, Don Alonso, que por defender vuestra causa perezca yo mañana en el campo de batalla ó víctima de otro atentado como el de los Girones. Por lo visto habeis olvidado que fué por vos ó por vuestra hija adoptiva, que es igual, por la que yo entré en el silo, me batí con D. Enrique, sufriendo luégo las consecuencias terribles de aquel lance tan noble y caballeroso para mí, segun dijísteis vos.

© Biblioteca Nacional de España

—Y despues de todo eso renunciais á la grandeza que os tengo prometida y á la mano de Melania.

—Siento contradeciros, mas yo no he renunciado á lo uno ni á lo otro; dije sólo que no pudiéndome entender con vos debo volveros la espalda, sin que por eso desista de realizar pretensiones á las cuales puede llegarse por diferentes caminos.

—Para lograr la posesion de Melania no hay más que uno, Garci-Gomez.

—Dígalo si no Hernando Alvarez de Toledo. Sin embargo, por aquello de que, segun vuestra opinion, distaba el coplero un mundo de mí, á pesar de lo que impone el fin trágico de aquel desventurado, abrigo la esperanza de que Garci-Gomez podria conseguir si se propusiera lo que costó la vida á D. Hernando.

—¿De qué modo?

—Miéntras tenga la razon cabal, señor Arzobispo, jamás entregaré la espada á mi enemigo para que me atraviese el corazon.

—Tan indolente con D. Enrique y tan precavido para mí.

—Y tengo razon; ya vísteis que para los Girones basta y sobra con Padilla; contra vos necesito de todos mis esfuerzos, apoyados por cuantas personas me estiman en Castilla, y son muchas, D. Alonso; más de las que vos creeis.

—Vengo notando eso.

—Abreviemos, si lo teneis á bien. Esta tarde dejaré á Búrgos, pues creo muy peligroso para ambos seguir como hasta aquí.

—¿En los momentos más críticos abandonais mi causa?

—Es que me poneis en el trance de tener que destruirla léjos de procurar su triunfo.

—¿Lo decís con sinceridad?

—Me asombra vuestra pregunta.

—Estais hoy tan irónico.

Fué interrumpido el diálogo anterior por la llegada de un gentil-hombre, el cual, despues de tomar la vénia, dijo al Arzobispo:

© Biblioteca Nacional de España

—El Conde de Plasencia desea hablaros con la brevedad posible.

—Decidle que éntre.

Hernando se puso en pié con ánimo resuelto de retirarse, mas D. Alonso le preguntó:

—¿Dónde vais?

—Ya os lo he dicho, á disponer mi marcha.

—Sentaos y oid lo que hablamos el Conde y yo. Mi conducta podrá modificar la vuestra.

Entra Plasencia demostrando sobresalto y disgusto. Despues de saludar á Don Alonso y á Garci-Gomez, dice al primero:

—Los deudos y servidores de nuestro digno compañero Don Enrique Giron están alarmados, señor Arzobispo, con la injustificada desaparicion de aquel hace cerca de veinte horas é ignorar su paradero.

—Me complace, amigo mio,—le contesta Acuña, aparentando satisfaccion,—que D. Enrique sea tan reservado y precavido. A ellos nada diria, porque el asunto que le he confiado requiere el mayor sigilo; pero á vos, como indivíduo del consejo, os participo que, en uso de las facultades que todos me habeis conferido, le tengo encargada una mision tan difícil como honrosa. En estos momentos debe estar próximo á sublevar una de las plazas más importantes de Castilla.

—Sólo faltan en su casa veinte hombres.

—Salió al frente de ellos, pero en el camino se le unirian quinientos y más adelante mil.

—No le acompaña un solo criado ni caballero de los que le sirven.

—Eso prueba que no quiso fiarse de ninguno, y aplaudo conducta tan digna de él.

—Me acabais de tranquilizar.

—Decid á sus deudos y servidores lo ménos posible; á su hermano D. Pedro, yo le escribiré por si él no tiene tiempo de hacerlo.

—Cumpliré vuestro deseo, señor Arzobispo; perdonad si

© Biblioteca Nacional de España

interrumpí vuestra conversacion con Garci-Gomez, y hasta la noche.

Ambos lo despidieron, y cuando se hubo marchado preguntó Acuña á Alvarez de Toledo:

—¿A qué hora partís esta tarde?

—A ninguna, y por Cristo que vuestra conducta es ahora digna de vos.

—No volvedme á hablar nunca de un sueño que no tuve.

—Ni vos, señor Arzobispo, intenteis jamás negaros en lo que á mí se refiera á nada injusto, de lo contrario me será imposible seguir á vuestro lado. Defenderé vuestra vida con la mia. Hay del necio que intente sólo tocar la túnica que os cubre, defendiéndola yo; pero necesito la recíproca durante al ménos el terrible período qne atravesamos. Si llegais á ser regente ó rey de Castilla, entónces será otra cosa.

—¡Bajad la voz, por Santiago! ¿Creeis que lograré lo uno ó lo otro?

—En camino estais para las dos cosas; mas hasta que piseis las gradas del trono procurad absorber, no rechazar, distinguiendo lo que vale cada hombre y dándoles lo que sus méritos y valer reclaman.

—¡Si llego á ocupar ese puesto, qué dichoso he de ser!

—Olvidaos por Dios del término; no pensad en él nunca, que estamos empezando ahora; fijad vuestra mirada de águila en los medios, en las dificultades, en la manera de destruirlas; allegad recursos de sobra, y siempre adelante en alas de la constancia y de la sabiduría, al concluir sereis regente de Castilla y acaso un trono con dosel, cetro y manto real premien vuestras fatigas y desvelos.

—El consejo es sabio, amigo mio.

—Si quereis mandar solo algun dia, transigid hoy; si pretendeis avasallar más tarde, id formando poco á poco la pirámide, subid con recato y modestia, elevarla mucho, para que el porvenir os sostenga tan alto que no lleguen á vos las flechas de vuestros contrarios.

—¿Podré contar siempre con vos como conmigo propio?

© Biblioteca Nacional de España

—Eso depende de vuestra conducta, D. Alonso.

—No os daré motivo de queja en adelante.

—Si así lo haceis, contribuiré poderosamente al logro de lo que más necesitais, de lo que más os conviene.

—Comprendo.

Y ambos continuaron hablando.

Garci-Gomez vencia otra vez á aquel indomable carácter, aquella voluntad de bronce inquebrantable ante la casi totalidad de los hombres.

Con su gran talento, valor y habilidad suma iba consiguiendo Hernando trocar en cordero á aquel leon cuya fiereza espantaba y cuyo cariño y afecciones las guardó siempre para sí.

Como acabamos de ver, lo ha convertido en instrumento dócil de un desenlace trágico que hubiera podido costar la vida á muchos hombres y entorpecer el triunfo de la causa de Hernando, si el Arzobispo se hubiera negado á tomar sobre sí la desaparicion injustificable de D. Enrique Giron.

Nuestro jóven conocia ya todos los flacos y fuertes del Arzobispo, siendo favorecido además en sus pretensiones por las azarosas circunstancias del momento.

En la noche de aquel dia se reunieron en consejo todos los grandes residentes en Búrgos, dando principio á la sesion con la lectura de varias comunicaciones, de las cuales resultaba que podian contar con muchos millares de soldados y con el próximo levantamiento de las primeras ciudades de Castilla y de Leon.

Ensoberbecidos con recursos tan grandes, con poder tan inmenso, decidieron por unaminidad declararse en rebelion ante la faz del mundo.

Hecho esto, discutieron la manera de empezar y la forma y carácter que debian imprimir á sus actos.

Garci-Gomez habla dos veces, gana como siempre las voluntades, y seguidamente propone dirigir á Enrique IV un escrito con cargos, para cubrir la forma y justificar la actitud de los rebeldes.

© Biblioteca Nacional de España

Los grandes entraron en la red que les tendia sin comprender el embrollo que iba á resultar y lo peligroso de decir á su enemigo lo que intentaban hacer ántes de realizarlo.

Les habló sólo de la debilidad, impotencia y aturdimiento del rey, del inmenso poder que ellos tenian, ocultando cuidadosamente los grandes recursos de que dispone un monarca ínterin conserva el cetro y la corona, del valor que imprime el peligro y la desesperacion aun en los más débiles, y equilibró de este modo las fuerzas, para que destruidos unos por otros pudiera luégo coger su arrogante diestra la corona que oscilaba para fijarla en las sienes de Doña Isabel.

Seducidos por las bellas imágenes de nuestro jóven, chicos todos ante su gran talento, aceptaron cuanto propuso, encargándole que redactase en el acto el escrito que acordaron dirigir al rey.

Quince minutos bastaron al héroe para extender uno de los documentos más notables de su época.

En la historia de España se halla consignado y de allí lo extractamos.

Despues de declararse los grandes en abierta rebelion exponian las causas que á obrar así les obligaban, y eran las siguientes:

«Que los moros andaban libres en su corte, sin ser castigados por maldad alguna que cometiesen: que los cargos y magistrados se vendian: que el Maestrazgo de Santiago, injustamente y contra derecho, se habia dado á D. Beltran: la princesa Doña Juana, como habida de adulterio, no debia ser jurada como heredera: que si estas cosas se reformasen, de buena gana dejarian las armas, prestos de hacer lo que su merced fuese.»

Fué un grande, seguido de numerosa escolta, encargado de poner este escrito en manos del rey, que se hallaba á la sazon en Valladolid.

A la vez partieron varios nobles y caballeros á las poblaciones que tenian ganadas, con órdenes de que se declarasen en rebelion como ellos acababan de hacerlo. Mandaban además

© Biblioteca Nacional de España

que confiscasen los bienes y cargos públicos de los funcionarios que se opusieran ó negasen á obedecerlos.

Esto dió por resultado el que se llegase á atentar hasta contra los prelados y las más altas dignidades de Castilla y de Leon.

Todas las provincias de España contestaron favorablemente con más ó ménos pueblos, con más ó ménos soldados, y no era posible andar diez leguas sin encontrar una poblacion pronunciada ó una columna de rebeldes puesta en armas.

Sepamos ahora cuáles fueron las primeras medidas que tomó el rey para combatir acontecimiento tan grave.

Como nuestro libro tiene carácter de novela, no debemos consentir que se tome por tal la verdad histórica ante hechos tan trascendentales. Por eso vamos á copiar los siguientes párrafos de la historia escrita por el padre Mariana. Dice así:

«Recibió el rey y leyó en Valladolid la carta de los conjurados sin que le alterase mucho: la divina venganza ciega sin duda el entendimiento cuando no quiere que se emboten los filos de su espada.»

Eso de *espada* y *venganza* divinas no es historia; es la opinion de un jesuita que no podemos prescindir de insertar con el correspondiente correctivo. Amamos tanto á Dios, le juzgamos tan grande y sublime, que es una tremenda herejía suponerlo vengativo y blandiendo una espada. Esto se podia decir en el siglo XVI; hoy es una blasfemia que hiere los oidos más impuros.

Continúa el padre Mariana:

«A la verdad este príncipe tenía con los deleites feos y malos, enflaquecidas las fuerzas del cuerpo y del alma. Estaba presente cuando el rey leyó la carta de los rebeldes D. Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, el cual pretendió con gran instancia que se debia castigar con las armas aquel desacato; pero no aprovechó nada su consejo, aun cuando el prelado añadió que vendria á ser el más miserable y abatido rey que hubiese tenido España; que se arrepentiria tarde y sin provecho de la flojedad que al presente mostrabâ.

© Biblioteca Nacional de España

»El rey optó por concertarse amigablemente con los revolucionarios, siendo así que lo de la guerra no le contentaba.»

Persistente en su idea, contesta al Marqués de Villena citándolo para una entrevista á campo raso entre los pueblos de Cabezon y Cigales.

Los conjurados discutieron largamente sobre la conducta que debian seguir, acabando por aceptar la cita y transigir con el rey en apariencia, con tal de que aquel les diera en rehenes á su hermano D. Alonso.

Partió el Marqués de Villena en medio de numerosas huestes, llegando ambos á la vez al sitio y hora de la cita.

En el punto elegido se habia levantado una tienda de campaña, y en ella entraron solos el rey y el Marqués con un secretario elegido por acuerdo de ambos.

Despues de oir el monarca las quejas de Villena, fundadas en la conducta que observó con él en Segovia y su retraimiento en ir á Villacastin, como consecuencia de aquello le habla del poder de los conjurados, ofreciéndole una honrosa transaccion con tal que él se muestre bondadoso y prudente en la presente ocasion.

Discuten mucho tiempo, el monarca teme, Pacheco lo domina, y por último concertan como término á aquella capitulacion, que el infante D. Alonso heredase el reino y casara con Doña Juana, llamada la *Beltraneja;* que D. Beltran de la Cueva renunciase al Maestrazgo de Santiago, que queria para sí el Marqués de Villena; que se nombrasen cuatro jueces, dos por cada una de las partes, y un quinto que lo sería fray Alonso de Oropesa, general de la órden de Jerónimos, y que se ejecutase en todas sus partes el acuerdo de la mayoría de aquel respetable jurado.

De este modo concluyó la entrevista, se tomó acta de todo y en el acto exigió Villena el rehen que al principio convinieron.

A su presencia mandó el rey por su hermano D. Alonso, y Villena escribió á sus compañeros dándoles parte de lo ocurrido y encargándoles fueran todos al momento.

© Biblioteca Nacional de España

Algunos dias despues juraron ambos ejércitos por príncipe y heredero de la corona al infante D. Alonso.

Garci-Gomez, el Conde de Alba y otros pretextaron enfermedad para no asistir á aquel acto.

El Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, el Almirante y todos los grandes principales, fingieron hacer las paces con el rey para engañarle mejor y perderlo con más facilidad.

Se llevaron al príncipe como rehen y el Marqués la renuncia de D. Beltran de la Cueva al Maestrazgo de Santiago, que ambicionaba con tanto afan.

Nada hubo en aquella transaccion sincero, noble ni leal. Se engañaban unos á otros, y en prueba de ello, el rey, que acobardado al tenerlos delante, pensó de otro modo cuando estuvo léjos de ellos, en venganza de la humillacion que le habian hecho sufrir nombró á D. Beltran de la Cueva Duque de Alburquerque, dándole esa villa y haciéndole merced de Cuéllar, Roa, Molina y Atienza con muchos juros en Andalucía.

Este acto ensoberbeció á los grandes, como sucedió al tener conocimiento del Maestrazgo de Santiago, que el monarca otorgó á D. Beltran anteriormente para humillar á sus contrarios.

Los conjurados ganaron con aquella entrevista la posesion del infante D. Alonso, el rey un sonrojo humillante y el Marqués de Villena el Maestrazgo de Santiago.

Esto último excitó la envidia de sus compañeros, y el partido del Arzobispo de Toledo aumentó considerablemente en las asambleas y consejos.

Enrique IV se fué á Toledo, donde continuó entregándose á toda clase de excesos, y los grandes marcharon con su regio rehen á Plasencia. Estos últimos se concretaron por el pronto á ganar á los jueces ó árbitros, para que con su fallo quedase el rey en vergonzosa tutela de los conjurados y sin mando ni poder en el reino.

El monarca lo supo y mandó ante el jurado al Conde de

© Biblioteca Nacional de España

Medellin y al Maestre de Alcántara, que le eran muy adictos, pero tambien ganaron á estos los conjurados, viéndose obligado Enrique IV á declarar nulo y sin ningun valor el acuerdo de los cinco árbitros nombrados por él y Villena.

Interin se cruzaron todas estas intrigas de una y otra parte trascurrieron algunos meses, y durante aquel período tuvo lugar un acontecimiento que vamos á relatar, pero no sin exponer ántes algunas consideraciones lógicas sobre los títulos, mercedes, señoríos y juros que el rey concedió á D. Beltran de la Cueva y á otros muchos.

Era D. Beltran de una familia noble que disponia de pocos intereses y heredades. Entró al servicio del rey, llegando á ser el último mayordomo.

Dicen que la reina se enamoró de él, en vista de la impotencia de su marido, de que le gustó más, ó impelida por una sensualidad innata en casi todos los séres que tienen la holganza por única ocupacion ú oficio.

Desde ese dia principió D. Beltran á ser el favorito de la reina, y lo que es peor, lo que más nos espanta, el amigo íntimo, el consejero, el valido del rey.

Este hombre debió indudablemente servir de tipo al Beltran del siglo XIX llamado Godoy.

La Cueva y todos sus parientes y amigos tuvieron heredades, juros, señoríos y títulos. D. Beltran fué elevado á marqués y luégo á duque. Y se han repetido tanto estas injusticias; se dieron con tanta prodigalidad los bienes del Estado á hombres tan bajos y miserables, que espantan las reparticiones parciales de esas y otras épocas anteriores y posteriores.

Nada más legítimo, honroso y respetable que las pingües herencias presentadas hoy por los descendientes de aquellos héroes que arrancaron á los moros palmo á palmo la esclavizada España, regada toda ella con su sangre, ó las de aquellos otros que vencieron en Pavía, en San Quintin y en los dos mundos que gobernó luégo España cuatro siglos.

Pero es irritante que al lado de los descendientes de aque-

© Biblioteca Nacional de España

llos patricios obstenten aún sus títulos, señoríos, grandezas y oropeles los herederos de tanto miserable como se enriqueció por el favor de una reina adúltera, de un rey que hacía de aquellos el instrumento más bajo y denigrante, y por tanta humillacion y maldad como cometieron.

A eso se debe en parte las grandes reformas que en política y sociabilidad se introducen todos los dias.

El sistema de privilegios es el mejor instrumento para batir las cataratas en los ojos del pueblo.

Lo malo es que esa enfermedad se reproduce, y las masas tardarán mucho en ver claro.

Rogamos al lector nos perdone este paréntesis, el cual lo produjo el deseo de un pequeño desahogo al considerar que el mal de nuestra querida patria viene de tan léjos, que no hay período en ella en que por desgracia dejemos de distinguir su arraigo y fomento.

© Biblioteca Nacional de España

Lámina 7.



La Infanta Dª Isabel, y Hernando Alvarez de Toledo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX.

D. Pedro Giron, Maestre de la órden de Calatrava.—Las tres panteras.—Conflicto.—Aclaracion importante.—La sentencia de muerte.

Hemos dicho que los grandes conjurados se retiraron con el infante D. Alonso á Plasencia y que el Marqués de Villena habia excitado la envidia á tal extremo, que en los consejos sucumbia siempre ante dos terceras partes de los votos que le eran contrarios.

En cambio tenía en su palacio y bajo su tutela al futuro rey D. Alonso, disponiendo á la vez del Maestrazgo de Santiago que elevaba su grandeza y poder en una tercera parte.

Pero no le bastaba esto al ambicioso y soberbio Marqués, necesitaba más; queria dominar en todas partes, y no lográndolo en las asambleas de grandes, recurrió á su ingenio, hallando en él recursos necesarios para triunfar.

Seguian en rebelion todas las poblaciones que se habian pronunciado en favor de ellos; y en honor á la verdad, el que más hizo de cuantos salieron á sublevar el reino fué el Maestre de Calatrava, D. Pedro Giron. Tenía gran influencia y poder en la comarca andaluza, le siguieron muchos grandes, y con ellos y ofreciendo señoríos, logró levantar casi todo el país.

Mucho contribuyó á que desplegara tanta energía la noticia que el consejo le mandó, en la cual le participaba con sen-

© Biblioteca Nacional de España

timiento que su hermano habia sido muerto por los partidarios del rey, hallándose en el desempeño de una mision reservada é importante que el Arzobispo le encargó en pró de la causa que defendia.

Villena no sintió mucho la desaparicion de D. Enrique ni se tomó la molestia de averiguar nada; con lo que le dijo Don Alonso se conformó, lo mismo que los restantes grandes reunidos al efecto.

Y ese hecho que el Marqués condenó al olvido le va á servir ahora de pretexto para buscar en las asambleas la fuerza de que carece.

Forma su plan, se decide y en el acto escribe una carta al Maestre encargándole que deje bien guarnecidos los puntos sublevados y vaya á Plasencia de incógnito y acompañado de los once grandes que ganó, para vengar, si es posible, la injustificada muerte de su hermano.

Le recomienda la mayor reserva, que éntre de noche en Plasencia y que los doce se vayan directamente á su palacio.

Quince dias despues logra su objeto Villena.

Mandó la carta con un andarin: D. Pedro, que es vengativo como pocos hombres, reune á sus once compañeros, les habla, suplica que le ayuden á descubrir el paradero de su hermano ó á vengar su muerte, todos son amigos de los Girones, acceden á su deseo, nombran sustitutos, les dan órdenes terminantes y concretas, y á marchas dobles van á Plasencia llevando cada cual por única escolta un caballero y dos criados.

En el palacio de Villena hallan todos habitaciones preparadas; allí está el príncipe D. Alonso y allí reciben del complaciente Marqués régia hospitalidad.

No perdona medio ni sacrificio alguno el Marqués para ganar sus voluntades. Les ofrece grandes recompensas si él llega á ser regente, les adula y poco á poco inocula en sus corazones la gratitud y el afecto, hasta que llegan á pertenecerle en cuerpo y alma.

Su triunfo en los consejos le asegura la regencia; con los doce tiene bastante y empieza á despejarse su frente.

© Biblioteca Nacional de España

Teme sin embargo al Arzobispo; Acuña es una gran potencia por su talento, poder, clase á que pertenece y por la elocuencia y prestigio de Garci-Gomez, que siempre está de su parte, que vence siempre, arrastrando en pos de sí á cuantos le escuchan.

Por eso se propone coger con su golpe á los dos hombres que le disputan su preponderancia en los consejos.

Al hablar á los doce que han venido, de la misteriosa desaparicion de D. Enrique, supone que lo ha muerto Garci-Gomez y que lo defiende y escuda con su poder D. Alonso.

Arde la sangre de D. Pedro Giron, se indignan los once restantes, y cuando el Marqués tiene bien preparada la situacion, admirablemente dispuesto á D. Pedro, hace que el príncipe D. Alonso mande recado al Arzobispo para que vaya á verlo.

Tanto le teme que no se ha atrevido á ir con sus doce leones á la morada de Acuña para cogerlo de sorpresa en su palacio, que esté solo y contar de este modo con todas las probabilidades, á excepcion de aquellas que puedan conquistar la exquisita sagacidad y elevado ingenio del Arzobispo.

Está anocheciendo; el infante D. Alonso ha escrito de su puño y letra cuatro líneas al prelado, mandándole ir con urgencia, y aquel se apresura á complacerle porque todavía no ha dominado la situacion; si llega á ser regente lo tratará de otro modo, pero entre tanto aparece como su más leal servidor.

Una hora despues de recibir la cita abandona su palacio entre pajes que llevan hachas encendidas, familiares, gentiles hombres y caballeros.

Su séquito se sobrepone al del monarca.

Deja su escolta en las antesalas y avanza solo hasta entrar en los salones del príncipe; pero en vez del futuro rey se encuentra con Villena, el cual, estrechando su mano, le dice con misterio:

—Quiere S. A. futura que oigais á los grandes de Andalucía que, con D. Pedro Giron á la cabeza, desean hablar con vos reservadamente.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Cuándo han venido esos señores?

Pregunta D. Alonso sorprendido.

—Hace poco.

—¿Llegaron de incógnito?

—Sí, señor.

—Grave será el asunto que los trae, Marqués.

—Muy grave.

—¿No teneis parte vos?

—Ninguna.

—Haga Dios que no vengan á perturbar el próximo triunfo de nuestra causa.

—Por lo poco que les he oido entiendo que les trae á Plasencia cosa muy diferente.

—Enteradme, Villena.

—No la sé bien, D. Alonso.

—Caminais muy de prisa, Marqués.

—Ni el aire se iguala á vos, Carrillo.

—¿No sois ya mi amigo?

—La pregunta me ofende.

—¿Dais hospitabilidad á esos señores?

—Por el pronto, sí.

—Empiezo á adivinar y no puedo ménos de deciros que una lucha entre ambos...

—No lo imagineis siquiera.

—Veamos á esos señores andaluces.

Y ambos entraron en el salon contiguo, donde estaban sentados los doce en góticos sillones.

Don Alonso se presentaba con la frente contraida y la inquietud en el alma. Siempre dudó de la lealtad de Villena, y en este instante le decia algo su fácil comprension de lo que iba á ocurrirle con los grandes de Andalucía.

A todos los fué estrechando, no extrañándole la gravedad con que le recibieron

—Están ganados,—se dijo,—por Villena, y con ellos piensa quitarme la mayoría en el consejo y luégo la regencia. Sepamos hasta dónde llega su habilidad, de qué medios se ha

© Biblioteca Nacional de España

valido para indisponerlos conmigo y tenerlos de su parte.

Esto exclamaba sentándose D. Alonso á la derecha de Villena y frente á D. Pedro Giron.

Despues de breves cumplidos, interrumpe el silencio que sigue á aquellos, el hermano de D. Enrique, diciendo á Don Alonso:

—Señor Arzobispo, tengo en mi poder una comunicacion, en la que me participa el consejo, que mi hermano D. Enrique ha muerto á manos de los partidarios del rey, cuando se hallaba desempeñando una mision importante y secreta que vos le encargásteis. Si así sucedió, sólo me resta conformarme con los decretos de la Providencia; defendia una causa justa, pereció en el cumplimiento de su deber, obedeciendo las leyes del honor, y esa es la suerte que el destino reserva á todo buen caballero que combate y es vencido. Pero es el caso que nadie se ha tomado la molestia de justificar esa desgracia, nadie sabe dónde ocurrió, su cadáver no fué habido, tenía enemigos poderosos, alguno de ellos se titulaba amigo y compañero suyo, y yo, con derecho indisputable, tengo la penosa obligacion de exigiros explicaciones tan claras como terminantes, tan verdaderas como convincentes. Cuantos nos oyen están de acuerdo conmigo sobre el particular, pues Enrique Giron defendia la misma causa que ellos, no fué traidor nunca y lo estimaban tanto como dispuestos se hallan, á fuer de nobles, de amigos sinceros, á vengar su muerte si resultase, como tememos, que fué cobarde y villanamente asesinado.

Calló el Maestre y todas las miradas se fijaron en D. Alonso, el cual tiene en estos instantes la cabeza inclinada con apariencia de meditar, pero realmente se halla abrumado bajo el peso de unas explicaciones tremendas, con carácter implícito de acusacion, y no encuentra por el pronto en su cerebro nada con que destruir la enorme carga que le abruma.

Ahora ve claro y en toda su horrible complicacion el pensamiento de Villena.

No recuerda ya el acontecimiento que originó la muerte de Enrique Giron, ocurrida hace cinco meses, cuando es sor-

© Biblioteca Nacional de España

prendido por su hermano que le exige la responsabilidad con que cargó al aceptar el compromiso de justificar aquel hecho. Y la sorpresa, unida á lo abrumador de las mentiras inverisímiles que se le ocurren para justificarse, tienen á su espíritu indeciso, lastimado y en situacion terrible.

Pero debe contestar algo al momento para que la sospecha no adquiera realidad al nacer; procura dominarse con heróico esfuerzo, y dando á sus frases entonacion y calma, exclama con aparente tranquilidad:

—Me confunde y aturde el Maestre de Calatrava al pedirme explicaciones sobre la muerte de un hombre que tanto estimé. ¡Quién podia tener más interés que yo en defender su vida y vengar su muerte si esta no se hallase justificada! La más ténue sospecha, D. Pedro, es el mayor insulto que puede hacérseme, y partiendo de vos, no me lo explico, y por esta causa me aturde y confunde.

—Nada de eso niego,—se apresuró á contestarle Giron,—pero estamos hoy en tregua con el enemigo, se puede decir en completa paz, y yo deseo recoger las cenizas de mi hermano para llevármelas al panteon de sus mayores, y necesito pruebas de su muerte para justificar como hermano de la víctima y amigo vuestro, las murmuraciones que oigo á cada instante en lo más elevado de nuestra sociedad. Podrán haber muerto con el desgraciado Enrique los veinte vasallos que le seguian; pero segun cuentan, llevaba tambien soldados vuestros y algunos habrán sobrevivido á la lucha. Tambien deben existir muchos de la parte contraria, de los emboscados que, segun vuestras explicaciones, cayeron sobre ellos, y sin dar cuartel á ninguno los despedazaron inhumana y cruelmente. Pues bien, quiero hablar con unos y con otros, oir sus explicaciones y defenderos de tanta calumnia, señor Arzobispo, como ya se ceba en vos. Soy el único que puede hacerlo, porque al hablar el hermano tendrán que enmudecer por fuerza los calumniadores.

—Vuestro hermano, D. Pedro, y sus veinte vasallos fueron muertos y quemados; el que tal hizo negará hoy la vileza

© Biblioteca Nacional de España

que llevó á cabo con tan horrenda saña, y es muy difícil que podais arrancar explicacion alguna de la parte contraria; yo no la he logrado é hice todo lo que á un hombre se le puede ocurrir. En cuanto á mis soldados que presenciaron el hecho, pasad á mi palacio cuando gusteis, y uno á uno los examinará el Maestre si no le bastan mis afirmaciones.

—Sé que no mentís, D. Alonso, y no podrá ocurrírseme nunca dudar de aquello que diga tan respetable varon. Pero no se trata ahora sólo de mí, sino tambien de vos, cuyo buen nombre y fama me interesan sobremanera como jefe y amigo mio que sois. Es por lo tanto indispensable la averiguacion, aun cuando yo prescinda de la duda que pueda llegar á mi mente. Es dable, por otra parte, que engañen al amigo, é imposible que hagan lo mismo con el hermano. Empezaremos, por lo tanto, oyendo á vuestros soldados, sin movernos de aquí. Una órden vuestra los hará venir en este mismo instante; ellos nos dirán el paraje en que ocurrió el accidente, con los nombres de algunos de sus contrarios, y con eso nos basta para dar principio á nuestras indagaciones. No podemos ni debemos prescindir, por cuestion de delicadeza ó desconfianza, de circunstancia alguna que aclare el hecho, siendo así que se hallan interesados vuestro honor y el más penoso de mis deberes. Allí teneis recado de escribir; yo ruego al jefe y al amigo no vacile en poner la órden para que vengan sus soldados y sufran el interrogatorio consiguiente.

—Lo haria con mucho gusto,—contestó Acuña algo trémulo,—mas se quedaron con algunos otros en Búrgos, formando parte de la guarnicion que allí dejamos al abandonar aquella poblacion.

—En ese caso dadme una órden y los nombres de ellos, que esta noche partiremos los doce á Búrgos y allí principiaremos la indagatoria.

Carrillo habia ido poco á poco siendo acorralado por Giron, hasta el extremo de no hallar salida alguna.

El Marqués de Villena, que estaba apreciando por átomos la indecision y aturdimiento del prelado, acabó de confundirlo

© Biblioteca Nacional de España

mandando que le acercasen un velador con recado de escribir, siendo obedecido en el acto.

El Arzobispo cogió la pluma maquinalmente y fué á escribir, pero no pudiendo decir nada la arrojó con ira, exclamando:

—Esto obedece á una intriga de mal género, y tal desconfianza, semejante humillacion no la sufrirá nunca Alonso Carrillo de Acuña. ¿Quereis lucha? ¿Pretende Villena para él la regencia única? ¿Le servís vosotros de escabel? Sea en buen hora; pelearemos y Dios protejerá al que defienda la causa más justa; pero sed francos y nobles; el caballero para combatir no necesita jamás pretextos ni rodeos; quitaos la careta y conozcámonos de una vez.

Los doce andaluces se miraron estupefactos; no podian comprender los móviles que impulsaban al Arzobispo á expresarse de aquel modo. Así es que la mayoría juzgó que Acuña empleaba un medio indigno de salir del conflicto, y hubo hasta quien le creyó autor ó cómplice de la muerte ó asesinato de Don Enrique Giron.

El Marqués de Villena pensaba en este momento cosa muy distinta; vió en la arrogancia de D. Alonso el mucho poder de este hombre y las consecuencias funestas de un rompimiento con él. No imaginó nunca que su hábil intriga llegara á discutirse en el campo de batalla.

No era necesario tanto para dar el triunfo al enemigo comun, es decir, al rey; bastaba con que Carrillo se separara de ellos llevándose como era natural á Garci Gomez, Conde de Alba, Almirante de Castilla, Arzobispo de Sevilla y otros muchos que le seguirian por envidia á él y porque los tenía completamente ganados Acuña.

Por esta causa y la terrible alusion que acababa de dirigirle el belicoso Carrillo, se apresuró á usar de la palabra, contestando:

—Señor Arzobispo, yo no tengo aspiracion alguna que no sea legítima, ni he pensado nunca anteponerme á vos por medios indignos. Sé todo lo que valeis, os llamo amigo, estimo

© Biblioteca Nacional de España

cuanto merece el eminente prelado, y comprendo además que un rompimiento entre ambos daria la victoria á nuestro poderoso enemigo. Claro es que nuestros dignos compañeros presentes son tan aliados de vos como mios, os tienen el mismo afecto que á mí, y aun cuando ninguno de ellos teme á nadie, quieren vuestra alianza y no se les ha ocurrido hasta ahora luchar contra vos. Pero el uno es hermano de D. Enrique, íntimos amigos eran los restantes, la muerte de Giron no se ha justificado, os calumnian todos nuestros enemigos, indiferentes y aun alguno de nuestros parciales, y del mismo modo que los trece os hacemos justicia, deseamos vuestra amistad, nos hemos unido para realizar una averiguacion que satisfaga al hermano de la víctima y os ponga á vos á cubierto de la calumnia. Eso es todo, y vos ménos que cualquier otro tiene derecho á pensar lo contrario de lo que os aseguran hombres como nosotros. ¿Me he equivocado en algo, señores?

—¡No, no!

Contestaron los doce, D. Pedro Giron añadió:

—Señor Arzobispo, hago mias las frases del Marqués de Villena; los doce deseamos vuestra alianza; nada hemos hablado ántes ni despues de venir, de regencia ni de que grande alguno se deba anteponer á otro. Sentado esto os diré, que no hemos creido un sólo instante que vos, tan digno, respetable y entendido, pueda haber atentado contra la vida de Enrique ni ser cómplice de sus asesinos; pero conoceis todas las circunstancias de esa desgracia, y yo, hermano de la víctima, tengo un derecho indisputable á saberlas. Hay en ese acontecimiento un misterio impenetrable que no os favorece, que dió lugar á que la maledicencia se ensañase con vos y conmigo, y ambos debemos sincerarnos, puesto que os juzgo tan inocente como yo. Vos tan eminente y elevado no podeis con decencia, por un rasgo de vanidad ó de necio orgullo, negaros á lo que os interesa más que á mí poner de manifiesto, aclarar. Vuestros amigos no os quieren bien si os ocultan lo que se dice de vos y cree ya todo el que no os conozca como yo. Apreciad en lo

© Biblioteca Nacional de España

que valen mis frases, señor Arzobispo; no pagueis con negra ingratitud el verdadero afecto y estimacion que os profesamos. Olvidad ridículas adulaciones y oid la voz de la verdadera amistad, del honor, lo cual estoy seguro que va á hacer un hombre que, como vos, tiene talento de sobra y no antepone nada á su honra y preclaro nombre.

Ante tan poderosas razones, tan ingenuas frases, tan justa demanda, vacila el prelado; de no estar de por medio Garci-Gomez se decidiria con gusto por contar la verdad, pero teme indisponerse con el valiente y entendido futuro de Melania, faltar á la palabra que le dió, y todavía busca en su cerebro medios de destruir el conflicto sin soltar la prenda que Giron le pide; mas á este sólo pueden convencerle hechos, le apoyan los doce restantes y ya es llegado el caso de romper con ellos y declararse implícitamente autor ó cómplice de la muerte de D. Enrique, ó referir la verdad lisa y llana segun la pide D. Pedro con sobrado motivo.

Ambas cosas le presentan dificultades casi invencibles; Villena lo ha llevado á la antesala del caos.

Tiene mucho ingenio, pesa en la balanza lo que más le conviene y se decide por último á decir la verdad. Va de esta manera á envolver á D. Pedro Giron y á destruir por completo la intriga de Villena, ganándose muchas voluntades que hoy lo rechazan.

No sin fundamento lo teme el Marqués; sabe mucho y es tan sagaz como poderoso.

Cuando ya se escusó cuanto cabia en lo posible y se ve encerrado en un círculo de bronce, levanta la cabeza con arrogancia, y seguro del triunfo, les dice:

—Señores, conste que he apurado todos los medios que sugiere el ingenio humano ántes que dar las explicaciones que tan justamente pide D. Pedro Giron. Conste que me he negado hasta despues de decirme que se me calumniaba y que aparecia manchado mi honor; y de este modo os convencereis los trece del sacrificio que yo hacía al callar, al imponerme tan duro silencio. Hubo momentos en que llegué á preferir la más

© Biblioteca Nacional de España

fratricida de las guerras, primero que dar lugar á que con explicaciones improcedentes tiemble alguno de los que me están oyendo.

Los trece se miraron sin comprender á quién aludia el Arzobispo. Villena empezaba á estar pesaroso de haber provocado aquel conflicto. Giron vacilaba ahora, ninguno de los dos tenía la conciencia tranquila y á ambos les constaba que Don Alonso Carrillo de Acuña era terrible.

El prelado, despues de una ligera pausa, con seguridad notable prosiguió:

—Pero vosotros lo quereis, sea: soy el que más va á ganar; el que pierda que no se queje, y á fuer de noble y de hidalgo que recuerde mi obstinacion, mis sacrificios, la lucha que he sostenido ántes de hablar. Oidme todos.

Don Alonso, pretextando dirigir una mirada retrospectiva, habló de la satisfaccion que tuvo al pactar la boda de su protegida Melania con D. Enrique Giron, lo admirablemente que Garci-Gomez llenó su cometido, convenciendo á su ahijada de la aceptacion de aquella boda, para deducir lo mucho que él estimó siempre al que destinaba para esposo de la mujer que el queria tan entrañablemente.

Luégo detalló con minuciosidad el compromiso contraido por Garci-Gomez con Melania, causa única de presentarse este en el silo, relatando á continuacion cuanto allí pasó, sin omitir nada en lo relativo á la conducta que D. Enrique usaba en aquella inmunda reunion de vicio é inmoralidad.

Don Pedro le oia con disgusto, el Marqués con temor y los once grandes restantes con la repugnancia que inspiran siempre las acciones del hombre corrompido y cínico.

No se detuvo ahí D. Alonso: detalló luégo con el mismo minucioso cuidado lo que sucedió en la reunion de los árbitros, terminando con la realizacion del duelo entre Garci-Gomez y D. Enrique.

Estuvo tan elocuente é intencionado, que sin faltar á la verdad en nada, quedó como un héroe Garci-Gomez y como un miserable D. Enrique Giron.

© Biblioteca Nacional de España

Con oportunidad prodigiosa le recordó al Marqués su proteccion á Garci-Gomez la noche del arbitraje, sus aplausos al héroe despues del duelo, poniendo por testigos de cuanto acababa de decir á D. Pedro Giron y al Marqués de Villena.

Luégo añadió:

—Para que podais juzgar el hecho que voy á referir con la mayor exactitud, he recordado á los unos lo que ya sabian y enterado á los otros de lo que ignoraban, porque quiero que no nos ofusquemos y aparezca la verdad tan clara y diáfana que nadie dude de ella al presentársela. De que es cierto lo que voy á exponer responden dos cartas halladas en los bolsillos del traje que cubria el cadáver de D. Enrique, las cuales conoce mucho su hermano D. Pedro y además cuantos tomaron parte en el acontecimiento; con algunos otros á quien tambien se les puede oir. Deseábais nombres, antecedentes, explicaciones, y pese á quien quiera las vais á oir completas y con tales pruebas que no os quedará duda alguna. Mi retraimiento en hablar va á convertirse en todo lo contrario; vereis una metamórfosis que os ha de admirar.

Al oir la cita de las dos cartas se extremeció Giron, y bajó la vista ante la mirada de águila que D. Alonso le dirigia. Si no hubiera corrido tanto, ántes de empezar Acuña la segunda parte de su historia le habria suplicado que no continuase.

El Marqués de Villena iba perdiendo la seguridad que abrigó al principio sobre el éxito de su intriga.

Los restantes aguardaban ahora con ansiedad la continuacion del discurso interrumpido breves instantes y como para coordinar ideas por D. Alonso de Acuña.

El entendido y sagaz prelado empezó de nuevo manifestando que veinte asesinos habian querido matar en Villacastin á Garci-Gomez, aludió delicadamente á D. Enrique, y á la vez citó las dos cartas susodichas que tanto estremecian á Giron.

Para confirmar esto citó á los habitantes de la casa en que estuvo alojado Garci-Gomez y los cuadrilleros que despues se prestaron á favorecerle.

© Biblioteca Nacional de España

Y acto continuo empezó á relatar la conducta de D. Enrique en Búrgos, sin omitir la más leve circunstancia.

Contó lo de la casa de campo alquilada por él, describió la trampa, el engaño de la niña mendiga, la bacanal con que los sicarios celebraron la prision de Garci-Gomez, las frases que pronunció D. Enrique asomado á la trampa, las ofertas y regalos que hizó á los asesinos, y por último, la horrible celada tendida á la víctima, la caida de esta y el sueño tranquilo á que se entregó despues, propio sólo en un hombre que, como Garci-Gomez, dió á D. Enrique las ventajas y leccion que el mundo admiraba, y cuyos hechos eran aplaudidos desde el más elevado hasta el trivial.

Varias veces le interrumpió Giron y otras tantas fué ahogada su voz por el implacable Arzobispo con las siguientes frases:

—Tengo más de cien testigos de lo que afirmo, y todos los pondré á vuestra disposicion cuando gusteis, con dos cartas...

Al llegar aquí palidecia Giron, contestándole:

—Continuad, que tendré paciencia.

Los restantes andaluces empezaban á recordar con asco la memoria de D. Enrique, en tanto que su admiracion crecia oyendo las exactas descripciones que Acuña hacía de Alvarez de Toledo.

Quiso el prelado hacer nueva pausa, mas se lo impidieron once voces que exclamaban á la vez:

—Proseguid, por favor.

—¿Qué fué de Garci-Gomez?

—¿Lo asesinaron?

—¿Vive?

Don Alonso, triunfante ya de Giron y á medias de Villena, relata seguidamente el descubrimiento de Padilla, su interés por el héroe, justificado por las cualidades é indolencia de este, y va refiriendo toda la doble intriga de D. Lope, con los mismos detalles que el atentado de D. Enrique, hasta terminar con la muerte de los veinte sicarios y su jefe.

© Biblioteca Nacional de España

Los andaluces no aplaudieron, mas se retrataba en sus rostros una satisfaccion que en vano procuraban disimular. Si todo el relato habia excitado el ódio y despecho de Giron, la mal comprimida alegría de sus paisanos encendieron su sangre, hasta el punto de exclamar:

—Fué un asesinato horrible, Don Alonso; Padilla y sus cien hombres sorprendieron á mi hermano y veinte soldados que le acompañaban, y por la espalda acaso...

—Estais en un error, D. Pedro; Lope mató á D. Enrique en lucha igual, y los otros se defendieron todos hasta el punto de haber logrado herir á algunos de sus contrarios.

—Fué de todos modos una sorpresa inícua; con haberlos preso bastaba. ¿Quién le dijo á él que mi hermano iba á matar á Garci-Gomez? ¿No lo halló vivo?

—Es verdad; pero lo habia sentenciado á morir de hambre para gozarse en el dolor de su víctima.

—¿Cómo podreis probar esa sentencia y la intencion de condenarlo á perecer de ese modo?

—Con la declaracion de los soldados de Garci-Gomez que lo oyeron á uno de los mismos sicarios.

—Esos son parte interesada.

—Pues si no, basta con el párrafo de una de las dos cartas, en el cual se dice: «Mátalo, Enrique: todos los medios son buenos para arrancar una vida que nos deshonra, que nos humilla.»

—¿No era jefe mi hermano? ¿No es súbdito Padilla? ¿De cuándo acá el vasallo se eleva á la altura de su señor? Hubo además ensañamiento, crueldad y tal desacato que no lo conozco mayor.

—Eso es verdad, D. Pedro; así se lo dije á Padilla, que no lo negará, contestándome, que si dió fin de todos fué, primero por lo perturbada que estaba su razon ante asesinos, y segundo para evitar que se supiera por alguno de ellos y produjese tan horrendo crímen la consiguiente escision en nuestras filas. Esta fué tambien la verdadera causa que yo he tenido para ocultar la verdad hasta el instante de exigirme vosotros las declaraciones que me fué imposible negaros.

© Biblioteca Nacional de España

—En vos tiene disculpa, D. Alonso, como uno de los dos primeros caudillos de nuestro ejército; pero ¿quién es ese Padilla,—añadió Giron,—que se iguala al Arzobispo de Toledo, y mata á veintiun hombres por evitar la colision entre las huestes de que forma parte como simple caballero? Se comprenderia esa ira, encono y autoridad en Garci-Gomez, pero en un vasallo suyo, no; y es torpe y menguado consentirlas. Ni Garci-Gomez ni vos sois cómplices ni responsables, pero sí Padilla, y yo, como hermano de la víctima, lo acuso ante vosotros. Si me haceis justicia, como creo, os lo agradeceré; de lo contrario, juro ante Dios que nos oye, tomarla yo por mi mano contra Padilla y todos los que le defiendan.

—Meditad bien vuestras frases, D. Pedro. Para atacar á Lope teneis que pasar por encima de Garci-Gomez, y nadie ménos que vos debe pelear contra el hombre que tan generoso estuvo con D. Enrique.

—No me importa eso; si no me haceis justicia, yo la tomaré sin consideracion á nada ni á nadie; ya lo he jurado.

—Batíos con él; eso es ménos malo.

—¿Vos me proponeis que descienda hasta medir mi espada con un hidalgo de *gotera*, con el que atravesó el corazon de mi hermano al frente de fuerzas quintuplicadas?

—Os he dicho que era lo ménos malo, y me fundo en que no os conviene dar publicidad al hecho, y ménos indisponeros con la mayoría de los grandes, que están positivamente de parte de Garci-Gomez.

—Pereceré en la demanda, D. Alonso, mas no faltaré á mi juramento.

—D. Pedro, que vais á dividir nuestras huestes; la tea de la discordia va á prender en nuestro campo, y nuestra causa sucumbirá en los momentos que empezábamos á alcanzar el triunfo.

—Vosotros podreis evitarlo.

—¿Dé qué modo?

—Haciéndome justicia.

—¿Qué pedís?

© Biblioteca Nacional de España

—La muerte de Padilla.

—D. Pedro, yo no tengo interés alguno por un hombre que apénas conozco, que está muy distante de mí y que jamás logró inspirarme simpatías; pero no hallo medio de atentar contra Padilla sin provocar la escision que todos tememos.

—Yo no pido la publicidad; sentenciadlo á muerte como merece y con que él sufra el castigo, me basta á mí. Si el mundo lo ignora, nada habré yo perdido por eso.

—Si se reune el consejo hay que enterar á los grandes de todo, y hasta es posible que obtengais minoría, por más que influyéramos Villena y yo en sentido contrario.

—No prosigais; basta con la reunion de doce grandes, segun nuestros estatutos, para acordar la muerte de un hombre; somos catorce aquí y no hay por lo tanto necesidad de que se entere ningun otro.

—¿Y cuándo se sepa que hallándose los demás en Plasencia, nosotros trece llevamos á cabo un atentado tan grave?..

—No tiene Padilla por hermano un Pedro Giron que vele por él y lo busque; puede por lo tanto decirse de Lope lo que habeis dicho de mi hermano ó condenarlo al olvido, y á los quince dias nadie preguntará por él.

—¿Y Garci-Gomez?

—Se le saca de Plasencia con cualquier pretexto, y cuando vuelva, que lo busque donde quiera. Vasallos tenemos que se dejarán descuartizar primero que desplegar los labios.

Esta proposicion, ó mejor dicho, la saña de D. Pedro, el deseo de vengar una muerte harto justificada, fué orígen de un debate que duró dos horas entre los catorce.

Por último, y para abreviar, á cambio de no introducir la discordia en sus filas, aquellos hombres concluyeron por sentenciar á muerte á Padilla con circunstancias tan agravantes, que horrorizan.

La votacion fué secreta, resultando once papeletas con el terrible *sí* y tres en blanco.

Hasta D. Pedro votó, siendo esta la menor iniquidad que toleraron los trece restantes.

© Biblioteca Nacional de España

El Arzobispo, único defensor que al principio tuvo allí Don Lope, accedió al deseo de Giron por no indisponerse con los andaluces y perder la mayoría que juzgaba tener en el consejo.

Más ambicioso que inteligente y cuerdo, se dejaba cegar á menudo por la terrible pasion que de continuo lo precipitaba como ahora.

¡Qué lástima de prelado! Con su talento, poder y jerarquía, cuánto hubiera pódido hacer por la humanidad; cuánto por su gloria y renombre, si lograra dominarse y destruir con su gran inteligencia el influjo de sus malhadadas pasiones!

Por eso le vemos en ocasiones dadas que se eleva como un sabio, que se antepone á todos con su poder para rodar luégo como el ídolo de barro sobre un pedestal que no puede resistir el menor embate de los vientos.

Su afan de mando é influencia lo condujo hasta el extremo de ser el encargado de sacar de Plasencia á Garci-Gomez, retenerlo fuera tres ó cuatro dias, procurando que quedase en la ciudad D. Lope de Padilla.

Giron y Villena se hicieron cargo del cumplimiento de aquella horrible sentencia, la cual juzgaron facilísima no estando Alvarez de Toledo; es decir, que se proponian desempeñar casi el papel de verdugos.

Hasta ese punto dominan al hombre y le conducen al precipicio las feas pasiones que no nos cansaremos nunca de anatematizar lo bastante.

¡Pobre humanidad, cuánta torpeza é iniquidades comete por el desarrollo de esas pasiones, sin comprender que no hay desgracia en el sér humano que reconozca otro orígen!

Don Alonso, no obstante la repugnancia con que habia accedido á los deseos de Giron, estrechó á este la mano con fingido cariño, lo mismo que á los once grandes que le habian acompañado.

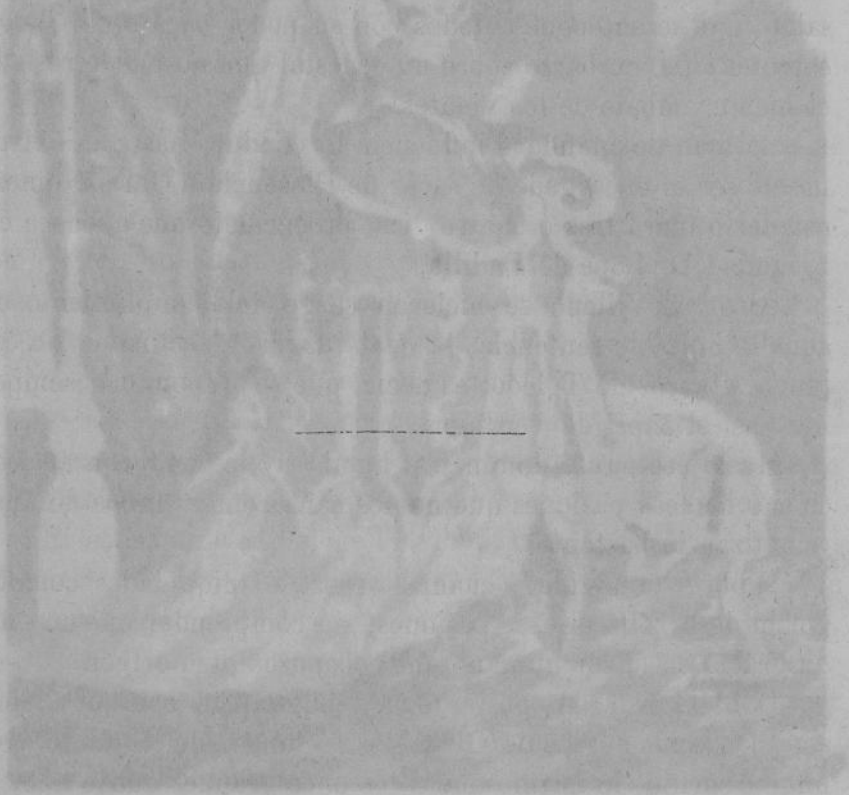
Tambien se la alargo al Marqués, cruzando ambos frases afectuosas en la forma, pero que ocultaban el ódio que los dos empezaban á sentir.

© Biblioteca Nacional de España

A la vez se despidió de los trece, ofreciéndoles partir al amanecer del dia siguiente.

No iba el Arzobispo completamente satisfecho, mas algo solia halagar su vanidad la brisa de la presuncion, considerando que Villena sólo habia logrado á medias su intento. El sacrificio que hizo para conseguir esto fué grande; los medios de que se valia eran innobles; pero Carrillo se fijaba en los fines, cegando para todo lo demás.

No tardarán los catorce en expiar el crímen que acaban de cometer; aun cuando presuman de lo contrario, ninguno de ellos conoce bien á Garci-Gomez ni á D. Lope de Padilla.



© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

Lámina 8.



Dª Beatriz de Bovadilla.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

La culebra y el leon con la calentura.—Salida de Plasencia.—El aviso.—Pretexto.—El regreso.

Llega á su casa D. Alonso cabizbajo y ensimismado, pregunta por Garci-Gomez, le dicen que está hablando con el Conde de Alba, y manda á un gentil-hombre que espere á la puerta de sus habitaciones y le diga, en cuanto salga el Conde, que pase á verlo á su cámara de escribir.

Y Acuña aguarda media hora que tarda en presentársele Alvarez de Toledo.

Nuestro jóven se halla alegre, satisfecho; ignora lo que acaba de ocurrir en el palacio de Villena, y no enturbia el brillo de su inteligencia ninguna idea contraria á la lucha moral que sostiene en Plasencia y en todas partes con honra suya y bien para la Infanta que aspira á ocupar el elevado trono de Castilla.

Cuando se presenta en la cámara donde le espera el Arzobispo, tiene este el rostro contraido, plegada la frente y torva la mirada; pero al verlo cambia por completo su fisonomía y aparece risueño y complaciente como nunca.

No ha podido notar nuestro jóven esta súbita variacion; cree por el contrario que D. Alonso se halla tan alegre como él, y le pregunta sonriendo:

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué quiere de vos el futuro rey de Castilla? ¿Vuestra santa bendicion?

—Lo habeis acertado, amigo mio.

Le contesta el Arzobispo, preparando la red en que va á envolverlo.

—Me lo habia figurado; ese príncipe de once años no ha de parecerse á Salomon.

—Aproveché sin embargo el tiempo, mi querido Garci-Gomez.

—¿Hablando con Villena?

—Sí.

—¿Qué os dijo?

—Tenemos ya ganados los cinco árbitros que han de decidir la suerte á que vamos á condenar á D. Enrique IV, y mañana por la noche firmaré por mí y á nombre de todos los grandes el convenio secreto que hemos acordado con ellos.

—¿Vienen aquí?

—No; me dan cita para Toril, que dista seis leguas. Es un pueblo pequeño, casi una aldea, y no reside en él persona alguna de importancia que pueda reconocernos y sospechar de nosotros.

—Es buena idea, señor Arzobispo.

—Me complace que la aprobeis, Garci-Gomez. Al amanecer saldremos ambos, seguidos de cuatro ó seis personas de mi absoluta confianza, nos traeremos firmado el convenio y nadie podrá enterarse del objeto que nos ha sacado de Plasencia.

—¿Vamos á emplear mucho tiempo?

—Lo ménos posible; dos, tres ó á lo sumo cuatro dias.

—¿De nadie nos despedimos?

—De nadie; al que pregunte por nosotros le dirán mis vasallos que estamos de caza en una posesion próxima á Plasencia.

—Prevendré á Padilla...

—No lo intenteis; pudiera descubrirse algo mañana é incurrir en una grave responsabilidad vuestro leal amigo y súbdito.

© Biblioteca Nacional de España

—En ese caso le mandaré cuatro líneas, participándole simplemente que parto de caza con vos por dos ó tres dias.

—Eso es. A las cinco de la mañana os espero en el patio seguido de vuestro criado; con cinco más que yo lleve, basta.

—Pues os dejo, que es cerca de media noche y teneis que madrugar.

—Adios, Garci-Gomez; descansad, y hasta mañana.

Hernando sale de la cámara del Arzobispo sin abrigar la menor sospecha; le interesa por el contrario enterarse del convenio que va á firmar D. Alonso, y le ha complacido la eleccion que hizo de él.

Se retira á su estancia, y en el acto escribe y manda á Padilla la siguiente carta:

«Mi querido D. Lope: Salgo de Plasencia con el señor Arzobispo de Toledo y permaneceré ausente de dos á cuatro dias. No esteis con cuidado, que nada malo debe ocurrir á vuestro amigo y jefe,

GARCI GOMEZ.»

Despues se acuesta, dando la órden á su criado para que le despierte á las cuatro y media.

La culebra Acuña hacía uso de toda su sagacidad para sumergir en el fondo de negra sorpresa al adormecido leon Garci-Gomez.

A las cinco en punto monta á caballo Hernando, se incorpora con el prelado y salen ambos seguidos de seis sirvientes para Toril.

Todavía ocultan los rayos del naciente sol las densas tinieblas de la madrugada.

Nuestros viajeros van silenciosos. Hernando, sin conocer la causa, está ensimismado y triste. El Arzobispo piensa en su regencia, que rara vez olvida, y cuenta ahora uno por uno los votos de que cree disponer.

Va delante un criado en forma de correo, y los cinco restantes á la espalda.

© Biblioteca Nacional de España

Jamás viajó el poderoso Acuña con escolta tan mísera. Lleva, sin embargo, á su izquierda la primer espada de Castilla y no teme por lo tanto á salteadores ni á nadie. Su único, su verdadero enemigo lo forma ahora la conciencia, cuyo aguijon siente de continuo.

Empiezan y siguen al paso, pues la oscuridad no les permite caminar de otro modo.

A las seis comienza á amanecer. Aparecen por Oriente los tímidos resplandores de una aurora pálida que poco á poco va desapareciendo para ser absorbida por los rayos del sol que se presenta lentamente y como objeto que sale por escotillon.

La vivificadora luz del astro rey despierta los pájaros, da brillo y esplendor al reino vegetal, reflejos al mineral, y la naturaleza se presenta, en fin, majestuosa, sublime.

Nuestros viajeros, con luz suficiente, caminan ahora por entre un bosque de abedules, acebos, castaños, codesos, erizos y jaguarzos.

Son saludados por el trino de las aves y el arrullo de la tórtola que entonan inconscientes armoniosos himnos de alabanzas al Divino Monarca de la creacion.

De todas partes en torno de Garci-Gomez brota deliciosa poesía: de los árboles que inclinan sus ramas formando pabellones de verdosas y variadas hojas; de las plantas que conservan aún la gota de rocío que el rayo de sol convierte en brillante; del cántico arrobador de cien y cien aves que gorjean, saltan, vuelan y de rama en rama van con su vida y alegres trinos patentizando la existencia de Dios; de los montes que se elevan majestuosos en forma cónica, que á larga distancia los asimila y confunde con el firmamento.

Pero Alvarez de Toledo no contempla esta realidad; aquella cabeza, aquel corazon tan henchidos de poesía se hallan envueltos en funerario crespon que van tejiéndole ideas tristes, melancólicas, inexplicables.

Desconoce el motivo, mas es lo cierto que halla agoreros el canto de las aves, las cordilleras, los árboles y las plantas.

© Biblioteca Nacional de España

Hasta la fresca brisa que estampa en su faz el suave y angélico beso, le parece molesta y pesada.

Dejan el bosque, entran en el llano y empiezan á distinguir en lontananza la cúpula de una torre que va creciendo segun avanzan. Es gótica, negra y algo derruida por la incuria y tiempo.

Hernando ignora que un siglo despues ha de cambiarla un descendiente suyo, D. Juan Alvarez, por otra corintia más bella y colosal.

Luégo principian á distinguir varias casas y calles; es el pueblo de Malpartida, que dista una legua de Plasencia.

En este instante son sorprendidos por la rápida carrera de un ligero caballo que cruza momentos despues por junto á ellos con pasmosa rapidez.

Con tal velocidad ha pasado que no han podido distinguir si es grande, noble ó plebeyo el hábil ginete que de aquel modo atraviesa el camino.

—Mucha prisa lleva.

Exclama D. Alonso mirándolo desaparecer como chispa eléctrica.

—Conoce admirablemente la equitacion, sabe la clase de fiera que lleva debajo y da á comprender que corrió muchas veces de ese modo.

Le contesta Hernando, y ambos, sin volverse á cuidar más del ginete ni del caballo, vuelven á sepultarse el uno en sus sombríos pensamientos y el otro en ilusiones de regencia y poderío que seducen y dominan su ardiente corazon.

Llegan á Malpartida á las siete: á la entrada del pueblo hay dos mujeres hablando con un hombre. Nada ofrece de particular este grupo al Arzobispo, pero Hernando se ha estremecido al contemplarlos. El hombre tiene un pañuelo blanco en la mano y lo mueve tan de prisa, tan repetidas veces, que le indican á nuestro jóven un peligro grande, inminente, próximo.

Alvarez de Toledo lanza una exclamacion hija al parecer

© Biblioteca Nacional de España

del dolor, detiene su caballo y lleva la mano izquierda al corazon.

—¿Qué es eso?

Le pregunta sorprendido D. Alonso.

—Un dolor de costado que me impide respirar y descompone todo mi organismo. El frio de la mañana desequilibró mi sangre. No puedo hablar ni moverme; continuad vos: yo seguiré á Toril cuando pueda. Con mi criado me basta. Cada instante que pierdo me agrava.

—¿Pero dónde vais, Garci-Gomez?

—A cualquier casa de estas; necesito cama y promover un copioso sudor al momento.

—¡Pero sin médico!

—No me hace falta, conozco la ciencia.

—Busquemos la mejor habitacion del pueblo.

—Os repito que cada minuto que pasa me agrava extraordinariamente. Seguid hácia Toril, y dejadme curar si en algo teneis mi existencia.

Y sin esperar contestacion, dirigió su caballo á la casa en cuya puerta se hallaban las dos mujeres y el hombre del pañuelo; da las riendas á su criado que le sigue, y entra encorvado, fija su mano izquierda sobre el corazon.

—El Arzobispo queda parado, lo ve meterse en la casa y exclama luégo:

—¡Qué contrariedad! Sin embargo, ahí está seguro, y lo que más importa es que haya desaparecido de Plasencia. ¿Qué hago yo? No tengo otro remedio que el de marchar á Toril; en este pueblo sólo podrian darnos agua; pues á Toril, que el mal de Garci-Gomez me evita fingir la falta de palabra del árbitro que he supuesto me aguarda allí. Antes, sin embargo, debo asegurarme bien en lo que se refiere á un hombre que tanto vale.

Y dirigiéndose á uno de sus sirvientes, le dijo:

—Participad al criado de Garci-Gomez que en cuanto su señor pueda montar, se dirijan ambos á Toril.

Y luégo prosiguió su camino á trote largo y sostenido.

© Biblioteca Nacional de España

Usaba D. Alonso en este viaje un traje de caballero que ocultaba por completo su clase y estado.

A la mitad del camino mandó dar pienso á los caballos, una hora de descanso, y prosiguió su interrumpida marcha hasta las once y media que llegó á Toril.

Hospedado en la mejor casa del pueblo, sin darse á conocer á nadie, pero demostrando que era un gran señor por el oro que esparcia, se dispuso á esperar á Garci-Gomez con calma y no exento del hastío que ofrece el aislamiento á que se veia condenado.

Sus sueños de regencia le costaban ya muchos disgustos, penalidades y sinsabores.

Dejémosle que aguarde, pues tiene para tiempo.

La red que tendió á Garci-Gomez era tan grande que le sobró un trozo á Hernando, con el cual lo empezaba á envolver ahora.

Toledo entró en la casa, permaneciendo en la primera habitacion cinco minutos sin que nadie se le presentara.

Luégo apareció un caballero, en quien Alvarez reconoce al parcial y amigo más íntimo que tiene Padilla en Plasencia.

Era el ginete que ántes habia cruzado por cerca de ellos.

Se saludan, diciéndole el recien llegado:

—El señor Arzobispo sigue adelante; podemos por lo tanto hablar sin cuidado alguno.

—Me han hecho señal de que amenaza gran peligro.

—Os va á estremecer. Oidme y aprovechemos los segundos. A las cinco salísteis de Plasencia, y un cuarto de hora despues os mandaba llamar el príncipe D. Alonso con toda urgencia.

—¿A mí?

—Sí, señor; mas no estando, avisaron á Padilla, y fué este en vuestro lugar. Entró en el palacio de Villena á las seis ménos cuarto, y minutos despues se hallaba en un calabozo con mordaza, esposas y grillos.

—¡Qué decís!

—La verdad. Anoche fué sentenciado á muerte por Don

© Biblioteca Nacional de España

Alonso de Acuña, Villena, D. Pedro Giron y once grandes más que han llegado de incógnito procedentes de Andalucía y viven con el Marqués.

—¿De qué delito lo acusan?

—De haber asesinado á D. Enrique. El Arzobispo, despues de sostener una lucha larga y tenaz, refirió al fin el acontecimiento de Búrgos y transigió con D. Pedro á cambio de sacrificar á Padilla.

—¿Luego esta marcha de Acuña y mia?..

—Fué un pretexto para alejaros de Plasencia ínterin cortan la cabeza á D. Lope.

—¿Tendremos tiempo de salvarle?

—Creo que sí, pues ya velan por él todos nuestros amigos de la ciudad.

—Referidme entónces cómo ha tenido lugar ese gran descubrimiento.

—Contamos en casa de Villena, como sabeis, con algunos amigos; uno de ellos sorprendió anoche el debate de los catorce grandes allí reunidos, pero no pudo avisarnos porque desde la llegada de los andaluces les estaba prohibido á todos salir del palacio, y sólo cuatro ó cinco de la absoluta confianza del Marqués se libraron de los efectos de esta órden. Nuestro amigo intentó anoche quebrantarla de varios modos, pero le fué imposible. Hoy á las seis, con grave exposicion, mintiendo un permiso de que carecia y arrostrándolo todo, salió, refiriéndome en el acto cuanto oyó anoche y ha visto esta mañana. Le hice regresar al palacio, puse en juego á mis parientes y servidores, estos habrán avisado ya á nuestros amigos, é ínterin salimos cuatro de Plasencia, extendiéndonos por los únicos caminos que hay para enteraros de lo que ocurre. Yo anduve la legua que nos separa de Plasencia en poco más de un cuarto de hora, pero doy mi carrera por bien empleada siendo así que os hallé y podemos regresar al momento.

—Decidme ántes. ¿Os merecen confianza los dueños de esta casa?

—Absoluta: fué nodriza de mi hijo mayor el ama, criado

© Biblioteca Nacional de España

de mi hermano su marido y nos deben cuanto tienen y son; él salió por el corral y no tardará en participarnos la direccion que lleva el Arzobispo; fué el que movió el pañuelo blanco al tiempo que vos entrábais.

—En ese caso, entendeos con él si viene pronto, mandando á las dos mujeres que tengan las riendas de los caballos ínterin yo cambio de traje con mi sirviente.

—Bien pensado.

Así lo ejecutaron, saliendo un cuarto de hora despues de Malpartida, delante el caballero y detrás Garci-Gomez en forma de criado.

Supieron que D. Alonso seguia hácia Toril; dieron algunas órdenes al sirviente de Hernando, que quedó allí cubierto con el traje de su amo, y á los amos de la casa por si regresaba el Arzobispo que supieran lo que debian contestar.

En pos el uno del otro corren ahora hácia Plasencia cuanto pueden resistir sus caballos.

Hernando iba sereno, frio, pero su corazon latia aceleradamente: pensaba en Padilla, cruzando por su mente á menudo ideas terribles que el jóven desechaba de sí para dar sólo cabida á la prudencia, de que tanto necesitaba en aquellos supremos instantes.

Entraron en Plasencia y luégo en la casa-cuartel en que habitaban los quinientos soldados y veinte caballeros que obedecian ciegamente á Garci-Gomez.

Nuestro jóven se concretó á decirles:

—Armaos todos inmediatamente sin que lo comprendan los de fuera. Es posible que ántes de poco tengamos que escalar un palacio y tomarlo á sangre y fuego. ¿Podré contar con vosotros?

—¡Hasta morir todos!

Le contestaron sin excepcion.

—Nos amenaza, amigos mios, la mayor desgracia que podíamos imaginar; me preparo á combatirla con la sagacidad y la destreza; si no me bastasen, recurriré á vosotros y hoy el piso de Plasencia quedará teñido de sangre humana.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Os seguiremos hasta morir ó vencer!

—Será lo último, Dios mediante.

Hernando se despide de ellos, dejan allí los caballos y salen el caballero y él para dirigirse á una casa donde deben estar reunidos, dando disposiciones en favor de Padilla, todos sus amigos de Plasencia.

Dejémoslos y averigüemos qué suerte le reserva el destino al valiente y leal D. Lope de Padilla.

Ignorando que estaba sentenciado á muerte y todo lo que ocurrió la noche ántes en el palacio de Villena, dormia tranquilamente á las cinco y media, cuando le despertó un criado del Arzobispo diciéndole que el príncipe D. Alonso queria hablar al momento con Garci-Gomez, el cual habia partido con Acuña á una cacería.

Inmediatamente se vistió D. Lope, corriendo al palacio de Villena con ánimo de disculpar la ausencia de Toledo y ofrecerse á él, en el caso de que le fuera posible reemplazar á su jefe.

Un lacayo que de intento le esperaba en el zagüan le rogó que le siguiera, haciéndole cruzar varios pasillos. Abre luégo una habitacion, le manda que pase, y al verificarlo aquel cierra la puerta por fuera, dándole dos vueltas á la llave.

Don Lope lo nota, pero avanza; pasa á otro salon, siendo en él sorprendido por varios soldados que se arrojan de pronto sobre él, y sin darle tiempo para defenderse lo desarman, sujetando sus muñecas con esposas.

Padilla comprende que es víctima de una hábil y terrible intriga y se resigna á sufrir con paciencia la suerte que el destino le depara.

Su alma tiene el temple del mejor acero; jamás fué herida por el temor, y nada hay bastante en el mundo para obligar á que se incline aquella cabeza orlada muchas veces con el triunfo, temida siempre de sus enemigos y jamás humillada.

Tiene D. Lope treinta y cinco años, está en la flor de la vida, es alto, derecho, bien formado, musculatura rígida, ancho de espalda y fuerte como el bronce.

© Biblioteca Nacional de España

Presenta su semblante, gracioso unas veces, severo otras, y aun cuando curtida la epidermis por el sol y el viento, agrada su rostro varonil.

Es enérgico, activo, pensador, quiere con vehemencia y odia lo mismo.

Ve en Doña Isabel la salvacion de Castilla, en Doña Beatriz el ángel de la revolucion y en Garci-Gomez, al que ama como hermano y respeta como padre, contempla la digna cabeza que ha de realizar el pensamiento más grande que concibió hombre alguno en Castilla.

Su lealtad, pundonor y delicadeza se igualan á la bravura y arrojo que demostró siempre frente á su enemigo.

De pronto se halla sujeto por muchos hombres que lo dejan, segun hemos dicho, sin espada y con esposas; no pudo ni aun oponer la más leve resistencia, y léjos de temblar ó pedir explicaciones, se contrae á decir á los sayones que le han acometido:

—Entré por equivocacion en una caverna, y era natural que me salieran á recibir tigres. Buen amo teneis, miserables, y bien desempeñan sus esclavos el papel de bárbaros.

Nada osaron contestarle, dejándolo en una estancia en que sólo habia un sillon con mesa delante y recado de escribir.

Tres minutos despues se presentó con el rostro contraido D. Pedro Giron. Se sienta, y mirando á Padilla con indignacion, le pregunta:

—¿Eres tú el asesino de mi hermano D. Enrique?

—¿Quién eres tú y con qué derecho me interrogas?

Le pregunta á su vez Padilla, fijándose en él con desprecio.

—Soy el Maestre de Calatrava, miserable reptil.

—Soy D. Lope de Padilla, señor de la Alameda, miserable asesino del valiente Garci-Gomez.

—¿Eso me decís?

—No, lo habeis escrito vos, segun consta en dos cartas que yo he leido.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Dónde están?

—Bien guardadas.

—Probablemente las llevareis encima.

—Probablemente os equivocais.

—Quiero saberlo.

Don Pedro movió una campanilla y dijo á dos soldados que se presentaron:

—Registrad al preso, dándome todos los papeles que guarde.

Aquellos le obedecen, contestando uno al concluir:

—Sólo tiene dinero y un pañuelo blanco.

—Está bien; retiraos.

Y dirigiéndose de nuevo á D. Lope, añade:

—¿Disteis mis dos cartas á Garci-Gomez?

—No; ese tiene únicamente copias.

—¿En dónde están los originales?

—En paraje á que no os es posible llegar; pero estad tranquilo que no se perderán; el dia que ménos lo espereis circularán veinte mil copias por toda España.

—¿Qué quereis por esas dos cartas?

—Vuestra vida.

—¿Para qué os hace falta?

—Yo no la necesito, pero estorba á todos los hombres de bien de Castilla y de Leon; lo justifican esos dos escritos.

—Sois audaz é insolente como pocos hombres.

—Lo de audaz pase; en cuanto á lo de insolente, son más los que no tienen pudor ni vergüenza, aquellos que asistian al silo con careta y sin ella.

—¿No os asombra la conducta que estais observando conmigo?

—¿No os horrorizan las inícuas traicion y maldad que concluís de aplicarme?

—Motivo tuvimos para hacerlo.

—Eso dice el bandolero cuando asalta, roba y asesina.

—Señor Padilla, han perturbado vuestro cerebro unos cuantos minutos que llevais de prision y las esposas que oprimen vuestras muñecas; de lo contrario juzgareis con razon

© Biblioteca Nacional de España

que pesa sobre vos terrible sentencia dictada por catorce grandes de Castilla.

—No cometí falta alguna que merezca castigo, ni hay en Plasencia grandes con facultad suficiente para mandar prender á D. Lope de Padilla, ménos para enjuiciarlo y sentenciarle; esos catorce son verdugos ó asesinos. Juzgo por la muestra que tengo delante.

—¿Negais el derecho de los jefes conjurados sobre vosotros?

—Claro es; yo no conspiré nunca en favor del infante Don Alonso, ni hice otra cosa que obedecer por cariño y amistad al más noble é hidalgo de los hombres, al que fué tan generoso con vuestro hermano Enrique.

—Pues el señor Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, once grandes más y yo os sentenciamos anoche á muerte. ¿Quereis ver el acta? Aquí están las firmas.

—¿Para qué? No lo necesito; sois capaces de todo lo malo que puede inventar el hombre. ¡Vaya unos grandes, valientes y poderosos que no se atrevieron á presentarse en mi casa ni á mandarme un recado directamente! Para prenderme emplearon el engaño, la traicion, la mentira y la sorpresa! Estaba ya entre vosotros, en vuestra misma guarida, solo, y aun así me cogieron por la espalda! ¡Qué villanía, qué miserables! ¡Teneis razon; si me hubiérais permitido desnudar la espada, vuestros salones estarian ya llenos de cadáveres!

—¡Qué valiente sois despues de sentenciado á muerte!

—Claro está; en vez de súplicas y ruegos os ofrezco desprecio y toda la infamia que mereceis. Probad mi valor si quereis; en campo abierto me atrevo con los catorce á la vez.

—Os va á sobrar con el verdugo.

—¿Sois vos el encargado de manejar el hacha?

—No; el soldado de ménos fuerza, para que tenga que dar muchos tajos.

—¿Y de qué me acusais, asesinos?

—De haber muerto á D. Enrique Giron por sorpresa y traidoramente.

© Biblioteca Nacional de España

—Eso no es verdad; el que lo afirme, miente. Cien testigos tengo que me oyeron prohibir á todos que le tocasen; me batí con él frente á frente, con iguales armas, y le maté. Si os he de ser franco, hubo algo de asesinato, no porque yo lo intentase, pero como era tan cobarde, se aturdió, yo me eché á fondo y acabó la pelea en un minuto.

—¡Ni aun su memoria respetais!

—Os he dicho la verdad, lo juro.

—¿Y los medios que empleásteis para sorprenderlo?

—Bastante más nobles que aquellos de que él hizo uso para coger en la trampa á Garci-Gomez.

—El no le mató.

—Porque yo lo impedí.

—Estoy seguro que lo hubiera perdonado.

—Eso se lo contais á vuestros hijos naturales, que tienen la necesidad de creer, al que deshonró á su madre, las novelas con que podeis dormirlos por la noche.

—Padilla, no hagais imposible vuestra salvacion. Sólo hay un medio de que no os corte la cabeza el verdugo.

—¿Cuál es?

—Os perdonamos la vida con tal que me deis las dos cartas que cogísteis entre la ropa de mi hermano.

—No las tengo; os lo dije ya, y yo nunca miento.

—¿Podríais hacerlas venir?

—Tampoco. Se las regalé á vuestro mayor enemigo, y no doy las cosas jamás para quitarlas luégo, aun cuando pierda la vida. Si las tuviera conmigo tampoco os las daria, porque despues de cogerlas entregaríais mi cabeza al verdugo. Ya veis que os conozco bien, D. Pedro.

—Por última vez, Padilla, si me dais las cartas os ofrezco solemnemente poneros en libertad; de lo contrario juro que morireis esta noche.

—Que entre el verdugo cuando lo tengais por conveniente.

—¡Con qué gusto veré esa infame cabeza segada del tronco!

—¿Y luégo?

© Biblioteca Nacional de España

—Os enterrarán.

—¿Y despues?

—Sólo yo me acordaré de vos para gozar con la memoria de vuestra muerte.

—¿Y Garci-Gomez?

—A vos os toca hoy, pero todo se andará.

—¿Y los que tienen vuestras cartas, que son muchos, muy poderosos y positivamente me vengarán?

—¿Quién les va á decir lo que ha sido de vos?

—¿Y Dios, D. Pedro? ¿Dudais de la justicia del cielo?

—Fíate de la Virgen y no corras, dicen los cristianos cuando son perseguidos por los moros. Si me decis quiénes tienen las cartas, os revelo un secreto que os alegrareis llevar á la tumba.

—Alguna calumnia ó cosa parecida. Gracias.

—¡Qué bárbaro, qué torpe sois!

—Pues qué, ¿ignoro yo por ventura que es mentira lo del consejo de los catorce y mi sentencia de muerte autorizada por ellos? Sois vos el único capaz de realizar tal maldad.

—¿Y si os enseño el acta?

—Imposible.

—Antes os la he ofrecido.

—Como sé que he de morir, no quise ni aun acercarme á esa mesa, sobre la que nada hay referente á mi prision.

—Villano, os voy con ella á restregar los ojos. ¡Ved!

Giron coge unos papeles, se levanta, y acercándose á Don Lope, prosigue:

—¿Qué es esto, miserable?

—Eso es, esto.

Y levantando las manos le dió en la sien izquierda y frente, un golpe tan terrible con el hierro de las esposas, que Don Pedro vaciló, cayendo en tierra.

—¡Me ha muerto!

Dijo, y quedó sin sentido, con el rostro cubierto por la sangre que vertia la herida que acababa de recibir.

Las frases y choque del cuerpo de Giron sobre el suelo, fue-

© Biblioteca Nacional de España

ron causa de que se asomaran varios soldados que estaban próximos.

Al ver el rostro cadavérico del Maestre corrieron unos en busca del Márques y otros fijaron las puntas de sus espadas en el pecho de Padilla, diciéndole:

—¡Vas á morir si te mueves!

—No temais, valientes, que no me atrevo con diez ó doce bien armados y yo en el estado que veis.

—¡Has muerto á D. Pedro!

—¡Ojalá y no os equivoqueis! Un malvado ménos en el mundo.

—¡Qué va á ser de ti!

—Me quitarán la vida, á lo cual estaba ya sentenciado, y esto es mucho mejor que ser vasallos, como vosotros, de un señor tan miserable.

—¡Calla ó mueres!

—Bien sabeis que digo la verdad y que para mí son inútiles todas las amenazas.

Empezaron á oirse carreras por el piso principal del palacio y no tardó en aparecer el Marqués de Villena, seguido de los once grandes paisanos de Giron.

—¡Qué es esto!

Dijo Pacheco contemplando con asombro el cuerpo inanimado de Giron.

—Esto es, Don Juan, la consecuencia de la justa sentencia que firmaron anoche catorce pérfidos...

Le contestó con calma D. Lope.

—Soldados,—gritó el Marqués.—Llevad á ese asesino al calabozo que tiene destinado. Si resiste, atravesad su corazon de una estocada.

Padilla le contestó, segun iba saliendo:

—¡Asesinos sois vosotros, verdugos de la humanidad, hombres sin conciencia ni pudor! ¡Yo os emplazo ante Dios á los catorce que me mandais asesinar!

Todos le oyeron, pero ninguno osó contestarle.

Cuatro soldados cogieron á D. Pedro, metiéndole en la

© Biblioteca Nacional de España

cama más próxima, en la que lo desnudaron, ínterin un gentil-hombre corria en busca del médico.

Los doce grandes rodean el lecho, mirando con sentimiento al Maestre, pues aun cuando late su corazon continúa imitando á un cadáver.

Dos criados le lavan la herida, aplicándole un paño mojado para contener la hemorragia.

Llega el médico, lo reconoce, curándole en seguida con un bálsamo que le traen de su casa, fija el apósito y espera.

D. Pedro abre los ojos, mira como espantado, á nadie reconoce, no habla, divaga, y sus gritos estremecen á los que le contemplan.

Al golpe y conmocion sigue un derrame cerebral, mucho más grave que la herida hecha por D. Lope.

Padilla le dió en la sien con toda su fuerza con el hierro de las esposas, y cuantos ven á la víctima creen que está herida de muerte; el Galeno diagnostica lo que acabamos de expresar, pero no se atreve á asegurarlo; dice sólo que está grave, receta y queda á la cabecera del enfermo cuidando de él, por órden de Villena.

El Marqués se retira de la alcoba con los once grandes andaluces, y encerrado con ellos les pregunta qué debe hacerse en tal conflicto.

Sin cuestion ni debate opinan todos que se cumpla inmediatamente la sentencia que condena á separar del tronco la cabeza de D. Lope, y queda nombrado uno de ellos en sustitucion del Maestre para que presencie la ejecucion.

Convienen despues en esperar el desenlace de la herida que recibió Giron, y en el caso de que sea adverso, decir á todo el mundo que ha muerto de una congestion cerebral.

Concluyen: el encargado de disponer la muerte de Padilla se dirige á dictar las órdenes conducentes al cumplimiento de su terrible mision, y los restantes vuelven á la alcoba, notando con sentimiento que el enfermo va postrándose cada instante más.

Interrogan de nuevo al facultativo, mas este nada pronos-

© Biblioteca Nacional de España

tica; ignora si podrá salvarlo, y sólo ofrece emplear los remedios que para tales casos aconseja la ciencia.

Esta es la situacion de las cosas á las ocho de la mañana, en cuyo instante atravesaba Hernando las calles de Plasencia en pos del caballero que le habia hecho regresar de Malpartida.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI.

El calabozo.—Un hombre de pelo en pecho.—Interrogatorio.—De cómo un valiente se amilana más que un filósofo.

Hicieron bajar á D. Lope á los subterráneos del palacio, encerrándole en el peor sótano.

Disponia Padilla de un área de seis varas cuadradas y nada más.

El piso era de piedra, la oscuridad casi completa, abundaba el hidrógeno y un silencio supulcral reina en aquellas sombrías bóvedas.

Don Lope pasea, se cansa y se sienta en el suelo, exclamando:

—Si yo pudiera dormir como Garci-Gomez. ¡Imposible; sólo puedo morir con valor, mas carezco de la grandeza de alma de ese gigante, de su fuerza de voluntad! ¡Pobre madre mia, pobres hermanos, cuánto me van á llorar! ¡La primera no cesará de hacerlo hasta que la muerte cierre sus párpados! Este es el mundo; la accion que casi todos los hombres me aplaudirian, otros la juzgan un crímen y por ella me sentenciaron á perecer. ¡Morir tan pronto, cuando tantas ilusiones me halagaban, junto á Garci-Gomez, siendo amigo suyo, estando próximo el coronamiento de Doña Isabel! ¡Qué fatalidad! Por influencia de

© Biblioteca Nacional de España

Garci-Gomez hubiera sido grande de Castilla, esposo de una mujer divina á la que adoro hace tres años. ¡Y todo acabó en una hora!.. Si logré matar á Giron, lo doy por bien empleado. El golpe fué certero, y con toda mi fuerza; pero con las manos sujetas no se da tan bien como con una sola. Sin las esposas y con el puño cerrado de seguro le rompo el cráneo. Mas pienso que si no muere tiene al ménos para dias.

Vino á interrumpir su lúgubre meditacion un carcelero que le mandó lo siguiera. En el pasillo inmediato habia cuatro soldados.

Le hicieron subir de nuevo, entrando en una habitacion del piso bajo que recibia la luz por una reja que se hallaba encima de la puerta.

Allí habia cama, dos sillas y un altar con dos velas encendidas.

Le pusieron grillos y cadena, diciéndole uno de los soldados al partir:

—Encomienda tu alma á Dios, que hoy morirás.

Y le cerraron la puerta.

—Comprendo,—dijo D. Lope;—esto es la capilla, pero es el caso que mi alma no está todavía en disposicion de pedir ni rogar; más tarde lo haré, pero á Dios sólo, á los hombres jamás. Si yo pudiera imitar á Garci-Gomez. Voy á probar. Esta cama convida.

Y se echa, pretendiendo vanamente conciliar el sueño.

Tres horas estuvo dando vueltas de un lado para otro sin conseguirlo.

Acto continuo aparecen dos criados que le llevan caldo y pan.

—Retiraos de aquí,—les dice:—no quiero nada de vuestro amo.

Uno de ellos le contesta:

—Os vais á debilitar, y en los momentos supremos os faltará fuerza para llegar al tajo.

—No es esa cuenta vuestra; alejaos de aquí y no me ofrezcais nunca lo que de antemano desprecio.

© Biblioteca Nacional de España

Los sirvientes se miraron, concluyendo por encogerse de hombros y salir de allí como habian entrado.

Padilla se queda solo nuevamente, pero ya no intenta dormir; se ha sentado en una de las dos sillas, y fijo en la imágen de Jesús, empieza á recordar la sublime abnegacion y martirio del Redentor de la humanidad.

Aquellas ideas empiezan á devolverle una parte de la tranquilidad que necesita su alma y tuvo ántes del funesto acontecimiento que lo acerca al sepulcro.

Pero no le dan tiempo para continuar meditando en la vida y muerte de Jesús. Escucha otra vez el ruido que promueven los cerrojos al correrse y no tarda en ver la figura grave y severa del Marqués de Villena.

Está sentado y no se mueve. Pacheco coge la otra silla, la coloca cerca de la puerta que dejaron entornada, y á una respetable distancia del preso se sienta despues de decirle:

—No vengo aquí á gozar con la desgracia; nada me hicísteis y nunca os aborrecí ni tuve jamás la costumbre de ensañarme con el vencido.

Padilla le mira queriendo penetrar lo que pasa en su corazon; adivina que le lleva algun pensamiento egoista, como todos los del Marqués, y desea conocerlo prontamente.

Villena añade:

—Habeis herido de muerte á D. Pedro Giron.

—Gracias por la noticia; es la más agradable que podiais traerme, señor Marqués. ¡Si fuera cierto!

—¿Dudais de mis frases, D. Lope?

—¿Cómo no hacerlo si siempre navegais en el barco de la ambicion y el egoismo y todo os parece bueno cuando conduce al objeto que os proponeis realizar? Eso dice todo el mundo de vos, y en verdad que yo lo he visto confirmado muchas veces.

—Al terrible golpe que dísteis á Don Pedro Giron y la consiguiente herida causada por aquel, ha seguido una congestion cerebral tan grave, que el médico cree muy difícil su salvacion.

© Biblioteca Nacional de España

—Es posible; mas no comprendo la causa de traerme vos nueva tan agradable para mí.

—Padilla, el Maestre y algunos otros quisieron vengar la muerte que disteis á D. Enrique Giron; el Arzobispo y yo sucumbimos ante el número y fuísteis sentenciado á muerte; pero yo siempre abrigué la esperanza de salvar vuestra vida influyendo con calma y tiempo en el corazon de D. Pedro para que os perdonase.

—Eso no es verdad, señor Marqués; firmada la sentencia, alejado de esta poblacion mi amigo y jefe Garci-Gomez y cogido yo en la más traidora é inícua red que se tendió á hombre, sólo me resta morir. Siempre obrásteis por cálculo; algo ireis ganando con que á mí me asesinen, y no es Villena hombre que retrocede ante un delito más, cuando este le reporta algun bien.

—Mal me juzgais en la presente ocasion.

—Lo dudo; vuestra conducta fué siempre la misma. En prueba de ello se me ocurre la siguiente idea: puesto que el ofendido es D. Pedro Giron, está próximo á morir y me hallo en un palacio donde sólo vos mandais, dejadme en libertad; nadie podria oponerse al cumplimiento de vuestra órden.

—Os equivocais. Tengo once grandes que vinieron con Giron de Andalucía, han tomado estos la defensa de aquel, y despues de lo que hicísteis con D. Pedro es muy difícil realizar vuestro pensamiento sin indisponerme con todos y echar por tierra nuestros planes. Acaso lo logre; de esto trato, mas no es tan fácil como vos creeis.

—Entiendo. ¿Y qué deseais de mí á cambio de vuestra sublime proteccion?

—Nada absolutamente.

—¡Qué generoso y qué caballero!

—¡Me duele tanto vuestra situacion!

—Por supuesto; un corazon tan hidalgo, un alma tan tierna y caritativa y un hombre, por último, tan dispuesto siempre á defender la justicia, no puede permanecer indiferente al ver el horrible asesinato que pretenden realizar en su propia morada.

© Biblioteca Nacional de España

—Aun cuando hablais con ironía, decís la verdad.

—Procurad no disimularlo, poderoso señor, porque hasta ahora nadie lo ha notado.

—Ya veis, D. Lope, que no cabe más predominio sobre sí ni más tolerancia que los que yo demuestro; dudais de mis frases, y como si no fuera bastante, lanza vuestro labio sobre mí, terribles acusaciones, concluyendo por hacer uso de una ironía tan injusta como irritante.

—Paciencia demostrais efectivamente, pero no es producto de generosidad, grandeza de alma ni abnegacion.

—¿Pues qué es, Padilla?

—Imperiosa necesidad se llama á eso, señor Marqués. Bien comprendeis que no hay otro remedio que oirme de haber entrado en esta lúgubre estancia. ¿Qué diablos podeis hacer contra un desgraciado que le aguardan ya el verdugo, el hacha y el tajo?

—No quiero hacer nada en contra, pretendo lo contrario; pero vos, D. Lope, no me ayudais.

—Sepamos qué deseais de mí; sed franco; poned precio á vuestra proteccion, y si me conviene, la aceptaré.

—Entré aquí, Padilla, con sólo el objeto de participaros que, si me es posible, salvaré vuestra vida, y en caso contrario os vengaré.

—¿Vos?

—Yo; creedlo.

—Es un problema moral que sólo mi sabio y noble amigo Garci-Gomez podria resolver.

—Hé aquí la prueba: teneis, segun dijo anoche el señor Arzobispo de Toledo, dos cartas que comprometen á D. Pedro Giron; decidme dónde están, y si pereciéseis, lo que acaso no suceda, con esos escritos confundo luégo al verdadero autor de la sentencia y muerte de Padilla.

—¡Ya!.. Las dos cartas. Desde que se las arranqué á Don Enrique y leí su contenido, empezé á comprender la importancia de aquellos documentos. Por fin adivino vuestro pensamiento, y por cierto que es elevado y digno de vos. Vea-

© Biblioteca Nacional de España

mos si me equivoco: os doy las cartas, cortan mi cabeza despues, cura D. Pedro Giron, y teneis en él un instrumento ciego: á la más leve oposicion que os haga, le enseñais las cartitas, y convertido en cordero os obedece con humilde sumision. En los consejos estará de vuestra parte, junto á vos en los campos de batalla; será otro Villena, pero tan dócil y bondadoso, que hasta os pedirá permiso para dirigir la palabra á sus amigos. Discurrís bien, señor Marqués; mas acontece que esos dos escritos están hace tiempo en poder de vuestros poderosos enemigos, y no hay ya medio de retirarlos.

—¡En poder de mis enemigos! ¿Pues no conspirábais con nosotros?

—Nunca. Obedecia á Garci-Gomez, y eso es todo.

—Lo ignoraba. Luégo vuesiro jefe y amigo...

—Ese, Marqués, os ayuda poderosamente, con más talento, valor y discrecion que todos vosotros juntos.

—¿Por qué disteis esas cartas á nuestros contrarios?

—Porque como eran mias, hice de ellas el uso que tuve por conveniente.

—Eso no explica nada.

—Pues no quiero, ni puedo, ni debo haceros más aclaraciones.

—Sed prudente y obrad con más juicio, D. Lope. Estais sentenciado á muerte; el verdugo, el hacha y el tajo aguardan, segun dijísteis, y es lástima que corten la cabeza de un hombre tan jóven, valiente y entendido. Llenareis de luto vuestra familia, y de dolor el corazon de vuestra anciana madre, de vuestras queridas hermanas. Sé que amais á una mujer jóven, bella y rica, y por única recompensa al cariño que ella os tiene le vais á ofrecer un cadáver, cuyo recuerdo la hará infeliz el resto de la vida. Al lado de Garci-Gomez os aguarda un porvenir brillante, podreis casaros, y quién sabe lo elevado del puesto que os reserva el destino.

—Admirable, señor Marqués; cuanto decís es verdad, pero ocurre que por salvar la existencia de mi amigo Garci Gomez jugué la mia, la he perdido y no me resta otra cosa que

© Biblioteca Nacional de España

entregársela al verdugo cuando venga por ella. Obré con valor, lealtad y entereza que todos mis amigos aplauden; en la muerte de Giron, no fuí criminal; mi conducta esa noche sólo inspira elogios al noble y al caballero; pero me olvidé que estaba rodeado de tigres, tuve un solo descuido, me metí entre ellos, y la fiera nunca perdona á su víctima, la devora siempre. Evitemos, por lo tanto, molestias y frases que á nada conducen y venga el verdugo cuando querais.

—No llegará nunca si me dais esas cartas.

—Voy á demostraros que no es verdad: dejadme libre y os juro entregaros los escritos de Giron.

—Esa desconfianza es irritante.

—Más es la vuestra; yo estoy preso, sentenciado á muerte y necesito pruebas: á vos os basta con el juramento del que jamás faltó á la palabra empeñada.

—Con el contenido de esos escritos podré yo convencer á los once grandes de que Enrique Giron estuvo bien muerto y de este único modo salvaros.

—A vos os basta decir quiero, para que me dejen libre, y luégo dais una cumplida satisfaccion á esos grandes enseñándoles las cartas.

—Las necesito ántes de que salgais de aquí.

—No seré yo el necio que os las dé, creedme.

—Vuestra torpeza os va á llevar al tajo.

—Cierto; me fijé en ese pobre infante que teneis en rehenes, y vine aquí olvidando que entraba en la guarida de la fiera, en la mansion del crímen.

—¿Eso decís al que desea salvaros?

—No mintais de ese modo si pretendeis llamaros grande y noble. Ya que la desgracia no os inspire compasion, huid de ella, Marqués, que aun cuando sois lodo podeis descender á la más pestífera podredumbre.

—Os dejo, puesto que así lo quereis. ¡Ay de vos, D. Lope, ay de vuestra familia y de la que llamábais futura esposa!

—¡Ay de vos, Marqués, cuando Garci-Gomez sepa quiénes fueron mis asesinos!

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

—No los conocerá nunca.

—¡Ay de vos, Marqués, cuando os halleis en presencia de Dios! La vida es corta, os tengo emplazado, y debiera ya estremeceros el juicio divino.

—¡Qué lástima de cabeza rodando sobre la tierra que empapa en sangre y llena de luto las familias!

—¡Qué lástima de grande, tan pequeño en ideas, tan ruin y miserable en hechos!

—El verdugo os contestará por mí.

—Dios hablará luégo.

—¡Que él os perdone, pobre ajusticiado!

—¡Que él os confunda, mísero asesino!

Sale el Marqués, la puerta se cierra, y D. Lope queda frente á las imágenes de Jesús y María, con las manos cruzadas y la vista fija en aquellas.

De pronto exclama:

—No me resta hacer otra cosa en el mundo que morir. Ausente Garci-Gomez é impotentes mis amigos para entrar aquí, el hacha del verdugo segará en breve mi cabeza. Me olvido por lo tanto del mundo, que voy á abandonar, y doy ya principio al último y más solemne acto de mi vida. Jesús, María, vuestros nombres me entusiasman, vuestros retratos infunden en mi alma tranquilidad sublime. ¡Qué supone mi muerte, comparada con la tuya, Divino mártir del Gólgota; qué mis sufrimientos para los tuyos al pié de la cruz, tierna y dulce María! ¡No me falta valor, pero el hombre es débil, el trance que me espera cruel, y yo os ruego á los dos, admirables tipos de sublime abnegacion, fortalezcais mi alma en tan críticos momentos! ¡Qué mundo tan ingrato, qué hombres tan perversos! Mas ¿con qué derecho me quejo yo? Tú, Jesús mio, viniste á la tierra cuando entre cada cien hombres habia noventa y nueve esclavos y un tirano. Por las iniquidades que cometian los escribas y fariseos, se puede juzgar lo terrible de aquella época. Y tú, Niño divinizado, pasas tu infancia trabajando con tu padre José, creces, y ántes de cumplir la edad que yo ya tengo te consagras al bien de la humanidad.

© Biblioteca Nacional de España

Del verdugo quieres hacer el hermano de su víctima; rompes las cadenas del esclavo; haces una herida mortal en el egoismo y avaricia del rico, y por último, redimes al hombre de la humillacion en que lo hallas sumido. ¿Y qué recompensa recibes? Te prenden, azotan, escupen, escarnecen, cargan con pesada cruz y arrancan tu vida lentamente para que el martirio fuese completo. Tambien Sócrates sufre una suerte parecida por el solo delito de haber proclamado una verdad indiscutible, la existencia de un solo Dios. Yo, es cierto que me proponia ayudar á la redencion del pueblo castellano que esclavizan su rey y la mayoría de los señores feudales, pero mis armas no han sido las vuestras; yo usé de la intriga, y cuando no me bastó con esta, de la espada. Vosotros fuísteis hermanos caritativos, generosos, sabios y hasta sublimes; yo fuí hermanastro bueno á veces, fiero otras y terrible siempre. Dios me perdone no haberos imitado mejor. Jesús, María, yo os evoco; por Dios santo, nuestro padre comun, ayudadme á morir como cristiano, como caballero. Y luégo acompañadme á la presencia de Dios é influid para que su divina faz sonría al ver á este miserable que le faltó porque fué torpe, ignorante y se halló rodeado de maldades, de ejemplos funestos. Perdono á todos mis enemigos; perdono cuanto han hecho y hagan contra mí: en lo sucesivo sólo tendré para ellos frases dulces y cariñosas. Acabaron mis contrarios; sólo hermanos hay para mí en la tierra. ¡Dios mio, perdonadme como yo los perdono á ellos!

Y queda Padilla con la vista fija en el Redentor, las manos cruzadas y una actitud suplicante y ascética.

Habia anochecido, mas para la capilla de D. Lope, que recibia la luz de un pasillo, era ya completamente de noche y se alumbraba sólo con las dos velas de cera que habia en el altar. Esta circunstancia, el silencio que reinaba y el fúnebre aparato de la capilla, presentaban en estos momentos á Don Lope más simpático é interesante que lo estuvo jamás.

Se hallaba su rostro encendido, ardiente y fija en el Cristo la mirada, derecho el cuerpo, y con los grillos, la cadena y

© Biblioteca Nacional de España

las esposas parecia un mártir que encomendaba su alma á Dios, con gran entereza, eso sí, pero sin perder su actitud suplicante.

Poco ántes de terminar su muda, amorosa y suplicatoria oracion, rodaron por sus encendidas mejillas dos lágrimas que fueron á estrellarse en la tela de la sobrevesta que lo cubria.

Momentos despues se abre la puerta y entran en la capilla el verdugo cubierto con su hopa roja y gorra de grana, llevando el hacha al hombro, delante de un jefe de diez, y de dos soldados.

El segundo lleva en la mano un papel, los últimos la espada desnuda.

Queda la puerta abierta y en los umbrales se detienen los soldados.

El ejecutor avanza y se coloca á la izquierda del reo; el jefe de diez se pone á la derecha, y en el acto pregunta:

—¿Sois D. Lope de Padilla?

—Sí.

Le contesta el preso sin demostrar la más leve alteracion.

—¿Matásteis á D. Enrique de Giron?

—Sí.

—Oid la sentencia que varios grandes y señores de horca y cuchillo, de vida y hacienda han pronunciado contra vos por la muerte que dísteis á D. Enrique Giron.

Y se la leyó con los nombres de cuantos la autorizaban; despues le dijo:

—Que Dios os perdone y reciba bondadoso vuestro espíritu en su santa gloria.

—Amén.

Contestaron todos, incluso el reo.

El verdugo le preguntó entónces:

—¿Me perdonais la vida que me mandan quitaros vuestros jueces?

—Sí te perdono,—esclamó Padilla con voz segura,— y á ellos, y á todos los que me hayan ofendido.

—¡Que Dios haga con vos lo mismo!

—Amén.

© Biblioteca Nacional de España

Volvieron á replicar todos; el jefe añadió:

—Son las siete, á las ocho os cortarán la cabeza; en breve vendrán los ministros de Dios que os prestarán todos los auxilios espirituales.

—Gracias.

—¿Quereis tomar algun alimento, escribir algo?...

—Nada necesito, á excepcion de los ministros de Dios.

—Pues pronto llegarán.

Y salieron los cuatro, dejando á D. Lope resignado y tranquilo al parecer.

El infeliz volvió á cruzar las manos, quedando en la actitud anterior.

Cinco minutos permaneció de aquel modo.

¡Qué valor, qué grandeza de alma demostraba!

Se habia olvidado por completo del mundo, no hacía uso para nada de su materia, y todo espíritu, dirigia los pensamientos á Dios.

Aparecia en su rostro una satisfaccion impropia del paraje en que se hallaba y de su triste situacion.

Y era que se dirigia á su Padre Eterno y se comunicaba con él.

¡Es tan dulce, tan grato, al infeliz que se ve abandonado del mundo, dirigir la vista al cielo, rogar á Dios y recibir en el alma la esperanza cuando no la seguridad de que nos oye!

Y eso que tenemos una idea muy incompleta, muy limitada, muy chica de la bondad, de la justicia, de la grandeza de Dios.

Pero así y todo, ¡qué consuelo se halla pensando en el Eterno, rogando al Eterno, pidiendo al Eterno, bendiciendo al Eterno!

¡Y qué pocas veces lo hacemos con el amor, con la ternura, con la pasion debidas! ¡Sólo en esos casos extremos, y no todos los hombres lo verifican, pues hay ignorantes tan infortunados que desconocen ese bien y nunca probaron la dicha que produce ¡Dios! sólo ese nombre forma el poema de todos los siglos: Dios es más, vale más, puede más que toda su creacion.

© Biblioteca Nacional de España

Tan embebido se hallaba D. Lope, tan dichoso era en estos instantes, que no oyó abrir la puerta ni vió á los que entraban, hasta que una voz hirió la fibra más delicada de su corazon.

Se acababan de presentar en la capilla dos monges; el uno era alto, llevaba la capucha muy echada adelante y en las manos lo necesario para que el otro administrara al preso los últimos sacramentos. Y el segundo, de estatura un poco más que regular, semblante severo, con la capilla que le cubria la cabeza y parte del rostro, las manos escondidas entre las mangas del hábito, iba delante haciendo de superior.

Desde adentro dijo á los soldados que le franquearon la entrada:

—Cerrad y retiraos, no profaneis nuestra santa mision.

En el acto fué obedecido.

El monge miró por la cerradura, cubriendo luégo con un pañuelo blanco el agujero.

Reconoce despues el resto de la puerta, y notando que nada podia verse desde la parte exterior de lo que pasaba en la capilla, se retira á un extremo, diciendo á Padilla:

—Seguidme.

Al llegar al ángulo, le abre los brazos; Padilla deja caer la cabeza sobre su pecho, exclamando:

—¡Garci-Gomez!

—¡Amigo mio! ¿Dudásteis de mí?

—No, pero os juzgaba ausente.

—¡Cuánto habreis sufrido!

—Algo, pero ya estaba resignado; me parecia comunicarme con Jesús, y cuando entrásteis era hasta dichoso.

—¿Habeis estado débil, humilde ante esos miserables?

—No pude dormir como vos, eso lo hace un solo hombre en el mundo, Garci-Gomez, pero les he dicho más verdades que crímenes han cometido. ¿Para qué os habeis expuesto por mí?

—No volvais á hacerme esa pregunta. ¿Sois por ventura el único noble y generoso?

© Biblioteca Nacional de España

—Es que vuestra vida vale tanto como las de todos nosotros.

—No insistais, Padilla.

—¿A qué entrásteis aquí?

—¡Me gusta la pregunta! A salvaros.

—¿De qué modo?

—Esa no es cuenta vuestra. Tomad ese bote y apurad el líquido que contiene.

—¿Qué es?

—Un remedio contra los efectos de las impresiones que habeis recibido.

—Me lo bebo. ¿Y ahora qué hago?

—¿Estais sereno?

—Sí.

—¿Frio y natural como yo?

—Ya lo veis.

—¿Podreis salir por entre los soldados y sirvientes de Villena sin que noten turbacion ni nada en vos que les llame la atencion?

—Sí, señor.

—En ese caso voy á quitaros los hierros que os oprimen.

Toledo saca una llave á la cual obedecen los candados, y pronto D. Lope se ve libre de las esposas, cadena y grillos que molestan sus carnes y le impiden andar con facilidad.

—¿Quién os dió esa llave, amigo mio?

Le pregunta Padilla admirado de la prontitud con que le arranca su pesada carga.

—No os extrañe mi acierto; es la misma que han usado vuestros asesinos, y me la facilitó uno de los empleados del palacio. Ahora quitaos toda la ropa exterior y calzado. Y tú, infeliz,—dijo al otro monge,—deja todo eso que llevas en la mano, trae el hábito, la espada que ocultas, medias, sandalias, y ponte las prendas de que se despoja este caballero.

Estas frases eran pronunciadas á media voz, y de percibirse algo en el próximo pasillo debia ser únicamente un pequeño rumor que ninguno podria comprender.

© Biblioteca Nacional de España

Garci-Gomez fué obedecido, por más que á D. Lope no le era posible adivinar el pensamiento de su jefe, pues al concluir de ponerse el hábito quedaba con los largos bigotes y perilla que denunciaban el rostro de un militar disfrazado de fraile. Por el contrario, el monge que con él cambiaba de ropa tenía una barba larga parecida á la de los frailes capuchinos, que lo diferenciaba completamente de D. Lope.

Pero al concluir el cambio de trajes se aproxima Garci-Gomez al supuesto monge y fué arrancándole con cuidado toda la barba que llevaba pegada al rostro, hasta dejarle sólo dos largos bigotes y una perilla parecidos á los de D. Lope. A este último, con unto que llevaba á prevencion, le fué luégo fijando la barba que quitaba á aquel.

Ambos usaban melena, obedeciendo á la costumbre de la época, y nada habia que diferenciara sus cabezas, pues los dos eran morenos y por lo tanto tenian la cabellera negra.

Garci-Gomez puso al sustituto de Padilla los grillos, cadena y esposas, guardándose la llave.

Despues cogió al nuevo preso en brazos, llevándolo á la silla frente al altar donde estuvo sentado D. Lope.

—Ruega á Dios por tu alma, desgraciado,—le dice al oido,—que ántes de poco segará el verdugo tu cabeza.

Le obedece aquel, quedando en actitud devota y como demandando misericordia al Todopoderoso.

Garci-Gomez se vuelve á donde está su amigo, y le dice:

—En trascurriendo un breve rato, lo indispensable para aparentar que os he confesado y recibísteis los dos últimos sacramentos, cogeis esos objetos, y con la capucha muy calada salís por entre los soldados y sirvientes de Villena hasta llegar á la calle siguiendo de frente. No tardarán luégo en rodearos varios embozados que conoceis. Y siempre ocultando la mayor parte del rostro con la capilla, seguireis á aquellos donde os lleven. Calma, D. Lope, valor y serenidad; es indispensable que representeis vuestro papel de monge muy bien para que no venga abajo un plan que os da la vida con que ya no contábais y creen infalible nuestros amigos.

© Biblioteca Nacional de España

—Me sobran, Garci-Gomez, valor, serenidad, y puedo muy bien aparentar lo que deseais; pero es el caso que no debo ni quiero dejaros en mi lugar.

—¡Insensato, obedeced; yo os lo mando! En vuestro puesto queda ese infeliz sentenciado á muerte hace dos dias por los muchos crímenes que ha cometido en el mundo. Miéntras vos hallais la libertad y el mundo que perdísteis, yo prestaré al infortunio de ese gran criminal los auxilios espirituales á que es acreedor un hermano. Ya excité en él el remordimiento, ya siente haber delinquido; le daré valor para morir, rogando ambos á Dios que reciba misericordioso y pio su espíritu. Abrazado á él le acompañaré al tajo, y cuando el verdugo haya separado la cabeza del tronco, entónces dejaré este palacio y me volvereis á ver; que si yo no sirvo para sorprender y matar á veintiun asesinos, tengo en cambio la humanidad suficiente para guiar y fortalecer el alma de un desventurado, la precaucion y prudencia necesarias para estar abrazado á él y sellar sus labios hasta que el ejecutor los cierre por una eternidad, y valor bastante para estar en medio de esos tigres y disimular tanto que no me conozca ninguno.

—¿Y si os descubrieran, Garci-Gomez?

—Voy prevenido, Padilla; cerca están los amigos que tenemos en el palacio de Villena, y con sus espadas y la mia pronto saldriamos á la calle.

—¿Y luégo?

—¡Ay de ellos si algo intentan contra mí! No están léjos mis veinte caballeros, preparados se hallan los quinientos leones que nos obedecen, y si el enemigo me reconociera arderá esta noche Plasencia de Norte á Sur, de Poniente á Levante.

—Eso era lo mejor.

—Eso era lo peor, D. Lope; recordad que con mi indolencia en Búrgos comprometí sólo mi vida; vos, con vuestra indiscrecion esta mañana, estais haciendo peligrar nuestra causa.

—No pude evitarlo; la órden del príncipe iba dirigida á vos...

© Biblioteca Nacional de España

—No os molesteis; conozco la historia, y en estos instantes no debo reprenderos: concretaos á obedecerme, y cuando el peligro haya terminado, entónces nos daremos explicaciones.

—Pero ese hombre va á morir por mí, y si yo lo consintiera sería un malvado.

—Don Lope, reparad que pretendeis enmendarme la plana y estais delirando. Os he dicho que ese infeliz fué un gran criminal, lo sentenciaron á muerte é iba á ser ahorcado. Se va á adelantar su ejecucion: en cambio tiene mujer y tres hijos que dejaba sumidos en la mayor miseria, y á los que yo he dado del dinero de mi padre cinco mil ducados. Puede por lo tanto perder ese delincuente una vida que tan mal empleó siempre, con tranquilidad que ántes le faltó y ahora tiene. Vedlo qué resignado y contrito se halla.

—Empiezo á comprender vuestro plan, señor, y es tan admirable como todos los vuestros. Buena eleccion tuvísteis; ese hombre tiene mi estatura, grueso y color de epidermis y cabellos.

—Fueron sentenciados veintiuno á la vez y hubo donde elegir.

—¡Ah! sí; los salteadores de Coria que tenian aterrada esta comarca.

—Ese era uno de ellos. Aguardad un poco, que ya es tiempo de que haya podido concluir de confesaros; ahora vamos á suponer que recibís á su Divina Majestad.

Hernando coge la campana, que era uno de los objetos llevados por su acompañante, y comienza á tocar, murmurando frases en voz alta en latin y del mismo modo que cuando se administra ese sacramento.

Así permanece los minutos que juzga necesarios.

Al oir el tañido, los soldados que estaban cerca de la capilla caen en tierra y siguen de rodillas hasta que dejan de sentir la campana.

Alvarez de Toledo ha vuelto á incorporarse con Padilla, diciéndole ahora:

© Biblioteca Nacional de España

—Necesito concederos un poco de tiempo para que descanseis despues de haber recibido al Señor. A este acto debe seguir la Extremauncion; total, diez minutos, único tiempo que debeis permanecer en esta estancia. Por lo tanto podemos hablar.

—Supongo, —le dice Padilla, —que admitireis en cuanto salgamos de aquí los cinco mil ducados que entregásteis á la familia de mi infortunado sustituto.

—Imposible, D. Lope; quiero que esta noche quedemos en paz. Me salvásteis la vida y os la devuelvo; pero valiendo la mia como jefe algo más que la vuestra, abono yo esa cantidad y así nada os debo. Eso he decidido, y eso ha de ser.

—No insisto por hoy, que aún están amenazadas nuestras vidas y sabe Dios lo que sucederá todavía.

—Me tienen tranquilo el presente y porvenir, D. Lope; si nos matasen, peor para ellos; un crímen más poco supone en el mundo, pero sí mucho para el delincuente el dia que abandone este valle de amargura.

—Teneis razon.

—Si Dios consiente que perezcamos, consiste en que no siendo llegado todavía el instante en que Castilla debe regenerarse, nos equivocamos los que creimos lo contrario, y estamos aquí de más.

—No penseis, Garci-Gomez, que yo temo á la muerte.

—Lo sé; mas hay entre ambos la diferencia siguiente: vos despreciais la vida porque nunca supísteis lo que es, y yo la miro con indiferencia porque supongo conocerla perfectamente. Y aquí se cumple el adagio de que por diferentes caminos se puede llegar á un mismo paraje.

Y ambos continuaron hablando ocho minutos sin ser interrumpidos por nadie.

El reo continuaba sentado en la silla, cruzadas las manos y en actitud devota.

Sus ojos poco á poco iban siendo humedecidos por abundantes lágrimas.

Llega el instante supremo, y exclama Garci-Gomez:

© Biblioteca Nacional de España

—Abrazadme, D. Lope de Padilla. Hasta luégo ó hasta la eternidad.

—Parte mi corazon dejaros aquí.

—Valor y serenidad. Coged esos objetos sagrados; más adelante la capucha; así. La cabeza inclinada, el cuerpo encorvado; sois un lego ó sacristan; representad bien vuestro papel, y pasad por medio de vuestros enemigos burlando su vigilancia con talento y valor dignos de mi segundo. La puerta de esta capilla quedará entornada; si os descubriesen, gritad, tirais de la espada que esconde vuestro hábito y pronto me tendreis á vuestro lado, con algunos otros de los que sirven á Villena. La señal es: ¡Mueran! ¡Mueran! Al salir torceis á la izquierda, y pasillo adelante tomais luégo el de la derecha, que conduce al zaguan. No podeis perderos.

—¡Dios sea con vos, noble amigo mio!

—¡El os ampare y defienda!

Garci-Gomez vuelve á calar su capucha, dando inmediatamente tres golpes en la puerta de salida.

—Abrid,—dice á la vez á los soldados,—que va á salir mi ayudante.

Obedecido que fué, añade dirigiéndose á Padilla:

—Hermano, id derecho al monasterio, yo le seguiré cuando haya concluido de auxiliar á ese infeliz. Si el padre abad le pregunta por mí, dígale que al terminar entraré en su celda. Marchad.

Un jefe de diez, que estaba á la puerta, pregunta á Garci-Gomez:

—Padre, ¿recibió los santos sacramentos el reo?

—Sí.

—¿Está ya en disposicion?

—Sí.

—Entónces voy á avisar.

—Ya no es necesario que cerreis la puerta.

Y Hernando la entornó, quedando detrás con el oido fijo en las monótonas pisadas de D. Lope.

© Biblioteca Nacional de España

Su corazon late fuertemente, demuestra ansiedad, desasosiego que van poco á poco calmándose.

Todo él se convierte en oido. En aquel supremo instante juegan ambos su vida con muchas probabilidades de perderla.

Ya no oye nada; pero todavía espera, teme, duda, hasta que una sonrisa placentera reemplaza á su gran ansiedad.

Oye abrir y cerrar la gran puerta del zaguan, y sigue luégo un profundo silencio.

Padilla se ha salvado; Garci-Gomez pagó la deuda que contrajo con él, pero queda su vida ahora expuesta, amenazada. Los soldados que habia hasta entónces no le conocen, sólo un gentil-hombre sabe quién es, el cual le dió en medio de un pasillo al cruzar junto á él y con el mayor disimulo la llave, á favor de la cual pudo verificar el cambio de cadena, grillos y esposas; mas es posible que baje Villena, pueda reconocer al reo ó á él, en cúyo caso está perdido.

Saca, sin embargo, con la mayor tranquilidad una bolita de marfil que introduce en la boca para que haga variar su voz, y luégo coge la única silla que está vacante, la junta con la del reo, se sienta, y abrazando á este le dice fuerte:

—Dios te ha perdonado ya todas tus faltas, dale gracias, admira su bondad y resígnate con la suerte á que te condenaron tus delitos. En breve te hallarás ante la presencia de Dios. ¡Feliz tú, si como es de esperar te destina á su santa gloria! Di conmigo: ¡Señor, me vuelvo á arrepentir de todas mis faltas; os reconozco por mi Dios y Señor; os amo, os admiro, y lleno de asombro bendigo vuestra bondad, vuestra misericordia! ¡Qué pequeño y qué malo fuí; qué grande y qué bueno soy!

El reo repetia las frases de Garci Gomez con el mayor fervor. Decidido á morir tranquilo por la suerte de su pobre familia, estaba siendo sincero y profundo su arrepentimiento.

¡Qué fenómeno tan admirable! Aquel salteador de caminos, asesino y perverso desde que tuvo uso de razon; aquel hombre que vivió quince años destruyendo á la humanidad, amaba á su mujer y á sus hijos hasta el extremo de infundirle resignacion y tranquilidad su próxima muerte!

© Biblioteca Nacional de España

Aquel corazon corrompido para todos los séres, era sin embargo tierno y cariñoso para cuatro de ellos. ¡Admirable disposicion de la Providencia! Sin esa simpatía, sin ese amor que nace y crece hasta en los espíritus más impuros y groseros, no habria padre, no era posible la sociedad.

Garci-Gomez habia preparado al reo ántes de que entrara en el palacio de Villena, y ahora le estaban dando sus sábias frases un doble fruto, la contricion del reo y la seguridad de que no podia delatarle.

Continuaba nuestro entendido jóven haciendo repetir sus palabras al criminal, y seguia abrazado á él, cuando oyó el ruido de muchas pisadas que se acercaban hácia allí.

Entónces pegó su cabeza á la del reo para que se confundieran los rostros, sin dejar de pronunciar frases religiosas tan propias del acto como las que pudiera dirigir á Dios el monge mejor cristiano y más entendido.

De pronto dan una patada á la puerta, abriéndola del todo.

En los umbrales aparecen un grande andaluz, dos gentiles-hombres y en pos diez soldados.

A cinco pasos aguarda el verdugo con el hacha al hombro.

El grande exclama:

—Padre, ha llegado la hora de la ejecucion.

—Está bien,—le contesta Hernando;—pero dejadme al pecador hasta que haya espirado.

—Bueno, mas abreviad.

Sin soltar al reo Garci-Gomez, se ponen ambos en pié y abrazados rompen la marcha.

Delante van cuatro soldados con hachas, siguen Hernando y la víctima, detrás el ejecutor, despues el grande entre dos gentiles-hombres, y cierran la fúnebre comitiva el jefe y seis soldados restantes.

Van muy despacio, pues el preso no puede caminar de otro modo por impedírselo los grillos.

Garci-Gomez cogió el Cristo de talla que habia en el altar y se lo va enseñando al reo sin dejar de abrazarlo ni separar su rostro del de aquel.

© Biblioteca Nacional de España

Llegan á la escalera de los subterráneos; los cuatro soldados que van delante principian á bajarla, pero el preso no puede hacerlo por impedírselo los grillos; sólo Hernando puede abrir el candado, pero el descubrimiento de aquella llave en su poder lo perderia, no contaba con este conflicto y queda parado.

Busca una idea en su privilegiado cerebro, la halla é inmediatamente la realiza.

Va el grande á dar la órden para que quiten los grillos al preso, cuando Garci Gomez, haciendo uso de sus hercúleas fuerzas, coge á aquel en sus brazos y lo baja sin separar su rostro ni dejar de exhortarle á bien morir.

Llegan al último pasillo y vuelve á andar el reo hasta entrar en un calabozo, donde hay un tajo sobre paja que se extiende en torno de aquel.

Entran únicamente dos soldados con hachas, el reo, Garci-Gomez y el verdugo, al cual hace seña el anterior para que se coloque detrás y no lo vea la víctima en aquel supremo instante.

Los restantes han quedado en el pasillo, pero frente al sitio de la ejecucion.

Alvarez de Toledo anima, quiere fortalecer el espíritu del preso, mas no lo logra: aquel ha visto el tajo, desfallece y cae de rodillas sobre la paja.

Ya no oye, apénas ve y está casi muerto.

Pero aún le exhorta su agonizante, aún le dedica frases que conmueven á los presentes.

¡Qué talento está demostrando! El más entendido religioso no hubiera podido hacer más.

Poco á poco va inclinando el cuerpo del reo; le quita la sobrevesta, baja su ropa para que no se interponga entre la carne y el filo del hacha.

Y alzando cada vez más la voz, siendo sus palabras cada vez más conmovedoras, va colocando el cuello de la víctima sobre el terrible tajo.

Luégo empieza él á incorporarse sin quitar las manos del rostro del preso; hace seña al verdugo, este alza el hacha, y

© Biblioteca Nacional de España

al retirar sus manos Hernando, separa de un tremendo tajo la cabeza que rueda sobre la paja.

Aquel golpe fatal ha extremecido á cuantos lo oyen; el mismo Garci-Gomez ha temblado, y su voz se apaga por un instante.

Despues reza un padre-nuestro ayudado por cuantos están presentes, lo repite dos veces más, y concluye con una oracion en latin, en la cual ofrece á Dios el alma de aquel infeliz, le ruega se apiade de él y lo libre de las penas eternas.

Desde que Hernando tuvo la seguridad que Padilla estaba libre hasta aquel instante, ha sido un religioso sublime. Su talento y sabiduría se los ha dedicado por completo, y por esta causa ha dado tanta verdad al acto, que á nadie puede ocurrírsele deje de ser aquel monge lo que representa. Instantes hubo, y muchos, en que no se cuidó de esto Hernando: tal era el fervor con que dirigia á Dios sus frases.

Si de algo sirven los ruegos á la Providencia, ¿hubieran valido más los de un religioso que los de Alvarez de Toledo?

Creemos que no; si Dios oye las súplicas de sus hijos, no es posible que se fije en el oficio ó posicion del indivíduo, sino en la verdad del amor que se le ofrece y en la justicia de lo que se le pide.

¡Pero cuánto sufrimiento y amargura cuesta á nuestro noble mancebo aquel fingimiento en parte, aquella exactitud en lo restante!

No puede contemplar impasible la desgracia de los hombres, y ménos la sangre que vierten sus heridas, y tuvo que ir abrazado á un reo, que colocar su cabeza y cuello, que presenciar su muerte, y luégo vió la sangre que se empapa en la paja y la cabeza de la víctima que rueda sobre ella.

Al terminar su oracion se ve obligado á exhalar un hondo suspiro, cobra aliento, inclina la cabeza y el cuerpo, coge el rosario que sujeta su cíngulo, y rezando sale del terrible sitio de la ejecucion.

Todos se disponen á abrirle paso; pero ántes, el grande le

© Biblioteca Nacional de España

coge la mano y se la besa, cuyo acto de humildad imitan los restantes.

Van luégo dos soldados con hachas delante de él, sigue rezando, y de este modo sube la escalera y comienza á atravesar pasillos.

Su paso es lento, mesurado, y se le oye murmurar el rezo.

Encuentra sirvientes y más soldados, pero todos besan su mano y le abren paso con respeto y veneracion.

Llega al zaguan, le franquean la salida, recibe su diestra los últimos ósculos y sale á la calle, donde la brisa de la noche refresca su angustiado semblante.

Avanza, su paso es más ligero, echa abajo la capilla y respira con tranquilidad.

Segun anda van apareciendo embozados que le siguen á respetable distancia, pero sin perderlo de vista unos, ínterin otros vuelven la cabeza hácia atrás á cada instante.

De este modo cruza cuatro calles y la mitad de la quinta, entrando en un portal alumbrado.

Se dirige al piso principal, pasando á una habitacion pequeña en la cual se despoja de los hábitos, medias y sandalias, que cambia por una gorra, borceguíes y manto de paño.

Deja sobre una mesa la llavecita con que quitó la cadena, los grillos y esposas de D. Lope, y se dirige á un salon donde halla á aquel conversando con varios caballeros.

Vuelven á abrazarse, y Hernando es colmado de elogios por todos los presentes y algunos más que van llegando.

Son quince, y los catorce han ayudado poderosamente á la realizacion del pensamiento que acaba de llevar á efecto Garci-Gomez. Entre ellos está una de las autoridades principales de Plasencia, y á esta se le debe la supuesta evasion de un preso de la cárcel, despues que en union de Hernando fueron reconocidos los veintiun sentenciados á muerte.

El resto de este admirable acontecimiento lo deducirá el lector fácilmente, y por esto y en obsequio á la brevedad suprimimos los detalles.

Baste decir que Garci-Gomez y Padilla contaban en Pla-

© Biblioteca Nacional de España

sencia con más de cincuenta asociados de entre los más elevados de la sociedad.

Media hora despues se despidieron ambos de todos aquellos señores, saliendo de allí sólos y embozados cuanto podian.

Por el camino, pregunta Padilla á Garci-Gomez:

—¿Cuándo me ausento de Plasencia?

—Cuando yo, amigo mio.

—Pero si me han muerto.

—Y á mí tambien. ¿Soy yo acaso Garci-Gomez? ¿Ya se borró de vuestra memoria la noche aquella en que me aguardásteis al pié del muro que rodeaba mi prision?

—No, señor; mas yo no saco aquella barba y soy más conocido de los conjurados que vos lo érais entónces.

—¿Os avenís á marchar de Plasencia y permanecer oculto hasta el dia que la gloria corone nuestra causa?

—Muy duro es, mas ¿qué remedio tengo?

—¿Nada se os ocurre?

—Nada, ¿y á vos?

—A mí, sí.

—Sepamos, y que Dios os inspire.

—Yo saqué toda la barba de la prision, color más claro en la epidermis, larga melena, y era efectivamente muy poco conocido de dos solos de los conjurados, el Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena; el primero me vió dos solas veces, y el segundo una, con lo cual pude fácilmente estar entre ellos sin que me reconociera ninguno. Vos, en cambio, sois muy conocido de todos y en nada ha variado vuestra fisonomía, pues esa barba que llevais pegada, hecha hoy en dos horas por un inteligente, no puede serviros en adelante, lo cual impide que el jefe, el noble, el caballero D. Lope de Padilla siga en Plasencia usando su nombre ó cambiándole por otro cualquiera. Mas teniendo en cuenta lo indispensable que sois cerca de mí, la lealtad de nuestros parciales y de los jefes y soldados que nos obedecen, vais á echar abajo vuestra melena, bigotes y perilla, os cubrireis con el grosero traje de un plebeyo, y confundido entre los quinientos hombres que yo mando,

© Biblioteca Nacional de España

es difícil, si no imposible, que puedan reconoceros. Unas veces me servireis en la forma de criado, otras os mezclais con los soldados, y en general os es dado permanecer entre los veinte caballeros, que no han de desdeñar á fé mia alternar con vos, ni vuestro traje les impedirá obedeceros, estoy seguro. ¿Qué os parece mi plan?

—Admirable. Sin pelos en el rostro, cortada la melena y haciendo de soldado, puedo estar en Plasencia y junto á vos casi siempre con la impunidad necesaria. Tienen por otra parte tal seguridad de que mi cabeza ha rodado...

—No lo sabeis bien.

—¡Ay de ellos el dia que salgan de su error! El Arzobispo, Villena y Giron, si no mueren, sufrirán las consecuencias de un atentado tan infame como traidor.

—Don Lope, el Arzobispo me pertenece y os prohibo que atenteis nunca contra él; conmigo tiene bastante.

—Lo haré; pero los otros dos...

—No os entregueis nunca á ciega venganza, Padilla; procurad que vuestra conducta en nada se parezca á la de esos hombres sin conciencia ni virtud alguna. El destino os proporcionará, sin que vos la busqueis, la ocasion de gozar con las desgracias de vuestros enemigos, si es que al ocurrir estas conservais todavía la saña que ahora agita vuestro corazon.

En este momento llegan al semi-cuartel donde tienen alojada su gente.

La puerta está entornada, armados todos y dispuestos á la pelea.

Garci-Gomez manda que los soldados se retiren, y acto continuo refiere á los veinte caballeros la parte que deben saber sobre lo ocurrido á Padilla.

Da instrucciones, y volviéndose á cubrir con el traje de su criado, monta á caballo y sin aceptar escolta ni acompañamiento alguno, sale á las doce de la noche para Malpartida, donde le aguarda su sirviente.

¡Cuánto habia trabajado en las diez y siete horas que estuvo en Plasencia, cuánto habia sufrido durante ese período; pero

© Biblioteca Nacional de España

salvó la vida de Padilla pagando una deuda sagrada, y ahora corre por los campos de Extremadura satisfecho de haber vencido nuevamente á sus contrarios, mas triste y melancólico por el conjunto de maldades cada vez mayor que le ofrecen los conjurados! Estos hombres eran su antítesis, y el hidalgo mancebo se violenta á menudo al verse obligado á vivir, á hablar y á alternar con ellos!

Recuerda en este instante la solemne palabra que le dió el Arzobispo de ocultar la manera que tuvo Giron de perecer, y aun cuando lo disculpa algo la intriga de Villena que ya conoce, ve en aquel poderoso un egoista vulgar que le produce náuseas y desden.

De pronto exclama:

—Vendió el secreto, fué traidor conmigo, reservado, y me alegro en parte, porque de este modo no podrá nunca Garci-Gomez evitar los castigos á que lo tiene ya condenado Hernando Alvarez de Toledo.

Por fin sonríe, aguijonea á su potro, dejándole que siga el camino con su instinto, el cual es más útil esta noche que la vista de Hernando por la oscuridad con que caminan.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XII.

El dolor de costado.—Reserva de Garci-Gomez.—Regreso á Plasencia.—Presente de los conjurados.

Llega Alvarez de Toledo á Malpartida, llama á la casa donde le aguarda su criado, le abre este, é incorporado con él le pregunta:

—¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia?

—Nada absolutamente.

—¿Vino alguno en nombre del Arzobispo?

—No, señor.

—¿Averiguásteis dónde para aquel?

—En la casa principal de Toril.

—¿Qué dicen en Malpartida?

—Los patrones corrieron la voz de vuestra dolencia imprevista, añadiendo que habiais quedado enfermo en su casa con solo un criado.

—Muy bien. ¿Tengo donde descansar?

—Hay una cama dispuesta por si regresábais.

—¿Dónde está?

—En esta primera habitacion de la izquierda; tomad la luz y yo me haré cargo del caballo.

—Oye: no me despiertes hasta las ocho de la mañana; si manda recado el Arzobispo, contesta que estoy ya bien y que ántes de las nueve saldremos para Toril.

© Biblioteca Nacional de España

Y se acuesta tranquilamente, durmiendo hasta la hora que indicó á su sirviente que deseaba marcharse.

—Señor,—le dice Perez,—hace ya tiempo se presentó un criado de D. Alonso, le dí el recado vuestro y en el acto regresó á Toril.

—Ahora partiremos nosotros.

—Teneis almuerzo dispuesto.

—Lo acepto, y miéntras lo tomo, ensillas.

Hernando, despues que se hubo desayunado, da al patron una moneda de oro, y seguido de su sirviente marcha á Toril sin esforzar el paso de su caballo. Son cinco leguas y en andarlas emplea cerca de seis horas.

A las tres de la tarde se halla frente á frente del Arzobispo.

—¿Os hallais completamente bueno?

—Sí, señor.

—No puedo expresaros la alegría que siento.

—Gracias, D. Alonso.

—¿Qué tuvísteis?

—Dolor de costado.

—Pronto sanásteis.

—Gracias á la ciencia que me enseñó mi maestro.

—Ya se conoce.

—Y vos ¿qué hicisteis?

—Cuanto era posible. Ya me aguardaba el indivíduo y representante de los árbitros, discutimos largamente, firmando luégo el compromiso.

—Temia que no llegara tan pronto y os viéseis atacado del hastío en pueblo tan chico y sin recursos.

—No, ocupé bien el tiempo.

—Dichoso vos, que yo he sufrido bastante.

—Ya he llenado mi mision, y mañana, sin necesidad de apresurarnos, volveremos á Plasencia.

—Cuando vos querais.

—El árbitro marchó esta mañana, pues conviene ganar tiempo.

© Biblioteca Nacional de España

—Bastante estais perdiendo ahora en Toril.

—Son seis leguas, quiero andarlas de dia y con la ménos molestia posible.

Y prosiguen hablando, comen luégo, y á las nueve de la noche se retiran á descansar para levantarse á las seis y emprender el regreso.

Lo que realizan, volviendo á Plasencia al anochecer del tercer dia que le abandonaron.

El Arzobispo manda recado á Villena; Garci-Gomez pasa á ver á D. Lope, al que halla sin un pelo en el rostro, rapada su melena, cubierto con un traje de soldado y tan diferente que era imposible reconocerlo.

Hablando con él y sus veinte caballeros entretuvo más de dos horas, regresando á la casa del Arzobispo á las nueve y media.

Ambos tenian que comunicarse noticias, siendo Hernando el primero que da principio para decir al prelado:

—Voy á daros cuenta de un acontecimiento extraordinario, D. Alonso.

—Y yo á vos de varios; pero empezad.

—Al poco tiempo de salir nosotros ántes de ayer de Plasencia desapareció Padilla, y nadie ha vuelto á saber de él, á pesar de las averiguaciones que se hicieron.

—Es extraño, amigo mio. ¿Qué pensais hacer?

—Seguir preguntando hasta que dé con él.

—¿Y luégo?

—Si se cansó de servir á mi tio, dejarlo en paz; pero si resultase muerto alevosamente, entónces con calma y sangre fria castigaré á sus asesinos.

—Yo me inclino á creer que sucedió lo primero. ¿Y vos?

—Tambien, señor Arzobispo.

—Dicen que estaba enamorado de una mujer hermosa y rica, y es posible que la sirena lo haya atraido con sus encantos.

—Acaso; pero me duele creerlo capaz de una ingratitud tan grande.

© Biblioteca Nacional de España

—Mal hecho; los enamorados no reflexionan.

—Dejó sus caballos, criado y cuanto tiene.

—Pensará volver.

—Eso es, volverá.

—¿Lo habeis sentido mucho, Garci-Gomez?

—Bastante, porque es noble y leal como pocos hombres.

—Oid lo que yo tengo que participaros.

—Ya escucho.

—Sabeis bien que en el consejo tengo gran mayoría, pero el Marqués de Villena, que no quiere avenirse á recibir mi ley, ha traido un refuerzo que puede por lo ménos empatar las votaciones si no nos vence.

—Explicaos, que la noticia es grave.

—Hizo venir de Andalucía doce grandes que habitan en su palacio y los tendrá probablemente ganados.

—Si son hombres de corazon y de conciencia, no los temais.

—Son muchos, y juzgo que entre ellos habrá de todo.

—La desmedida ambicion que puso de manifiesto al procurar, en su entrevista con el rey, tanto para él y tan poco para la causa que defendemos, es un arma poderosa que, bien esgrimida, lo destrozará en todas las votaciones.

—Os doy el encargo de hacerlo, amigo mio.

—Lo venceré, no lo dudeis.

—Grande es vuestra irresistible elocuencia, mas en la ocasion presente nada ha de sobrarnos.

—¿Le temeis?

—Contando con vos, nada me arredra, Garci-Gomez.

—¿Qué otra cosa ocurre?

—Una desgracia que siento mucho, pero que en nada nos va á perjudicar.

—Sepamos.

—Uno de esos doce grandes andaluces lo es el Maestre Don Pedro Giron.

—A ese se le enseñan las copias que yo tengo de los originales, y habrá de hacer lo que le mandemos.

—No es eso, amigo mio; D. Pedro Giron dió una caida,

© Biblioteca Nacional de España

recibiendo el golpe en la cabeza. A consecuencia de eso le sobrevino una congestion cerebral que ha puesto su vida en inminente peligro.

—Horrible desgracia sería.

—Como amigo sí, pero teniendo en cuenta que obedece á Villena...

—No importa, D. Alonso; es nuestro compañero.

—Cierto, mas está tan unido al Marqués...

—Todavía vais á decirme que os alegraríais de su muerte.

—No creais, Garci-Gomez, que se perderia mucho.

—¿Pero sois ó no su amigo?

—Lo fuí, mas al ver su ingratitud...

—Sólida era la amistad que os unia.

—En este mundo no hay otra cosa que conveniencia, Garci-Gomez.

—Esa moral no la hallásteis en el Evangelio, D. Alonso.

—¡Son tan pérfidos los hombres!..

—Esa verdad podrá no ser teológica, en cambio es indiscutible.

—Yo no les tengo ya afeccion alguna.

—Ya lo he notado. ¿Tambien entro yo en esa totalidad?

—No, Garci-Gomez; á vos os quiero casi tanto como á Melania.

—Por lo mucho que me necesitais.

—Lo mismo haceis vos.

—La conveniencia es ante todo.

—Quién lo duda. Hablemos de otra cosa: mañana iremos á ver á D. Pedro Giron.

—No, por Dios.

—¿Quién os lo impide?

—Las copias de aquellas cartas.

—Disimulad vuestro enojo, cubramos la forma, sin perjuicio de aplaudir su muerte en el caso de que se realice.

—Don Alonso, Giron me hallará en frente cuantas veces quiera, á su lado nunca.

—No creí que le odiabais tanto.

© Biblioteca Nacional de España

—Ni un átomo; lo que hago es despreciarlo.

—Iré yo, disculpando vuestra ausencia.

—No intenteis lo último, porque mi actitud puede desmentiros. No es lo suficiente débil para que yo pueda perdonarle, ni lo bastante poderoso para que me obligue á disimular como hago con Villena hasta el dia de la catástrofe.

Despues hablaron ambos del estado de los asuntos del reino, y tan en favor de los conjurados se presentaban, que Hernando decidió esa noche equilibrar las fuerzas quitando á los conspiradores algunos partidarios.

Veamos cómo lleva á cabo intriga tan difícil y expuesta.

A la mañana siguiente sale el Arzobispo con objeto de visitar á Giron, y poco despues le sigue Hernando, dirigiéndose á la casa que habita el Conde de Alba. Este le espera por efecto de un recado misterioso que le mandó Garci-Gomez.

El Conde se llama D. Garcia de Toledo, y es primo hermano de Hernando; mas ocurre que Alba ignora, como todos los conjurados, que Hernando Alvarez de Toledo y Garci-Gomez son el mismo sugeto, y aun cuando le ligan á nuestro mancebo simpatías y afecto profundo, segun dijimos en otra ocasion, consiste en que se asimilan sus ideas y pensamientos, pues el Conde no imita con sus hechos á Villena ni al Arzobispo de Toledo.

La entrevista que va á realizar con su primo el supuesto Garci-Gomez es de gran trascendencia; puede con ella dar un golpe mortal al omnímodo poder de los conspiradores, ó comprometido Alvarez al vender su secreto á Toledo, sufrir las consecuencias de una torpeza ó equivocacion que deben amargarle el resto de su vida.

El éxito de intriga tan difícil y expuesta depende de que Hernando se haya equivocado ó no al juzgar al Conde de Alba.

Ambos se han estrechado cariñosamente al verse, y encerrados poco despues en la habitacion más retirada de la casa que habita el Conde, sin testigo alguno ni posibilidad de ser espiados, dice Hernando á su primo:

© Biblioteca Nacional de España

—Perdonad, amigo mio, si vengo á interrumpir vuestras ocupaciones; creo que me estimais, y abusando de vuestro afecto no he vacilado un instante en llegar á vos, al verme apremiado por la necesidad.

Alba vuelve á estrechar su mano, contestando:

—Siento, Garci-Gomez, que os disculpeis de la honra que me otorgais en estos instantes. ¿Quién dejará de estar orgulloso al contemplaros en su casa, contar con vuestra amistad ó ser distinguido por vos? ¿Hay en Castilla hombre más noble y generoso, de más talento é instruccion y que valga lo que vos? Hablad, amigo mio, y creed que me considero reconocido y obligado ante el solo hecho de venir vos á visitarme.

—Hallo en vuestros elogios, Conde, mucha bondad y benevolencia hácia mí, y no son tan buenas cualidades las que ménos han contribuido á traerme aquí. Si me lo permitís daré principio al cumplimiento de una mision importante, reservada y de gran trascendencia.

—Quedo pendiente de vuestro labio.

—¿Tendriais inconveniente en darme ánte todo vuestra palabra de honor de no revelar á nadie ni una sola frase de lo que os voy á referir?

—Os juro solemnemente callar, miéntras viva, lo que vos no querais que yo hable.

—Eso es más de lo que os he pedido, y agradezco tanta generosidad. Conde, nos hallamos conspirando; de intriga en intriga pretendemos llegar al destronamiento de Don Enrique IV, y es un hecho innegable, por desgracia, que á la mayoría de nuestros compañeros los inspiran y unen, en tan poderosa conjuracion, pasiones bastardas y un egoismo tan hipócrita como criminal. Esto motiva el que nuestros hechos no se contraigan á solo el destronamiento de Enrique IV; hay principalmente intrigas de unos conspiradores contra otros, ambiciones ocultas y ódios disimulados que nos presentarán en un cuadro horrible y sombrío el dia que nos arranquemos las caretas y aparezcamos ante la faz del mundo tal como somos. ¿Qué opinais sobre las ideas que acabo de exponer?

© Biblioteca Nacional de España

—Acaso sean exactas, Garci-Gomez; vos habitais junto á Carrillo, conoceis hasta sus más ocultos pensamientos, vuestra fina penetracion alcanza á Villena y vuestro gran talento abarca el conjunto y los detalles con prodigiosa exactitud. No debo deciros más hasta conocer la idea que aún ocultais.

—Me consta, Conde, que Villena quiere la regencia para él solo, y á ser posible, el trono de Castilla y de Leon, para imponernos luégo á todos su despótica voluntad. La usurpacion jamás dió otros frutos. Cuenta al efecto con sus grandes riquezas, omnímodo poder y el Maestrazgo de Santiago, que concluye de arrancar á la reconocida impotencia de un rey débil é ignorante.

—Empiezo á comprender vuestro pensamiento, amigo Garci-Gomez: es cierto cuanto acabais de expresar, y os proponeis juiciosamente acumular en torno del Arzobispo, vuestro amigo, las más grandes influencias para equilibrar ó vencer el poder del Marqués y evitar de este modo que este nos tiranice como regente ó rey. La idea es digna de vos y podeis contar conmigo.

—No, señor Conde, os equivocais por completo. Si ayudamos al Arzobispo y este triunfa de D. Juan Pacheco, nos sucederá con él lo mismo exactamente que con su rival, porque habeis de saber que Acuña no es ménos ambicioso, déspota y tirano que Villena.

—¡Qué decís, Garci-Gomez!

—La verdad; vengo á ver al amigo sincero, noble, leal, y no me trae cerca de vos una intriga tenebrosa é indigna de vuestro afecto hácia mí.

—¡Vos los conoceis bien!

—Llevo, Conde, mucho tiempo estudiándolos dia y noche, sin tregua ni descanso, en su vida pública, en la privada, y como vos dijisteis ántes, llegué á penetrar hasta sus pensamientos mas recónditos. En sus corazones sólo hay ambicion, egoismo, dolo é iniquidad. Ya comprendereis que yo no puedo ni quiero anteponerme ni igualarme á ellos, y que al retratároslos sólo me propongo que los conozcais bien.

© Biblioteca Nacional de España

—Gran favor me estais haciendo, Garci-Gomez; los empiezo á ver como vos, y aun cuando me estremecen y repugnan sus retratos, ansío conocerlos tal como son. Continuad, amigo mio, yo os lo suplico.

—¿Quereis que os refiera algunos de sus hechos, que dicen de ellos más que cuanto yo puedo expresaros?

—Lo deseo vivamente.

—Pues oidme.

Garci-Gomez cuenta al Conde lo que D. Alonso Carrillo de Acuña hizo con su primo Hernando Alvarez de Toledo desde la noche aquella en que le oyó cantar las trovas hasta el supuesto suicidio en la prision de Madrid. La sorpresa de su padre D. Juan y el encierro á que le condenó; la parte que tuvo el Marqués de Villena en el engaño de que fué víctima su tio D. Alvaro de Toledo; la maldad del Marqués en Soria, cuando obligó á la Condesa de Santistéban á que casara con su hijo; la conducta de los Girones para con él; le da á conocer los dos escritos del Maestre de Calatrava; lo que hizo D. Enrique, cómo y por qué lo mató Padilla. Y luégo la intriga del Marqués de Villena, declaracion del Arzobispo, con la sentencia y muerte de D. Lope.

Despues le refiere algunas intrigas entre Villena y Acuña, cerrando el cuadro con la declaracion explícita que le tiene hecha el prelado de aspirar á la regencia y luégo al trono de Castilla.

El Conde le oye, estremeciéndose á cada instante; demuestra el horror que le causan aquellos descubrimientos, y termina exclamando:

—¡Miserables asesinos, ambiciosos sin corazon, cómo pude yo estar cerca de vosotros, oiros y hasta obedeceros tanto tiempo! ¡Pobre Padilla, pobre primo mio, tan jóven, noble y entendido, asesinados tan cobarde, bárbara y cruelmente! Yo vengaré al último si puedo; llevaba mi sangre, mi apellido, y hago mia su causa.

—Eso esperaba escuchar de vos, señor Conde; no me equivoqué en el juicio que há tiempo tengo formado de vos.

© Biblioteca Nacional de España

—No puedo yo decir lo mismo de Garci-Gomez; me duele hablaros con esta franqueza, mas ahora no me explico la bizarría y nobleza que habeis demostrado en muchas ocasiones.

—Proseguid, Alba, que os oigo con gusto; á mí se me puede decir todo: siempre escuché desdeñoso los elogios que me hicieron, constantemente dí mi cariño y amistad al que despojado de vanas lisonjas me hizo justicia, me enseñó á corregir mis defectos, me dijo la verdad sin que le detuviera lo duro de las frases.

—Yo tambien.

—Grabo la idea en mi memoria por si en adelante me obligáseis á que os recordara esas dos frases. Ahora, decidme lo que gusteis, Conde; por duro que sea no ha de llegar ni con mucho al retrato que yo he de hacer de vos, pues no vine á adularos, sino á que escucheis la verdad.

—Me alegro, y continúo. Sepamos qué contestais á la siguiente pregunta: ¿cómo vos, tan valiente y entendido, tan generoso al parecer, tan hidalgo en la forma y con conocimiento tan completo de lo que son, piensan y hacen esos miserables asesinos, habitais con uno de ellos, alternais con ellos y sois para ellos un igual cuando no un servidor? ¿Qué os liga á esos malvados; la ambicion, el egoismo, ó qué pensamiento oculto, que no puede ser bueno sembrado en terreno tan cenagoso?

—Vivo entre ellos, conspiro y penetro sus secretos, porque de este modo podré un dia no lejano destruirlos poniendo remedio á la vez á tantos males como afligen á mi pobre patria. Y vine á veros para que me ayudeis.

—Nunca: despues de averiguar que son los asesinos de mi primo Hernando, de vuestro amigo y compañero el noble Padilla, yo no puedo permanecer un dia más entre esas furias de la tierra.

—Conde, no os empequeñezcais, que sois más grande que todo eso. Empezásteis mal y yo quiero que acabeis bien.

—Será, mas no por el camino que vos juzgais. Separado de esos tigres, frente á ellos y en alas del honor, combatiré

© Biblioteca Nacional de España

dia y noche hasta vengar la muerte de mi primo Hernando y la del noble Padilla, que tan bueno fué con vos, que murió por causa vuestra, sin dejar un amigo que acrecentara la sangre vertida por él con un torrente de la de sus verdugos.

—Proseguid, señor Conde; oigo los insultos que me estais dirigiendo en forma de indirectas, con sumo placer.

—Lo creo; estais rodeado y aspirando el aliento de hombres tan cínicos...

—Que acabé por parecerme á ellos. ¿Es cierto?

—Así parece, bien á pesar mio.

—Gracias, D. García de Toledo. ¡Cuánto os van á doler esos juicios! Os estareis arrepintiendo de ellos el resto de vuestra existencia.

—Haceos las ilusionss que querais, Garci-Gomez; no puedo ni aun destruíroslas.

—¿Ni aun gracia tan pequeña merezco de vos?

—No, señor, que sois el amigo íntimo, el confidente, el favorito del que asesinó á mi primo Hernando, del que osó atormentar á mi anciano tio D. Juan Alvarez de Toledo, del que denunció á vuestro amigo Padilla, firmando luégo su sentencia de muerte.

—Admirable indignacion la vuestra; me engríe y enorgullece.

—Yo creí que os ruborizaba.

—Ya veis que sucede lo contrario.

—¡Qué estoicismo, qué calma, qué sangre fria!

—Siendo así puede únicamente el hombre vencer á Enrique Giron del modo que yo lo hice.

—Acabemos, Garci-Gomez; ¿deseais algo más de mí?

—¡A que concluís por echarme de vuestra casa!

—No me es posible, caballero; me lo impiden los deberes de urbanidad...

—De modo es que si os fuera posible prescindir de ellos...

—Entónces, Garci-Gomez, ya habria dado la órden para que ensillasen los caballos, y al frente de todos mis servidores estaria abandonando esta guarida de criminales.

© Biblioteca Nacional de España

—Era cuanto deseaba saber de vos. Ahora, Conde, oidme, porque no os he dicho todavía la mitad.

—¡Aún faltan más crímenes!

—Queda todavía alguno; despues haré el deslinde de los campos y empezaré el relato de las virtudes, que todo no han de ser maldades.

—Preferiria que suprimiérais todo eso.

—Me es imposible; jamás hago las cosas á medias, me falta la mitad, y tengo por otra parte que reparar los estragos de tanto insulto como lanzásteis sobre mí. Supongo que no os ireis á negar á un acto de reparacion tan propio de caballeros.

—No, señor; os oiré esa otra mitad, puesto que empiezo á presentir un lance de honor.

—Conde, vos recibísteis de Enrique IV algunos desaires que tomásteis á ofensas. ¿Es verdad?

—Cierto. Pero no comprendo...

—Tened calma, que estais presintiendo un lance de honor. Ya visteis con qué sangre fría escuché vuestras crueles indirectas; yo no me altero ni impresiono aun cuando vea la punta de un acero dirigirse á mi corazon. Imitadme, y si luégo quereis dar principio á la venganza que os inspiran las muertes de Hernando y Padilla con la mia, á pesar de juzgarme aún vuestro más leal amigo, acepto anticipadamente vuestro duelo, jurando ántes no atentar en el resto de mi vida contra vuestra existencia, sagrada é inviolable para mí.

—Si no os conociese, diria que eso era miedo, pero no sois cobarde, os sobra habilidad y me volveis loco, hombre extraordinario. Tendré la calma que me pedís.

—Gracias; decia que juzgando vos ofensas deshonrosas los desaires del rey, en alas de esa indignacion que demostrásteis ántes y que me encantó, os pasásteis con armas y bagajes al enemigo del rey. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—Pero es el caso, amigo D. García, que no estudiásteis á los contrarios del monarca, y estos son bastante peores que aquel.

© Biblioteca Nacional de España

—Ciertamente.

—Abandonásteis una obeja débil, impotente y descarriada, para cambiarla por una espantosa manada de tigres, panteras y leopardos.

—Por eso desde hoy en adelante huiré de la una y cazaré á los otros.

—Soy más generoso que vos, y quiero por lo tanto destruir las ilusiones que llegan ahora á vuestra mente. ¿Qué podeis vos, señor Conde, contra casi toda la grandeza de Castilla no asociándoos á Enrique IV?

—En último caso formaré parte de las huestes del rey.

—Con nobleza obrais perdonando á Enrique y luchando contra sus enemigos; pero olvidásteis, D. García, que si yo no os hubiera dicho quiénes eran los conspiradores de Plasencia seguiríais entre ellos, defendiendo la torpe ambicion del caudillo que triunfe, y en verdad que sois poco agradecido, Conde.

—Estimo en lo que valen vuestras noticias, Garci-Gomez, pero no puedo prescindir de la repugnancia que me causa el que un hombre como vos ayude á sabiendas á los que tanto malo realizan.

—Os he dicho, y no me habeis hecho caso, que voy á salvar á mi patria de las desgracias que la afligen, y ahora añado que, prescindiendo yo de desaires, de ofensas personales, fijo siempre en la idea de salvar al pueblo que me vió nacer, me estoy sacrificando por lo más santo que existe para el noble castellano y de lo que vos, en verdad, os cuidais muy poco. Los desaires de un monarca necio atacan vuestro amor propio y os pasais á sus enemigos; os demuestro la maldad de los últimos, y os volveis con Enrique. ¿Cómo gobierna el rey sus estados? Haciendo la desgracia de Castilla y de Leon. ¿Qué sucederá si triunfan los conjurados y elevan al trono á ese niño de once años llamado Alonso, más débil é ignorante aún que su hermano? Que gobernarán el reino Villena ó Acuña, el desairado luchará contra el otro, transigirán por último, y el país se convertirá en botin que se comerán esos grajos sedientes de riqueza y poder. ¿Y la patria á todo esto,

© Biblioteca Nacional de España

Conde? ¿Su voz no tiene eco en vuestro corazon; no habló nunca á vuestra hidalguía; sus males, humillaciones y postracion no excitan jamás, no os promueven esa indignacion á que estais tan propenso siempre? ¿Cómo se asimila y confunde el noble Conde de Alba con esos grandes henchidos de egoismo y de criminal indiferencia que reducen la patria á sus únicos estados?

—La acusacion es tan terrible como justa, Garci-Gomez; mas ¿qué puedo yo hacer para salvar á mi patria?

—Uníos á mí, cobijaros bajo un lávaro santo, combatid dia y noche como yo hago, lo mismo al sol que entre las tinieblas, con hechos nobles y en tenebrosas intrigas, en todos los terrenos, de todos modos, hasta perecer ó convertir de nuevo Castilla y Leon en lo que fué ántes, en lo que está llamada á ser.

—¿Y dónde está ese lávaro santo, dónde esa bandera en pos de la cual le sea dado al caballero elevar su patria y nombre?

—¿No la veis?

—No.

—Sois miope, Conde; os ciega á menudo la indignacion, y no podeis distinguir la aurora de nuestra regeneracion que ya aparece por el oriente de nuestro porvenir.

—Ya que de tan noble blasonais, enseñádmela y os seguiré.

—¿Despues de los insultos que me habeis dirigido?

—Sí, que para eso aparentais calma y grandeza de espíritu superiores á las de cuantos séres conozco.

—¿Que aparento decís? ¿Luégo son fingidas?

—Dadme la prueba de su existencia verdadera enseñándome ese lávaro santo, y ya que soy miope llevadme de la mano en pos de ella.

—¿Qué pensareis de mí si lo realizo?

—Que sois el hombre más grande que conozco.

—Muy bien, D. García; ya os conozco, sé de todo lo que sois capaz, cuánto vale el Conde de Alba, y es muy justo que empiece por darme yo á conocer de vos.

—Lo creo inútil, señor Garci-Gomez; comprendo lo ex-

© Biblioteca Nacional de España

traordinario de vuestros hechos é ideas, y vale más que empeceis por enseñarme la bandera santa de que me habeis hablado.

—Conde, seguís miope y necesito primero daros vista. Tened ahora mucha calma, meditad bien las frases que me dirijais, porque no siempre está el leon con la calentura, y si despierta y os oye, lo vais á pasar mal, creedlo.

—Hablad.

—No he vengado á D. Lope de Padilla, mi amigo íntimo y compañero, porque estuve ocupado en salvar su vida.

—¡Qué decís!

Garci-Gomez le refiere el todo de su intriga, concluyendo por ofrecerle que verá á D. Lope cuando quiera, vestido de soldado y confundido entre los de la clase á que aparenta pertenecer.

El Conde de Alba le oye, se impresiona, lo admira como á un ser sobrenatural, y exclama:

—¡Qué talento, qué valor, qué audacia! ¡Y yo os he insultado! ¡Qué grande sois, Garci-Gomez, y qué miserable debo aparecer ante vuestros ojos!

—En prueba de que no es así, acabais de elevaros reconociendo vuestro error; mejor dicho, notando que os faltan calma y una prudencia que triunfan siempre, jamás humillan y por lo comun realzan al hombre. La santa indignacion vuestra no es la ira, el despecho ni la soberbia, pero sí el camino que conduce á aquellas, y malo es entrar en él, Conde.

—¡Es verdad! ¿No me guardais rencor?

—Ninguno.

—¿Seguís siendo mi amigo?

—Claro está.

—¿Me permitís que yo sea vuestro hermano?

—Bien; pero ántes es indispensable que hablemos sobre parentescos, pues creo que vamos á poder darnos ese mútuo nombre ayudados por la naturaleza.

—No os comprendo.

—Habeis de saber, que no fué sola la vida de D. Lope la

© Biblioteca Nacional de España

que salvé; tambien he logrado arrancar de su prision á ese primo porque tanto suspirais, llamado Hernando Alvarez de Toledo.

—¡Vive! ¿Dónde se halla? Hablad, por Dios, hombre incomprensible.

—Existe, no está léjos de aquí y vais á verlo esta mañana.

—¡Infeliz, osó llegar junto á su fiero enemigo el Arzobispo!

—¿No estoy yo aquí para defenderle?

—Teneis razon. ¿Os unen á él lazos de amistad?

—Ya lo creo; lo quiero tanto, que regalé á su padre una grandeza y muchos señoríos en Aragon.

—¡Vos!

—¿Qué os extraña? Devolví la vista al rey D. Juan, y en premio de tan gran servicio nombró grande é hizo ricohombre á vuestro tio D. Juan, el cual reside en su espléndido palacio de Moncayo con su primo hermano D. Alvaro, tio vuestro tambien.

—No lo sabía.

—Es reciente, vivís entre conspiradores, muy alejado de la corte é ignorais bastantes acontecimientos.

—¿Cómo no está mi primo Hernando con su padre y tio? Allí no le amenazaba desgracia alguna, y aquí se halla muy expuesto.

—Ama á su patria más que vos y viene á salvarla.

—¿Corre ya en pos de ese lávaro santo?

—No; lo empuña con su robusta mano y van detrás de él los grandes, los caballeros y las masas.

—Tambien yo le seguiré; me basta saber que es mi primo el caudillo para defender su causa.

—¿No quereis saber ántes cómo se salvó su vida?

—Si tuviéseis á bien referírmelo.

Garci-Gomez le contó cuanto le habia ocurrido con el Arzobispo desde Alcalá hasta la evasion de su calabozo.

Luégo añadió sus entrevistas con Doña Beatriz, á la cual no nombró, la presentacion á la infanta Doña Isabel, el talento, sabiduría y moralidad de aquella princesa, la vasta con-

© Biblioteca Nacional de España

juracion que ya conspiraba en favor de su causa, los signos con que se daban á conocer, acabando por abrir los brazos, preguntando al Conde:

—¿No me has reconocido todavía, primo?

—¡Tú, Hernando mio! ¡Loado sea Dios!

Y ambos se estrecharon con cariño fraternal. Alba, desprendiéndose luégo, añade:

—¡Y yo te he insultado; yo, que á pesar de nuestra larga separacion vengo admirándote desde la infancia! Perdóname, hermano, y si no soy digno de tu cariño, atraviesa mi corazon con la espada que ciñes.

—Al contrario, García, tus duras frases á Garci-Gomez te las inspiraba el afecto que profesas á Hernando y la nobleza é hidalguía que emanan en el corazon de todos los individuos de nuestro linaje. Harto he sufrido sin poderme descubrir á ti hasta que me fué dado penetrar tus pretensiones y los móviles que te retenian entre esos malvados. Ya que he podido arrancarme la máscara, presentarme á ti tal como soy, que te juzgo digno del apellido que llevas y que puedo departir con mi hermano en medio de los peligros, azares y turbulencias de esta época aciaga, estréchame de nuevo y deja á mi corazon que se extasíe en los brazos de un hombre generoso.

—¡Qué diré yo, Hernando, cuando viene contigo mi única felicidad, cuando me asocias á una causa santa, cuando voy á ser mandado por ti, cuando voy á ayudarte á destruir á todos nuestros comunes enemigos, salvando á la vez mi patria de la degradacion y la miseria! ¡Qué grande eres, Hernando; qué ventura para el que le es dado llamarte hermano! ¿Pero cómo puedes tú, tan valiente y poderoso hoy, vivir junto al Arzobispo, aspirar su aliento, hacer triunfar con tu génio y elocuencia sus pretensiones ante el consejo y hasta darle una mayoría que sin ti no le era posible obtener?

—Dominándome, García; ahogando en mi pecho toda clase de pasiones, y esperando con calma y sangre fría el momento del triunfo para mi causa, la hora de la venganza para el Arzobispo y cuantos malvados hay en Castilla y Leon. El

© Biblioteca Nacional de España

que se indigna con la facilidad que tú, y en alas de la ira justa ó injusta se lanza contra su enemigo más temerario que valiente, más valiente que reflexivo, se precipita, primo, cae en el piélago y se ahoga. Yo no hago eso nunca, ya lo ves; sufro, aparento ayudarles, voy minando poco á poco el castillo que ellos levantan orgullosos y altaneros, y cuando se derrumbe y los aplaste, me cruzaré de brazos para contemplar mi obra, sin que la más ténue sonrisa denuncie en mis labios la satisfaccion que pueda sentir el alma.

—Lo harás, Hernando. ¡Ay de todos ellos el dia que ese edificio se desplome! Admiran tu talento, y ciegos no lo temen. Yo te ayudaré tambien como simple soldado; ante un gigante como tú todos somos pigmeos.

—Si crees que puedo servirte de modelo, imítame, García. Prescinde, destruye para siempre tus arranques de indignacion; la calma es el mejor alimento de la vida; defiende al espíritu de los rudos ataques de las pasiones y guarda el cuerpo de toda asechanza traidora. Lo frio de la sangre es la verdadera cota de malla con que se cubre el espíritu fuerte.

—Te imitaré. ¿Qué hago, hermano mio? Dispon de mi vida y de cuanto tengo.

—Nada; sigues conspirando al parecer, obedeciendo los acuerdos del consejo y esperas á que yo disponga otra cosa.

—¿Me condenas á la inaccion?

—Si tanto empeño tienes, voy á darte un encargo que me importa mucho desempeñes con el mayor acierto. Entre los conjurados hay un primo nuestro y varios amigos tuyos, á los que puedes atraer con habilidad á la causa que ya defiendes conmigo. No todos quieren la ruina de Enrique IV por medrar; los hay que aborrecen al monarca por sus vicios, indolencia y debilidad, que aspiran sólo á su destronamiento; de esos traeme cuantos puedas, estudiándolos como yo á ti ántes, y sin que ninguno sepa que vive tu primo Hernando Alvarez de Toledo. La mision no puede ser más útil é importante.

—La desempeñaré con mucho gusto y todo el acierto que me sea posible.

© Biblioteca Nacional de España

Ambos continuaron hablando, despidiéndose por fin Garci-Gomez de su primo con un estrecho abrazo.

Con el Conde de Alba y los grandes que á este siguieran, ganaba mucho la causa de Doña Isabel y se debilitan las fuerzas de los conjurados, tan poderosas hoy, pero que Hernando equilibra con las de D. Enrique.

Satisfecho nuestro jóven del resultado de su entrevista con Alba, regresa á la casa del Arzobispo, donde ya aquel le aguarda para almorzar.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII.

Alivio inesperado.—El gran consejo.—Terrible resolucion de los conspiradores.

Visto por el Arzobispo el silencio que Garci-Gomez guardaba sobre Giron, le dijo:

—He visitado al Maestre y sigue lo mismo.

—En ese caso,—le contestó Hernando,—sanará.

—¿Por qué?

—Las heridas de la cabeza, si no matan en el acto, por graves que sean se curan.

—Eso mismo ha dicho el médico, dando hoy por primera vez alguna esperanza de salvarlo. ¿Os complace la noticia?

—No me alegra ni la siento.

—He notado, con mucho disgusto, que Villena sigue teniendo de su parte á los once grandes que vinieron con Giron de Andalucía.

—Cuando necesitemos de ellos puede que sea otra cosa.

—Quién sabe lo que habrá podido ofrecerles.

—Quién sabe lo que á mí se me ocurrirá decir en la asamblea sobre la manera que tiene Villena de cumplir lo que ofrece.

—¿Seriais capaz de expresaros así contra hombre tan poderoso?

© Biblioteca Nacional de España

—¿Le teneis miedo, señor Arzobispo?

—Ambos nos lo profesamos mútuamente.

—Pues yo no os temo á ninguno de los dos.

—Sería peligroso un rompimiento prematuro.

—Puede que lo hagan indispensable las circunstancias.

—Tambien yo lo preveo, pero juzgo que aún no nos conviene.

—Triunfemos de él, se le obliga á que transija por el pronto y luégo se le da lo que merezca.

—Eso me parece lo más juicioso.

—¿Cuándo se reune la asamblea?

—Solo aguardamos la muerte ó el restablecimiento de Giron. Los árbitros fallarán hoy, Enrique IV se opondrá á que se cumpla lo que aquellos decreten, y ese es el momento señalado para reunirnos en Avila, destronar al rey, proclamando en el mismo instante al príncipe D. Alonso.

—En ese caso, señor Arzobispo, es natural que se nombre aquí la regencia, y por lo tanto sea en este primer consejo en el que se verifique la ruptura.

—No me atrevo á aventurar contestacion que afirme ó niegue. Eso parece lo probable, mas si nos desunimos es posible que el rey nos haga sucumbir.

—Encargaos vos de la reconciliacion, ya que tan necesaria la juzgais, que en el caso de sorprendernos un rompimiento yo diré de Villena y Giron quiénes fueron siempre y lo que pueden esperar de ellos la patria y hasta los grandes que les siguen.

—Me recordais ahora una pregunta que há tiempo deseaba haceros: ¿quién tiene los originales de las dos cartas cuyas copias conservais relativas á Giron?

—Relativas á mí y firmadas por el Maestre; más no puedo complaceros, D. Alonso.

—¿Por qué?

—Son de la propiedad de Padilla, juré no decir donde él las depositaba por un plazo dado, y me es imposible faltar á promesa tan sagrada.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ah! ¿Con que vos lo sabeis?

—Claro está; de lo contrario para nada me servian las copias.

—Luego si alguno negase la autenticidad de las que vos teneis...

—Entónces haré uso de los originales.

—¿Corrieron muchas manos los últimos?

—Lo ignoro.

—¿Nada de eso os dijo Padilla?

—No, señor.

—¿Y qué habeis averiguado de D. Lope?

—Absolutamente nada.

—¿Qué dicen de él los veinte jefes que os obedecen?

—Temen que lo hayan asesinado y me han ofrecido sus vidas para cuando yo quiera vengarlo.

—¿Qué pensais vos?

—Que lo busquen.

—¿Y si no lo hallan?

—Algo averiguarán, y entónces probaré á su memoria que soy agradecido á la vida que me salvó. Pero con calma: si viérais qué paciencia tengo yo para eso de venganzas.

—¿Sí?

—Una sangre fría que pasma; me es igual esperar un año que dos; lo único importante para mí es evitar que una precipitacion comprometa el éxito. De este modo se logra el objeto con toda la impunidad posible.

—¿Y quién tiene esa paciencia?

—Todo el que es gran pensador.

—Pues yo pienso y carezco de ella.

—Eso prueba que no pensais lo bastante. Y es verdad, porque ahora se me ocurre una prueba.

—Sepamos.

—Si no os hubiérais precipitado con Hernando Alvarez de Toledo, ahora que su padre es ricohombre de Aragon podia estar unido á Melania, ser ellos felices y vos el más venturoso de los padres.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Qué estais diciendo, Garci-Gomez, padre yo!

—¿No es vuestra hija adoptiva, como D. Troilo y el milagrero abad de San Benito?

—Es verdad; pero á ella la quiero mucho más.

—Pues no está justificado vuestro afecto.

—¿Por qué?

—Vale infinitamente más fray Cirilo.

—¿Qué decís, insensato? ¿No admirásteis el talento de Melania?

—Os digo que tiene más el abad.

—Cuestionais un delirio.

—Eso creo yo de vos.

—¿Pero en qué os fundais, hombre?

—Fray Cirilo habla casi todas las noches con San Benito.

—¿Lo decís de veras?

—Sí, señor.

—¿Lo creeís así?

—Por qué no; ¿duda el Arzobispo de las revelaciones?

—Doy por hecho que habla con San Benito; ¿y qué?

—Y con varios otros santos, y hasta con la Vírgen si es necesario.

—¿Os chanceais, Garci-Gomez?

—¿No hizo brotar cerca de Segovia las llamas del infierno?

—Sí, y quinientos otros milagros; pero tiene tan poca inteligencia, es tan terco, tan...

—Concluid; parece que vais á decir tan idiota.

—No, pero ese fraile me disgusta.

—¿Para qué le protegeis entónces?

—Por ser hermano de Melania.

—¿Por eso sólo?

—Sí.

—¡Ah, terrible pecador, y cuán ciego estais! ¿No vísteis que fray Cirilo se halla saturado con el purísimo aliento de las vírgenes y los santos, y que eso suele entontecer en apariencia? Amais un tipo humano que nada tiene de santo, y al reverendo que habita en esfera celestial le mirais con desden.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué dirán vuestros feligreses de Toledo si llegan á saberlo; qué dirian el padre Santo, los cardenales!...

—Sí, y hasta los monaguillos; pero dejadme en paz con esa música.

—¡Cruel, ingrato protector que no distingue lo divinizado de lo profano, lo sublime de lo que tan poco vale! ¿Qué sería de nosotros si entre aquellas llamas no se hubiera declarado el demonio partidario del rey, y los santos del infante D. Alonso; sin aquel niño que tales cosas dijo en nuestro favor; sin los leones chicos que devoraron al grande?

—¿Sí? Pues ahora aparecen en sus milagros tan malo Don Alonso como D. Enrique, y solo una mujer, segun me han referido, es la heroina de la funcion.

—¿Una mujer? No comprendo.

—Ni yo; juzgo que será su hermana. No me obedece.

—¿Pero no recibe inspiracion divina?

—Garci-Gomez, para broma ya basta.

—Tambien es posible, y perdonadme esta idea, que los santos varíen de opinion como los hombres. Solo así se explica que vuestro hijo adoptivo abandone en sus milagros la causa justa del infante D. Alonso. ¿No habria medio de conjurar esa volubilidad?

—No, pero era posible cortar la lengua de todo aquel que se burla de cosas sagradas.

—Mal lo pasaríais si una ley impusiera ese castigo y se cumpliese.

—Nunca os ví tan alegre y jovial.

—No es eso; consiste en que me encantan vuestras ideas sobre milagros y revelaciones. ¡Tantos como se han hecho por vos, y no creeis sin embargo en ellos! ¡Qué rareza!

—Yo no he dicho eso.

—Pues si los aceptais, si son verdad, en ese caso no se equivoca fray Cirilo y es cierto cuanto dice ahora del infante y de esa otra dama que ignoramos quién es. Y pregunto yo: ¿por qué no ha de venir á Plasencia el abad, por qué no lo nombramos caudillo y le obedecemos con ciega sumision? Sus

© Biblioteca Nacional de España

palabras, inspiradas siempre, siempre verdaderas, nos conducirian á la perfeccion, y es seguro que entónces nuestro triunfo sería el de la justicia, el de la razon.

—Somos tan grandes pecadores que no hay posibilidad de que entremos en esa rectitud.

—Enmendémonos, D. Alonso; venga aquí fray Cirilo y sea él el que nos mande. Tengo ganas de verlo volar ó de que un santo de piedra nos comunique una órden; porque todo es posible con tal que su reverendísima lo pida con insistencia. Siempre sería eso mejor que las súplicas dirigidas al cielo por los grandes cuando acaban de abandonar el silo ó se ocupan de arbitrar medios de asesinar á alguno de sus compañeros, como sucedió, por ejemplo, conmigo en Búrgos. No se habria suicidado Hernando Alvarez de Toledo si vos, ménos rebelde y más atento á la verdad, oyérais á vuestro hijo adoptivo el dia que os participó en nombre de San Benito la conveniencia de unir á los dos amantes.

—¿Quién os dijo eso?

—Melania.

—¿Quereis acompañarme á mi cámara de escribir?

—¿Os dais por vencido?

—Sí.

—¿Vamos á trabajar?

—Extenderemos varias órdenes importantes.

Así lo hicieron ambos.

Hernando dominaba ya al Arzobispo, hasta el extremo de burlarse de él segun concluia de hacerlo.

Cuatro dias despues recibia Garci-Gomez la siguiente carta:

«Mi querido primo: Cuento ya en Plasencia con cinco grandes y treinta y dos nobles. Esta noche á las diez estarán todos en mi casa dispuestos á pronunciar el sagrado juramento. Tú lo recibirás, y al efecto te aguarda á esa hora tu primo,

García.»

© Biblioteca Nacional de España

Más tarde llegó á manos de Toledo una larga comunicacion de Doña Beatriz y un cofrecito lleno de medallas fabricadas *ad hoc* para los conjurados de Plasencia, con un sobrante para los que fueran ingresando.

El número aumentaba cada dia, los grandes acontecimientos debian sucederse con rapidez y era indispensable que se reconocieran con algo más que con un signo. Este distintivo señalaba la clase á que cada uno pertenecia; por eso las habia de cobre, plata y oro. La de Garci-Gomez, mayor en tamaño, tenía en el centro una esmeralda grande como signo de primera autoridad entre los asociados.

Por la noche fué Hernando á casa de Alba; ya le aguardaban todos los grandes y caballeros que deseaban ingresar en sus filas, verificándose el acto con toda la solemnidad posible. Esta reunion fué contraria á cuantas tuvieron los conspiradores y sus enemigos los partidarios de Enrique. Los últimos se juntaban para discutir y acordar los medios del triunfo y engrandecimiento de los parciales de una parte ú otra; Garci-Gomez y los suyos trataron únicamente del bien de la patria, por el cual juraron todos verter hasta la última gota de sangre.

Hernando pronunció varios discursos, logrando inocular en sus oyentes todas las ideas de moralidad, órden y justicia que llegaban de continuo á su elevado espíritu.

Despues les habló de algunos de sus planes futuros, mereciendo unánime aprobacion y prolongados aplausos.

A media noche se retiró nuestro jóven, hallando con sorpresa al Arzobispo que le estaba esperando en su cámara de escribir.

Frente el uno del otro, le pregunta el prelado con ironía:

—¿Hay silo en Plasencia, amigo mio?

—Dicen que sí, y lo creo, porque donde existen viciosos allegan medios los judíos para explotar tan feas pasiones.

—Creí que estaríais en él, á juzgar por la hora que os retirais.

© Biblioteca Nacional de España

—Entré una sola vez en esos inmundos lugares, y ya vísteis las consecuencias.

—Pues del templo no venís.

—¿Quién os lo ha dicho? Yo, D. Alonso, no niego milagro alguno ni rechazo las santas revelaciones, como hacen algunos que debieran ser los primeros en defenderlos.

—Mudemos de conversacion. ¿De dónde venís tan tarde?

—De hablar con varios grandes que deseo estén á vuestro lado en las deliberaciones.

—Me alegro y aplaudo vuestra prevision, pues habeis de saber que mañana deja el lecho D. Pedro Giron.

—Ya os lo dije; las heridas de la cabeza, cuando no matan en el acto, se curan con facilidad.

—Quiere Villena que se celebre el gran consejo con la brevedad posible.

—¿Y qué acordásteis?

—Hoy es mártes y nos reuniremos el viérnes por la noche. Contad con que tiene de su parte á los once andaluces.

—Gran mérito habria en que votasen con nosotros.

—Lo creo imposible.

—Sin embargo, entiendo que no nos vence en esa gran asamblea.

—Vamos á reunirnos sobre cuarenta, y nos son contrarios veinte por lo ménos.

—Trabajad en los tres dias que nos quedan, ganemos voluntades y que la suerte decida despues de nuestros destinos futuros.

Y los dos se pusieron de acuerdo en los pasos que debian dar para tener de su parte la mayoría de los votos.

El sagaz Villena no se descuidaba tampoco; ambos, recatándose el uno del otro, ofrecian, halagaban y un pensamiento egoista y criminal inspiraba todos sus actos.

En tal situacion llegó la noche del viérnes y se reunieron en el salon principal del Arzobispo hasta cuarenta y dos.

Don Alonso ocupa la presidencia, teniendo á derecha é izquierda al Marqués de Villena y al Almirante de Castilla. A

© Biblioteca Nacional de España

estos tres siguen los restantes grandes, formando dos alas en el centro del salon.

Visten los cuarenta ricos trajes talares recamados de oro; usan espada corta, precioso cíngulo, borceguíes de terciopelo, y escarcela en la que brillan piedras preciosas.

Están descubiertos y la severidad impera en sus semblantes y actitud.

El presidente y el Arzobispo de Sevilla ostentan las vestiduras propias de su clase.

Y á los costados próximos á las paredes del salon, de pié y como agradecidos á una honra singular, hay más de cien nobles que han sido llamados para que presencien como mudos testigos lo que resuelve aquella magna asamblea.

No hay en el salon más sillones que los cuarenta y dos, ni otra mesa que aquella que tiene delante la presidencia. El piso se halla tapizado con alfombra oscura; las paredes están forradas de raso verde, tres arañas y dos candelabros prestan claridad al extenso paralelógramo, no hay cuadro alguno, el artesonado es antiguo y el conjunto aparece tan severo é imponente como los rostros de los grandes.

Nunca presentó el semblante del Arzobispo de Toledo tanta inseguridad de triunfo como en los momentos actuales.

Allí está Giron en medio de sus once compañeros andaluces, y enfrente se halla Garci-Gomez, junto al Conde de Alba, y en pos siguen cinco grandes que no han de tener otra voluntad que la suya.

Giron no osa mirar á Hernando; el Marqués de Villena se fija en él con temor, y D. Alonso le contempla como su esperanza.

Sigue al acto de ocupar cada cual su puesto un profundo silencio que corta el Arzobispo de Toledo con las siguientes frases:

—Grandes y señores de Castilla: nos reune esta noche aquí el acontecimiento más terrible y trascendental que presenciamos hasta ahora. Todos sabeis que Enrique IV ofreció sujetarse á lo que acordaran los cuatro árbitros que nombra-

© Biblioteca Nacional de España

mos entre él y nosotros, aquellos han fallado, y D. Enrique se niega abiertamente á cumplir los preceptos de tribunal tan competente y justo. Ese rey, mengua de Castillla, escarnio de las edades venideras, entregado al vicio y la molicie, se hizo impotente para gobernar. En mi concepto no deben Castilla y Leon consentir ni aun que lleve el nombre de rey. Juró sobre los santos Evangelios cumplir y hacer cumplir nuestras leyes y fueros, y tantas veces y de tantos modos ha faltado, que á nadie puede obligar ya á que le preste obediencia: tenemos el derecho, tenemos el deber y tenemos la fuerza; discutamos y cúmplase lo que opine la mayoría de nosotros. Abro, por lo tanto, el debate, sometiendo á vuestra resolucion si debe ó no seguir reinando ese azote de la humanidad Enrique IV.

Tres solos discursos se pronuncian por Villena, el Almirante y el Conde de Plasencia, pidiendo el inmediato destronamiento de D. Enrique, cuya idea es aprobada por los cuarenta y dos.

Seguidamente ponen á discusion la sustitucion de aquel, aprobando tambien por unanimidad el nombramiento para rey del príncipe D. Alonso. El Arzobispo de Toledo fué el encargado de demostrar las excelencias del futuro monarca, y lo hizo con tal exageracion, que el retrato era una verdadera antítesis del original.

Han destronado un soberano y ya tienen otro; seguidamente se ocupan de los medios que deben emplear para llevar á cabo el pensamiento y aprueban los mas ridículos que se proponen, segun veremos cuando los realicen.

Y pasan á contar el número de sus contrarios; dan por hecho que les sobra ejército para aniquilar en breves dias al enemigo, y hablan poco de aquello que más les importaba discutir para prevenirse contra las asechanzas de sus contrarios.

Señalan el punto y dia en que deben hacer la proclamacion, y ocupan más de una hora en detallar la fiesta.

Hasta este momento no hubo oposiciones ni los ánimos llegaron á exaltarse; pero Garci-Gomez, que permaneció sepulta-

© Biblioteca Nacional de España

do en profundo silencio durante las deliberaciones, hace uso de la palabra por primera vez, cogiendo la tea de la discordia para arrojarla con mano potente en el corazon de la asamblea.

—El príncipe D. Alonso, señores,—exclama con voz varonil,—es menor de edad; no puede por lo tanto gobernar el reino en algunos años, y ántes ó á la vez de su proclamacion debe estar nombrada la regencia que en su nombre ha de administrar justicia. Nunca como ahora necesitó la nave un piloto que la lleve al puerto de salvacion. El acontecimiento que vais á realizar en Avila levantará olas inmensas, y furioso el océano acrecerá la tormenta que ha de durar mucho tiempo, que ha de tragarse muchos hombres. ¡Ay de nosotros, ay de Castilla y de Leon si la mano fuerte y robusta de un hábil marino no se coge al timon y con esfuerzos heróicos conduce el navío á la bahía del porvenir!

Calla Hernando y á sus frases sigue un continuado silencio.

Villena se juzga ese piloto, tambien D. Alonso, cualquiera de ellos se cree con aptitud suficiente para realizar el gran pensamiento de Garci-Gomez; pero ambos se conocen, se temen y ninguno osa desplegar los labios.

Los restantes ven clara, terminante la ambicion de los dos hombres designados de antemano á ocupar la regencia; en pos de la lucha entre ellos vislumbran el caos y tiembla la mayoría, no por la triste suerte que á su patria le espera, sino por lo que ellos puedan perder ó dejar de ganar.

Alvarez de Toledo lee en el corazon de cuantos están presentes, y añade:

—Si yo estoy equivocado, desechad mi proposicion, pero discutirla, porque hay algunos que opinan como yo, porque el príncipe D. Alonso es un niño que debemos empezar á educar, y porque es imposible que hagamos nada con acierto si todos mandamos. Voy á pronosticar un acontecimiento que leo en el porvenir y que no habeis tenido en cuenta hasta ahora. Es cierto cuanto habeis dicho sobre la impotencia, de-

© Biblioteca Nacional de España

bilidad é ignorancia de D. Enrique IV; pero estad firmemente persuadidos que el dia en que sepa Castilla lo que vamos á hacer con él y recuerde que es hijo legítimo y heredero de Don Juan II, nos quitará muchas voluntades, acudiendo en su defensa inmensas oleadas de pueblo con nobles y grandes que lo defenderán por lástima y que darán vidas y haciendas por compasion. Nuestro pueblo, señores, dista mucho aún de haber perdido por completo la hidalguía que tanto lo elevó tiempos atrás; reunido mañana en torno de su monarca, será poderoso, la desesperacion cambiará al rey, y es lo posible que nos venza si solo le oponemos como primer caudillo un infante de once años de edad. Nombremos por lo tanto regente, y para que nuestra eleccion sea acertada, prescindamos de afecciones personales y sea elegido el que haya dado más pruebas de abnegacion, de talento, de valor y de honradez; y si ese tipo no os agrada, entónces votad al más poderoso, al de más influencia en el reino, al más respetable por su clase y condicion, en cuyo caso no podreis vacilar, enfrente lo teneis, presidiéndonos está. Sobre su alta jerarquía nada pidió ni obtuvo del monarca desde que empezó á conspirar contra él, y ninguno como el Arzobispo de Toledo puede en concepto mio ofrecer mayor garantía para asegurar el éxito de nuestra difícil empresa.

Ahora prendió por completo la tea que Hernando habia arrojado. Villena, prescindiendo de la conveniencia é intereses de los conjurados, obligó al rey á que le nombrase Maestre de Santiago; desenmascaró su ambicion en los momentos críticos, cuando más debiera ocultarlo; se llevó á su palacio al infante D. Alonso y lo guardaba rodeado de todos sus vasallos para imponer su regencia á la asamblea: esta comprendió la alusion de Garci-Gomez, y á las frases de nuestro jóven siguieron, en vez de discursos, disputas, acaloramiento, insensatez y una barahunda que concluyó con la calma y gravedad que el asunto requeria.

Los partidarios del Marqués de Villena vieron en las palabras de Hernando una estocada mortal á su torpe ambicion,

© Biblioteca Nacional de España

y hablaban todos á la vez, ponderando las cualidades de su caudillo.

Los del Arzobispo no podian tampoco callarse, y solo Alvarez de Toledo, Alba y siete grandes más permanecian mudos, contemplando con fria razon aquel desenfreno de unos y de otros.

Las fuerzas parecian equilibradas y el desórden era incompleto, cuando logró D. Alonso dominar la asamblea y seguidamente pronunció un discurso-programa, cuya síntesis le dió al oido Hernando, en el cual ofrecia gobernar el reino con sujecion á la más estricta justicia.

Esto echaba por tierra las pretensiones de los ambiciosos y egoistas y lo ponia al frente de todos aquellos más morigerados y justicieros; el pundonor llevaba tambien á sus filas á muchos que ántes vacilaban. A la vez hizo imposible un programa análogo de Villena, pues los que seguian á este, con raras excepciones, eran aconsejados por bastardos instintos que los alejarian del lado del Marqués en el momento que aquel ofreciera obrar con rectitud.

Con su natural habilidad hace el Arzobispo un ensayo de votacion, preguntando á los grandes quiénes aceptaban su programa, y vió con sentimiento que estaba en minoría. Desde este instante ayudó al desórden para evitar el nombramiento de una regencia que se le escapaba de las manos.

Recurre entónces á Hernando con una mirada significativa, y nuestro jóven vuelve á hacer uso de la palabra para describir con sombríos colores la diversidad de pareceres, añadiendo que era imposible nombrar un regente á gusto de todos y que debian por lo tanto desistir de una eleccion que perturbaria la indispensable homogeneidad entre los conjurados.

Acto continuo propuso que se nombrase al Arzobispo jefe de la parte civil y al Marqués de Villena de la militar, dejando la eleccion de la regencia para cuando uno de los dos hubiera demostrado mayor aptitud que el otro.

Esta propuesta se hizo á las dos de la madrugada, cuando todos estaban ya rendidos, y tanto por esta causa como por ser

© Biblioteca Nacional de España

lo único que podia sostener la conciliacion, fué aprobada sin discutirse.

De cuarenta y dos votaron treinta y cinco afirmativamente y siete en blanco.

Todavía ocuparon una hora en levantar acta, hacer distincion de atribuciones y firmar todos.

De este modo terminaron los preliminares de un acontecimiento que en breve debia estremecer hasta los corazones más fuertes.

Comprometidos con su firma á realizar lo acordado, levantaron el campo y al dia siguiente se dirigieron todos á Avila, ciudad destinada por su situacion y dominio que en ella tenian á ser teatro de inauditas hazañas.

Garci-Gomez, en medio de los conjurados y con más talento y sagacidad que todos juntos, tomaba parte, segun vemos, en todas las deliberaciones para encaminar la revolucion al descrédito y al caos, sin defender por eso al enemigo, al que tambien ayudaba á precipitarse de modo distinto.

Impotentes los dos partidos para hacer nada bueno, aumentaba la tormenta que habia de preceder al dia claro y sereno de la paz y ventura de la patria.

En esa magna asamblea puso al Arzobispo al frente de todos los grandes que podian servirle en el momento que él juzgase necesario hacer uso de sus influencias y poder en pró de una tercera causa que era la suya.

La idea de convertir á D. Alonso en instrumento suyo era digna de su privilegiado ingenio. Entre las buenas elecciones que la infanta Isabel solia hacer, ninguna lo fué tanto como la de Alvarez de Toledo para primer caudillo de sus incógnitas huestes.

Quedaba ahora el Marques de Villena á la cabeza de los grandes más ambiciosos y turbulentos y aun de los más poderosos; pero á Hernando le convenia así para sus fines, pues podia equilibrar fácilmente el poder de Pacheco añadiendo á la fuerza del Arzobispo una parte de aquellas de que él en secreto disponia, siendo por lo tanto árbitro de los destinos futuros.

© Biblioteca Nacional de España

No era sin embargo feliz; el caos en que navegaba le obligó á suspirar muchas veces, y hubiera preferido cambiar sus futuras grandezas y poderío por la tranquilidad y amorosa sonrisa que le ofrecia el castillo de Melania.

Junto á ella, corriendo á caballo, descansando sobre la verde alfombra, departiendo amorosamente, admirando sus gracias, su talento, su belleza, habria sido el más feliz de los hombres.

Pero el destino le empujaba hácia la guerra, la intriga y el desbordamiento, y Hernando, con abnegacion sublime, inclina su frente, sucumbe y aconseja milagros que su espíritu rechaza, gana corazones, seduce espíritus y lucha moralmente cuanto es posible imaginar para concluir de seguro por llevar al campo de batalla la cuestion, que es lo que más le lastima, violenta y amarga.

No puede retroceder; muchas veces ha vacilado, pero debe la vida á Doña Isabel y á Beatriz, le honraron con el primer puesto, le obliga un sagrado juramento y ya no le es dado detenerse.

Cuando disponia de tiempo le negaban la entrada en el castillo de Melania, y ahora que puede llegar á él hasta cogido al brazo del Arzobispo, le faltan minutos para dirigir una carta al ángel de sus amores.

En la mayor parte de los acontecimientos de la vida nos sucede á todos lo mismo; obramos por una corriente impetuosa, por una fuerza nacida en el misterio que no podemos explicarnos.

A nadie le es dado negar con razones la existencia de libre albedrío, de la autonomía del sér humano; pero esta verdad es relativa y hasta es llegado el caso de no podernos explicar cuándo obra el hombre por su propia voluntad, ó cándo por la série de acontecimientos cuya mayoría no ha povocado él.

Y si á la vez tenemos en cuenta las obligaciones qu nos imponen la naturaleza, el honor, las virtudes, la educacion y los deberes, resultará tan microscópico el libre albedrío que

© Biblioteca Nacional de España

con muy poco miope ó présbita que sea el hombre, basta para que no pueda herir la óptica de sus ojos.

El libre albedrío se asimila mucho á la libertad. ¿Quién no ama á la libertad? Prescindamos del despotimo que los tiranos imponen á la colectividad; supongamos que no hay rey en España ni tiranuelo alguno; el pueblo es ya gobernado por el pueblo, y resultará que al abrir los ojos por la mañana empezaremos á ser esclavos de las necesidades naturales, de la pulcritud, de la educacion, de la subsistencia, de la virtud, de los vicios, y de esclavitud en esclavitud volveremos al sueño que á su vez nos esclaviza, sepultándonos en una tumba cotidiana.

El libre albedrío y la esclavitud siguen siendo aún dos problemas que no han podido resolver todavía las pobres inteligencias humanas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV.

Atentado ridículo contra la majestad de Enrique IV.—Proclamacion del príncipe D. Alonso.—Consecuencias.

Bien aconsejado el rey de Castilla y de Leon, no quiso aceptar las condiciones impuestas por los árbitros Marqués de Villena, Conde de Plasencia, Pero Fernandez de Velasco y Gonzalo de Saavedra. Los dos últimos fueron en representacion del monarca, pero acabaron por convertirse en satélites de Villena y Plasencia, firmando lo que los conjurados querian.

Por este arbitraje resultaba rey D. Enrique IV; mas aparecia tan humillada la majestad y tan limitado el poder soberano, que sólo reinaba en el nombre.

No era posible tampoco desechar aquel acuerdo y cruzarse de brazos, porque esto sería un verdadero suicidio, ménos lento y más cruel que la aceptacion del arbitraje.

Por esta causa el monarca convoca á todos sus parciales, y al declarar de acuerdo con ellos que no le era dado aceptar condiciones tan fuera de razon, reune sus huestes é invita al pueblo á que abrace su causa.

De Toledo se va á Madrid, y desde esta villa declara la guerra á sus contrarios.

© Biblioteca Nacional de España

Toma luégo á Salamanca, establece allí su cuartel general y empiezan las operaciones de guerra, sitiando á Arévalo.

Los conjurados aceptan el reto; terminada la gran asamblea que hemos presenciado, pasa el Almirante de Castilla á Valladolid, cuya ciudad toma, y los restantes regresan á Avila, segun hemos dicho anteriormente.

Esta era la verdadera situacion del rey y de sus enemigos el dia de la proclamacion del infante D. Alonso, cuyo grave y ridículo acontecimiento vamos á relatar.

En Avila reunieron los conspiradores el grueso de sus fuerzas, que ascenderian á veinte mil hombres; los habitantes de la ciudad les eran adictos en su mayoría y nada podian temer en aquel recinto amurallado y tan bien defendido.

Se juzgaban muy superiores al enemigo en número y valor, sin comprender que el génio de la guerra estaba entre sus filas, las minaba hasta equilibrar las fuerzas, y la torpe ilusion en que vivian les aconsejó levantar un cadalso á la parte afuera del muro de Avila.

A la vez construian una estátua del rey, cubierta con todas las insignias reales, sin que le faltasen la corona y el cetro.

Cuando todo estaba dispuesto, salen de la ciudad los grandes, las mesnadas y el pueblo, rodeando el patíbulo que concluian de levantar.

A la vista de treinta mil almas por lo ménos colocan sobre el tremendo tablado un trono y en él la estátua de Enrique IV con la corona y cetro que tenian dispuestos.

Ya está la efigie del monarca bajo el sólio, y sigue un profundo silencio, que interrumpe el pregonero por más de diez minutos que emplea en relatar todas las maldades, debilidad, torpeza y hechos abominables que le suponen á Enrique IV.

El más intransigente republicano de nuestros dias, el que más odiara la majestad é institucion monárquica no hubiera podido escribir tanta blasfemia como aquellos grandes de Castilla y de Leon lanzaron sobre un rey que malo y todo les ha-

© Biblioteca Nacional de España

bia otorgado mercedes sin cuento en lo que llevaba de soberano.

A los dicterios, terribles verdades y hasta calumnias leidas por el pregonero, siguen luégo la sentencia de exoneracion y muerte. Era indispensable, para que el atentado se completara, añadir la befa y el escarnio.

Subió por consiguiente el verdugo y poco á poco va despojando la estátua de todos los atavíos reales que arroja al suelo, dando fin á su mision con la separacion de la cabeza que tira á un lado y el resto de la estátua á otro.

Han obligado al niño Alonso á que presencie cuanto acaban de practicar con la estátua de su pobre hermano; despues lo suben varios nobles al fatal tablado, lo levantan en hombros y es proclamado rey á los gritos de

—¡Castilla, Castilla por el rey D. Alonso!

Los grandes, los caballeros y la plebe todos han voceado. Las músicas é instrumentos militares apagan los gritos de la proclamacion tocando la marcha real, miéntras que el príncipe baja del tablado cogido á las manos del Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena.

Ya abajo se dirigen á la ciudad, que los recibe con colgaduras y repique de campanas, cuyos sonidos se mezclan y confunden con los de doscientos instrumentos que siguen tocando marcha real.

Llegan al palacio del Marqués de Villena, donde les aguarda un espléndido banquete. El nuevo rey preside la mesa de los grandes, y un pariente del Arzobispo de Toledo la de los nobles que está en un salon contiguo rodeada de trescientos indivíduos.

Esto sucede en la parte principal del palacio; en la baja continúan los músicos lanzando al viento melodías que hacen más agradables los manjares de los que arriba comen.

Por las calles hay danzas, cucañas y cuantas fiestas se conocen.

Garci-Gomez, al lado de su primo y de algunos otros grandes que le son adictos, llama farsa tonta y ridícula á cuanto oye y ve; pero esto lo escuchan sólo sus amigos, creen lo

© Biblioteca Nacional de España

mismo y hasta les divierte el cúmulo de necedades que están presenciando.

Terminado el banquete salen correos en todas direcciones para esparcir la noticia de lo ocurrido en Avila por Castilla y Leon.

A la vez parten tambien muchos emisarios de Hernando que llevan órdenes terminantes á sus parciales; estas serán cumplidas con la mayor exactitud.

Como chispazo eléctrico se extiende por el reino lo sucedido en Avila, se dividen la grandeza, el clero, los caballeros y la plebe, y estalla la guerra civil como un volcan comprimido mucho tiempo que de pronto abre sus cráteres y vomita lava, fuego y esterminio sin tregua ni descanso.

Tan fanático el clero como el pueblo que puede dominar, y tan corrompido como las demás clases sociales en época tan terrible, hace de su ministerio un arma política, hasta convertir en inmunda tribuna la cátedra del Espíritu Santo. En el púlpito, en el confesonario, en la iglesia y en la plaza predican é imponen unos á Don Enrique IV y otros al infante Don Alonso. La mitad del sacerdocio dice que el primero es la legitimidad, el derecho divino, lo único, lo conveniente; la otra mitad, que es lo ilegal, lo malvado, la representacion, en fin, del diablo que se apoderó del poder.

Unos y otros invocan el nombre de Dios, llaman á la corte celestial en su auxilio y hacen defensor á Jesús del mismo rey que otro Jesús condena y anatematiza.

Este era el principio del caos, y Castilla y Leon hubieran vuelto á ser pasto del sarraceno si un tercer partido, el que acaudillaba Hernando, no contuviera, dominara, y con más ó ménos recato presentase el lábaro santo que habia de salvar á la patria del Cid y de Guzman.

A Hernando y sus parciales les convenia el desprestigio de los dos partidos que empezaban á luchar, pero no la ruina de su país, y desde este dia, léjos de precipitarlos, debian contener, evitar excesos y ser el regulador de aquella guerra civil que empezaba con los peores auspicios.

© Biblioteca Nacional de España

Hernando estaba con Villena y Acuña, y le era dado influir lo bastante para evitar un desbordamiento funesto. Al efecto formó los dos partidos en las filas revolucionarias, y el uno contenia al otro, logrando de este modo el indispensable equilibrio.

Pero temió con razon que las huestes de Enrique IV se precipitaran, obligando á las de los conjurados á que hiciesen lo mismo, y para evitar este daño mandó á su primo, Conde de Alba, al cuartel general del rey con cien caballeros y hasta mil doscientos hombres.

Como este refuerzo debilitaba las filas contrarias, lo recibió el rey con indecible placer, dando al Conde uno de los primeros puestos en su ejército. Ambos fingieron perdonarse y olvidar antiguas ofensas, se estrecharon, y Alba dió principio á su delicada mision de hacer la guerra á sus amigos de poco ántes sin ensañamiento y la ménos crueldad posible.

¿Habria adquirido el monarca la energía y valor que siempre le faltaron, tan indispensables para luchar con su poderoso enemigo?

La necesidad realiza milagros, y aun cuando poco se podia esperar de aquella materia tan corrompida, de un espíritu tan inferior, Enrique decidióse por fin á variar de conducta, y asombrado ante el gran peligro que corria su trono y vida, cae de rodillas, alza las manos al cielo y pronuncia las siguientes frases, de cuya autenticidad respondemos:

—«Con humildad, Señor Cristo, Hijo de Dios y Rey, por quien los reyes reinan y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda, á ti encomiendo mi estado y mi vida: solamente te suplico que el castigo, el cual confieso ser menor que mis maldades, me sea á mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille, y haz que la gente en comun no reciba por mi causa algun grave daño.»

Y con más resignacion que otra cosa se dispuso á combatir hasta donde sus fuerzas alcanzasen.

La llegada del Conde de Alba lo reanimó bastante, y como este venía del campo enemigo y era natural que supiese

© Biblioteca Nacional de España

los secretos de sus contrarios y los elementos con que contaban, lo nombró á la vez que caudillo consejero íntimo, que era todo cuanto Hernando deseaba para que su dominio campeara en los dos ejércitos.

Escusamos decir que D. García de Toledo, Conde de Alba, se contraia única y exclusivamente á realizar la idea de su primo, llevando al efecto muchas é importantes instrucciones.

Desde Avila se trasladan los conjurados á Valladolid; los del rey establecen su cuartel general en Toro; eran los puntos que cada cual habia designado para reunir en ellos á sus respectivos parciales.

El primer atentado que no pudo evitar Hernando por hallarse ausente y llevaron á cabo los de Villena y Acuña, fué el saqueo de Peñaflor, cuya poblacion tomaron por asalto, cometiendo iniquidades sin cuento con los defensores y habitantes.

El rey lo sabe, manda al capitan Juan Fernandez Galindo con tres mil caballos, sorprende á los conjurados de Peñaflor, mata y estermina á los que encuentra, quedando dueño de esta importante villa.

Otra vez por el rey se subleva el pueblo, sentencia á muerte al Arzobispo de Toledo, arrastra y quema su estátua y jura no dejar con vida uno solo de los enemigos de Enrique IV si intentan sitiarle de nuevo.

El pueblo de Castilla puesto en armas todo se dispone á defender la causa que ha abrazado; la mayoría queda en las poblaciones y los restantes marchan á los campamentos.

El rey logra reunir ochenta mil infantes y catorce mil caballos. Los conjurados no llegan á este número, pero tienen mejores generales y gente más diestra y valerosa, con lo cual se equilibran las fuerzas.

De este modo preparan ambos la célebre batalla de Olmedo, que tuvo lugar el dia 20 de Agosto en una llanura próxima á la poblacion de que toma nombre.

Fué orígen de esta batalla el deseo que tenian los de Vi-

© Biblioteca Nacional de España

llena de derrotar á los del rey, y la rabia que consumia al Arzobispo desde que supo el atentado cometido contra él en Peñaflor.

El rey, siempre tímido y cobarde, rehusó al principio, pero sus caudillos avanzaron, obligando á Enrique IV á que se quedara á gran distancia del sitio de la pelea.

En las primeras horas de la mañana tomaron unos y otros posiciones, empezando luégo el combate.

Los del rey eran más, pero sus contrarios sustituian la falta de fuerzas con el órden y concierto que reinaban en sus filas.

Allí estaba Hernando; cuán fácil le hubiera sido á su génio poner en precipitada fuga las huestes reales. Pero léjos de eso, al frente de sus quinientos veintiun ginetes y de otros tantos peones que le cedió el Arzobispo, contuvo unas veces, sorprendió otras, se retiraba cuando los contrarios corrian para darles tiempo á que se rehicieran, y aparentando hallarse siempre en los sitios de más peligro, quitó á la batalla el horroroso encarnizamiento con que hubiera concluido de no haberlo evitado él.

Salvó la vida al Arzobispo de Toledo en los momentos en que estaba cortada la division que aquel dirigia y Acuña se hallaba perdido.

Precipitó dos veces á Giron, el cual salió con vida milagrosamente, y cogió prisioneros á más de cien soldados que en un momento de confusion cayeron sobre el Almirante y ya se lo llevaban, cuando los detuvo nuestro jóven rodeándolos con trescientos ginetes.

Duró la batalla todo el dia; la oscuridad de la noche impidió que continuara, y los dos ejércitos se replegaron, atribuyéndose ambos la victoria, cuando realmente no la ganó ninguno.

Léjos ya del enemigo volvió Enrique IV á tomar el mando de sus tropas, y dando la órden de emprender la retirada se ocultó con los suyos en Medina del Campo.

A pesar de los esfuerzos de Hernando, causó esta pelea

© Biblioteca Nacional de España

bastantes víctimas y fué orígen de que el rey D. Enrique volviera á su impotencia y timidez constantes.

El pequeño esfuerzo que le estaban obligando á hacer, que la necesidad le aconsejaba, era insostenible por mucho tiempo en monarca tan débil.

En cambio seguian las predicaciones guerreras, las luchas parciales en poblaciones grandes y pequeñas, y el robo, el pillaje y la maldad campeaban doquier, ávidos de despojos, de ensañamiento y de crueldad.

¡Qué época aquella! Robaban los grandes, los nobles, los caballeros, el clero y el pueblo; el hombre de bien, de cualquier clase social, era constante víctima del malvado, el cual no respetaba la ancianidad, la virtud de la doncella ni á veces la inocencia y candidez del niño.

Mucho ganaba con este caos la causa de Doña Isabel; pero ¡ay! para llegar á su reinado tenian Castilla y Leon que atravesar por un mar de cieno y sangre.

El temor de horrorizar demasiado á nuestros lectores nos impide entrar en detalles capaces de atormentar el corazon más duro, á pesar del tiempo trascurrido, del cambio que sufrió nuestra sociedad y de lo mucho malo que todavía estamos viendo.

El que dude del constante progreso universal, que recurra á la historia y se convencerá de lo mucho que hemos adelantado.

Nuestro pueblo, ignorante aún, falto de educacion, ardiente todavía y con algun fanatismo, no corre ya en grandes masas en pos de un cristo, emblema sacrosanto de caridad, ó detrás de la ambicion de un malvado, y asesina sin tregua ni descanso dias, meses y años á los que no quieren seguir su camino.

Aun hay ambiciosos que le precipitan, que lo seducen, que lo engañan con mentidas ofertas; pero ya vacila, obra con más debilidad, con ménos ciego entusiasmo y ardor, y cada dia que pasa va arrancando un pedazo de la tremenda catarata de sus ojos el escalpelo de la civilizacion.

© Biblioteca Nacional de España

Mucho le falta al pueblo español para llegar á la gran cultura que ha de tener en tiempos lejanos; pero al perder una parte de su ignorancia dejó con ella la ferocidad, la supersticion y mucho fanatismo.

Así se empieza y á eso no puede dársele otro nombre que ley constante de progreso universal, ley divina que impone el mejoramiento y la perfeccion.

Del mismo modo que hoy el artesano halla en el hogar doméstico las comodidades y bienestar que ántes le eran desconocidas, encuentra en su inteligencia recursos é ideas que le facilitan los medios de mejorar el trabajo y su condicion.

Hoy tiene el menestral en su mesa viandas que sólo comian siglos atrás el monarca y los magnates; dispone de una butaca y otros asientos de muelles que se desconocian no há mucho por todas las clases de la sociedad; le es permitido y fácil visitar las cátedras, los casinos; habla en público, toma parte en los grandes acontecimientos políticos y ayuda con su voto á la confeccion de las leyes que rigen al Estado.

Sólo pueden negar estos grandes adelantos los que se empeñan en desconocer la evidencia; los ciegos que carecen de óptica y jamás hiere sus ojos la radiante luz del sol.

No es ménos cierto que una gran parte obra inconsciente, pero eso en nada rebaja el adelanto, y sabido es que las mayores civilizacion y cultura no pueden acogerse de pronto por la generalidad de los hombres; son lentas en su desarrollo y sólo se pueden apreciar bien sus efectos del modo que lo estamos haciendo ahora nosotros; esto es, comparando época con época.

Y tan exacta es la deduccion, que nos vemos obligados á entrar en estas explicaciones para que no aparezca incierto y hasta inverisímil el relato histórico de la Edad Media y principios de la Moderna que ofrece nuestro libro.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XV.

Noticia grave.—Vuelve á presentarse en escena la bella Melania.—Nuevo amante.—Conflicto.

Despues de la batalla de Olmedo y de algunos encuentros parciales, siguió una tregua entre las huestes reales y las de los conjurados: ambos se tuvieron miedo ó enervó su ardor bélico el estado lamentable á que habian conducido la sociedad.

Enrique IV cargó con todo su ejército sobre Avila, en cuya ciudad entró sin gran resistencia; sus contrarios se replegaron á Madrid, sin ánimo los unos ni los otros de volver á las manos.

Durante esa tregua tuvo lugar un acontecimiento en el castillo de Melania que merece especial mencion.

Recordarán nuestros lectores que D. Lope de Padilla, sin pelo alguno en el rostro, se confundia en público con los quinientos soldados que mandaba Hernando: esto sucedió al principio; poco á poco fueron creciéndole la barba y bigotes, y ya en la batalla de Olmedo se presentó con traje de caballero, si bien se recataba en lo posible de Villena, Acuña, Giron y restantes grandes, ante los cuales debia continuar como muerto.

Al llegar á Madrid, su negra y poblada barba le desfiguraba casi por completo como á Toledo, y vivia confundido con los veinte caballeros jefes de las mesnadas de Hernando.

© Biblioteca Nacional de España

Alvarez de Toledo seguia junto al Arzobispo, comia en su mesa, habitaba en el mismo palacio y era la persona de su mayor confianza.

Llevaban en Madrid cuatro dias, cuando Padilla se presentó en las habitaciones de Hernando y le dijo:

—Necesito hablaros reservadamente y sin dilacion.

—Grave debe ser el asunto,—le contestó aquel,—cuando entrais aquí en los momentos en que se halla el Arzobispo á treinta pasos de nosotros.

—Me consta que está muy ocupado y que se recata de vos en el plan que fragua ahora.

—Hablad, D. Lope, que me estais poniendo en cuidado.

—¿Podrán oirnos?

—No.

—Como nuestra gente penetra los secretos de Acuña, pudieran los de este escucharnos y entónces el conflicto sería mayor.

—¿Luego hay conflicto?

—Sí, señor.

—En ese caso vámonos fuera de esta vivienda.

—Opino lo mismo.

Y ambos, cogidos del brazo, salieron por la puerta de Guadalajara, perdiéndose al poco tiempo en un bosque de fresnos de los que rodeaban la entónces pequeña y fea villa de Madrid.

Alvarez de Toledo se detuvo, y frente á su amigo Padilla le dijo:

—Aquí, ya lo veis, sólo Dios puede oirnos.

—Perdonad, señor Garci-Gomez, si me atrevo á hablaros de vuestras afecciones íntimas, de vuestros asuntos particulares. Os debo la vida, sois mi jefe, me honrais con vuestra amistad, nada bueno puede ocurriros que deje de promover mi alegría, ni mal alguno os amenazará nunca que yo pueda prescindir de combatirlo con más interés que el propio. Hechas estas indicaciones, tengo necesidad de preguntaros: ¿Amais mucho á Melania?

© Biblioteca Nacional de España

—¡Brava pregunta!

—No os extrañe ni lo achaqueis á vana curiosidad.

—Lo supongo, y á vos, mi más leal amigo, le va á abrir los pliegues de su corazon Hernando Alvarez de Toledo. Amo á esa hechicera mujer más que la vida, tanto como á mi honra, y expondria por salvar uno solo de sus rubios y ensortijados cabellos, cuanto tengo, inclusa mi existencia. Necesito, Don Lope, de todo ese gran predominio sobre mí que tanto elogiais, necesito deber la vida á Doña Beatriz, posicion á Doña Isabel, necesito amar á mi patria con ciego entusiasmo, necesito recordar á cada instante lo que D. Alonso de Acuña hizo con mi padre é ir poco á poco preparando el pago de deuda tan sagrada, para que yo pueda vivir meses y meses sin ver á aquel ángel, sin oir su seráfica voz, sin aspirar su puro aliento, sin escuchar sus elevadas ideas, sus tiernas frases, su amorosa expresion. ¡Ay, Don Lope, no está apagado el volcan que esa mujer encendió en mi pecho! ¡Cada dia aumenta su materia ígnea, su fuego devastador, y como no tiene cráteres, destroza mi alma, aniquila mi corazon! ¡En los consejos, en las grandes asambleas, en el campo de batalla, en la ciudad, en el bosque, en todas partes veo su divino rostro, le contemplo con amoroso éxtasis, quiero correr en su busca, y al imponerme el deber lo contrario, sufro una amargura que lacera mi espíritu como yo no puedo explicar! ¡Que si la amo, me preguntais! Son mentira esa sangre fria que aparento, mi ausencia de Alcalá, mi indiferencia hácia Melania, mi presencia en medio de los grandes acontecimientos que tienen lugar en Castilla; mi figura está entre vosotros; escuchais mis palabras, pero mi alma está con ella, todos mis pensamientos se contraen á ella. Tengo paciencia, como veis, y espero, porque es imposible otra cosa; pero, ¡cuánto sufro, Padilla, cuán desgraciado soy!

—Lo veo, se lee en vuestro semblante, Garci-Gomez, cuanto acabais de expresar, y vais á oir una noticia que ha de aumentar vuestro duelo por más que siento dárosla; si os la ocultase, amigo mio, Dios sabe lo que sería de vos.

© Biblioteca Nacional de España

—No la dilateis más, D. Lope.

—Es preciso tengais calma.

—¿Me faltó alguna vez?

—El trance es fatal, D. Hernando.

—¿Qué puede ya asombrarme en el mundo, Padilla? Sea lo que quiera, decidlo pronto.

—Vuestra amada debe unirse á otro mañana por la noche.

—¡Qué decís! Imposible; no la conoceis.

—Su protector el Arzobispo piensa obligarla y acaso logre su objeto.

—¿Pues no acabamos de dejarlo tranquilo en su palacio de Madrid?

—Sale para Alcalá al anochecer y estará allí dos horas más tarde.

—Nada me ha dicho.

—Disculpará ante vos su improvisada marcha momentos ántes de partir; nunca piensa deciros la verdad de lo que va á hacer, y desea que cuando llegue á vuestra noticia ya no tenga remedio y os resigneis á verla unida á otro hombre.

—¿Quién os ha referido esa fábula, D. Lope?

—Os acabo de contar la verdad.

—¿Cómo la supísteis vos y á mí nadie me dijo frase alguna?

—No ignorais que desde tiempo atrás se espian hasta los menores movimientos de Acuña por nuestros parciales; lo relativo á nuestra causa lo sabeis ántes que yo; pero vino un asunto particular, no tenía relacion alguna con vuestra mision de jefe nuestro, y me dieron á mí la primer noticia. Desde aquel instante me concreté á la completa averiguacion de hecho tan trascendental para vos, y si todos callamos hasta este instante fué por creer yo que así os convenia.

—Padilla, el Arzobispo me ofreció solemnemente la mano de Melania, necesita de mí ahora más que nunca y no me explico en él una maldad que tanto podia comprometerle.

—Así parece, pero ocurre lo contrario y juzgo lo más conveniente enteraros de todo, puesto que ha llegado la hora

© Biblioteca Nacional de España

de hablar, y luégo que lo sepais podremos apreciar el hecho en su justo valor, deduciendo sus consecuencias naturales.

—Teneis razon y os escucho.

—Recordareis que se presentó al Arzobispo, cuando nos hallábamos en Valladolid, D. Pedro de Velasco, hijo y heredero del Conde de Haro, señor de Vizcaya. Es un valiente jóven, que asistió á la batalla de Olmedo y no fué el que ménos hizo en favor de los conjurados. Su arrojo, ardimiento y multiplicadas adulaciones ganaron la voluntad de D. Alonso de Acuña, y estoy seguro que más de una vez le demostró delante de vos la gran simpatía que le inspira.

—Cierto; lo elogia de continuo, lo ha sentado á su mesa y le distingue pública y privadamente.

—Pues bien, vos y muchos de nosotros creimos que era una calaverada su venida entre los conjurados, toda vez que su padre el Conde se negó siempre á favorecer el pensamiento de los conspiradores.

—Tan exacto es eso, cuanto que el señor de Haro se ha ofrecido á Doña Beatriz en carta que aquella me remitió ayer, y desde ese instante figura en nuestras filas.

—Lo del padre será leal y sincero, no lo dudo; pero el ardimiento del hijo en pro de los conjurados no es lo que parece, ni su admiracion hácia D. Alonso reconoce por causa las grandes dotes de inteligencia y talento que el prelado tiene. Motiva una y otra cosa el siguiente hecho: D. Pedro de Velasco fué á Alcalá con objeto de tomar posesion de un castillo que su padre concluia de heredar; vió á Melania, se enamoró de ella, y averiguando que sólo el Arzobispo podia disponer de su mano, estudió la manera de ganarse la voluntad de Acuña, lo cual ha logrado del modo que hemos visto.

—No es tonto ni torpe el descendiente del señor de Vizcaya, amigo D. Lope.

—Cuando creyó que disponia por completo de la voluntad del Arzobispo le pidió la mano de Melania, indicándole ántes la antigüedad de su casa, sus limpios blasones, los señoríos y

© Biblioteca Nacional de España

riquezas que ha de heredar y el puro amor que supone arder en su pecho.

—¿Qué contestó el Arzobispo?

—Al principio se negaba, pero de un modo vacilante; Velasco le preguntó la causa, y el prelado le dijo entónces el compromiso que tenía con vos. D. Pedro le hizo presente que no érais grande, la distancia que os separa en posicion de Melania, y lo difícil que os será en adelante la adquisicion de poder y riquezas que os acerquen á la ricahembra de Alcalá.

—Hirió la fibra más delicada de D. Alonso, Padilla, y en verdad que empieza á gustarme el jóven Velasco.

—Tiene buena imaginacion. Acuña no está hoy muy seguro de lograr su anhelada regencia; ve por lo tanto difícil el que llegueis á ser grande, la casa de Velasco viene siendo hace mucho tiempo una de las primeras de Castilla, y aun cuando se hizo rogar mucho del pretendiente, concluyó por acceder á su deseo, discurriendo ambos seguidamente en los medios de realizar la boda sin que vos podais averiguar nunca la verdad ni descubrir nada hasta despues de consumado el hecho.

—Es delicioso cuanto me estais refiriendo, D. Lope. ¿Conoceis los medios de que se van á valer para la realizacion de acontecimiento tan extraordinario?

—Sí, señor.

—¡Con que gusto os voy á escuchar!

—Cada vez os comprendo ménos, Alvarez de Toledo, y consiste en la inmensa distancia que el destino separó vuestra inteligencia de la mia.

—Perdonad, pero no fué el destino; si existe esa distancia, son causa de ella los libros, el estudio y la meditacion, ni más ni ménos.

—Cuando yo creí que ante traicion tan inícua, ante inconsecuencia tan criminal, ante perjurio tan indigno íbais á montar en cólera, á desesperaros, os reís y con pasmosa sangre fria escuchais mi relato sin que una sola vez se haya contraido vuestra frente.

© Biblioteca Nacional de España

—Consiste, amigo D. Lope, en que se trata de una nueva maldad, y son tantas las que le llevo apuntadas á D. Alonso, que altera muy poco la cifra una más ó ménos. Y consiste en que esos señores no han contado con lo principal, que es la voluntad de la novia.

—¿Estais seguro de ella?

—Como del amor que yo tengo á Dios.

—Podrán acaso violentarla.

—No será bastante ni la muerte.

—¿Contais con la debilidad propia de su sexo y el talento y poder de su protector y del presunto novio?

—Sí, no son bastantes. Prescindamos de ella, la cual nos ofrece completa seguridad, y referidme el plan de esos hombres, pues le juzgo producto de maduro estudio, profunda meditacion, y lo voy á oir con mucho gusto. Empezaron con tal habilidad, que no obstante lo cerca que me hallo del Arzobispo, nada sospeché, y entiendo que han de irradiarse ese talento y destreza en los medios que piensan emplear para llevar á cabo la boda proyectada.

—Oidlos: esta tarde fingirá el prelado que tiene imperiosa necesidad de partir á Toledo, y os dejará en su lugar, saliendo de Madrid al anochecer. D. Pedro de Velasco le estará esperando en el camino, se unirán, y á las nueve de la noche habrán entrado en el castillo de Melania. Encerrados protector y novio con la jóven, le hablarán de la boda hasta convencerla, con todos los recursos del ingenio, de realizarla al momento. Si no lograsen llevar á su ánimo la persuasion, harán uso del ruego, despues de la amenaza, si aquel no bastase, y últimamente de la violencia.

—Ya sabía yo que ese padre adoptivo no quiere á Melania, y el amor del novio no será muy grande cuando tales medios piensa emplear. Ninguno de los dos la conoce; ven sólo la belleza física con que la dotó el cielo, y pasan desapercibidos su talento, fortaleza de ánimo y voluntad incontrastable, cualidades todas que la embellecen más que los encantos de su voz, figura y rostro. Pero prescindamos tambien de es-

© Biblioteca Nacional de España

to y continuad, amigo mio. Supongamos que ya se han casado, ¿cómo disculpan el hecho de no haber pedido permiso el hijo al padre, y de faltar el Arzobispo al juramento que me hizo?

—Fácilmente: como D. Alonso finge hallarse en Toledo é ignorante de todo, demostrará gran desesperacion; pero no teniendo ya remedio, se disculpará con vos y la boda quedará hecha. A la vez escribirá al Conde de Haro participándole la segunda calaverada de su hijo, empleando toda su influencia hasta lograr el perdon del señor de Vizcaya.

—La parte intrigante de ese acontecimiento guarda analogía con la empleada por Acuña en vuestra supuesta muerte.

—Me parece lo mismo.

—Y le va á suceder á D. Alonso una cosa parecida en el desenlace, con la sola diferencia de que el uno lo sabrá al momento y del otro se enterará sabe Dios cuándo.

—La tarde avanza, Garci-Gomez, y es preciso hacer algo.

—Teneis razon; dadme vuestro brazo y regresemos.

Ambos vuelven á Madrid, entrando luégo en la casa-cuartel de la fuerza que tenía Hernando. Miéntras este escribe una larga carta á Melania, Padilla le proporciona un andarin que le ofrece completa seguridad, y media hora más tarde sale aquel en direccion de Alcalá, á donde debe llegar dos horas despues.

Acto continuo da Toledo varias órdenes á Padilla y se dirige al palacio del Arzobispo.

El prelado le aguarda impaciente, le dice que ha preguntado varias veces por él, enterándole por último de su repentino viaje á Toledo.

Hernando finge admirarse, pero nada replica ante las poderosas razones que pretexta D. Alonso, el cual termina su farsa con las siguientes frases:

—Quedais en mi lugar, Garci-Gomez; la situacion es crítica; vigilad mucho á Villena, y si algo intentase durante mi ausencia contrario á nuestros intereses, avisadme al momento en carta que entregareis á mi secretario Berenguer.

© Biblioteca Nacional de España

—Descuidad, que no lo perderé de vista, y por ese conducto sabreis cuanto os convenga, sin perjuicio de quedarme yo para defender nuestra causa.

Todavía cruzaron algunas frases más.

Está ya anocheciendo, Acuña quiere partir al momento y Hernando le acompaña hasta dejarlo á caballo y fuera del zaguan; nunca estuvo más complaciente y amable con él. Por su parte Acuña le demuestra profundo afecto y hasta le abraza al partir.

El uno se dirige á la puerta de Guadalajara y el otro á la casa de un grande, de cuya voluntad dispone.

Encerrado Toledo con aquel, le participa la marcha del Arzobispo, añade que él tambien abandona Madrid, encargándole luégo que vea al momento á Villena y le hable de la conveniencia de citar para una asamblea al siguiente dia y hacerse nombrar regente. Faltando en ella los dos jefes del partido contrario, ó sean el Arzobispo y Garci-Gomez, la eleccion del Marqués es segura y no parece verosímil que vacile en aceptar ocasion tan propicia.

Hernando inocula en el cerebro del grande todas sus ideas, un plan bastante más hábil que el de D. Alonso, y aquel parte inmediatamente á realizarlo.

No son todavía las nueve de la noche y Hernando aguarda tranquilo el regreso del entendido emisario que ha mandado á D. Juan Pacheco. La ambicion del Marqués no tiene límite; sólo la influencia del Arzobispo y de Garci-Gomez lograron hasta ahora hacer ilusoria la regencia que tanto anhela, y al escuchar que partieron sus dos rivales y que una parte de los que le negaban su voto se hallaba dispuesta á elevarlo al primer puesto del Estado, acepta sin vacilar la idea del grande, ofrece á este recompensas y se dispone á la realizacion del plan que tanto le halaga.

No hallándose en Madrid D. Alonso de Acuña ha quedado como jefe absoluto de los conjurados, y en el acto dispone que se reuna la asamblea para las diez del siguiente dia.

Todo lo ha previsto Hernando, y el grande que ahora ins-

© Biblioteca Nacional de España

pira á Villena le ofrece disculpa suficiente para justificar aquella reunion extraordinaria y votacion de regencia.

Antes de la media noche ya están citados los grandes reunidos en Madrid, y de acuerdo Villena con todos sus amigos, tiene casi asegurada la eleccion.

A las nueve y media sabe Alvarez de Toledo que el Marqués aceptó y trabaja ya para llevar á cabo su idea, y trasladándose al palacio de Acuña escribe la siguiente carta:

«Señor Arzobispo: Vuestra repentina y misteriosa marcha va á ser causa de un conflicto que debísteis prever: mañana á las diez se reunen los grandes para votar regente de Castilla, durante la menor edad de D. Alonso, al señor Marqués de Villena. Os mando este escrito con la brevedad que me ha sido posible; si llega á tiempo á vuestras manos, regresad inmediatamente; sólo vuestra presencia podrá evitaros una derrota y humillacion que enlutarian vuestra existencia el resto de la vida. Si yo puedo combatir tan gran desgracia, me quedaré; pero si averiguo que Villena dispone de mayoría, partiré á Toledo ántes de una hora. Vuestro amigo,

GARCI-GOMEZ.»

Terminado el escrito manda llamar Hernando al secretario de D. Alonso, se lo lee para que comprenda la importancia de mandarlo ganando horas, y despues que lo hubo cerrado, le dice:

—Que lo lleve al momento la persona de vuestra mayor confianza; á la puerta del palacio aguardan ya cien ginetes de los quinientos que yo tengo en Madrid, los cuales acompañarán al emisario que mandeis.

El secretario le contesta:

—Comprendo la urgencia de que regrese mi señor, y ántes de un cuarto de hora partirá el mejor ginete de los que dejó el señor Arzobispo; pero en mi concepto debe ir solo, pues de este modo volará.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Sabeis por ventura que el Marqués no ha previsto el caso y nos ha dejado expeditos los caminos? Es indispensable que abriguemos una seguridad absoluta de que ese emisario va á llegar adonde está vuestro señor, y esto sólo se consigue yendo muy bien acompañado y defendido. No le servirán de estorbo ni entorpecerán su marcha los cien hombres que yo mando; ántes al contrario, correrán tanto como él, y si hay algun peligro lo destruirán en el acto con las puntas de sus espadas.

—¡Qué contrariedad, qué accidente tan inesperado!

—Cada vacilacion vuestra, cada instante que perdais es una probabilidad ménos del logro de nuestros deseos y una más para conseguir sus fines el Marqués, y de todo os hago responsable, señor secretario.

—Creo que hay tiempo suficiente para que el señor Arzobispo pueda estar aquí mañana ántes de las diez, no obstante lo cual voy á mandar en este instante al emisario, segun vos deseais.

No tarda en partir aquel, seguido de los cien hombres que al mando de dos caballeros tenía dispuestos Garci-Gomez.

El secretario no dijo á Toledo dónde se hallaba Acuña, pero sí al portador del escrito, y sus vacilaciones las motivaron el temor natural de que Hernando averiguase por sus ginetes que el prelado estaba en el palacio de Melania en vez de caminar hácia Toledo, segun fingió D. Alonso.

Pero ni el secretario ni nuestro jóven hablaron una sola frase sobre aquel extremo, temeroso el uno de descubrir la verdad ó de mentir sin la conveniente reserva en lo sucesivo, y muy calculadamente el otro.

En cuanto hubo abandonado el palacio la persona que llevaba la carta al Arzobispo, preguntó el secretario á Garci-Gomez:

—¿Y nosotros podemos hacer algo, ínterin llega mi señor, contra esa endiablada intriga del Marqués?

—Vos, nada; yo intentaré cuanto quepa en lo posible.

—Visitad á todos vuestros amigos y los del señor Arzobispo; enteradlos, ganad voluntades...

© Biblioteca Nacional de España

—Eso voy á hacer, y en el caso de que vea segura la derrota, saldré al encuentro del prelado.

—No os molesteis en lo último; yo os respondo que recibirá á tiempo el escrito.

—De todos modos no me espereis esta noche; tendré que pasarla en vela, y como ninguno de vosotros puede ayudarme, os es dado reposar tranquilamente. ¡Que Dios os guarde, señor secretario!

—¡El os protega y ayude!

Hernando entra en sus habitaciones, cambia su traje de seda por la cota de malla, sobrevesta y casco, da algunas órdenes á su criado y se dirige á la casa-cuartel donde le aguardan Padilla y el grande que favorece su doble intriga.

Habla con ellos diez minutos, el segundo vuelve al palacio del Marqués y el primero monta á caballo, saliendo minutos más tarde de Madrid á la izquierda de Garci-Gomez.

Van solos, y al llegar al camino de Alcalá clavan sus espuelas en los ijares de los caballos, saliendo estos á escape tendido.

Una hora más tarde se incorporan ambos con los ciento dos ginetes que siguen al emisario, continuando entre ellos, sin que hubiera podido notar la presencia de los dos intrusos el enviado del secretario.

Confundidos entre su gente siguen hácia Alcalá Hernando Alvarez de Toledo y D. Lope de Padilla.

¿Bastará la intriga de Garci-Gomez para arrancar del palacio de Melania á D. Alonso de Acuña é inutilizarlo por el pronto para la realizacion de la funesta boda, ó podrán en caso contrario impedir ellos con su presencia atentado tan inícuo?

Hernando debe ir resuelto á todo, y hasta le es dado escalar el castillo de Melania con los ciento tres hombres de que está rodeado y le obedecen; pero no se nota en su semblante y actitud ese temor que obliga á meditar en la adopcion de medidas extremas.

Va frio, casi indiferente; habla con D. Lope de asuntos

© Biblioteca Nacional de España

particulares cuando amengua la velocidad de la marcha, y demuestra seguridad absoluta en su triunfo.

Y consiste en que le consta que Melania cumple sus juramentos de otro modo muy diferente que su padre adoptivo ó protector.

Pronto veremos si nuestro jóven se ha equivocado en esta ocasion.

Ahora es indispensable que averigüemos lo que ha hecho é intenta el poderoso Arzobispo.

Al efecto abandonemos á Garci-Gomez y comitiva, los cuales llegaron á Alcalá sin inconveniente alguno y en los precisos instantes en que eran allí necesarios, y unámonos al Arzobispo de Toledo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVI.

Marcha del Arzobispo y su nuevo protegido.—El castillo de Melania por dentro.—Sorpresa.—Impaciencia.—Determinacion.—Principio de una intriga que se evapora como el agua.

Aun cuando el Arzobispo de Toledo no habia perdido la esperanza de llegar á regente de Castilla y de Leon, empezó ya á desechar de sí aquellas seguridades que tuvo al principio.

El equilibrio de las fuerzas del rey, que Garci-Gomez sostenía tan admirablemente sin que pudiera comprenderlo ningun conjurado, y la preponderancia siempre creciente del Marqués de Villena, fueron poco á poco destruyendo gran parte de sus ilusiones.

Y es lo cierto que hoy sólo contaba con las revueltas de los tiempos para elevarse á la primera magistratura del reino.

No siendo regente, Garci-Gomez dejaria de ser grande de Castilla, y esta segunda circunstancia le tenía muy desazonado, cuando Velasco le pidió la mano de Melania, declarándole á la vez el amor que la bellísima jóven habia encendido en su pecho las dos veces que habló con ella en Alcalá.

Era este pretendiente, segun hemos dicho ya, hijo y heredero del Conde de Haro, señor de Vizcaya, y tenía necesariamente que heredar un dia no lejano todos los títulos, grandeza é inmensa fortuna de su padre.

© Biblioteca Nacional de España

Pensó por lo tanto el prelado que desairar aquella pretension por cumplir la palabra que tenía dada á Garci-Gomez, era dejar lo cierto por lo muy dudoso, y no obstante su juramento, fé empeñada y grandes escollos que le ofrecia tan indigna accion, hubo de concluir por aceptar la proposicion de Velasco, la cual llenaba todos sus deseos y aspiraciones respecto del único sér que á su modo amaba en el mundo.

Creyó que con mucha reserva y poniendo en juego toda su habilidad, bastarian para que Garci-Gomez se quedase sin su prometida y continuara junto á él como estuvo hasta entónces.

Partia D. Alonso de un principio falso; ignoraba quién era Garci-Gomez, el amor que Melania le tenía y todo el cúmulo de intrigas que nuestro jóven estaba realizando, y esto debia proporcionarle por lo ménos un grave compromiso en lo que él juzgaba fácil.

Realizada la boda, pensó disculparse con Toledo diciéndole: se han enamorado sin saberlo nosotros; se casaron en secreto, y ya no nos queda otro remedio que resignarnos ante un acontecimiento sancionado por Dios.

Su intriga era un verdadero plagio de la que realizó con él el Marqués de Villena; no tenía siquiera el mérito de la originalidad.

Velasco le habia dicho que Melania lo recibió con excesiva amabilidad y que al despedirlo estuvo tan tierna con él, que no dudaba en lo sucesivo de su amor. La urbanidad de la dama fué interpretada por Velasco con la exajeracion de un enamorado, y como al Arzobispo le convenia que fuese cierto, lo creyó fácilmente y le alegraba hallar en el pecho de la hermosísima Melania la gran predisposicion que el hijo de Haro suponia.

En alas de tan seductores auspicios abandonó Madrid el Arzobispo, despidiéndose de Villena y de los principales grandes con solo el siguiente escrito:

«Un asunto de familia me obliga á partir sin dilacion, pero volveré brevemente.»

© Biblioteca Nacional de España

De Garci-Gomez se despidió de palabra, como saben nuestros lectores, y de incógnito, pero seguido de numerosa escolta, se dirigió á Alcalá.

Aun no llevaba andada media legua cuando le salió al encuentro Velasco, que ya le aguardaba algun tiempo, se unieron y á buen paso continuaron, llegando al término de su jornada á las nueve de la noche sin haber avisado á nadie.

Acuña halló las puertas del castillo de Melania cerradas y á todos los centinelas en sus puestos.

Un caballero se adelantó, dijo quiénes eran, los puentes se bajaron y les fué franqueado el paso con gran presteza. Parecia que los aguardaban á juzgar por la profusion de pajes que acudieron con hachas encendidas y multitud de criados que cogian del diestro á los caballos.

Antes de entrar mandó el Arzobispo á uno de sus caballeros que marchara á cumplimentar sus órdenes, y aquel, seguido únicamente de su criado, se internó en la ciudad.

Melania y D. Troilo aguardaban al prelado en el extenso vestíbulo; allí fueron estrechados por él, cambiando luégo los dos hermanos algunos cumplidos con D. Pedro de Velasco.

Acompañaban á la bella jóven sus doncellas, caballeros y jefes del castillo, haciendo todos un recibimiento á D. Alonso tan agradable como lisonjero.

Melania, cada dia más bella, se presentaba esta noche radiante de hermosura y de alegría. Acuña creyó que parte de aquella satisfaccion era debida á la presencia de Velasco, y ya empezaba á vez realizada una boda imposible.

Don Pedro ofreció el brazo á la que juzgaba su futura, y á ruegos de esta pasaron al comedor los cuatro, dando poco despues principio á una espléndida cena, en la que hubo profusion de viandas y un placer que encantaba al prelado.

Velasco, fijo siempre en el rostro seductor de aquella beldad, intentaba decirle con su ardiente mirada que todo era amor en su pecho, y la jóven, acariciando con frases tiernas á su padre adoptivo y no rehuyendo siempre el fuego de los ojos de Velasco, los complacia á ambos, proporcionándoles en

© Biblioteca Nacional de España

la hora que estuvieron en el comedor un cúmulo inmenso de agradables ilusiones que ambos saboreaban en su espíritu, mejor que la materia las ricas viandas que les servian.

En estos momentos se presentaba más inteligente que nunca; su elevado ingenio y agudeza brillaban más que sus zarcos ojos, é iba poco á poco enloqueciendo el amoroso y perturbado cerebro del hijo de Haro, cuando terminada la cena mandó el Arzobispo á Troilo que se retirase á sus habitaciones, y los tres restantes pasaron al salon principal del castillo.

Acuña tomó asiento en medio de Melania y Velasco; cada cual ocupaba un gótico sillon, estaban muy juntos, y el prelado se disponia en este instante á participar á su prohijada que debia unirse en la mañana siguiente á D. Pedro, disculpando á la vez lo improvisado y rápido de aquel enlace.

Un silencio no interrumpido reinaba en la fortaleza. Cenaban unos, otros se disponian á buscar el descanso, y todos á bastante distancia del salon en que se hallaba Melania, no osaban alzar la voz ni promover ruido alguno.

Una luna clarísima se extendia sobre los montes, llanos, arboledas y edificios de Alcalá y sus contornos.

El Henares se deslizaba mansamente y sólo interrumpian el silencio de la noche las campanas de algunos conventos que llamaban al coro á las esposas de Jesús y á los donceles ó no donceles de traje talar.

Todo convidaba al Arzobispo á la realizacion de su sueño dorado. Despues de meditar algunos segundos, dijo á Melania con ternura y pausa:

—Te habrá sorprendido, hija mia, mi repentina llegada y la presencia de D. Pedro de Velasco sin prévio anuncio, ¿es cierto?

—¡Ah! señor,—le contestó la jóven inclinando la cabeza,—sorpresa ha sido y muy grata, pero tan rara, que al aparecer la alegría en mi corazon asoma la tristeza en mi mente, recordando que la mayor parte del tiempo lo pasais fuera de esta ciudad, donde tanto se os ama, respeta y acaricia.

—Harto lo siento, Melania, pero se halla el reino en re-

© Biblioteca Nacional de España

volucion hace mucho tiempo, y si los grandes nos encerrásemos en nuestros castillos ó palacios, Dios sabe lo que sucederia á tanto infeliz como tienen expuestas su fortuna y vida en esta calamitosa época. Pero ya que no me es dado como quisiera permanecer junto á ti y velar dia y noche por la casta doncella, pienso en ti de continuo y no he cesado de ocuparme de tu suerte hasta lograr ofrecerte una union tan digna como indispensable en los tiempos que corremos. Ya sabes que estamos en guerra con Enrique IV; una gran parte de Castilla le defiende, y el resto lo combate. Lucha tan constante y sostenida empieza en los palacios para llegar hasta la última cabaña, y no hay hoy castillo alguno, por fuerte que sea, que no se halle amenazado, ni doncella que no esté en peligro aun cuando la amparen y protejan la veleidosa fortuna, el poder y algunos hombres.

—Verdad es, señor; refieren hechos inauditos y cuentan que la mitad de Castilla pretende pasar á cuchillo á la otra mitad. ¡Qué de crímenes refieren! ¡Dios se apiade de los que en alas de bastardas ambiciones, de egoismo y de maldad convirtieron la noble patria de Fernando III en horrendo caos de sangre, dolor y llanto!

—Cierto.

Murmuró el Arzobispo, bajando la cabeza como abrumado por peso enorme.

—Dia llegará,—añadió la jóven,—clavando más el dardo con que acababa de herir el corazon de Acuña,—dia llegará, señor, en que esos hambrientos de más oro, poder y riquezas, cierren los ojos y se vean ante el tribunal de Dios trémulos y más agitados que lo estuvieron nunca. ¿Con qué derecho ha de implorar la bondad del Eterno el que jamás la tuvo para con sus semejantes? ¡Entónces comprenderá lo torpe de la idea que lo elevó unos cuantos años para confundirlo en el abismo por toda una eternidad! ¡Entónces envidiará al pobre mendigo, al infeliz cubierto de harapos que le alargaba la mano en demanda de una caridad que jamás halló eco en su corrompido corazon! ¡Entónces verá negro y cayendo sobre él aquel

© Biblioteca Nacional de España

mar de sangre humana que hizo verter despiadadamente! ¡Entónces escuchará horrorizado aquellos ayes lastimeros que exhalaron por causa suya y que sólo le habian inspirado en el mundo desden! ¡El primero aquí, será allí el último, Don Alonso!..

—¿Por qué me dices eso, hija mia?

Preguntó Carrillo, interrumpiendo á la jóven y cuando empezaba á sentir el rudo aguijon del remordimiento.

—Son deducciones, señor, de las ideas que acabais de expresar. ¿Me he equivocado por ventura?

—No digo yo eso; pero es tan poco agradable la conversacion, adoptas un acento tan sentimental, y yo, que quiero verte siempre alegre y satisfecha, deseo que en la presente noche empieces á ser la dama más feliz de Castilla.

—¡Cuánto os debo!

—A más aspiro todavía; tu gratitud va á crecer considerablemente; pero es lo cierto, Melania, que nos hemos engolfado en un diálogo que ha de ser harto impertinente para tu huésped y amigo D. Pedro de Velasco, futuro Conde de Haro y señor de Vizcaya.

—¡Ah, sí, teneis razon! Como nos vemos tan de tarde en tarde y nuestro mútuo afecto crece en vez de aminorarse con la separacion, nos habrá de perdonar el señor de Velasco unas distracciones disculpables en un protector y una protegida que se estiman tanto.

—Continuad, Melania, hablando de lo que gusteis, — le contestó D. Pedro;—para admiraros y trasportarme á un éxtasis delicioso, arrobador, me basta oir vuestro acento, comprender las elevadas ideas que brotan de vuestro privilegiado ingenio.

—Gracias, señor de Velasco, sois galante como pocos hombres. Proseguid, D. Alonso; carezco tanto de vuestra presencia y tiernas frases, que anhelo aprovechar los pocos instantes que permaneceis á mi lado.

—Siempre estás encantadora, Melania; pero esta noche te encuentro sublime.

© Biblioteca Nacional de España

—En vos, señor, no me son extrañas frases tan halagadoras; vuestro gran talento, atencion con las damas y deferencia á mí, dan siempre ese admirable resultado. Continuad, si lo teneis á bien, hablando de la guerra y de los desastres de que son víctimas Castilla y Leon.

—Basta con lo que ya te he indicado; debemos ocuparnos de la extraordinaria causa que motiva la presencia en tu castillo de mi amigo D. Pedro.

—No es necesario disculparla, que está harto justificada. Viene con vos, se halla en sus estados y honra á la persona de quien acepta habitacion y mesa.

—Sé que te ha visitado anteriormente, y al parecer merecieron tu agrado las muchas y bellas cualidades que le adornan.

—Ciertamente; vino con mi hermano Troilo dos veces, y me pareció un cumplido caballero.

—Hija, no creo que debemos perder el tiempo en indicaciones vagas y sin carácter terminante. Voy, por lo tanto, á declararte sin ambajes ni rodeos la causa que nos trae esta noche á tu castillo. D. Pedro de Velasco te vió, se ha enamorado de ti y desea tu mano con más afan que el sediento el agua, el ciego la vista y la tierna madre los cariños del hijo querido. Si me he equivocado, rectificad vos, futuro Conde de Haro.

—Melania,—exclamó el aludido,—la primera vez que os contemplé me impresionásteis de un modo que no me es dado explicar. La idea de vuestra celestial belleza, del ingenio que demostrásteis me quitó el sueño, absorbiendo de tal modo mi espíritu, que sólo tuvo un pensamiento: el que se contraia al ángel por quien ya suspiraba. La segunda vez ya no fué impresion lo que sentí, fué amor, naciendo en mi pecho un volcan que viene desde entónces arrojando fuego y lava sin tregua ni descanso. Mi dicha, mi felicidad, mi ventura están en vuestra mano, dádmela, y me conceptuaré el más afortunado de los hombres.

—¡Qué sorpresa tan inesperada! ¡Cómo habia yo de figu-

© Biblioteca Nacional de España

rarme que bastasen dos solas visitas para fomentar un amor tan grande!

—¿No creeis en él por ventura? ¿Dudais?

—Eso sería, señor de Velasco, terrible ingratitud y falta de urbanidad. Me extraña y sorprende, pero no doy cabida en mi cerebro á la duda. Vuestro noble corazon sentirá por mí esa gran simpatía que llamais amor; pero fijaos, amigo mio, en lo poco que me conoceis y en lo grave y largo de una union indisoluble.

—Llevo tres meses sin pensar en otra cosa y mi decision es irrevocable. ¿Creeis que navego en un mar de ilusiones, ó puedo abrigar alguna esperanza que me encamine á la realidad, única que me hará feliz?

—Don Pedro, no daré mi mano á hombre que no conozca mucho. El amor es una pasion que ciega; en pos de él suelen venir la indiferencia y detrás la eterna desgracia. Nací para amar, quiero amar; pero no los negros ojos, el terso cútis que pronto se ajan; no la esbelta figura que fácilmente se inclina; quiero amar á un espíritu elevado que jamás se encorva ni amengua; quiero amar lo que eleva en la juvuntud, lo que sonríe en la vejez. Y para que yo sepa la talla de vuestro espíritu, es pronto, muy pronto, señor de Velasco.

No parece que tenía réplica la idea que acababa de expresar Melania, y ya iba á contestar D. Pedro con las usuales frases de haré méritos, mis acciones confirmarán el amor etc., cuando el Arzobispo, que tenía pensamiento muy diferente, se adelantó, contestando á su ahijada:

—Es muy cierto lo que acabas de expresar, Melania; el lazo santo que te ofrece Velasco es indisoluble y puede hacer lo mismo la ventura de una familia, que sumirla en la desgracia; por esa razon se debe, en general, huir de toda ligereza ó impremeditacion que da lugar á funestos resultados; pero en el caso presente no tiene aplicacion tan sábia experiencia. Yo, que fuí y seguiré siendo para ti un tierno padre, me encargué de hacer ese estudio ántes de venir á tu castillo con mi amigo D. Pedro. Y porque solo anhelo en el mundo tu feli-

© Biblioteca Nacional de España

cidad, te aconsejo y mando que des tu mano lo ántes posible al señor de Velasco.

—Acaso tengais razon, señor Arzobispo, y este caballero posea un espíritu tan elevado que baste á formar la dicha de la dama más exigente y escrupulosa. Mas vos, por efecto sin duda de pertenecer á tan respetable clase, ignorais que es imprescindible armonizar las simpatías para que haya verdadera felicidad en el matrimonio, y eso, señor, no pueden hacerlo otros que los interesados.

—Mi clase y estado, hija mia, no me impiden conocer el corazon humano; iguales causas producen siempre idénticos efectos. Siento que se halle presente Velasco, porque voy á torturar su molestia, pero á la altura á que han llegado las cosas, me veo en la imposibilidad de ocultarte lo que es y vale el noble D. Pedro de Velasco. Tened paciencia, amigo mio, si la verdad os ruboriza, lo cual será muy propio de tan cumplido caballero y de jóven tan modesto y gentil. Y tú, Melania, oye: entre los grandes de Castilla es Velasco envidiado por su galantería, abolengo y nobles acciones; entre las damas es aplaudido y deseado; la causa es igual á la anterior. Y en la guerra forma el terror de sus contrarios, excitando la emulacion de sus amigos. Le ví en la batalla de Olmedo tan valiente, que más de una vez lo juzgué cadáver.

—Me han hablado de ese combate, señor, tan detallada é imparcialmente, que sé cuanto hicieron vuestros amigos y contrarios.

—Entónces te habrán referido las heroicidades de Don Pedro.

—No; dicen que el héroe en Olmedo fué un tal Garci-Gomez, el cual os salvó la vida.

—Han exagerado.

—Pues cuentan testigos muy verídicos que el vencedor de Don Enrique Giron estuvo en esa batalla á una altura que, á pesar de su gran renombre, asombró á los más valientes. Y es lo extraño que rara vez hiere ó mata; su génio dominador dirige, manda, aturde al enemigo, descompone las filas contra

© Biblioteca Nacional de España

rias, introduce en ellas la dispersion y defiende y salva á los suyos con talento y habilidad que sólo el héroe posee. Sus quinientos hombres y veinte caballeros asistieron al combate como á un torneo; triunfaron, siendo lo más notable que con desdeñosa sonrisa desapareció Garci-Gomez, dejándoos la corona del triunfo.

—Aun cuando así fuera, pudo y hubo efectivamente otros que elevaron su nombre y valor á grande altura.

—Y muchos que en alas de ciego aturdimiento se concretaron á herir y matar, patentizando un ardor bélico que sólo produce víctimas, nunca gloria ni humanidad.

—¿A quién aludes, Melania?

—Al señor de Velasco. Es en parte disculpable por ser la primera batalla en que se halló, y por carecer de la teoría y práctica indispensable en el arte de la guerra.

—Yo vi lo contrario.

—Sepamos si soy yo la equivocada; que diga él si me han engañado. D. Pedro y los ginetes que mandaba cargaron con tan poco acierto, que perecieron unos, cayendo prisioneros los restantes; pero los vió el héroe, y con bastante ménos fuerza que sus contrarios los envolvió de modo que salvó á sus parciales, espantando á los que se los llevaban, con tal facilidad y ligereza, que el mismo Don Pedro no se explica aún, estoy segura, las evoluciones y cargas de Garci-Gomez. ¿Es cierto?

—Así fué.

Contestó D. Pedro bajando la cabeza.

—Luégo quiso el señor de Velasco buscar el desquite, y unido á vuestras mesnadas, con prudencia plausible, aun cuando algo egoista, segun dicen los inteligentes, hirió á unos cuantos, corriendo hácia delante, pero siempre rodeado de valientes caballeros. ¿Qué sucedió luégo? Bien lo sabeis; las huestes de Enrique IV se rehicieron, cargando con tal furia, que hubieran aniquilado toda el ala derecha que vos mandábais si Garci-Gomez no se presentara con tal oportunidad, que os libró de perecer en los momentos críticos en que ocho

© Biblioteca Nacional de España

espadas se dirigian á vuestro noble pecho. ¿Me engañaron, señor de Velasco?

—Enterada estais como yo, señora.

La satisfaccion del Arzobispo fué poco á poco nublándose, y ya en este momento presentaba su faz algo contraida, sin disimular el disgusto que le producian las frases de Melania.

Como no era hombre capaz de sufrir por mucho tiempo las ideas contrarias á sus propósitos, cortó el diálogo con las frases siguientes:

—Basta de guerras y descripciones cuyo relato está mal en los labios de una dama. Más ó ménos valiente D. Pedro y con mayor ó menor fortuna en los combates, es digno de ti, Melania, y esto nadie debe saberlo como yo, que te conozco, estudié á Velasco y suelo penetrar con mi mirada hasta el corazon de los hombres. Se comprende que pudiera haber parcialidad en mí en favor tuyo, pero es absurdo pensar lo contrario, y al decirte yo que ningun hombre puede hacerte tan dichosa, debiste oirme como á oráculo.

—No debo contradeciros, señor, aun cuando causa habia para hacerlo; supongamos que la union de D. Pedro va á formar nuestra felicidad futura; quiero adelantarme más; demos por hecho que nos une un amor profundo, inestinguible, ¿qué más desais?

—Que mañana mismo os enlaceis y corone la dicha acto tan de mi gusto.

—Pero eso no puede ser.

—¿Quién lo va á impedir?

—Mi decoro, las consideraciones que se deben á una dama. Vos, señor, podeis prometer mi mano; mas es preciso que la pida solemnemente el señor Conde de Haro, padre del que llamais mi futuro.

—¡El Conde de Haro!

Exclamó el Arzobispo, sucumbiendo ante el peso de una verdad abrumadora. Melania añadió:

—Aun cuando yo pudiese llevar mi abnegacion al extremo de unirme á un hombre que me fuese antipático por solo

© Biblioteca Nacional de España

complaceros, no podré nunca, señor, humillarme hasta el extremo de que el padre de mi esposo crea que yo seduje á su hijo, me desprecie y hasta juzgue que deshonro su familia. Ninguna mujer que se estime en algo debe aceptar boda que no sancione el padre de su marido. Y si esto se refiere á la hija que le es dado alzar la frente con orgullo, para la que no conoció al autor de sus dias ni nadie le habló de él jamás, la causa es mayor é imposible el enlace si la bastarda posee un átomo de dignidad. Primero, señor Arzobispo, mendigaria de puerta en puerta el sustento de la vida, que sufrir las justas quejas del padre de mi esposo, su natural resentimiento y hasta el desprecio que sólo podia inspirarle la que obró sin decoro ni dignidad. El pan del mendigo es más sabroso, señor, que los exquisitos manjares de esa gente baladí que vive en la opulencia sin pudor.

—Melania, tienes mucho talento, pero abusas de él con insensata prodigalidad. Mañana te unirás á D. Pedro de Velasco, y quince dias despues vendrá el Conde de Haro á suplicarte que le des el nombre de padre; yo te lo aseguro.

—¿Me lo mandais, señor?

—Te lo impongo; y la que tanto me debe, si es agradecida...

—¿Qué dice á eso el noble, el hidalgo, el valiente señor de Velasco?

—Que tiene razon el señor Arzobispo y que debemos obedecerle.

—Ancha teneis la manga, caballero, y no en balde juzgué que nuestras simpatías jamás podrán armonizarse.

—Al contrario; cuando pueda llamarme vuestro esposo, mi amor y ternura os harán la mujer más dichosa de la tierra, Melania.

—¡Vuestro amor, vuestra ternura! Son frases halagadoras que se pierden en el vacío como la más torpe ilusion. Por lo visto ignora el futuro señor de Vizcaya que la ternura y el amor se convierten en envenenadas flechas cuando la persona á quien van dirigidas no los desea ni los quiere. ¿Habeis estudiado, señor de Velasco, la diferencia que hay entre el amor

© Biblioteca Nacional de España

que engendra la conviccion profunda, el cariño acendrado, y el amor que nace del deseo fugaz, de la envidia ó del amor propio halagado?

—Melania,—volvio á exclamar D. Alonso,—ya has abusado bastante de tu buena imaginacion. Sabes algo, pero encerrada en este castillo, siempre ignoras mucho y no puedo tolerarte por más tiempo que pretendas dar lecciones á los que no las necesitan. Cuando cogida al brazo de tu esposo cruces el mundo, estudies la sociedad en que vives y la conozcas bien, entónces podrás entrar en ciertas cuestiones, y hasta enseñar algo á los que sean más ignorantes que tú. Pero hasta que llegue ese dia sé más modesta y humilde; te lo aconsejo como amigo, te lo mando como protector.

—Acepto la leccion, por más que haya llevado el rubor á mi semblante.

—Tú tienes la culpa. ¿Ignoras, por ventura, lo imposible que te sería enseñarnos nada á Velasco y á mí?

—Es cierto; la brillante carrera de D. Pedro, sus continuos estudios y gran experiencia lo elevan sobre mí á una altura, que habrá de perdonar desde ella á esta ignorante que mirará ya con desden.

—Tampoco es de mi agrado esa ironía, Melania, y convencido como estoy de lo inútiles que son ciertas reflexiones, suprimamos las palabras y empiecen los hechos.

El Arzobispo se puso en pié, y acentuando mucho sus frases, añadió:

—Esta noche habrán extendido tu contrato de boda; mañana á las ocho lo firmarás, y á las diez, en la capilla de tu castillo...

No pudo continuar el Arzobispo; apagaron su acento los sonidos de un clarin guerrero. A la vez oyó la carrera de muchos caballos que se detenian cerca del castillo.

Acuña y Velasco, de pié y mirándose como sorprendidos, quedaron por un momento pendientes de aquel ruido inusitado.

La jóven asomó á sus labios una imperceptible sonrisa

© Biblioteca Nacional de España

que expresaba la gran satisfaccion que concluia de experimentar.

—¿Quiénes vendrán á estas horas?

Exclamó el prelado, añadiendo Velasco:

—Es cerca de media noche y no se explica la llegada de tanto ginete.

—Aguardemos, que pronto nos dirán lo que es.

—Mucho sentiria que un acontecimiento cualquiera viniese, D. Alonso, á perturbar mi dicha.

—Ocurra lo que quiera, mañana os unireis á Melania; desechad vanos temores.

—Vuestra palabra y la seguridad que me ofreceis me devuelven la tranquilidad.

—¿Nada podrá interrumpir esa boda, D. Alonso?

—Absolutamente nada, Melania.

—¡Quién sabe lo que Dios reserva á sus hijos!

—Despues lo ignoro; pero hasta realizarse tu union con Velasco lo sé yo; me lo dijo el destino.

—Si la Providencia lo ha decretado así, me inclinaré ante su divina voluntad. No tuve padres, creo que ni amigos; hace tiempo que en vez de caricias y halagos sólo distingo á mi alrededor orgullo, vanidad, cuando no se me impone la más negra tiranía. Sólo la Providencia puede ser mi egida, á ella recurro; lo que Dios quiera he de amar yo, lo que El me mande he de obedecer con gusto. ¡Dios mio, tú, mi único padre, ordenas; tu voluntad sea cumplida!

—*Amén.*

Contestó el Arzobispo con enojo.

Melania cogió un libro en latin que habia en el gran velador próximo á ella y se puso á leer con la misma indiferencia que si estuviera sola.

Don Pedro de Velasco la miraba con temor, Acuña con ira. En estos momentos le amargaba que su protegida supiera tanto, y como consecuencia de esto, el que él hubiera contribuido á elevar su espíritu aconsejándole el estudio y la meditacion en aquel retiro en que siempre la tuvo sumergida.

© Biblioteca Nacional de España

La escena fué interrumpida por la llegada de un gentilhombre, el cual dijo á D. Alonso:

—Señor, han llegado al pié de los muros del castillo multitud de ginetes mandados por tres caballeros. Uno de estos pertenece á vuestra servidumbre, se llama Nuño, y dice que desea hablaros con toda urgencia.

—¡Nuño aquí!

—Sí, señor; viene de Madrid y lo manda vuestro primer secretario.

—Que éntre al momento.

Poco despues se presentó el anunciado.

Melania seguia leyendo é indiferente á lo que acontecia en su palacio.

El Arzobispo demostraba sorpresa é incertidumbre; Don Pedro de Velasco parecia aturdido.

Don Alonso preguntó al que acababa de entrar:

—¿Quién te envia?

—Vuestro primer secretario.

—¿Qué acontece?

—Lo ignoro; me dió este escrito para vos, encargándome que os lo trajera ganando horas, y seguido de cien ginetes y dos caballeros que perderian su existencia ántes de consentir que alguno interrumpiera mi paso.

—¿Son mios esos soldados?

—No, señor, de Garci-Gomez.

El prelado abrió la carta que ya conocemos, leyéndola dos veces.

Su rostro fué poco á poco encendiéndose hasta quedar como el carmin.

Luégo oprime el escrito con su diestra, exclamando.

—¡Ah, Villena, Villena, tu ambicion no tiene límites! ¡En cambio careces de conciencia; pero yo te pondré á raya ó sucumbiré en breve! ¡Es cerca de media noche; me sobra tiempo! Está bien. Señor de Velasco, un acontecimiento, el más grave que pudiera sorprenderme, me obliga á abandonar este castillo y regresar á Madrid, pero no será razon suficiente pa-

© Biblioteca Nacional de España

ra que deje de cumpliros mi palabra. Antes de partir firmareis con Melania vuestro contrato de boda y mañana os casareis, representándome en tan solemne acto D. Troilo. ¿Teneis algo que oponer á esta medida?

—No, señor; anhelo que se realice vuestro deseo, que es el mio; á las diez me casaré con Melania; á la una me encontrareis en vuestro palacio de Madrid, dispuesto á vencer ó á morir junto á vos.

—No, Velasco; os ruego, os impongo que os quedeis junto á esa ingrata para velar por ella si yo sucumbo, para hacerla feliz. Lo contrario me disgustaria tanto como el triunfo de mis rivales.

—Si lo exigís de ese modo, os obedeceré, bien á pesar mio.

—Sea y no perdamos tiempo. Quedaos con Melania; aconsejadla bien; decidle lo venturosa que va á ser á vuestro lado, miéntras yo dispongo vuestra boda y me preparo á la vez á destruir las terribles pretensiones del hombre más poderoso, hábil é intrigante de Castilla.

—Señor, quisiera ayudaros...

—Os dejo el encargo más difícil de desempeñar, Velasco; si lograis convencer á Melania, si conseguís inspirarle amor, vuestro triunfo me halagará tanto ó más que el mio.

—Con tal empeño lo voy á tomar, que alcanzaré la victoria.

—No perdoneis medio; que no os aturda su gran inteligencia, y hasta luégo.

El Arzobispo desaparece de allí é inmediatamente se traslada á su palacio; da órdenes para que se dispongan á seguirle todos los soldados que le quedan en Alcalá; manda que los ciento dos ginetes que acompañaron á Nuño regresen al momento á Madrid, y luégo se ocupa de que abrevien la redaccion del contrato para la boda de Melania, que encargó un gentil-hombre en representacion suya al llegar á Alcalá.

Interin realiza lo expuesto con toda la energía de que es capaz, sepamos los medios que emplea Velasco para ganar el corazon de la que llama su futura.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVII.

Continúa la intriga de D. Alonso, complicada con la de Garci-Gomez.—Talento y discrecion de la ricahembra.—El contrato.—Escena incomprensible para el que la ha provocado.—Tierna despedida.

En cuanto Acuña salió de la estancia en que se hallaban los jóvenes, se sienta Velasco en el sillon más próximo al de Melania, en tanto que ella oprime un timbre, diciendo al gentil-hombre que se presenta:

—Que entren mis dos camareras Magdalena y Lucía, aguarden mis órdenes, y hagan lo mismo, quedando en el salon contiguo, el capitan Sancho y dos de vosotros.

Un instante despues aparecieron dos jóvenes, las cuales quedaron detrás de Melania, de pié y en respetuosa actitud.

—Al sentarse D. Pedro iba á dar principio á una improvisada escena amorosa, pero le contuvo el sonido del timbre, la órden que á aquel siguió y la presencia luégo de las dos camareras.

No le falta á Velasco osadía ni está su amor propio poco interesado en dominar el altivo corazon de la dama más hermosa de Castilla; y por esto y á pesar de los testigos, fué nuevamente á desplegar los labios para dar salida á las frases más tiernas y los conceptos más amorosos, siendo otra vez contenido por Melania.

© Biblioteca Nacional de España

La bellísima jóven parece que adivina. Desde que cogió el libro no lo ha soltado de la mano, y leyendo ahora, al parecer con afan, exclama:

—¡Admirable, sublime! ¡Qué ideas y pensamientos tan elevados! Oid, señor de Velasco, la manera que tuvo Ciceron de anatematizar los proyectos de Catilina. ¿Conoceis el latin?

—No, señora.

—¡Qué desgracia tan grande! Os iba á proporcionar un rato delicioso leyendo las frases del gran senador romano. ¿Quereis que vaya traduciendo?..

—No os molesteis.

—¡Ah! ¡Conocereis el hecho á que se refiere Ciceron! Me alegro, y convendreis conmigo en que Catilina y sus secuaces eran unos malvados que todavía espantan con las acciones que se propusieron realizar.

—Perdonad, Melania; dedicado desde la infancia á los ejercicios de la equitacion y la esgrima, aprendí poca historia de España.

—Pero si lo que os digo se refiere á la de Roma.

—Esa la desconozco por completo. Mi padre juzgaba, con razon, que todo eso pasó ya, y es inútil perder el tiempo en recordar antigüedades que á nada conducen.

—¡Qué estais diciendo, insensato! ¿Hay nada más útil y conveniente que el estudio de los héroes y grandes hechos de nuestros antepasados? Sin pleno conocimiento del heroismo mal podremos imitarle.

—La vida es corta, Melania, muy corta, y el que se consagra al ejercicio de las armas tiene que vivir siempre con su presente y futuro.

—Permitidme que no esté conforme con esa idea; el hombre más valiente que yo conozco, el mejor ginete, el más diestro en las lides, el héroe de Olmedo, en una palabra, es á la vez el que posee mejor la historia, la ciencia y la filosofía de cuantos he tratado.

—Estoy seguro que os referís á Garci-Gomez.

—Cierto.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Siempre ese nombre en vuestros labios!

—¿Y qué os extraña? ¿Hay en Castilla caballero más cumplido, más perfecto, más digno de admiracion? ¿Ignorais, por ventura, lo que hizo en mi obsequio con Giron?

—Lo sé y me atrevo á rogaros, bellísima Melania, que prescindamos de él por esta noche, pues sólo deseo ocuparme de vuestros encantos, de ese fuego que despiden vuestras miradas, en el cual se abrasa mi espíritu, arde mi corazon y da aliento á mi sér. Vos no podeis comprender la hermosura de vuestro semblante; es preciso, para abarcar su grandeza, haber corrido millares de pueblos, hablar con todas las damas de Castilla, para que comparando luégo, resultase la celestial deduccion que yo hago en este instante.

—Gracias, Velasco; pero no me ilusionan vuestras frases.

—¿Dudais acaso de ellas?

—Prescindiendo de vuestra natural galantería y hasta dando por hecho que juzgárais con exactitud, no hallo mérito alguno ni podrán jamás halagarme lo suave y terso de la epidermis, lo más grande de los ojos, lo esbelto del talle ni lo perfecto de un rostro. El cútis lo arruga prontamente el hielo de la vejez, que contrae los ojos y apaga su luz, encorva la figura y hace de la dama hechicera una pobre vieja trémula, vacilante, fea y desdeñada de cuantos en ella se fijan. Lo grande, lo elevado, lo que cada vez se embellece más es el espíritu; ese no envejece nunca, y si es bueno, si es hermoso, hace la dicha del amante, la felicidad del esposo, la ventura del hijo y forma el encanto de cuantos le contemplan. Pensad como yo, Velasco; prescindid de la forma, que aja y marchita un accidente cualquiera de la vida, y cuando no el tiempo, y buscad al sér humano en el fondo, en el espíritu, no en la epidermis, la frente, los ojos y la boca.

—Para amigo ó conocido bien; pero la esposa, la mujer que debe formar los encantos de la vida, si no es bella, quien la tiene á su lado ni la mira.

—Eso era ántes, amigo mio; eso lo hacen y seguirán haciendo los hombres de poca inteligencia; una idea elevada, un

© Biblioteca Nacional de España

pensamiento sublime valen y empiezan á estimarse más que los más bellos semblantes del mundo.

—Me habeis convencido, y porque vos teneis tanto talento y un espíritu elevado como pocos, os amo sin duda con ciego frenesí. ¿Deseais por ventura que conozca la historia? Vos me la enseñareis. ¿Que brille intelectualmente oyéndoos y aprendiendo de Melania? Llegaré á hablar como ese Catilina que citábais ántes.

—¡Jesús, qué disparate! Catilina fué un malvado; el hablista, el orador sublime se llama Ciceron.

—Lo mismo da. Seré vuestro Ciceron.

—¡Vos!

—Y más todavía si lo tomais con empeño, porque he de aprender á vuestro lado lo imposible.

—¡Vos! Velasco, es tarde; ni yo soy maestra, ni vos teneis ocho ó nueve años, que es la edad á propósito para empezar los estudios.

—No lo creais; vuestro puro aliento inoculará en mi alma la sabiduría más grande.

—¡El aliento mio! ¿Sabeis lo que es aliento? Os lo voy á decir: es un aire que, despues de haber dejado en la sangre del indivíduo su mejor parte, sale fuera perjudicando al que lo aspira.

—No os entiendo.

—Estaba segura; pero añadiré que eso de puro aliento ó de aliento angelical es un disparate llamado galantería.

—Ya me lo explicareis en otra ocasion; dejadme ahora una de vuestras manos...

—Alto, señor de Velasco; ni aun os tolero que roceis mi traje de seda. Si desconoceis lo que merece una doncella, criados tengo que os lo harán comprender.

—Es que yo estoy loco de amor, Melania.

—Mal lo vais á pasar si vuestra demencia crece y me ofende, que yo estoy cuerda y no es este palacio casa de Orates.

—Decid lo que gusteis, pensad lo que querais; pero permitidme que caiga á vuestras plantas y loco ó cuerdo, demen-

© Biblioteca Nacional de España

te ó con razon, os diga que nadie puede amaros como yo, Melania. ¡Sois tan hermosa! Desde ahora me constituyo en vuestro esclavo; y al llamarme mañana esposo vuestro, tendré una sola voluntad, una idea, un solo pensamiento, que serán los vuestros! ¡Decidme, por Dios, que podreis amarme!

—Alzad del suelo, Velasco, os lo ruego, os lo mando. Odio la esclavitud; en mi casa todos son amigos mios, lo mismo el capitan que el soldado, el gentil-hombre que el lacayo; no gusto de ese servilismo que empequeñece y degrada al sér humano. Oid una opinion fundada en la lógica más severa. Todo hombre que se aviene en la adversidad ó en la desgracia á cometer humillaciones y es capaz de aceptar el servilismo, cuando manda es déspota, cuando domina tirano. Es consecuencia ineludible; un espíritu grosero es despreciable lo mismo en la opulencia que en la desgracia. Así suelen empezar muchos amantes, Velasco; como vos se humillan, se postran, la repugnante frase esclavitud asoma á sus labios, seduce, engaña, para enseñar luégo el látigo con que el señor castiga al pária. Sentaos, amigo mio, que así estais mejor, y no dudeis nunca que mi hermosura, si la tengo, se marchitará al soplo del tiempo, de una enfermedad ó de cualquier accidente de los muchos que afectan la vida, quedando luégo la fea bastarda, la hija espuria; y vos sereis siempre el hijo y descendiente del noble y poderoso señor Conde de Haro.

—¿Y vuestro talento, Melania, y el predominio que ejerceis sobre el que llega hasta vos, cuándo se perderán?

—Admito la idea en hipótesis, y aceptada únicamente de este modo, os diré que la sociedad dispuso suprimir el brillo del talento de la mujer y romper su predominio con el superior derecho del marido y hasta con la fuerza bruta del hombre.

—¡Terrible estais conmigo, Melania! ¡Tanto como yo os amo desde que os vi! ¿Qué quereis que haga, que sea? Pedidme lo que os agrade, que me hallo dispuesto á complaceros aun á costa de mi vida. Notad que mi amor aumenta, crece cada instante más, y el volcan en que me abraso puede precipitarnos al abismo, Melania.

© Biblioteca Nacional de España

—A vos, que sois su único autor, sí, á mí no. Reparad, amigo mio, que no es amor lo que sentís: ¿cómo se ha de amar aquello que nos rechaza, que nos desdeña, que nos contempla indignos? Y si eso fuese amor, es en verdad cosa bien pequeña y miserable. Yo jamás os dí ni la más ténue esperanza; ni una mirada mia ha podido ser causa de interpretacion favorable. Vos deseais lo contrario; quereis que os ame, que sea vuestra, y cada negativa mia, y entre frases, acciones y miradas os he dado ciento, mil, ha excitado una gran parte de vuestro amor propio, puso en tortura vuestra vanidad, y al armónico conjunto de vanidad y amor propio ofendidos llamais amor, no siendo otra cosa que lo que acabo de expresar. Una prueba: vos me teneis miedo, y al que se le ama no se le teme.

—Al contrario, porque os amo con delirante pasion me estremece vuestro lenguaje.

—Deseais la posesion de un objeto, tomásteis con empeño su adquisicion, os gusta, os halaga y eso es todo. No ha habido en nosotros, no ha podido haber esa corriente de mútuas simpatías que poco á poco van engendrando el cariño; pero vos sois altivo, tenaz; os agrada una mujer y la quereis á toda costa, aun cuando luégo resultase un diablo con rostro de ángel.

No debemos prolongar más esta escena, en la cual demuestra Melania á Velasco su mucha capacidad y la ignorancia, amor propio y necia pasion de que él hace alarde.

Varias veces intenta todavía el mancebo ganar el corazon de la dama; cansada aquella de hacerle desaires y de demostrarle que es indigno de mujer tan entendida y sagaz, le permite que continúe requiriéndola de amores y que se engolfe en su pasion hasta llegar á creer que el silencio de Melania es el principio de la aquiescencia con que cuenta.

Velasco redobla sus protestas; llega al entusiasmo, y su delirante pasion le inspira ese conjunto de frases semipoéticas que describen lo más torpe é inverosímil que solemos escuchar. Es un pequeño torrente desbordado que sale á borboto-

© Biblioteca Nacional de España

nes por entre los labios del amante, y el que sólo puede causar risa y desden en toda hija de Eva que no sea tan necia como su galan.

Melania no le oye; piensa en Garci-Gomez, en el desenlace de aquella escena, y sonríe agradablemente considerando la fraseología de D. Pedro como una música sin compás ni melodía, indigna por lo tanto de su atencion.

De pronto asoma un tinte de carmin al bellísimo rostro de la dama; su espíritu se concentra, demostrando su divino rostro la gravedad del anciano.

Y es que aparecen en el salon el Arzobispo, un notario y varios testigos.

Lleva el primero en la mano un escrito que debe ser sin duda su contrato de boda.

Carrillo lanza á la jóven una mirada sombría, dirige varias frases á Velasco y manda al notario que lea el contrato.

Melania lo oye sin perder una sílaba; firma despues el novio, y cogiendo la pluma D. Alonso, dice á su protegida:

—Ahora tú.

—Con una sola condicion, señor Arzobispo.

Exclama Melania, con voz segura y sin vacilar.

—Exponla.

—Que este contrato quedará en mi poder hasta que yo tenga por conveniente entregárselo á mi futuro.

—¿Es el capricho de una niña?

—Es la voluntad de una dama.

—Sea; pero firma.

—En este sitio lo haré yo, pueden verificarlo ántes los testigos, y seguidamente lo realizaré, guardando despues el contrato.

—No veo inconveniente. Firmad, señores.

Cuando aquellos concluyeron cogió la jóven la pluma, exclamando.

—Melania.

Pero debió equivocarse, porque en las letras que trazó se leia: «*Mentira,*» rubricó, guardando seguidamente el contrato.

© Biblioteca Nacional de España

La distancia que la separaba de los que tenía en torno, la luz artificial, la rapidez con que la jóven trazó la frase y el parecido de una palabra con otra, hizo que todos leyesen *Melania* donde decia *Mentira*.

A este acto siguieron algunos cumplidos, la enhorabuena corrió de boca en boca, concluyendo por desaparecer del salon el notario y los testigos.

—Solos el Arzobispo, Melania y Velasco, exclamó el primero:

—Ya estais unidos ante los hombres; mañana lo estareis ante Dios, al cual rogaré miéntras viva por vuestra dicha eterna.

—La mia es segura,—exclamó Velasco;—soy ya el más feliz de los hombres.

—¿Y tú, Melania?

Preguntó Acuña.

—Yo, señor, no llegué aún al alcázar de la ventura, pero camino hácia él y ruego al Eterno me dé alas para entrar lo ántes posible.

—Hija, tu esposo es un cumplido caballero; te ama, y si pones de tu parte lo indispensable, no dudo que la dicha coronará vuestra obra. Tú eres rica, poderosa, Velasco será Conde de Haro y señor de Vizcayá al morir su padre, y unidas tu fortuna y opulencia á los suyos, nadie podrá sobreponerse á vosotros en los reinos de Castilla y de Leon.

—Eso es lo principal, señor Arzobispo; seamos los primeros potentados del mundo, que lo demás pronto se gasta ó marchita.

Sin comprender Don Alonso la ironía que encerraban las frases de Melania, le contesta:

—Así es la verdad. ¡Oh! cuánto siento dejaros en estos instantes; pero deseo adquiriros más riquezas aún, más esplendor, hay quien se opone y corro á destruir sus inícuos planes.

—Bien hecho, señor; partid, y si nos podeis ofrecer un cetro, no lo rehuseis, que en este mundo cuanto más alto se eleva el sér humano mejor gobierna, más avasalla y con do-

© Biblioteca Nacional de España

ble servilismo le aplaude, obedece y victorea esa multitud que cree celestial el manto de púrpura y divino el trono, aun cuando estén regados con sangre

—Me parece que has cambiado de opinion, Melania.

—Acaso; tanto ponderásteis las excelencias del poder, que no es extraño se hayan infiltrado en mi alma vuestras aristocráticas ideas y algo de ambicion...

—Me alegraria. La ricahembra hoy, condesa mañana de Haro y señora de Vizcaya, puede y debe aspirar á lo más elevado del reino.

—¿No partís, señor? Temo que llegueis tarde y vuestros enemigos...

—Mis enemigos... ¡ah! tienes razon.

—Que ensillen vuestro mejor caballo y á Madrid, Don Alonso.

—Ya me aguarda en el patio del castillo.

—Oprimid sus ijares con vuestras espuelas de oro y que corra.

—Lo haré volar.

—Y ya en Madrid no permitais que esté á vuestro lado ni el más grande de Castilla.

—Pues hay uno que pretende ponerse delante.

—¡Y vos lo tolerais; el Arzobispo de Toledo lo consiente!

—A evitarlo corro, Melania.

—Disponed de todos mis vasallos, oro y riquezas; pero abreviad, noble señor.

—Tu enlace despertó una ambicion que aplaudo, Melania. ¡Qué tesoro os he entregado, D. Pedro de Velasco!

—Si necesitais del futuro señor de Vizcaya, llamadlo; puesto que en Olmedo fué un héroe, segun decís, debe estar á vuestro lado delante del peligro, partir con vos la desgracia, heredar luégo el poder y la gloria.

—Marcho, sí. Mañana á las nueve vendrán á presenciar tu enlace todos mis amigos y parciales de Alcalá; á las diez bendecirá tus bodas el abad de San Benito, y á las once puede que haya yo logrado un triunfo completo sobre mi poderoso

© Biblioteca Nacional de España

rival. Adios, hija mia. D. Pedro, seré siempre vuestro amigo, vuestra egida, si apreciais en lo que vale el brillante que os acabo de entregar; vuestro mortal enemigo si temerario enturbiais una sola de sus luces.

—Al contrario, señor; le pertenece mi vida, le consagraré todo mi amor, y si desea más poder, más opulencia, conquistaré para ella con mi espada cuanto anhele la ambicion, cuanto pretenda el deseo.

—Muy bien. ¡Venid á mis brazos, y que Dios os bendiga!

El prelado los estrechó é iba á salir cuando le detuvo la voz de Melania, la cual dijo con imperio á Velasco:

—Seguidle, acompañadlo hasta el último puente é inmóvil luégo sobre el muro no volvais hasta que haya desaparecido de esta comarca.

Don Pedro le obedeció, quedando sola la inteligente Melania.

Una sonrisa desdeñosa fué la última expresion de cariño que legaba al Arzobispo, á D. Pedro y á la boda con que ambos soñaban.

Luégo se deja caer en un sillon y comienza á leer fuerte varias estrofas improvisadas por Hernando Alvarez de Toledo.

Al terminar exclama:

—Piafan y relichan los caballos en los patios de mi castillo; ya se alzan los puentes. ¡Qué estrépito! ¡Oh, grande debe ser el conflicto en que mi Hernando puso á D. Alonso, cuando se lleva hasta el último soldado de cuantos le quedaban en Alcalá!

Y la jóven queda sonriendo, halagada por la idea del desenlace que prevé en su boda con Velasco.

Su conducta en aquella noche se subordina por completo á las instrucciones que recibió de su verdadero amante; pero aun cuando Garci-Gomez no hubiera descubierto el secreto de Acuña, aun cuando Melania fuese sorprendida con aquella boda, no habrian bastado el poder, la energía y talento del prelado para obligarla á que se uniera á Velasco.

Tiene la ricahembra voluntad incontrastable, y todos los

© Biblioteca Nacional de España

tormentos del universo no bastarian á obligarla á que faltase al amor y juramento que tenía empeñados á Hernando.

Así lo comprende tambien Garci-Gomez, pero se propuso dar una severa leccion al perjuro Acuña, y por esta causa ordenó á Melania que firmase el contrato del modo que lo ha hecho, para que D. Alonso saliese convencido de que ya nadie podia impedir el enlace de su protegida y Velasco.

Era otro desengaño más de los muchos que Garci-Gomez legaba á su asesino y al atormentador de su anciano padre.

Seguro él de Melania, llevó á su corazon la alegría aquella nueva falacia de Carrillo; por eso, léjos de entristecerle y excitar su enojo las graves noticias que le dió Padilla, fueron causa de nueva satisfaccion para Toledo.

La despedida que Melania hace á su protector es tan tierna y agradable que aquel corre ahora satisfecho, pues supone que Melania queda unida á D. Pedro, y á la vez se juzga con poder bastante para hacer frente á Villena y destruir la regencia con que aquel pretende sorprenderle.

No obstante el engaño de que juzga víctima á Garci-Gomez, piensa ahora en él, y no es con su poderoso apoyo con lo que ménos cuenta para vencer á Pacheco.

Su doble intriga, negra intencion y conducta fatal deben recibir la recompensa que merecen.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVII.

La parodia del amor.—Un trovador resucitado.—Principia el desenlace de la intriga.

Cuando Melania oyó que salian del castillo el Arzobispo y cuantos le acompañaban, se traslada al salon contiguo, quedando en la galería de aquel.

Desde allí, á la clara luz de la luna, ve partir á su protector seguido de la gente que habia llevado y de cuanta tenía en Alcalá.

Poco á poco va perdiéndose el ruido de armas y el que producen las pisadas de los caballos.

Se alzan puentes y rastrillos, las grandes puertas de la fortaleza se cierran, y el opulento castillo de la ricahembra vuelve otra vez á quedar sumido en el mayor silencio.

Ausente el Arzobispo es Melania reina absoluta de la espléndida morada; soldados, jefes, gentiles-hombres y cuantos moran en ella la obedecen con sumision, con cariño. No hay uno solo que no le esté reconocido y obligado por la bondad con que los trata y la largueza con que premia todos sus servicios.

Como el Arzobispo ha necesitado acumular en Madrid el mayor número posible de fuerzas para poder luchar con Villena en todos los terrenos, ha quedado Velasco con sólo seis

© Biblioteca Nacional de España

hombres que le sirven, cuya fuerza representa en el castillo de Melania poco más que una gota de agua en el Océano.

Por eso la jóven recibe ahora en su salon de piedras y mosáicos, con galería al campo y completamente sola, al amante que le impone su tirano.

En medio de la estancia hay un pequeño velador con incrustaciones de nácar, marfil y concha, y dos sillones separados por aquel; en ellos se sientan, D. Pedro Velasco, receloso y algo agitado; tranquila, satisfecha y alegre la bellísima Melania.

La última pregunta:

—¿Marchó ya mi protector?

—Sí, señora; no abandoné el muro hasta perderlo de vista, segun me encargásteis.

—Gracias, D. Pedro.

—Bien pudiérais por un exceso de bondad, si otra causa mayor no existe, suprimir el don y empezar desde ahora á tratarme como á vuestro esposo. Comprendo que siendo tan grande la dicha que me espera me lo habeis de escasear al principio, pero ¿y luégo, Melania? ¿Habrá algun hombre más venturoso que yo en el mundo? No retraseis mi ventura, ángel de amor. Estais alegre, y esa satisfaccion me enorgullece, anima y alienta. ¿Callais, divina mujer?

—Sólo podria, Don Pedro, suprimir vuestro tratamiento siendo ya mi esposo.

—Ya lo somos ante los hombres, y para que se confirme nuestra union ante Dios faltan unas cuantas horas.

—¡Quién sabe, señor de Velasco! Lo futuro tiene arcanos en los que no penetra la ávida mirada del infeliz mortal.

—¿Dudais, acaso, todavía?

—No; yo creo ya.

—Entónces...

—Esperad, D. Pedro, y creereis como yo.

—No os comprendo, Melania.

—¿Amais mucho, Velasco?

—¡Que si amo! Con delirante pasion.

© Biblioteca Nacional de España

—En ese caso venid conmigo á esa galería, desde la cual se domina el campo, la floresta y el bosque. Os voy á referir una historia llena de melancólica poesía.

—Con mucho gusto, pero cogeos á mi brazo.

—Eso no; os prohibo, como ántes, hasta el más ligero roce con mi vestido. A la distancia en que nos hallamos estais bien, señor de Velasco; no olvideis que os he recibido sola en este salon, porque soy aquí la reina y puedo hasta mandaros ahorcar de una de las almenas de mi castillo. ¡Oh, y me sirven hombres que obedecen á una simple indicacion de su señora!

—Tambien yo lo haria. ¿No sois mi reina, la soberana de mi corazon?

—Gracias; un servidor más en esta fortaleza significa poco, D. Pedro.

Ambos se dirigen, delante ella y á alguna distancia Velasco, á la próxima galería, hasta quedar frente á frente el uno del otro. Melania añade:

—Ved qué noche tan clara y silenciosa; tiene la misma melancólica poesía que el relato con que os voy á entretener, si gustais oirme.

—¡Os escucharé no con placer, con amor, con entusiasmo! Hablad, ángel mio.

—¿Veis el Henares? Murmura sus sentidas quejas corriendo hácia la derecha por entre aquellas dos hileras de árboles que brillan al resplandor de la luna ménos que la línea de plata formada por el agua cristalina. Va cruzando plañidero y agitado la hermosa campiña de Alcalá. Y ved á la parte opuesta de su márgen izquierda cómo se alzan los montes, teniendo al pié dilatados bosques que sirven de albergue al ruiseñor que canta y extasía al que le escucha. Pues bien, Don Pedro, en esa campiña, en las márgenes del rio, entre esos bosques y hasta en las pendientes del monte, aprendí yo á amar. ¡Cuántas horas pasé junto á un apuesto doncel disputando á las aves su ternura, al agua su murmullo y á las auras la dulce tranquilidad de su existencia! A caballo junto á

© Biblioteca Nacional de España

mi Hernando, abrasado mi pecho con su ardiente mirada, unidos por un solo pensamiento, por una idea, por un deseo, cruzábamos en briosos alazanes la campiña, el bosque y las colinas. ¡Qué felices éramos!

—¡Hernando! ¿Quién es Hernando?

—Hernando Alvarez de Toledo era un jóven que envidiaban los grandes por su talento y heroismo y aplaudian los pequeños por su bondad, acierto y discrecion. Cuando hablaba, era el oráculo; cuando combatia, el héroe; cuando amaba, la ventura y dicha de la mujer á quien dirigia sus frases.

—¡Qué recuerdo tan inoportuno, Melania!

—Al contrario; lo cito para añadir que mi amor le costó la vida.

—¿Lo mataron?

—No; dicen que se suicidó él en horrenda prision donde le tenian encerrado sus enemigos, que son á la vez los mios. Luégo se enamoró de mí, segun cuentan, D. Enrique Giron, y tambien murió, señor de Velasco. Hay entre los pliegues de la melancólica poesía que brota de esa campiña, rio, bosques y monte un génio maléfico que mata al hombre atrevido que osa poner los ojos en la soberana de este castillo. ¿No observais que la tranquilidad de esa naturaleza parece agorera?

—¡Qué ideas tan tétricas y sombrías, Melania!

—No os extrañe; me parece que el génio maléfico bate ya sus sangrientas alas en direccion de mi castillo.

—Amadme, y que venga cuando quiera. Sea yo vuestro esposo, y que éntre en la fortaleza.

—¡Ay de vos si tal sucediese! ¡Con la vida pagaríais temeridad tan grande!

—¿Pensais aún que no me uniré á vos?

—Sí.

—¿En qué os fundais, Melania?

—En que no quiero que perezcais.

—Parece impropia de vuestro talento esa supersticion, que llamaria ridícula si la viera en otro.

—No tardareis en convenceros de que os acabo de decir

© Biblioteca Nacional de España

la verdad. ¡Mi destino há tiempo que me dió esposo, y el que intente oponerse á su sentencia morirá, D. Pedro! ¡Ay de vos, repito, si desoís mi acento!

—¿Por qué pensar en la muerte cuando nos convida la dicha con su más bello alcázar?

—¿No percibís nada?

—Sí; acaban de herir mis oidos los lejanos acordes de una lira.

—Os dije que el génio maléfico para vos empezaba á mover sus sangrientas alas, y esos sonidos lo indican claramente.

—Más que eso parece la diestra mano de un hábil músico. ¿Esperábais oir esos acordes, Melania?

—Esta noche no, pero me son muy conocidos y he pasado muchas horas extasiada escuchándolos cerca y léjos de mi castillo.

—¿Sabe D. Alonso lo que acabais de expresar?

—Ignoro si se lo habrán dicho.

—Yo podia aseguraros que no, y si lo averigua pueden seros funestas las consecuencias.

—¡Quién sabe! Ahora no perdamos una nota de esa dulce melodía.

—A nadie veo. ¡Quién será! ¿Pero qué nos importa á nosotros, Melania? Entremos, y en amoroso diálogo se deslizarán dichosas las horas de esta noche.

—Gracias; me agrada más escuchar esa lira.

—Soy vuestro esposo y os lo mando.

—¿Todavía no nos echaron la bendicion y ya me hablais de ese modo, D. Pedro? Que me place; continuad así.

—Deseo complaceros en todo; pero ántes que el músico debe ser vuestro marido...

—Callad, que ha empezado su estrofa mi trovador.

La voz de Hernando se hizo oir al compás de la lira. Un poco más gruesa y robusta que anteriormente, parecia llenar el espacio entusiasmando á Melania y haciendo estremecer á Don Pedro.

Hé aquí las dos primeras estrofas que improvisó:

© Biblioteca Nacional de España

No fies del castellano
Que ya por el monte asoma
Con arco y flecha en la mano;
¡Ay de la infeliz paloma
Si no distingue al milano!
Blancas las escamas son
De su brillante armadura,
Pero se ve por la union,
Al través de esa blancura,
Negro y torpe corazon.

Calla el trovador, sin dejar de mover las cuerdas de su lira, y en el mismo instante se presentan en el salon de Melania varios jefes del castillo, exclamando:

—Señora, es el valiente Alvarez de Toledo; ¡no ha muerto!

Melania les manda que avancen, y les contesta:

—Hernando Alvarez de Toledo dejó de existir por mucho tiempo; las voces se parecen. Eso debe creer todo el que me estime y quiera servir á la ricahembra.

—¡Hernando ha muerto; es otro el que canta; que Dios le bendiga!

Eso dijeron los jefes, y se retiraron para repetir las frases entre los restantes moradores del castillo.

Melania sonreia.

Don Pedro la miraba con enojo.

El cantor prosiguió:

Amor finge que le guia
Para entrar en tu castillo
Á la clara luz del dia;
No le bajes el rastrillo
Que falaz te engañaria.
Aprendió sólo á fingir
Porque nunca supo amar
Ni comprender ni sentir,
Mas yo le puedo enseñar
Si quiere mi trova oir.

Volvió á callar el trovador; Don Pedro Velasco estaba

© Biblioteca Nacional de España

nervioso; fija su mirada en Melania, con voz trémula le preguntó:

—¿Os dirigen esa trova?

—Creo que sí, D. Pedro.

—¿Me aluden?

—Vos lo sabreis.

—Hay algo misterioso en la presencia de ese cantor, en las ideas que expresan sus estrofas y en las frases que dirigísteis ántes á los jefes de este castillo.

—Acaso.

—Si es cierto que me alude, que soy yo el cazador ó el milano, ¿quién ha podido enterar á ese hombre de mi presencia é intento en vuestra morada?

—Si es, como yo creo, un génio, bien comprendereis que esos privilegiados espíritus todo lo saben.

—Decidme por favor quién es ese audaz coplero.

—Un hombre, señor de Velasco.

—¿Os estais burlando de mí, Melania?

—No, por Dios. Los dos lo escuchamos, ninguno le vemos, ¿qué razon hay para que yo sepa lo que vos ignorais?

—Temo que hayais comprendido mucho más; posible es que lo conozcais mejor que á mí.

—No lo confirmo ni lo niego.

—¡Con qué entusiasmo le escuchais!

—Soy muy aficionada á esa música.

—¡Despues de haber firmado nuestro contrato de boda!

—Me sucede con la voz de ese cantor lo mismo que ántes de extendido el contrato.

—¿Os ama ese hombre?

—Creo que él os lo va á decir en otros versos.

—¿Y vos, Melania?

—Yo, al escuchar su acento me juzgo la mujer más dichosa del mundo.

—¡En ese caso morirá!

—¿Cuándo, D. Pedro?

—Esta noche.

© Biblioteca Nacional de España

—Es pronto.

—¿Le vais á defender vos?

—Lo haria con mucho gusto, pero un génio no necesita del débil apoyo de una dama.

—¡Os amais; me engañaron y va á costar por lo ménos una vida!

—¿Quién os engañó, D. Pedro?

—Todos aquellos á quienes pregunté si vuestro corazon estaba ó no libre.

—¿Eran parientes ó amigos mios?

—No, pero viven en Alcalá.

—Eso nada prueba, y el que no supo indagar debe sufrir con paciencia la equivocacion en que le han hecho incurrir.

—¡Pero os amais!..

—Sepamos lo que él os contesta en sus versos.

El trovador entona de nuevo las siguientes estrofas:

Tus ojos, Melania, son
Dos astros de luz que envían
Fuego y vida al corazon,
Enloquecen, extasían
En amorosa pasion.

—¡Os nombra, os enamora estando yo á vuestro lado!

—Callad y oigamos, que continúa.

—¡No puedo!..

—Tened paciencia y sangre fria, valiente caballero.

Tu talle, tu faz, tu ser,
Obra admirable de Dios,
Sólo en ti se pueden ver,
Porque Dios no quiso hacer
Con tanta mágica dos.

—¡Qué insolencia!

—¡Qué idea tan elevada! Pero escuchad, que no ha concluido.

© Biblioteca Nacional de España

Cantar quiero la grandeza
De tu belleza sin par,
De tu rostro singular;
Pero es tanta tu belleza
Que no se puede cantar.

—¿Miente, D. Pedro?

—No lo sé; mas le cortaré la lengua.

—Antes que llegue ese terrorífico instante acabemos de oirle.

Angel puro, seductor,
Que envidiase el Hacedor
Si no fuera la obra suya,
Di al milano cazador
Que de estos contornos huya.

—¡Despues de haber atravesado tu corazon, miserable!

—Un tan valiente caballero debe tener más calma; oid, señor de Velasco.

Mora en esta soledad,
Más sublime que el placer,
Donosa y pura beldad,
Pero nunca podrá ser
De un Velasco esa deidad.

—¡Maldicion!

—Conteneos, señor caballero, que os oye una dama.

—¡No puedo!..

—Os lo mando, y no volvais á molestarme miéntras siga oyendo á mi trovador.

Años há que sus miradas
En las mias se enredaron
Con tan ardientes lazadas,
Que desde entónces quedaron
Eternamente ligadas.
¡Ay del hombre que pretenda
Deshacer union tan fuerte
Y tarde su mal comprenda:

© Biblioteca Nacional de España

Sólo encontrará la ofrenda
Con que le brinde la muerte!
Aquí, rapaz cazador,
Se estrellan audacia, empeño,
Sorpresa, intriga y favor:
Tiene Melània en mi amor
Egida, ventura y dueño.

Se apagó la voz del cantor y dejaron de oirse los acordes de la lira. Habia concluido.

Velasco presentaba contraido su rostro, incierta la mirada y trémulo quiso hablar, cuando oyó el estrépito producido por la carrera de cien ginetes que llegaban y quedaron parados frente á los muros del castillo.

Eran los mismos que acompañaron al enviado por el secretario de Acuña con la carta de Garci-Gomez, los cuales, léjos de obedecer la órden de D. Alonso que les encargó regresar á Madrid, se quedaron en Alcalá con Padilla y caballeros que los mandaban.

Asombrado Velasco con la llegada de aquellos hombres, pregunta á Melania:

—¿Quienes son esos ginetes? ¿Los conoceis?

—Parecen soldados de Garci-Gomez.

—Sí, creo lo mismo y empiezo á comprender la intriga de que estamos siendo víctimas el Arzobispo y yo.

—De no equivocaros será una doble intriga, porque vuestra presencia aquí obedecia á otra.

—¡Y me encuentro solo! Vuestros soldados no me querán obedecer.

—Tenedlo por seguro.

—Soy, no obstante, vuestro esposo; firmásteis el contrato y ya no os es dado invalidar aquella rúbrica!

—De eso hablaremos despues, D. Pedro.

En este instante fueron interrumpidos por el jefe principal de las fuerzas que habia en el castillo, el cual dijo á Melania:

© Biblioteca Nacional de España

—Señora, cien ginetes y cuatro caballeros se han situado al pié de los muros del castillo.

—Entiendo, amigo mio, que no vienen en son de guerra, y debeis, por lo tanto, permitirles que permanezcan donde tengan por conveniente. Esto en cuanto á los soldados; respecto de los jefes, ya es otra cosa; á esos les franqueais la entrada, si lo desean, y puede cualquiera de ellos llegar hasta aquí sin prévio anuncio. ¿Deseais algo más?

—Sí, señora; un caballero de Alcalá viene á anunciaros la próxima visita del señor Corregidor.

—Que éntre en el momento que llegue.

—Es que viene como autoridad.

—Esa es otra razon para que se le abran todas las puertas de mi castillo.

—Aquí no hay criminal alguno, señora...

—Basta; puede entrar esta noche quien lo solicite; abrid las puertas y conducid al que llegue al salon contiguo.

Salió el jefe, y Melania, dirigiéndose á Velasco, le pregunta, procurando dar á sus frases la entonacion más dulce y cariñosa:

—¿Me permitís vuestro brazo, noble y generoso caballero?

—Vuestro es, Melania.

—Gracias. Vamos á la estancia próxima; en ella presenciareis algo extraño y anómalo; pero no os admire.

Ambos entraron en el salon principal del castillo; en aquel en que habian estado ántes acompañados de D. Alonso.

Melania prosiguió:

—Sentaos, señor de Velasco.

El hijo del Conde de Haro obedeció, quedando enfrente, y entre ambos el velador sobre el cual estaban los libros en que leyó anteriormente la jóven.

Don Pedro se presentaba en estos instantes confuso, aturdido y muy receloso. No era tonto ni cobarde, pero lo dominaban el superior talento y belleza de Melania, y el trovador, con la animada visita de la primera autoridad de Alcalá, perturbaban ya su cerebro.

© Biblioteca Nacional de España

La bellísima protegida de Acuña perdió ya su actitud irónica, amenazante unas veces, burlona otras, y ahora aparecia risueña, amable y complaciente como nunca.

Velasco acabó de madurar una idea que bullia en su mente, concluyendo por preguntar á Melania.

—¿Teneis la bondad de decirme qué es lo que va á suceder esta noche en vuestro castillo?

—La consecuencia natural, D. Pedro, de la conducta que venís observando desde el instante fatal en que abandonásteis á vuestro anciano y noble padre, para correr aventuras que han puesto en peligro vuestra existencia.

—¿Cómo sabeis lo que yo hice para opinar de ese modo?

—Oyendo la verdad al que os conoce perfectamente y nunca mintió.

—¿Puedo saber quién es, Melania?

—No es necesario ni conveniente; basta con los hechos, el nombre de la persona es innecesario.

—¿Qué intenté yo que no fuese noble y digno?

—En primer lugar abandonásteis el hogar paterno sin permiso del Conde; luégo os afiliásteis á los conjurados de Avila, terminando por hacer armas contra vuestro rey y señor; la batalla de Olmedo os lo recuerda; vuestra presencia junto al tablado en que se proclamó rey de Castilla al infante Don Alonso lo justifican.

—Ahora comprendo la venida del Corregidor de Alcalá; me habeis denunciado, representa á Enrique IV, y ya en su poder mandará que corten mi cabeza. ¡Noble y generosa estuvo la ricahembra con su huésped!

—No en balde, señor Velasco, os juzgué indigno de mi mano desde el instante en que conocí vuestra ridícula pretension. ¿Qué hecho, qué frase mia os ha autorizado para que me juzgueis capaz de denunciaros á la autoridad del rey?

—El recuerdo de lo que hice y la venida del Corregidor...

—El que yo os haya hablado de vuestra conducta no prueba que piense entregaros á la justicia ni la venida del Corregidor obedece á denuncia mia. ¿Cuándo he podido yo hablar

© Biblioteca Nacional de España

con él ni delataros? ¿No me sorprendísteis, en union del señor Arzobispo? ¿Os separásteis de mi lado desde aquel instante? ¿No oísteis cuanto hablé?

—Todo eso es cierto, Melania, más ¿cómo sabeis á lo que viene aquí la autoridad de Alcalá?

—Me lo he figurado, lo deduzco como podeis hacerlo vos.

—En verdad que mi inteligencia no alcanza á tanto.

—Si eso fuera cierto, si yo tuviese más penetracion y talento que vos, ¿probaria esto la indignidad que me habeis supuesto? ¡Sublime esposo me imponia el señor de Acuña, Velasco! ¡Creyó en mí lo que yo dudo hasta en el infeliz plebeyo!

—Perdonad si os ofendí; fué ignorancia, no maldad.

—Me es igual el ignorante que el malvado, porque del uno se forma el otro; la ignorancia, D. Pedro, es el orígen de la torpeza, y esta de tanto mal como deplora en Castilla el hombre honrado y virtuoso. Os he perdonado, no obstante la ofensa, y estad seguro que si os mostrais digno hasta os defenderé contra la autoridad del Corregidor.

—¿Estais segura que viene contra mí?

—No puede ser otra cosa, D. Pedro.

—¿Teneis algun dato?

—Los que vos; pero no me equivoco en mi cálculo. Cuantos hay en mi castillo, inclusa el ama, obedecen á Enrique IV y no faltaron jamás al estricto cumplimiento de su deber. Meditad, por otra parte, en mis derechos, preeminencias y poder, y comprendereis que sólo puede venir aquí el Corregidor en busca de un intruso; no habiendo más que vos, deducid la consecuencia.

—Ese acertado razonamiento, la trova que escuché ántes y la repentina marcha del Arzobispo, todo, Melania, todo obedece á una misteriosa intriga, cuyo desenlace me aterra. ¡Don Alonso fué engañado, yo estoy vendido!

—Ya os dije anteriormente que vuestra intriga ha podido ser causa de otra, y ahora añado que cabe en lo posible haya mucha más habilidad y prevision en la última que en la primera.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Quién habrá podido descubrir nuestro intento?

—Vos lo sabreis. ¿A qué persona confiásteis el secreto?

—A nadie; vuestra boda fué acordada única y exclusivamente por D. Alonso y por mí; nos vinimos de improviso, y sólo el primer secretario del Arzobispo, que es la persona de su mayor confianza, supo que veníamos aquí, pero ignorando el objeto que nos traia.

—Entónces ha habido quien adivinó.

—Eso parece.

—¿Y no sospechais quién pueda ser?

—Por Cristo que no.

—Yo sí.

—¿Podria saber?...

—Tended la vista por Castilla, y si hallais un hombre que se sobrepone á todos vosotros en valor y destreza en los campos de batalla, en sabiduría y talento en los congresos y salones, ese debe ser.

—¿Aludís á Garci-Gomez?

—No, os presento el tema para que vos encontreis al autor.

—Garci-Gomez; no puede ser otro.

—Sea en buen hora.

—¿Lo creeis como yo?

—Ciertamente.

—¿Era el trovador que tan mal rato me ha dado?

—Vuestra intriga, señor de Velasco, de haberse realizado me llevaba á una desgracia eterna; la de los otros me libra de vos; no me obligueis, por lo tanto, á que sea ingrata con mis verdaderos amigos: harto os he dicho; no fuísteis vos ni Don Alonso tan generosos conmigo; supe vuestro intento en el instante mismo de imponérmelo el hombre á quien más debo en el mundo.

—¡Mirais como un gran servicio el que os libren de mí!

—Claro está; jugaba en ese acontecimiento mi dicha ó mi desgracia eterna.

—¿Tanto os ha ofendido mi casto y profundo amor? ¿Tan malo soy, Melania?

© Biblioteca Nacional de España

—No he dicho yo eso ni podia la que no quiso juzgaros como hombre. Amo á otro, D. Pedro, pero aunque así no fuera, siempre veria antipático y grosero al amante que se impone del modo que vos lo habeis hecho. ¿Soy yo esclava, sierva de nadie? ¿No valgo por lo ménos tanto como la infeliz harapienta á quien le concedeis voluntad y libre albedrío?

—Os juzgué mal efectivamente; me ofuscó la grandeza de mi amor y me equivoqué, Melania.

—¡La grandeza de vuestro amor, y há poco me juzgábais capaz de cometer horrible accion! No profaneis la frase amor, Don Pedro, que ó no sabeis lo que expresa, ó faltais á sabiendas á la verdad. No fué vuestro amor, sino el egoismo que nace del deseo, de la ambicion. Soy rica, poderosa; me juzgais bella y os apasionásteis de mis señoríos y de la ricahembra, pero sin conocerla, sin meteros á indagar si iba con ella vuestra dicha ó vuestra desgracia doméstica. Me quiera ó no, sucumbirá cuando sea su esposo, su amo. Eso dijísteis, y en verdad que os habeis equivocado, D. Pedro; primero atravesaria mi corazon agudo puñal que consentir la que llamais ricahembra ser sierva vuestra ni de nadie. Melania, señor de Velasco, ama hace mucho tiempo á un noble que le llamaba D. Alonso *hidalgo de gotera* porque era pobre comparado conmigo; pero ese hombre jamás se fijó en mis estados, señorío ni riqueza; es tan elevado su espíritu, que miró siempre con desden la opulencia. Le gustan mis ojos, le agradan mis facciones y no le parece mal mi talle, pero no está enamorado de la materia humana; lo sublime de su pasion, que es inmensa, se lo han inspirado mis pensamientos, mis ideas, y áun cuando me llameis inmodesta, os diré que fué el conjunto de las cualidades que elevan mi alma, distante todavía de la suya; porque el hombre á quien yo amo, D. Pedro, no tiene igual en Castilla.

—¡Un pobre *hidalgo de gotera*, Melania!

—Eso era ántes, y áun cuando para mí no ha variado en un átomo, añadiré que es hijo y único heredero de un grande más rico y poderoso que yo. Y, admiraos, esa nueva opulen-

© Biblioteca Nacional de España

cia de su padre se la ha regalado el hijo, porque no sólo desdeñó la mia, sino hasta la suya.

—Entónces no es Garci-Gomez.

—Pues será otro.

—¿Y el contrato de boda firmado por vos, Melania?

—Ahí está.

—¿La ricahembra, la dama virtuosa y gentil faltará á lo que autorizó con su firma?

—Jamás; donde veais mi nombre escrito por mí ó mi palabra empeñada, de cualquier modo que sea, mirad un juramento sagrado al que no faltaré nunca por nadie ni por nada.

—¿Aun cuando fuese efecto de una imposicion de vuestro protector?

—Sí.

—¿No os retractareis?

—De eso sereis vos capaz, yo no.

—¿Luego cumplireis el compromiso de ese contrato?

—Os contesto lo que anteriormente.

—¿Sereis mi esposa, Melania? Hablad por Dios.

La jóven no pudo contestarle: ambos fueron interrumpidos por la llegada de un gentil-hombre, el cual dijo desde la puerta:

—Señora, el Corregidor de Alcalá, acompañado de varios caballeros, desea merecer la honra de que lo recibais.

—He dicho ántes á Roberto que pasara en cuanto viniese. Los que le siguen pueden aguardar en la estancia contigua á este salon.

Se retiró aquel, añadiendo Melania:

—Ahora, señor de Velasco, sabremos qué hay de verdad en lo que tan en cuidado os puso.

—No espero nada bueno, Melania, de la venida aquí de ese señor Corregidor. Sin embargo, cumpliendo vos vuestra palabra y quedando á mis órdenes vuestros vasallos que ya deben serlo mios, nada parece que debo temer.

—Nada malo espero yo para mí por la presencia de esa autoridad. En cuanto á vos, fuísteis caminando de ilusion en

© Biblioteca Nacional de España

ilusion, y si la realidad viene ahora provista de terrible desengaño, á nadie debeis culpar, D. Pedro. Antes de dar paso alguno, si me amábais como habeis supuesto, debió el noble y caballero futuro señor de Vizcaya consultar mi corazon. Quisísteis imponeros, me desconociais y esos errores suelen pagarse caros. Pero aquí está ya el que os puede sacar de dudas. Adelante, señor Corregidor; ocupad ese asiento, y sin consideracion alguna llenad por completo vuestra mision.

La autoridad saludó á ambos, y aceptando el sillon que Melania le ofrecia, le dijo:

—Señora, extraña debe seros mi presencia en este castillo á todas horas y más todavía á media noche; conozco y respeto vuestros derechos y fueros; y si osé llegar hasta vos, no es mi autoridad la que me prestó alas, sino vuestra bondad y la deferencia con que, sin merecerlo, me habeis tratado siempre.

—¿Venís en nombre de S. A., señor Corregidor?

—Por desgracia sí, señora.

—En ese caso bien venido seais; cumplid vuestro deber y que no os detenga consideracion alguna opuesta á la más estricta justicia.

—Conozco vuestras ideas, el admirable ejemplo que dais de obediencia y respeto á la autoridad del monarca, y por esta causa me atrevo á pediros permiso para prender al rebelde D. Pedro de Velasco.

—¡A mí!—exclamó aquel sobrecogido.—¿Qué hice yo? ¿Quién es el alcalde de Alcalá para atentar de ese modo contra el hijo del Conde de Haro?

—No levanteis la voz, caballero, que os oye una dama, la cual merece más atencion y respeto. Habeis hecho armas contra S. A. el rey de Castilla y de Leon, y yo soy en Alcalá su único representante. Tampoco esto debiérais desconocer.

—¿Ignorais, por ventura, señor Corregidor, que tengo ya iguales derechos y preeminencias que la soberana de este castillo?

—Sí, por Dios, y á ser cierto lo que decís, habré de modi-

© Biblioteca Nacional de España

ficar mi conducta respecto de vos. ¿Os habeis unido á Doña Melania?

—Hemos firmado ya el contrato y está por lo tanto hecho nuestro enlace.

—Necesito pruebas, caballero; la autoridad no puede detener su accion por el solo dicho de un hombre, aun cuando este pertenezca á lo más elevado de la sociedad.

—¿Suponeis que yo puedo mentir?

—Nada creo ni dudo; al Corregidor le es indispensable la justificacion de los hechos.

—Hace poco, á presencia del señor Arzobispo de Toledo y de varios caballeros principales de Alcalá, firmamos el contrato Melania y yo.

—¿Quién lo tiene?

—Mi esposa.

—¿Teneis la bondad de permitirme que lea ese documento, Doña Melania?

—Con mucho gusto; pero ántes es preciso oir lo ocurrido si lo teneis á bien.

Y ambos quedaron pendientes de las frases que iba á pronunciar la bella jóven. El Corregidor la miraba con interés y respeto; D. Pedro con recelo y temor.

Despues de meditar algunos instantes, exclamó Melania:

—Señor Corregidor, en las primeras horas de esta noche me hallaba, como de costumbre, leyendo, abstraida por lo tanto del mundo y creia que nadie se acordaba de mí, cuando de pronto interrumpió mi ocupacion la llegada de muchos caballeros y soldados, los cuales detuvieron el escape de sus caballos frente á los muros de mi castillo. Poco despues fuí sorprendida con la presencia de un poderoso señor á quien debo mucho y la de D. Pedro Velasco que nos oye. Más tarde mi sorpresa cambió en admiracion; se me imponia el inmediato enlace con el hijo del señor Conde de Haro; y aun cuando hube de resistir de la única manera que me fué posible, se extendió el contrato contra mi voluntad, firmaron el pretendiente y los testigos y aquí lo teneis, noble señor.

© Biblioteca Nacional de España

—Tambien firmásteis vos, Melania.

Dijo D. Pedro; la jóven replicó:

—Me alegro que me lo recordeis, Velasco. Fijaos, señor Corregidor, en lo que este caballero llama mi firma.

La autoridad lo leyó detenidamente, diciendo al concluir:

—No hace mencion este escrito, señor de Velasco, del indispensable permiso de S. A. el rey; pero no me extraña, porque habiéndoos rebelado contra él, ni se lo habeis podido pedir ni os lo daria tampoco. Pero con el del infante á quien parece que elevásteis al trono y el de vuestro padre bastaban para un rebelde.

—Nada de eso invalida, señor Corregidor, lo que Melania ha contratado conmigo; cuestiones son esas que me harán perder el favor de los altos y poderosos señores de que he prescindido, mas en nada afectan á la autoridad del hecho. Es por lo tanto válido ese contrato.

—Si ya estuviéseis unidos por la Iglesia, tendríais razon, pero no ha llegado este caso todavía, y puede por lo tanto invalidarse este que llamais contrato. ¿Pero á qué gastar el tiempo en razonamiento que á nada conduce si falta lo principal? Esto, D. Pedro, no es otra cosa que una imposicion hecha por vosotros que no aceptó Doña Melania.

—¿No veis su firma al pié?

—Al contrario, dice que es *Mentira* y lo rubrica, segun podeis mirar.

—¡*Mentira* ha puesto en vez de Melania! ¡Nos ha engañado!

—Es el segundo insulto que me haceis, caballero,—exclamó la jóven.—Vuestra educacion está algo abandonada, y si os lo perdono, agradecédselo á la ignorancia que estais demostrando. ¿No os dije de mil modos que no os amaba, que no érais digno de mí, que no me era dado unirme á vos? ¿Por qué habeis insistido? ¡Ah, sí, porque me veis huérfana y me juzgábais abandonada del mundo! ¡Qué nobleza de alma; qué caballero tan cumplido! Esa *Mentira* que puse en vez de Melania, abarca mucho, D. Pedro; dice que es mentira vuestro amor,

© Biblioteca Nacional de España

que son mentira vuestras pretensiones, y que era mentira cuanto ocurria en este salon. Sola contra tantos enemigos, frente al único hombre que tiene predominio sobre mí, no tuve otro medio de defenderme. Y basta, que harto os he tolerado; demasiado buena fuí con el que queria hacerme esclava para sepultarme luégo en la más horrenda desgracia. Señor Corregidor, soy la única soberana de este castillo; todos mis vasallos quedan á vuestras órdenes; cumplid vuestra difícil mision y que caiga la ley sobre el desgraciado que la merezca!

—¡Hola!

Gritó la autoridad poniéndose en pié.

A la exclamacion de aquel acudieron varios caballeros de los que aguardaban en el salon contiguo.

—En nombre de S. A. D. Enrique IV, á quien represento,—dijo el Corregidor,—desarmad y prended al rebelde Don Pedro de Velasco.

El hijo del conde de Haro vaciló, concluyendo por entregar la espada.

—¿Vais á sumergirme en una prision?

Preguntó algo trémulo el preso.

—Sí,—replicó la autoridad,—y luégo sufrireis la pena impuesta á los que hacen armas contra su rey y señor.

—¡Ah, Melania!—exclamó Velasco con dolor.—No creí hallar esta hospitalidad en vuestro castillo. Vine como amante y ya veis cómo voy á salir.

—No tengo yo la culpa, D. Pedro; el señor Corregidor de Alcalá no fué llamado por mí ni le he dado conocimiento del delito que persigue en vos.

—Pero tolerais que me prendan en vuestros dominios, y yo en vuestro lugar no hubiera hecho eso con ningun caballero.

—Ni yo; pero recordad que entrásteis imponiéndoos, y quien tal hace no merece consideracion alguna de su víctima.

—Nada pretendo ya; á nadie me impongo; soy vuestro huésped. Pensad en mi declaracion y oid lo que os aconseje vuestra conciencia.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo haré; vuestras últimas frases, D. Pedro, merecen otra conducta muy diferente en la ricahembra. Señor Corregidor, desarmado está Velasco; ya no es mi amante, no tiene pretension alguna respecto de mí, es sólo mi huésped, y en cumplimiento de un deber sagrado os ruego mandeis salir de aquí á estos caballeros. En la próxima estancia pueden aguardar vuestras órdenes.

Melania fué obedecida, y sola ya con D. Pedro y el Corregidor, añadió dirigiéndose al último:

—Es cierto que Velasco se asoció á los conjurados contra Enrique IV, pero segun mis noticias, obedecia su rebelion á un pensamiento amoroso. Creyó halagar de esa manera á uno de los jefes principales de la conjuracion, el cual supone disponer de la mano que anhelaba D. Pedro, y no fué su ódio al rey el que le llevó al campo enemigo, sino el deseo de hacer méritos para con el jefe á que me he referido ántes, para que este le otorgase lo que en su delirio ansiaba. Sus últimas frases, su renuncia implícita destruyen la causa. Faltó á su padre y á su rey; creo que está arrepentido, y en vez de entregar esa cabeza al verdugo debiérais, en mi concepto, encargar al Conde de Haro que cuidase en adelante de su hijo y velara por él para que no incurriese en nuevo extravío. El señor de Vizcaya, jefe único de su poderosa familia, no se sublevó contra Enrique IV ni dió motivo alguno que aminorase en lo más pequeño el respeto y consideraciones á que se hizo acreedor; no enlutemos, por lo tanto, su existencia. Mandad al hijo con el padre. Si así lo realizais, Dios os premie la accion; de lo contrario me pondreis en el duro trance de defender á mi huésped hasta con mi propia vida.

La autoridad meditó algunos instantes, preguntando luégo á Velasco:

—¿Qué decís vos á eso, D. Pedro?

—Desconocí lo que era, lo que valia la ricahembra; elegí un camino contrario del que podia conducirme á la más rica posesion de Castilla, y me resigno á sufrir la consecuencia de mi torpeza, señor Corregidor. Melania ha dicho la verdad:

© Biblioteca Nacional de España

falté á mi padre y á mi rey por ella; yo no ódio á Enrique IV, ni tengo nada que disputarle; fuí un insensato que me hice indigno hasta de la bondad con que me está tratando la más bella y entendida de las mujeres. Nada merezco, señor Corregidor, nada pido; si os parece poco mandarme al hogar doméstico y que mi padre me imponga el castigo á que me hice acreedor, aquí teneis mi cabeza, entregádsela al verdugo y selle el último suspiro de mi vida la gran torpeza que osé cometer.

—Muy bien; si faltásteis indignamente, vuestra confesion y arrepentimiento lavan en parte vuestro delito. Confirmad vuestra noble conducta, señor de Velasco. Sobre esa mesa está el testimonio de vuestra falta, y allí arde una chimenea.

—Comprendo y os obedezco.

Don Pedro cogió el contrato de boda, convirtiéndolo en pasto de las llamas. Despues preguntó.

—¿Qué más deseais?

—Conste que vos destruísteis el contrato.

—Sí, que conste; pero sabed vosotros dos que ayer formaba ese contrato el objeto de mi ambicion, de un deseo vehemente, y que al quemarlo ahora entregué á las llamas una felicidad que no hubiera tenido igual en el mundo. ¡Tarde he comprendido, señores, que el gran talento de Doña Melania se sobrepone á sus bellezas físicas, vale infinitamente más que sus riquezas y poderío! ¡Feliz el hombre que pueda llamar suyo ese admirable conjunto de sublimidades! ¿Quién es el afortunado, Melania? Decídmelo para que le envidie, para que lo respete miéntras viva.

—El hombre á quien yo amo, Velasco, vale infinitamente más que yo; es un sabio, un cumplido caballero; es el emblema de la humanidad, que se eleva sobre todos sus contemporáneos; es el sol que calienta y vivifica á los que se cobijan bajo sus rayos; el aura dulce que da la vida; es la virtud, el heroismo, la abnegacion. Y no exagero, D. Pedro, digo ménos de lo que es y lo que vale, porque á poder describirlo yo

© Biblioteca Nacional de España

lo comprenderia bien, y me hallo tan léjos de su perfeccion que me asombra la distancia que nos separa.

—¿Cómo se llama ese hombre, Melania?

—¡Ah, su nombre, proscrito hoy por muchos grandes y poderosos de Castilla, se escondió como las arenas de oro bajo las turbias aguas de ese mar turbulento donde flota á merced de las pasiones humanas; pero no tardará en aparecer en la superficie como el rey de los astros en el espacio! Ese dia lo sabreis, y entónces lo admirará el que tenga la fortuna de comprenderlo. Acabemos, señores, que es ya la madrugada. ¿Qué vais á hacer de Velasco, señor Corregidor? No olvideis que su vida la defienden mis vasallos.

—Entre numerosa escolta y junto á un cumplido caballero, irá al lado de su padre. Eso quereis y no he de hacer más ni ménos.

—¿Cuándo deseais partir, D. Pedro?

Preguntó Melania.

—Ahora mismo, si me lo permitís.

—Sois ya mi huésped; estais en vuestro castillo, honrais mi morada; quedaos el tiempo que os agrade, señor.

—No puedo, señora; sois la felicidad que mata al que no le es dado aspirar á ella. Deseo por lo tanto huir de aquí lo más pronto posible y arrancar de mi corazon el ardiente clavo que lo traspasa.

—Si esa es vuestra voluntad, cúmplase.

Media hora más tarde salia del castillo D. Pedro de Velasco entre Padilla y otro caballero, yendo en pos veinte ginetes de los quinientos que obedecian á Garci-Gomez. Con estos iban los pocos servidores que Velasco sacó del hogar paterno.

En esta forma salieron de Alcalá á las tres de la madrugada, dirigiéndose á marchas dobles á Vizcaya, que era el punto de residencia y donde tenía la mayor parte de sus estados el Conde de Haro.

Velasco iba triste, cabizbajo y ensimismado; sucumbió ante el talento de Melania hasta el extremo de quedar com-

© Biblioteca Nacional de España

pletamente derrotado, en desecha ilusion sus pretensiones, no obstante lo cual debia á la ingrata beldad que lo desdeñaba agradecimiento eterno, pues habia salvado su vida. Abandonó el castillo sin tener derecho para quejarse á nadie ni aun para dirigir al Arzobispo la más leve recriminacion.

Pensaba por lo tanto olvidar cuanto concluia de acontecerle como sueño que se desvanece al volver á la vida y realidad del mundo en que habitamos.

Su idea constante era ya en estos momentos la de disculpar ante el Conde de Haro su fuga del hogar paterno, complicidad con los conspiradores y presencia en la batalla de Olmedo.

Pero bien pronto lo sacó del apuro Padilla diciéndole, entre otras cosas, que llevaba una carta para el Conde escrita por persona á quien el de Haro obedecia y respetaba, en la cual se le rogaba perdonase á su hijo y le abriera los brazos.

Y era cierto, toda vez que el escrito iba autorizado por Garci-Gomez, jefe del partido á que el Conde pertenecia, y desconociendo nuestro generoso amigo el ódio y la venganza, recomendaba la indulgencia del padre para con el hijo de la manera más íntima y eficaz, si bien le rogaba como amigo y le imponia como jefe no lo perdiera de vista é impidiese que escribiera ó mandase emisario á los conspiradores de Avila.

Continuaron á marchas dobles: el Conde cumplió en todas sus partes el deseo de nuestro amigo Hernando, y Padilla regresó á Madrid sin impedimento alguno.

Melania habia despedido al Corregidor y á D. Pedro de Velasco y se retiró á la galería, queriendo hallar con la vista un objeto que no se dibujaba en el extenso campo ni entre los árboles que habia frente al castillo.

Los ginetes que poco há estaban formados desaparecieron unos para acompañar á Velasco y los restantes para perderse en las posadas y mesones de Alcalá.

A la idea constante y multiplicada ansiedad de Melania contestaba un profundo silencio que sólo interrumpia con su natural timidez la suave y juguetona brisa de la madrugada.

© Biblioteca Nacional de España

Por fin la casta y hermosa doncella oyó un ruido que llamó su atencion, y volviendo la vista hácia atrás contempla frente á ella á una de sus damas, que, presentándole una bandeja de oro, la dice:

—Señora, esta carta me han entregado para vos.

—¿Quién te la dió, Leonor?

—El caballero que manda la escolta que se lleva de aquí á D. Pedro de Velasco.

—¡Ah! ¿Cómo no me la diste ántes?

—Me encargó que os la entregase despues que hubieran desaparecido todos.

—Conozco la letra y con eso me basta; retírate.

Sola Melania, abre el escrito con mano trémula, aproxima sus finos labios de carmin á la rúbrica, estampa en ella un ardiente beso, y lee con avidez lo siguiente:

«Angel mio: Ya estás libre de una nueva y torpe intriga fraguada entre el misterio, sorpresa y maldad de dos hombres. Mi carta anterior te enteraba de todo, trazando á la vez la conducta que debias seguir en concepto mio. Me inspirabas absoluta confianza, mas segun acabo de oir, tu gran talento se ha sobrepuesto á mis deseos. ¡Qué espíritu tan elevado, Melania; cuán digna eres de la admiracion, respeto y amor que te profeso! Tu belleza física, tus encantos naturales, tu angélica voz, tu mirada fascinadora, tu conjunto sublime son feos, imperfectos, casi detestables ante la belleza de tu espíritu. ¿Por qué no me lo dice de palabra? exclamarás. ¿Quiero yo otra cosa, encanto mio? te pregunto á mi vez. Pero ¡ay! ántes que al deseo, tú y yo obedeceremos siempre al deber. Abiabar, mi inteligente, mi sabio y á la vez infeliz maestro, se halla en el lecho del dolor, mi presencia reanimó su vida y no puedo abandonar en estos críticos instantes al que tanta ciencia y sabiduría me enseñó. Duerme, querube celestial; los ángeles cierren tus párpados; Dios vele tu sueño; que al despertar, si la misericordia del Eterno nos favorece, te ha de hacer sonreir algo más que los rayos del sol, el trino de las

© Biblioteca Nacional de España

aves, el dulce ambiente y la poesía de los valles y bosques cercanos. Duerme en tanto que bendice tu sueño, tu calma, tu amor, tu

HERNANDO.»

—¡Cómo ha de ser!—exclamó la ricahembra volviendo á besar la firma. No puede venir porque vela á un enfermo; mision sagrada que no debo perturbar. Pero mañana volveré á oir su voz, á admirar sus ideas, á estasiarme en sus elevados y profundos pensamientos. ¡Dios bendiga su celo por el enfermo Abiabar, y sane á ese infeliz que padece en el lecho del dolor!

Media hora despues se quedaba dormida, murmurando frases amorosas que se perdian en la estensa y lujosa cámara en que tenía su lecho.

© Biblioteca Nacional de España

Lámina 9.



© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIX.

Explicaciones.—El sabio y el truan.—El truan y el sabio.

Dijimos en el capítulo anterior que Hernando y Padilla se habian incorporado con los soldados de la escolta que acompañaba al emisario mandado á D. Alonso de Acuña por su primer secretario y confidente, sin ser vistos ántes ni despues por el mencionado emisario que iba delante.

De ese modo llegaron á Alcalá y luégo al castillo, donde quedaron parados.

De la misma manera que la conducta de Melania obedecia al plan que le trazó Hernando en la extensa carta que la jóven recibió ántes de la llegada de su padrino, cuanto hicieron luégo el Corregidor de la ciudad, Padilla y los dos jefes de la escolta obedecia tambien al pensamiento ó intriga que Garci-Gomez se propuso llevar á cabo para destruir la del prelado y D. Pedro de Velasco.

Melania obraba esta noche por amor é interés propio; el Corregidor, Padilla y dos caballeros, porque habian jurado obedecer con ciega sumision al primer jefe é inteligente caudillo de la infanta Doña Isabel, á quien en secreto servian.

Hernando, ya delante de los muros del castillo, dió á Padilla las instrucciones convenientes, pasando luégo á la casa

© Biblioteca Nacional de España

del Corregidor, al cual impuso la conducta que observó con posterioridad.

Hecho aquello y adivinando lo que iba á ocurrir, dejó su caballo en una posada, trasladándose inmediatamente á casa de su amigo Abiabar.

—Nuestro valiente jóven iba embozado en su manto de grana que cubria su ropilla de seda y parte de la cota de malla que ceñia su cuerpo. Llevaba en la cabeza una preciosa y ligera borgoñota de plata y oro.

De esta manera se presentó en casa de Abiabar, á cuya puerta llamó.

Segundos despues lo estrechaba el donado Sion, diciéndole:

—¡En qué momentos vienes, hermano! ¡Dios te envía, sin duda, para hacer mi suerte ménos desgraciada!

—¿Hablas de veras, Sion?

—¡Sí, Hernando!

—¿Tú sufres, tú invocas el nombre de Dios sin hipocresía, con amor?

—¡Qué te extraña si está mi padre agonizando!

—¡Abiabar, mi amigo, mi maestro! Quiero verle al instante.

—Oye ántes: esta tarde se agravó; vino á verlo el abad despues de anochecido y se retiró á las nueve, mandándole hace poco un monge para que lo auxilie.

—¡Un monge! ¿Quién es ese hombre, Sion?

—El padre Bernardo; unos creen que tiene mucho talento, otros que es fanático, y la verdad sábela Dios.

—¿Qué opinas tú, hermano?

—Que sabe hacer muy bien toda clase de papeles.

—¿Ese monge auxilía á tu padre?

—Al principio lo intentó; cuestionaron luégo; ahora predica ó aconseja el benedictino.

—Entorna la puerta y aguárdame aquí, que yo te diré pronto cuál es el estado de mi pobre amigo.

—Tú conoces algo la medicina, Hernando; mi padre te

© Biblioteca Nacional de España

enseñó mucho; reconócelo y vuelve, que me mata la ansiedad y destroza mi alma el dolor!

Garci-Gomez avanzó hasta llegar al lecho en que estaba Abiabar. Junto á la cabecera habia un reverendo de la órden de San Benito con las manos escondidas en las anchas mangas del hábito, echada la capilla y la cabeza inclinada.

Enfermo y sacerdote guardaban el mayor silencio.

Hernando hizo una ligera reverencia al segundo, exclamando luégo:

—¡Padre mio!

Aquella voz sonora y muy querida del sabio le hizo abrir los ojos, apareciendo en sus labios una dulce sonrisa.

—¡Garci-Gomez, mi querido hijo, mi amado discípulo! Bien venido seas.

—¿Qué tienes, Abiabar?

—Una disolucion de la sangre y la fiebre consiguiente.

—Eso es muy grave en todas las edades, en la tuya, maestro...

—Sí, mi organismo se halla profundamente afectado; pero no me impide hablar contigo, oirte ni contemplar tu varonil semblante. Si muero, tu visita me habrá recompensado del dolor consiguiente á la transicion de una vida molesta y difícil á otra sublime, incomparable.

—Tienes los labios y dientes negros; tu sangre en disolucion ha brotado...

—No te asustes, hijo mio. En aquella copa tengo medicamento preparado; dámela.

—Toma. Le has bebido con esperanza...

—Sí; esta noche, en estos instantes sufre mi mal una gran crísis; se está decidiendo la vida ó lo que llaman muerte.

—Dame tu brazo; quiero conocer lo intenso de la fiebre. ¿Estaba perturbado tu cerebro al disponer ese medicamento?

—No; la calentura que padezco solo ataca á los sentidos ínterin no llega á su último período.

—Me alegro.

© Biblioteca Nacional de España

Y acercándose á su oido, le pregunta:

—¿Es mortal tu dolencia?

—Creo que no; pero ántes de dos horas lo sabré de cierto.

—¿Qué deseas ahora?

—Dormir un poco.

—Hazlo y cuenta que no estoy léjos de ti.

Al retirar Hernando su rostro del oido de Abiabar, dió al anciano un disimulado beso que no pudo percibir el monge; luégo subió un poco la ropa hasta cubrir parte de la cara del enfermo, y queda contemplándolo.

Abiabar duerme; un sudor copioso baña su frente.

Hernando palpa su sien, busca en ella el pulso, y á la media hora de observaciones dice muy quedo al monge:

—Padre, como hombre de ciencia, como discípulo querido de Abiabar, como hijo, os prohibo que turbeis el reposo de mi padre, maestro y amigo. Estando yo no haceis falta vos; pero si insistís en quedaros, sellad el labio miéntras duerma el enfermo.

—Me ha mandado el padre abad, señor caballero, que pase aquí la noche, que auxilíe á ese anciano, y no puedo desobedecerle; pero no le despertaré, estad seguro.

—Aun cuando yo desaparezca no ando léjos de aquí y os vigilo.

Le volvió la espalda, é incorporándose con Sion, añade:

—Salgamos y entorna la puerta, que no conviene nos escuche ese santo varon que vela á tu padre. Al aire libre hablaremos mejor.

—¿Cómo encuentras al enfermo, hermano?

—Bien; llega en estos momentos, segun él ha previsto, la gran crísis, y con ella una reaccion favorable; pronto estará fuera de cuidado.

—Tú eres muy inteligente, Hernando: ¿te has podido equivocar ahora?

—Ménos que nunca.

—¿Trastornará su cerebro la conversacion de ese monge?

—Ya le hice enmudecer.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Dios soberano premie tu noble interés!

—¡Qué devoto y comedido está el diablo esta noche, Sion!

—La noticia que acabas de darme reanimó mi espíritu; Dios te lo pague.

—¡Qué afan de profanar ese divino nombre con tus labios pecadores, Sion! Siempre Dios, y yo no distingo en ti otra cosa que el demonio.

—Efectos de la educacion que me dan.

—¡Ah, bribones, cómo abusais!..

—No empieces, hermano; apénas has venido y ya lanzas rayos sobre mí como otro Júpiter...

—Al grano, Sion. ¿Cuánto tiempo hace que vinísteis de vuestra escursion milagrera?

—Un mes.

—¿Realizastes mis ideas?

—Con ciega obediencia, con exactitud que debes agradecerme. Cuantos nos oyeron quedan aguardando con ansia el advenimiento de la futura reina que ha de destruir los males de Castilla y de Leon.

—¿Has visto á Melania?

—Todos los dias.

—¿Sólo?

—Encerrados ambos en su cámara de estudio. Como ella gusta hablar de Garci-Gomez únicamente, yo de Hernando, y ambos sugetos son uno mismo, se deslizan las horas insensiblemente durante nuestro diálogo cotidiano.

—¿Cuándo la viste la última vez?

—Ayer; hoy no pude abandonar á mi pobre padre.

—¿Ignoras lo que ocurre esta noche?

—Sí, habla; tu inesperada venida me pone en cuidado.

—En estos momentos se hallan á su lado el Arzobispo de Toledo y su futuro esposo D. Pedro de Velasco.

—¡Su futuro esposo!

—Extendiendo estarán ya el contrato de boda.

—¿Impedirás su realizacion?

© Biblioteca Nacional de España

—A eso he venido.

—¿Podrás conseguirlo?

—Sí. Cuento con tu ayuda.

—¿Y mi padre, Hernando?

—¿No quedo yo á su lado?

—Si tú estás cerca de su lecho, no hago yo falta. ¿Qué deseas de mí?

—¿Tienes confidentes en el castillo?

—Mis antiguos amigos: todos han vuelto á ocupar su puesto.

—¿Puedes entrar?

—A todas horas.

—¿Sin que se aperciba el Arzobispo?

—Sí.

—Parte al castillo; la fuerza que hay delante de los muros me obedece; entra, indaga lo que ocurre y cada media hora me enteras. La contraseña y medalla te abrirán paso por entre los mios, si es necesario te ayudarán.

—Comprendo.

—Junto al lecho de tu padre estoy, pero no entres allí; da un golpe á la puerta que yo saldré.

—Hasta luégo, hermano.

—Dios te inspire, bribon.

Desapareció el donado, logrando Garci-Gomez con las idas y venidas de aquel averiguar cuanto acontecia en el castillo.

Abiabar reposaba.

El benedictino, arrellanado en un sillon de baqueta algo distante de la cama del enfermo, dormia profundamente.

Hernando, sin turbar el sosiego del enfermo, reconoció á su maestro varias veces, notando con placer que la gran crísis se decidia en favor de la vida de Abiabar.

A las dos horas lo despertó para darle medicamento, encargándole se entregase de nuevo al sueño, lo que aquel hizo sin que despertara el discípulo de San Benito.

Sion estuvo á verle cinco veces; tres solo y dos acompañado de Padilla.

© Biblioteca Nacional de España

Desde allí dió la órden para que sus ginetes no obedecieran al Arzobispo cuando aquel les mandó que regresasen á Madrid. Fingieron hacerlo, quedando ocultos hasta que el prelado partió con los suyos, para volver á situarse frente á los muros de la fortaleza.

Aprovechando Garci-Gomez la marcha de D. Alonso y el tranquilo sueño de Abiabar y del monge, cantó con oportunidad maravillosa las estrofas que conocemos.

Con ellas se propuso deleitar á Melania y ayudarle á arrancar del corazon de Velasco una por una todas las ilusiones que habia podido formar sobre la realizacion de su boda con Melania.

Despues habló Hernando con Padilla y el Corregidor, dándoles las últimas instrucciones para que aquellos terminasen la intriga empezada por él, lo cual hicieron, segun hemos visto.

A la vez se despidió de D. Lope, mandándole que acompañase á D. Pedro de Velasco y regresara á Madrid con la brevedad posible.

Acto continuo entró con Sion en casa de Abiabar, y redactando la carta que oimos leer á Melania, se la dió diciéndole:

—Vas al castillo, hermano; si ocurriese algo contrario á las instrucciones que concluyo de dar, me avisas al momento; mas si todo se realiza con arreglo á mi deseo, aguardas á que hayan salido de la fortaleza el Corregidor y Velasco para que entreguen á Melania este escrito. Cuando esté en su poder regresas, que te aguardaré junto al lecho de tu padre. Quiero pasar el resto de la noche á su lado.

—¿Sin ver á Melania?

—Sí.

—¡Qué bueno eres, Hernando!

—Abrevia, Sion; mereceis cuanto hago por vosotros, y un dia no lejano os probaré hasta dónde llega la estimacion que me inspirais.

—¡La Providencia!..

© Biblioteca Nacional de España

—¡Calla, bribon! ¿No te ruboriza abusar de ese sacrosanto nombre?

—Ahora lo decia de modo diferente...

—Lo comprendo, pero así y todo me disgusta oir el nombre de Dios en boca del diablo. Parte.

—Hasta luégo, hermano.

Salió Sion y Hernando se fué lentamente hácia la alcoba de Abiabar.

Faltaba de ella nuestro jóven tres horas que habia perdido en cantar las estrofas, dar órdenes, escribir á Melania y hablar con su hermano de leche.

El sabio habia por lo tanto dormido cinco horas y cerca de cuatro el fraile que pretendia auxiliarle.

El último concluia de despertar, y soñoliento aún acercó su sillon á la cama del enfermo, reanudando sus auxilios espirituales, perturbado algo su cerebro por el profundo sueño que habia tenido.

Abiabar empezó á oirlo con la sonrisa en los labios.

En estos momentos entró Hernando, y sin ser visto ni oido por el religioso se sentó detrás de él, con objeto de escuchar las frases del benedictino é interrumpirle en el caso de juzgarlas perjudiciales á la salud del paciente.

Con voz hueca, entonacion estudiada y palabras propias del acto, decia á nuestro sabio el discípulo de San Benito:

—Hermano, la vida humana es corta, la eternidad no tiene fin. Venimos á este valle de lágrimas á hacer méritos para recibir luégo la gran recompensa que el Eterno guarda á los justos. No es indispensable la vida contemplativa ni una existencia entera llena de virtudes y sacrificios para hacerse digno de la recompensa divina. Basta un minuto de la vida, siempre que se aproveche en un verdadero arrepentimiento, en una contricion sincera, para poder optar al reino de los cielos.

Al llegar aquí interrumpió Hernando al monge, diciéndole:

—Padre, el cerebro de Abiabar está muy delicado por efecto de la grave enfermedad que sufre, y entiendo que vues-

© Biblioteca Nacional de España

tras voces, entonacion y actitud pueden empeorarle, lo cual no me es dado ni quiero consentir.

El fraile, que ignoraba la presencia de Hernando, se volvió hácia él contemplándole con algo de asombro.

Despues que lo hubo reconocido, meditó unos cuantos segundos, contestándole:

—Lo esencial, señor caballero, es salvar su alma.

—Perdonad; lo primero, señor benedictino, es salvar su vida. Cuando yo, hombre de ciencia, lo haya desahuciado, entónces os tocará á vos cuidar del espíritu.

—Al contrario; cuando ya tenga limpia su alma de la podredumbre del pecado, entónces puede ocuparse la ciencia de lo demás. ¿Qué supone el cuerpo comparado con el espíritu?

—En ese caso, y segun se deduce de vuestra lógica, cuando algun sér humano cae enfermo no debe llamarse al médico primero, sino al sacerdote. Quiere decir, que si miéntras se le confiesa, comulga, se le administra la extrema-uncion y se le auxilía, toma la enfermedad incremento, y cuando se presenta el médico es tarde, nada se habrá perdido, puesto que, segun vos, se salvó su alma.

—Así debiera ser.

—¿Y si muere y deja en la orfandad á sus hijos y en la viudez y miseria á su esposa y perecen de hambre?

—Con las desgracias se purifican los séres, y si hay en ellos abnegacion y virtud, se salvan.

—Si hay en ellos; pero ¿y si sucede lo contrario y la orfandad y el hambre convierten á los hijos en bandoleros?

—Entónces la cuchilla de la ley corta el mal, y si ellos se arrepienten en sus últimos instantes, van al cielo tambien.

—¿Y si engolfados en el crímen y descompuestos sus cerebros no se arrepienten?

—Van al infierno.

—El padre es solo y los hijos pueden ser diez.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que por salvar al uno perdísteis á los otros.

© Biblioteca Nacional de España

—Se cumplen las divinas frases: «*muchos son los llamados, pocos los elegidos.*»

Hernando iba á contestarle, pero le interrumpió Abiabar diciendo:

—Hijo mio, dame ese medicamento.

—¿Cómo te encuentras, maestro?

El sabio le contestó en árabe:

—Muy bien, la reaccion es completa; de esta enfermedad no muero. Deja por lo tanto al monge que me auxilíe y discuta á la vez conmigo. Mi razon está bien, funciona el organismo cerebral sin inconveniente alguno, y deseo que este bendito varon diga lo que quiera, escucha lo que le contesto y sigue aprendiendo, Garci-Gomez.

El enfermo bebió el líquido que le alargaba Hernando, exclamando al concluir:

—Teneis razon, padre, lo primero es el alma; pero estos jóvenes no lo comprenden así, y es indispensable perdonarlos en gracia á sus pocos años. Continuad; ya le dije en un idioma que le enseñé hace tiempo, que se callase, y estoy seguro que me obedecerá.

Toledo pulsó al paciente, y reconociendo sus ojos se separó del lecho para ocupar de nuevo su silla y oir las exhortaciones del sacerdote.

—Sea en buen hora,—dijo.—Auxiliad, padre, pero sin entonacion ni voces. Tened en cuenta que os dirigís á un sabio.

Con voz ménos fuerte y más pausa prosiguió el benedictino:

—Vuestro orígen, educacion y hábito os hicieron vivir muchos años en la herejía, y aun cuando luégo cambiásteis recibiendo el agua del bautismo, es posible, hermano, que alguna reminiscencia entibiara vuestra fé, palideciese en vos la verdadera práctica del cristiano. Acaso haya llegado para vos el momento supremo; y por si está próximo el terrible instante en que el alma vaya á dar cuenta á su Dios de sus hechos en la tierra, recordad que la divina sentencia no tiene apelacion ni existe medio para eludir la pena. Gloria, purgatorio,

© Biblioteca Nacional de España

infierno: traed á vuestra mente esas tres frases y elegid, ya que en vuestra mano está, ya que la misericordia celestial se dignó conducirme á vuestro lado con facultad para absolveros, con facultad para abriros la puerta de la gloria.

—Ante todo, padre, explicadme lo que son gloria, purgatorio é infierno.

—¿Lo ignorais por ventura?

—Sí, señor.

—¡Y os llaman sabio!

—¡Hay tantas reputaciones mal adquiridas!

—No en balde suponia yo que no érais buen cristiano.

—Ni malo tampoco; soy ignorante, nunca pude comprender lo que eran gloria, purgatorio é infierno.

—Gloria es, Abiabar, la mansion divina, llena de deleites.

—Eso mismo dicen los mahometanos de su gloria y suponen que les aguardan en ella preciosas odaliscas, abundantes manjares y exquisitos refrescos. ¡Como en Africa hace tanto calor!

—Sellad el labio, mísero mortal, que acabais de cometer un pecado con tan nefanda comparacion.

—El budista supone...

—¡No prosigais, blasfemo!

—Está bien; me callo, mas esplicadme qué deleites son esos de la gloria.

—Espansion, regocijo, cánticos y armonía.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco?

—¡Toda una eternidad cantando ú oyendo armonías! Me parece demasiada música, padre. Mas pasemos á lo del purgatorio. ¿Qué es eso?

—Un lugar de castigo en el que acaban de purificarse las almas que no siendo réprobas tampoco merecieron la gracia divina.

—¡Un lugar de castigo! ¿A qué se les condena?

—Sufren por un período más ó ménos largo el rigor de las llamas.

© Biblioteca Nacional de España

—Componiendo el alma la memoria, entendimiento y voluntad, no comprendo bien cómo sienten el rigor del fuego. Si tuvieran carne, podrian achicharrarse; pero dejándola aquí y careciendo de ella, se pierde mi imaginacion en el vacío ante esa figura llamada purgatorio.

—Porque nadie os ha dicho que ese fuego no es material, sino moral, y lo constituyen el remordimiento de las tres potencias y la expiacion.

—¡Ah, no es mala figura! Decidme, padre: ¿es cierto que aminora ese remordimiento con las limosnas que se piden por la calle, en los cepillos de las iglesias, y consiguiente á esto con los sufragios que se hacen por cuenta de las almas caritativas?

—Más que cierto; es infalible.

—Vamos por partes: con el importe de esas limosnas y toda clase de mandas se compra el sufragio, este se manda al cielo y... ¿Qué sucede luégo, padre?

—Que Dios oye las súplicas de la Iglesia y perdona.

—¿A quién?

—A las ánimas benditas.

—¿A todas?

—No, mas sí á algunas.

—¿Pero esas quiénes son?

—En primer lugar aquellas por quienes la Iglesia pide, y luégo las que Dios tiene á bien de las restantes.

—Eso queria yo saber. ¡Qué desgracia tan grande constituye la pobreza! El rico, despues de pasarlo más cómodamente que el pobre, deja al morir su fortuna á parientes agradecidos que compran para él sufragios con los cuales abandona pronto el purgatorio. Si fuera jóven me hacía bandolero, robaba mucho, me arrepentia un poco ántes de morir, y por si algo me faltaba, con legar mi fortuna á la Iglesia á cuenta de sufragios me iba derecho al cielo ó muy poco despues de entrar en el purgatorio.

—Creo que la fiebre os ha perturbado algo el cerebro, Abiabar.

© Biblioteca Nacional de España

—No importa; proseguid, que os oigo con gusto. ¿Qué cosa es infierno?

—El sitio de los réprobos, el sufrimiento eterno, la pena sin tregua ni descanso.

—¿Y es justo, padre, que siendo mis pecados temporales el castigo sea eterno?

—Sí, pero la causa se sobrepone á nuestra limitada inteligencia.

—¿Y van allí todos los que no son cristianos?

—La misericordia de Dios es infinita.

—¿Pero se salvan ó no los budistas, mahometanos y demás indivíduos de las diferentes sectas que hay en el mundo?

—Yo creo que los que sean buenos, sí.

—En ese caso no es indispensable pertenecer al catolicismo para salvarse.

—El cristianismo es la fuente que purifica el alma y que ofrece por lo tanto seguridad absoluta de salvarse al que se baña en sus puras aguas.

—¡Qué lástima, padre, que ese líquido sublime no haya penetrado en todas las regiones del mundo! Bien sabeis que para cada católico hay por lo ménos veinte que no lo son.

—Cada dia se irá extendiendo más ese agua santa.

—Sí, padre, pero los que han ido muriendo...

—¡Cómo ha de ser! Salvémonos nosotros...

—Sí, corred y sálvese el que pueda. Decidme, señor, ¿qué constituye las penas del infierno?

—El fuego eterno.

—Pero el alma no puede quemarse.

—Ya os lo dije ántes: las llamas son como las del purgatorio, es decir, causadas por el remordimiento y la expiacion.

—¿Qué hacen entónces los demonios entre los condenados?

—Sufrir como ellos.

—Entónces la tentacion del diablo es un mito.

—Se dice moralmente demonios á nuestras pasiones y malos deseos.

© Biblioteca Nacional de España

—Siendo muchos los llamados y pocos los elegidos, la mayoría de los séres debe estar en el infierno.

—Así es la verdad, por desgracia.

—Veamos, padre: Dios al hacer á sus hijos sabe los que van á ser buenos y los que no; ¿es cierto?

—No lo dudeis.

—En ese caso y siendo el réprobo la obra imperfecta del Eterno, Dios hace á sabiendas imperfecta la mejor y la mayor parte de su obra. ¿No era más lógico creer que siendo Dios infinitamente justo, sabio y perfecto no hace nada imperfecto?

—Así es; el hombre viene perfecto, pero se imperfecciona con sus crímenes.

—Resultará por lo ménos que Dios trabaja para la imperfeccion, y eso no cabe en mi cabeza; el que es absolutamente perfecto sólo puede trabajar para la perfeccion.

—Delirais.

—Oid. ¿No está más en armonía con la justicia, la sabiduría y la perfeccion absolutas de Dios, que todos sus hijos caminen hácia la perfeccion con más ó ménos lentitud dentro de su libre albedrío?

—¿Cómo habia de suceder eso?

—Sencillamente: crea Dios un espíritu, encarna, vive setenta años siendo pecador, muere, vuelve á encarnar, expía en su segunda existencia las faltas de la primera y sigue de encarnacion en encarnacion, aprendiendo, pagando sus deudas, perfeccionándose hasta llegar á adquirir la pureza de ángel. De este modo toda la obra de Dios, perfecta en su orígen, caminaria constantemente á otra segunda perfeccion que deberia el espíritu á sus merecimientos. Entónces la perfeccion adquirida por el alma estaba en armonía con la originaria de Dios. Entónces podia decirse con verdad que el espíritu era á imágen y semejanza de Dios, porque caminaba con y hácia la perfeccion de su Creador. Entónces desaparecia lo monótono de una gloria de cánticos y armonías, de un purgatorio cuyas penas se destruyen con recomendaciones y de un infierno tan inmensamente injusto como

© Biblioteca Nacional de España

eterno. Entónces Dios aparecia absolutamente perfecto, porque su obra toda iba á la perfeccion; absolutamente sabio, porque cuanto hacía era perfecto, y absolutamente justo porque ninguno de sus hijos podria decir: las penas eternas no pueden aplicarse á faltas temporales. Y siguiendo todos el mismo camino no podria culparse á la posicion del individuo las faltas ni las desgracias de que somos víctimas. Ejemplo: el antropófago se almuerza á su padre porque no le enseñaron otra cosa; el religioso es bueno porque lo encaminaron hácia el bien. Mas si se considera que el hotentote, verbi gracia, ha de ir recorriendo toda la escala social hasta llegar al hombre más inteligente y moral en diferentes encarnaciones, no puede quejarse ni acusar de injusto á Dios, siendo así que todos sus hermanos han pasado ó tienen que pasar por iguales situaciones é idénticos trances. Prescindo del libre albedrío, por el cual el hombre, en uso de su libertad, camina más de prisa ó despacio hácia la perfeccion. Otro ejemplo: un asesino, un ladron, un inmoral, un vicioso puede empezar á corregirse más ó ménos tarde segun se domine, ilustre y se convenza de los bienes que ofrece la virtud y los extragos que nos imponen los delitos.

—¡Qué teoría tan extraña, Abiabar, tan herética!

—¿Por qué?

—Es contraria al dogma católico.

—El hombre no ha nacido para sumergirse en un dogma, para cerrar los ojos y no ver la luz, para sepultarse en las tinieblas; viene al mundo con memoria, inteligencia y voluntad para estudiar y comprender las verdades, para perfeccionar su alma, para elevar su espíritu. Aceptad el siguiente dilema y no salgamos de él: la teoría de vuestro dogma, que llamais divina, ¿es mejor que la mia, llamada por vos herética?

—Quién lo duda.

—Dicen que teneis talento, padre, y de ser así quisiera que meditáseis un poco sobre algunas reflexiones que voy á exponer dentro del dilema anterior. Con vuestro dogma,

© Biblioteca Nacional de España

religion, teoría ó lo que querais, se nos presenta Dios manejando el rayo, la epidemia, guerras, volcanes, inundaciones, sequías y cuantas calamidades afligieron á la húmanidad desde Adan hasta Enrique IV. Presentais á tan divino Señor creando séres perfectos que caminan hácia la imperfeccion; patrocinando un limbo en el cual se encierran millones de inocentes; rigiendo una gloria en la que hay millares de asesinos, de bandoleros, de inmorales, de corrompidos, que se arrepintieron en el último instante de su vida, cuando ya no tenian medio de remediar el daño que hicieron, y pasaron á formar maridaje con los espíritus más puros, miéntras que algunas de sus víctimas estaban ya en el purgatorio ó en el infierno por haberles negado el puñal de su verdugo el minuto de contricion que aquellos tuvieron. Presenta un purgatorio en el que se redimen las penas con sufragios comprados á peso de oro. Y por último, aparece Dios sosteniendo un infierno en el cual confunde, tortura y martiriza por una eternidad á casi todos sus hijos, que sólo le faltaron unos cuantos años por efecto de ignorancia y debilidades que perdona el injusto padre terrenal y no puede perdonar el justo padre celestial. De este sencillo resúmen, de solo estas triviales indicaciones resulta el Dios de vuestro dogma injusto, parcial, soberbio, vengativo, iracundo y hasta despechado. En mi teoría, padre, aparece Dios siempre perfecto, llevando lo absoluto de su perfeccion á cuanto existe, y muy principalmente á los espíritus que crea, ama y presta medios de elevacion. A esos espíritus, todos los cuales han de llegar á comprenderlo, á amarle, á admirarle, por sus infinitas perfeccion, justicia y sabiduría. Mi teoría lo hace siempre justo, porque el sabio de hoy fué hotentote ayer, y el hotentote de hoy será sabio mañana: el emperador de hoy fué verdugo ayer, y el verdugo de hoy será emperador mañana. Y todos sus hijos, siguiendo el mismo camino, con más ó ménos lentitud, llegarán á idéntico fin, sin excepciones de inocentes condenados al limbo, de penados sumergidos en las llamas del purgatorio ni réprobos sepultados en lo profundo de un infierno horrendo, que sacrí-

© Biblioteca Nacional de España

legamente suponeis creado por Dios, y lo hace absolutamente sabio porque es absolutamente justo y absolutamente perfecto en su ser y en su obra, en el principio, en el todo y en el fin; en el conjunto y en las partes. Si habeis reflexionado y teneis efectivamente el talento que suponen, prescindid de dogmas, de teorías, buscad la verdad de Dios, y luégo que la halleis decidme si está entre el limbo, la gloria, el purgatorio, el infierno, los condenados etc. etc., ó en la doctrina que tiene por base, que no admite nada contrario á las absolutas sabiduría, perfeccion y justicia de Dios.

—Aun cuando me está prohibido, voy á permitirme una excepcion que la misericordia de Dios me perdonará si con ella le falto. Acepto por un solo instante vuestra teoría, Abiabar; decidme: despues que el espíritu de un gran criminal se ha purificado, ¿qué le sucede?

—No me habeis comprendido bien, padre, y consiste en que es la primera vez que hablamos de esto. Los crímenes son accidentes que suponen muy poco, que alteran poquísimo la mision que el espíritu trae á la tierra. Aquí venimos, padre, á elevar nuestra inteligencia y á perfeccionar nuestra moral: el remordimiento no es otra cosa que el dolor consiguiente, no al daño que hemos causado, sino á la suspension en que dejamos nuestra perfeccion moral, la cual se nos presenta por intuicion. El todo de nuestra existencia humana son, permitidme que os lo repita, el desarrollo de la inteligencia y el de la moral; lo contrario á esto contiene, paraliza temporalmente, pero no destruye nada; podrá ser rémora, inconveniente, pero nunca valla insuperable. La perfeccion se adquiere trabajando, con la virtud ó con la inteligencia; el criminal, el delincuente no hacen otra cosa que cruzarse de brazos por un poco de tiempo para trabajar luégo, para adelantar despues. En uso de su libre albedrío se detiene y en uso del mismo libre albedrío trabaja, pero jamás retrocede; tiene á Dios delante, que lo llama, que lo atrae hácia su perfeccion, y á Dios no le puede volver la espalda.

—Y cuando haya llegado á la perfeccion, ¿qué le sucede?

© Biblioteca Nacional de España

—Sigue trabajando y perfeccionándose más.

—¿Y luégo?

—Continúa perfeccionándose más y trabajando.

—¿Y despues?

—No acaba nunca de trabajar y de perfeccionarse.

—Pues vaya un descanso que le espera.

—Algo mejor que vuestra eternidad de armonías y cantos. Pedís descanso los que teneis más materia que espíritu y no comprendeis por lo tanto que las potencias del alma no pueden cansarse nunca, miéntras que la materia se fatiga con poco trabajo que le deis.

—Y siendo así, ¿qué adelantos son esos que nadie ha visto? Porque, francamente, el hombre más sabio que existe en la tierra dista mucho de la perfeccion.

—Comprendo; suponeis que no hay más mundo que este, y en verdad que de ser así tendríais razon. Cuando aquí llega el espíritu á la mayor perfeccion que cabe en esfera tan atrasada, encarna en otra ménos imperfecta para seguir adelantando.

—¡Otra esfera! ¿Qué esfera es esa, Abiabar?

—Otro mundo superior á este.

—¿Y dónde está?

—En el espacio. ¿Creeis por ventura que las estrellas son tan pequeñas como aparecen á vuestra vista, y que no son otra cosa que adornos con que Dios ha tachonado lo que llamais cielo?

—Claro está.

—Pues son mundos infinitamente mayores y más perfectos que la tierra.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Podria muy bien contestaros que lo habia leido en la misma página en que vos estudiásteis las penas del infierno, purgatorio y limbo y los placeres de la gloria; pero no es verdad, y saldria yo perjudicado con tal afirmacion. Nada en la naturaleza ni dentro de la lógica prueba lo de vuestro infierno etc., en tanto que la ciencia demuestra plenamente que la

© Biblioteca Nacional de España

tierra es un solo planeta de los muchos millares que pueblan el universo.

—Aun cuando así fuese, no podríais demostrar que esos otros mundos estaban habitados.

—Pero es más lógico creer que Dios hizo esos millares de astros tan grandes y perfectos para que sean habitados por sus hijos, que no aceptar la ridícula suposicion de que no sirven para otra cosa que para ocupar un punto en el espacio.

—Y cuando el espíritu elevado concluya su mision en el último mundo, cuando ya esté en el postrer grado de elevacion, ¿qué hace, adónde va?

—Ya os he dicho y repito que el alma no acaba nunca de progresar. Del mismo modo que el espíritu adelanta y se perfecciona, se modifican y adelantan los mundos, y siempre tendrá el alma nuevos espacios que recorrer, nuevos mundos que habitar, nuevas perfecciones que adquirir. Sobre la mayor perfeccion de los séres está la absoluta, la incomparable de Dios, que continuará siempre atrayéndolos, sin que baste una eternidad para llegar á la perfeccion de Dios.

—¿De qué modo se comunica la divinidad con sus hijos?

—Dándose á conocer por su sabiduría, justicia y perfeccion.

—¿Pero no mora, no habita con los ángeles, ó sean los que vos llamais espíritus más elevados?

—Dios está dentro y fuera de su obra, porque todo lo abarca y á todo se sobrepone; la aproximacion á Dios no es otra cosa en los espíritus que el acto de comprenderle mejor. Eso de habitar y de morar es puramente material; ¿cómo ha de morar en un sitio dado el que está siempre en todas partes, el que está dentro y fuera de su creacion?

—¿Pues qué hace entónces Dios en ese aislamiento á que le condena su perfeccion absoluta?

—¡Siempre queriéndole tener en un pueblo, en una habitacion! ¡Qué torpeza! Si está en todas partes, no puede hallarse aislado en ninguna; vive con su obra, en su obra y para su obra. ¿Qué hace? preguntais. Vos solo podríais contestarme

© Biblioteca Nacional de España

que se entretenia en oir cánticos, alabanzas y plácemes, ni más ni ménos que si fuese un emperador ganoso de lisonjas, aplausos y vítores. Dios es la suma actividad y no cesa un instante de prolongar su admirable creacion.

—¿De qué modo?

—Formando mundos y séres.

—Llegará á ser el universo inmensísimo.

—Lo es ya, pero como el espacio no tiene fin, seguirá creando por toda una eternidad.

—¡Qué no tiene fin el espacio! Eso parece absurdo.

—Si tiene fin ó límite, que es lo mismo, decidme qué hay detrás ó al concluir ese límite ó fin.

—¿Pero no resulta tristísima la idea de no poder nunca hablar con Dios, con nuestro Padre Eterno?

—El espíritu no tiene boca ni lengua con que poder hablar; se comunica con el pensamiento, todo lo ve con la inteligencia, vive entre los demás espíritus de idéntica elevacion; al comprender á Dios se comunica con él; su gozo entónces es inefable, y llega hasta el éxtasis admirando la sabiduría, justicia y perfeccion de Dios. Esta es por otra parte la gran recompensa que recibe la Divinidad de lo más perfecto de su obra: como todo lo que ha hecho y hace es para sus hijos, cuando estos lo comprenden, lo aman y lo admiran, reposa dulcemente su Divinidad en ese perfecto amor que el hijo devuelve á su generoso padre.

—En ese caso aparece ridículo el acto de prosternarse ante Dios, pedirle dones, misericordia y cuanto imponen los ritos de las prácticas religiosas.

—Léjos de ser ridículo, nada hay más lógico y natural. Todos los séres aman á Dios, segun le comprenden, pero todos le aman. Unos le adoran creyéndolo sol, otros Divinidad humana, otros luna, y hasta hay tribus en Africa tan materializadas y fieras que se lo representan como una hiena ó tigre; en tanto que pueblos nómadas, sencillos, dulces en sus costumbres, pero materiales tambien, lo juzgan el agua cristalina de un rio que fecundiza sus campos y asegura sus cose-

© Biblioteca Nacional de España

chas. Es decir, que está en la intuicion de todos los hombres la existencia de un Dios que nadie ha visto, lo cual es una prueba indiscutible de que existe: si no hubiera otras muchas, con esa bastaria para creer con toda seguridad en Dios. Y de mi relato resulta que se le ama desde el tipo de hiena, siguiendo una inmensísima escala ascendente, hasta el de Dios siempre justo, perfecto, sabio y creador. Ahora podeis, Padre, explicaros la diferencia de religiones que existen en el mundo; sólo en Africa pasan de ciento treinta: cada sér humano comprende á Dios con estricta sujecion á lo elevado de su espíritu; por eso el hombre pensador no puede hallar nada tan absurdo en la tierra como la imposicion por medios materiales de esta ó la otra teoría religiosa, de este ó el otro dogma más ó ménos ilustrado. El cristianismo, que vos profesais, fué un gran adelanto, y hoy que estamos en el siglo xv produce indudablemente grandes beneficios. Si yo hablase al pueblo de Castilla no me comprenderia; en cambio comprende ese Dios materializado que vosotros le presentais, y por temor á sus rayos, epidemias, infierno y purgatorio, mejora su condicion y aunque poco, algo adelanta. Es indudablemente vuestro sistema religioso el más culto de cuantos existen en la tierra; tiene como todos su sacrosanta enseña, que llamais lábaro santo; en pos de este entrareis en Granada, echando á los musulmanes á la parte opuesta del Estrecho de Gibraltar; en torno de él se unirán los reinos separados hoy de la antigua Iberia, formando una nacion poderosa; con él llevareis la civilizacion y cultura á nuevas tierras; y si fuéseis reformando vuestro sistema con arreglo á los adelantos de la ciencia y de las artes, como necesita la ley de progreso universal, sería la religion de todos los siglos; mas perecerá si se estaciona: el progreso es un torrente que destruye todas las rémoras que halla á su paso. ¡Ay del cristianismo el dia que se oponga al adelanto de los pueblos! ¡Pero si el cristianismo perece, le reemplazará otro sistema más en armonía con el desarrollo de la inteligencia humana, y poco ó nada se habrá perdido. Las religiones, como medios de contener los males y empujar hácia

© Biblioteca Nacional de España

el adelanto y la cultura, existirán siempre; como medios de explotar al hombre, de dominarlo y de engañarle, desaparecerán en cuanto vengan á esta esfera otros espíritus ménos groseros que esos que vemos hoy en las masas que componen lo que llamais plebe. Resulta de mi relato, entre otras cosas, la justificacion ignorada por vosotros de todas las religiones que existen. En vuestra creencia sólo con el catolicismo era fácil la salvacion del alma, con lo cual inferíais á Dios la mayor de las injusticias. ¿Qué culpa tienen los africanos, los turcos y los asiáticos de no haber nacido entre vosotros y de ser por lo tanto mahometanos, hebreos ó budistas? Y si Dios les habia mandado habitar esas regiones en las que no ha penetrado todavía el catolicismo y carecian por lo tanto del único medio conducente á su salvacion, claro es que resultaba injusto Dios con esos que forman la mayoría de sus hijos. Pero no es eso; como vosotros, creen los sectarios de Mahoma y de Budha que con solo su sistema religioso se puede ir al cielo, y siendo contrarios entre sí, unicamente los de un sistema podian acertar. Mas tampoco es eso; la verdad se halla en mi teoría; todo hombre profesa la religion que comprende, que está en armonía con la elevacion de su espíritu, y á uno que adora á Dios en la forma de hiena sólo se le podia hacer católico ilustrándolo, enseñándole, elevando por último su inteligencia á la altura de la religion más adelantada que se le quiera dar.

—¿Y los que no creen en ningun Dios?

—Esos se llaman ateos ó materialistas, y forman la única excepcion temporal que tiene la regla. Son, moralmente, tenidos por dementes que hallan perturbados sus cerebros por el corto plazo de una encarnacion; al morir desaparece su locura y ven más clara y terminante que nosotros, los que nos quedamos aquí, la existencia y obra de Dios.

—Vuestra teoría, Abiabar, puede haceros blanco de las iras del pueblo.

—Por eso se la oculto á las masas; no me comprenderian si les expusiese estas verdades, y pagaria con la vida mi insigne torpeza. Por eso os hablo á vos de ella; dicen que teneis

© Biblioteca Nacional de España

talento, y aun cuando no os haya convencido, dejo grabado en vuestra mente el sello de una filosofía que fructificará en vos si vuestro espíritu está preparado; que la condenareis al olvido y nada se perderá si vuestra ruda inteligencia no puede digerirla.

—¿Y si os denunciara á las masas, como es mi obligacion?

—¿Es esa la caridad cristiana que os impone vuestro sistema?

—La mala semilla produce fatales frutos y debemos evitar su propagacion.

—Hacedlo si podeis; no intentaré nunca cortar la vida en que mi alma se depura y adelanta; pero léjos de temer, anhelo el feliz instante en que mi espíritu, libre de su cárcel de carne, pueda en los espacios infinitos admirar y comprender mejor la obra de su Dios. Porque he creido haceros un bien os enseñé una teoría que fertiliza y eleva el espíritu; si en recompensa de mi noble accion os aconseja vuestro sistema religioso que me impongais un castigo, juzgad, si teneis criterio, la bondad de ese sistema, lo caritativo y sublime de vuestra religion.

—¡Ay, Abiabar, que no lo haré; descorrísteis un velo que ocultaba verdades desconocidas para mí! ¡Dios os pague el bien que me habeis hecho; su Divina Majestad os perdone las dudas y vacilaciones que acaso atormenten en lo sucesivo mi cerebro!

—Cerca de vuestro convento habito; venid á menudo, yo enseñaré al monge más ilustrado que tiene Alcalá, lo mucho que todavía ignora; yo destruiré todas sus dudas y vacilaciones.

—¿No estais próximo á morir?

—Por ahora no; de esta enfermedad ya me hallo libre.

—¡Qué mágica revolucion causó en vos ese admirable medicamento! Cuando llegué aquí os juzgué á las puertas del sepulcro; ahora veo la vida en vuestra mirada, en vuestra actitud, en vuestra clara razon.

—Algo ayudó el medicamento á la naturaleza, pero fué esta quien lo hizo casi todo. Mi sangre, por causas que creo conocer, iba á una disolucion que contuvieron mi naturaleza

© Biblioteca Nacional de España

y los remedios aplicados; llegásteis en los momentos de la gran crísis que debia decidir mi muerte ó mi vida; la reacion fué favorable y el cambio operado completo. Yo lo sabía; contaba ya los instantes que me quedaban de vida en el caso de que la crísis hubiera sido adversa; y me juzgásteis aletargado y moribundo cuando sólo estaba absorto y meditando. Si yo pudiera creer en agüeros y sortilogios, diria que me trajo la vida mi querido discípulo, el hombre más eminente que tiene Castilla, el gran Garci-Gomez á quien volveis la espalda.

—¿Este caballero vale tanto que merece los elogios de un sabio?

—¡Que si vale! ¡Por Dios que todos lo desconoceis! Es en el campo de batalla, donde su época le conduce, el más valiente, el más hábil, el más poderoso, el único, acaso, verdaderamente caritativo; es en los consejos el torrente que arrastra en pos de sí todas las inteligencias y sabidurías que le rodean; es á caballo el primer jinete; con la espada en la mano el más diestro adalid; en mi laboratorio otro yo; con mi filosofía un espíritu que llega adonde yo, con intento de sobreponerse en ocasiones dadas. Ese es el modesto caballero que ocupa ahora un sitial de madera y me mira con disgusto porque digo la verdad que excita su rubor.

—¿Lo vísteis vos, Abiabar, en los campos de batalla, en los consejos, á caballo y con el acero atacando ó defendiéndose?

—Con la vista física no, con la intelectual sí.

—Oí hablar de él, pero ignoraba que tanto valiese. ¿Cuándo fué vuestro discípulo? Porque yo solo conocí á aquel Hernando... ¡Lástima de jóven y qué mal le trató la suerte!

—Enseñé á este tanto como á aquel; cuándo y cómo, no hace al caso, pero sí añadiré que si á los veinticinco años se igualó ya al sabio, qué hará á mi edad ese espíritu admirable!

—Debo entónces dejaros con vuestro discípulo. Creo que no necesitais mis auxilios espirituales, porque os sobra vida y os falta creencia.

—Vinísteis á traérmelos, y yo agradecido os los presté á

© Biblioteca Nacional de España

vos. Volved, padre, que la caridad de un filósofo no se agota nunca.

—Volveré cuando esteis sólo y nadie nos escuche. No olvideis el traje que me cubre y la órden á que pertenezco.

—¡Dios os traiga y halle en vos, á falta de mi Hernando, otro hombre que me comprenda!

—Si os agraváseis, mandadme llamar; vuestra caridad sembró ya en mi alma una nueva virtud que fructificará en adelante.

—Gracias, padre. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana!

—Sí, estoy seguro que me vais á visitar todos los dias.

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé.

—Puede. Y vos, señor Garci-Gomez, al que tanto ama y elogia el sabio, aceptad la admiracion y respeto de un neófito que pretende seguir el camino moral que vos anduvísteis anteriormente. Pocos seremos; de cada mil, uno.

—¡Qué más quisiera yo, padre! De cada millon, uno.

—Quedad con Dios.

—Llega el donado á tiempo. Sion, acompaña á este sacerdote; cuando lo dejes en el convento regresa.

Dijo Hernando, vió salir á su hermano y al fraile, y acercándose á Abiabar, añadió:

—Bien, eminente amigo mio; te escuché como al oráculo. ¿Continúa la reaccion?

—Me hallo lo mejor posible.

—Veamos el pulso. Va cesando la fiebre; la circulacion se normaliza y la vida, amenazada por terrible disolucion de la sangre, vuelve majestuosa para que yo la aplauda.

—Para que yo la sufra.

—Terrible es, Abiabar, pero necesaria, indispensable para que el alma se purifique y eleve.

—Por eso la defendí en cuanto pude, por eso no me quejo, por eso bendigo á Dios que me permite destruir la oscuridad con la luz del trabajo, del estudio, de la meditacion y de

© Biblioteca Nacional de España

penalidades que cesarán con la muerte. La verdadera dicha para el hombre que nació como yo en la desgracia y fué poco á poco elevando su entendimiento entre infortunio, miseria y dolor, empieza en el instante de la muerte. En la otra vida, amigo mio, se recuerda, se ve claro, terminante, todo el pasado del espíritu, desde su creacion hasta el último instante de su existencia; se considera tal como es el presente y algo se distingue de lo porvenir. Calcula tú cuál será mi ventura al abandonar la materia, ver lo poco que valia al encarnar en ella y su gran adelanto al salir de ella. En setenta ú ochenta años de sufrimientos muy llevaderos, lo cual representa en la eternidad un instante, dí á mi espíritu ciencia, sabiduría y moral que le eran desconocidas. En uso de mi libre albedrío trabajé tanto, que al morir me encontraré mucho más alto que aquellos espíritus más elevados que yo, los cuales perdieron en la tierra un tiempo precioso, entretenidos en acumular riquezas, destruir séres humanos y holgar en sus palacios, castillos ó alcázares. Yo á ellos no los envidié aquí nunca; léjos de eso los compadecí siempre, en tanto que ellos envidiarán á todo el que como yo ha ahogado en esta vida sus pasiones bastardas para entregarse dia y noche al perfeccionamiento de su inteligencia y moral.

—Segun tus ideas, Abiabar, yo no lo pasaré bien en la otra vida, puesto que en esta me hallo en guerras, intrigas, mi padre tiene palacios, castillos y alcázares que heredaré un dia, y al lado de mi esposa Melania, la ricahembra de esta comarca, los habitaré, siendo uno de los principales señores de Castilla.

—Tú, hijo mio, tú, mi querido Hernando, haces una depuracion sublime. Nada temas, el camino que sigues conduce á la mayor elevacion. En todas las posiciones del hombre, en todos los rangos sociales puede elevarse el espíritu á la mayor altura. Tú, mi amado discípulo, tenias ya al venir á esta esfera un espíritu envidiable por la mayoría de los que encarnan en la tierra; naciste hijo de un noble, digno padre de tan eminente hijo, y desde los primeros años de tu infancia, la

© Biblioteca Nacional de España

intuicion de lo que fuiste ya te encaminó al trabajo, al estudio, á la meditacion y á la práctica de todas las virtudes. Poco á poco fuiste dominando tus pasiones, y en vez de entregarte al lujo, á la esplendidez, á torpes amoríos, á insensatas ambiciones, hijo obediente y discípulo aplicado, visitaste las cátedras, las academias, diste á tu época lo suyo con la gimnasia, la equitacion y la esgrima, sin abandonar por eso un solo dia el aula, ni la ciencia y filosofía que yo te enseñé de niño, de adolescente y de hombre. Por esta causa, al hallarte un dia con el elevadísimo espíritu de Melania, simpatizástais, os unió una perfecta depuracion y jurásteis acabar los dias de esta vida en agradable consorcio. Difícilmente hallarás tú en el mundo una mujer que más te se asimile; imposible que ella encuentre en la tierra un hombre más digno y que mejor la comprenda. Hé ahí el orígen de vuestro puro amor, de vuestra constancia y del tierno cariño que os profesais. Por la misma causa has dominado en los campos de batalla, en los consejos, en las intrigas, y más pronto ó más tarde, sucumbirán por completo ante tu génio el Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena y cuantos poderosos se atrevan á llamarse enemigos tuyos. Vencerás, no lo dudes, y unido luégo á ese ángel que adoras, compartirás tu ciencia y filosofía, tu saber y experiencia con los hijos que el destino te conceda; más que á guerrear les enseñarás, estoy seguro, á que desarrollen su inteligencia y eleven su moral. Pero á todo esto, hijo mio, pronto amanecerá, no has dormido, y como hombre de ciencia sabes que hay necesidad de dar algo á la materia. Acuéstate en la habitacion contigua; yo tambien voy á dormir otro poco, que me ha fatigado algo la conversacion.

—Antes necesitas tomar un calmante.

—Cierto.

—¿Lo preparo?

—No; allí lo tienes en aquel armario; es la última botella; con ese daré á mi sangre á la vez el equilibrio que le falta.

—¿Qué cantidad pongo?

© Biblioteca Nacional de España

—Unas cuantas gotas.

—Tómalas. Ahora durmamos.

—¿Qué vas á hacer?

—Con tus almohadas hay bastante para los dos.

—¡Sentado en ese sillon!..

—Sí, y apoyada mi cabeza junto á la tuya; esto ha de ser.

—¡Y aún temías por tu depuracion, ambicioso! El grande, el poderoso señor, primer caudillo del futuro rey de España, despues de correr más de cuatro leguas y de pasar la mayor parte de la noche en vela, tiene por cama un viejo y duro sillon y la almohada de un enfermo cuyo mal se cree contagioso.

—Quiero que se cierren mis párpados oyendo tu elevado acento, escuchando esas ideas que regeneran mi espíritu. ¿Qué mejor lecho que aquel en que eso se encuentra, Abiabar? Explícame lo que es sueño.

—El indispensable descanso á la materia, Hernando.

—Pero el espíritu no puede reposar nunca, porque jamás se fatiga.

—Exacto; y en tanto que el cuerpo duerme, el alma, separada de él, funciona léjos de su cárcel de carne.

—¿Qué hace, Abiabar?

—Medita; cuando está algo elevada recuerda las torpezas que ha cometido y busca la intuicion de una enmienda que las corrija en lo sucesivo.

—¿Y el ambicioso, el torpe?

—Ese piensa en nuevos males que realiza al despertar si vuelve intuido á la vida material.

Y ambos unieron los párpados, quedando al poco tiempo dormidos.

Instantes despues se oyó cerrar la puerta de la calle.

Era Sion que regresaba del convento. Traia la capilla echada, escondidas las manos en las mangas de su hábito, y de este modo avanzó lentamente y sin hacer ruido hasta quedar junto á los piés del lecho en que descansaban su padre y Garci-Gomez.

© Biblioteca Nacional de España

—Cuando mi hermano duerme,—exclamó,—se salvó el autor de mis dias, y era todo cuanto yo anhelaba. Hé ahí los dos séres únicos que amo en la tierra; por eso sin duda los quiero tanto. Estos no hacen milagros ni predican á las masas; no son farsantes ni explotan la ignorancia del vulgo con el gran talento que tienen. ¡Qué modestos! El uno es el primer sabio de Castilla, el otro le iguala en inteligencia y es hoy acaso el que tiene más poder en el reino. Y sin embargo, cuentan en este instante para ambos con una mísera cama que desdeñaria un pobre hidalgo. Para que el cuadro sea completo cojo este sitial, me siento en él y apoyo la cabeza en el ángulo izquierdo del único colchon que tiene este lecho. Tampoco soy yo tonto, y bien puedo ocupar un pedacito de los piés de esta cama.

Y tambien se quedó dormido.

El cuadro se presentaba ya, como ofreció el donado, completo.

Dejémosles descansar.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XX.

Trasformacion completa.—Cambio de posicion y vida.—Melania y su futuro.

A las cuatro de la madrugada se quedó dormido Hernando Alvarez de Toledo, y á las siete despertó.

Abiabar y su hijo continuaban sumidos en tranquilo sueño.

Nuestro jóven llevó el índice á la sien del sabio, notando con placer que la circulacion de su sangre era cada vez más normal, de lo que deducia con razon la proximidad de un restablecimiento.

Acto continuo despertó á Sion, llevándoselo á la estancia contigua.

—Cuida á tu padre,—le dijo;—cuando despierte le das el medicamento que te pida, luégo caldo y no te separes de su lado hasta que yo regrese.

—¿Tardarás mucho?

—Lo ménos posible. Hoy, Sion, vais á sufrir ambos una trasformacion completa.

—¿Qué quieres decir, Hernando?

—Que ha llegado el dia en que tu padre y tú vais á empezar á recibir el premio á que os hicísteis acreedores.

—Explícate.

© Biblioteca Nacional de España

—Basta por ahora, Sion, que hago falta en otra parte. En adelante obedece mis órdenes y nada me preguntes, que el tiempo vuela, tengo en mis manos el porvenir de Castilla, mi felicidad futura, la crisis porque atravesamos es terrible y no debo perder un solo minuto en trivialidades que podrian comprometer nuestro porvenir.

Seguidamente arregló su traje, y embozándose en el manto de grana, sale de allí, quedando parado frente al palacio de Melania.

No tarda en escuchar la carrera de un caballo, é instantes despues se detiene frente á él un jinete.

Pertenecia á los veinte caballeros que mandaban la fuerza que dejó en Madrid.

Luégo abre un escrito que aquel le entrega, en el cual le dice uno de los grandes conjurados lo siguiente:

«Llegó el Arzobispo; nos ha reunido en el acto á todos sus amigos, y se dispone á combatir las pretensiones del Marqués de Villena en el próximo consejo. Está impaciente por vuestra ausencia; le han dicho que os hallais en Toledo, en busca suya, y os ha mandado un emisario, que lo detendrán en el camino, en cumplimiento de las instrucciones que me dejásteis. La tormenta entre Pacheco y Acuña amenaza ser terrible. Se realiza cuanto mandásteis. Os daré parte de lo que ocurra; vuestra presencia se va á hacer indispensable.»

Hernando se guardó la carta, diciendo al portador:

—Padilla y vuestros dos compañeros partieron durante la noche al frente de veinte hombres; quedan en Alcalá ochenta; tomad el mando de ellos y esperad mis órdenes. El Corregidor os dirá dónde se hallan.

Ambos se despiden. Toledo entra por fin, solo, en el castillo de Melania.

Basta que exprese el supuesto nombre de Garci-Gomez para que se bajen los puentes, abran las puertas y llegue nuestro jóven hasta las principales habitaciones de aquella espléndida morada.

Melania dió la órden para que nadie le detuviese, y hace

© Biblioteca Nacional de España

media hora que le aguarda en su precioso salon de columnas.

Garci-Gomez arroja sobre un sillon el manto y borgoñota, y despues que hubo arreglado su cabellera, bigotes y barba con las manos, penetra en la estancia donde le espera la hermosísima jóven.

La puerta que le dió entrada se cierra, y solos los enamorados se contemplan un segundo á dos varas de distancia.

El flúido de la mútua mirada que se dirigen forma una cadena de fuego que los une y asimila.

Hernando avanza sin apartar la vista de aquel prodigioso conjunto de admirables bellezas físicas y morales, coge la blanca, suave, diminuta y torneada mano de Melania, estampa en ella un ósculo amoroso, y con acento apasionado le pregunta:

—¿Me esperabas, ángel mio?

—¡Cómo no, si el corazon latia con la impaciencia del que aguarda, con la ansiedad del que ama!

—¡Qué dulce, sonora y agradable es tu voz; cómo conmueven las fibras de mi sér tus palabras! ¿Qué hay en ti, Melania, que tanto deleita y arroba? Yo lo diré; hermosura, talento, gracia, amor, firmeza, entusiasmo, lo ideal con que se sueña, la realidad con que Dios recompensa á tu Hernando, la intencion que le guía, las inspiraciones que realiza.

—¡Viniste anoche y no te he visto hasta ahora!

—Los ángeles, amor mio, no mienten nunca, mas pueden equivocarse, segun veo: tú nunca dejas de verme; como tu imágen siempre delante de mí, la mia no se separa de tu ardiente y divina mirada.

—¿Por qué has tardado?

—Cuidaba á un anciano; al que debe tanto mi espíritu como la materia á mi padre.

—¡Tu padre, Hernando, grande de Aragon!..

—¿Y qué?

—¡Eres su único heredero!..

—¿Y qué?

—¡El sabio, el valiente, el grande, rico y poderoso Her-

© Biblioteca Nacional de España

nando Alvarez de Toledo, puede aspirar ahora á la mano de la hija de un monarca!

—¿Y qué?

—¡Vas á derribar un trono, á elevar á reina una infanta; vas á ser el primer hombre de estos reinos, el más opulento, y yo soy bastarda!

—¿Y qué?

—Mañana, cuando sepan lo que ocurrió anoche, me odiará hasta mi único protector el Arzobispo de Toledo.

—¿Y qué?

—¡Voy á ser la última dama de Castilla y tú el primer grande del reino!

—¿Y qué?

—¡No me atrevo á expresarlo!

—Es indispensable que te atrevas.

—¿Qué suerte me reserva el destino, Hernando? ¿Me sepultará en un monasterio para que acabe en él entre llanto y suspiros, amargura y dolor, pesar y sentimiento la vida que me propuse consagrar á un ingrato?

—Tú lo sabrás.

—Yo, temo.

—¿No has despreciado anoche al hijo del Conde de Haro, señor de Vizcaya?

—Sí.

—¿Y qué temes entónces, Melania?

—Temo, lo que no puedo, lo que no quiero decir.

—¿Una debilidad acaso en Hernando Alvarez de Toledo?

—¡Te has elevado tanto!..

—¿Y qué?

—Hay reyes que no valen lo que tú.

—¿Pero de qué me juzgas capaz, Melania?

—Si no lo sé.

—Oyeme: tú, la ricahembra, la soberana de este castillo y comarca, la más bella de las mujeres, la más inteligente, pudiste amar á un hidalguillo de *gotera;* pudiste arrostrar por él toda clase de peligros; pudiste anteponerlo á los grandes de

© Biblioteca Nacional de España

Castilla y con admirable constancia, con sublime heroismo pudiste descender hasta él y decirle: juro ser tuya ó de nadie. Y nada bastó en el mundo para hacerte desistir. Pero andando el tiempo ese pobre hidalgo, más elevado que tú y careciendo de tu fortaleza de espíritu, de tu constancia, del celeste amor que arde en tu pecho, te desdeña porque te ve chica comparada con él; y es tan miserable que falta á la fé de su juramento. Grande eres en talento y perfeccion, Melania, pero no te juzgué tanto; pequeño es el hidalguillo de *gotera* ascendido á grande, mas no le conceptuaba yo tan ruin, tan despreciable, tan indigno del renombre que pregona su fama! Gracias, angel mio.

—No es eso, Hernando.

—¿Pues qué es?

—Los reyes, tus amigos ya, tienen hermanas, hijas, sobrinas; y ganosos de una alianza con tan poderoso caudillo, pueden comprometerte...

—Acaba.

—Y perderte yo.

—¿Tienes celos?

—¡Y qué extraño, si te amo tanto!

—¡Bendito tu labio y tu amor, y hasta benditos tus celos, temores y sospechas! Continúa, deliciosa mujer; ¿con qué monarca voy á emparentar?

—Hay muchos que en breve acaso querrán tu espada, y siendo ese el único medio...

—Hé ahí otra prueba más de las muchas contras que tiene el defender una mala causa. Tú, que posees el castellano admirablemente y que discurres como un sabio, no hallas frases ni aun ideas en tu prodigioso cerebro. Es la primera vez de mi vida que te encuentro torpe, y consiste en que ahora no están de acuerdo tu elevado espíritu y tu tierno corazon. El primero abriga confianza absoluta en mí, porque me conoce y comprende; el segundo teme, y con sus latidos é impresiones pretende ofuscar el claro entendimiento que tanto brilla en ti. ¿Me he equivocado?

© Biblioteca Nacional de España

—No lo sé; mas te sería fácil tranquilizarme, y yo te ruego lo hagas.

—Me ha de costar trabajo.

—¿Por qué?

—Una mujer de tu talento descendiendo á la puerilidad del celo, de la desconfianza, de la sospecha y del temor, cuando es tan hermosa como tú, se trasforma en ángel tan cándido é inocente que seduce, encanta y arroba como tú no puedes comprender. Continúa suponiéndome capaz de un perjurio, de abandonarte, de dejar la flor pura, odorífera y sublime del valle por el cardo de la córte; yo te escucharé en delicioso éxtasis, porque tu divino labio no puede ofenderme ni molestarme nunca tu candor.

—No temí nunca una equivocacion ó torpeza en ti, porque te llevarian á la desgracia y tu génio prevé las consecuencias; pero me aterra la idea de un compromiso fundado en la salvacion y porvenir de un pueblo entero. Hernando, me he dicho muchas veces, sería el monarca más justo, más valiente y más entendido de la tierra; sería el padre, el hermano, el protector incansable de su pueblo; haria brotar la ventura en el reino que él dirigiera, y como yo lo comprendo puede hacerlo un monarca que no tenga un varon que le suceda, sino una hija ó hermana, y uniéndola á ti haria próspero su reinado, asegurando el porvenir de su pueblo para despues de su muerte.

—Estás deliciosa, Melania; hasta en tus celos, sospechas y temores te idealizas. En ti, pura, angelical, sublime, rebosan esas ideas de moralidad, interés, gratitud y justicia; pero es el caso, amiga mia, que los reyes no suelen pensar como tú. Para ellos es su pueblo un rebaño de ovejas que conducen á su antojo, y es extraño, anómalo y hasta excepcion rarísima que el régio pastor encamine sus ovejas con otra cosa que con el palo en que se apoya. Jamás se toma la molestia de averiguar por qué unos corderos comen más que otros, ni le importa que al lado de los gordos enflaquezcan y se aniquilen los chicos. ¡Ay, Melania, encerrada en tu castillo feudal,

© Biblioteca Nacional de España

madre tierna y cariñosa de todos tus súbditos, no sabes lo que son las córtes y desconoces por completo á los reyes! Oye una cortísima leccion de historia: desde que al pueblo nómada, que vivia errante, pero libre y rico, se le ocurrió asociarse y nombrar un rey, llovieron sobre él calamidades sin cuento; tuvo guerras, como consecuencia de estas, grandes y continuas epidemias, contribuciones, palos y cadenas; siendo la causa de todo la espantosa, la terrorífica idea que realizó de elevar con el nombre de monarca á un hombre que tenía necesariamente que concluir por ser su tirano.

—¡Qué lenguaje, Hernando!

—Tienes razon, Melania; es impropio de la época en que vivimos, y consiste en que mi maestro Abiabar, con su ciencia y sabiduría, inoculándolas en mi espíritu, me ha llevado cuatro ó cinco siglos más allá de la era presente. Te he dicho, sin embargo, la verdad. Tienes un ejemplo vivo en Enrique IV; estudia su reinado y verás á lo que su impotencia, maldades y ambicion dejó reducido el noble, el hidalgo pueblo castellano. Todos los males que sufre el pueblo son debidos á sus torpezas, vicios y pasiones; el reino paga, eleva y sostiene un monarca para que este, de calamidad en calamidad, lo lleve á la desgracia y en muchas ocasiones al caos en que ahora se encuentran Castilla y Leon. No hay rey en el mundo, Melania, que por el bien de su pueblo sacrificase una hija ó hermana, uniéndola á Hernando Alvarez de Toledo, pobre hidalguillo ayer y muy distante hoy de tener estirpe régia. Una hija, hermana ó sobrina, supone para el soberano bastante más que todo su pueblo, y aun cuando fuese capaz de sacrificar toda su familia por su propia conservacion, no humillará en un átomo su orgullo y vanidad por la ventura del reino que gobierna.

—¡Qué asqueroso tipo de egoismo!

—Empiezas á conocerlo, Melania.

—Y tú...

—Yo tengo ya mi trono en tu corazon, mi dicha en tu hermomosura, mi felicidad en tu talento. Serán mis vasallos tus pen-

© Biblioteca Nacional de España

samientos, tus ideas; mi reino el extenso campo de tu amor, y unidos siempre trono y pueblo, formarán un solo indivíduo. No es fácil, ni siquiera posible, que un rey me llame á formar parte de su familia; mas si el destino quisiera probar mi fortaleza ofreciéndome una excepcion, creo que recordaria lo que vales. Voy á suponer que ambicioso y torpe me era posible olvidar tus encantos; entónces recordaria lo que juré poniendo á Dios por testigo, y el deber me impondria lo que desconocieron mi escaso talento y bastardas pasiones.

—Ahora me has tranquilizado, Hernando, pero el respeto y consideracion que yo guardaba para los monarcas de la tierra, cayeron hechos pedazos ante unas frases que no podré olvidar nunca. ¡Y yo juzgaba á los reyes necesarios, indispensables!.. ¿Por qué los toleran los pueblos, Hernardo?

—Porque son ignorantes, Melania.

—Séres tan malos y tan caros parece que debieran conocerlos todos.

—Todo el que tenga criterio, buen sentido; pero, hija, entre esas masas se ve más idiotismo que sabiduría.

—Y los grandes que rodean á los reyes, ¿por qué esos no se sublevan contra ellos?..

—¿Quién les habia de dar entónces castillos, señoríos y mando? Algunas veces destronan uno para elevar otro; pero no es el bien del pueblo el que les aconseja, es la ambicion.

—Luego esos grandes son tan malos como los reyes.

—El uno es la serpiente y los otros el veneno que vomita aquella.

—¡Y tú vives entre ellos, Hernando!

—Sí, y consiste en que no he nacido para anacoreta; tengo que vivir en sociedad, y si lo de arriba es cieno, hay abajo tanta supersticion, torpeza é ignorancia, que el fondo es tan malo como la superficie.

—¡Cuándo aprenderá ese pueblo, cuándo dejará de ser tan ignorante!

—Cuando estudie, aprenda y medite; solo el escalpelo de la sabiduría puede romper la grosera corteza de la ignorancia.

© Biblioteca Nacional de España

Ahora prefiere la taberna, los juegos materiales y cuanto aumenta la ceguera de su alma; por eso no ve que el lazarillo se le monta sobre los hombres, lo explota y se burla á su antojo del infortunado miope.

—Temo, amigo mio, que sea eterna su condicion.

—No lo creas: hay una ley, llamada progreso universal, que tiene que cumplirse como todas aquellas con que el Hacedor rige su admirable obra. El pueblo fué un dia pária, luégo esclavo y ahora es siervo; despues será otra cosa, y de modificacion en modificacion, sin reyes, magnates ni tiranos, llegará á formar una sociedad diferente de la que ahora contemplas.

—Eso debe estar muy léjos, Hernando.

—Bastante, hija; todavía seguirá creyendo por mucho tiempo el artesano que con trabajar, comer y divertirse tiene bastante, sin comprender que de esa manera sólo alimenta el cuerpo y los sentidos, condenando á completa vigilia el alma.

—Pero el que tiene que trabajar para adquirir el sustento necesario á la vida, ¿cómo ha de estudiar?

—Sumando y restando.

—¿Qué tiene que ver la aritmética con eso?

—Veamos si yo le doy analogía: dispone el artesano de veinticuatro horas; emplea en el trabajo corporal nueve; seis en dormir, quince; dos en comer y descansar, diez y siete; le sobran siete: ¿qué hace de ellas? Con cuatro que dedique al estudio tiene bastante y aún le quedan tres para aumentar si quiere el descanso, distraerse ó trabajar más corporalmente. Se dice entre el vulgo que el capital del pobre lo constituyen las veinticuatro horas del dia, y no se le ocurre sin embargo distribuir bien su único tesoro.

—Duermen más de seis horas.

—Ya lo creo, y de ocho; pero teniendo bastante con ese número, desprecian lo restante, y al pobre no le es dado, si quiere mejorar su condicion, tirar lo poco de que dispone.

—¡Dónde nos hemos ido, Hernando!

—Es verdad; imposible parece que pueda yo entrar en

© Biblioteca Nacional de España

cuestiones filosóficas ó sociales teniendo delante tus ojos, faz divina, hechizos. ¿Te has tranquilizado ya?

—Sí, Hernando mio, perdona si dudé de ti.

—¿Ya no abrigas temor alguno?

—Ni un átomo; son felizmente tan egoistas, tan torpes y tan soberbios los reyes, segun acabas de expresar, que en alas de su necio orgullo no se dignarán, por dicha mia, fijarse en ti para ofrecerte, comprendiendo lo que vales, la mano de una princesa.

—Y tambien por dicha mia, Melania; es tan difícil y espinoso el cargo de monarca, para bien desempeñado, que no hay hombre de conciencia y rectitud capaz de aceptarlo. El rey se debe á su pueblo; contrae la imprescindible obligacion de dedicar á aquel todo el tiempo de que disponga, su talento y en muchos casos hasta la vida. Está en su mano la suerte de millares de familias; le es dado mejorar la condicion del indivíduo, y si bien era grande y digno de un espíritu muy elevado dotar á un reino de leyes sábias, imprimir en él el sello de la más estricta justicia y levantarlo de la postracion en que lo tuvieran sumergido su atraso é ignorancia, habria de luchar con muchas y penosas dificultades, consagrarle los instantes de su vida sin tregua ni descanso, y es rarísimo el sér humano que viene á la tierra con la fortaleza y abnegacion suficientes para realizar tan grande obra. Era preciso un Jesús, por lo ménos un Sócrates, y ya hemos visto que lo mismo el Divino Mártir del Gólgotha que el sabio de Grecia no trajeron estirpe real ni les halagó nunca el poder de los monarcas. De aquí se deduce que no veremos jamás sobre el trono de ningun país hombres de esa fortaleza ni con la abnegacion suficiente para gobernar con la rectitud, imparcialidad, interés y justicia de que tanto han menester sus gobernados.

—Otra vez, amigo mio, nos hemos olvidado de nosotros para ocuparnos de lo que poco ó nada nos interesa.

—Ciertamente; doblemos la hoja y hablemos de lo que tú quieras.

© Biblioteca Nacional de España

—Mi temor, Hernando, por lo que se refiere á los monarcas, sus hijas ó hermanas, fué una puerilidad que destruyó tu poderoso aliento con un ligero soplo. Pero ahora me asalta otro; tengo miedo al Arzobispo; cuando él sepa lo ocurrido despues de su marcha...

—No prosigas; tuve en cuenta las consecuencias de mi intriga y de la parte que tú has tomado en ella, y todo lo evitará un gran acontecimiento que ha de realizarse mañana. Ya no soy aquel mísero Hernando que sólo contaba para hacer frente á tu poderoso padrino con su escaso talento y gran audacia; ahora es mi padre grande de Aragon, dispongo de ejércitos y soy indudablemente más fuerte que Acuña; no temas por lo tanto, Melania; en adelante serás la reina de este castillo, sin que nadie ose rebajar tu poder, elevado en breve á una altura á que no llegó nunca.

—¿Qué intentas, Hernando?

—Oyelo. Por desgracia tendré que continuar por algun tiempo siendo Garci-Gomez; en cambio tú vas á dejar de ser la huérfana abandonada en este castillo. Mañana llegarán aquí mi padre y tio con tres mil aragoneses y más de mil castellanos, que unidos á tus soldados harán imposible toda tentativa contra la soberanía que debes ejercer entre tus vasallos y señoríos. Y no es esto sólo; el grande de Aragon D. Juan Alvarez de Toledo te va á prohijar pública y solemnemente, jurando no abandonarte el resto de su vida, dejándote por heredera á su muerte. Vas á tener á tu lado dia y noche un padre tierno y un tio cariñoso que te harán tan agradable la existencia como triste y pesada lo fué cuando obedecias á tu protector.

—¡Qué dices, Hernando! La dicha que me anuncias extasía mi alma y me llena de orgullo y satisfaccion.

—Eso y más merece el ángel que me amó pobre y abatido, la ricahembra que por el cariño de su infeliz Hernando hubiera dado hasta la existencia. Ahora correrás por el bosque al lado de tu padre; apoyada en su brazo andarás por las calles de Alcalá, visitando los salones aristocráticos y las

© Biblioteca Nacional de España

buhardillas donde la miseria y el olvido llamen á la puerta de tu caridad. En público y privadamente te llamará el más noble de los ancianos hija querida; sus labios estamparán de continuo en tu pura frente beso paternal, y ya no habrá nadie capaz de señalarte con razon como bastarda, como la espúria abandonada entre los salones de un castillo. Tu nuevo padre, Melania, no se avergonzará de llamarte hija; por el contrario, vas á formar su orgullo, serás el consuelo de su vejez, la alegría que endulzará su ancianidad. Si yo muero en la sangrienta lucha á que me ha llevado el destino, en ti hallará mi padre su hija y heredera; en él encontrará mi amada la tierna mano que mitigue su dolor y le enjugue el llanto. De ese modo pago tus crueles sospechas de haberme creido capaz de dejarte por otra reina ó princesa; de esa manera te arranco del poder de un tirano para entregarte en los brazos más nobles y afectuosos que tiene Castilla.

—¡Qué pensamiento tan grande, Hernando; qué conducta tan generosa! Su grandeza embarga mi espíritu, entorpece mis labios y hasta me abruma con su peso encantador.

—¿Aceptas, bien mio?

—¿Cómo negarme á dar entrada en mi casa á la felicidad que me ofrece el único hombre que amo en el mundo?

—¿Te crees indigna de ese bien?

—Sí.

—Tu modestia, aun cuando parezca imposible, se sobrepone ahora á tu talento, á tu hermosura. ¡Indigna dices, y no hay mujer en la tierra que valga y merezca lo que tú!

—Para ti, el amor que me tienes ofusca la sublime inteligencia que todos admiran.

—Recuerda, Melania, lo que eras, lo que fuí; lo que has sufrido por Hernando, lo que hubieras hecho si su cabeza llegase á pertenecer al verdugo. Considera luégo tu gran capacidad, fíjate en la belleza que refleja ese cristal cuando estás delante, y cuando hayas meditado bien sobre el conjunto, probablemente variarás de opinion.

—No, Hernando; cuando eras pobre valias más que yo;

© Biblioteca Nacional de España

hoy que tus hechos te elevaron á la altura donde llega rarísima excepcion, no hay mujer en Castilla que se pueda llamar digna de ti.

—Tus elogios, amiga mia, son harto parciales para que puedan engreirme; doblemos tambien esa hoja y vamos con otro asunto de más importancia.

Ambos siguieron hablando media hora que tardaron en interrumpir á Garci-Gomez con otro parte llegado de Madrid.

Y cada cuatro horas siguió recibiendo escritos, en los cuales le referian los acontecimientos que estaban teniendo lugar entre el Arzobispo y el Marqués de Villena.

Ninguna de las graves noticias que le daban fué causa para que dejase de asegurar el presente y porvenir de su amada; el dia lo pasó á su lado y la noche junto á Abiabar.

Nuestro sabio mejoraba rápidamente.

A las ocho de la mañana del siguiente dia fué sorprendido Alcalá con la llegada de algunos millares de jinetes y peones, á cuyo frente venian D. Juan Alvarez de Toledo y su primo Don Alvaro.

Jefes, caballeros y soldados se instalaron en el castillo de Melania, Garci-Gomez y la jóven estrecharon cariñosamente á D. Juan y á D. Alvaro, los cuales fueron visitados algunas horas despues por el Corregidor y personas más notables de la ciudad.

Don Juan aprovechó la presencia de todos aquellos señores para prohijar pública y solemnemente á la bella Melania.

Durante aquel acto la jóven vertió algunas lágrimas promovidas por la satisfaccion que experimentaba.

La ricahembra besó repetidas veces las manos de su padre adoptivo; este la estrechaba contra su pecho, tambien Don Alvaro con gran placer de Garci-Gomez, que contemplaba la escena con profunda alegría.

Melania, amparada por D. Juan Alvarez de Toledo, grande de Aragon, y defendida por millares de vasallos suyos y de su nuevo padre adoptivo, quedaba ya libre de toda imposicion y asechanza de su antiguo protector el Arzobispo de Toledo.

© Biblioteca Nacional de España

Por la tarde hizo abrir Garci-Gomez la casa donde nació, cerrada desde que él y su padre la abandonaron. Llevó allí un ama de llaves y cuatro criados de su entera confianza. Cuando hubo terminado se retiró al castillo, y haciendo comparecer á Sion, encerrado con él, le dijo:

—Hermano, llegó el momento de que empezase á pagar á tu padre la mucha ciencia y sabiduría que inoculó en mi alma y á ti los grandes y señalados servicios que me tienes prestados. Vas inmediatamente á cambiar ese hábito negro por un traje elegante que hallarás en la habitacion contigua. Luégo, seguido de varios sirvientes del castillo, trasladas á tu padre en la camilla que está dispuesta, á mi casa de esta ciudad. El poderoso D. Juan Alvarez de Toledo os regala ese edificio y una renta de dos mil ducados anuales. Os servirán cinco criados que ya esperan vuestras órdenes, y nada quiero que os falte. Esto no es perpétuo; durará el tiempo que tarde yo en unirme á Melania. Cuando me haya casado te regalaré un título de nobleza y en union de tu padre habitareis conmigo. Instalado aquel en su nueva casa, visitas al padre abad, diciéndole que busque otro donado, porque tú ya no sirves, vas á ser servido. Doy por hecho que no le ha de agradar la noticia, te amenazará y hasta puede que intente obligarte; entónces le dices que mi padre ha prohijado á Melania, que os protege á vosotros, y que tiene muchos y muy buenos soldados que os defenderán contra todo el mundo. Al anochecer pasaré á visitaros; abrevia.

—Pero, Hernando, ¿qué hemos hecho nosotros para merecer tan gran recompensa?

—Abrevia, te he dicho, Sion, ya has concluido de hacer milagros, de ser farsante; empieza á obrar como hombre para acabar como caballero.

—Bien, hermano, acépto y me dedicaré con celo incansable al cuidado del autor de mis dias hasta tanto que me lleves junto á ti. Si pudieras darme alguna otra ocupacion...

—Cierto, la necesitas, porque de lo contrario tu aficion á los milagros y á los cepillos...

© Biblioteca Nacional de España

—No lo creas; tomé parte en los primeros y vacié los segundos obligado por la miseria, y á la vez para poderte ser útil y defender tu vida; pero no tenía aficion á los unos ni á los otros.

—Perteneces, hermano, á la gran conjuracion que yo acaudillo, y entre tus compañeros hallarás en adelante el entretenimiento que me pides.

Sion recibió algunas instrucciones más, cumplimentando seguidamente las órdenes de Hernando.

A pesar de la llegada de su padre y tio paró poco en el castillo Garci-Gomez; necesitaba aprovechar los instantes y en verdad que no perdia uno.

De este modo logra dejar terminados todos sus asuntos en Alcalá á las siete de la noche, hora en que estrecha á Don Juan, á D. Alvaro y á Melania, y parte inmediatamente para Madrid, llevando á su derecha un caballero, en pos veinte soldados, siguiéndole á alguna distancia ochocientos caballos y mil doscientos peones de los que llevó su padre.

Queda Melania bien defendida en su castillo, tiene de su parte á todos los partidarios de Doña Isabel, capitaneados en secreto por el Corregidor, y Abiabar, que mejora por instantes, encuentra en union de su hijo, en la antigua casa de Hernando, las comodidades y bienestar de que careció hasta entónces.

En aquella vivienda hay torre en la que puede estudiar astronomía; ha trasladado cuantos objetos tenía en su casita próxima al convento, la cual devuelve Sion á fray Cirilo, demostrándole en su nombre y en el de su padre gratitud y afecto.

A la vez se despide del abad, dándole cuenta de su cambio de posicion. Aquel se desespera, le ruega, suplica y concluye amenazándole.

Sion oye sus primeras frases con ternura y se rie de las últimas, acabando por volverle la espalda y partir en busca de su anciano padre.

Fray Cirilo no vuelve á tener por el pronto revelacion

© Biblioteca Nacional de España

alguna, se aflige y cree que el abandono de Sion ha espantado á los ángeles y santos de su celda.

Refiere su desgracia á algunos de la comunidad, y no tarda en volver á oir al santo fundador y á otros espíritus elevados. Los buenos servicios del ex-donado se repiten de nuevo en un diestro profeso que pronto gana la confianza y estimacion de su jefe.

Más de cuatro siglos van trascurridos y todavía tiene *émulos* tan *santa* mision, y todavía se repiten los milagros, y todavía se sacan ánimas del purgatorio, y todavía hay una gran parte del pueblo que cree y ofrece su óbolo al afortunado milagrero.

Bienaventurados los mansos; de ellos será siempre el cencerro.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXI.

Preponderancia de Garci-Gomez.—Empieza á descorrerse el velo de la venganza.—Las dos primeras víctimas.

A las siete sale Hernando de Alcalá para llegar á Madrid poco despues de las nueve.

Deja atrás la escasa comitiva que sale reunida á él; sólo pueden seguir su veloz carrera el criado y caballero que le acompañaban.

No pára en casa del Arzobispo; se hospeda en uno de los mejores alcázares que tiene Madrid; aquel en que una noche aciaga recibió Doña Beatriz á su tio D. Alvaro de Toledo.

Encuentra en tan grande y espléndido edificio caballeros, gentiles-hombres, ugieres, pajes y la servidumbre y comodidades, en fin, dignas de uno de los primeros grandes del reino.

Llegó el instante de que empezara á obrar como primer caudillo de la infanta Isabel, y sin abrir del todo el arcano debe ya presentarse como cumple al que ha de conquistar un trono para la jóven princesa. Al efecto no hay oro, vasallos ni poder alguno desde Doña Isabel hasta el último de sus parciales que no estén á la completa disposicion de Garci-Gomez.

La metamórfosis va á ser completa.

Se han trasladado al alcázar de Garci-Gomez los caballeros y cuatrocientos ginetes que dejó en Madrid; llegan los veinte que sacó de Alcalá, despues los sesenta restantes, á la una

© Biblioteca Nacional de España

de la noche los dos mil aragoneses y castellanos de su padre, y continúan entrando fuerzas de Maqueda y otros puntos, hasta reunir dos mil jinetes y cerca de cinco mil peones.

Es más poderoso en Madrid que el Arzobispo de Toledo ó el Marqués de Villena, y va á suponer que toda aquella fuerza se la manda su tio D. Rui-Gomez, al que no conoce ni de vista, pero que es realmente tio de Doña Beatriz de Bobadilla y su ciego instrumento, por ser uno de los partidarios ocultos más entusiastas y decididos de la infanta Isabel.

Tampoco D. Rui-Gomez vió jamás á Hernando, pero obedeciendo ciegamente las instrucciones de Doña Beatriz, daba su aquiescencia á cuanto se hacía en su nombre, sin que jamás se le ocurriera desmentir nada de lo que Garci-Gomez decia.

Antes de hablar de la nueva é imponente actitud de Alvarez de Toledo ante la colectividad é individualidades que formaban la jefatura de la gran conspiracion contra Enrique IV, vamos á exponer lo que habia ocurrido en Madrid en los dos dias que faltó Hernando.

Sabemos que el Arzobispo de Toledo llegó á la madrugada, ó sea diez ó doce horas despues de haber abandonado Madrid.

No tardó en saber el Marqués de Villena que su amigo en la forma y enemigo en el fondo, penetró su secreto y habia regresado con objeto de desbaratar su plan y ganarle, á ser posible, una votacion con la que Pacheco creyó que lo elevarian á regente. No se acobardó por esta contrariedad el famoso Marqués; á la hora convenida fué recibiendo en su palacio á los grandes que habia citado; pero tuvo que ceder el primer puesto al recien llegado, D. Alonso, como presidente que era de aquella asambla.

Desde los primeros momentos empezó el debate con el calor consiguiente á una cuestion personal de tan gran trascendencia, y á la media hora de discutir, ambos pretendientes á la regencia habian demostrado, sin ambajes ni rodeos, que cada uno la queria para sí.

© Biblioteca Nacional de España

Al prelado le faltaba su brazo derecho, es decir, Garci-Gomez, pero tenía mucho talento, hablaba con facilidad, logrando, por último, que al votar se empatasen, con lo que consiguió ganar tiempo.

Estuvieron reunidos seis horas; las fuerzas de ambos contendientes se iban ya agotando, la suerte no se decidió por ninguno, aplazando por lo tanto la terminacion de aquel acto para el dia siguiente, á la misma hora, en casa del Arzobispo.

En tan corta tregua debian cruzarse intrigas de una y otra parte, pues ambos deseaban con afan indescriptible el elevado puesto que ya se disputaban de un modo claro y terminante.

Desde sus respectivas moradas, lo mismo el Marqués que Acuña, ofrecieron castillos, señoríos, rentas y cuanto podia halagar á los más ambiciosos. Valiéndose de astutos agentes y de interesados amigos, ninguno de ellos perdonaba medio ni sacrificio para alcanzar el logro de sus deseos.

Sin descuidar D. Alonso un solo instante los medios de ganar uno ó más votos y de asegurar más lo que ya tenía, mandó hasta quince emisarios en busca de Garci-Gomez; aquel voto, aquella palabra y la influencia, en fin, de nuestro héroe, le eran en esta ocasion más necesarios que nunca, y los buscaba con más interés que la tierna madre al hijo perdido.

Creyendo que Toledo desconocia su negra intriga respecto de Melania, se hallaba tranquilo y satisfecho, sin que su conciencia se opusiera á convertir en instrumento suyo al hombre con quien acababa de ser tan ingrato, con quien estaba siendo ya perjuro.

No podia imaginar el buen prelado la tormenta que ya se cernia sobre su altiva frente.

Creia realizada la boda de su protegida con el hijo del poderoso Conde de Haro, la regencia con el voto de Hernando le era segura, y entreveia un porvenir con el que tanto tiempo soñó en los momentos críticos en que iba á rodar á la sima de la desgracia.

Su fiera conducta con D. Juan Alvarez de Toledo, con su

© Biblioteca Nacional de España

hijo Hernando, con Garci-Gomez despues y con tantos otros como sucumbieron á su ambicion, egoismo, fiereza y altanería, le estaban ya preparando el sudario de un sufrimiento donde debia envolverse poco á poco para sepultarse con él en la ancianidad.

Llegó la hora de la segunda asamblea, relativa al nombramiento de regente, Garci-Gomez no habia parecido, y dió principio el debate con más empeño y energía que el anterior. Pero se notaba que ambos contendientes se tenian miedo: á Villena le asustaba el talento y clase á que pertenecia su contrario, y el Arzobispo, que conocia bien los medios que habria sido capaz de emplear el enérgico y ambicioso Villena, se juzgaba débil en tan difícil lucha.

Perdieron otras seis horas sin que ninguno de ambos pidiera la votacion.

Volvieron á aplazarse para el dia siguiente, con ánimo cada cual de ganar más tiempo, y en el caso de no estar seguro ninguno del triunfo, transigir y ser ambos regentes, segun convinieron al principio de la conjuracion.

A los dos, sin embargo, humillaba esa idea; cada uno queria ser solo, y por lo tanto siguieron intrigando y ofreciendo hasta la mañana siguiente, en que casi á la vez les participaron algunos de sus respectivos parciales que Garci-Gomez habia llegado durante la noche seguido de numerosas huestes, las cuales encerraba en uno de los mejores alcázares de Madrid.

El Arzobispo tembló sin explicarse el motivo.

En cuanto al Marqués, creyó ver perdida su causa, apresurándose á pedir á Garci-Gomez una entrevista que aquel excusó con palabras corteses.

El prelado fué en persona á visitarle, pero Hernando habia previsto el caso, y uno de los gentiles-hombres contestó al Arzobispo que su señor estaba ausente y no volveria hasta despues de terminada la asamblea, segun dijo al partir.

Acuña tuvo que retirarse y esperar en su palacio el desenlace del misterio que encerraba el regreso de Garci-Gomez.

© Biblioteca Nacional de España

Y fué lo peor, que al entrar el Arzobispo en sus habitaciones le dijeron, que concluian de salir varios criados de aquel, llevándose cuanto tenía allí su amo.

El prelado cayó sobre un sillon, abrumado ya por el peso de una desgracia que instintivamente preveia.

El hombre en quien él fundaba su esperanza le iba á faltar en los momentos más críticos de su vida, en el acontecimiento más grande que intentó jamás; y no le era dable ofrecerle alcázares, que ya al parecer tenía, ni oro que le sobraba, ni la mano siquiera de la hermosa Melania, que dos dias ántes dió con ligereza suma al futuro señor de Vizcaya.

En tan triste situacion queda aguardando el acontecimiento del dia, que era la nueva faz con que el incomprensible Garci-Gomez se presenta al consejo supremo de grandes.

No almuerza D. Alonso aquel dia; dan las diez de la mañana, que es la hora de la cita, y se estremece.

Entra en el salon con paso lento y vacilante, mirada insegura, trémulo, en fin, y asustado.

El primero que acude es el Marqués de Villena, el cual se halla tan impaciente y desasosegado como el prelado; se miran los dos rivales, cambian un saludo y llega á la mente de ambos una idea agradable.

No notó ninguno que su contrario demostrase satisfaccion; han leido por la inversa en sus respectivos semblantes duda, vacilacion y ansiedad. Esto les tranquiliza algo, pero no les arranca un átomo de la desconfianza que cada cual tiene.

Pronto es interrumpido el estudio que cada uno hace con la llegada de Giron, el Almirante, Conde de Plasencia y demás grandes que van entrando con gran exactitud.

El consejo de aquel dia importa á todos mucho, y por esta causa se presentan á la hora en punto.

Hay en ellos la gravedad propia del acto á que van á dar principio y la que les impone la alta posicion social que tienen; al empezar se retrata en sus semblantes la impaciencia, y luégo que ha corrido la voz de la llegada de Garci-Gomez, de su nueva posicion y ejército que manda, cambia

© Biblioteca Nacional de España

la impaciencia que aparece en el rostro por una curiosidad que crece por momentos.

Han formado corros y hablan de Hernando, hasta que la campanilla de la presidencia les indica que es llegado el momento de la deliberacion.

Víctima D. Alonso de la incertidumbre y la ansiedad, anhela un desenlace de cuyo buen éxito duda, y ocupando la presidencia obliga á todos los reunidos allí á que ocupen sus puestos.

Sentados ya buscan desde el Arzobispo hasta el último la noble faz de Garci-Gomez, deteniéndose sus miradas en un sillon vacío, único que aguarda á su dueño.

Vacila el presidente, pero como ignora si la presencia de Garci-Gomez puede serle favorable ó funesta, abre la sesion, concediendo la palabra luégo á uno de los amigos de Villena, el cual ocupa media hora en exponer la conveniencia de que se nombre regente único del reino al Marqués.

Por vez tercera habla de la energía, talento, valor y gran prosapia de su candidato; aduce nuevas razones y termina recibiendo un aplauso por la mitad de los reunidos allí.

Le reemplaza en el uso de la palabra un parcial de Don Alonso, el cual, sin desmentir las excelencias supuestas á Villena, pretende sobreponer las del Arzobispo; pero está en la presente ocasion tan débil y torpe, que Carrillo y sus amigos tiemblan, creyendo que se ha pasado al enemigo.

Le reemplaza otro y tampoco llega á la altura que las circunstancias reclaman. ¡Cuánto sufre el prelado; qué orgulloso se presenta ahora Villena!

Un amigo del Marqués pide la votacion, y demostrando cansancio la mayoría de discusion tan larga y enojosa, recibe con muestras de asentimiento la proposicion.

El Arzobispo pierde hasta la vista.

El Marqués alza la frente ya con el orgullo del vencedor.

En este instante se oye una voz, y sigue á aquella un profundo silencio.

© Biblioteca Nacional de España

El ugier que está en una de las puertas del salon ha gritado simplemente:

—Garci-Gomez.

Y todas las miradas se han fijado en una cortina que se levanta para dar paso á nuestro jóven.

Aparece Hernando cubierto con su túnica de terciopelo morado, recamada de oro. Lleva en la mano la gorra con pluma blanca que sujeta un broche de brillantes, y su corta melena mejor rizada que nunca.

Entra sin excesiva gravedad; se inclina ante la presidencia y ocupa su puesto con naturalidad que nada indica á los dos rivales que con tanta ansia le miran en estos momentos.

El prelado recobra la vista y la esperanza; su salvacion está en los labios de Toledo; pero recuerda que le ha sido perjuro, que puede saberlo ya, y tiembla.

El Marqués, no leyendo nada en el rostro de Garci-Gomez, inclina la cabeza, como abrumado por un peso tan reciente como cruel.

Su confianza y orgullo han recibido un terrible golpe con la inusitada presencia de Toledo.

Acaba la tregua de dos minutos impuesta por la llegada de Hernando, y la mayoría pide unánime la votacion.

El Marqués y D. Alonso miran á Garci-Gomez; este exclama:

—Señores, si creeis necesario mi voto, suspended por un momento la ansiedad que demostrais; de lo contrario, como ignoro de lo que se trata, no podré emitirlo. Perdónenme la presidencia y todos mis dignos compañeros el indispensable uso que estoy haciendo sin permiso de la primera.

Calla Hernando, y un amigo íntimo suyo solicita hablar dentro de la cuestion que se debate. La presidencia le concede la palabra, y aquel dice:

—No se puede votar, señores, miéntras haya uno que tenga razones que poder aducir, y yo os voy á exponer muchas, entrando por primera vez en la cuestion.

Seguidamente extracta cuanto han dicho los amigos de Vi-

© Biblioteca Nacional de España

llena en pró de su candidato, y los del Arzobispo en favor del suyo, para deducir que siendo iguales las excelencias del uno y del otro deben ser los dos regentes ó ninguno.

Y concluye invitando á Garci-Gomez á que hable, toda vez que con ese objeto condensó en su discurso cuanto ha ocurrido, dando á la vez conocimiento pleno del asunto que se debate.

Todos ménos Villena y Giron ruegan á Garci-Gomez que hable, y este pide la palabra como accediendo al deseo general.

El presidente se apresura á concedérsela.

No hubo reunion en el mundo cuya mayoría demostrase más ansiedad que la presente.

Las frases de Hernando iban á decidir acaso una cuestion que debia elevar á regente del reino al Marqués ó al Arzobispo y á llover sobre los amigos del elegido nuevas grandezas, señoríos, rentas y cuanto la ambicion anhela; que eso y más les habian ofrecido los dos candidatos.

Cada uno pensaba en sí propio, en mejorar su porvenir, en elevarse sobre los demás; ninguno en la patria, ninguno en ese pobre pueblo que tanto há menester hasta de la caridad del magnate.

Nos hemos equivocado; pensaban en la patria, pensaban en el pueblo; pensaban escalar los altos puestos de la patria; pensaban explotar más y más al infeliz que trabaja, paga y suspira porque apénas le queda lo suficiente para comer con pobreza y vestir con miseria.

A pesar de la ley de progreso que se cumple, de lo mucho que se ha adelantado y de los siglos que van trascurridos, todavía por desgracia guardan algun parecido las reuniones de los magnates del siglo XV con las de los magnates del XIX. Nuestras asambleas modernas, consejos de altos funcionarios y otras muchas reuniones, se asimilan en la parte que es posible á las asambleas de los *patriotas* que conspiraron contra Enrique IV y á las de aquellos que le defendian.

El que quiera saber con entera exactitud la diferencia que existe entre el verdadero patriotismo de nuestros antiguos y

© Biblioteca Nacional de España

modernos magnates, que mida el adelanto, civilizacion y cultura de nuestro pueblo comparado con el de aquella época, y encontrará la identidad.

Se abusa y se continuará abusando del ignorante, del tonto, y aun cuando sea una maldad el abuso, es más torpe y funesto ser ignorante y tonto que ser malo, pues lo uno es la causa, lo otro el efecto, y sabido es que sin aquella no podria existir este.

En el siglo XIX empieza ya el pueblo á sublevarse y á pedir algo ménos de aquello á que instintivamente cree tener derecho. ¡Qué necedad! Que estudie, aprenda, se haga inteligente y no tendrá nada que pedir, puesto que siendo el dueño de todo nadie podrá quitarle nada, sabiendo defender lo suyo.

El que produce tiene derechos, el que no produce para nada sirve y á nada debe aspirar.

Esa es la síntesis del problema que un dia resolverá la inteligencia del pueblo.

Interin no puede hacerlo, miéntras siga pidiendo é insurreccionándose, tendrá párias que lo fusilen, magnates que lo exploten y monarcas que se lo coman.

Mas nos hemos extraviado un poco y es preciso volver á nuestra historia.

Hernando Alvarez de Toledo se pone en pié, y demostrando en su semblante una heróica resolucion comienza su discurso con pausa, meditando mucho lo que dice y con una tibieza que va poco á poco desapareciendo para presentar el calor, fuego y robustez propios de los conceptos y frases que salen á torrentes de sus labios.

Oigámosle un poco.

—Señores,—dice,—hay entre nosotros ricos y poderosos hombres que desean elevar á la regencia del reino al eminente y sabio señor Arzobispo de Toledo. Nada más digno y propio de nobles infanzones, teniendo en cuenta su prosapia, sabiduría, dotes de mando y respetable clase á que pertenece; otros, por el contrario, desean que ocupe tan alto puesto el Marqués de Villena. Tambien sería buena eleccion, fijándose

© Biblioteca Nacional de España

en los timbres de casa tan ilustre, en el poder de su representante y en la energía, habilidad y discrecion de que tenemos tan recientes pruebas. Pero como no se puede elegir á uno sin postergar al otro, hay quien en silencio opina que pudieran ser los dos, lo cual, á juzgar sólo sus grandes cualidades, era, en mi concepto, muy cuerdo y digno de nosotros. Porque sobre haber dos grandes inteligencias en la cúspide del poder, que á no dudarlo robustece el mando, desaparecerian las rivalidades y rencillas que pueden llevar sabe Dios dónde.

Calla Garci-Gomez, dando una ligera pausa á la primera parte de su discurso para hacer más patente la division de la segunda.

Don Alonso, que se creyó vencedor á las primeras frases de nuestro entendido jóven, queda ahora, como Villena y los restantes, confuso, casi aturdido y sin comprender el desenlace de aquella escena, en la que juzga con mucha razon y talento que van á jugar las dotes oratorias y todos los recursos intelectuales del sabio cuanto audaz orador.

Los reunidos allí han comprendido, sin excepcion, que Garci-Gomez acaricia un pensamiento que apoyan su envidiable ingenio, las muchas riquezas y poder de que ya hace alarde en su opulento alcázar, y con lo que es más terrible, con tantos jinetes y peones él sólo como reunen en Madrid cuantos están presentes.

Así es que se fijan en él casi todos con esa admiracion, no exenta de miedo, que precede á los grandes acontecimientos.

Pero oigamos la segunda parte de su discurso.

—Yo votaria, señores,—añade,—con mucho gusto al señor Arzobispo de Toledo, con placer al señor Marqués de Villena y con placer y gusto á los dos á la vez. Y esto lo haria olvidando la historia de un pobre jóven llamado Don Hernando Alvarez de Toledo, la de su infeliz padre, á quienes el señor de Carrillo no trató bien, á quienes el señor de Pacheco, con candidez femenil, defendió mal; verdad es que esa historia

© Biblioteca Nacional de España

está muy en armonía con cierta union celebrada en Soria despues de preso y aherrojado el alcaide de su alcázar señor de Luna.

Vuelve á callar Hernando y contempla con fria indiferencia las cabezas de D. Alonso y D. Juan Pacheco inclinadas al suelo, ínterin sus corazones no osaban palpitar, presa de horrible pavura.

En qué momentos tan críticos arrojaba Hernando sobre sus frentes todo el baldon y miseria á que se hicieron acreedores por dos de sus delitos.

La sola indicacion de ellos turba la razon de ambos; los presenta ruines, miserables, demostrando con la humilde actitud que ahora tienen, la verdad que encerraban las frases de Toledo.

Todos aparecen con la vista baja; los unos por humillacion, los restantes por vergüenza.

Alvarez de Toledo habia tardado dos años en empezarse á vengar, mejor dicho, en dar principio á la venganza que le inspiraron las ofensas hechas á su padre; pero á las primeras frases descomponia á sus enemigos, destrozando sus corazones sin piedad.

No deja que se enfríe la primera herida para hacer la segunda. Apénas ha envainado la espada cuando la saca de nuevo y arremete.

—Señores,—dice,—votaria á los dos para regentes de Castilla y de Leon, hasta prescindiendo de que en ninguna de nuestras asambleas nos hemos ocupado, ni aun por incidencia, de los medios que deben emplearse para remediar tanta desgracia y miseria como afligen al infortunado pueblo castellano, ni aun para evitar la degradacion en que yacen la nobleza, el clero y la plebe, ni aun para poner un dique á la sed de oro y riquezas que devora á todas las clases sociales y están produciendo más crímenes al dia que segundos tienen las veinticuatro horas. Yo los votaria, aun á trueque de dejar al reino humillado, perdido y en camino de llegar al caos. Tal es la alta idea que tengo de sus capacidades; tal es el respeto y aquies-

© Biblioteca Nacional de España

cencia que me merece todo lo que vosotros pensais, quereis y decidís. Pero no puedo votar á ninguno de ellos; pero no podeis ninguno de vosotros votarlos tampoco ni á otro alguno. Sin rey menor de edad no puede haber regente.

Las últimas frases de Hernando producen un murmullo que corta aquel con las siguientes:

—Conmigo viene la prueba de lo que acabo de decir, señores; yo nunca miento ni exajero; cuando aseguro una cosa es verdad, lo hago porque me consta su exactitud. Antes de venir aquí, sabiendo algo de la causa que os reunia y teniendo noticia de que el infante D. Alonso no queria ser rey, de que públicamente exclamaba que lo violentábamos y que su deseo era partir al lado de su madre, fuí á verle, le interrogué delante de cien caballeros que me sirven y de todos los que habia en el palacio del Marqués de Villena, y me contestó con voz firme, resolucion y á presencia de todos, lo siguiente:—«Yo no quiero ser rey; miente el que diga lo contrario; abusan de mi nombre, y me tienen preso porque saben que me escaparé en cuanto pueda. Yo aborrezco á mis tiranos, los ódio y me he de vengar cuando me sea dable de su inhumanidad para conmigo.»—Le pregunté por los nombres de los que le oprimen, de los que abusan de él, de los que quieren engañarle, y empezó por el Marqués de Villena para concluir por el último de nosotros. Aquí está su declaracion autorizada con su firma; léala el que guste, que la traigo para eso y para que la conozca despues el reino, si hay alguno de vosotros que se oponga al cumplimiento de la voluntad del que habeis elegido por rey y señor. En buen hora que destronásemos á Enrique IV por las causas que todo el mundo sabe; pero no tenemos derecho, nos es imposible imponer la corona y cetro á un príncipe que los rechaza, que no los quiere, que desea vivir junto á su madre y hermana sin otro título que el de infante de Castilla. Mis cien caballeros se quedaron á su lado; por rey le juré con vosotros, y su voluntad soberana se ha de cumplir, pese á quien pese. No vayais á creer que defiendo, quiero ó me he aliado con Enrique IV; sus vicios, debilidad é impotencia me siguen

© Biblioteca Nacional de España

inspirando el mismo desprecio. Pero eso no obsta para que yo cumpla con los deberes que me impone mi juramento ante el rey que hemos elegido. Mañana, señor Marqués de Villena, dejareis en libertad al infante D. Alonso; de lo contrario se la daremos los que juramos acatar su voluntad y no faltamos nunca á la fé empeñada.

—Sí.

—Sí.

Gritaron varios grandes.

—Esto ha concluido, señores,—exclamó Villena.—Mañana mandaré al infante con su madre, señor Garci-Gomez, puesto que no quiere reinar y no debemos obligarle. Doy por terminada la conjuracion y queda cada uno en actitud de seguir la bandera que guste.

Y salió de allí seguido de varios grandes.

Tambien partió Hernando, rodeado de seis.

Los restantes se quedaron con el Arzobispo.

De esta manera empezó el término de la gran conjuracion que tanto agitó tres años á Castilla para acabar por horrenda tragedia, segun veremos más adelante.

La alianza del Arzobispo con el heredero del Conde de Haro y el conato de boda entre este y Melania obligaron á Toledo á adelantar el tremendo golpe de muerte que acababa de dar á la conspiracion.

Al ver el perjurio de D. Alonso, no pudo su alma noble y generosa sufrir más y precipitó los acontecimientos. Felizmente se hallaba preparado y nada expuso con el adelanto.

Sabía cómo pensaba el infante, y ya en su poder el documento que enseñó á los de la asamblea, era imposible que el Marqués y el Arzobispo llevaran á cabo su intento aun cuando se hubieran unido. Todo lo que hicieran ya en adelante en favor de D. Alonso recaia en desprestigio de ellos, y sólo habrian conseguido levantar el reino contra los que tan cruelmente trataban al presunto rey.

Y por si eso no bastaba tenía Toledo más de seis mil hombres, varios grandes y la fuerza que á estos obedecia para ar-

© Biblioteca Nacional de España

rancar por la fuerza al prisionero que tan cuidadosamente retenia el Marqués.

Así lo comprendió Villena desde el primer instante y no se le pudo ocurrir por lo tanto luchar con un imposible.

Mas Hernando, desconociendo por una parte toda la maldad del Marqués y más atento á la defensa de la causa de Doña Isabel que á otro asunto cualquiera, dió lugar á que Villena cometiera un crímen inaudito, cuya noticia llegó hasta nosotros no obstante la reserva y precauciones de que fué rodeada.

Salió el Marqués de casa del Arzobispo, le preguntaron sus amigos qué intentaba, contestando sencillamente.

—Dejadme hoy que medite; id mañana á mi palacio y os diré lo que nos conviene á todos.

Y despidiéndose de ellos entró en su morada solo, triste y meditabundo.

Es indudable que agitaba ya á su cerebro la espantosa idea que realizó horas despues.

El Arzobispo quedó en su palacio víctima de un peso superior á sus fuerzas. ¡Cuánto habia sufrido aquel dia; qué de humillaciones, sonrojos y contrariedades!

Le preguntaron sus amigos y apénas sabía darse razon de su existencia.

Por último buscó el lecho viniendo á visitarle el médico, el cual lo halló con una fiebre tan alta que al principio temió por su vida.

En el delirio que siguió á su fuerte calentura decia continuamente:

—Perdonadme, Garci-Gomez; fuí perjuro, ingrato, desleal; pero os he admirado siempre, os quiero como á hijo... ¡Qué poderoso sois en talento, en audacia, en valor!.. ¡Perdóname!.. ¡Perdóname!

Aquello era sólo al principio; no podia él imaginar lo que iba á acontecerle con el cantorcillo de Alcalá!

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXII.

Empieza á arrancarse la careta Garci-Gomez.—Actitud del gran caudillo.—Sorpresa, confusion, la muerte.

Hemos dicho que Hernando salió del palacio arzobispal con seis grandes, los cuales le acompañaron hasta su casa; allí les dió algunas instrucciones, quedando sólo en su despacho.

Tenía asegurada la suerte de Melania, inútil por el pronto al Arzobispo, descompuestos los planes de Villena y destruida la conjuracion.

Enrique IV le debia en este momento el trono ó la seguridad al ménos de continuar reinando sin oposicion.

De las últimas noticias que habia recibido de Segovia resultaba que la infanta Doña Isabel no queria usurpar el trono á su hermano, por lo cual se habia concretado Hernando á aniquilar la conspiracion.

Suponia con fundamento que el Arzobispo se le iba á entregar por completo, y su pensamiento estaba ahora fijo en el Marqués de Villena. La ambicion y energía de este hombre no podian estar quietas mucho tiempo, algo debia intentar, y la mirada de Garci-Gomez estaba ya fija en él.

Dejó en el palacio de Pacheco cien caballeros que rodeaban al infante; al jefe de ellos escribió una carta participándo-

© Biblioteca Nacional de España

le lo acordado por la asamblea, á cuyo escrito le contestó aquel que ya Villena se lo habia participado á su régio prisionero, añadiendo que al dia siguiente quedaria libre, segun concluia de ofrecer á los grandes reunidos en el palacio del Arzobispo.

Esta contestacion satisfizo los deseos de Alvarez de Toledo, el cual trabajó el resto del dia, descansando por la noche.

A la mañana siguiente se le presenta uno de los caballeros que tenía en casa de Pacheco, diciéndole:

—Señor, el Marqués de Villena cenó anoche con el señor infante, varios grandes y algunos deudos. Y en la madrugada de hoy ha partido de Madrid con todos sus amigos, parciales y vasallos, dejando sólo una escolta para que acompañe al infante y algunos indivíduos de su servidumbre.

—¿Para dónde salió?

—No lo hemos podido averiguar. Nos han dicho de su parte únicamente que el señor infante quedaba en completa libertad.

—¿Teneis que decirme algo más?

—Sí, señor, el infante se halla enfermo.

—¿Qué tiene?

—Lo ignoro; pasó muy mala noche y sigue agravándose por instantes.

—Temo un crímen... Pero no comprendo qué se podian proponer... Partamos inmediatamente.

Hernando manda recado á sus amigos que les espera en el palacio del Marqués de Villena, y se adelanta él, pasando á la alcoba del enfermo, al cual reconoció detenidamente.

Despues asiste á una larga consulta con los dos mejores facultativos que existen en Madrid, adquiriendo el convencimiento de que el infante ha sido envenenado. Busca inútilmente pruebas de crímen tan horrible; no descubre al autor, pero queda persuadido que fué el Marqués de Villena. En la cena de la noche anterior salieron á la mesa dos solas truchas que comió el infante, por ser muy aficionado á ellas, y parecia indudable que estuvieran envenenadas.

© Biblioteca Nacional de España

No hallando nuestro entendido jóven las pruebas del delito que con tanta ansia busca, manda varios emisarios que participen á Doña Beatriz y á otros personajes el acontecimiento que está teniendo lugar, encargándoles averigüen sin tregua ni descanso lo que se propone Villena como consecuencia del crímen que acaba de cometer.

El infante murió dos dias despues; Toledo y sus amigos no le abandonaron, haciendo luégo á sus restos mortales las honras á que era acreedor D. Alonso por su elevada clase.

De este modo terminó la vida de aquel desgraciado jóven, sacrificado por su hermano D. Enrique, que cometió la inhumana torpeza de entregárselo al fiero y ambicioso Marqués de Villena.

El crímen que causó su muerte fué muy meditado y dispuesto con tales precauciones que jamás se logró una prueba evidente de quiénes fueron sus autores; pero estaba en la conciencia de todos que lo dispuso el Marqués, y la opinion pública lo marcó con el estigma del homicida.

¿Qué efecto causó en el rey aquella terrible desgracia? Estaba Villena á su lado cuando se la participaron, la primera impresion fué desagradable, pero aconsejado por el Marqués empezó á ver un estorbo ménos en su reinado y muy pronto se consoló, sin que se le ocurriera por un momento dar crédito á las sospechas de asesinato que el público murmuraba, ni dispuso averiguacion alguna que pusiera en claro la verdad.

Don Alonso era hijo de su mismo padre, era su hermano menor; nunca quiso reinar, ni fué otra cosa que un prisionero de los conjurados; mas D. Enrique era monarca, tenía por lo tanto más deseo de mando que caridad en su alma, é hizo lo que le convenia no lo que la justicia y rectitud imponen ni lo que aconseja el amor fraternal, que suele verse en la cabaña, pero rara vez mora en ciertos palacios.

Sepamos ahora qué se habia propuesto Villena con la muerte de aquel príncipe y qué hacía al lado del débil monarca que aún toleraba su presencia y le llamaba amigo, despues de haberse rebelado contra él de la manera más inícua.

© Biblioteca Nacional de España

Ya vimos que Garci-Gomez destruyó por completo la conjuracion en el último consejo celebrado por los conspiradores en Madrid.

Este acontecimiento dividió considerablemente las fuerzas de que disponian aquellos: con el Marqués de Villena se fué una tercera parte; otros tantos se quedaron con el Arzobispo de Toledo, y del último tercio disponia Hernando Alvarez de Toledo. Los grandes que seguian á Pacheco no sabian qué pensaba el Marqués ni el asesinato que aquel realizó; mas le siguieron en alas de su desmedida ambicion, creyendo que Villena lograria cerca del monarca la influencia necesaria para enriquecerlos y colmarlos de honores.

Los que se quedaron con el Arzobispo pensaban que un hombre del talento y poder del prelado ántes ó despues podria elevarlos más, y le seguian sin otro móvil que el parecido ó idéntico al que animaba á los partidarios de Villena.

Pero ni los unos ni los otros leian en el porvenir ni les era dado adivinar qué suerte les reservaba el destino.

Por el contrario los de Garci-Gomez, que eran los ménos ambiciosos y desleales, comprendieron lo que Hernando se propuso al destruir la conjuracion, qué era y qué iba á ser de ellos si la suerte les ayudaba un poco en sus justas pretensiones. Conocian por lo tanto perfectamente su pasado, presente y no dudaban del porvenir.

La muerte del infante D. Alonso barrió un estorbo en el reinado de Enrique IV: mas al partido de Garci-Gomez le quitó un verdadero inconveniente, una rémora que hubiera podido muy bien, de continuar existiendo, nublar el horizonte cuya claridad empezaban á distinguir.

Garci-Gomez y sus amigos dispusieron, segun dijimos ántes, las honras á que eran acreedores los restos del infante, y se quedaron en Madrid. El primero aguardaba instrucciones y noticias de Doña Beatriz, y sus amigos las órdenes de aquel.

Seguia Toledo habitando su magnífico palacio, y le rodeaba la mucha fuerza que habia acumulado en él.

Al octavo dia de haber muerto el infante recibió Garci-

© Biblioteca Nacional de España

Gomez los escritos que esperaba de la corte, y horas despues el anuncio de que iba á pasar á visitarlo el señor Arzobispo de Toledo. Estaban sin verse hacía dos semanas, no obstante continuar ambos en la misma poblacion.

A las cuatro de la tarde se presentó el prelado en el palacio de Garci-Gomez precedido de pajes y entre numerosa escolta de caballeros. Ya en el opulento edificio dejó su séquito Carrillo en un salon y pasó al estrado, en cuyo centro le aguardaba, sin acompañamiento alguno, Hernando Alvarez de Toledo.

Ambos cambiaron un saludo grave y luégo una profunda mirada. Ya no habia entre ellos protector ni protegido; eran dos potencias, muy superior en el fondo la del anteriormente supuesto favorito.

Toledo indicó un sillon á D. Alonso; pero este, sin hacer alto en aquel signo, exclamó con ira mal disimulada:

—Puesto que de caballero blasonais, vengo, señor Garci-Gomez, á exigiros estrecha cuenta de la conducta que habeis observado en Alcalá de Henares hace pocos dias y cuando aún suponíais obedecer mis órdenes.

—Soy noble y caballero, D. Alonso, y no adquirí la costumbre, sin excepcion alguna, de negarme á dar cuenta de mis actos, siempre que tenga títulos para ello el que me la pida.

—Vos podeis juzgar si me asisten ó no.

—Quiero ser tan complaciente con vos, en estos instantes en que honrais mi casa y me haceis la merced de tratarme de igual á igual, que en vez de pesar la fuerza de vuestro derecho, la doy por buena y me dispongo á ofreceros cuantas satisfacciones me pidais sin excusar frase ni desdeñar terreno.

—Decidme entónces qué ha ocurrido en el castillo de Melania, qué parte habeis tomado en el cambio efectuado allí.

—Con mucho gusto; me hallo enterado perfectamente y voy á complaceros; pero ántes debo y quiero recordaros un juramento que conservo de vos: Juro, dijísteis, concederos la mano de mi protegida Doña Melania, añadiendo que no podríais ofrecerla á ningun otro. ¿Recordais vuestras frases?

© Biblioteca Nacional de España

—Sí.

—Empezad, señor Arzobispo, por darme cuenta de si habeis ó no cumplido las obligaciones que os imponia tan sagrado compromiso.

Nada contesta D. Alonso; inclinada su cabeza, medita, al parecer; siendo la verdad que habia caido abrumado bajo el peso de un perjurio que no tenía defensa posible.

Hernando no quiere prolongar aquella escena, y añade:

—Ya que os encerrais en el silencio, porque no es posible defender una conducta que juzgaria criminal el hombre de ménos conciencia, os voy á referir con pocas frases lo que hicísteis, lo que yo realicé despues, y en mi sucinta explicacion hallareis aclarado el problema cuya solucion venís á buscar. A pesar del compromiso que teníais conmigo, ofrecísteis la mano de Melania al hijo del Conde de Haro, y fingiendo cosa muy diferente os fuísteis á Alcalá, resuelto á unir á aquel ángel con hombre que ella no queria, que no podia amar, pero que era futuro grande del reino é hijo y heredero de un conde rico y poderoso. Para nada tuvísteis en cuenta la felicidad ni la desgracia de Melania; su mal tutor.....

—¡Garci-Gomez!

—Un tutor egoista y descorazonado no hubiera podido obrar de otro modo. Pero á bien que lo supe yo á tiempo, os tendí la red, caísteis en ella, y para abreviar os diré que el hijo de Haro fué preso y conducido al hogar paterno, donde lo retiene el el autor de sus dias hasta que yo disponga otra cosa. En cuanto á vos, eminente señor, arrancado por mí de Alcalá, vinísteis á Madrid, donde hallásteis un caos y en él la destruccion completa de la gran conspiracion fraguada por el Marqués de Villena y por vos, sin que al terminar os quedara una sola ilusion de aquellos hermosos castillos que edificásteis al aire; la regencia, el trono, manto real y poderío quedaron desechos al soplo de vuestro perjurio, D. Alonso. ¿Queríais saber algo más?

—¡Tuvísteis poder para aprisionar al hijo del Conde de Haro, luégo para encarcelarlo en el hogar paterno, despues para

© Biblioteca Nacional de España

destruir la conspiracion más grande que presenciaron los mortales!

—Para más que eso todavía; arranqué al poderoso Arzobispo de Toledo su protegida Melania, entregándosela á Don Juan Alvarez de Toledo, al protegido de mi tio, al hombre que más os debe odiar en el mundo, y al que no bastarian para quitársela todos vuestros tesoros y la sangre de cuantos os obedecen en Castilla y Leon.

—Ya lo sé tambien, y esa era la causa principal que aquí me trajo.

—Ahora estoy seguro de unirme á ella cuando sea grande, porque los juramentos de D. Juan Alvarez de Toledo y de Doña Melania son tan seguros, tan ciertos como la bondad de Dios.

—¡Y disponiendo de tanto poder, de tan gran talento, de ingenio tan maravilloso me servíais! No; vos, Garci-Gomez, estoy seguro que fuísteis á mi palacio con fin siniestro, con intenciones malévolas.

—Teneis razon; yo fuí el que entregó á Padilla, el que dejé que lo asesinaran, y yo he sido ahora el perjuro, ¿es cierto? Si estais satisfecho de vos, me declaro culpable; os nombro juez y me avengo á sufrir el castigo á que me condeneis; pero si vuestra conciencia no está tranquila como la mia, si su terrible aguijon os lacera el alma, entónces habreis de resignaros, D. Alonso, con que vengue D. Juan Alvarez de Toledo lo que injustamente le hicísteis padecer en su prision y el amargo llanto que vertió por su infortunado hijo; habreis de sufrir además el que yo os haya tratado como perjuro, y las consecuencias, que hoy son muy graves, señor Arzobispo, tan graves que no me atrevo á decíroslas.

—¿Os referís, Garci-Gomez, al poco número de grandes que me obedecen y á los muchos que se subordinan á vuestra voluntad?

—No; los que están conmigo nada intentan contra vos, creedlo; me refiero á lo que hace vuestro implacable enemigo el Marqués de Villena y cuantos están á sus órdenes, in-

© Biblioteca Nacional de España

cluso el rey D. Enrique IV, de cuya voluntad dispone Pacheco con más seguridad que nunca.

—¿Mejor que yo sabeis lo que pasa en la corte?

—Mucho mejor; tengo amigos allí tan excelentes, que me enteran de cuanto ocurre con pasmosas exactitud y velocidad.

—Vos no sois aficionado á la mentira.

—La ódio como al malvado.

—¿Y qué hace el Marqués, señor Garci-Gomez?

—Os van á estremecer mis noticias, D. Alonso.

—No importa; las oiré con gusto.

—Lo dudo; pero en fin, puesto que lo quereis, sea: Villena, que sabe mucho más que Enrique IV y es tan astuto como vos, engañó al rey, diciéndole que se pasaba á su partido, para luchar contra vos y cuantos supone que os obedecemos. Refuerzo tan gigantesco no podia ser desairado por el débil monarca y lo aceptó, seguro de continuar reinando tranquilamente, dando por hecho que con sus aliados y los de Villena bastan para aplastarnos, si cometiéramos la imprudencia de continuar rebelados. Mas ya sabeis que Pacheco no sirve á nadie de balde, y en verdad que en la ocasion presente estuvo más hábil y afortunado que nunca: no ha perdido nada, al parecer; con su generosidad logró dominar al rey por completo, esto le asegura el presente, y la boda de la infanta Isabel con D. Pedro Giron le responden del porvenir.

—¡Qué estais diciendo! ¿La infanta se casa con un grande?.. Eso es imposible.

—Yo creí que lo sabíais.

—Nadie me lo dijo sino vos, y lo dudo.

—Haceis mal; yo, que nunca falto á la verdad, os juro que está esa boda contratada y que quieren realizarla con la brevedad posible.

—¡La infanta y Giron!

—¿Qué os admira? ¿No es el novio deudo de Villena? ¿No lo domina este? Pues unido á Doña Isabel, manda ahora Pacheco en nombre del débil Enrique IV, y cuando se muera el monarca ó lo maten seguirá gobernando el Marqués á nombre

© Biblioteca Nacional de España

de Doña Isabel y de su pariente D. Pedro. Os repito que sabe mucho Villena y que estuvo en la ocasion presente muy hábil y afortunado.

—Ahora comprendo la causa que le inspiró el envenenamiento del infante D. Alonso. ¡Oh, me horroriza la cadena de crímenes que preveo!

—Son producto legítimo, D. Alonso, de la torpe ambicion, de la insaciable sed de mando.

—No me las arrojeis al rostro, Garci-Gomez; si yo las tuve fuí en cambio incapaz de cometer esa clase de crímenes.

—¡Os contesta por mí el eco terrorífico de Hernando Alvarez de Toledo, que gritaba en su negra mazmorra!..

—¡Basta; no me lo recordeis!.. Aquello fué otra cosa; ese acontecimiento es muy diferente, y tened presente que Hernando se suicidó.

—Sí, momentos ántes de que el verdugo segara su cabeza, en virtud de la órden que le disteis.

—Aun cuando así fuera, con la muerte de Toledo no me propuse, como Villena, adquirir poder ni riquezas.

—Cierto; vuestra ambicion iba más allá todavía; con la muerte de Hernando podiais ofrecer una grandeza más á vuestra hija... adoptiva, Melania.

—Nunca os juzgué tan cruel, tan fiero.

—Será con vos, porque yo no quise herir, ni aun sobrándome motivo, á mis más encarnizados enemigos. Recordad lo que hice con los bandidos de Guadarrama, con Enrique Giron y con tantos otros de que teneis noticia.

—¡Sólo conmigo!

—Jamás atentaré contra vuestra existencia; creedlo, Don Alonso.

—¿Y qué importa que respeteis mis carnes si envenenais mi espíritu?

—No hay causa sin efecto; se puede perdonar al malvado, pero al perjuro!..

—No tuvo consecuencias funestas para vos mi falta; y el que de tan generoso blasona debiera ser conmigo ménos cruel.

© Biblioteca Nacional de España

—Si lo quereis, transigiré con vos, siempre que nos concretemos al porvenir; lo pasado y lo presente hay que dejarlo tal como ha sido y es, pues mi generosidad no alcanzó nunca á deshacer lo que una vez dí por terminado.

—No os comprendo bien, Garci-Gomez, mas acepto de vos esa transacion. ¿Lo entendeis? De vos, porque con los demás mortales no supe transigir. Ignoro la causa, pero es lo cierto que á mi pesar y contradiciendo todos los actos de mi vida, mis pensamientos é ideas, me siento subyugado siempre por vos; yo, que fuí altanero con los reyes y avasallador para los grandes, dudo, vacilo y hasta sucumbo ante vos, simple caballero.

—Consiste, eminente señor, en que no hay accion mia que no lleve el sello de la estricta justicia, de una nobleza de alma que impone y domina hasta en la mansion del crímen. Perdonad la inmodestia en obsequio á la verdad.

—Hay algo más que eso, Garci-Gomez; vuestro talento, vuestra sabiduría en época de tanta ignorancia deben admirar á un hombre como yo. Porque este opulento palacio, los quinientos caballeros que os obedecen, las muchas y aguerridas huestes que teneis y los grandes que os siguen, todo es efecto de vuestro talento irresistible.

—No conoceis bien, D. Alonso, el poder que yo tengo; os habeis apercibido de la centésima parte; algun dia os convencereis de esta verdad.

—Me complace saberlo, puesto que ahora vamos á ser dos verdaderos amigos.

—Veamos si es posible. ¿Qué me pedís?

—Dos cosas únicamente: la tutela de Melania y que me ayudeis á destruir los planes de Villena.

—Lo primero es imposible, D. Alonso; ¿quién arranca al grande de Aragon, al poderoso D. Juan Alvarez de Toledo la casta, la pura y celestial vírgen que tanto amó á su hijo, que tanto sufrió por él?

—Vos únicamente.

—Es tarde, señor Arzobispo; Melania ha seducido con su

© Biblioteca Nacional de España

talento, gracias y mil encantos al noble D. Juan, este ve en ella una hija querida, el único sér que puede llenar el hueco que dejó en su alma Hernando, y yo no intentaria quitársela á caballero tan cumplido, á hombre que jamás faltó á su palabra; ni lo lograra tampoco, aun cuando yo quisiera lo contrario. Eso pertenece al pasado, y ya os he dicho que nuestra transaccion empieza en aquello que se refiera solamente al porvenir.

—¡Y he de morir sin verla, sin contemplar su rostro de querube, sin recibir sus caricias!..

—Eso no; la vereis cuanto os plazca en el momento que sea mi esposa. No me han de ofender los halagos que os prodigue; sé lo que es para vos, D. Alonso; conozco á su padre!..

—Casaos mañana con ella, yo os autorizo...

—No prosigais. Puesto que así lo quisísteis y yo lo juré, no he de unirme á Melania hasta que sea grande de Castilla.

—Yo os levanto el juramento.

—Yo no, y tengo en mucho más mi permiso que el vuestro.

—¡Y cuándo vais á ser grande en la situacion á que los acontecimientos nos han llevado!

—En el momento en que ocupe el trono de Castilla Doña Isabel I. No tiene más rivales que la débil y cortísima vida de su hermano Enrique, y la Beltraneja, que ha de pesar muy poco en la balanza de las probabilidades, señor Arzobispo.

—¿Conoceis acaso á la infanta Doña Isabel?

—Puedo contestaros á esa pregunta, y por Dios que me alegro lo indecible, D. Alonso. Arráncome pues la careta á medias, ya que el destino injusto no me permite quitármela por completo. Me vais á ver media faz, sólo media, y haga el cielo que pronto os pueda enseñar la otra mitad.

—¡Qué misterio, santo Dios!

—Vuestra desmedida ambicion, las conjuraciones y otras causas, motivan estos misterios, señor Arzobispo.

—Descubrios, por la Vírgen, esa mitad de cara, que ya ardo en deseos de contemplarla.

© Biblioteca Nacional de España

—Fijaos bien en ella, D. Alonso, y vereis que tiene la vida y el poder, y que la acompaña tambien la muerte.

—No me asustais; quitad la media careta.

—Me habeis preguntado si conozco á la infanta; os contesto que sí, y añado, que soy su primer caudillo desde ántes de visitaros por primera vez en Avila. Jefe de una conspiracion más hábil y poderosa que la vuestra, no hay pueblo en España, entendedlo bien, en España, en que yo no tenga asociados, ni palacio y castillo en que no mande. Cuando comeis, siempre hay en torno de vos alguno cuya vida me pertenece; cuando dormís, no está léjos, acaso escucha vuestra respiracion el conjurado que, si yo se lo mandara, atravesaria vuestro pecho sin la menor vacilacion. En los caminos, en la selva, en los montes, no hay, en fin, rincon de Castilla y Leon donde no se me obedezca. Y sabed además que no existe en esta vasta conspiracion más consejo, director ni jefe que yo. Desde Isabel, que será primera, hasta el último cuadrillero del reino, todos me obedecen con ciega sumision. Me quité la media careta.

—¡Jesús, lo que acabo de saber!

—¿Os espanta, señor prelado?

—No, me horroriza.

—Lleva mi media faz, ya os lo dije, la vida y el poder, el exterminio y la muerte; no lo olvideis.

—¡Luégo no habeis conspirado con nosotros!

—Nunca; fuí un peso que equilibraba la balanza: unas veces favorecia á Enrique IV, otras á vosotros; de esa manera os desprestigiaba, contribuyendo á vuestro mútua destruccion.

—¡Y me lo decís, y lo averiguo cuando sois más poderoso que yo!

—No llega la hidalguía de nadie, D. Alonso, hasta el extremo de dar voluntariamente á su verdugo vida, hacienda, y las haciendas y vidas de sus amigos. Supe conspirar mejor que vosotros, y eso es todo.

—¡Y yo, autor de la conjuracion más grande que existió en Castilla, segun nuestra creencia, llevé á ella inconsciente

© Biblioteca Nacional de España

su propia destruccion al daros voz y voto en el consejo; yo, á quien creian el más sabio y entendido, fuí con todos mis compañeros y un inmenso ejército juguete de una imaginacion meridional!

—No tan meridional como creeis, D. Alonso, ni vuestra proteccion recaia en el simple partidario de una causa. Cuando me presenté á vos por primera vez, era ya el jefe del gran partido que ha de salvar á Castilla y Leon del caos á que vosotros los llevásteis, que ha de destruir el poder musulman en España y ha de unir para siempre los pedazos en que quedó dividida la antigua Iberia á consecuencia de la catástrofe de Guadalete.

Abreviemos: despues de un debate de tres horas, D. Alonso Carrillo de Acuña se rindió á discrecion, quedando él y los grandes que le obedecian convertidos en satélites de Garci-Gomez.

Todo lo aceptó el prelado con tal de vengarse de Villena y destruir la influencia futura del Marqués en los asuntos del reino.

Jamás el gran talento de Hernando, su profunda sagacidad y conocimiento del corazon humano jugaron con el brillante éxito que en la ocasion presente.

El Arzobispo terminó por estrecharlo, y entre plácemes y felicitaciones colmó de elogios su ingenio, noble intencion, actividad, energía y disimulo.

Toledo le habló despues de la infanta, de su proyectado enlace con el príncipe de Aragon, enterándole, por último, de cuanto debia saber ó convenia á sus intentos que supiera.

Más tarde trazaron plan respecto á la conducta que debia observar el prelado en la nueva conspiracion en pro de la infanta Isabel, á que daba principio, y ambos se despidieron como dos íntimos amigos, al parecer.

Don Alonso salió decidido á cumplir los compromisos que concluia de contraer con Garci-Gomez.

Hernando, impasible, frio como una estátua, encaminaba

© Biblioteca Nacional de España

al prelado hácia el mejor éxito de la causa de Doña Isabel y á la venganza por lo que con él y su padre y Melania y otros habia hecho Acuña.

Pero en esta venganza terrible y cruel como el amargo dolor, iba cierta y segura la modificacion del prelado. Lo condenaba Toledo á sufrir mucho, pero aquel sufrimiento debia ser el agua que purificase su espíritu y lo elevara y engrandeciese, como veremos más adelante.

Bien necesitaba aquel espíritu rebelde y ambicioso el agua del sufrimiento y la depuracion; y su ardiente y poderosa imaginacion, la calma y el sosiego de un retiro que lo entregase á la meditacion y aislamiento indispensables para contener y apagar las borrascas de su alma.

Todo eso debe hallarlo, por más que lo conduzca al principio á la espantosa desesperacion.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIII.

Empieza la resurreccion de D. Lope de Padilla.—Consecuencias funestas.—El instinto de venganza está en los séres humanos á la altura de la elevacion de su espíritu.

Cinco dias despues de aquel en que Garci-Gomez celebró su entrevista con el Arzobispo, se hallaba nuestro jóven en su cámara de escribir, arrellanado en el sillon y presa su espíritu, al parecer, de una meditacion profunda.

A intervalos aparecian en su frente unas sombras que bosquejaban la contrariedad de ideas agolpadas ordenadamente en aquel privilegiado cerebro.

Por fin adoptó Hernando una resolucion decisiva, y oprimiendo un timbre, dijo al paje que asomó por entre las cortinas su tímida faz:

—Don Lope de Padilla estará aguardando mis órdenes; que venga cuando guste.

Tres minutos despues entraba el segundo de Garci-Gomez, grave, taciturno, pero con el respeto que debia á su eminente jefe.

Llevaba el traje que á su clase de caballero correspondia, pero ocultaba parte de su rostro con una espesísima barba, tan negra como los pensamientos que há muchos dias dominaban su mente.

© Biblioteca Nacional de España

Al verlo Toledo se fija en él con interés no exento de temor, y despues de devolverle el cortés saludo que aquel le hizo, exclama:

—Bien venido, D. Lope; sentaos cerca de mí, lo más cerca posible, pues vamos á ocuparnos de asuntos muy importantes.

—Os obedezco, señor.

Le contesta Padilla y quedan frente á frente, á media vara de distancia.

—Noto,—añade Garci-Gomez,—que estais triste y como pesaroso, cuando todos sonreimos ante el futuro triunfo de la santa causa que defendemos.

—Tambien á mí me complace, D. Hernando, las seguridades que el porvenir nos ofrece; tambien aplaudo con entusiasmo indescriptible el génio del héroe que nos dirige, encamina y descorre con su potente diestra el velo de lo futuro; pero...

—Seguid, D. Lope.

—Pero soy muy desgraciado.

—¿Por qué, amigo mio?

—Viven mis asesinos D. Pedro Giron y el Marqués de Villena, sigo ocultando mi faz con espesa barba, mi madre y hermana visten luto por mi fingida muerte, mi amada llora, el tiempo corre, y aun cuando me ofrecísteis entregarme á Villena y á Giron, no parece que llega el venturoso dia de la venganza.

—¿Cuánto tiempo há que aguardais, Padilla?

—Más de un año, bastante más.

—Cuatro ó cinco espero yo, me es dado confundir á mis enemigos con sólo decir quiero, y no me impaciento, aguardando con calma y tranquilidad el dia de la expiacion, que aún ignoro cuándo ha de llegar.

—Vos sois mi jefe, señor de Toledo, el caudillo, el héroe, el génio, y no puede pedírseme á mí la grandeza de alma que el destino me negó.

—Si fuérais comedido, prudente y os conformáseis con lo justo, acaso mañana mismo...

© Biblioteca Nacional de España

—¿Podria vengarme?

—Sí.

—Hablad; dispuesto estoy.

—Sentaos. ¿A qué viene esa viveza? Si perdeis la calma desaparecerán la prudencia y el comedimiento, en cuyo caso no hay venganza, D. Lope.

—La tendré; todo con tal de que...

—Lo comprendo, y os cumpliré mi palabra si os contemplo sereno, frio, impávido.

—Procuraré imitaros en cuanto me sea posible.

—¡Ah, ingrato, os quejais cuando la fortuna os sonríe y el destino se pone de vuestra parte!

—Como yo ignoraba eso...

—Cumplísteis admirablemente vuestra mision cerca del Conde de Haro, señor de Vizcaya, al entregarle su hijo y dejarlo completamente inútil para que pueda molestarnos en lo sucesivo. Veamos si obrais lo mismo al desempeñar otro encargo más difícil aún, más complicado y mucho más expuesto.

—Hablad.

—Vuestro viaje al palacio de Haro os ha impedido saber muchas cosas, y de algunas os voy á enterar en este momento. Oid la más importante: el rey ha pactado con el Marqués de Villena la union de su amigo y pariente D. Pedro Giron con la infanta Isabel.

—¡Qué disparate!

—Pues es ya un hecho.

—Pero vos lo impedireis.

—Sí; ya caminan hácia Ocaña, donde la infanta está, fuerzas numerosas por un lado, y por otro el Arzobispo de Toledo y grandes aliados suyos que la protegerán contra pretension tan contraria á nuestros planes, á la conveniencia y al brillante porvenir de nuestra patria. Pero no debemos rebelarnos contra Enrique IV, y si bien procuro evitar una sorpresa, no entra en mi plan prolongar mucho tiempo una actitud amenazadora que podia disgustar al rey. Deseo, por lo tanto, que salgais á recibir á D. Pedro Giron y os entendais con él.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ah! ¡Gracias á Dios que llegó la hora!

—Lo decís de un modo...

—No, sencillamente. ¿En dónde lo encontraré?

—¿Estais frio, sereno?..

—Ya lo veis; vuestra noticia me ha tranquilizado como no os es fácil suponer.

—Siendo así os diré que D. Pedro Giron abandonó ya sus estados y se dirige al encuentro de Enrique IV y del Marqués de Villena, que van á Andalucía con objeto de pacificar aquel reino é impedir que los moros continúen sus atrevidas escursiones por el terreno castellano.

—Entónces debo salir muy pronto.

—Os doy dos horas para que arregleis vuestros asuntos.

—Admirable; con una tengo de sobra. ¿Qué instrucciones?..

—Os acompañan cuatro grandes, veinte caballeros y esos quinientos jinetes que vos mandais despues que yo, con los cuales basta para abrirse paso por medio del ejército más aguerrido.

—¿Para qué tanta gente, D. Hernando?

—Por si necesitais de ella. Es preferible que os sobren cuatrocientos soldados á que os falte uno.

—Muy bien; eso en cuanto á Giron; pero no os olvideis, amigo y señor, que tambien el Marqués de Villena me fué ofrecido por vos.

—Primero Giron, luégo Pacheco.

—¿Inmediatamente despues del uno el otro?

—Inmediatamente.

—Siempre estais sublime, pero esta mañana, Garci-Gomez se sobrepuso á Alvarez de Toledo.

—Padilla, ántes de procurar esta entrevista con vos, he meditado mucho en sus consecuencias, y en verdad que me he violentado mucho, que sufrí lo que no podeis imaginar al aceptarlas tal como naturalmente han de sobrevenir. ¡Va á correr sangre humana! ¡Acaso perezcan dos grandes de Castilla, y léjos de poder evitarlo, me impone el destino la obliga-

© Biblioteca Nacional de España

cion de dirigir y empujar tan crueles acontecimientos! ¡Oh, no dormí anoche, D. Lope, y creo que ahora tengo fiebre! ¡A vos, que me conoceis, os es dado apreciar mi sufrimiento al ordenar la muerte de un hombre, odiando ese acto como crímen espantoso!

—Pero si no puede ser otra cosa, D. Hernando.

—Eso no obsta para que yo lo sienta, Padilla.

—Son asesinos, Garci-Gomez.

—¡Qué me importa á mí eso! Son hijos de Dios, ignorantes, y sus torpezas dignas de compasion... En fin, abreviemos, porque aun cuando ese mal va á evitar mayores males, es un mal y yo quisiera decretar siempre el bien. Con esto quiero deciros, D. Lope, que perdereis mi amistad, mi afecto y jamás volvereis á verme, si intentais algo más de lo que os prescribo en estas instrucciones, cuyo exacto cumplimiento os impongo como jefe, os ruego como amigo.

—No faltaré á ellas, descuidad; á tanto precio no quiero nada en el mundo; vuestra amistad, vuestro afecto... ¡Bah! por no perderlos sería yo capaz de estrechar las manos de Giron y de Villena ó sea de mis verdugos.

—Así os quiero, amigo mio; ántes que vengativo y que hombre, noble, generoso, agradecido y caballero.

—A vuestro lado no es posible ser otra cosa, Garci-Gomez; me enseñásteis en el arte de la esgrima veinte estocadas y treinta quites, con los cuales es difícil que me hiera un hombre, es fácil matar á mi enemigo; pero á la vez sembrásteis en mi alma una moral que enerva el brazo y hace inútil el estudio de esas estocadas y quites.

—En la presente ocasion, D. Lope, os pueden ser necesarios, y por si llegaba ese terrible caso os las enseñé. Oidme ahora. Siguiendo fielmente, como lo hareis, el itinerario que os trazo en esas instrucciones, hallareis en una venta ó posada á D. Pedro Giron, seguido de una escolta elegante pero reducida. Llegareis minutos despues que él, alzais la visera del casco, y ántes que salga de su sorpresa le pedís cuenta del asesinato que intentó cometer con vos, leyéndole á la vez las

© Biblioteca Nacional de España

dos cartas en que mandaba á su hermano que me matase. Si no basta eso, vuestro guante puede tocar la epidermis de su rostro, y en último caso á él y cuantos le acompañen los cogeis prisioneros sumergiéndolos en el calabozo del castillo más próximo, que es el de mi primo el Conde de Alba. A todo esto habreis rodeado la venta para que no pueda huir uno sólo de los que le acompañan.

—Comprendo.

—Pero si acepta el duelo, como creo, como es lo seguro, no le concedais ni un solo minuto de tregua, porque es avisado y podria evadirse. Y ya en el campo no lo atormenteis con ensañamiento cruel. Llevais casco y sobrevesta con ropilla debajo para que él se presente lo mismo, y echaos á fondo cuando os lo permita su primer descuido ó aturdimiento. Serenidad, D. Lope, sangre fria; muere siempre el que se aturde...

—No os molesteis, señor, imitaré á mi maestro Hernando.

—En las instrucciones encontrareis los medios de que la gente que tan mal lo ha de defender levante acta de haber muerto su señor de enfermedad repentina. A este fin procurais que todos ellos presencien el duelo, vean lo igual del combate y deduzcan de él la conveniencia de declarar á todo el mundo que falleció de muerte natural.

—¿Luégo podré presentarme como D. Lope de Padilla?

—Desde este instante volveis á ser ante todos mi segundo; haceos quitar la barba, usando sólo vuestros bigotes y perilla.

—¿Qué hago despues que haya muerto Giron?

—Acompañais sus restos hasta la proximidad de la poblacion inmediata, y luégo vais al camino de Andalucía, esperando en la ciudad que os marco en las instrucciones la llegada de D. Enrique IV. Uno de nuestros amigos que siguen al rey os presentará al monarca cuando este se halle rodeado de toda su corte, entre la que descollará la orgullosa figura del Marqués de Villena. Ya en medio de ellos sacais de la escarcela el escrito que acompaña á esas instrucciones y se lo leeis al monarca en nombre mio, vuestro, de los cuatro grandes que os acompañan y de algunos otros que tambien lo han firmado.

© Biblioteca Nacional de España

Es una acusacion terrible, en la cual están detallados todos los hechos del Marqués de Villena durante la conspiracion contra el rey, lo que hizo contra mí, contra vos, contra el Alcaide de Soria al arrancarle su sobrina la Condesa de Santistéban, concluyendo con una informacion, cuya lectura puede llevar al convencimiento del más incrédulo, que Pacheco fué el asesino del infante D. Alonso. Como al Marqués no es fácil encontrarlo en una posada, segun hallareis á su deudo Giron, ni seguido de pequeña escolta, ni admitiria vuestro duelo un señor tan poderoso, le vais á dar con la lectura de ese escrito una estocada moral en su alma, que positivamente lo matará, creedlo. Al terminar le entregais el escrito á S. A., montais á caballo y al frente de vuestra escolta, que os esperará al pié del régio edificio, regresais á Madrid.

—¿Y si el rey interrumpiese la lectura?..

—Estará preparado á oirla, y de los cuarenta que le rodeen treinta son partidarios nuestros, que le obligarán á escucharla. Es Enrique muy débil y el Marqués caerá en la celada como el lobo en el cepo.

—¿Y decís que morirá Villena á consecuencia de esa lectura?

—Repito que positivamente, porque á la vez que vos le dais conocimiento de ella ante treinta grandes y diez ó más damas de lo más elevado de nuestra sociedad, circulará por Castilla y Leon y no habrá castillo ni casa donde éntre que no se la arrojen al rostro.

—Está bien. ¿Adónde os dirijo los partes de cuanto me vaya ocurriendo?

—A ninguna parte, pues salgo esta noche para Aragon y no volvereis á verme hasta que se hayan unido Doña Isabel y D. Fernando. Cuando concluyais la difícil mision que os acabo de encargar volved á este palacio y esperadme aquí.

—¿Teneis necesidad de darme algunas otras instrucciones?

—Todas cuantas podais necesitar hallareis en esos escritos que os conviene aprender de memoria.

—Lo haré. ¿Cuándo parto?

© Biblioteca Nacional de España

—He aquí mis brazos, D. Lope; estrechadme y abreviad.

—Procuraré pagar la honra y mercedes que me estais otorgando...

—Todo y más mereceis, y en verdad que me duele encargaros mision tan difícil y arriesgada, pero vos lo quereis...

—Sí, D. Hernando, lo deseo con más empeño que la vida. Hasta mi regreso. ¡Que Dios vele entre tanto por uno de sus mejores hijos!

—El os dé la prudencia, calma y suerte que en tan crítica ocasion necesitais.

Y con cariño fraternal se despidieron, partiendo Padilla, el cual salia de Madrid horas despues, entre cuatro grandes, muchos caballeros y los quinientos jinetes que ya nos son conocidos.

Todos usaban traje completo de guerra, á excepcion de Don Lope, el cual, sin ocultar ya su rostro, llevaba pantalon de ante, ropilla de paño, sobrevesta y borgoñota.

De este modo se dirigia el audaz caballero con ánimo resuelto de intentar hechos que de realizarlos debian elevar su nombre á gran altura.

Para el talento, destreza y génio de Alvarez de Toledo la mision de Padilla no hubiera sido difícil ni para éste era hoy un imposible, pues no habia perdido el tiempo que pasó al lado de Hernando ni desaprovechó las muchas é importantes lecciones que habia recibido moralmente y en la academia de esgrima de su eminente maestro Garci-Gomez.

No hemos de tardar en saber el resultado de los asuntos que hoy absorben todo su ser.

Despues que Hernando vió desaparecer á Padilla, cayó nuevamente en el sillon, permaneciendo largo tiempo entregado á profundas meditaciones.

Su admirable cerebro combinaba planes gigantescos, que sólo era capaz de concebir y desarrollar su incomparable espíritu.

Cuando hubo coordinado cuanto creyó indispensable, exclamó para sí:

© Biblioteca Nacional de España

—¡Va á correr sangre, sangre humana; pero es imposible otra cosa! ¡Cada gota de la que yo haga verter evitará un raudal y el caos en que está sumergida mi pobre patria! Adelante, Hernando, no es posible otra cosa. ¡Poco ha de valer la vida humana cuando tan á merced se halla del capricho de los poderosos; poco ha de valer la existencia de esas masas inconscientes en donde los hombres perecen á millares, ignorando casi siempre la verdadera causa que obliga al caudillo á decirles, morid porque yo lo mando! Es indudable que Jesús tenía razon: la vida humana es la verdadera muerte, la muerte del cuerpo es la verdadera vida. El espíritu funciona en la tierra y se manifiesta encerrado en su cárcel de carne, cárcel admirablemente organizada y dispuesta, pero cárcel donde el alma se afana, tortura y molesta para ejercer hasta la más insignificante de sus manifestaciones. Para todo lo intelectual y moral usa de su bien organizado cerebro, para lo material de los piés, los brazos y resto de su cuerpo; qué prodigios presenta la circulacion de su sangre, la digestion y todas las funciones de su organismo; qué portento en la armonía de las leyes á que obedece; sólo la sabiduría divina podia ser autora de obra tan perfecta; mas es un hecho incuestionable que el espíritu se halla infinitamente mejor libre de su preciosa cárcel de carne que encerrado en ella! Porque tan sábia y perfecta habitacion destruye su libertad, le impone trabajos sin cuento, terribles penas y amarguras y una cadena, en fin, de inquebrantables padecimientos. Sólo así se explica que tan portentosa habitacion se destruya á cada instante con el hierro y fuego que el hermano fabrica contra sus hermanos; sólo así se comprende que el sublime Artista que la hizo la dejase á merced de tanto enemigo como se goza en romperla. ¡El espíritu! He ahí el verdadero prodigio hecho por Dios; á ese nadie puede matarlo; ese es el verdadero rey de la creacion en su estado libre! ¡Cuántos prodigios le habrá hecho su Dios en ese universo lleno de maravillas ménos grandes que el talento y sabiduría de su omnipotente Autor! ¡Tiene razon Abiabar; ese ilimitado espacio está lleno de mundos infinitamente más adelan-

© Biblioteca Nacional de España

tados que la tierra; esto lo verá claro el alma cuando se halle libre de su cárcel de carne; entónces comprenderá su torpeza si no aprovechó el tiempo que estuvo encarnada en un mundo inferior y carece de los adelantos morales é intelectuales que vino á adquirir para seguir adelantando en otros mundos superiores donde la dicha es más verdadera, el tormento ménos rudo y más fácil el adelanto! ¡Entónces deplorará ese acento lúgubre, potente, que por intuicion le dice á cada instante: sé virtuoso, aprende, estudia; la ignorancia y la maldad son el orígen de todos las desgracias! ¡Mísera humanidad; no obstante oir todos los séres esa misteriosa voz que los persigue sin tregua ni descanso desde que vinieron del estado errante, cuán pocos la escuchan; aun cuando distingan que es el eco infalible de la verdad, cómo lo desoyen, y matan, hieren, roban, calumnian, infaman, mienten, y todo para dar un ilusorio goce á la materia, para alimentarla en tanto que dejan al espíritu que continúe grosero, débil, torpe y hasta horrible en su ruin pequeñez! Es cierto que la inmensa bondad de Dios les ha dado una eternidad para adelantar y un universo para que de goce en goce vayan recibiendo el premio á sus adelantos; mas ¿por qué detenerse, por qué pararse entre el fango, si unos cuantos pasos más allá se encuentra el suelo endurecido, detrás la enramada umbrosa, luégo el jardin y en pos la dicha? Si yo pudiera inocular estas ideas, estas verdades en la humanidad; si me fuera posible empujarla, con cuánto gusto lo haria! ¡Pero, ah, los unos no quieren oirme, los otros no pueden comprenderme, y hé ahí otro axioma de Jesús: *muchos son los llamados, pocos los elegidos*. El camino es difícil, largo, y hay que andarlo paso á paso, á impulso de dos fuerzas que se llaman virtud é inteligencia! ¿Corro yo? Creo que sí. ¿Me ayudan? Es indudable; siento un poder misterioso que me empuja hácia adelante con incontrastable violencia. ¿Cabe en la justicia Divina excepcion alguna? No; dejaria de ser absoluta la perfeccion de Dios, y siéndolo no cabe excepcion alguna. ¿Qué motiva entónces el que yo camine más que los otros? El amor ardiente, inextinguible, profundo, incomparable que profeso á Dios.

© Biblioteca Nacional de España

No porque Dios compre amor y pague con mercedes al que le quiere como yo; consiste en que siendo Dios el manantial creciente siempre de todas las sabidurías, de todas las perfecciones, de todas las virtudes, el que ama á Dios tiene por fuerza que amar las virtudes, las sabidurías y las perfecciones, y amando este conjunto, que puede llamarse el bien, tiene que aborrecer el mal, tiene que huir del mal. ¡Bendito sea mi amor á Dios! Adelante, Hernando, y vuela si puedes, que en alas de ese amor todo se llega á conseguir; todo si es el bien, mas yo no aspiro á otra cosa.

Satisfecho Alvarez de Toledo de sí propio, que es la verdadera felicidad de la tierra, dió principio á la realizacion de un plan que debia regenerar á España.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIV.

Unas cuantas frases del autor.—Resúmen de las entrevistas y boda realizada por Doña Isabel.—Empieza la expiacion de D. Alonso Carrillo de Acuña de un modo inconsciente para la víctima, que le prepara al completo conocimiento de las desgracias que le esperan.—Lo que fué de Giron, Villena y Padilla.

El asunto de este libro estaba dispuesto para que su lectura tuviese proporciones mucho mayores; pero en vista del empeño que demuestra la empresa que lo publica porque se reduzca en lo posible y de la triste verdad á que obedece ese empeño, el autor adelanta su desenlace y extracta, no siendo culpa suya si carece de detalles y descripciones que á su juicio eran indispensables.

Debió tener esta obra dos tomos grandes; resultan dos pequeños que entre ambos pueden formar uno solo, y aun cuando amargue, es preciso decir el motivo que obliga á tan penosa determinacion.

Todavía en nuestro país hay una inmensa parte de público que regatea y economiza el alimento espiritual, por esto busca los libros más pequeños y más baratos, sin comprender, en mi concepto, lo mucho que puede perder prefiriendo lo barato á lo que él llama caro.

Y como es indispensable parte material en un libro, y como esta cuesta mucho dinero y los editores no se avienen

© Biblioteca Nacional de España

á perder, resulta la imposicion de que el libro cueste poco para que el público lo tome y el que comercia con él no pierda.

Tan dura ley encierra al escritor hoy en un círculo de hierro que sólo tiene dos salidas; no escribir ó sujetar los asuntos y redaccion de sus libros á la economía de frases, de ideas y de pensamientos que dén por resultado la economía de papel, imprenta etc. para el editor y la de céntimos para el público.

Esta verdad no tiene aplicacion para algunas honrosísimas excepciones, á las que estoy muy léjos de confundir con los que piensan de modo distinto.

Por una sola vez he podido avenirme á concentrar el asunto de un libro, y hablando con la claridad que debo, á mutilarlo; pero al concluir este arrojaré mi pluma, ignoro si por mucho ó poco tiempo, pues aunque mal escritor, amo la literatura, y no volveré á faltar á sus preceptos á sabiendas.

Ruego á los lectores dispensen este ligero paréntesis, que causas poderosas me obligan á hacer en mi libro, y sígame ahora, si á bien lo tienen, al desenlace de las escenas que expuse anteriormente.

El Arzobispo de Toledo, su numeroso séquito y los grandes que le seguian á todas partes, caminaban ya hácia Ocaña, precedidos de respetables fuerzas que debian en caso necesario amparar y defender á la futura Reina de Castilla, infanta Isabel.

Algo despues que ellos, partieron tambien Hernando y cuantos le obedecian. Sus numerosas huestes fueron escalonándose desde Ocaña hasta Valencia.

Y no tardó nuestro caudillo en entrar en la ciudad del Cid, la cual pertenecia á la corona de Aragon.

Allí le aguardaba, prévio convenio y aviso, el infante Don Fernando.

Y cuatro dias despues, disfrazados ambos de frailes y seguidos de dos grandes de Castilla, monges tambien en la forma, se dirigieron á Ocaña con la mayor reserva, á pié y con

© Biblioteca Nacional de España

toda la ligereza que podian cuando cruzaban sitios poco ó nada concurridos.

Tal era la confianza del príncipe aragonés en Hernando, que abandonó su patria y se internó en Castilla sin que le acompañara un sólo sirviente.

Verdad es que el supuesto Garci-Gomez era el más leal de todos los hombres y tan precavido que no andaba el príncipe cuatro leguas sin encontrar una mesnada que lo saludase con el mayor respeto y consideracion.

Tambien hallaba en todos los pueblos del tránsito cama mullida y suculenta alimentacion, que de antemano le tenian preparado agentes invisibles que jamás contemplaba.

No obstante caminar los cuatro á pié andaban de ocho á diez leguas diarias, así es que cruzaron en seis dias las 55 leguas que dista Ocaña de Valencia.

Don Fernando dió ya una gran prueba en esta acelerada y molesta marcha de que no era un príncipe vulgar.

Una hora despues de llegar fué presentado por Hernando á la infanta Isabel, la cual se hallaba rodeada del Arzobispo de Toledo, Almirante de Castilla, de D. Gutierre de Cárdenas, maestre-sala, D. Gonzalo Chacon, mayordomo y contador de la infanta, y de Doña Beatriz de Bobadilla.

El príncipe habló treinta minutos con Doña Isabel, y despues, uno por uno, con los grandes que se hallaban presentes, estrechando con afecto la mano de Doña Beatriz.

Gustaron á la infanta la serenidad, mirada fija, figura é ideas que expresó su futuro, y este quedó encantado de la modestia, dulzura, apacible calma y vasta instruccion de su prometida.

El Arzobispo y el Almirante de Castilla comprendieron que Don Fernando sabía más de lo que á ellos conviniera, que aquella fuerte y poderosa voluntad del aragonés no se dejaria imponer jamás por la amenaza ni el halago, pero se resignaron, viéndose obligados á elogiar á dos príncipes que tan raras y bellas cualidades concluian de demostrar.

Desde el dia siguiente se ocuparon todos del contrato de

© Biblioteca Nacional de España

boda y condiciones con que debia unirse la corona de Castilla á la de Aragon.

Perdieron una semana en debates, y al terminar el arreglo, y cuando el compromiso acababa de ser firmado por todos, hizo uso de la palabra Garci-Gomez para decirles:

—Señores, ya era tiempo de que terminara asunto tan importante. El Marqués de Villena ha averiguado que el señor Arzobispo de Toledo, el Almirante de Castilla y varios otros grandes se hallan en Ocaña, supuso con razon que vinieron á ponerse de acuerdo con la infanta Isabel para destruir sus ridículas pretensiones, engañó al rey y se ha adelantado la corte al frente de un poderoso ejército para apoderarse de la señora infanta. No pueden lograr su objeto, pero viene seguido de las huestes de Enrique IV, representa al monarca, y debemos evitar un encuentro que haria verter mucha sangre, contrariando á la vez todos nuestros planes. Es indispensable por lo tanto que Doña Isabel abandone en la próxima noche el pueblo de Ocaña y se dirija á Valladolid, donde no puede correr riesgo alguno.

Las noticias de Hernando sorprendieron á sus oyentes, fueron comentadas, debatieron, concluyendo por aceptar todas las ideas de Hernando.

Ocho horas despues salia la infanta Isabel en medio del Arzobispo de Toledo y del Almirante de Castilla para Valladolid, y D. Fernando, Garci-Gomez y dos grandes de Castilla disfrazados de frailes, para Aragon.

Dejaban el contrato de boda firmado y la union de Castilla y Aragon en proyecto aprobado por los futuros contrayentes y varios grandes.

El Marqués de Villena llegó á Ocaña tres dias despues, pero á nadie de los que buscaba halló ni le fué dable averiguar otra cosa que la marcha de la infanta á la capital de Castilla la Vieja, seguida de su escolta y de algunos soldados.

Tal contrariedad descompuso los planes del Marqués.

Nadie pensaba ya en Castilla en la supuesta princesa hija de la reina y llamada por todos la *Beltraneja*. Y si algun ilu-

© Biblioteca Nacional de España

so pudiera haber que abrigase esperanzas de elevarla al trono, vino un terrible acontecimiento á destruirlas por completo.

Hé aquí lo que aconteció. Al pactar nuevamente con el rey el astuto Marqués de Villena, exigió garantías y el débil monarca cometió la insigne torpeza de entregar al partido del Marqués en rehenes, la reina su esposa, de la cual se hizo cargo el Arzobispo de Sevilla, que la encerró en su castillo de Alaejos.

Su Alteza femenil era impresionable, viva, dada á los goces materiales, y ántes de llegar á su encierro ya habia entablado relaciones amorosas con D. Pedro Fonseca, deudo del Arzobispo de Sevilla, que la iba acompañando. Estas relaciones fueron causa de que la reina diese á luz en el castillo de Alaejos dos hijos adulterinos, llamados D. Fernando y Don Apóstol Fonseca.

A nadie quedó duda ya de la criminal conducta de la esposa de Enrique IV, recayendo en perjuicio de la *Beltraneja* estos nuevos delitos de su madre.

Abandonada la infanta de todo el mundo, quedó sola Doña Isabel como presunta heredera de la corona de Castilla y de Leon. Tres partidos se disputaban ya la influencia de la hermana de Enrique IV: el del Arzobispo de Toledo, que aparentaba representar á Garci-Gomez, aceptado por Doña Isabel, que queria casarla con el príncipe D. Fernando; el del Marqués de Villena, que protegia el rey, tenía la pretension de unirla con D. Pedro Giron, y un tercero, creado por el oro de Luis XI, rey á la sazon de Francia, que intentaba desposarla con el duque de Berri, hermano del mencionado monarca francés.

Se halló por lo tanto el Marqués de Villena contrariado en Ocaña, y lo que es peor, entre dos fuegos que no podia combatir á la vez. Optó por unirse nuevamente al Rey y seguir á su lado á Andalucía con objeto de combatir á los moros que habian caido sobre muchas de nuestras poblaciones y á los grandes que se sublevaron por el duque de Berri, convirtien-

© Biblioteca Nacional de España

do el Mediodía en campo de Agramante con fratricida guerra civil.

Era lo que habia adivinado Hernando y lo que á su causa convenia.

El Marqués de Villena ignoraba la resurreccion de Padilla y lo que iba á costarle la presentacion de este en medio de la corte en uno de los pueblos de Andalucía.

Pero sigamos á Hernando, que ya tendremos tiempo de saber la forma en que D. Lope llevó á cabo los mandatos é instrucciones de su jefe Garci-Gomez.

Seguro Alvarez de Toledo de que Carrillo de Acuña y el Almirante de Castilla no podian faltarle y bien guardada la infanta con ambos, algunos otros grandes y las excelentes tropas que los seguian, partió tranquilo y satisfecho con el infante D. Fernando al reino de Aragon, al que llegaron sin dificultad alguna.

Dió el hijo cuenta al padre del resultado de sus entrevistas con Doña Isabel, aceptó el anciano monarca cuanto su heredero habia estipulado, cediéndole en el acto el reino y corona de Sicilia.

Al dia siguiente fué proclamado rey el infante por los grandes de Aragon, con la reserva que el caso requeria.

Y dos dias despues el nuevo rey de Sicilia estrechó á su padre tiernamente, pues ya dijimos que su madre habia muerto meses ántes, partiendo á Valladolid con su constante disfraz de monje, seguido de un secretario, de Hernando y de dos grandes de Castilla.

En el camino supieron que la infanta se habia trasladado á Dueñas, pueblo situado á ocho leguas y media de Valladolid, y en él entraron los cinco ocho dias despues.

Isabel y cuantos la rodeaban reconocieron á D. Fernando como rey de Sicilia, dándole el tratamiento y consideraciones que á su elevada clase correspondian.

Desde allí pasaron á Valladolid, donde se desposaron Don Fernando y Doña Isabel á presencia únicamente de los grandes sus partidarios.

© Biblioteca Nacional de España

No se casó rey alguno con tanta modestia; á pesar de tener á toda la poblacion de su parte, no hubo la menor fiesta ni convite alguno.

Este acontecimiento, el más grande en resultados de cuantos tuvieron lugar en España desde la desdichada batalla de Guadalete, pasó por el pronto desapercibido para casi todos los españoles.

Ni una sola gracia se concedió á nadie, pues Garci-Gomez, único á quien ofrecieron los reyes de Sicilia una parte de lo mucho á que se habia hecho acreedor, la rehusó, pretextando que nada podia aceptar hasta que llegase el venturoso dia en que los nuevos monarcas de Sicilia se sentaran bajo el sólio de Castilla.

Ahora tenía Doña Isabel por primer caudillo de su causa á su digno esposo, quedando de segundo Hernando, nombrado á la vez secretario de la reina de Sicilia.

Solo ocho dias dejó Alvarez de Toledo á los régios esposos que disfrutasen tranquilos su luna de miel.

Al espirar ese corto plazo les pidió una entrevista reservada que duró catorce horas.

En ese tiempo les enteró detenidamente del presente y porvenir en todo lo relativo á Doña Isabel; les demostró la desconfianza que habia notado en el Arzobispo de Toledo, sus vacilaciones y la torpe ambicion que despertaba en el prelado y cuantos grandes le seguian, adormecida un corto período. Les dijo que querian dominarlos, y no siendo esto posible, habia leido en el rostro de Acuña una futura rebelion que era preciso destruir por el pronto á todo trance.

Toledo expresaba ahora la verdad, como siempre; los reyes convinieron en todas sus ideas, y entónces les propuso Hernando la adopcion de una intriga que inutilizase al prelado durante la vida de Enrique IV.

Don Fernando la aprobó con aplauso; Doña Isabel, más bondadosa y rígida, vacilaba, pero acabó por inclinarse ante la voluntad de su esposo.

Puestos de acuerdo los tres, concertado hábilmente su

© Biblioteca Nacional de España

plan, se despidió de los monarcas Hernando, partiendo durante la noche á Madrid sin decir nada á nadie y seguido únicamente de su criado, dos caballeros y veinte hombres más.

Iban los veinticuatro de riguroso incógnito y así llegaron á Alcalá, donde pasó Toledo cuatro dias dichosísimos entre su padre, su tio, Melania, Abiabar y Sion.

Terminado este corto plazo se trasladó á Madrid, siempre de incógnito, encerrándose con su pequeña escolta y doscientos hombres que allí le aguardaban en el espléndido palacio que ya conocemos.

De todo el mundo se recataba, hasta el extremo de conocer su permanencia en Madrid solamente los sirvientes y hombres de armas que le rodeaban.

Estaba, sin embargo, en comunicacion diaria con los reyes de Sicilia, con Doña Beatriz y con su primo el Conde de Alba, que seguia al rey en su excursion por Andalucía.

No salia jamás á la calle, pero continuamente recibia correos, mandando otros á varios puntos del reino.

Era el segundo caudillo de Doña Isabel en nombre y categoría, pero continuaba siendo el primero en la direccion de asuntos é intrigas planteados.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXV.

Regreso de Padilla.—Lo que aconteció á Giron y á Villena.—El Arzobispo de Toledo cae en la red que de un modo inconsciente ayuda á tejer á Hernando.

Hernando, prisionero por propia voluntad en su espléndido palacio de Madrid, se mostraba alegre y satisfecho del presente y porvenir.

Y á los pocos dias aumentó su complacencia con la impresion agradabilísima que concluia de recibir.

El palacio aquel, silencioso y sombrío desde há mucho tiempo, cambió de pronto su aspecto el ruido que produjeron las pisadas y relinchos de muchos caballos que se precipitaron en su anchuroso patio.

Eran Padilla, grandes, caballeros y quinientos soldados que regresaban de su expedicion despues de algunos meses de ausencia.

Toledo recibió á los jefes con los brazos abiertos, y despues de cruzar algunas frases con ellos, se retiró con D. Lope á su cámara de escribir.

Poco á poco fué cesando el relincho y piafar de los caballos y las voces y ruido de armas de los recien venidos, volviendo á quedar el palacio sumido en su antiguo silencio á pesar de los muchos huéspedes que concluia de recibir.

Habia encargado Hernando el recato y circunspeccion, y

© Biblioteca Nacional de España

sus órdenes eran obedecidas por grandes y chicos con entusiasmo y respeto.

Asistamos ahora al importante diálogo que tiene lugar entre Alvarez de Toledo y Padilla.

Están sentados frente á frente en góticos sillones de damasco. Hernando se presenta aseado, elegante, rizada su melena, y rebosa en su cara la satisfaccion.

Padilla lleva botas de ante que le suben hasta la rodilla, calzon de paño y una sobrevesta atacada, y el traje, su desrizada melena, bigotes, perilla y epidermis aparecen cubiertos de polvo, mezclado en algunos sitios con el sudor que brotó de su cútis. En aseo y elegancia es la antítesis de Hernando en estos momentos; pero está como aquel satisfecho y alegre.

Se han sentado despues de estrecharse dos veces, é inmediatamente pregunta Garci-Gomez:

—¿Venís sano?

—Sí.

—¿Logró tocar á vuestra carne el hierro enemigo?

—No.

—¿Y la serpiente de Villena, molestó vuestro espíritu con su impuro aliento?

—Tampoco.

—¡Que me place, amigo mio! Conseguido esto, que es lo principal, nos ocuparemos de lo secundario. ¿Venís fatigado?

—Un poco.

—¿Quereis descansar ántes?

—¡Qué mas cómodo y agradable reposo que el que me ofrecen vuestra sabrosa compañía y este blando sillon?

—Mucho tardásteis, D. Lope.

—La causa justifica el efecto.

—Dad principio cuando gusteis.

—Salimos de Madrid, parándonos lo puramente indispensable hasta llegar á un pueblo próximo, donde siguiendo vuestras instrucciones, averigüé que D. Pedro Giron se habia visto obligado á detener su marcha por efecto de una enfermedad que puso su vida en peligro.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Qué contrariedad!

—Nos retiramos luégo á la poblacion más importante de las cercanías para llamar ménos la atencion, y allí aguardamos treinta y tres dias.

—¡Largas serian las horas para vosotros, D. Lope!

—Eternas; pero la necesidad es ley imperiosa, y aunque con disgusto, la obedecimos sumisos. Por el dia la equitacion y la esgrima, y por la noche el juego, que sólo produce entretenimiento.

Cada tres dias nos mandaban nuestros amigos un parte del estado de D. Pedro, el cual abandonó por fin el lecho, salió de la convalecencia y se puso en marcha, llegando á la posada que señalan vuestras instrucciones diez minutos ántes que nosotros. ¡Qué sitio tan á propósito! El edificio más cercano dista media legua y el pueblo más próximo cinco cuartos de hora; ni aun convertido en pájaro le hubiera sido posible escapar. Cien soldados rodearon la posada en compacta fila, cuatrocientos se situaron frente á la puerta principal, y sólo echamos pié á tierra venticinco. D. Pedro iba seguido de diez caballeros y cincuenta entre soldados y sirvientes. Todos en confuso tropel salieron á recibirnos á la puerta de la posada, sorprendidos y admirados con nuestro inesperado arribo. Yo me adelanté dos pasos; y al reconocerme D. Pedro retrocedió, avanzando de nuevo hasta quedar detenido ante mi voz que le dijo: Soy efectivamente D. Lope de Padilla, Giron; la despedida que os hice en casa de Villena fué grave; el saludo de hoy os ha de hacer más daño, miserable asesino. Por ahí empecé, poco á poco su amor propio se fué interesando, hasta que ardió su sangre tal como yo deseaba.

—¿Leísteis á su gente las cartas escritas de su puño y letra en que mandaba me asesinaran?

—Se opuso, pero lo tenía dominado y tuvo que escucharlas.

—¿Negó que eran suyas?

—Por supuesto; pero aturdido y confuso, á nadie convencieron las frases que expresó.

—¿Y luégo?

© Biblioteca Nacional de España

—Referí en extracto algunos otros de sus hechos, dejándole anonadado.

—¿Tuvísteis calma?

—Como la de las tumbas.

—¿Frío?...

—Como una estátua.

—¿No bastó con las cartas, los comentarios, el relato?..

—No.

—¿Qué más le dijísteis?

—Nada.

—¿Por qué?

—¡Como se lo habia dicho todo ya!

—¿Y no?..

—No, señor.

—Acabad, por Cristo.

—Distraido acaso estornudé, sintió su cara humedecida, montando en cólera... ¡Qué bravo se puso!

—Ya...

—Queria batirse conmigo siendo su padrino el Marqués de Villena.

—Buen ardid.

—Pero no le valió; volví á estornudar, y al cuarto de hora, con un traje igual al mio y veinte caballeros, diez de cada parte, nos trasladamos trescientos pasos de la posada.

—Bastaba.

—Se me olvidaba deciros que le ofrecí entregar las dos cartas al cruzar su espada con la mia, y le cumplí la palabra.

—¿Y dió principio el combate?

—Casi no empezó. Como me encargásteis que acabara tan pronto... Nos habíamos quitado las sobrevestas y cubria nuestros pechos la sola ropilla de seda y camisa. Así es que al empezar acabamos.

—¿Dónde le herísteis?

—Debió ser en el corazon, porque cayó como si fuera de plomo sin pronunciar frase alguna.

—¡Dios le haya perdonado!

© Biblioteca Nacional de España

—*Amén.*

—¿No sentísteis pena, amargura, remordimiento?

—Mucho; pero como ya no tenía remedio, me resigné.

—¡Qué ironía tan!..

—Tan salvaje; decidlo. ¡Cuánto daño he evitado á Castilla, cuántos males á mi pobre patria, D. Hernando!

—Verdad es, pero vos no lo hicísteis...

—Perdonad que os interrumpa, señor de Toledo; lo realicé en primer lugar por ver libre á la humanidad de una fiera; en segundo porque vos me lo mandásteis, y en tercero porque mi verdugo no merecia otra cosa.

—No le volvais á dar ese nombre, D. Lope, que ya ha muerto.

—Vos me obligásteis.

—Abreviad. ¿Y luégo?

—Se lavó la sangre trasladándolo al lecho inmediatamente. Reunidos más tarde al aire libre, y sin testigos, los suyos y parte de nosotros, logramos convencer á aquellos de la conveniencia de decir á todo el mundo, inclusos sus parientes más allegados, que habia recaido y que murió casi de repente. Los que le acompañaron no tuvieron valor ni posibilidad de defenderlo, y sin necesidad de ruegos aceptaron una idea que los ponia á cubierto de toda responsabilidad. Y como yo llevaba médico á prevencion, se le hizo la autopsia, lo embalsamaron y ocho dias despues lo condujeron al panteon de sus mayores, siendo escoltado por nosotros hasta la aproximacion del inmediato pueblo. El féretro y cuanto hizo falta lo llevó mi gente; con las operaciones que hizo el facultativo desapareció toda señal de herida, y es muy difícil que en lo sucesivo pueda descubrirse la verdad.

—Dejó dos hijos naturales.

—Los cuales están interesados en solo heredar al que apénas conocieron.

—¿Qué hicísteis terminado ese asunto?

—Averiguar dónde se hallaba la corte; pero perdimos tanto tiempo, que ya estaba en Andalucía y nos fué indispen-

© Biblioteca Nacional de España

sable andar más de cien leguas para hallarla. Sabiendo la poblacion donde se encontraba, mandé un correo á vuestro primo el Conde de Alba, el cual me citó para ocho dias despues, á las ocho de la noche, en el alcázar real de Sevilla. No me pareció conveniente exponerme á que nos descubrieran, y aguardé en las inmediaciones hasta horas ántes de la cita, en cuyo instante montamos á caballo, llegando á las ocho en punto de la noche al alcázar. Mis quinientos jinetes esperaron sin echar pié á tierra á la puerta del palacio; los restantes subimos, siendo recibidos por S. A. minutos despues. Vuestros amigos de la corte cumplieron su palabra; Enrique IV se hallaba en el salon del trono rodeado de toda su corte, que no bajaria de setenta personas. Por cierto que al sacar y mover mi pañuelo blanco en aquel sitio me contestaron más de veinte. Señor,—dije al rey,—el Arzobispo de Toledo, el Almirante de Castilla, cité á todos los grandes que firmaban, añadiendo,—me encargan lea y entregue despues á V. A. un capítulo de cargos contra un indivíduo de vuestra corte, pudiendo al terminar mi lectura disponer V. R. A. de sus vidas y haciendas. Sólo exigen de su soberano que preste atencion á su lectura y no consienta que nadie me interrumpa, sin que ellos pidan castigo alguno para el culpable, dejando en libertad á V. A. para que lo perdone ó lo someta á la justicia de su reino.—Podeis leer esos cargos; yo os autorizo,—me dijo D. Enrique.—Ruego á V. A.,—le contesté,—en nombre de los grandes á quienes represento, me dé su real palabra de que nadie, absolutamente nadie me ha de interrumpir.—Si no es más que eso, os la doy,—replicó el monarca.—¡Ay del que desobedezca á V. A.; con la vida pagará su atrevida accion! Ya supondreis, D. Hernando, que desde el momento en que oyó Villena pronunciar mi nombre y apellido, y al verme, se sintió perturbado; junto al rey estaba y se echó dos pasos atrás, cubriéndose con el Arzobispo de Sevilla para disimular su turbacion. Luégo fueron cayendo sobre él los párrafos que yo leia como gotas de aceite hirviendo, que lo anonadaron. Tampoco el rey estaba á gusto; se movia mucho sobre el si-

© Biblioteca Nacional de España

llon, cubrió su rostro varias veces y dió marcadas señales de disgusto y malestar; pero no pudo retroceder; algunos amigos de Villena quisieron interrumpirme con murmullos, pero la voz de vuestros amigos y la mia les impuso silencio y tuvieron que escuchar hasta el fin.

—¿Leísteis despacio?

—Con mucha calma, entonaciones diversas y toda la mala intencion que podeis figuraros... con alguna más de la que vos podeis suponer.

—¿Qué sucedió al terminar?

—El rey se hizo el distraido, estallaron los murmullos entre los cortesanos como volcan comprimido por mucho tiempo, y yo entre tanto puse en mano de S. A. el escrito.

—¿Nada dijo el Marqués?

—Entiendo que quiso hacerlo, mas debió faltarle la voz.

—¿Siguió pálido?

—Y contraido; parecia un cadáver.

—¿Y luégo?

—Como D. Enrique nada me dijo, le hicimos una reverencia, saliendo sin que nadie osara detener nuestro paso

—¿Os quedásteis en Sevilla?

—Al contrario; á buen trote fuimos dejando atrás la capital de Andalucía hasta hallarnos á campo raso. Seguimos al paso sin detenernos durante la noche. Al amanecer dimos ocho horas de descanso, y ya en lo sucesivo hicimos marchas cómodas, durmiendo de noche y andando sólo parte del dia.

—¿Cuánto tiempo tardásteis desde Sevilla á Madrid?

—Medio mes justo.

—No os apresurásteis.

—¿Para qué? Ya estaba terminada nuestra mision, no habia sorpresa posible ni temor al enemigo, y regresamos con calma.

—Tres correos he recibido de la corte, habiendo salido de allí con bastante posterioridad.

—Lo creo.

—Ya se sabe en Sevilla la muerte de Giron, que creen

© Biblioteca Nacional de España

repentina y tal como vosotros convinísteis con los que le acompañaban...

—Estaba seguro de que sucederia así.

—Y el Marqués de Villena se defendió cuanto pudo del capítulo de cargos que leísteis, embaucando como de costumbre á D. Enrique. Pero todos empiezan á volverle la espalda, juró matar á cuantos firmamos el escrito, y quién sabe si lo lograria á no impedírselo una disolucion de humores que se le ha presentado, la cual le llevará al sepulcro cuando él ménos lo crea.

—¿Suponeis que tal dolencia reconozca por causa la impresion que recibió aquella noche?

—No lo supongo, lo doy por hecho, como tambien el que tiene contados los pocos dias que le quedan de existencia.

—¿Es posible que un hombre de conciencia tan elástica, de acciones tan indignas se afectase tanto?

—No conoceis por lo visto al Marqués y eso os impide calcular el efecto que pudo hacerle mi escrito. Es cierto cuanto acabais de suponerle, pero á la vez tiene Villena mucho orgullo, vanidad y altanería; es tambien déspota, avasallador, intransigente, y tan preciado de sí mismo, que ante la horrible humillacion que le hicísteis sufrir sucumbirá, no lo dudeis. El hecho fué por otra parte dispuesto con arte; no podia suponer Villena lo que iba á suceder; su sorpresa fué grande, y llegó hasta el terror al ver que se la proporcionaba un cadáver que se alzaba de la tumba, creyéndoos con tanto motivo muerto. Un golpe de esa naturaleza quebranta y rompe la vida más vigorosa de la tierra.

—Me habeis convencido, D. Hernando.

—Os ayudé como vísteis, D. Lope, vengándoos y defendiendo á la vez á nuestra mísera patria; ahora es preciso que os dispongais á hacer vos lo mismo conmigo respeto del Arzobispo de Toledo.

—¿Os llega vuestra vez?

—Se aproxima.

—Me complace la noticia; disponed de mí como de vos

© Biblioteca Nacional de España

mismo; al vengaros me vengo, porque ya sabeis que el Arzobispo y yo teníamos cuentas pendientes.

—Yo no voy á vengarme, D. Lope; mi alma no tiene hiel para nadie y ménos para el protector de Melania. Voy á hacerle sufrir mucho, eso sí; el pavimento que lo sostenga será regado con el llanto de sus ojos, pero no me gozaré en su duelo; me propongo únicamente depurar su espíritu, purificarlo y hacer de ese prelado altivo y orgulloso un ministro de Dios, mejor dicho, un discípulo de Jesús.

—¿Hasta qué punto lo lograreis, Garci-Gomez?

—No lo sé, Padilla. ¡Es tan ambicioso, tan terrible!.. Pero inocularé en su alma el bien, sembraré, y aun cuando el terreno sea malo, tarde ó temprano producirá su natural efecto.

—Pues demos principio ahora mismo.

—No; se le va á cazar como á la fiera, es muy astuto, y si descubriera nuestro intento podia perjudicarnos mucho. Descansad, de nada os ocupeis por ahora y aguardad mis órdenes.

Todavía hablaron nuestros amigos una hora sobre los acontecimientos del rey, la boda de Doña Isabel, y luégo se retiraron á sus respectivas habitaciones.

No se habia equivocado Hernando en sus juicios sobre el Arzobispo; desde el primer instante comprendió que no pudiendo el prelado dominar á D. Fernando ni á Doña Isabel, ni asimilarse á la pureza de costumbres con que dió principio aquel régio matrimonio, pronto habia de buscar otro sol que prestase más calor á sus infinitas y torpes pasiones.

Y en efecto, al notar D. Alonso de Acuña que Garci-Gomez partió sin despedirse de él ni de nadie, creyó que alguna intriga secreta lo alejaba de su lado, y el desaire que tal desconfianza le inferia, unido á la modestia de los reyes de Sicilia, á su caridad y al principio de justicia en que querian apoyar todas sus acciones, fueron bastante para obligarle á pasarse á Enrique IV, escribiéndole al efecto una carta en que con la mayor reserva le ofrecia su influencia y poder, prometiéndole además la revelacion de secretos muy importantes.

© Biblioteca Nacional de España

En esto último aludia al casamiento de Doña Isabel y Don Fernando y á los planes que estos tenian para lo futuro, alguno de los cuales creia conocer.

Se proponia el prelado ganar al rey con ó sin la ayuda de Villena, y al morir aquel poner en la balanza todo su influjo y poderío para que le sucediera en el trono la *Beltraneja*.

Pero es el caso que el profundo talento de Hernando previó este acontecimiento, y aun cuando la carta del Arzobispo llegó á manos del rey, la contestacion que S. A. ofreció al emisario fué á parar pocos dias despues á manos de Alvarez de Toledo.

Enrique IV habia recibido en secreto al enviado por Acuña, leyó el escrito entregado por aquel, y demostrando satisfaccion le mandó esperar dos ó tres dias la respuesta.

Como nada sabía hacer el monarca por sí solo, pidió consejo al secretario en quien más confianza tenía, este se hallaba afiliado al bando de Garci-Gomez, estaba muy alerta y ofreció á su señor la siguiente contestacion:

«Señor Arzobispo de Toledo: Venid á verme inmediatamente, pues me complace mucho vuestra actitud y deseo que un prelado tan digno, una eminencia tan esclarecida no se separe de mi lado. Pero ántes conviene que me reveleis los secretos ofrecidos y nos pongamos de acuerdo, y esto debe hacerse con la mayor reserva. Una escolta os mando; disfrazaos, y solo y confundido entre los leales servidores que van en busca vuestra, podeis llegar hasta mí sin temor ni peligro de que nuestro plan se descubra. Os aguarda impaciente vuestro amigo,

ENRIQUE.»

Al rey le pareció muy bien el escrito, y autorizándolo con su firma y sello real, se lo devolvió al secretario para que este se encargase de despedir al emisario del prelado y mandar la carta con la escolta ofrecida en ella.

El secretario del rey cumplió la primera parte; es decir,

© Biblioteca Nacional de España

mandó al representante del Arzobispo que regresara á Valladolid y dijese á su señor que en breve recibiria directamente una carta y una escolta de parte de S. A. R. En cuanto á la segunda parte la evacuó con alguna variacion: unió al escrito del rey copia de lo que este decia al Arzobispo, y con otra carta firmada por él mandó las tres cosas á Garci-Gomez con un correo de su entera confianza defendido por diez valientes soldados.

Ese pliego lo recibió Hernando doce dias despues de la llegada de Padilla.

Acusó el recibo al secretario del rey y acto continuo empezó á disponer lo conveniente para realizar la intriga más difícil que habia intentado hasta entónces.

Pensaba cazar á D. Alonso de Acuña, y juzgándolo astuta fiera, arregló la red lo más hábilmente posible.

Hizo comparecer á su presencia diez caballeros muy afectos al rey en apariencia, pero que en realidad defendian secretamente la causa de Doña Isabel, hombres todos de algun arraigo y posicion, y encerrado con ellos, como jefe y amigo, los enteró de su pensamiento, dándoles cuantas instrucciones podian necesitar.

Dispuestos ellos á obedecerle y hasta sacrificarse por la causa que defendian, se ofrecieron gustosos, jurando ántes desempeñar aquella difícil mision con el acierto, prudencia é instrucciones que acababan de recibir.

Terminado este acto se hizo cargo el más caracterizado, de la carta que el rey dirigia al Arzobispo de Toledo.

A la mañana siguiente salieron los diez para Valladolid, seguido cada uno de un solo criado de toda su confianza.

Al tercer dia por la noche entraron en la capital de Castilla la Vieja, y seguidamente en el palacio de D. Alonso Carrillo de Acuña.

El prelado se hallaba escribiendo cuando un gentil-hombre le anunció la presencia de los diez caballeros que llegaban de incógnito y deseaban hablar con él reservadamente.

Há seis dias que regresó de Sevilla el emisario mandado

© Biblioteca Nacional de España

al rey por D. Alonso, y este comprendió desde luégo que los recien venidos no podian ser otros que los enviados por Enrique IV, segun le ofreció el secretario de parte de su señor, al que entregó el monarca su carta.

Se trasladó por lo tanto al estrado, y allí los mandó comparecer, recibiéndolos solo.

Los diez le saludaron y se dieron á conocer, besando luego su anillo episcopal.

Despues avanzó un paso el más caracterizado y le entregó la carta del rey, que el prelado leyó dos veces con mucho detenimiento.

Satisfecho de su contenido, contestó D. Alonso al que acababa de entregársela:

—Partiré á Sevilla con vosotros, segun me encarga S. A.

Aquel respondió con misterio, pausa y acentuando mucho sus frases:

—Señor Arzobispo, la elevadísima persona que me ha entregado ese régio escrito, cuyo nombre me está prohibido pronunciar, os espera en Madrid.

—¡Qué decís!

—En Madrid me ha entregado esa carta y allí os aguarda.

—¡Ha venido!..

—Claro está; y con tan pequeña escolta que no llegaban á treinta hombres.

—Mucho le agradezco la atencion.

—Tanto valeis, tanto os estima, que anduvo muchas leguas por vos y os aguarda con gran impaciencia. Os impone sólo la condicion de que salgais solo y muy bien disfrazado; y á nosotros nos mandó que en union de nuestros diez lacayos os sirviéramos de criados.

—No es posible dudar de caballeros tan cumplidos como lo sois vosotros, ni debo hacer aguardar á S. A. un minuto más de lo puramente indispensable. Descansad esta noche en mi palacio, y un cuarto de hora ántes de que salga el sol partiremos á Madrid.

—Muy bien, señor; dispuestos nos hallamos á obedeceros.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Teneis algo más que decirme?

—Sí, señor: desea la elevadísima persona que nos manda no digais á nadie el punto donde se encuentra ni el paraje adonde os vais á dirigir con nosotros; él, por lo tanto, no se alojó en su espléndido alcázar, sino en edificio decente, en barrio extraviado y solitario. Añade que quiere daros muchas é importantes noticias, y que intenta combinar con vos un plan de suma importancia y trascendencia, para el cual todas las precauciones y sigilo son pocos. Desde Madrid podreis regresar á Valladolid é incorporaros despues á la corte sin que nadie comprenda la cita que os ha dado ni el objeto de ella.

—Admirable; adivino lo demás y veo aparecer un horizonte lleno de bienandanza y prósperos resultados. ¿Qué es del señor Marqués de Villena, sabeis?

—Quedó enfermo en Sevilla.

—Sí; consecuencias de la lectura de cierto escrito. Muy bien. ¿Teneis que comunicarme algo más?

—Ya sólo nos resta acompañaros.

—Cenad, luégo descansais y al amanecer partiremos.

Seguidamente dió la órden el Arzobispo para que facilitasen á sus huéspedes cuanto pudieran necesitar.

Mas tarde se encerró con su primer confidente, al cual dijo:

—Que me tengan dispuesto para la madrugada un traje seglar con cota, sobrevesta y casco. Estaré ausente ocho ó diez dias á lo sumo; direis al que pregunte por mí que me hallo de caza en un paraje próximo á Valladolid. Reserva completa con los caballeros que han venido esta noche, los cuales saldrán mañana conmigo.

—¿Quiénes de palacio os acompañan, señor?

—Nadie; voy completamente solo.

—¿No temeis una emboscada?..

—¡Qué locura! No desperteis á nadie al partir yo; que os entreguen mi traje, que me basta con que vos me ayudeis. Retiraos á descansar, y á las cuatro en punto despertais á esos diez caballeros y sirvientes y á mí. Montaré el caballo Alí.

Media hora despues trataba el Arzobispo de conciliar el

© Biblioteca Nacional de España

sueño inútilmente, pues no podia desechar de su espíritu el plan que deseaba ofrecer á la aprobacion de Enrique IV.

Una hora más tarde quedó dormido y á las cuatro lo despertó su confidente, ayudándole á vestir. Él mismo le ensilló el potro Alí y se lo tuvo del diestro hasta que el prelado montó, saliendo luégo del palacio entre los diez caballeros, seguidos de otros tantos criados.

Su confidente cerró la media puerta del palacio que habia abierto, y sin despertar á nadie se retiró á sus habitaciones, diciendo luégo á todos sus compañeros y servidores de la casa que el señor partió al amanecer de caza con unos amigos y que volveria pronto, por lo cual no llevaba escolta ni acompañamiento alguno. Aun cuando ninguno de ellos creyó en semejante cacería, nada replicaron ni se atrevieron á hacer la más leve pregunta al terrible consejero de Don Alonso.

El prelado y su inteligente comitiva abandonaban Valladolid momentos despues de haber amanecido.

Iba Carrillo en medio de los diez caballeros, y por órden suya empezó el viaje á un trote largo que les proporcionaba andar una legua en tres cuartos de hora próximamente.

De aquel modo continuaron hasta las once de la mañana que se detuvieron para dar pienso, almorzar ellos y descansar tres horas.

Hallaron ricos manjares que con anterioridad les tenian dispuestos, y nada echó de ménos el Arzobispo de cuanto podia necesitar; ántes al contrario, elogió la prevision de sus acompañantes.

Por la tarde volvieron á emprender la marcha, siguiendo hasta las ocho de la noche, que se detuvieron en la posada de un pueblo de la carretera.

Allí encontró D. Alonso buena comida y mullida cama, en la que reposó siete horas.

Los veintiuno usaban un riguroso incógnito; con nadie hablaron y rara vez entre sí se comunicaban alguna idea.

De aquel modo continuaron sin otras interrupciones que las análogas á las que llevamos descritas.

© Biblioteca Nacional de España

Por último llegaron á Madrid á las nueve de la noche del tercer dia de viaje, deteniéndose á la puerta de un modesto áun cuando limpio y decente edificio situado en calle solitaria.

Solo el Arzobispo y un caballero echaron pié á tierra, dando las bridas de sus caballos á dos sirvientes.

La escolta se retiró en el acto.

El prelado y su mudo compañero entraron en el zaguan sin cruzar otras frases que las siguientes:

—Seguidme, señor, que yo os llevaré adonde os esperan.

—Lo deseo.

El portero se descubrió al verlos, sin oponerles resistencia alguna ni decirles nada.

Ambos entraron en un pasillo corto, despues en otro más ancho, perdiéndose en él.

D. Alonso habia caido en red tan hábil y discreta, que ni un solo instante desconfió de sus acompañantes ni la menor duda ó vacilacion llegaron á su cerebro, ocupado desde que leyó la carta del rey en formar planes gigantescos, dentro de los cuales se desarrollaba y mecia dulcemente su desmedida ambicion.

¡Qué bien le conocia Garci-Gomez! ¡Con qué talento y habilidad le preparó la emboscada! Hasta los movimientos de los que le acompañaron estaban subordinados al plan concebido por el héroe.

Al concluir el segundo pasillo, el que hallaron muy bien alumbrado, se abrió una puerta, cuyos umbrales atravesó Don Alonso, cerrándose instantáneamente y quedando á la parte afuera el caballero que le seguia.

Dos hombres se presentaron en aquel mismo instante, echaron cerrojo y candado, y unidos luégo al acompañante de Acuña desaparecieron de allí sin expresar frase alguna.

El caballero habia abierto la puerta, y á la luz que despedia la lámpara del pasillo se iluminó la habitacion en que concluia de entrar el Arzobispo; pero al cerrarse la puerta, que era de hierro, quedó aquella completamente á oscuras y sumergido el prelado en densas tinieblas. Se hallaba en el

© Biblioteca Nacional de España

mismo edificio en que él mandó encerrar á Hernando Alvarez de Toledo y en su misma prision, si bien la una y el otro habian sufrido algunas reformas.

Recordarán nuestros lectores que Garci-Gomez encargó á su tio comprase aquel edificio, conseguido lo cual lo mandó reformar su nuevo dueño, hasta el extremo de presentar por fuera y en algunos pasillos y habitaciones interioros buen aspecto y un aseo y curiosidad de que careció desde mucho tiempo atrás.

Desde el momento en que el Arzobispo salió de Valladolid estaba sentenciado á ser conducido de grado ó por fuerza á aquella horrible mazmorra; pero Hernando preferia é hizo cuanto pudo por lograr que el Arzobispo llegase al extremo en que lo dejamos sin imponerle la menor violencia. Por esta causa dispuso que la fachada de la casa se reformase, los pasillos anteriores á la prision, la misma mazmorra y las habitaciones donde debian permanecer los carceleros de Acuña, cuyo jefe principal lo era ya D. Lope de Padilla.

Tan admirablemente se dispuso aquella celada, que sólo Hernando y unos cuantos caballeros de su absoluta confianza é interesados profundamente en inutilizar á Carrillo, conocian el pueblo y paraje donde este fué sepultado.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXVI.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.—Un preso que no es filósofo ni tiene la abnegacion del mártir.—Consecuencias funestas.

Al oir cerrar la puerta D. Alonso y verse envuelto en negra oscuridad, se volvió como el tigre, pero sus manos quedaron pegadas al frio hierro de la puerta.

Entónces comprendió que era víctima de negra traicion, maldijo á Enrique IV, único á quien culpaba en aquel instante, y la vergüenza apareció en su semblante al considerar que pudo engañarle un monarca tan débil, impotente y desprestigiado.

Pero detrás de la indolente y pálida figura del rey vió alzarse la altiva y arrogante del Marqués de Villena, y el ódio, la soberbia y desesperacion reemplazaron prontamente al átomo de rubor que habia aparecido en su rostro.

Juzgaba que lo mandó prender el rey por consejo y bajo la direccion de Pacheco, y su encono contra este hombre fué indescriptible.

Convulso, azorado y dando rugidos como la fiera del desierto, fué palpando las paredes de la habitacion en que se hallaba. Solo halló el frio del muro, el del hierro y el de la madera de un sillon de baqueta y de una mesa de roble, únicos muebles que le habian concedido.

© Biblioteca Nacional de España

Fatigado y más soberbio que nunca, cayó sobre el sillon, exclamando:

—¡Ah, maldito Villena; tu ódio es más nocivo que el veneno de la serpiente! ¡Mas ay de ti el dia en que yo abandone la horrible mazmorra donde me han encerrado tu encono y maldad! ¡Qué intriga tan hábil! ¡Nunca hubiera yo creido en talento tan especial ni pensé que hombres tan diestros y entendidos como los que me han acompañado pudieran servir con lealtad tan grande á ese abominable Marqués! Los diez tienen fama de hidalgos; son ricos y jamás tomaron parte en traicion alguna! ¡Cómo logra corromper ese mónstruo hasta lo más noble y generoso que existe!

Y Carrillo se sumergió en profundas meditaciones que hubieran templado su desgracia si no inoculasen en ella su feroz ponzoña la soberbia, orgullo, amor propio, ódio y despecho.

Cubierto el cielo de negros nubarrones, no podia alumbrar la mazmorra de Acuña resplandor alguno; el ancho tragaluz de su prision debia permanecer durante la noche como si estuviera cubierto por espeso muro.

¡Qué horas de amargura y tormento aguardaban durante aquella larga tiniebla al altanero D. Alonso! Quiso gritar, y el orgullo se lo impidió; fijaba el oido con objeto de percibir algun ligero roce, y el silencio de la tumba contestaba con su lógico y mudo acento que no se molestase. Anduvo aceleradamente hasta salpicar el pavimento con el copioso sudor que brotó de su frente.

Cayó nuevamente sobre el sillon, é iracundo y fuera de sí oprimia los puños, apretaba los dientes, balbuceando á intervalos improperios y maldiciones dirigidos con delirante despecho al Marqués de Villena y á Enrique IV, los cuales no tenian la más ligera idea de la situacion de Acuña.

Era la primera vez que el prelado se hallaba preso, humillado y vencido; y como cayó en su negra mazmorra desde la cúspide del poder, sin estar prevenido ni abrigar la menor sospecha, el golpe fué infinitamente más rudo y cruel de lo que es posible expresar.

© Biblioteca Nacional de España

El respetable Arzobispo de Toledo, primera dignidad en su clase de Castilla y de Leon; el omnipotente grande de España; el elevado, rico y poderoso señor de horca y cuchillo; el juez, el magistrado, el coloso, en fin, de Leon y de Castilla, al hallarse de pronto en idéntico estado que el asesino ó terrible bandolero en manos de la justicia, se revolvia como el leon en el vacío de una impotencia más grande si cabe que su antiguo poder.

¡Terrible debia ser aquel encierro para un hombre que disponia de ejércitos compuestos de soldados, clérigos, familiares, secretarios, gentiles-hombres, mayordomos, pajes, ugieres, porteros y lacayos! Desde la cúspide de la mayor opulencia, del más grande poder habia descendido á la miseria del que carece hasta del agua con que se apaga la sed y de la frase del mendigo.

Cada hora que trascurria era un siglo para D. Alonso, y cada segundo, lento, amargo y pesado, reposaba en su corazon como gota de aceite hirviendo.

Oyó más tarde el lúgubre tañido de la campana que llamaba á los monges al coro, y léjos de excitarle ascetismo y resignacion, aumentó su soberbia y despecho considerando que hasta el lego más mísero de aquel monasterio era ménos desgraciado, ménos impotente que él.

Y en febril agonía fué contando los instantes de su vida por los momentos de desesperacion y sufrimiento que pesaban sobre su indomable espíritu.

Continuaba con su cota de malla, casco y espada, cuyo aparato guerrero formaba un contraste ridículo ante su impotencia, aislamiento é imposibilidad de todo lo que no fuera inclinarse ante su destino y sufrir.

Esto lo comprendia él perfectamente, y con ira y enojo arrojó el casco y la espada léjos de sí.

En tan desesperada situacion pasó seis horas, siendo al cabo de este tiempo dominado por un sueño intranquilo.

Se hallaba sentado sobre el sillon é inclinada la cabeza en el respaldo; á los veinte minutos despertó víctima de atormentadora pesadilla.

© Biblioteca Nacional de España

Volvió á quedarse dormido, y al abrir los ojos contempló el pálido resplandor del crepúsculo matutino.

Estaba, como dijimos, en la misma prision en que él mandó encerrar á Hernando Alvarez de Toledo, y por el ancho tragaluz de aquella aparecia la aurora, maldita cien veces por Don Alonso al contemplarla desde su sillon de baqueta.

Las nubes que durante la noche cubrieron la atmósfera habian ido desapareciendo hasta quedar una madrugada templada y agradable.

El sol radiante y bello asomó su faz por Oriente, y Don Alonso comenzó á distinguir la prision en que se hallaba.

—¡Qué es esto!—exclamó de pronto.—¡Gruesas paredes, una puerta de hierro, torno, mesa con recado de escribir y libros sagrados! Para leer estoy yo; un sillon y el monton de paja que se concede al asesino ó bandolero en el mísero calabozo en que la justicia lo encierra! ¡A mí eso sólo!.. ¡Miserables, os he de pulverizar! ¡Parece esta la prision aquella!.. ¡Qué recuerdo tan funesto! ¡Sí, es idéntica, segun la descripcion que me hicieron! ¡Creo que la misma; aquí estará la mora enterrada y el suicida Hernando Alvarez de Toledo! ¡Qué casualidad! ¡Oh, parece que se alza de su tumba y grita ¡venganza, venganza! ¡Huye de mí, fantasma aterrador, huye por piedad!

Y D. Alonso volvió á caer sobre el sillon cubriéndose la cara con las manos.

Por algunos instantes estuvo perturbada su razon.

Habia gritado y debieron algunos escuchar su voz, pues en el mismo instante que él se cubria el rostro se abrió la puerta del calabozo, apareciendo en los umbrales dos hombres, que quedaron inmóviles como una estátua.

Al volver en sí Carrillo, abrió los ojos, y fijo en las dos figuras humanas que se presentaron á su vista, exclamó aterrado:

—¡D. Lope de Padilla! ¡Hernando Alvarez de Toledo! ¡Piedad!..

Ahora perdió la vista y el conocimiento por completo.

© Biblioteca Nacional de España

A pesar de su gran talento, no se habia podido librar el Arzobispo de las preocupaciones y supersticion de su época.

Creyó que Padilla y Toledo, á quienes juzgaba muertos, se alzaban de su tumba para pedirle cuenta de la iniquidad que hizo con ellos, y ante acusadores tan terribles cayó sin sentido.

En el último instante de su razon se juzgaba muerto y en poder su espíritu de aquellos dos séres muertos por causa suya.

Eran efectivamente D. Lope y Hernando, sin barba ninguno, con sus melenas rizadas, tal como D. Alonso los conoció ántes de juzgarlos muertos.

Aparecieron cogidos de las manos, y sus miradas de fuego se fijaron en Acuña de una manera imponente, terrorífica.

Poco despues de perder el conocimiento D. Alonso desaparecieron de allí, llevándose la espada y el casco del prelado.

En cambio se movió el torno, presentando uno de sus ángulos una gorra de terciopelo negro y un jarro de agua.

Tres ó cuatro minutos nada más duró la perturbacion del Arzobispo. De nuevo abrió los ojos fijándose en la puerta, pero nada vió; los fantasmas habian desaparecido.

—¿Es un sueño,—dijo,—otra pesadilla lo que acabo de experimentar? ¡Lo ignoro; pero estoy vivo, tengo piernas y brazos; puedo andar, sí, ya lo veo; sólo me estorba un frio glacial que domina mi materia! ¡Se llevaron el casco!.. ¡y la espada!.. y allí me han dejado una gorra; me la pongo. ¡Qué es esto! ¡Agua! ¡Falta me hacía!

Bebió, comenzando á pasear aceleradamente por su calabozo.

El agua y aquel ejercicio lo reanimaron hasta volver á caer en el sillon sudando y fatigoso.

El sol bañaba ya la parte superior de su encierro y se podia distinguir á su clara luz hasta los átomos del suelo.

Algo más sereno D. Alonso miró en torno, viendo con

© Biblioteca Nacional de España

sorpresa que las blancas paredes de su calabozo estaban cuajadas de letreros, grandes los de arriba, menudos y compactos los de abajo; formaban cuatro caras de un extensísimo libro.

Excitaron su curiosidad, y fijando su vista, leyó:

«Los ricos no entrarán en el reino de mi Padre.» *(Jesús.)*

Estremecido retiró la vista, y fijándola en otro punto, leyó:

«Jesús, hijo de Dios, espíritu divinizado, nació en un mísero establo; fué envuelto en pañales que debió á la caridad pública; trabajó luégo junto al artesano José; rompió más tarde las cadenas que oprimian á la humanidad, y el más modesto, el más caritativo, el más sublime de los séres que habitaron la tierra murió en un patíbulo afrentoso, entre agudos dolores que, léjos de excitar su ira, despecho y deseo de venganza, le inspiraron las siguientes frases: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Fué el primer sacerdote del cristianismo; los que á El se parezcan son sus discípulos; los que no le imiten son los émulos de escribas y fariseos.»

—Esto es bíblico; pero yo no lo he visto en ningun libro sagrado. ¡Lo han escrito para mí!.. ¡Qué acusacion tan terrible! ¡Se propusieron despertar el remordimiento en mi alma, y lo han conseguido! ¡Yo me llamo discípulo de Jesús, y soy Arzobispo de Toledo, y grande de España, y mando ejércitos, y dirijo batallas, y habito palacios, y tengo mucho oro, y miéntras la humanidad perece! ¿Pero es verdad que existió Jesús; es verdad que hay Dios? Yo no puedo, no quiero creerlo; porque si hay Dios, si vino Jesús á enseñarnos, ¿qué soy yo, qué aprendí yo, qué hago yo, Arzobispo de Toledo, grande de España, rico, soberbio, orgulloso? A mí no me conviene que haya Dios ni que existiera Jesús... Pero mi conveniencia no es ley ni mi deseo puede formar un axioma; puede haber Dios y existir Jesús, aun cuando á mí no me convenga. ¡Qué prision tan horrenda; en un calabozo sin luz, asiento ni mueble alguno torturarian mis carnes; pero en este torturan mi alma! ¡Qué me importa la radiante luz de ese sol si no puedo

© Biblioteca Nacional de España

abrir los ojos! ¡La claridad vivificadora de ese astro destroza mi espíritu, lo asesina! ¿Qué dice allí? ¡Parece que contestan á mis preguntas!

Y leyó:

«Dios hizo el mundo, el universo; sabio, perfecto y poderoso, pudo crear cuanto se presenta á nuestra vista y mucho más que nos es desconocido. Ruin, grosero y miserable debe ser el espíritu que no estando á la altura de Dios, que porque no comprende la obra ni el poder de Dios, niega la existencia de Dios y concede á la nada el poder del sabio, del perfecto, del poderoso, de su padre, de un creador á quien tanto debe. Dios pudo hacerlo ruin molécula de la materia; lo hizo espíritu, le dió un universo, y lo niega y lo desconoce, é intenta arrancar con potente mano sus admirables atributos para entregárselos á la casualidad, á la nada! Insensato, no eres ni aun agradecido; en tu estúpida negacion es donde más clara se ve la grandeza de Dios que te tolera y hasta perdona! Al exclamar Jesús, *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen*, no era Dios, porque no podia ser Dios, porque sólo puede haber un Dios; pero se asimilaba á Dios en lo que es posible en un espíritu muy elevado. El espíritu de Jesús murmurando en su terrible agonía *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen*, reconocia la existencia de Dios y demostraba dirigirse á un sér más grande y poderoso que él; Jesús, espíritu el más elevado que vino á la tierra, formará en los siglos la antítesis del hermano grosero, ruin y miserable que niega á Dios porque no comprende la causa de ser Dios tan poderoso, perfecto y sabio.»

No pudo continuar leyendo el prelado; cubrió su rostro con las manos, y por primera vez de su vida halló apoderados de su alma el remordimiento y la vergüenza.

Su calabozo estaba aseado; tenía libros instructivos, recado de escribir, cómodo sillon, la luz del sol; y más que mazmorra era aquello una celda donde el hombre de talento podia entretener agradablemente las horas del dia. Es posible que su maestro Jesús no tuviera nunca en la tierra un ajuar

© Biblioteca Nacional de España

tan agradable é importante como el que concedian al prisionero Acuña.

En cambio tenía el buen Arzobispo en las paredes de su calabozo todos los tormentos de la inquisicion, en los cuales debia permanecer su alma en perpétua tortura.

Hernando Alvarez de Toledo, al constituirse por primera vez de su vida en juez y sentenciar al reo, habia conseguido lo que ningun magistrado de la tierra, esto es, aprisionar un espíritu y darle tormento.

¿Logrará de este modo dominar aquel alma apasionada y terrible?

Lo dudamos, por más que el remedio sea heróico. Algo ha de conseguir, impresas en el espíritu del Arzobispo han de quedar la más sana moral, las verdades más importantes al hombre; pero es tan rudo en sus propósitos Acuña, está tan apegado al lujo, á la esplendidez y al poderío, que no es posible convertirlo de pronto ni en muchos años del todo.

Digámoslo sin rodeos: D. Alonso es padre de Melania, y Toledo, que ama á la hija con profundo cariño, ha hecho esfuerzos gigantescos, como ya estamos viendo, por depurar y convencer á aquel espíritu rebelde y prostituido.

Llevaba D. Alonso doce horas de prision, y en este corto período habia envejecido un año.

Quedó sentado en el sillon con la vista baja y entregado á la profunda meditacion que le imponian el remordimiento y la vergüenza. De este modo permaneció hasta que vino á distraerlo el ruido que produjo un hierro girando sobre su eje.

Maquinalmente se acercó al torno, viendo delante de él un suculento almuerzo, acompañado de ricos vinos y todo el servicio necesario al aseo.

El grato aroma que exhalaban las viandas hirió el olfato de Acuña, pero no tenía hambre ni sed; movió la cabeza con disgusto, y de pié, junto al torno, probó los alimentos, bebiendo luégo un poco de agua mezclada con vino generoso.

No estaba su razon completa: la sorpresa, el ódio, despecho y deseo de venganza que agitaron despues su espíritu,

© Biblioteca Nacional de España

las sombras de Hernando y de Padilla que se le presentaron á la puerta del calabozo, y los axiomas que leyó ántes, perturbaron algo su cerebro.

Al empezar la digestion del poco alimento que concluia de tomar, sintió escalofrios y un poco de malestar; para combatir estos primeros síntomas empezó á pasear, consiguiendo un copioso sudor que debia serle provechoso.

A las dos horas se arrellanó en el sillon fatigado de tanto andar.

Quiso y logró arrancar de su mente las ideas que en confuso tropel se precipitaban en su cerebro, y lo consiguió, quedando al poco tiempo profundamente dormido.

Contribuyeron á realizar este milagro el insomnio de que fué víctima la noche anterior, su vigorosa materia y la fuerza de voluntad que tenía el prelado.

Inquieto, moviéndose á intervalos y presa de algunos ensueños, durmió tres horas seguidas, sintiéndose al despertar tan sano como al entrar en la prision.

No le sucedia lo mismo á su espíritu; este empezó á ser impresionado nuevamente con las verdades escritas en las paredes, el recuerdo de las figuras de Padilla y Toledo y los nombres de Enrique IV y Villena que sus labios murmuraban con coraje creciente.

A las cinco volvió á oir el torno, mirando despues nuevos vinos, viandas y servicio de mesa.

No tenía apetito, mas empezaba á sentir debilidad, y creyó debia combatirla para evitar mayores males á su materia.

De pié junto al torno comió, bebiéndose medio vaso de un vino excelente mezclado con igual cantidad de agua; y volvió á pasear hasta que empezó á oscurecer, que se arrellanó en su sillon.

El crepúsculo vespertino enluta el dia y es indudablemente la parte de él más triste.

A D. Alonso se le presentaba lúgubre, tétrico y sombrío; á la oscuridad acompañaba un silencio profundo; el prelado no escuchaba en su calabozo otro ruido que el de las campa-

© Biblioteca Nacional de España

nas del cercano convento, las que unas veces tocaban llamando á los frailes al coro, los fieles á la iglesia, cuando no doblaban, haciendo estremecer el corazon de D. Alonso con sus tristes, lentos y pavorosos tañidos.

¡Cuánto sufria en estos instantes; qué pensamientos melancólicos y sombríos agitaban su mente, mezclados con ideas de sangre y esterminio que brotaban de su imaginacion sedienta de venganza!

Se hallaba sepultado en su mortificadora meditacion y era ya completamente de noche, cuando oyó correr los cerrojos de su prision, alumbrándose esta con una luz rojiza y siniestra.

Acuña vaciló, quedando su entendimiento perturbado. La figura de Padilla se le presentó otra vez acompañada de la de un soldado que se acercaron hácia él, momentos ántes de perder la razon.

Al volver en sí habia una linterna sobre la mesa, la cual extendia en la prision la siniestra luz de que hemos hablado ántes, la puerta del calabozo estaba cerrada, y veia clara y distintamente D. Alonso al caballero Padilla, que con traje elegante, descubierta su cabeza, luciendo su larga, negra y hermosa melena, sentado frente á él en otro sillon de baqueta, le miraba sin ira ni despecho.

El Arzobispo vaciló, restregándose los ojos como si quisiera salir de un sueño pesado.

No osaba mirar de frente y con fijeza á aquella figura que le hacía dudar si era la de un espectro ó la del sér humano á quien retrataba.

El trance era difícil y molesto aun para el corazon más fuerte.

—¿No mataron á este hombre, ha resucitado ó he fallecido yo?

Se preguntaba el prelado, vacilando y no en su cabal juicio.

Pero era fuerte, con dificultad podia un acontecimiento, por grande que fuese, doblegar aquel espíritu altanero, y haciendo un esfuerzo sobre sí, se atrevió á preguntar, levantando un poco la cabeza:

© Biblioteca Nacional de España

—¿Quién sois?

—Don Lope de Padilla.

—¿Qué quereis de mí?

—Poca cosa, Don Alonso; me han nombrado jefe de la guardia que defiende vuestra prision, y á fuer de hidalgo y caballero entré á haceros compañía una ó más horas. Si os molesto me retiraré.

—¡Sois Padilla!

—Ya lo veis.

—¡Vivo y sano!..

—Más sano y más vivo que lo estuve nunca, gracias á Dios.

—Dicen que os mataron...

—Así debió acontecer, si el ángel Garci-Gomez no hubiera detenido el hacha que alzó sobre mi garganta una injusta sentencia, firmada por diablos que se llaman Acuña, Pacheco, Giron, etc.

—No os entiendo.

—¿Quereis oir la historia detallada?

—Sí.

—Escuchadla.

Y D. Lope le refirió con todos sus detalles la manera que tuvo Hernando de arrancarlo de entre las garras de la muerte.

Al terminar meditó un poco el Arzobispo, contestándole:

—¡Siempre Garci-Gomez; en todas partes Garci-Gomez; doquier el nombre ó la poderosa sombra de ese hombre funesto, cuyo poder aterra, cuyo génio domina y vence siempre!

—Es funesto, D. Alonso, para los malvados, es la egida de los buenos, es el ángel de redencion que ya empezó á elevar un reino sumido por vosotros, torpes conspiradores, menguados ambiciosos, en la degradacion, en la miseria, en el caos. Pero me falta apendizar mi relato con una noticia que ignorais: el noble Garci-Gomez quiso sacarme á costa de su vida de la capilla en que vos, Villena, Giron y otros me encerrásteis. De este modo pretendia pagar la vida que yo le

© Biblioteca Nacional de España

salvé en Búrgos, cuando cayó en la horrible celada que le tendió D. Enrique Giron; mas yo me negué á consentir tan generoso sacrificio y sólo consiguió que cediera aceptando la condicion que le impuse de que me habia de ayudar á vengarme de Giron, Villena y D. Alonso de Acuña. Empeñada su palabra de honor abandoné la capilla, como os he dicho ántes, y esperé tranquilo, pues no es Garci-Gomez hombre que falta á nada de lo que ofrece. Y en efecto, hace ya tiempo que me proporcionó los medios de matar á D. Pedro Giron; despues leí al Marqués de Villena, en plena corte, el escrito en que vos tambien firmásteis, el cual le produjo una disolucion de humores de la cual morirá muy pronto; y ya habreis meditado en la manera fácil con que cazamos al tercero, ó sea al eminente señor que me hace la honra de escucharme en estos instantes.

—¿No fueron los autores de la red en que he caido Enrique IV y el Marqués de Villena?

—No; el Marqués está gravemente enfermo, y ya sabeis lo indolente y torpe que es S. A. é incapaz por lo tanto de caza tan hábil y oportuna.

—¡Con que fué Garci-Gomez!

—Sí, señor, y meditad mucho las frases que le dirigís, que soy su leal súbdito y su amigo más cariñoso.

—¿Pues y la carta que me dirigió Enrique IV, cuya firma y sello eran auténticos?

—El rey los puso efectivamente; pero como el poder de Garci-Gomez llega á todas partes, cayó en sus manos ese escrito, y la manera que tuvo de mandároslo y las consecuencias que está teniendo para con vos, son simplemente la contestacion que da Garci-Gomez á vuestro último perjurio, queriendo abandonar á los reyes de Sicilia, pasándoos al campo de Enrique IV, y á la vez termina el cumplimiento de la palabra que me empeñó á mí en la capilla, al ofrecerme las respetables personas de Acuña, Pacheco y Giron. De una pedrada mató dos pájaros; perdonad la vulgaridad de la frase.

—¿Quién le dijo que yo me iba á pasar al bando del rey?

© Biblioteca Nacional de España

—La carta que vos dirigísteis al monarca, de la cual le mandaron una copia autorizada con respetable firma.

—¡Todo lo comprendo ahora! Garci-Gomez juega con dos barajas.

—No lo creais; con veinte: ¡tiene tanto talento! Pero siempre, absolutamente siempre lo emplea en bien de su patria, en el mejoramiento de la humanidad.

—Me venció; pero esta vez no jugó limpio; su salida de Valladolid cuando yo era leal á los reyes de Sicilia...

—No prosigais, Don Alonso; Garci-Gomez juega siempre limpio; cuando Garci-Gomez abandonó Valladolid para prepararos esta prision, sabía ya que os ibais á rebelar contra Don Fernando de Aragon y Doña Isabel de Castilla.

—¿Quién se lo dijo?

—Su génio, que leia vuestros pensamientos; su comprension, que adivinaba lo imposible que os era seguir obedeciendo á dos reyes modelos de virtud y de modestia, que sólo se dejan dominar por el poder de la justicia.

—¡Terrible Garci-Gomez! ¿Vais á disponer que me asesinen?

—Nos confundís, D. Alonso, con aquel poderoso magnate que acordó la muerte, en esta misma prision, de D. Hernando Alvarez de Toledo.

—¡Qué recuerdo!

—Nosotros, eminénte señor, si á alguno herimos, es por lo ménos en lucha de igual á igual.

—¿Qué vais á hacer de mí?

—Lo que veis; ni más ni ménos.

—¿Mucho tiempo?

—Sólo Dios lo sabe; la sentencia dice simplemente: estará encerrado el señor Arzobispo hasta que muera Enrique IV y sean reyes de Castilla y de Leon Doña Isabel y D. Fernando.

—Ya habrá algun cumplido caballero ganoso de honores y riquezas que me indulte.

—No os comprendo bien, señor Arzobispo.

—Entiendo, Sr. Padilla, que no habreis olvidado lo rico y

© Biblioteca Nacional de España

poderoso que soy, por más que en estos momentos me tenga condenado el destino á vivir en estrecha prision.

—Estrecha no; es de las más grandes que hay en Castilla y la elegida por vos, como la mejor indudablemente, para que en ella pereciese el valiente y nunca bien ponderado Alvarez de Toledo.

—¡Otra vez ese fatal recuerdo! D. Lope, en noche funesta hice cuanto pude por salvar vuestra vida, ya os lo habrán dicho los agentes de Garci-Gomez, como tambien que sostuve una lucha desesperada y accedí cuando no tenía otro remedio que consentir y aprobar vuestra sentencia de muerte ó aceptar una colision que hubiera ocasionado millares de desgracias. De esto debemos prescindir, pues creo que vuestro deseo de venganza es injustificado, y si algo faltase pondré en la balanza todo el oro que me pidais. Puedo además cederos un señorío y algunas rentas que mejoren vuestra posicion.

—Lo pensaré, D. Alonso, si bien encuentro una dificultad grande que ha de oponerse á la realizacion de la idea que bulle en vuestra mente.

—¿Qué dificultad es esa? Acaso yo pueda destruirla.

—Todo lo haré yo en el mundo ménos faltar á una palabra empeñada con nadie, é infinitamente ménos con las que dé á Garci-Gomez. Y es el caso que le he ofrecido perecer ántes que consentir vuestra evasion de aquí, hasta tanto que muera Enrique IV.

—Puede vivir más que yo.

—No es lo probable, D. Alonso; está enfermo, achacoso y comete tanto exceso, que estoy seguro de su muerte en un período de tres ó cuatro años á lo sumo.

—¡Tres ó cuatro años encerrado aquí!

—¿Qué os falta? Tengo órden de daros cuanto me pidais con humildad y resignacion. Estais ya entrado en años, señor Arzobispo, y á pesar de la respetable clase á que perteneceis, no meditásteis aún en lo fugaz de la vida humana, en que habeis de dar cuenta á Dios de vuestras acciones y en lo impropio de que un prelado, como si dijéramos, un discípulo de Je-

© Biblioteca Nacional de España

sús, viva en la opulencia y ocupe los dias, los meses y los años en guerras, intrigas y en todo ménos en el cuidado de su alma y de los millones de ovejas que el Señor puso á vuestro cuidado. Aquí teneis libros sagrados que hablan mejor que yo; esas paredes mandadas escribir por Garci-Gomez, que habla mejor que los sabios, y la bondad de Dios, que aguarda constantemente el arrepentimiento, enmienda y amor de sus hijos, para tenderles los brazos y atraerlos hácia su augusto Sér. No ha sido poca suerte la vuestra que mi jefe y yo llegáramos á tiempo de arrancar al demonio una presa de *tanta importancia*.

—Basta de sermon, D. Lope. ¿No os ha parecido como á mí, grotesca y hasta ridícula la escena?

—No me he fijado en eso, D. Alonso; pensaba únicamente en lo criminal é impropio de que un sacerdote, un ministro de Dios ocupe su vida en intrigas, atesorar dinero y destruir al género humano.

—Solo yo he de dar cuenta de mis acciones á Dios, y quiero por lo tanto ser el único que me aconseje y guíe en el camino de la vida.

—Por esa lógica, señor de Acuña, son inútiles los sacerdotes del universo.

—El pueblo y toda la gente ignorante necesitan pastores que los encaminen al bien y una religion que enfrene sus faltas y purifique los espíritus.

—Luégo solo la ignorancia es el orígen de los males.

—Claro está.

—Seguramente por eso os estoy yo aconsejando, D. Alonso, porque no conozco hombre alguno más criminal que vos.

—No es noble ni caballero insultar á un preso.

—Otra fué mi intencion: deseaba conduciros al bien; pero si mis frases os lastiman me retiraré en el momento, y por Dios que no he de entrar en este calabozo hasta que haya muerto Enrique IV y os pueda ofrecer la libertad.

—No os quise decir eso; me complace hablar con vos; pero evitad sermones que solo daño pueden hacer.

© Biblioteca Nacional de España

—Estais, D. Alonso, sentenciado á encierro celular, el mismo que vos impusísteis á D. Hernando Alvarez de Toledo; pero vuestro juez es más generoso que vos y os permite una excepcion; esta es mis visitas; yo puedo entrar aquí cuando quiera, siempre que os hable del mejoramiento de vuestro espíritu, de vuestra perfeccion.

—Vos no sois, señor Padilla, un subordinado servil sin criterio ni libre albedrío. Vos no teneis amo; en cambio sois caballero y teneis voluntad.

—Cierto; jamás desempeñaria el papel de esbirro ni me parezco en nada á aquellos miserables que custodiaban aquí al inocente Alvarez de Toledo. Yo sirvo á Garci-Gomez por cariño, por simpatía, por convencimiento profundo de que vale más que yo, de que es justo, equitativo y tan noble en sus acciones que sus hechos empiezan ya á asombrar al mundo. Por esta causa no le faltaré nunca; no le sucederá á él lo que á vos, cuyos despreciables mercenarios os engañaron villanamente, suponiendo que Alvarez de Toledo se suicidó, cuando está, gracias al cielo, tan sano como nosotros.

—Eso parece un cuento, D. Lope.

—Pues es la verdad. ¿Tan perturbado os hallábais, vos, que os figurais ser un Salomon y á la vez un Cid, que lo desconocísteis al presentarse conmigo en los umbrales de esa puerta hace poco? Pues él fué quien mandó retirar el casco y la espada, dejándoos agua...

—¡Me parece recordarlo!

—Allí podeis ver la lápida que cubre los restos mortales de la mora para quien se hizo esta prision. Pues bien, en su misma tumba metieron y sigue el cadáver de un soldado que fué esbirro vuestro; sus compañeros lo ahorcaron suponiendo que habia dejado escapar á D. Hernando, y cubierto su cuerpo con un traje igual ó parecido al que usaba Toledo, se lo presentaron al emisario que vos mandásteis de Avila, diciéndole: Ved á D. Hernando; se ahorcó ahorrando al verdugo el trabajo de segar su cabeza. Levantad la losa, si quereis; yo os mandaré una palanca.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Cuánta traicion, cuánta intriga! ¿Me habeis dicho la verdad, D. Lope?

—Os lo juro por mi honor, por el Dios que nos oye y por la sagrada memoria de mi madre.

—¿Cómo se escapó Alvarez de Toledo?

—Ese es un secreto que no me es posible revelaros.

—¿Qué hizo luego?

—Unido á Garci-Gomez, formaron entre ambos una sola voluntad, tuvieron un solo deseo.

—Jamás le ví.

—Muchas veces; pero no era posible que vuestra profunda mirada penetrase su incógnito; os sucedió con él lo mismo que conmigo.

—¿Le unen á Garci-Gomez relaciones de amistad ó de parentesco?

—No puedo daros más explicaciones sobre Toledo.

—¿Por qué no habiais de entrar á mi servicio, ser mi amigo, el jefe principal de mis huestes? Yo os colmaria de honores, preeminencias, siendo á la vez el caballero más rico de Castilla.

—Tengo dos razones poderosas, D. Alonso; la primera es que no puedo hallar en el mundo jefe más entendido, sabio, generoso, espléndido, noble y de más brillante porvenir que Garci-Gomez. Y la segunda, que no siendo yo sacerdote no puedo servir á un Arzobispo.

—Soy á la vez grande de Castilla, ricohombre y dispongo de ejércitos y de tesoros.

—Verdad es; pero hay tanta impropiedad en eso, como injusticia hubo en condenar á muerte en patíbulo afrentoso á vuestro Maestro y jefe, Jesús. ¡Qué bien estariais en vuestro arzobispado, al frente del clero, guiando las ovejas, influyendo moralmente en el bien de las almas! ¡Qué horrible aspecto presentais como grande, como rico, como poderoso, materialmente considerado, con esa cota de malla, con el casco y la espada, que, avergonzado una vez en vuestra vida, arrojásteis léjos de vos!

© Biblioteca Nacional de España

—No continueis predicando, Padilla, porque lo haceis muy mal.

—Fué un consejo, no un sermon. Ya sé que predicando yo en la cátedra del Espíritu Santo ó vestido de pontifical estaría tan ridículo como vos conspirando y con ese traje guerrero.

—La época lo requiere así.

—No ha de ser defensa bastante el dia en que Dios os pida cuentas, D. Alonso, y ya estais entrado en años, y ya el hielo de la vejez empieza á blanquear vuestra cabeza, y hasta creo que, gracias á lo mucho que os estima Garci-Gomez, asoma el remordimiento en vuestra conciencia como el crepúsculo que anuncia la proximidad del dia que trae consigo el arrepentimiento y la enmienda.

—Eso nunca.

—Peor para vos; mas entiendo que os equivocais en este instante.

—Basta de infructuosa conversacion, Padilla.

—Teneis razon; me retiro. Buena noche, señor Arzobispo.

—¿Os llevais la luz, me vais á dejar á oscuras?

—Más inocente que vos era Hernando Alvarez de Toledo y á oscuras le tuvísteis. Pero Garci-Gomez es más generoso que vos, y os concede todo lo que sea compatible con vuestra prision y lo pidais con humildad.

—Necesito una luz.

—Eso es mandar, no pedir.

—¿Me haceis el favor de disponer que alumbren este horrible calabozo?

—Con mucho gusto.

Don Lope dió un golpe en la puerta y minutos despues apareció un reverbero por el torno, que dió claridad bastante.

Padilla añadió:

—¿Qué más deseais?

—Una cama.

—Pedidla de otra manera, D. Alonso.

—¿Me haceis el favor de mandar que me entren una cama?

© Biblioteca Nacional de España

—Sí; pero os aconsejo que pidais de una vez cuanto os haga falta.

—Gracias. Os ruego mandeis entrar lo necesario para asearme; ropa interior y calzas que suplan esta cota de malla.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

Don Lope se acercó al torno, gritando:

—Cama, ropas y objetos de aseo.

Instantáneamente se abrió la puerta del calabozo, entrando varios soldados: unos quitaron la paja limpiando aquella estancia, en tanto que otros colocaron un lecho decente y un armario en el que habia ropas interiores y exteriores. Tambien pusieron aguamanil, jofaina y jarro, con mesa de noche.

Al concluir se despidió Padilla é iba á salir, cuando el Arzobispo le alargó la mano, diciéndole muy quedo:

—Por última vez, D. Lope; yo os ofrezco...

—No os molesteis, señor Arzobispo; mi alma pertenece á Dios, todo lo demás á Garci-Gomez. ¿Vísteis esos míseros soldados que acaban de salir? Pues el peor de ellos no os concederia ni el átomo de un mendrugo contra la voluntad de Garci-Gomez, aun cuando le ofreciéseis el trono de Castilla. Todos servimos al héroe por deber, por gratitud, con amor, y no os extrañe si no comprendeis esta conducta; vos, D. Alonso, solo tuvísteis mercenarios que os sirvieran; á Garci-Gomez le obedecen hijos. Buena noche.

Y se retiró dejando al prelado con las manos cruzadas, baja la cabeza, triste y meditabundo.

Cada objeto de cuantos veia en torno, cada frase de las escritas en la pared ó pronunciadas por Padilla era un golpe dado á su orgullo y vanidad; pero su alma ardiente y apasionada, si sucumbia por un momento, pronto desechaba el bien al entregarse á pasiones bastardas que de tortura en tortura la ensoberbecian y quemaban con perenne y abundante fuego.

Al salir Padilla quedó sumido el calabozo en profundo silencio.

La rojiza luz que despedia el reverbero se asemejaba á

© Biblioteca Nacional de España

una de las ráfagas de la hoguera en que empezaba á mecerse el espíritu de Acuña.

Bien pronto dejó el Arzobispo de meditar; su semblante se coloreó con un vivo carmin, y con ira mal comprimida fué quitándose y arrojando á los piés del lecho la ropa que le cubria hasta quedar desnudo. Se metió en cama, pero léjos de conciliar el sueño se volvia de un lado para otro oprimiendo los puños, siempre con creciente ira.

De este modo permaneció hasta la media noche, que fué vencido por el cansancio y el sueño.

¡Cuánto habia sufrido durante aquella velada, aquel insomnio, aquella desesperacion! ¡El, rodeado siempre de pajes, de ugieres, de familiares, de gentiles-hombres que nunca le contradecian, que siempre le adulaban, se halló de pronto en horrible mazmorra, solo, sin tener un criado que le ayudase á quitar la cota!

¡Y si fuera eso sólo! Su entendimiento le presentaba claro y parlero el cuadro de sus desgracias hasta con exajeracion; su conciencia lo mecia en cruel remordimiento; su voluntad se agitaba en el vacío, y su memoria le recordaba una quintilla de Hernando que envolvia terrible amenaza, la cual se convirtió en hecho tan cierto como espantoso.

Nos referimos á la noche aquella en que el audaz cantor terminó sus estrofas con la siguiente, que recordarán nuestros lectores:

Busca entre la sombra oscura
de mis pisadas la huella,
mas teme si en la espesura
se queda opaca tu estrella
al vaiven de una locura.

Se cumplia el amenazante pronóstico; Hernando Alvarez de Toledo era ya el poderoso señor que mandaba sin limitacion, y el Arzobispo, un mísero preso que se veia obligado á pedir con humildad hasta un poco de ropa con que cubrir sus carnes.

Pero no se doblegaba su alma ante el infortunio; tenía todo el valor de la desesperacion, de la ira y del despecho.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXVII.

Continúa la expiacion.—El sufrimiento depura y eleva las almas.—Por fin brilla para el Arzobispo la luz radiante de la libertad.

El Arzobispo despertó al amanecer, con el cuerpo dolorido y el alma lacerada de los diferentes ensueños que habian agitado durante la noche su espíritu y su materia.

Abrió los ojos, y fijándose en la pared que tenía de frente, leyó:

«La aurora del mundo es la aparicion del sol; la aurora del alma, la forma la aparicion de la virtud. La materia se vivifica con el calor del sol; el alma se funde, depura y adquiere nueva y vigorosa existencia con el calor de la modestia, de la caridad, de la abnegacion; satisfecha entónces de sí, se ve halagada por el presente, y dichosa con la idea de un porvenir saturado de goces y felicidad de que tienen todos los espíritus una idea intuitiva fundada en la existencia de un más allá tan grandioso como el inmenso poder del sublime y perfecto Autor del hombre y de la tierra. Sólo pueden negar á Dios el criminal y el loco; creyendo en El se ama y se practica la virtud; los que sólo lo hacen á medias, sólo á medias creen en Dios; los que lo realizan de una manera imperfecta, sólo de un modo imperfecto creen en Dios.

»Dios es absolutamente perfecto, sabio y justo; todo lo hace perfecto; el infierno, el purgatorio, que son tormentos crea-

© Biblioteca Nacional de España

dos por la fantasía calenturienta del hombre, reconocen una causa, y esta es la intuicion que tenemos de que el espíritu ha de sufrir en otra vida. Como la gloria es otra intuicion de la idea que se tiene de que el espíritu ha de gozar en otra vida diferente de la humana.

»Dios hizo al espíritu perfecto: adelanta,—le dijo,—elévate y goza en mi obra con la obra de la tuya.

»Y gozará el que en alas de la virtud adelante y se eleve.

»Y sufrirá el que en alas de pasiones bastardas, vicios y crímenes no adelante ni se eleve.

»Pero temporalmente; porque el espíritu, que es perfecto en su orígen, tiene que caminar á la perfeccion, tarde más ó ménos en sus evoluciones.

»Al período de adelanto y perfeccionamiento sigue el goce inefable y la gran predisposicion á nuevos adelantos y perfecciones y goces.

»Al período de crímenes y vicios sigue el de sufrimiento; en el último se depura el alma y se predispone á la perfeccion y adelanto, para aspirar al seguro goce que ve en todos sus hermanos que practicaron la virtud.

»Por que unos delante y otros detrás todos son impelidos por el huracan de la perfeccion que les dió orígen, á la perfeccion de un universo en el que está grabada la superior y absoluta perfeccion de Dios.»

Sin querer el Arzobispo é impelido por un poder sobrenatural, habia leido todo lo escrito en la pared que tenía de frente, con tal afan que hasta hubo de sentarse sobre la cama para distinguir mejor.

Al concluir, sin apartar su vista de aquellas líneas, exclamó:

—¡Qué ideas tan nuevas, tan gigantescas, tan elevadas! Un Dios así... Pero no puede ser, yo no quiero que sea. ¡Este calabozo es más horrible que el lóbrego y sombrío en que encierran al asesino!

É inclinó la frente, quedando como abrumado por el enor-

© Biblioteca Nacional de España

me peso de una idea que martirizaba su alma y oprimia su corazon.

A los diez minutos levantó la cabeza, y obligado por la fuerza irresistible de un poder oculto, fijó la mirada en la pared que tenía á la derecha. Estaba distante de él, pero ya el sol penetraba por el tragaluz de la prision y le era fácil leer hasta los escritos más distantes de su cama.

Y se fijó á su pesar en uno que decia:

«La soberbia, el orgullo y la vanidad demuestran sólo lo grosero é ignorante del espíritu. Al sabio y virtuoso, aun cuando pertenezca á la clase más elevada, se le distingue por su modestia y bondad. Ve en el pobre y en el ignorante séres dignos de compasion y les tiende la mano con cariñosa solicitud. No le ofenden la miseria del mendigo ni las equivocaciones del torpe; como distingue la verdad, contempla lógica la pobreza del que no es rico y la ignorancia del que no es sabio, y socorre al uno y aconseja al otro, y cuando la ingratitud se revuelve airada contra él é intenta ofenderle, sonríe desdeñosamente, siempre compasivo, nunca ofendido.

«Así se manifiesta el espíritu elevado, sea cualquiera su posicion social.

»Esos grandes, esos ricos, esos poderosos, soberbios, déspotas y tiranos, intransigentes y exclusivistas, son más pequeños, más miserables que el humilde artesano.

»Si creen en el *más allá*, viven atormentados con la idea mortificadora de la estrecha cuenta que les han de pedir á la puerta de la eternidad.

»Si sólo piensan que existe la vida humana, son más desgraciados aún, porque á cada paso hallan otro más poderoso ó más soberbio que los humilla, y como si esto fuese poco, añaden á su infortunio la aridez de una existencia sin afecciones ni esperanzas.

»El ménos desgraciado, el ménos infeliz fué siempre el humilde, el modesto, el bondadoso; cualidades ingénitas en espíritus elevados. Y esa modestia, esa bondad, lo mismo hace feliz al rico que al pobre; porque la dicha es moral, no ma-

© Biblioteca Nacional de España

terial, y el oro, la jerarquía y el poder son materiales.»

No pudo continuar leyendo el Arzobispo; se creyó aludido en aquellos letreros, las verdades que contenian lo abrumaron, y léjos de hacerle reflexivo é inspirarle una enmienda que tan necesaria le era, se tiró de la cama y comenzó á vestirse, maldiciendo á Padilla, Garci-Gomez, Toledo, Enrique IV y Villena.

Su soberbia, léjos de embotarse en el escudo de la verdad que la combatia, se desarrollaba adquiriendo más fuerza y preponderancia sobre él.

¡Infeliz; habia estudiado, aprendió para ignorar, era grande para empequeñecerse, y era altivo y orgulloso para sufrir ahora más que el asesino y ladron al verse sepultado como ellos en solitaria mazmorra!

Cambió su ropa interior y hasta la exterior, buscando en el armario la más lujosa y elegante.

Se lavó, prestando á su materia todo el aseo posible.

¡Desgraciado; ignoraba que iba á carecer de toda compañía!

Almorzó bien, cubriendo la mesa con el mantel y demás servicio, para retirarlo luégo al torno de donde lo habia tomado.

Cogió un libro, arrojándolo á los pocos segundos; quiso escribir y su mano se negaba.

Y comenzó á pasear con la vista baja para huir de los fatales letreros que tenian las paredes, mecido su espíritu en un mar de desesperacion, hastío y despecho.

Hé ahí la diferencia que hay entre un espíritu grosero y otro elevado. Alvarez de Toledo en la misma prision, teniendo por lecho un poco de paja, su sólo traje que llegó á convertirse en harapos, por comida, agua y un mendrugo en varias ocasiones, sentenciado á muerte, y aguardando contemplar el cadáver de su amado padre cosido á puñaladas, sonreia, despreciaba á sus verdugos, desafiaba la muerte, y fijos en su mente los mismos axiomas que el Arzobispo tenia escritos en la pared, los analizaba, deducia, acabando por juzgarse

© Biblioteca Nacional de España

dichoso al aceptar las verdades que la sábia filosofía llevaba á su cerebro.

Sin libros ni objetos de escritorio; teñidas las paredes de su prision con las sombras del tiempo y el abandono, hallaba libros, pensamientos é ideas en la naturaleza, en la ciencia y en la metafísica, que regalaban su alma horas tras horas, elevándola á una dicha desconocida siempre por Acuña.

Con blando lecho, ropas, ricas viandas, seguridad de no perecer, sillon cómodo, luz perpétua natural ó artificial, libros, recado de escribir y hasta la compañía de Padilla, era el Arzobispo en su mejor encierro el más infortunado de los hombres.

En Hernando sólo tenian cabida los pensamientos elevados, la modestia, la humildad.

En D. Alonso la soberbia, el orgullo y la vanidad.

El primero anteponia su espíritu á todo, y como el espíritu sólo puede ser atormentado por su único enemigo la conciencia, era dichoso en una prision en que sólo podia estar cautiva su materia.

El segundo anteponia lo material á su alma, teniendo por lo tanto que sufrir el espíritu el encarcelamiento de la materia y el aguijon de su conciencia.

Puede el sér humano faltar llegando desde el delito más ténue al crímen, efecto de su ignorancia y torpeza consiguiente á aquella. Esto no nos extraña; es hasta natural en un espíritu grosero, y para describirlo mejor, debemos calificarlo de primitivo ó jóven en su orígen. Si se entrega al remordimiento, si pesan sobre él como terrible losa las faltas cometidas, empieza á depurarse por el sufrimiento, del cual nace como flor divina el adelanto y la elevacion. Pronto entónces deja de ser criminal y se encamina á la virtud y al desarrollo intelectual.

Pero si embota el remordimiento y sigue en alas de pasiones bastardas, entónces se perpetúa en el delito y prosigue por mucho tiempo en el estado más terrible y grosero.

Esos son los dos caminos que los espíritus siguen en su in-

© Biblioteca Nacional de España

fancia, pues sólo el gran adelanto moral é inteligente destruye en las almas la soberbia, la ira, el despecho, la avaricia, el egoismo, la ambicion, la torpeza y todo lo malo, en fin, que combatimos, por más que lo practiquemos.

El tipo de Jesús es el más acabado en elevacion de cuantos vinieron á la tierra; fué tan grande que todavía por algunos siglos vendrán á esta esfera millones de séres que al conceptuarse tan pequeños frente á él, le levantarán altares y lo adorarán como á Dios; y es lógico, pues el adelanto y elevacion de Jesús son divinos, comparados con el atraso y pequeñez de los que caen á sus plantas.

Y la antítesis de Jesús podeis verla en esos primitivos séres que habitan en Africa, en la Oceanía, en varias regiones de América y en algun otro punto, que viven sin afecciones, criterio ni virtud. Se alimentan del robo, asesinan sin piedad, comen carne humana é ignoran la existencia de los padres, del hijo tierno y de la inocente esposa.

Pues si Jesús es el espíritu más elevado que conocemos, y el antropófago hotentote el más grosero y ruin, por ser indudablemente el más primitivo, se puede distinguir perfectamente el espíritu más depurado en el que más se parezca á Jesús ó diste más del antropófago.

Si roba el hombre se asimila al hotentote, si es ogoista tambien, y sea cualquiera el delito que cometa, al hotentote se parece.

El modesto, el humilde, el caritativo, el que tiene abnegacion, generosidad, sabiduría, toda virtud, toda bella cualidad, ese se parece á Jesús, se asimila á Jesús, y es por consiguiente un espíritu elevado.

Direis que hay hombres inteligentes, soberbios y hasta criminales; cierto. Y que existen ignorantes que son modestos y honrados; tambien es verdad. Pero no olvidemos que son dos los adelantos, uno que se refiere á la moral, ó sea á la práctica de todas las virtudes, y otro que se contrae al adelanto de la inteligencia, que son la sabiduría y el talento.

Cuando no hay armonía entre el adelanto moral y el in-

© Biblioteca Nacional de España

telectual se ven esos casos, que son muy generales. El gran tipo Jesús presentó igual cantidad de sabiduría, de talento, que de virtudes. Es la gran prueba de la sublime depuracion, de lo más elevado que conocemos.

Puede el espíritu ser inteligente y á la vez criminal ó delincuente; esto nos prueba que se fijó en el adelanto intelectual y que tiene abandonado el moral, lo que hace en uso de su libre albedrío.

Se ven tambien espíritus ignorantes pero virtuosos, son los ménos, más tambien los hay efecto de la candidez de su infancia ó de que se han fijado, tambien en uso de su libre albedrío, en el adelanto moral, porque les pareció ménos penosa su práctica que la del desarrollo intelectual, de la que es inherente el estudio continuado.

El pobre tiende más al adelanto moral que al intelectual, miéntras que al rico le sucede lo contrario; esta es una regla que tiene muchas excepciones.

Resulta de aquí que es precisa, indispensable la armonía: no basta estudiar mucho, llegar en sabiduría á César; es necesario tener la modestia, la virtud, la abnegacion de Sócrates.

No basta estudiar mucho, es necesario ser á la vez virtuoso.

Y esto puede hacerlo lo mismo el rico que el pobre. El que más trabaja emplea sólo nueve ó diez horas de las veinticuatro que tiene el dia. ¿Qué hace de las catorce ó quince restantes? Dormir y holgar; dar mucho á la materia y poco ó nada al espíritu. Está en su derecho: Dios, perfecto, sabio y poderoso, es á la vez tan bueno, tan generoso que le ha concedido una eternidad y un universo para que adelante en ellos y goce en ellos con la rapidez ó lentitud que al espíritu le plazca, en uso de su libre albedrío.

Pero que no se quejen luégo los que caminan á paso de tortuga, los que conceden mucho á la materia y poco ó nada al espíritu. La verdadera gloria y el verdadero infierno en la otra vida sólo pueden constituirlo la satisfaccion de haber ade-

© Biblioteca Nacional de España

lantado mucho ó el remordimiento y la pena de haberse estacionado, de haber perdido en todo ó en parte una difícil, molesta y abrumadora encarnacion en la tierra, que es uno de los mundos más chicos, atrasados y atormentadores del universo.

Esto no lo decimos nosotros, lo dice la lógica inflexible en que se apoya la consecuencia natural de la perfeccion, sabiduría y justicia de Dios, templada con su inmensa misericordia. Esto lo declara y se lo dice como axioma terminante á todo espíritu algo depurado el sentido comun.

Ahora podrán nuestros queridos lectores conocer la causa que obligaba al Arzobispo de Toledo á obrar de la manera que estamos viendo, en el caso que no les puedan servir para otra cosa más importante las reflexiones que dejamos expuestas.

Llegada la noche esperó inútilmente Acuña la ansiada visita de Padilla. Su soberbia merecia el castigo del sistema celular, y Hernando no se lo negó.

Un mes estuvo Acuña sin ver ni oir á nadie, y leyó, no quedando letrero que dejase de aprender de memoria, ni libro que no ojease ni pluma vírgen.

El noble y bondadoso Toledo le imponia con el sufrimiento una depuracion que rechazaba con ímpetu el espíritu de Acuña, pero que se veia obligado á aceptar como el espacio á las nubes, el vencido al vencedor y la víctima á su verdugo.

A los treinta y dos dias de prision ya no esquivaban sus ojos ningun letrero; leia, pretendiendo combatir aquellas sábias ideas, para acabar por inclinarse ante el peso abrumador de la verdad.

Los libros que tenía sobre la mesa eran el antiguo y nuevo Testamento, algunos de filosofía griega traducidos al latin y un manuscrito sobre metafísica escrito por Hernando.

Todos los habia leido el prelado á los dos meses de prision.

A los treinta y tres dias le hizo su segunda visita Padilla, hallándolo algo más resignado y sin valor para pedirle nada

© Biblioteca Nacional de España

contrario al honor ni á la palabra empeñada por D. Lope.

Este, en cambio, mandó asearle la habitacion, nuevas ropas de todos usos reemplazaron á las antiguas, le aumentó la biblioteca, ofreciéndole una visita diaria de ocho á nueve, por la noche. En ella D. Lope afirmaba las buenas ideas que iba adquiriendo Acuña, combatiéndole las muchas que aún dominaban su débil y extraviado espíritu.

De este modo continuó Acuña el resto hasta cumplir los tres meses que lo tuvieron encerrado en aquella prision. Al salir de ella debia recobrar su orgullo y soberbia amortiguados con el sufrimiento en el encierro, pero tenía ya impresas en su alma verdades é ideas que más tarde ó más temprano debian producir algun fruto.

No tenemos espacio en que poder prolongar escenas como las anteriores.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXVIII.

Rápido desenlace.—Conclusion.

Salgamos de la prision de Acuña.

En el instante que el Arzobispo quedó encerrado en el calabozo, Garci-Gomez mandó afeitar su barba, dejando únicamente en su bello rostro aquellos largos bigotes y perilla que habia usado ántes de su riguroso incógnito.

Desde aquel momento murió Garci-Gomez, apareciendo no tan jóven, pero si más varonil y si cabe más hermoso, Don Hernando Alvarez de Toledo, nombrado secretario de la infanta Isabel y grande de Sicilia, cuya merced debia al rey Don Fernando.

Con Garci-Gomez murieron todas sus glorias y renombre; Alvarez de Toledo no quiso al renacer quedarse con nada de cuanto habia hecho como Garci-Gomez.

Los reyes de Sicilia, algunos grandes y muchos caballeros sabian que era lo mismo Garci-Gomez que Alvarez de Toledo, pero les rogó nuestro caudillo que lo ocultasen, y la mayoría lo ignoró siempre.

Corrió la voz en consecuencia de que habia muerto Garci-Gomez y de que le reemplazó Hernando Alvarez de Toledo como el más digno sucesor de aquel.

© Biblioteca Nacional de España

Poco le entretuvo á nuestro héroe la prision del Arzobispo; le tenía dispuesto con anterioridad cuanto habia concedido á aquel, y despues de presentarse en los umbrales de la puerta con Padilla para que el prelado le reconociese, salió de Madrid al frente de los grandes y huestes que le obedecian.

Dejó á Padilla encomendada la guarda del Arzobispo y cien hombres, que, alojados con cinco caballeros en la casa prision y circunvecinas, debian perecer ántes que consentir la evasion de Acuña ó que atentase nadie contra la vida del prelado.

Desde Madrid se trasladó nuestro amigo á Valladolid, junto á D. Fernando y Doña Isabel.

Los servidores de Acuña mandaron emisarios en todas direcciones en busca de su señor, se quejaron á los reyes de Sicilia, preguntaron á los grandes y caballeros que acompañaron á Alvarez de Toledo, pero nadie contestaba á su deseo, hallando por el contrario que se encogian de hombros á sus preguntas ó replicaban desdeñosamente.

Un mes despues falleció el Marqués de Villena de la disolucion de humores que previó Alvarez de Toledo.

Le heredó su hijo, aquel que casó con la Condesa de Santistéban, el cual, sin la gran talla de su padre, tenía inoculadas en su alma las mismas pasiones bastardas. Era por lo tanto tan ambicioso y egoista, pero ménos hábil que el difunto Don Juan. Con la pingüe herencia obtuvo todas las simpatías de los amigos y deudos de su padre y el ódio de cuantos enemigos dejaba aquel en la tierra.

Era una segunda edicion del anterior Marqués, tan rica y poderosa, materialmente considerada, bastante más pequeña en lo relativo á la parte intelectual.

Enrique IV habia sosegado á Andalucía y se retiraba á Segovia, cuando fué sorprendido por D. Hernando Alvarez de Toledo, al que ya conocia, el cual se le presentó seguido de una brillante comitiva, compuesta de grandes y caballeros. Llevaba nuestro héroe una embajada de desempeño muy difícil para otro, fácil para el génio y habilidad del héroe.

© Biblioteca Nacional de España

Lo recibió Enrique IV en Ocaña, delante de toda su corte. Hernando, con estudiadas frases, le fué refiriendo cómo tuvo efecto la union de Doña Isabel y D. Fernando, las causas á que obedeció y los poderosos motivos que los desposados tuvieron para ocultarle hasta entónces su casamiento.

Al llegar aquí el pálido rostro del débil monarca se enrojeció por la ira; pero Alvarez de Toledo no se contuvo por eso; ántes al contrario disculpó el hecho hábilmente con el amor que ambos príncipes se profesaban, sus pocos años, le pidió perdon en nombre de aquellos, ofreciéndole la adhesion, respeto y lealtad de los reyes de Sicilia y la de los veinte grandes y cien caballeros que le acompañaban.

A la vez le dijo que D. Fernando era el heredero de la corona de Aragon, le describió el poder de este reino, la decision que habia en todo él de sostener el casamiento de su valeroso príncipe, y lo mucho que convenia á Enrique IV no aumentar los disturbios de Castilla y de Leon con una guerra extranjera en la cual se exponia á perderlo todo.

Un murmullo general y prolongado siguió á las frases de Hernando. La mayor parte de los que rodeaban al monarca, como todos cuantos seguian á Alvarez de Toledo, expresaron bien claramente sus simpatías por aquella boda que tan mal efecto causó al principio en el débil monarca.

Enrique IV se fijó en los rostros de cuantos le rodeaban, estudió el cuadro, y aparentando meditar algunos minutos, alzó de pronto la cabeza para contestar á Hernando:

—Decid á Isabel, decid al príncipe D. Fernando de Aragon, reyes ambos de Sicilia, que para mis queridos hermanos sólo tiene Enrique dos brazos que alargarles y un corazon henchido de amor y de afecto.

Otro murmullo de aprobacion siguió á las frases del rey. Si habia allí algunos cortesanos á quienes desagradaba la nueva actitud de Don Enrique, sucumbieron ante la opinion de casi la totalidad, tan clara y plausiblemente manifestada.

—Alvarez de Toledo,—añadió el rey,—partid inmediata-

© Biblioteca Nacional de España

mente y decid á mis hermanos que á Segovia voy, y allí los espero ansioso de estrecharlos.

—Señor,—le replicó el héroe,—si V. A. me lo permite mandaré un correo á Valladolid que participe á los reyes de Sicilia, mis señores, tan agradable nueva, la más agradable que el destino puede ofrecerles; ambos desean presentarse á su rey y señor sin escolta ni aparato alguno; el amor los guía, y en alas del amor esperan su ventura en el afecto de V. A. El lujo y aparato, tratándose de su régio hermano, les molesta, lo bélico les repugna; permitidnos, por lo tanto, que cuantos aquí estamos formemos parte de vuestra escolta, compitiendo con los grandes que os rodean en lealtad, sumision y respeto á vuestra augusta persona.

Jamás se habia visto Enrique tan halagado por los grandes de su reino como lo estaba siendo ahora con las hábiles y corteses frases de Hernando. Así es que el entusiasmo del monarca subió hasta el punto máximo, apareciendo en su rostro retratada una alegría y satisfaccion de que habia carecido casi siempre.

No se olvidó Alvarez de Toledo de decirle en sus anteriores discursos la propuesta que hizo el Arzobispo de Toledo á Doña Isabel para que aceptase el trono ántes de morir Don Enrique, y la modesta, digna y cariñosa contestacion que la infanta dió al prelado al rechazar una herencia que dijo no corresponderle ni queria, ínterin viviese su hermano.

El monarca empezó viendo en Isabel un enemigo formidable y poderoso para cambiar de pronto, juzgando á los reyes de Sicilia, grandes, caballeros y soldados que les obedecian el primer sosten de su trono y el baluarte más seguro de su persona.

Lleno de entusiasmo, contestó á Hernando:

—Sea, puesto que así lo quieren mis hermanos. Y por cierto que al aceptaros, jamás monarca alguno de la tierra habrá viajado con más lucida escolta. Al aparecer de nuevo entre la sociedad que os creia difunto, veo con placer, señor Alvarez de Toledo, que aquel ingenio, aquella grandeza de

© Biblioteca Nacional de España

corazon que demostrábais en vuestros juveniles años han crecido y se han desarrollado como algunos auguraban. Muy bien; me habeis proporcionado un rato delicioso, hoy comereis á mi mesa, y en ella hablaremos de vuestro padre y tio y de lo que ha sido de vos en el largo período que desaparecísteis de Castilla y de Leon.

Y el rey, despues de estrechar su mano y la de algunos otros grandes que le acompañaban, abandonó la régia estancia.

El Conde de Alba y Hernando permanecieron un minuto estrechándose.

Todo se hizo como Alvarez lo habia propuesto, y al llegar á Segovia recibió Enrique á Isabel y á D. Fernando con los brazos abiertos.

Fué tan grande la alegría del monarca, efecto de lo bien que lo habia ido preparando Toledo por el camino, que mandó celebrar aquella entrevista y union con repique de campanas, colgaduras, fuegos artificiales, corrida de toros y torneo.

Pero en una de las grandes comidas que dió durante las fiestas se excedió de tal modo, que fué víctima de una fiebre gástrica, efecto de terrible indigestion. Y esta, al cabo de dos meses, le costó la vida.

Algunos han creido que lo envenenaron, pero nosotros no hemos hallado documento ni nada que lo justifique; ántes al contrario, teniendo en cuenta lo gastada que tenía su naturaleza el débil Enrique, el mucho tiempo que se prolongó su enfermedad y el último gran exceso que hizo en la mesa, precedido de tantos otros, creemos firmemente que lo natural, lo lógico y la verdad, en fin, fué que murió de una fiebre gástrica producida por indigestion.

Muerto Enrique IV fué proclamada Doña Isabel por la mayoría de los grandes, caballeros y pueblo de Castilla y de Leon.

Un pequeño bando capitaneado por el nuevo Marqués de Villena proclamó á la *Beltraneja* y se marchó con ella á Portugal, donde halló buena acogida y al reino lusitano

© Biblioteca Nacional de España

dispuesto á apoyar las pretensiones de aquella desgraciada infanta.

Isabel I de Castilla y D. Fernando cogieron por consejo de Alvarez de Toledo las riendas del poder, comenzando á gobernar con estricta justicia y sabiduría extraña en los monarcas.

Hernando fué nombrado grande del reino y se le dieron castillos y señoríos.

El mismo dia se presentaron en la corte D. Juan y Don Alvaro de Toledo, llevando en medio á la bellísima Melania, que fué obsequiada por los reyes y colmada de caricias y de halagos por Doña Isabel.

La reina la nombró su primer dama de honor, siendo este uno de los regalos que le hizo como madrina de su boda, la cual se efectuó al siguiente dia.

Los desposados quedaron por el pronto junto á los reyes, de secretario consejero y amigo íntimo el uno y de dama y amiga de la reina la otra.

Isabel y Melania se comprendian y amaban como dos espíritus que estaban á la misma altura en el gran desarrollo intelectual y moral de sus purísimas almas.

Don Juan Alvarez de Toledo, padre de Hernando, partió á Madrid en cuanto la boda de su hijo fué hecha, y llegado que hubo despidió para la corte á Padilla, cinco caballeros y cien soldados que le habian acompañado, dándoles al efecto una órden de Hernando.

Abrió luégo la prision de D. Alonso, al que halló escribiendo.

—Soy,—le dijo,—Juan Alvarez de Toledo, grande de Aragon, padre de Hernando, grande del reino de Castilla. Supe hace muy pocos dias que estábais preso, y vengo, señor Arzobispo, á poneros en libertad en pago de lo que vos hicísteis con mi hijo y conmigo.

—¡Estoy libre, y os lo debo á vos! Gracias, Alvarez de Toledo. Ya que sois tan bueno, ¿quereis decirme lo que ocurre en Castilla? Vos nunca mentísteis.

© Biblioteca Nacional de España

—Ni ahora. Oidme. Murieron D. Juan Pacheco, Garci-Gomez y Enrique IV, y reinan Isabel I de Castilla y D. Fernando de Aragon, siendo su primer ministro D. Hernando Alvarez de Toledo, esposo de Doña Melania. La paz, sosiego y justicia empiezan á reemplazar al caos, bajo el gobierno paternal de Isabel. Solo allá en Portugal se agitan, apoyados por el trono y el pueblo lusitano, el Marqués de Villena y unos cuantos revoltosos más de Castilla, los cuales abrigan la necia pretension de colocar en el trono castellano á la hija de la viuda de Enrique IV, llamada la *Beltraneja*. Tres caminos teneis abiertos, Sr. de Acuña: ir á la corte, adonde os aguardan con los brazos abiertos los reyes, Melania y mi hijo Hernando. Si preferís este, yo os escoltaré; segundo, retiraros á vuestro arzobispado y ser el primer pastor del mundo el que nunca se cuidó de sus ovejas. Y tercero, marchar á Portugal y unido á Villena, venir con el ejército lusitano á sufrir en Castilla la más espantosa derrota. Fuísteis mi verdugo, soy vuestro salvador, y no empañaré accion tan digna de mí imponiéndoos condicion alguna. La libertad que os doy es completa, absoluta.

—Gracias, D. Juan; el asunto es grave, quiero reflexionar sobre él, y mañana aceptaré vuestra noble escolta ó mi silencio os dirá que sigo camino distinto.

Al dia siguiente Toledo regresaba á Madrid con la gente que le habia acompañado y el Arzobispo se dirigió á Portugal, escribiendo á todos los suyos para que se presentasen en Lisboa con todos los soldados de que podia disponer y sus grandes tesoros. Unido á Villena y al rey de Portugal, ayudó á la formacion de un gran ejército castellano-portugués, el cual pasó la frontera, siendo derrotado y deshecho por Isabel, Fernando y Alvarez de Toledo en la célebre batalla de Toro.

La magnánima Isabel I indultó más adelante al Arzobispo de Toledo, al Marqués de Villena y á cuantos grandes y caballeros arrastraron estos, pero incorporando á la corona una gran parte de sus bienes para inutilizarlos en nuevas conspiraciones y luchas intestinas.

© Biblioteca Nacional de España

Murió el rey de Aragon é Isabel y Fernando fueron proclamados monarcas de Castilla, Leon y Aragon.

En paz el reino y dando los monarcas cada dia más pruebas de su amor á la justicia y al órden, les entregó Alvarez de Toledo un plan maduramente confeccionado para la reconquista del reino de Granada y la incorporacion de Navarra á sus estados, el cual, seguido religiosamente por Isabel y Fernando, les dió por resultado el que gobernasen todos los reinos de que se componia España y fueron presa de los moros en la batalla de Guadalete.

Nombrado Padilla grande, sustituyó á Hernando, y este, unido á Melania, á su padre y tio, regresaron á Alcalá, junto á Abiabar y Sion, donde acabaron sus dias en medio de una paz y sosiego que solo el sabio y virtuoso comprende.

Mucho ganó el Arzobispo de Toledo, bastante se enmendó, acabando por ser un verdadero padre de Melania y de Hernando.

FIN DE EL MILAGRO.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

TOMO PRIMERO.

PÁGINAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principio de una tormenta.—Canto religioso.—El convento, el palacio y el castillo.—La ricahembra.—El célebre Marqués de Villena y la eminencia de Castilla.—Un trovador llovido del cielo.—Desesperacion.—Sangrienta burla.—El protector y la protegida.—La muerte.—De la felicidad al fondo de la desgracia..... 3

CAPÍTULO II.

Alcalá de Henares.—Un padre y un hijo como hay pocos.—Contraste.—El donado sublime.—Lo que era un sábio en el siglo xv.—Los dos hermanos.—El trovador..... 19

CAPÍTULO III.

Colmo de la ira.—Cancion que produce despecho.—La revelacion oportuna y su aplicacion inoportuna.—Un padre completo y otro que lo es á medias.—Horrible complicacion..... 45

CAPÍTULO IV.

Actitud de Acuña.—Prision de Melania.—El ingenio de Hernando puesto en tortura.—La muerte ó la huida..... 75

CAPÍTULO V.

La fuga.—Un defensor más con quien no contaba el Arzobispo.—La puerta de Guadalajara.—Terrible despedida..... 102

CAPÍTULO VI.

La corrida de toros en la plaza real del alcázar.—Una paliza dos veces soberana.—La corte de Enrique IV el Impotente..... 127

CAPÍTULO VII.

La cita misteriosa.—Sorpresa y admiracion de Hernando.—Dos corazones varoniles que vinieron al mundo para comprenderse..... 143

CAPÍTULO VIII.

La emboscada.—Triunfo completo.—Desesperacion.—Imprudencia.—Doña Beatriz de Bobadilla..... 152

CAPÍTULO IX.

Un padre infeliz.—La prision de una mora adúltera.—Cuadro horrible.—Un digno descendiente de Guzman el Bueno,..... 168

© Biblioteca Nacional de España

PÁGINAS.

CAPÍTULO X.

El cómplice de D. Alonso.—El padre y el hijo.—Energía del Marqués de Villena.—Un hecho digno del cómplice de Acuña..... 179

CAPÍTULO XI.

Cesa la ansiedad.—Otro mes de prision.—La esperanza.—Continúa el silencio.—Ultimatum.—El cuchillo *ad hoc*.—La escalera.—El tragaluz.—Descenso. 199

CAPÍTULO XII.

Lo que es la libertad para el que careció de ella.—Rasgo sublime de humanidad.—El árbol y el muro.—Acompañamiento silencioso.—Otra vez Doña Beatriz..... 215

CAPÍTULO XIII.

Tio y sobrino.—Otra vez la casa misteriosa.—Los dos amigos.—Preparativos de marcha..... 224

CAPÍTULO XIV.

La marcha.—Maqueda.—La aurora de España.—El convenio..... 235

CAPÍTULO XV.

De Maqueda á Avila.—Banquete.—Espera.—Las dos culebras.—Vence Hernando..... 256

CAPÍTULO XVI.

Principian las intrigas.—El águila.—El más infortunado de los hombres.—Un padre y un hijo modelos..... 272

CAPÍTULO XVII.

El puente.—El castillo.—Melania.—Cuadro.—Las dos tórtolas..... 282

CAPÍTULO XVIII.

La cena.—El pliego.—Padre é hijo..... 303

CAPÍTULO XIX.

La réplica de D. Alonso.—Facultades bien aprovechadas.—Término del éxtasis amoroso..... 317

CAPÍTULO XX.

La marcha tranquila.—Emboscada.—Martin Perez.—Regreso.—Oportunidad de Alvarez de Toledo..... 328

CAPÍTULO XXI.

La asamblea.—Resolucion.—Conducta hábil de Garci-Gomez.—A Maqueda otra vez..... 346

CAPÍTULO XXII.

Regreso.—Dificultades.—Los milagros del padre abad.—A Segovia.... 367

CAPÍTULO XXIII.

Segovia.—Los leones chicos se comen al grande.—Las piedras celestes.—La aurora boreal.—El digno esposo de Doña Beatriz.—Otra vez los dos hermanos 382

© Biblioteca Nacional de España

PÁGINAS.

CAPÍTULO XXIV.

Precauciones de Sion.—Nuevo sistema de milagros.—Preparativos para la marcha.. 398

CAPÍTULO XXV.

Despedida.—La marcha á Aragon.—Zaragoza.—El rey y la reina.—El príncipe heredero..... 409

CAPÍTULO XXVI.

Padre, madre é hijo.—Indiscreta y misteriosa interrupcion.—El peregrino.—Dos grandes inteligencias..... 420

CAPÍTULO XXVII.

El pretendiente incontrastable.—El rey sin vista.—Supremo recurso.—Segundo triunfo.—El príncipe D. Fernando está bien preparado..... 437

CAPÍTULO XXVIII.

La ciencia y el arte de Abiabar.—Actitud del pueblo zaragozano.—Indiferencia de Hernando Alvarez de Toledo..... 450

TOMO II.

CAPÍTULO PRIMERO.

El viaje.—Accidente.—Los nobles de pergamino.—Lucha desesperada.—Triunfo completo.—A Maqueda.—El embajador y su embajada.—A Avila..... 3

CAPÍTULO II.

Los conjurados.—Dos sagacidades en lucha.—Garci-Gomez empieza á modificar el cuadro..... 33

CAPÍTULO III.

El silo.—La orgía.—Depravacion.—Las consecuencias..... 43

CAPÍTULO IV.

El Marqués de Villena y Garci-Gomez.—Los preparativos.—El duelo. 79

CAPÍTULO V.

Pergamino importante.—A Segovia.—Garci-Gomez, el Marqués de Villena y el rey.—Triunfa el más hábil..... 92

CAPÍTULO VI.

Villacastin.—Inspiracion de Hernando.—Su ángel bueno.—Actitud de los conjurados..... 116

CAPÍTULO VII.

Acto de caridad que puede costar la vida.—Indiscrecion de un valiente.—Garci-Gomez en poder de Giron.—Ventiun asesinos.. 130

© Biblioteca Nacional de España

PÁGINAS.

CAPÍTULO VIII.

Diálogo importante.—Desaparicion de D. Enrique.—Estalla la revolucion..... 152

CAPÍTULO IX.

Don Pedro Giron, Maestre de la órden de Calatrava.—Las tres panteras.—Conflicto.—Aclaracion importante.—La sentencia de muerte.. 169

CAPÍTULO X.

La culebra y el leon con la calentura.—Salida de Plasencia.—El aviso.—Pretexto.—Regreso..... 187

CAPÍTULO XI.

El calabozo.—Un hombre de pelo en pecho.—Interrogatorio.—De cómo un valiente se amilana más que un filósofo..... 205

CAPÍTULO XII.

El dolor de costado.—Reserva de Garci-Gomez.—Regreso á Plasencia.—Presente de los conjurados..... 231

CAPÍTULO XIII.

Alivio inesperado.—El gran consejo.—Terrible resolucion de los conjurados..... 250

CAPÍTULO XIV.

Atentado ridículo contra la majestad de Enrique IV.—Proclamacion del príncipe D. Alonso.—Consecuencias..... 266

CAPÍTULO XV.

Noticias graves.—Vuelve á presentarse en escena la bella Melania.—Nuevo amante.—Conflicto..... 275

CAPÍTULO XVI.

Marcha del Arzobispo y su nuevo protegido.—El castillo de Melania por dentro.—Sorpresa.—Impaciencia.—Determinacion.—Principio de una intriga que se evapora como el agua..... 288

CAPÍTULO XVII.

Continúa la intriga de D. Alonso, complicada con la de Garci-Gomez.—Talento y discrecion de la ricahembra.—El contrato.—Escena incomprensible para el que la ha provocado.—Tierna despedida..... 304

CAPÍTULO XVIII.

La parodia del amor.—Un trovador resucitado.—Principia el desenlace de la intriga..... 315

CAPÍTULO XIX.

Explicaciones.—El sabio y el truhan.—El truhan y el sabio..... 341

© Biblioteca Nacional de España

PÁGINAS.

CAPÍTULO XX.

Trasformacion completa.—Cambio de posicion y vida.—Melania y su futuro..... 370

CAPÍTULO XXI.

Preponderancia de Garci-Gomez.—Empieza á descorrerse el velo de la venganza.—Las dos primeras víctimas..... 386

CAPÍTULO XXII.

Empieza á arrancarse la careta Garci-Gomez.—Actitud del gran caudillo.—Sorpresa, confusion, la muerte..... 400

CAPÍTULO XXIII.

Empieza la resurreccion de D. Lope de Padilla.—Consecuencias funestas.—El instinto de venganza está en los séres humanos á la altura de la elevacion de su espíritu..... 414

CAPÍTULO XXIV.

Unas cuantas frases del autor.—Resúmen de las entrevistas y boda realizada por Doña Isabel.—Empieza la expiacion de D. Alonso Carrillo de Acuña de un modo inconsciente para la víctima, que la prepara al completo conocimiento de las desgracias que le esperan.—Lo que fué de Giron, Villena y Padilla..... 425

CAPÍTULO XXV.

Regreso de Padilla.—Lo que aconteció á Giron y á Villena.—El Arzobispo de Toledo cae en la red que de un modo inconsciente ayuda á tejer á Hernando..... 433

CAPÍTULO XXVI.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.—Un preso que no es filósofo ni tiene la abnegacion del mártir.—Consecuencias funestas..... 449

CAPÍTULO XXVII.

Continúa la expiacion.—El sufrimiento depura y eleva las almas.—Por fin brilla para el Arzobispo la luz radiante de la libertad..... 469

CAPÍTULO XXVIII.

Rápido desenlace.—Conclusion..... 476

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

© Biblioteca Nacional de España

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

		PÁGINAS
Portada		3
1.ª	¡Insensata, mísera y débil mujer, etc.	17
2.ª	Los dos milagreros	93
3.ª	El sabio Abiabar	107
4.ª	El infortunado D. Juan Alvarez de Toledo	178
5.ª	El Marqués de Villena	346

TOMO SEGUNDO.

6.ª	Los reyes D. Enrique IV, etc.	3
7.ª	La infanta Doña Isabel, etc.	168
8.ª	Doña Beatriz de Bobadilla	187
9.ª	Batalla de Olmedo	340

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

© Biblioteca Nacional de España